



TROTSKY, por G. Amador.

OBRAS ESCOGIDAS

*L. Trotsky*

*Los crímenes  
de Stalin  
(anexos)*

**León Trotsky**

Edicions internacionals Sedov



Germinal

**Obras Escogidas de León Trotsky**  
**Edicions Internacionals Sedov**

Valencia, abril de 2022

[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

Edicions internacionals Sedov



Tomamos los materiales que conforman el cuerpo del libro de León Trotsky, *Escritos, Pluma, Bogotá*, 1979, **Tomo VII, Volumen 3**, Tomo VIII, **volúmenes 1 y 2** y de *El caso León Trotsky*, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky”, Buenos Aires, 2010, páginas 467-597, que corresponden a la sesión decimotercera de la comisión, celebrada el 17 de abril de 1937 de 4 de la tarde a 8,45 de la noche (descargado y consultado el 1 de abril de 2022; se corresponde con las páginas 93-175 de esta obra). En cuanto a los anexos están tomados en su gran mayoría de nuestra serie **Trotsky inédito en internet y en castellano** y de los *Escritos* de la editorial bonaerense Pluma, ya citada. Hemos contrastado con la primera edición, que fue en francés y con traducción de Victor Serge, reproducida por la editorial parisina François Maspero – poche rouge en 1973 en dos volúmenes; el lector cuenta aquí con los mismos textos que aquella primera edición, pero totalmente completos (la edición francesa resumió y recortó algunos de ellos, trabajo de simplificación de cara a difusión para lo que Trotsky les concede total libertad a León Sedov, Victor Serge y Pfemfert, como se desprende de la correspondencia editada en los anexos. En caso de diferencia en titulación de epígrafe hemos encorchetado el título dado por V. Serge. Los epígrafes correspondientes a la sesión decimotercera de la Comisión Dewey deben datarse en el día 17 de abril de 1937, el resto llevan indicada a fecha. Lecturas complementarias al análisis fenómeno del estalinismo: *El nuevo curso (anexos)*, *La Internacional Comunista después de Lenin (Stalin, el gran organizador de derrotas) (con nuevos anexos)*, *La revolución traicionada. Qué es y a dónde va la Unión Soviética (anexos)*, *La revolución desfigurada, Bolchevismo y estalinismo (con anexos) Clase, partido y dirección; ¿Qué significa la lucha contra el trotskismo?* Todas ellas disponibles en estas mismas **Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)**. El lector dispone también del *Libro rojo de procesos Moscú*, de León Sedov en estas mismas Edicions Internacionals Sedov. En 1947, el policía, provocador e infiltrado en el partido comunista, Mauricio Carlavilla publicó en la editorial madrileña Nos (bajo pseudónimo de Mauricio Karl) la primera versión al castellano de esta obra (con “traducción directa del ruso”), versión que presenta lagunas. Más tarde *Los Crímenes de Stalin*, fue publicada por Zig-Zag, Santiago de Chile, en 1962 y Juan Pablos Editor, México, en 1973.

## Índice

Los crímenes de Stalin .....	6
<i>Prólogo</i> .....	7
<i>En Noruega “socialista”</i> .....	11
<i>En el tribunal a puertas cerradas</i> .....	23
La causa del arresto domiciliario.....	23
El juicio de Moscú.....	32
<i>En el Atlántico</i> .....	42
Un episodio significativo .....	44
Zinóviev y Kámenev .....	47

Por qué confesaron crímenes que no habían cometido .....	51
La “sed de poder” .....	55
Mi “odio a Stalin” .....	57
Notas en Ruta .....	60
Sobre el envío de terroristas a la URSS .....	61
<i>En México</i> .....	64
<i>Una nueva amalgama de Moscú [En vísperas del segundo proceso]</i> .....	67
<i>[Discurso al mitin de Nueva York]</i> .....	75
<i>La investigación preliminar en Coyoacán</i> .....	87
<i>¿Por qué es necesaria una investigación?</i> .....	93
<i>¿La investigación es políticamente admisible?</i> .....	95
<i>La opinión del profesor Charles A. Beard</i> .....	96
<i>Un examen “puramente jurídico”</i> .....	98
<i>Autobiografía</i> .....	100
<i>Un interrogatorio “puramente judicial” [Mi situación jurídica]</i> .....	105
<i>Tres categorías de pruebas</i> .....	106
<i>La serie matemática de los montajes</i> .....	109
<i>La base política de la acusación: el terrorismo</i> .....	112
<i>El asesinato de Kírov</i> .....	116
<i>¿Quién redactó la lista de “víctimas” del terrorismo? (el “caso” Molotov)</i> .....	119
<i>La base política de la acusación: “sabotaje”</i> .....	122
<i>La base política de la acusación: la alianza con Hitler y el Mikado</i> .....	126
<i>Copenhague</i> .....	130
<i>Radek</i> .....	134
<i>Vladimir Romm, “Testigo”</i> .....	142
<i>El vuelo de Piatakov a Noruega [El viaje de Piatakov a Oslo]</i> .....	154
<i>¿Qué es lo que fue desmentido en el último juicio?</i> .....	164
<i>El fiscal falsificador</i> .....	165
<i>La teoría del “camuflaje”</i> .....	170
<i>¿Cuál es el propósito de estos juicios?</i> .....	172
<i>La decapitación del Ejército Rojo</i> .....	176
<i>Stalin habla de sus propios fraudes</i> .....	185
<i>El principio del fin</i> .....	192
<b>Anexos</b> .....	198
<i>Declaraciones en Tampico</i> .....	199
<i>Telegrama a Nueva York</i> .....	200
<i>La burocracia soviética y la revolución española</i> .....	201
<i>A los representantes de la prensa mexicana</i> .....	201
<i>Entrevista para los norteamericanos</i> .....	203

[Recuento de la situación] Carta a León Sedov .....	207
Los procesos: la burocracia y el antisemitismo (Entrevista concedida al Jewish Daily Forward).....	210
[Primeras noticias del Nuevo Mundo] Carta a Konrad Knudsen .....	213
[El conspirador es Stalin] .....	214
Mdivani (nota).....	215
Cómo y por qué ciudadanos soviéticos se acusan a sí mismos de crímenes que no han cometido (comunicado prensa) .....	216
[El libro en preparación]. Carta a Shachtman, Novack y otros .....	221
[Un antiguo fuerte lazo] Carta a L. Lore .....	222
¿Por qué los procesos? Nota prensa .....	222
Yo acuso a D.N. Pritt y R. Rosenmark (comunicado de prensa).....	223
[Toma de contacto] Carta a LaFollete .....	224
[Informaciones e interrogantes] Carta a L. Sedov.....	224
[Sobre la edición norteamericana]. Carta a H.E. Maule .....	226
[Cuestiones financieras]. Carta a W. Held (Epe) .....	227
[De nuevo sobre Noruega]. Carta a W. Held .....	229
[¿Qué quiere decir Solow?]. Carta a H. R. Isaacs.....	230
[Bolchevismo y estalinismo en la revolución y la contrarrevolución en España] 8ª y 9ª sesiones 'Comisión Dewey'.....	231
[Lamentables fricciones] Carta a LaFollete .....	235
[La verdadera objetividad] Carta a Rorty .....	236
[El ritmo de los trabajos] Carta a Rosmer .....	237
[Algunas explicaciones] Carta a Rosmer .....	238
[Balance sobre los reproches]. Carta a Lev Sedov .....	239
Declaración forzada. Declaración a la prensa .....	242
Las preguntas de Wendelin Thomas. Carta a W. Thomas .....	243
[Profundos desacuerdos políticos]. Carta a Angelica Balabanova .....	245
[No buscar la perfección]. Carta a Rosmer.....	246
[Respuestas a preguntas]. Carta a Lev Sedov.....	247
[Más deprisa y más concreto]. Carta Rosmer .....	248
[Para la visa de entrada en Estados Unidos]. Carta a Stolberg.....	249
[Preguntas]. Carta a Stolberg.....	250
[A cada uno sus responsabilidades]. Carta a H. Molinier .....	250
[Nuevos e importantes documentos]. Carta a S. LaFollete .....	251
[La preparación de notas]. Carta a A. Goldman .....	252
[Disculpas]. Carta a Jan G. Adler .....	252
[Alegría y gratitud]. Carta a Erwin Wolf .....	253
[El viaje de Frankel a los Estados Unidos]. Carta a LaFollete .....	253
[Inquietudes...]. Carta a Rosmer .....	254

<i>[Documentos y precisiones]. Carta a LaFollete</i> .....	254
<i>[Ofensiva en toda la línea]. Carta a L. Sedov</i> .....	256
<i>[Consideraciones sobre los documentos]. Carta a LaFollete</i> .....	256
<i>[Mexicanos para la comisión]. Carta a LaFollete</i> .....	258
<i>[Acogida a los mexicanos]. Carta a Nock, Abern, Weber e Isaacs</i> .....	259
<i>[Goldman y la comisión]. Carta a A. Goldman</i> .....	259
<i>Para desacreditar al estalinismo a los ojos de los obreros. Carta a Cannon y Shachtman</i> .....	259
<i>[Algunas directrices]. Carta a Sedov</i> .....	260
<i>[Las negociaciones con Olberg]. Carta a LaFollete</i> .....	261
<i>El propósito de la comisión investigadora. Carta a Goldman</i> .....	261
<i>[La misión de la comisión]. Carta a LaFollete</i> .....	262
<i>[Sobre la comisión plenaria]. Carta a Rosmer</i> .....	263
<i>[Nueva campaña]. Carta a A. Balavanova</i> .....	264
<i>Sucesos terroristas en Francia. [Carta a LaFollete]</i> .....	264
<i>Por una reunión pública de la comisión Dewey. Carta a Pearl</i> .....	266
<i>El futuro del Comité de Defensa de Trotsky. Carta a Cannon</i> .....	267
<i>[Recuento de las cuestiones]. Carta a L. Sedov</i> .....	268
<i>[Hay que escribir sobre Cronstadt]. Carta a Wasserman</i> .....	269
<i>Dictadura y Revolución. Carta a Margaret Silver</i> .....	269
<i>[La editorial y Cronstadt]. Carta a Wasserman</i> .....	271
<i>[Es preciso escribir sobre Cronstadt]. Carta a L. Sedov</i> .....	271
<i>[Comentarios sobre Cronstadt] Carta a John G Wright</i> .....	273
<i>Declaración a los periodistas sobre el veredicto Dewey</i> .....	273
<i>[Nuevos comentarios sobre Cronstadt]</i> .....	279
<i>[Por un debate público]. Carta a Wendelin Thomas</i> .....	280
<i>Los traidores en el papel de acusadores</i> .....	281
<i>[Respuestas a preguntas]. Carta a Estrin</i> .....	282

# **Los crímenes de Stalin**

## Prólogo

La revolución, en su período de ascenso, pudo ser cruel y brutal, pero fue honesta. Expresaba sus pensamientos de viva voz. La política de Stalin es mentirosa. Es allí donde se revela que su pensamiento es reaccionario. La reacción miente porque debe ocultar sus verdaderos fines ante el pueblo. La reacción encaramada sobre una revolución proletaria miente por partida doble. Puede decirse sin temor a exagerar que el régimen terrorista de Stalin es el régimen más mentiroso de la historia. Desde hace catorce años el autor de estas líneas es el blanco principal de las mentiras terroristas.

Hasta fines de 1933 la prensa moscovita y su sombra, la prensa de la Internacional Comunista, me retrataban como agente norteamericano o británico y me llamaban Mister Trotsky. En *Pravda* del 8 de marzo de 1929 hay un artículo dedicado a demostrar que yo era aliado del imperialismo británico (en esa época Moscú no hablaba de “democracia británica”), sin dejar de establecer mi total acuerdo con Winston Churchill. El artículo concluía con las siguientes palabras: “¡Ahora comprendemos por qué la burguesía le paga decenas de miles de dólares!” En esa época eran dólares... ¡no marcos alemanes!

El 2 de julio de 1931, *Pravda* publica unos documentos groseramente falsificados (los olvidaría al día siguiente) para denunciarme como aliado de Pilsudski y defensor del tratado pirata de Versalles. En esa época Stalin no defendía el *statu quo*, sino la “liberación nacional” de Alemania. En agosto de 1931, *Les Cahiers du bolchevisme*, publicación teórica del Partido Comunista Francés, denunció la existencia de “un frente único que va... desde Blum, Paul-Boncour y el estado mayor francés, por un lado, a Trotsky por el otro”<sup>1</sup>. ¡Yo era un firme aliado de los países de la Entente!

El 24 de julio de 1933 (Hitler ya se había consolidado en Alemania) llegué a Francia vía Marsella; el gobierno de Daladier me había concedido una visa. Según las declaraciones retrospectivas de los procesos de Moscú, yo preparaba la derrota de la URSS y Francia. En el proceso de Radek-Piatakov, de enero de 1937, se “comprobó” que, a fines de julio de 1933, yo mantuve una entrevista en el Bois de Boulogne con Vladimir Romm, corresponsal de la agencia Tass, con el fin de crear, por su intermedio, un vínculo entre los terroristas rusos y Hitler y el Mikado. *L'Humanité* no lo puso en tela de juicio; el día de mi llegada denunció mis relaciones secretas con el señor Daladier. “Al permitir las intrigas de los emigrados blancos y al invitar a Trotsky [dice el periódico de Stalin-Cachin-Thorez] la burguesía francesa muestra cuál es su verdadera política hacia la URSS: discute por necesidad, sonrío por obligación, pero en la trastienda ayuda y apoya a los saboteadores, intervencionistas, conspiradores, calumniadores y renegados de la revolución... Desde Francia, desde esta caldera antisoviética, puede atacar a la URSS... ¡Es un punto estratégico! Para eso viene Mister Trotsky.” Todas las fórmulas del fiscal Vishinsky estaban ahí, con una diferencia: en esta actividad criminal yo actuaba de acuerdo con la burguesía francesa, no con el fascismo alemán.

---

<sup>1</sup> Joseph-Paul Boncour (1873-1972), socialista de derecha francés hasta 1931, fue primer ministro en 1932-33 y Ministro de Relaciones Exteriores del segundo Gobierno Blum.

¿Pero quizás el infeliz *L'Humanité* no estaba informado? No; el órgano de Stalin en París expresaba muy bien las posiciones de su patrón. Las pesadas ideas de la burocracia moscovita se negaban a salir de la órbita a la que se habían acostumbrado. La alianza con Alemania, independientemente del régimen interno de ese país, era un axioma de la política exterior soviética. El 13 de diciembre de 1931, Stalin le dijo al escritor alemán Emil Ludwig que: “Si hablamos de nuestra simpatía por alguna nación, nos referimos, lógicamente, a los alemanes... Nuestras relaciones con Alemania son tan amistosas hoy como ayer.” Stalin cometió la imprudencia de agregar: “Algunos políticos declaran o prometen una cosa un día, para olvidarla al día siguiente sin siquiera sonrojarse. Nosotros no podemos actuar de esa manera.”

Es cierto que seguía la época de Weimar. Pero la victoria del fascismo no alteró la orientación de Moscú. Stalin se esforzó por obtener la buena voluntad de Hitler. En el órgano gubernamental *Izvestia* del 4 de marzo de 1933, leemos que la URSS es el único país del mundo que no siente hostilidad hacia Alemania, “independientemente de la forma y composición del gobierno del Reich”. *Le Temps* del 8 de abril dice: “La opinión pública europea está sumamente preocupada por el advenimiento del señor Hitler y hace abundantes comentarios al respecto; mientras tanto, la prensa de Moscú se mantiene en silencio.” Stalin le volvía la espalda a la clase obrera alemana para tratar de granjearse la amistad del vencedor.

El cuadro resulta claro. Cuando, de acuerdo con la versión retrospectiva inventada *a posteriori*, yo debía estar organizando mi colaboración con Hitler, la prensa de Moscú y de la Internacional Comunista me presentaban como agente de Francia y del imperialismo anglo-sajón. Me convirtieron en aliado de los alemanes y japoneses cuando Hitler rechazó la mano cordial que le tendió Stalin y lo obligó a buscar la amistad de las “democracias occidentales”, contrariando sus planes y sus cálculos previos.

Las acusaciones formuladas contra mí no eran ni son sino un complemento de las evoluciones diplomáticas de Moscú. Los distintos cambios de rumbo que se me imputan no contaron con la menor participación de mi parte. Sin embargo, existe una diferencia importante entre las dos versiones opuestas, aunque simétricas, de la calumnia. La primera, que me convirtió en agente de la Entente, tenía un carácter puramente literario. Los calumniadores calumniaban, los periódicos difundían el veneno, Vishinsky todavía no salía de las sombras. Es cierto que la GPU fusiló a algunos militantes de la Oposición de Izquierda, acusándoles de espionaje; pero se trataba de asesinatos experimentales, donde las víctimas eran individuos desconocidos. Mientras tanto, proseguía la educación de los magistrados indagadores, jueces y verdugos de Stalin. Necesitaba tiempo para llevar a la burocracia a un grado de desmoralización y a la opinión pública mundial a un grado de envilecimiento tales que le permitieran montar los monstruosos fraudes judiciales contra los trotskistas.

Los documentos permiten seguir la evolución de los preparativos a través de todas sus etapas. Más de una vez Stalin se encontró con una resistencia que le obligó a retroceder, para luego proseguir sus actividades en forma más sistemática. Su objetivo era montar una guillotina que actuara automáticamente contra cualquier opositor de la camarilla dirigente: quien no apoya a Stalin es agente a sueldo del imperialismo. Este esquema grosero, sazonado con el rencor personal, corresponde por completo al espíritu de Stalin. Diríase que no dudó por un instante de que las “confesiones” de sus víctimas convencerían al mundo y consolidarían la inviolabilidad del régimen totalitario. Las cosas no sucedieron así. Los procesos se volvieron contra Stalin. Ello no se debe tanto al carácter burdo de los fraudes, como al siguiente hecho: el desarrollo del país ya no soportaba la garra burocrática. La presión de las contradicciones crecientes obligó a Stalin a ampliar constantemente el radio del fraude. La purga sangrienta continúa, sin dar señales



de llegar a su fin. La burocracia se devora a sí misma y clama frenéticamente por una vigilancia mayor. Es el clamor de un animal herido de muerte.

Recordemos una vez más que todos los miembros del Buró Político de la época de Lenin (la única excepción es Stalin) encabezan la lista de traidores: entre ellos se encuentran el exjefe de la defensa del país durante la guerra civil, dos exdirigentes de la Internacional Comunista, el expresidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, el expresidente del Consejo de Defensa y Trabajo, el exjefe de los sindicatos soviéticos. Siguen muchos miembros del comité central y del gobierno. Se dice que Piatakov, jefe de la industria pesada, organizaba el sabotaje, Lifshits, Vicecomisario del Pueblo de Transportes, era agente de Japón y organizador de los descarrilamientos; Yagoda, jefe supremo de las fuerzas de seguridad, era un criminal y un traidor; Sokolnikov, Vicecomisario del Pueblo de Relaciones Exteriores, era agente de Alemania y Japón, junto con Radek, el periodista más influyente del régimen. Más aún: todo el alto mando del ejército estaba al servicio del enemigo. El mariscal Tujachevski, enviado recientemente a Inglaterra y Francia a familiarizarse con las últimas técnicas militares, vendió secretos a Alemania...; Gamarnik, jefe político del ejército, era un traidor. Recientemente, los representantes de los ejércitos francés, inglés y checoslovaco rindieron homenaje a la capacidad organizativa de Yakir, por la forma en que condujo las maniobras militares en Ucrania. Este Yakir preparaba la conquista de Ucrania por Hitler. El general Ubovich, responsable de la defensa en el frente occidental, se preparaba a entregar la Rusia blanca al enemigo. Los generales Eidemann y Kork, excomandantes de la Academia Militar, destacados comandantes en la guerra civil, instruían a sus alumnos para obtener derrotas, no victorias. Decenas de oficiales superiores, menos conocidos, pero no menos importantes, son acusados de traición. Los destructores, saboteadores, criminales y espías llevaron a cabo su obra criminal durante años. Pero si los yagodas, piatakovs, sokolnikovs, tujachevskys y demás eran espías, ¿de qué sirven los stalins, vorochilovs y demás “líderes”? ¿De qué sirve exigirle vigilancia a un buró político que ha hecho gala de tanta ceguera y falta de realismo?

La última purga desacreditó al régimen hasta un punto tal que la prensa mundial se pregunta seriamente si Stalin no se ha vuelto loco. ¡Es una hipótesis demasiado simplista! Primero se dijo que Stalin debió su triunfo a su brillante intelecto. Posteriormente, cuando los reflejos de la burocracia se volvieron convulsivos, los admiradores de ayer empezaron a preguntarse si el líder no había perdido el juicio. Las dos apreciaciones son igualmente falsas. Stalin no es ningún “genio”. En sentido literal, ni siquiera es un hombre inteligente, si inteligencia significa capacidad de aprehender los fenómenos en sus correlaciones y desarrollo. Pero tampoco está loco. La ola del terror lo alzó en su cresta. Creyó que la fuente de sus fuerzas estaba en sí mismo. La casta de advenedizos que lo proclamó genio se corrompió y desmoralizó rápidamente. La tierra de la revolución de octubre exige un cambio de régimen. La situación de la camarilla dominante no le permite tener una política racional. La locura no es de Stalin, sino de un régimen que ha agotado sus posibilidades. Esta explicación no justifica moralmente a Stalin en lo más mínimo. Saldrá de escena como uno de los personajes más sucios de la historia humana.

Este libro fue escrito por partes y en diversas circunstancias. En principio debía ser una refutación del proceso de Zinóviev y Kámenev (agosto de 1936). Pero el autor no pudo continuar el trabajo debido a su internamiento en Noruega. Pude retomar el manuscrito al cruzar el Atlántico en un buque tanque. Apenas hube llegado al hospitalario México y empezado a ordenar mis papeles, se inició el proceso de Piatakov y Radek; éste merecía un análisis detallado. Mientras criticaba los juicios de Moscú, tuve tiempo de reunir materiales para la investigación jurídica realizada por el comité de Nueva York que

asumió mi defensa. Una buena parte de este libro es el discurso que pronuncié ante la comisión investigadora que vino de Nueva York a México en abril a escuchar mi versión de los hechos. Por último, cuando ya estaba entregando el manuscrito a los editores, las agencias noticiosas anunciaron el arresto y ejecución de los generales más destacados del Ejército Rojo. Por eso la estructura del libro sigue los acontecimientos muy de cerca. ¡Agrego que al escribir estas páginas hube de observar más de una vez cuán limitados son nuestro vocabulario y la gama de nuestros sentimientos frente a la monstruosidad de los crímenes que se cometen en Moscú!

León Trotsky  
Coyoacán, 5 de julio de 1937

## ***En Noruega “socialista”*** (diciembre de 1936)

Mi esposa y yo permanecemos durante unos dieciocho meses, junio de 1935 a septiembre de 1936, en Weksal, una aldea situada a cincuenta kilómetros de Oslo.<sup>2</sup> Vivíamos en la casa de Konrad Knudsen, director de un periódico obrero. Era la residencia que nos había asignado el gobierno noruego. Nuestra vida era totalmente pacífica y ordenada, casi podría decirse pequeñoburguesa. Los demás habitantes de la casa no tardaron en acostumbrarse a nuestra presencia, y se creó una relación silenciosa, pero muy cordial, entre nosotros y las personas que nos rodeaban. Una vez por semana íbamos con los Knudsen a ver viejas películas de Hollywood. De vez en cuando, sobre todo en el verano, recibíamos visitas, principalmente de miembros del ala izquierda del movimiento obrero. La radio nos mantenía al tanto de los sucesos mundiales; habíamos empezado a utilizar este maravilloso e insoportable invento tres años antes. Nada nos provocaba mayor asombro que los pronunciamientos oficiales de los burócratas soviéticos. Estos individuos hablan por las ondas de radio como si estuvieran en sus oficinas privadas. Ordenan, amenazan, riñen: no tienen el menor respeto por las reglas más elementales de la prudencia con respecto a los secretos de estado. Sin duda, los estados mayores enemigos deben obtener informes invalorable de los discursos intempestivos de los líderes soviéticos grandes y pequeños. Y todo esto sucede en un país donde la mera sospecha de pertenecer a la oposición implica la acusación de espionaje.

La llegada del correo a Weksal era el mejor momento del día. Hacia la una de la tarde empezábamos a aguardar impacientemente al cartero lisiado, quien, con su trineo en el invierno y su bicicleta en el verano, nos traía un gran paquete de cartas y periódicos con sellos de todos los países del mundo. El insólito volumen de nuestro correo le provocó al comisario de policía de Honefoss (una aldea vecina de cuatro mil habitantes) más de una noche de insomnio. Lo propio ocurría con el gobierno socialista de Oslo, pero eso no lo supimos hasta más adelante.

¿Por qué estábamos en Noruega? Creo que debo decir dos palabras al respecto. Durante un cierto tiempo el Partido Laborista noruego perteneció a la Internacional Comunista<sup>3</sup>. Luego se separó de la Comintern (y la culpa de ello no debe achacarse exclusivamente a ésta). pero no se afilió a la Segunda Internacional<sup>4</sup> por considerarla

---

<sup>2</sup> Natalia Sedova (1882-1962), esposa de Trotsky, trabajó en el comisariado de educación soviético durante varios años a partir de la revolución de 1917. En 1941 empezó a tener diferencias con la Cuarta Internacional y cortó sus relaciones con la misma en 1951.

<sup>3</sup> Partido Laborista Noruego (NAP), el gran partido de la clase obrera noruega. Rompió con la Segunda Internacional y se afilió a la Comintern en 1919; rompió con ésta en 1923. A mediados de los años treinta mantenía vínculos con el Buró de Londres, pero luego volvió a la Segunda Internacional. En 1935 llegó al poder en Noruega, concedió asilo a Trotsky, pero lo sometió a arresto domiciliario y al silencio después del primer juicio de Moscú. La Internacional Comunista (llamada también Tercera Internacional o Comintern) fue fundada en 1919 bajo la dirección de Lenin como sucesora revolucionaria de la Segunda Internacional. Stalin la disolvió en 1943 como gesto de buena voluntad para con sus aliados imperialistas. [En nuestra serie: [Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales.](#)]

<sup>4</sup> Segunda Internacional, fundada en 1889 como organización laxa de partidos socialdemócratas y laboristas, que reunía en sus filas a elementos tanto revolucionarios como reformistas. Su papel progresivo llegó a su fin cuando las secciones más importantes, violando los principios más elementales del socialismo, apoyaron a sus gobiernos imperialistas en la primera guerra mundial. Se desintegró durante dicha guerra, pero resurgió en 1919 como organización totalmente reformista. [En nuestra serie: [Segunda Internacional \(Internacional Socialista\): resoluciones y otros materiales.](#)]

demasiado oportunista. Al llegar al poder en 1935, este partido todavía mantenía algunos vínculos con su pasado. Inmediatamente solicité una visa a Oslo, con la esperanza de proseguir mi trabajo literario en paz en este país pacífico.

Tras algunas vacilaciones y rencillas, los dirigentes del partido me concedieron la visa. Gustosamente me comprometí por escrito a no intervenir en la vida interna del país, etcétera, puesto que no tenía la menor intención de inmiscuirme en la política noruega. En mis primeros contactos con los dirigentes laboristas percibí claramente el olor mustio de ese conservadorismo provinciano que las obras de Ibsen denuncian tan vigorosamente. Y a pesar de invocar a Marx y Lenin en lugar de la Biblia y Lutero, el *Arbeiderbladet*, estaba imbuido de esa mediocridad estrecha y bienintencionada que suscitaba el desprecio total de Marx y Lenin<sup>5</sup>.

El gobierno “socialista” se esforzó al máximo por parecerse en todo lo posible a sus predecesores reaccionarios. Los viejos funcionarios burocráticos permanecieron en sus puestos. ¿Para bien, o para mal? Mi experiencia no tardó en convencerme de que los viejos funcionarios burgueses suelen poseer una visión más amplia y un sentido de la dignidad más profundo que los señores ministros “socialistas”. Mis únicos contactos con los círculos gubernamentales se redujeron a una visita oficiosa de Martin Tranmael (quien durante su estadía en Estados Unidos había militado, ¡oh, locuras juveniles!, en el IWW) y del ministro de justicia Trygve Lie<sup>6</sup>. No mantuve contactos con la izquierda para evitar cualquier sospecha de participación en la política local.

Mi esposa y yo vivíamos en total aislamiento, sin que se nos ocurriera autocompadecernos. Habíamos establecido relaciones muy amistosas con los Knudsen la política estaba excluida de nuestras conversaciones por acuerdo tácito. En los momentos en que mi enfermedad me lo permitía, trabajé en *La revolución traicionada*<sup>7</sup>, donde quise explicar las causas por las cuales la burocracia soviética había triunfado sobre los sóviets, el partido y el pueblo, y señalar las perspectivas del desarrollo futuro de la URSS. El 5 de agosto (de 1936) envié las primeras copias del manuscrito a los traductores franceses y norteamericanos. Ese mismo día partimos con Konrad Knudsen y su esposa hacia el sur de Noruega para pasar dos semanas a orillas del mar. Pero a la mañana siguiente, mientras seguíamos en viaje, nos enteramos de que un grupo de fascistas se había introducido en la casa para robar mi archivo. No era difícil: no había guardia en la casa, ni candados en los roperos y estanterías. Los noruegos están tan acostumbrados a su ritmo pacífico de

---

<sup>5</sup> Carlos Marx (1818-1883), fundador, junto con Engels, del socialismo científico y uno de los dirigentes de la Primera Internacional (1874-76) [En nuestras series: [Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores \(AIT\), Marx y Engels, materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional y Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels \(OEME-EIS\)](#)]. V. I. Lenin (1870-1924) devolvió al marxismo su carácter de teoría y práctica de la revolución en la época imperialista, después de su envilecimiento por los oportunistas, revisionistas y fatalistas de la Segunda Internacional. Fundó la tendencia bolchevique, la primera que construyó el tipo de partido que se necesita para dirigir una revolución obrera. Fundó la Internacional Comunista y participó en la elaboración de sus principios, estrategia y tácticas. Preparó la lucha contra la burocratización del PC ruso y del estado soviético, pero murió antes de poder llevarla a cabo.

<sup>6</sup> IWW (Industrial Workers of the World [Obreros Industriales del Mundo]), fundada en Chicago en 1905, era un sindicato industrial anticapitalista y revolucionario. Rechazaba la acción política y el trabajo en el sector más masivo del movimiento obrero norteamericano. Fue reprimido duramente por el gobierno durante la Primera Guerra Mundial. Esto inició su decadencia, que se aceleró con la fundación del PC en 1919. Trygve Lie (1896-1968) fue asesor legal del NAP, luego ministro de justicia de Noruega en 1935-39. Arrestó e incomunicó a Trotsky para impedirle su defensa frente a las calumnias de los juicios de Moscú. Fue ministro de relaciones exteriores en 1941-1946 y secretario general de las Naciones Unidas después de la Segunda Guerra Mundial, 1946-1953.

<sup>7</sup> *La revolución traicionada. Qué es y adónde va la Unión Soviética (anexas)*, Obras Escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov.

vida que no habíamos podido convencer a nuestros amigos para que tomaran algunas precauciones elementales.

Los fascistas llegaron a medianoche, exhibieron falsas credenciales policiales y trataron de iniciar el “allanamiento”. Esto despertó las sospechas de la hija de nuestros anfitriones: sin perder la calma, se paró en la puerta de mi dormitorio y declaró que no permitiría la entrada de nadie. Cinco fascistas, carentes de experiencia en esta clase de cosas, vieron frustradas sus intenciones por una muchacha joven. Mientras tanto, su hermano menor salió a dar la alarma; aparecieron los vecinos con sus ropas de dormir. Los violadores, asustados, huyeron llevándose algunos papeles tomados al azar de un escritorio. Al día siguiente la policía no tuvo la menor dificultad en establecer su identidad.

Parecía que la vida volvía a su cauce normal. Pero al proseguir nuestro viaje hacia el sur, percibimos que un automóvil con cuatro fascistas, dirigidos por el ingeniero N., su director de propaganda, seguía al nuestro. Logramos deshacernos de ellos al final del viaje, cuando impedimos que su automóvil subiera a la balsa que nos llevaría a la otra orilla del fiordo. Gozamos de diez días de paz en una solitaria cabaña de pescadores construida sobre las rocas de la isleta.

Se acercaban las elecciones al Storting (parlamento) y los candidatos de la oposición buscaban algún problema espectacular que diera mayor interés a sus aburridos programas. Los periódicos del gobierno (Noruega tiene tres millones de habitantes, pero el Partido Laborista publica treinta y cinco diarios y diez semanarios) lanzaron una campaña antifascista bastante moderada. La prensa de la derecha respondió con una violenta campaña en contra mío y del gobierno que me había concedido la visa. Recopiló artículos políticos míos que habían aparecido en distintos países, los tradujo apresuradamente y los publicó con titulares sensacionalistas. Repentinamente me convertí en el eje de la política noruega.

El ataque de los fascistas había despertado gran indignación entre los obreros. “Debemos echar aceite sobre las aguas agitadas”, observaron los dirigentes socialdemócratas con aire sabihondo. “¿Por qué?” “Para evitar que los obreros despedacen a los fascistas”. La experiencia de varios países de Europa no les había enseñado nada; preferían esperar que los fascistas los despedazaran a *ellos*. Me aparté de toda la polémica, inclusive en mis conversaciones privadas porque cualquier expresión podía llegar a la prensa. Solo hube de encogerme de hombros y esperar. Durante varios días seguí escalando las rocas y pescando.

Mientras tanto, en el este empezaba a formarse el frente de tormenta. Allí se disponían a revelar al mundo que yo conspiraba con los nazis para destruir los sóviets. El asalto de Weksal y la violenta campaña de la prensa fascista se produjeron en un momento incómodo para los intereses de Moscú. Ante estos acontecimientos inoportunos, ¿se verían obligados a detener sus planes? Al contrario, los acontecimientos noruegos servirían para acelerar la puesta en escena del juicio de Moscú<sup>8</sup>.

De más está decir que la embajada soviética en Oslo no perdió el tiempo. El 13 de agosto recibimos la visita del Sr. Swen, jefe de la policía criminal de Oslo, quien llegó en avión; deseaba interrogarme en calidad de testigo acerca del asalto fascista. Este interrogatorio apresurado, realizado por orden del ministro de justicia no presagiaba nada bueno. Swen me mostró una carta (de contenido completamente inocuo) que yo había

---

<sup>8</sup> En agosto de 1936 Stalin lanzó el primer gran juicio de Moscú, basado en las confesiones de los acusados. Estos eran dieciséis, encabezados por Zinóviev y Kámenev, bolcheviques de la vieja guardia. Se los acusaba del intento de asesinar a los dirigentes soviéticos y de conspirar con el fin de restaurar el capitalismo. Los dieciséis fueron ejecutados. Trotsky y su hijo León Sedov eran los acusados principales *in absentia* en estos procesos.

enviado a un amigo en París y que ya había aparecido en la prensa noruega. Me pidió que rindiera cuentas de mis actividades en Noruega. Para justificar su interrogatorio, el funcionario policial dijo que los invasores de mi casa hacían hincapié en el carácter criminal de mis actividades. El abogado fascista exigía que se me juzgara por participar en “conspiraciones que podrían arrastrar a Noruega a la guerra con otros estados”. La conducta del Sr. Swen fue por demás correcta. Evidentemente comprendía que las preguntas que me hacía por orden superior estaban fuera de lugar. Al final de mi prolongado testimonio, el Sr. Swen informó a la prensa que ninguna de mis actividades era contraria a las leyes, ni atentaba contra los intereses de Noruega. Nuevamente creímos que “el incidente estaba terminado”. En realidad, apenas comenzaba.

El ministro de justicia, reciente exmiembro de la Internacional Comunista, no compartía el liberalismo del jefe de policía. El primer ministro Nygaardsvold se mostró menos dispuesto a la indulgencia. Ardía en deseos de demostrar su firmeza, pero no hacia los fascistas culpables de asalto en Weksal. Mis asaltantes permanecieron en libertad, protegidos por la constitución democrática.

El 14 de agosto la agencia soviética Tass anunció el descubrimiento de una conjura terrorista trotskysta-zinovievista. Nuestro anfitrión, Konrad Knudsen, escuchó la noticia por la radio. Pero en la isla no había electricidad, las antenas eran muy primitivas y, para colmo, esa noche la radio no funcionaba bien... “grupos trotskystas... actividad contrarrevolucionaria...” es todo lo que Knudsen pudo captar.

-¿Qué significa?- preguntó.

-Algo muy sucio -le respondí yo- pero no sé exactamente qué.

Hacia la madrugada llegó de la aldea vecina de Kristiansand un periodista amigo que había tomado notas del comunicado de Tass. Aunque estaba preparado para cualquier cosa, no podía creer lo que veía, tan indignante me parecía el documento, con su mezcla de vileza, insolencia y estupidez.

-Terrorismo, vaya y pase -repetí, anonadado-. Puedo comprender esa acusación. ¡Pero, la Gestapo! ¿Está usted seguro de que dijo “Gestapo”?

-Sí-

-Quiere decir que, inmediatamente después del ataque fascista, los estalinistas me acusan de aliado de los fascistas.

-No cabe duda.

-Pero, ¡todo tiene un límite! Este comunicado sólo puede ser obra de un provocador borracho y, para colmo, analfabeto.

Inmediatamente le di al periodista mi primera declaración acerca del juicio. Era necesario prepararse para la lucha, porque se preparaba un golpe terrible. El Kremlin debía tener razones poderosas para comprometerse con un fraude tan escandaloso.

El juicio sorprendió a la opinión pública y a la propia Internacional Comunista. A pesar de su hostilidad hacia mí, el Partido Comunista Noruego había realizado un acto de protesta por el asalto de Weksal el día 14 de agosto... escasas horas antes de que Tass me declarara aliado de los fascistas. El órgano estalinista francés *l'Humanité* publicó un cable

---

<sup>9</sup> Gestapo, policía secreta de los nazis. José Stalin (1879-1953), socialdemócrata a partir de 1898, ingresó a la fracción bolchevique en 1904 y al comité central en 1912. Después de la revolución de febrero de 1917 y antes de que Lenin regresara y reorientara a los bolcheviques hacia la toma del poder, Stalin era partidario de la conciliación con el gobierno provisional. Fue comisario de nacionalidades en el primer gobierno soviético y secretario general del PC a partir de 1922. En 1923 Lenin pidió que se lo relevara de ese puesto, porque lo estaba utilizando para colaborar en la burocratización de los aparatos partidario y estatal. A partir de la muerte de Lenin (1924), Stalin eliminó gradualmente a sus adversarios más importantes, empezando por Trotsky, hasta que en los años treinta se convirtió en dictador virtual del partido y de la Unión Soviética. Los conceptos principales que se vinculan a su nombre son “socialismo en un solo país”, “socialfascismo” y “coexistencia pacífica”.

fechado en Oslo donde decían que, dado que los fascistas me habían hecho una “visita de cortesía”, el gobierno noruego consideraba que mi entrevista nocturna con ellos constituía una intromisión en la vida política del país. Hace tiempo ya que los caballeros de *l'Humanité* perdieron toda vergüenza y siempre están dispuestos a todo con tal de justificar sus salarios.

A partir de mi primera declaración a la prensa exigí una investigación pública y exhaustiva de las acusaciones de Moscú. Dirigí una carta abierta al Sr. Swen para completar mi testimonio. En el momento de otorgarme la visa, decía mi carta, el gobierno noruego sabía perfectamente bien que yo era revolucionario y uno de los que impulsa la creación de una nueva internacional. Aunque me abstenía estrictamente de intervenir en los asuntos internos de Noruega, no creía (ni creo) que el gobierno noruego tuviera derecho a controlar mi actividad literaria en otros países, sobre todo teniendo en cuenta que ninguno de mis libros y artículos había sido objeto de procedimientos legales. Mi correspondencia estaba imbuida de las mismas ideas que mis libros. No es mi culpa si dichas ideas no son del agrado de fascistas y estalinistas. Últimamente se me hacen acusaciones que superan todo lo dicho por la prensa reaccionaria sobre mi persona. La radio de Moscú me acusa de crímenes inauditos. Si en esas acusaciones hubiera siquiera un átomo de verdad, realmente yo no merecería la hospitalidad del pueblo noruego, ni de ningún otro pueblo. Pero estoy dispuesto a responder a las acusaciones de inmediato, frente a cualquier comisión investigadora imparcial, frente a cualquier tribunal público. Y me comprometo a demostrar que los verdaderos criminales son los fiscales.

Esta carta apareció en la mayoría de los periódicos noruegos. Es de notar que, desde el comienzo, la prensa noruega mantuvo una actitud suspicaz hacia el juicio de Moscú. Martin Tranmael y sus correligionarios habían sido miembros de la Internacional Comunista hasta poco tiempo antes: ¡conocían a la GPU y sus métodos!<sup>10</sup> Además, la opinión pública de las masas trabajadoras, irritada por el ataque fascista, me era totalmente favorable. La prensa de derecha perdió la cabeza. Ayer decía que yo actuaba en acuerdo secreto con Stalin para preparar la revolución en España, Francia, Bélgica y, por supuesto, en Noruega. Sin renunciar a esta posición, salió en defensa de la burocracia moscovita contra mis ataques terroristas...

Volvimos a Weksal en momentos en que finalizaba el juicio de Moscú. Con ayuda del diccionario descifré los cables de Tass en los periódicos de Oslo. Me sentía como en un manicomio. Los periodistas nos asediaban: las agencias telegráficas noruegas seguían publicando mis respuestas y difundiéndolas por el mundo. En ese momento llegaron dos jóvenes amigos, quienes habían sido mis secretarios: Erwin Wolf, de Checoslovaquia, y [Jean van Heijenoort](#), de Francia<sup>11</sup>. Nos ayudaron muchísimo durante esos días frenéticos y ansiosos en que aguardábamos los resultados de dos procesos: el de Moscú y el de Oslo.

Si Moscú no ejecutaba a los acusados, nadie prestaría crédito a las acusaciones. Yo estaba convencido de que habría ejecuciones. Sin embargo, no pude dar crédito a mis oídos cuando escuché al locutor de la radio de París informar, con voz temblorosa, que todos los acusados, entre los cuales se hallaban cuatro miembros de la vieja guardia del comité central bolchevique, habían sido fusilados por orden de Stalin. No me asombró la ferocidad de la masacre. La época de las guerras y de las revoluciones es cruel, pero es nuestra época: nuestra patria en el tiempo. Me asombró la frialdad premeditada del fraude

---

<sup>10</sup> GPU, iniciales de uno de los nombres de la policía política soviética, otras son Cheka, NKVD, MVD. KGB, pero GPU es el más utilizado.

<sup>11</sup> Erwin Wolf (1902-1937), trotskysta checo y miembro del Secretariado Internacional, fue secretario de Trotsky en Noruega. En 1937 fue secuestrado y asesinado por la GPU en España. Jean van Heijenoort fue secretario de Trotsky en los cuatro países donde trascurrió su último exilio [en la serie [Heijenoort, J. Van](#) de nuestro sello hermano [Alejandría Proletaria](#)].

judicial, el gansterismo moral de la camarilla que detenta el poder, el intento de engañar a la opinión pública mundial en semejante escala: por toda la tierra, por toda una generación, por varias generaciones.

-“Caín Dshugashvili (Stalin) ha llegado a la cumbre de su destino”- le dije a mi esposa tras el primer momento de asombro. La prensa internacional reaccionó con evidente desconfianza hacia el proceso de Moscú. La organización profesional Amigos de la Unión Soviética calló, desorientada. Con bastantes dificultades Moscú puso en marcha la compleja red de organizaciones “amistosas” controladas total o parcialmente por él. Poco a poco la máquina internacional de calumnias empezó a funcionar; no le faltaba lubricante. La principal correa de transmisión fue, naturalmente, el aparato de la Internacional Comunista. El periódico comunista noruego, que hasta ayer me defendió de los fascistas, cambió repentinamente su música. Empezó a exigir mi expulsión y, sobre todo, que se me amordazara. Las funciones de la prensa de la Comintern son conocidas. En el tiempo que resta después de realizar las tareas menores de la diplomacia soviética, lleva a cabo los trabajos más sucios de la GPU. Los cables zumbaban de Moscú a Oslo. Se trataba, en primer término, de impedir que yo desenmascarara el fraude judicial. Los esfuerzos no fueron en vano. Se produjo un giro repentino en las cúpulas noruegas, giro que el Partido Laborista no percibió y luego no comprendió. No tardaríamos en comprender sus causas ocultas.

El 26 de agosto, mientras ocho funcionarios policiales vestidos de paisano ocupaban el patio de nuestra casa, el jefe de policía, Askvig, y un funcionario de la oficina central de pasaportes a cargo de la supervisión de los extranjeros, vinieron a visitarnos. Estos señores importantes me invitaron a firmar un documento con nuevas condiciones para residir en Noruega. Debía abstenerme de escribir sobre cuestiones políticas del momento y de conceder entrevistas; debía someterme a la inspección policial de toda mi correspondencia, saliente y entrante. El documento oficial no hacía la menor alusión al proceso de Moscú: como único ejemplo de mis trasgresiones mencionaba un artículo sobre la situación política francesa publicado en el semanario norteamericano *Nation* y mi carta abierta al jefe de la policía criminal, Sr. Swen. Evidentemente, el gobierno noruego echaba mano del primer pretexto que se le ocurría para ocultar las verdaderas causas de su cambio de actitud. Después comprendí por qué solicitaban mi firma: de acuerdo con la constitución del país, no se pueden restringir las libertades de un individuo sin el correspondiente proceso judicial. El ingenioso ministro de justicia tuvo que llenar este vacío en la ley fundamental del país invitándome a que me atara de pies y manos por propia voluntad. Mi respuesta fue una negativa categórica.

El ministro me informó inmediatamente que no se me permitiría ver a periodistas. Intermediarios, ni terceros en general y que próximamente el gobierno nos asignaría una nueva residencia a mi esposa y a mí.

Intenté, por correo, que el ministro comprendiera ciertas verdades fundamentales: que el control de mi actividad literaria no entra en la jurisdicción de un empleado de la oficina de pasaportes; que impedirme toda comunicación con la prensa en momentos en que yo era objeto de toda clase de calumnias equivalía a solidarizarse con los acusadores. Todo esto era muy cierto, pero... ¡la embajada soviética disponía de argumentos más convincentes!

A la mañana siguiente los agentes de la policía me condujeron a Oslo para ser interrogado, siempre en calidad de “testigo” del ataque fascista. Al magistrado examinador no le interesaban los hechos. Me interrogó durante dos horas acerca de mis actividades políticas, mis vínculos y las visitas que recibía. Se produjeron prolongados debates acerca de si mis artículos criticaban a otros gobiernos. De más está decir que me negué a discutir esa cuestión. El magistrado concluyó que esta actitud violaba el acuerdo



que yo había firmado, acerca de abstenerme de toda acción hostil contra otros estados. Respondí que solamente los regímenes totalitarios consideran que estado y gobierno son la misma cosa. Para los regímenes democráticos, la crítica al gobierno no constituye un ataque contra el estado. Si no ¿qué sería del sistema parlamentario? La única interpretación sensata del acuerdo original era que yo me había comprometido a no realizar actividades ilegales ni clandestinas en Noruega. Pero jamás se me había ocurrido pensar que, estando en Noruega, yo no podría publicar artículos en otros países, artículos que de ningún modo contravenían las leyes de los mismos. El juez tenía otras ideas al respecto o, al menos, otras instrucciones; no resultaban muy claras, por cierto, pero sí bastaban para causar mi arresto domiciliario.

Del tribunal me llevaron al despacho del ministro de justicia, quien me recibió acompañado por sus más altos funcionarios. Me invitó a firmar una versión levemente modificada del documento del día anterior, donde yo aceptaba la vigilancia policial.

-Si me quiere arrestar -pregunté-, ¿para qué necesita mi autorización?

-Sin embargo- respondió el ministro con aire sabihondo- entre el arresto y la libertad total existe una situación intermedia.

-Eso es una ambigüedad, o una trampa. ¡Prefiero que me arresten!

El ministro me hizo esa concesión e inmediatamente dio las órdenes pertinentes. Los agentes policiales apartaron bruscamente a Erwin Wolf, quien me había acompañado y se disponía a volver conmigo. Cuatro policías, esta vez uniformados, me condujeron a Weksal. En el patio vi cómo otros agentes sacaban a van Heijenoort a empujones de la casa. Mi esposa salió asustada. Me obligaron a permanecer en el automóvil mientras preparaban el aislamiento de nuestros cuartos. La policía ocupó la sala de estar y cortó el cable del teléfono. Quedamos prisioneros. La dueña de casa nos traía las comidas bajo la vigilancia de dos policías. Las puertas de nuestros cuartos permanecían constantemente entornadas. El 2 de septiembre nos trasladaron a Sundby, una aldea de Storsand situada a treinta kilómetros de Oslo, al borde de un fiordo.

Allí vivimos durante tres meses y veinte días bajo la vigilancia de trece agentes de la policía. Nuestra correspondencia era revisada por la oficina central de pasaportes, y esta agencia no veía razón alguna para trabajar con rapidez. No se nos permitían visitas. Para justificar este procedimiento, contrario a la constitución noruega, el gobierno debió aprobar una ley *ad hoc*. Mi esposa fue arrestada sin ninguna explicación.

Diríase que los fascistas noruegos podían celebrar una victoria. En realidad, no fueron ellos los vencedores. El secreto de mi arresto domiciliario era sencillo. El gobierno de Moscú amenazó con el boicot al comercio noruego y dio algunos ejemplos concretos de la seriedad de la amenaza. Los navieros sitiaron a los ministerios:

“Hagan lo que les plazca, pero déjenos comerciar con Moscú”

La marina mercante del país, la cuarta en el mundo, tiene un peso decisivo en los asuntos públicos, y los burgueses navieros trazan la política, independientemente de quién ocupe los ministerios. Stalin empleó el monopolio del comercio exterior para impedir que yo desenmascarara el fraude judicial. Los círculos financieros noruegos acudieron en su ayuda. Los ministros socialistas se justificaron diciendo: “¡No podemos sacrificar los intereses vitales del país por Trotsky!”. Ese fue el motivo de mi arresto.

El 17 de agosto, tras las espectaculares revelaciones fascistas y las acusaciones de Moscú, Martin Tranmael escribió en *Arbeiderbladet*: “Durante su permanencia en nuestro país Trotsky está sometido estrictamente a las condiciones que le fueron impuestas a su arribo.” Ahora bien, en su carácter de director del periódico, Tranmael conoce mi actividad literaria (sobre todo los artículos que constituirían la base del informe de la oficina de pasaportes) mejor que nadie. Pero apenas el gobierno aprobó el informe (realizado por orden de Moscú), Tranmael comprendió que en este asunto el gran culpable

era Trotsky. ¿Por qué no había renunciado a sus ideas o, por lo menos, al derecho de expresarlas? En ese caso hubiera podido gozar pacíficamente de los beneficios de la democracia noruega.

Aquí cabe, quizás, una breve digresión histórica. El 16 de septiembre de 1928 llegó a Alma Ata una delegación especial de la GPU para exigirme que me abstuviera de toda actividad política<sup>12</sup>, amenazándome con tomar medidas coercitivas si me negaba a hacerlo.

Le escribí al comité central:

“Exigirme que renuncie a toda actividad política es exigirme que abandone la lucha por la causa del proletariado internacional, lucha que libro incesantemente desde hace treinta y dos años, es decir, desde el comienzo de mi vida consciente... El poder histórico de la Oposición radica en que, a pesar de su aparente y momentánea debilidad, mantiene sus dedos sobre el pulso del proceso histórico mundial: percibe claramente la dinámica de las fuerzas sociales; prevé el futuro y se prepara conscientemente para enfrentarlo. Si renuncio a mi actividad política, renuncio a prepararme para el futuro. En el mensaje al Sexto Congreso de la Internacional Comunista, la Oposición previó el ultimátum que se me envía: ‘Solo una burocracia completamente desmoralizada podría exigirles a los revolucionarios que abandonen la actividad política. Sólo un despreciable renegado podría someterse a esa exigencia.’ No veo razón alguna para cambiar estas palabras.”

En respuesta a esta declaración, el buró político resolvió exiliarme y me envió a Turquía. Me negué a renunciar a mi actividad política y lo pagué con el exilio. Ahora el gobierno noruego exigía que yo pague mi exilio renunciando a mi actividad política. No, señores demócratas, eso es algo que no puedo aceptar.

En la citada carta al comité central, expresé la convicción de que la GPU se preparaba para encarcelarme. Me equivoqué. El buró político me exilió. Pero lo que Stalin no se atrevió a hacer en 1928, los “socialistas” noruegos lo hicieron en 1936. Me encarcelaron porque me negué a poner fin a la actividad política que constituye la esencia de mi vida, que le da su sentido. El órgano oficial del gobierno se justificó afirmando que ya han pasado los tiempos en que grandes exiliados como Marx, Engels y Lenin podían decir lo que quisieran contra los gobiernos de los países que les daban asilo<sup>13</sup>. “Hoy existen relaciones muy distintas y Noruega debe tenerlas en cuenta.”

Es indudable que el capital monopolista ha golpeado implacablemente a la democracia y sus garantías. Y esa triste frase de Martin Tranmael, ¿no nos da una idea de cómo los socialistas piensan emplear esa democracia, de la que tanto se ha abusado, para transformar la sociedad? Por otra parte, ¿en ningún otro país democrático se hubiera podido violar las normas legales con tanto cinismo como en Noruega! Nos arrestaron el 28 de agosto; el 31 el gobierno promulgó un decreto real donde se arrogaba el derecho de someter a arresto domiciliario a los extranjeros “indeseables”. Aun reconociendo la legalidad del decreto (que fue cuestionada por varios juristas), durante tres días fuimos arrestados arbitrariamente y por la fuerza. Pero esto fue sólo el comienzo: las cosas irían de mal en peor.

Los primeros días del arresto domiciliario fueron como una cura de descanso después de la tensión nerviosa del juicio de Moscú. Era bueno estar solos, sin noticias, sin telegramas, sin correspondencia, sin teléfono. Pero a partir del primer periódico el arresto se convirtió en una tortura. Es asombroso el papel que juega la mentira en la vida

<sup>12</sup> Después de su expulsión del partido en noviembre de 1927, Trotsky fue exiliado a Asia Central a principios de 1928. Permaneció allí durante un año y luego fue exiliado a Turquía a principios de 1929.

<sup>13</sup> Federico Engels (1820-1895), colaborador de Marx durante toda la vida de éste y, con él, fundador del socialismo científico. Fue dirigente de las internacionales primera y segunda.

social. Se suelen distorsionar los hechos sencillos más que los otros. No me refiero a las distorsiones insignificantes, que son fruto de contradicciones sociales, antagonismos secundarios y taras psicológicas. Me refiero a las formidables mentiras difundidas por la poderosa maquinaria del gobierno, que llegan a todas partes y a todas las personas. Ya lo habíamos comprobado durante la guerra, cuando todavía no existían los regímenes totalitarios. En esa época, la mentira seguía siendo diletante y tímida. Ya hemos superado ampliamente esa etapa en nuestra era de la mentira absoluta, de la mentira completa y totalitaria, difundida por los monopolios de la prensa escrita y radial para encarcelar a la conciencia social.

Durante las primeras semanas de detención nos prohibieron la radio. Nuestro vigilante era el Sr. Konstad, director de la oficina central de pasaportes, a quien la prensa liberal calificaba cortésmente de semifascista. Además de sus caprichos y arbitrariedad, su forma de actuar nos enfurecía. Empeñado en mantener la coherencia de los métodos policiales, Konstad pensaba que la radio era incompatible con el régimen del arresto domiciliario. Sin embargo, se impuso la tendencia liberal del gobierno y recibimos una radio.

Beethoven era un gran consuelo, pero había poca música. Generalmente nos veíamos obligados a escuchar a Hitler, a Goebbels o a algún orador de Moscú<sup>14</sup>. Nuestros pequeños cuartos se vieron inundados por el lodo de la mentira. Los oradores de Moscú mentían en distintos idiomas y a distintas horas del día y de la noche... siempre sobre el mismo tema: cómo y por qué yo había organizado el asesinato de Kírov<sup>15</sup>. (Cuando Kírov estaba vivo, yo no le prestaba más atención que a los generales chinos.) Los oradores, invariablemente ignorantes y groseros, recitaban interminables letanías a las cuales sólo la mentira les daba alguna coherencia.

“Aliado a la Gestapo, Trotsky piensa provocar la caída de la democracia en Francia, la victoria de Franco en España, la caída del socialismo en la URSS y, sobre todo, la pérdida de nuestro gran líder, nuestro genio, nuestro amado...” La voz del locutor era triste y a la vez insolente. Evidentemente, este mentiroso profesional despreciaba a Francia, a España y el socialismo. Pensaba en su pitanza. Después de unos minutos la cháchara se volvía insoportable. Varias veces al día nos preguntábamos, avergonzados: ¿es posible que la raza humana sea tan estúpida? Y, con la misma frecuencia, mi esposa y yo nos decíamos: “No pueden haber caído tan bajo”.

A Stalin no le preocupaba la verosimilitud. Había asimilado las técnicas psicológicas del fascismo, que consisten en ahogar las críticas bajo un colchón de mentiras. ¿Debíamos refutar, desenmascarar las mentiras? No nos faltaban materiales. En nuestros papeles y memorias mi esposa y yo teníamos una cantidad inmensa de datos para descubrir las mentiras. Día y noche, a cada instante, recordábamos hechos, cientos de hechos, miles de hechos, cada uno de los cuales destruía una acusación o una “confesión voluntaria”.

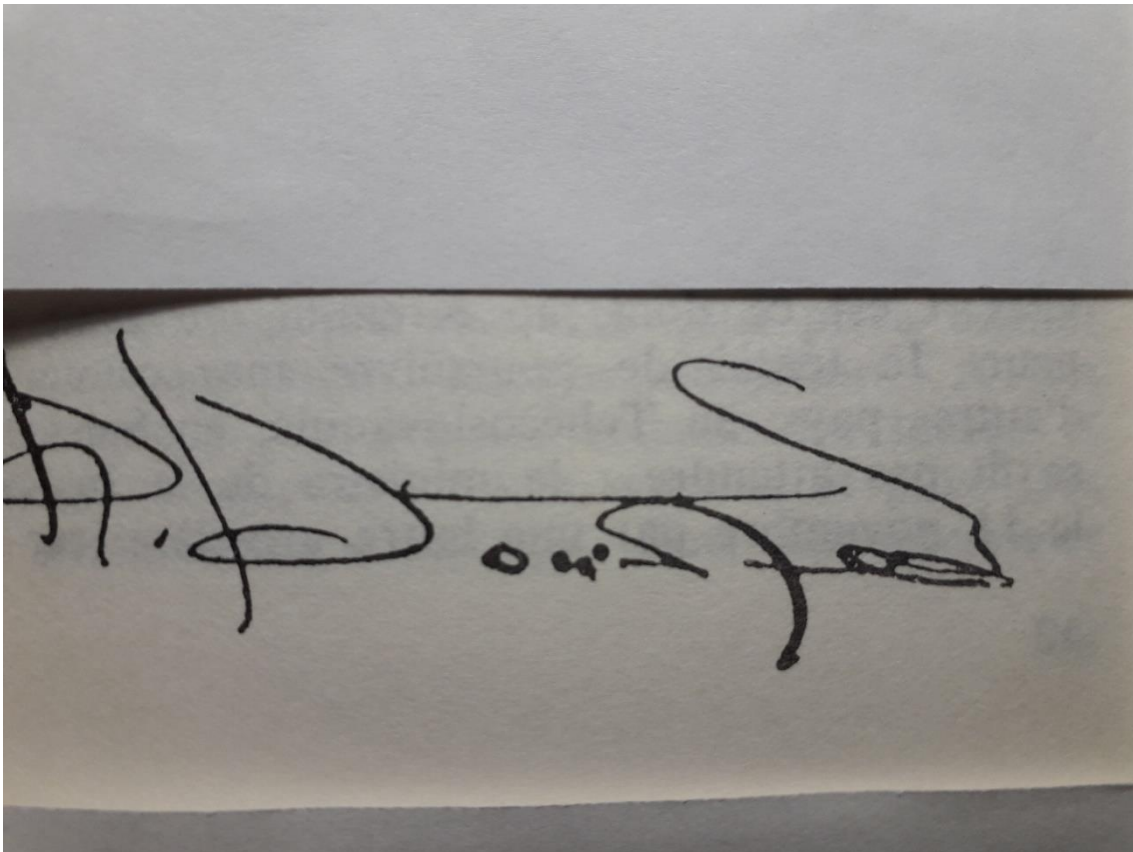
---

<sup>14</sup> Joseph Goebbels (1897-1945), nazi, ministro de propaganda y esclarecimiento nacional desde 1933 hasta que se suicidó, tras la derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial. Adolfo Hitler (1889-1945), jefe del partido nazi, fue elegido canciller de Alemania en enero de 1933 y condujo a Alemania a la Segunda Guerra Mundial.

<sup>15</sup> Serguei Kírov (1886-1934): miembro del Comité Central del PCUS a partir de 1923 y secretario de la organización de Leningrado a partir de 1926. Su asesinato señaló el comienzo de las purgas que culminaron en los juicios de Moscú y en el exterminio de todos los restos de la dirección de la revolución rusa. Leonid Nikolayev, el asesino, fue juzgado a puertas cerradas y fusilado en diciembre de 1934. El asesinato fue resultado de un error cometido por la policía secreta soviética en un intento por fabricar una conspiración que pudiera utilizarse para acusar a Trotsky de terrorismo. Todavía se desconocen muchos detalles del hecho, a pesar de que Nikita Kruschov declaró que la versión oficial era falsa, en su famoso discurso ante el Vigésimo Congreso del PCUS (1956).

En Weksal, antes del arresto, yo había dictado un trabajo en ruso sobre el juicio de Moscú. Ahora carecía de secretarios, debía escribir todo a mano. Y no era esta la principal dificultad. Mientras yo escribía notas, verificaba cuidadosamente las fuentes, hechos y fechas que citaba, mientras pensaba una y otra vez “¿no es vergonzoso responder a semejantes infamias?”, las imprentas de todo el mundo rodaban a toda velocidad, difundiendo nuevas y apocalípticas mentiras a través de millones de periódicos, y los locutores de Moscú envenenaban las ondas hercianas.

¿Cuál sería la suerte de mi folleto? ¿Lo dejarían salir del país? La ambigüedad de nuestra posición nos creaba dificultades. El presidente del consejo y el ministro de justicia eran partidarios del encarcelamiento total. Los demás ministros temían que la opinión pública se volcara contra esa medida. Las preguntas que formulé para conocer mis derechos no obtuvieron respuesta. Si hubiera constatado que el trabajo literario, inclusive el de autodefensa, me estaba vedado, lo hubiera abandonado momentáneamente para leer a Hegel: allí estaba el libro sobre mi escritorio<sup>16</sup>. Pero el gobierno no me prohibía nada en términos claros e inequívocos. Se limitaba a confiscar los escritos que enviaba a mi abogado, a mi hijo y a mis amigos. Tras trabajar duramente para redactar el documento, esperaba, con impaciencia, la respuesta del destinatario. Pasa una semana, a veces dos. Entonces llegaba un suboficial de policía con un papel, firmado “Konstad”, con la noticia de que tales y cuales cartas y documentos no serían enviados. Ninguna explicación: sólo una firma. Pero, ¡qué firma! Vale la pena reproducirla en todo su esplendor:



---

<sup>16</sup> Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831), el más destacado filósofo alemán de la primera mitad del siglo XIX, desarrolló el sistema dialéctico. Tuvo influencia sobre Marx, quien tomó de él aspectos fundamentales de su método dialéctico de razonamiento, pero volviéndolo “cabeza arriba”, es decir, sobre una base materialista y no idealista.

¡No es necesario ser grafólogo para comprender en manos de quién estaba nuestra suerte por orden del gobierno!

Sin embargo, la jurisdicción del Sr. Konstad sólo abarcaba nuestra vida espiritual: radio, correspondencia y periódicos. Nuestras personas estaban en manos de dos altos funcionarios policiales: los señores Askvig y Jonas Lée. El escritor noruego Helge Krog, cuyos juicios merecen confianza, dice que ambos son fascistas. Su comportamiento fue mejor que el de Konstad. Pero esto no altera el fondo político. Los fascistas asaltan mi casa. Stalin me acusa de mantener una alianza con los fascistas. Para impedir que yo refute las mentiras obliga a sus aliados democráticos a encarcelarme. El resultado es que nos encarcelan bajo la vigilancia de tres funcionarios fascistas. Ningún jugador de ajedrez, en sus fantasías más febriles, podría imaginar semejante desarrollo de las piezas.

Sin embargo, no podía aceptar pasivamente acusaciones tan abominables. ¿Qué podía hacer? Podía formular cargos contra los estalinistas y fascistas noruegos que me calumniaban a través de la prensa, para demostrar la falsía de las acusaciones de Moscú. Lo intenté, pero el 29 de octubre el gobierno promulgó una ley especial autorizando al ministro de justicia a negar el recurso de acción legal a cualquier “extranjero arrestado”. El ministro no tardó en valerse del nuevo derecho. La primera ilegalidad sirvió para justificar la segunda.

¿Por qué el gobierno tomó una medida tan escandalosa? Por la misma razón. La pequeña hoja comunista de Oslo, que hasta ayer hacía gala de servilismo abyecto ante el gobierno, empezó a amenazarlo de manera intolerablemente arrogante: el ataque de Trotsky “contra el prestigio de los tribunales soviéticos”, ¿tendría consecuencias económicas nefastas para Noruega! ¿El prestigio de los tribunales soviéticos? Pero éste sufriría menoscabo si yo lograba demostrar la falsedad de las acusaciones de Moscú ante un tribunal noruego. Eso era precisamente lo que temía el Kremlin.

Traté de enjuiciar a mis calumniadores en otros países, en Checoslovaquia y Suiza. El resultado no se hizo esperar: el 11 de noviembre el ministro de justicia me dirigió una carta grosera (diríase que para los ministros socialistas noruegos la grosería es un símbolo de poder), donde me prohibía emprender acciones legales en ningún país. Para proteger mis derechos en otro país debía antes “abandonar Noruega”. En estas palabras había una amenaza apenas velada de expulsión, de entregarme a la GPU. Así interpreté este documento en una carta a mi abogado francés, Gérard Rosenthal. El censor noruego me permitió enviarla, confirmando así su contenido. Mis amigos, alarmados, comenzaron a golpear a todas las puertas para conseguirme una visa. El resultado de sus esfuerzos fue que se me abrieron las puertas del lejano México. Pero volveremos sobre esto.

El otoño fue neblinoso y con lluvias. Sería difícil describir la atmósfera de Sundby: una casa de madera, parte de la cual estaba ocupada por policías lentos y pesados que fumaban sus pipas, jugaban a los naipes y al mediodía me traían los periódicos cargados de calumnias, o los mensajes de Konstad con su inevitable firma. ¿Qué pasaría? Ya el 15 de septiembre había tratado de advertir a la opinión pública, a través de la prensa, de que Stalin se vería obligado a realizar un segundo juicio de Moscú tras el desastre del primero. Predije que en esta ocasión la GPU trasladaría la base de operaciones de la conspiración a Oslo. Con ello, traté de cerrarle el camino a Stalin, impedirle poner en escena el segundo acto, quizá salvar a los acusados. ¡En vano! Confiscaron mi mensaje. En una carta a mi hijo escribí una respuesta al servil panfleto del abogado inglés Pritt<sup>17</sup>. Pero dado que el “abogado de Su Majestad” defendía a la GPU, el gobierno noruego se sintió en la obligación de defender a Pritt: confiscaron el mensaje. Escribí a la Federación

---

<sup>17</sup> Denis M. Pritt (1858-1972), abogado británico y parlamentario laborista, 1935-50. Admirador incondicional de Stalin, decía que el juicio de Moscú era “un ejemplo para el mundo entero”. La respuesta de Trotsky al panfleto de Pritt era el borrador de un largo artículo, incorporado luego a “¡Vergüenza!”

Sindical Internacional para recordarle, entre otras cosas, el trágico fin del dirigente sindical soviético Tomsky y exigirles que actuaran enérgicamente<sup>18</sup>. El ministro de justicia confiscó la carta.

Día a día se ajustaba el nudo. Nos prohibieron los paseos. Nos prohibieron las visitas. Los censores retenían nuestras cartas y telegramas durante una semana o más. En sus entrevistas con la prensa, los ministros atacaban cobardemente a sus prisioneros. El escritor Helge Krog anota que el antagonismo del gobierno para conmigo aumentaba día a día, y agrega: “No es inusual que las personas se vuelvan hostiles para con aquellos a quienes han perjudicado, para con aquellos hacia quienes tienen sentimientos de culpa...”

Cuando recuerdo el período de arresto domiciliario, debo agregar que jamás, en ningún momento de mi vida (y he vivido muchas cosas) ningún gobierno me persiguió con tan miserable cinismo como el gobierno “socialista” noruego. Durante estos cuatro meses, los ministros, empapados de hipocresía democrática, me ataron de pies y manos para impedirme protestar contra el crimen más grande que conozca la historia.

---

<sup>18</sup> La Federación Sindical Internacional (FSI), dominada por la socialdemocracia, tenía su sede en Ámsterdam. Mijail Tomsky (1886-1936), bolchevique del ala derecha, se opuso a la insurrección de octubre de 1917. Como jefe de los sindicatos soviéticos y miembro del buró político, fue estrecho colaborador de Stalin durante los años veinte, hasta que se plegó a la lucha de la derecha, encabezada por Bujarin, contra Stalin. Se suicidó durante el primer juicio de Moscú. La segunda carta de Trotsky a la FSI, fechada el 22 de octubre de 1936, estaba firmada por Michael Puntervold, su abogado noruego.

### ***En el tribunal a puertas cerradas***

(11 de diciembre de 1936)

En principio, el gobierno había dispuesto que el juicio del grupo de fascistas que invadió mi residencia se realizaría dos semanas antes de las elecciones: el juicio sería su carta de triunfo en la campaña electoral. La prensa oficialista insistía en que los ladrones podrían recibir varios años de cárcel. Pero después que mi esposa y yo fuimos arrestados, el gobierno postergó el juicio hasta después de las elecciones y el ministro de justicia empezó a calificar el asunto de “broma infantil”. ¡Así es la inviolabilidad de la ley, la santidad de la justicia!

El caso fue tomado por el tribunal distrital de Drammen. El 11 de diciembre debí comparecer como testigo. El gobierno, consciente de que yo no diría nada a su favor ni a favor de sus aliados moscovitas, exigió que el juicio se realizara a puertas cerradas; lógicamente, nadie se opuso. Los acusados, típicos representantes de la juventud pequeñoburguesa desclasada, estaban en libertad. En mi carácter de “testigo” de cargo, llegué a la corte escoltado por doce policías.

Dos agentes de policía se ubicaron en los asientos reservados para el público, que estaban vacíos. Los infelices héroes del asalto nocturno se sentaron a mi derecha. Me escucharon con toda atención. Los asientos a mi izquierda estaban ocupados por los dieciocho miembros del jurado; obreros y pequeñoburgueses. Por último, varios altos funcionarios tomaron asiento atrás.

El tribunal a puertas cerradas me permitió responder a todas las preguntas con total libertad. Aunque le di varias oportunidades para hacerlo, el presidente del tribunal no interrumpió mi testimonio ni una sola vez, a pesar de que duró casi cuatro horas porque fue necesario traducirlo del alemán. No tengo en mi poder la transcripción taquigráfica, pero doy fe de que lo que aquí se dice es casi textual, porque lo escribí inmediatamente después, siguiendo un plan preparado de antemano. Hablé bajo juramento. Asumo plena responsabilidad por lo que digo. El gobierno “socialista” noruego exigió un tribunal a puertas cerradas; es mi intención abrir las puertas y las ventanas.

#### **La causa del arresto domiciliario**

Después de las preguntas de rutina, el abogado de los fascistas, señor W., inició el interrogatorio.

*Abogado W:* ¿Qué condiciones se le impusieron al testigo a su llegada a Noruega? ¿El testigo ha respetado el acuerdo? ¿Cuál fue la causa de que se lo sometiera a arresto domiciliario?

*Trotsky:* Acepté no intervenir en la política noruega ni realizar, desde este país, actividades hostiles a otros estados. No se me puede reprochar la menor violación de estos acuerdos. La oficina central de pasaportes se ha visto obligada a reconocer que no me he inmiscuido en los asuntos del país. En cuanto a los demás países, mi actividad ha sido periodística. Es cierto que todos mis escritos son de carácter marxista y, por consiguiente, revolucionarios. Pero el gobierno, que suele citar a Marx, conocía mi pensamiento cuando me otorgó una visa. Mis trabajos y artículos siempre aparecen bajo mi firma y jamás han sido objeto de acciones legales.

*Abogado W:* Cuando el ministro de justicia visitó al testigo en Weksal, ¿no le explicó el significado exacto de las condiciones que aceptaba?

*Trotsky:* Es cierto que, poco después de llegar, recibí la visita del ministro de justicia, acompañado por el dirigente del Partido Laborista Noruego Martin Tranmael y

el señor Kolbjornsen, director de su periódico. Sonriendo tímidamente, el ministro me dijo que esperaba que en mis actividades no habría “espinas” (Stachel) dirigidas contra otros estados. No comprendí el significado de la palabra “espinas”, pero puesto que el ministro hablaba mal el alemán, no insistí. Podemos resumir lo esencial de la situación de la siguiente manera: los filisteos reaccionarios creen que quiero convertir a Noruega en una base de operaciones para la preparación de conspiraciones, envíos de armas, etcétera. Mi conciencia es clara y puedo tranquilizar a los señores filisteos, “socialistas” y demás. Pero no puedo creer que esas “espinas” prohibidas se refirieran a las críticas políticas. Considero que Noruega es un país civilizado y democrático, y no quisiera tener que cambiar de opinión, ni siquiera en este momento.

*Abogado W:* ¿El ministro de justicia no le advirtió al testigo que no se le permitiría publicar artículos sobre problemas políticos de actualidad?

*Trotsky:* El propio ministro hubiera considerado que semejante interpretación es improcedente. Soy periodista político desde hace cuarenta años. Es mi profesión, señores del jurado y jueces, y esa profesión es la esencia de mi ser. ¿Exigió el gobierno que pague mi visa renunciando a mis convicciones y al derecho de expresarlas? No, con semejante exigencia el gobierno se autocalumniaría. Por otra parte, inmediatamente después de la misteriosa observación del ministro de justicia sobre las “espinas”, el señor Kolbjornsen me solicitó una entrevista para *Arbeiderbladet*. Me dirigí al ministro de justicia en tono de broma: “¿No le parece que esto constituirá una intromisión en la política noruega?” El ministro respondió, textualmente: “No. Le hemos concedido una visa; debemos presentarlo a nuestro público.” Parece que está perfectamente claro. Seguidamente, en presencia de Martin Tranmael y del ministro de justicia, y con la aprobación tácita de ambos, dije que el gobierno soviético había brindado ayuda criminal a Italia durante la guerra ítalo-etíope; que, en términos generales, el gobierno de Moscú se había convertido en un elemento conservador; que la casta burocrática de Moscú falsifica sistemáticamente la historia para crearse una imagen más atractiva; que la guerra en Europa será inevitable si la revolución no la impide... y muchas cosas más. Dudo que haya rosas en esta entrevista que *Arbeiderbladet* publicó el 26 de julio de 1935, ¡pero no le faltan espinas!

Permítaseme señalar que unos meses antes la editorial del Partido Laborista había publicado mi autobiografía. El prefacio de esta obra denuncia implacablemente el culto bizantino al “líder” infalible, el absolutismo bonapartista de Stalin y de su camarilla y la necesidad de derrocar a la casta burocrática. Posteriormente digo en esas páginas que la lucha contra el bonapartismo soviético es la causa de mi tercer exilio. En otras palabras, si yo estuviera dispuesto a renunciar a esa lucha, no tendría necesidad de gozar de la hospitalidad noruega. ¡Y eso no es todo, señores del jurado y jueces! El 21 de agosto, una semana antes del arresto, *Arbeiderbladet* publicó en primera plana una larga entrevista mía titulada “Trotsky demuestra que las acusaciones de Moscú son un montón de mentiras”. Es muy probable que los funcionarios del gobierno hayan leído mis revelaciones sobre las falsificaciones de Moscú. La orden de arresto domiciliario, promulgada una semana después, no menciona esta entrevista sobre asuntos de actualidad, llena de “espinas”, sino mis viejos artículos publicados en Francia y en Estados Unidos.

La trama resulta clarísima. Además, puedo citar el testimonio del ministro de relaciones exteriores Koht, quien afirmó en un mitin electoral unos diez días antes de mi arresto que “no cabe duda de que el gobierno sabía que Trotsky seguiría escribiendo artículos políticos, pero se creyó en el deber de permanecer fiel al principio democrático del derecho de asilo.” El discurso del señor Koht apareció en el órgano oficial del gobierno. Todos ustedes lo leyeron. El testimonio público del ministro de relaciones exteriores es la refutación categórica al ministro de justicia. Para ocultarle la verdad al



público a último momento, el ministro de justicia requisó la carta (en poder de mis secretarios) donde relato la primera entrevista política que concedí, con su colaboración, a la prensa. Ha expulsado brutalmente de Noruega a mis dos colaboradores. ¿Por qué? Ni siquiera son exiliados. Sus pasaportes están en regla. Y (más importante aún) son hombres de carácter intachable.

Señores del jurado, cuando el gobierno noruego me ofreció asilo, me tendió una trampa. No puedo decirlo de otra manera. ¿No es monstruoso que una oficina encargada de supervisar pasaportes (¡pasaportes!) controle mis actividades científicas y literarias... y para colmo en otros países? Si los señores Trygve Lie y Konstad hubieran tenido algún poder al respecto, ni el *Manifiesto Comunista*, ni *El Capital*, ni muchas otras obras clásicas del pensamiento revolucionario hubieran visto la luz, porque son obras de exiliados políticos. El gobierno aduce como ejemplo pernicioso de mi funesta actividad, un artículo publicado legalmente en Francia y en el semanario burgués *Nation* de Estados Unidos. Estoy convencido de que ni León Blum ni el presidente de los Estados Unidos han exigido la intervención del director de la oficina de pasaportes contra mis artículos. Moscú exige que se tomen medidas en mi contra, pero el gobierno noruego rehúsa admitirlo para no reconocer su dependencia. Por eso justifica su accionar con falsificaciones.

*Abogado W:* ¿Cuál es la actitud del testigo con respecto a la Cuarta Internacional?

*Trotsky:* La apoyo. En cierto sentido soy el fundador de esta tendencia internacional y asumo plena responsabilidad por ella.

*Abogado W:* En ese caso, ¿el testigo se aboca al trabajo revolucionario práctico?

*Trotsky:* No es fácil separar la teoría de la práctica, ni tampoco tengo la menor intención de hacerlo. Pero las condiciones de mi vida en la Europa “democrática” no me permiten dedicarme al trabajo revolucionario, cosa que lamento enormemente. Cuando la conferencia pro Cuarta Internacional, reunida el verano pasado, me eligió miembro de su buró en ausencia (digamos de paso que se trata de un título más honorario que práctico), renuncié a este honor por carta, precisamente para que los Konstads de los distintos países no tuvieran la oportunidad de difundir rumores policíacos.

En lo que se refiere a los cuentos de hadas de la prensa reaccionaria, que me acusa de fomentar la insurrección en España, huelgas en Francia y Bélgica, etcétera, sólo puedo encogerme de hombros. En verdad, la sedición en España es patrimonio de los correligionarios políticos de los acusados y su abogado. Ciertamente que, si pudiera viajar a España para dedicarme a las tareas prácticas, lo haría de inmediato. Con gusto dedicaría todas mis fuerzas a ayudar a los obreros españoles a derrotar y destruir al fascismo. Por desgracia, sólo puedo escribir artículos y enviar consejos por correspondencia a los individuos o grupos que me los solicitan.

En concreto, ¿qué quiere el abogado fascista? Estamos ante un tribunal, institución creada para castigar las infracciones a la ley. ¿He violado la ley? ¿Cuál ley? Todos ustedes, señores del jurado, saben que otro abogado fascista, el señor H., invitó a los tribunales a iniciar una indagación judicial sobre mis actividades, tanto literarias como terroristas. La petición fue denegada en dos ocasiones. El procurador fiscal Sund, guardián de las leyes de este país, declaró a la prensa que los materiales en su posesión no le permiten acusarme de infringir la ley, ni iniciar una indagatoria judicial en mi contra. Esta declaración está fechada el 26 de septiembre, cinco semanas después del juicio de Moscú y un mes después de mi arresto. ¡Permítaseme rendir homenaje a la valentía y firmeza del procurador fiscal Sund! En la declaración expresa su desconfianza respecto de los cargos formulados en Moscú y repudia las medidas del gobierno noruego en mi contra. Creo que eso basta.

*Abogado W:* ¿Reconoce el testigo esta carta? ¿Sabe quién la escribió?

*Trotsky:* Es una carta que dicté a uno de mis secretarios. Evidentemente fue robada (con perdón de la palabra) por los acusados en su visita indeseada a mi casa. El texto se refiere, en respuesta a una pregunta, a la confianza que un señor X, a quien conozco, puede merecer o no. Nuevamente, me limito a dar un consejo.

*Abogado W* (irónicamente): ¿Solamente consejos? ¿No hay algo más que un consejo?

*Trotsky:* ¿Quiere decir una orden? (Señal de asentimiento) En los partidos nazis el “jefe” toma las decisiones y da las órdenes: órdenes terminantes, aun cuando se trate de invadir una casa ajena en horas de la noche. La Internacional Comunista degenerada ha adoptado esa clase de hábitos. La obediencia pasiva y el culto que deriva de ella crean esclavos y lacayos, no revolucionarios. Yo no dirijo instituciones; no soy un jefe ungido por el Señor. Mis consejos son sumamente cautelosos y relativos (no es fácil sopesar todos los factores a distancia) y los interesados los aceptan de acuerdo con la capacidad de engendrar convicciones de los mismos. Evidentemente, los jóvenes que robaron esta carta esperaban encontrar pruebas de conspiraciones, revoluciones y otros crímenes en mi archivo. En política, la ignorancia es mala consejera. Mis cartas no dicen nada que no pueda leerse en mis artículos. Mi archivo complementa mis actividades periodísticas sin la menor contradicción. Inclusive los que quieren acusarme...

*Presidente del tribunal:* No se le acusa de nada. Está aquí en calidad de testigo.

*Trotsky:* Lo sé perfectamente, Su Señoría, pero el señor W...

*Abogado W:* No acusamos a nadie; nos limitamos a defendernos.

*Trotsky:* Naturalmente. Pero defienden un ataque nocturno a mi casa explotando y agrandando toda clase de calumnias, cualquiera sea su origen. Me defienden de esa “defensa”.

*Presidente del tribunal:* Está en su derecho. Puede negarse a responder cualquier pregunta que perjudique sus intereses.

*Trotsky:* No existe tal pregunta, Su Señoría. Estoy dispuesto a responder cualquier pregunta que cualquier persona tenga a bien formularme. No me interesa un tribunal a puertas cerradas. ¡Todo lo contrario! Dudo que exista en toda la historia una maquinaria para fabricar calumnia tan poderosa como la que se ha puesto en funcionamiento en mi contra. Dicha agencia cuenta con un presupuesto multimillonario. Los señores fascistas y los autotitulados comunistas abrevan en la misma fuente: la GPU. Su colaboración resalta a cada paso, sobre todo en este juicio. Mi archivo es una de las mejores refutaciones de los rumores y calumnias dirigidos contra mí.

*Presidente del tribunal:* Por favor, sea específico.

*Trotsky:* Permítaseme entrar un poco en detalle. Los archivos que abarcan mis actividades posteriores a junio de 1928 se encuentran en otro país. Los documentos más viejos son relativamente escasos. Pero las cartas recibidas y las copias de las respectivas respuestas a lo largo de los últimos nueve años (y se trata de millares de cartas) están a mi disposición. En cualquier momento puedo poner estas cartas a disposición de cualquier comisión imparcial, de cualquier tribunal. En mi correspondencia no hay lagunas ni huecos. Se desarrolla día tras día, intachablemente completa, y por su carácter continuo puede mostrar mi pensamiento y actividades. No deja lugar para las calumnias.

Permítaseme tomar un ejemplo de un aspecto de la vida que los señores del jurado conocen bien. Imaginemos a un hombre devoto, que trata de vivir de acuerdo con los preceptos de la Biblia. Supongamos que en un momento dado sus enemigos, valiéndose de testimonios o documentos falsos, lo acusan de difundir clandestinamente la propaganda antirreligiosa. ¿Qué diría el hombre ante tamaña calumnia? “He aquí mi familia, he aquí mis amigos, he aquí mi biblioteca, mi correspondencia de muchos años, he aquí mi vida entera. Leed mis cartas, escritas a las personas más diversas, acerca de

los temas más diversos; interrogad a los centenares de personas que he conocido a lo largo de muchos años, y os convenceréis de que no podría haber realizado actividades contrarias a mi personalidad, a mi código moral.” Este argumento convencería a cualquier hombre honesto y razonable. (*Señales de asentimiento del presidente del tribunal y de varios miembros del jurado*). Mi situación es análoga a la que acabo de describir.

Desde hace cuarenta años definiendo, en las palabras y en los hechos, las ideas del marxismo revolucionario.

Me atrevo a decir que mi vida entera, específicamente la situación en que me encuentro hoy, es la prueba de mi lealtad a esta filosofía. Esta lealtad para con mis creencias me ha granjeado muchos enemigos. Para debilitar la influencia de las ideas que definiendo (y que el carácter de los acontecimientos de nuestra era confirma en grado creciente) mis enemigos tratan de manchar mi carácter: me acusan de terrorismo individual o, peor aún, de mantener vínculos con la Gestapo. Aquí la malicia venenosa se convierte en estupidez. Cualquiera que sea capaz de pensar, que conozca mi pasado y mi presente, no necesita una indagatoria para refutar estas acusaciones sucias. Para los que se preguntan o tienen dudas, propongo que hablen con numerosos testigos, estudien los documentos políticos más importantes, sobre todo que estudien los archivos del periodo de mi actividad que la GPU trata de enlodar. La GPU es perfectamente consciente de la importancia de mis archivos y no tiene escrúpulos respecto de los medios y arbitrios que emplea para apoderarse de ellos.

*Presidente del tribunal:* ¿Qué es la GPU? Los señores del jurado quizás no conozcan el significado de esta palabra.

*Trotsky:* La GPU es la policía política de la URSS. En su momento fue el brazo defensivo de la revolución popular, pero se ha convertido en el brazo defensivo de la burocracia soviética contra el pueblo. La burocracia me odia porque combato sus monstruosos privilegios y su absolutismo criminal. Y esa lucha es la esencia misma de lo que se llama el “trotskismo”. Para dejarme impotente ante la calumnia, la GPU trata de apoderarse de mi archivo, mediante robo, invasión de propiedad o asesinato.

*Presidente del tribunal:* ¿Qué pruebas tiene de esto?

*Trotsky:* El 10 de octubre pasado le escribí a mi hijo en París por segunda o tercera vez: “La GPU hará todo cuanto está en su poder por robar mis archivos. Te pido que coloques los documentos que se encuentran en París en alguna institución científica, quizá [la oficina parisina del] Instituto de Historia Social de Holanda, o, mejor aún, alguna institución norteamericana.”

Apenas mi hijo entregó una parte de los papeles al Instituto de Historia Social, la institución fue saqueada. Los criminales emplearon un soplete para violar una puerta, trabajaron en el lugar durante casi toda la noche, registraron todos los estantes y no se llevaron nada (nada, ni siquiera una suma de dinero que había allí) salvo unos cuarenta kilogramos de papeles míos. El método operativo los delata tanto como si el jefe de la GPU hubiera dejado su tarjeta personal en el lugar. Todos los periódicos franceses (salvo, desde luego, *l'Humanité*, órgano oficial de la GPU) expresaron la convicción (directa o veladamente) de que el robo se había efectuado por órdenes de Moscú. La policía parisina rindió homenaje a la eficiencia de la GPU, declarando que los ladrones franceses no disponen de herramientas tan sofisticadas. Por casualidad, los agentes parisinos de la GPU actuaron con excesiva precipitación: la primera remesa de papeles al Instituto de Historia Social incluía apenas la vigésima parte de los documentos que están en París, y se trataba mayormente de viejos periódicos, de interés puramente histórico. Afortunadamente, los ladrones pudieron apoderarse de muy pocas cartas. Pero no se detendrán allí. Anticipo ataques más enérgicos, quizás inclusive aquí en Noruega. Sea como fuere, llamo la atención de los jueces sobre el hecho de que la GPU invadió y saqueó el lugar donde están

mis archivos poco después de que yo mencioné el Instituto de Historia Social en una carta que pasó por la oficina de pasaportes. ¿No tengo razón al afirmar que la GPU tiene agentes en las oficinas noruegas encargadas de controlar mi correspondencia? Si es así, el control se convierte en complicidad directa con los ladrones. La hazaña parisina de los agentes de Stalin me hace sospechar por primera vez que estos caballeros (señala a los acusados) también podrían ser agentes de la GPU.

*Presidente del tribunal:* ¿En qué basa su sospecha?

*Trotsky:* Es sólo una hipótesis. Más de una vez me he preguntado: ¿quién les sugirió a estos jóvenes que invadieran mi casa? ¿Quién les proporcionó un aparato tan complejo, utilizado por el ejército, para intervenir mi teléfono? Las últimas elecciones demuestran que los nazis noruegos constituyen un grupo insignificante. Al principio pensé que la Gestapo buscaba algo, que la Gestapo empleaba este medio para localizar a mis correligionarios alemanes. Creo que su participación en este asunto es casi segura.

*Presidente del tribunal:* ¿Por qué razón?

*Trotsky:* varias semanas antes del ataque los señores fascistas solían aparecer por el jardín e inclusive por la casa, como posibles compradores de la propiedad. La actitud de los compradores atrajo mi atención varias veces: al toparse conmigo en el jardín o en la casa aparentaban no verme, ya que no tenían la valentía de enfrentarse conmigo. En general, el coraje de estos jóvenes no está a la altura de sus viles planes, por eso abandonaron su tarea cuando una jovencita valiente, Hjordis Knudsen, les opuso resistencia. Pocos días antes del asalto apareció en el jardín un forastero que vestía pantalones tiroleses. Al verme, se alejó. Cuando se le preguntó qué quería, dijo estúpidamente: “Quiero comprar pan”, y se presentó como turista austríaco. Pero justamente en ese momento estaba de visita en casa un austríaco, que tras desembarazarse amablemente del individuo nos dijo: “Se dice austríaco, pero su acento es del norte de Alemania.” No me cabe duda, señores del jurado, que este turista sospechoso tuvo algo que ver en los preparativos del asalto.

*El acusado principal, R.H.:* Era un turista de Mecklenburg que vestía pantalones tiroleses. Tenía apenas dieciocho años. No tenía nada que ver con el plan. Lo conocimos por casualidad en el hotel...

*Trotsky:* Muy bien. El acusado reconoce que tuvo contacto con el hombre de Mecklenburg que, por alguna razón que desconocemos, se hizo pasar por austríaco. En cuanto a la edad, el turista no tenía menos de veintitrés años. No tenía por qué venir a nuestra casa a comprar pan, si existen panaderías. Dice que lo conoció por casualidad en el hotel. No lo creo. Afirmando que las únicas palabras veraces que pronunció el acusado son “pantalones tiroleses”. Los fascistas, sobre todo los fascistas alemanes, han demostrado gran odio hacia mí. Cuando la prensa francesa realizó una campaña en mi contra, recibió sus materiales más importantes desde Alemania. Cuando la Gestapo descubrió en Berlín un paquete de viejas cartas mías, anteriores a la victoria del nazismo, Goebbels hizo pegar carteles por toda Alemania denunciando mis actividades criminales. Mis amigos políticos alemanes han sido condenados a decenas de años de cárcel.

*Abogado W:* ¿Cuándo ocurrió esto?

*Trotsky:* Se los arresta y sentencia continuamente, y en este sentido nada ha cambiado en los últimos meses. Desde mis primeros años de exilio señalé muchas veces en mis escritos que la política de la Internacional Comunista en Alemania conduciría a una victoria nazi. En esa época estaba en boga la dichosa teoría del “tercer periodo”. Stalin había dicho: “La socialdemocracia y el fascismo no son antípodas, sino gemelos.” Se consideraba que la socialdemocracia era el más peligroso de los dos enemigos. En la lucha contra la socialdemocracia los estalinistas terminaron apoyando a Hitler (en la época del referéndum en Prusia). La política de la Tercera Internacional fue una sucesión

de crímenes. Yo llamaba insistentemente a la formación de un frente único con la socialdemocracia, a la creación de milicias obreras, a la acción seria, no teatral, contra las pandillas armadas de la reacción. Se hubiera podido detener al movimiento hitleriano en 1929-1932. Pero para ello se necesitaba una política de defensa revolucionaria, no de estupidez burocrática y bravuconada hueca. Los nazis estaban muy al tanto de las diferencias en la clase obrera y comprendían claramente el peligro que les representaría una vigorosa política de frente único. En este sentido, se entiende fácilmente que la Gestapo emplee a sus correligionarios noruegos para apoderarse de mi correspondencia.<sup>19</sup>

Pero también cabe otra explicación. Al preparar el juicio de Moscú, es dable pensar que la GPU se interesaría por mi archivo. Organizar un asalto con “comunistas” hubiera significado ponerse en descubierto. Era más conveniente usar fascistas. Por otra parte, la GPU tiene agentes en la Gestapo, así como la Gestapo tiene agentes en la GPU. Cualquiera de los dos hubiera podido emplear a estos jóvenes para llevar a cabo su plan.

*Acusado R.H. (agitado):* ¡No estábamos en contacto con la Gestapo ni con la GPU!

*Trotsky:* No digo que los acusados conocieran a quienes los usaban. La juventud fascista está destinada a servir de carne de cañón para fuerzas que desconocen por completo.

*Abogado W. (muestra algunos ejemplares del Biulleten Oppozitsii, publicado en ruso):* ¿El testigo es el director de esta publicación?

*Trotsky:* Formalmente, no. Pero soy el colaborador principal. En todo caso, asumo plena responsabilidad por esta publicación.

*Abogado W. (después de que el tribunal hubo escuchado, a su pedido, fuertes críticas a la burocracia soviética tornadas del Biulleten):* llamo la atención del tribunal sobre el hecho de que el testigo escribió estos artículos durante su estadía en Noruega, por consiguiente, trató de provocar la caída del gobierno constituido de un estado con el cual Noruega mantiene relaciones amistosas.

*Trotsky:* Compruebo con interés que los fascistas noruegos defienden al régimen de Stalin en contra mía. Además, junto con el director de la oficina de pasaportes, me reprochan el haber criticado la política de León Blum en Francia. Evidentemente, defienden todos los gobiernos existentes menos el suyo; aquí se reservan el derecho del derrocamiento por la fuerza. Su ataque contra mi podría parecer un episodio más bien insignificante si se lo toma aisladamente. Pero si reflexionamos un poco comprobamos que estamos ante la primera escaramuza de una guerra civil. (*El abogado W. levanta los hombros en expresivo gesto de asombro*). Sí, sí, ya sé, se hace en nombre del “orden”. El general Franco se alzó en nombre del “orden”. Hitler prepara una guerra mundial para defender el “orden” frente al bolchevismo. Los fascistas salvan el orden instituyendo el sangriento desorden. Los fascistas noruegos empezaron tratando de desordenar mis papeles. Pero eso es porque todavía son demasiado débiles como para cometer otros crímenes.

*Abogado W.:* ¿El *Biulleten* está proscrito en Rusia?

*Trotsky:* Por supuesto.

*Abogado W:* Sin embargo, dice que sus ideas tienen numerosos partidarios en la URSS. Así vemos que el testigo, durante su estadía en Noruega, ha enviado clandestinamente el *Biulleten* a Rusia.

*Trotsky:* Yo personalmente, no lo hago. Sin embargo, no me cabe duda de que el *Biulleten* y sus ideas llegan a la URSS. ¿Cómo? De muchísimas maneras. En todo

---

<sup>19</sup> Si el lector tiene interés en conocer más el trabajo de Trotsky contra el fascismo puede ver la obra de éste publicada en estas mismas [Obras Escogidas de León Trotsky en español: La lucha contra el fascismo \(y anexos\)](#).

momento hay centenares, cuando no miles, de ciudadanos soviéticos en el extranjero: diplomáticos, delegaciones comerciales, marineros, hombres de negocios, técnicos, estudiantes, artistas, atletas. Algunos leen el *Biulleten*, por supuesto que clandestinamente, pero lo prefieren a la prensa soviética oficial. Me he enterado de que el mismísimo Litvinov siempre lleva un ejemplar de la última edición del *Biulleten* en el bolsillo. Sin embargo, no lo afirmo bajo juramento porque no quiero crearle problemas a este diplomático soviético. (*Sonrisas en el tribunal*). Los dignatarios del Kremlin son los suscriptores más fieles del *Biulleten*, con el cual suelen polemizar en sus discursos. Que les guste, es otra cosa. Al leer estos discursos en la prensa, los ciudadanos soviéticos tratan de leer entre líneas. Es poco, pero es algo.

Aprovecho esta oportunidad para señalar que el *Biulleten* aparece desde hace ocho años: en ese periodo residí principalmente en Turquía y en Francia. Hasta 1933 el *Biulleten* apareció en Alemania; Hitler lo proscribió cuando llegó al poder. En este momento, el *Biulleten* aparece en Francia, en conformidad con las leyes de prensa francesas. El gobierno turco mantiene relaciones estrechas con el Kremlin, pero nunca trató de interferir en mi actividad literaria. El honor de iniciar esta tarea pertenece en primer lugar a Hitler, en segundo lugar, a los fascistas noruegos y en tercer lugar al gobierno noruego.

*Abogado W. (muestra el testigo el Biulleten número 48):* ¿El testigo es el autor del editorial sin firma de esta edición [“Acerca de la sección soviética de la Cuarta Internacional”]?

*Trotsky:* ¿Al abogado defensor también le interesa este artículo? Me veo obligado a señalar una coincidencia notable. Hace un par de semanas el jefe de la policía noruega, señor Askvig, aquí presente, vino a verme a Sundby (donde cumplo mi arresto domiciliario) para hacerme la misma pregunta sobre el editorial del *Biulleten* de febrero de 1936... en nombre de la oficina de pasaportes. Le pregunté si el señor Konstad pensaba entablar una indagatoria judicial. En ese caso, ¿sobre qué bases? ¿En virtud de qué ley? Consideré que la pregunta del señor Konstad era insolente y me negué a responder. Y ahora el mismo ejemplar del *Biulleten* está en manos del abogado W...

*Presidente del tribunal:* El abogado defensor tiene el derecho de conocer todos los materiales relacionados con la investigación preliminar.

*Trotsky:* Perfectamente. Pero, ¿quién introdujo esta edición del *Biulleten* en la investigación preliminar?

*Procurador fiscal:* La defensa solicitó que se lo incluyera en el proceso. Yo me opuse, porque no veo qué relación existe entre el documento y el caso.

*Trotsky:* Por consiguiente, señores del jurado y jueces, el director de la oficina de pasaportes trató de sonsacarme ilegalmente, por intermedio de la policía, informes que pudieran ayudar a la defensa de quienes asaltaron mi vivienda. ¿No es un escándalo? ¡Y el gobierno “socialista” confía la supervisión de mi correspondencia a este caballero!

En cuanto al artículo, no tengo razón alguna para negar ante este tribunal que yo soy el autor. Además, apareció bajo mi firma en varios periódicos de Europa y Estados Unidos. El artículo se refiere a la persecución a los trotskistas en la URSS. He escrito decenas de artículos similares. Se diría que el abogado defensor se empeña en impedirme criticar a la policía estalinista. No me sorprende: los fascistas roban mis papeles en Noruega, la GPU los roba en París, y esta unidad de acción engendra mancomunidad de intereses.

(Tras leer algunos pasajes del artículo en cuestión, el abogado W. le muestra al testigo un libro publicado en París en 1936: Terrorismo y comunismo<sup>20</sup>, por León Trotsky)

Abogado W: ¿El testigo es el autor del prefacio de este libro, fechado en 1936 y, por consiguiente, escrito en Noruega?

Trotsky: La pregunta es innecesaria. El prefacio lleva firma y fecha. El libro apareció en 1919 y luego fue traducido a varios idiomas. El origen de esta obra es el siguiente: Karl Kautsky, el teórico de la Segunda Internacional, había escrito un libro contra el “terrorismo” de los bolcheviques. Yo salí en defensa de mi partido. Desde luego, no se trata del terrorismo individual, que los marxistas siempre rechazamos, sino de la acción revolucionaria de las masas. No sé si la Oficina de Pasaportes considera que este libro es criminal o no, pero el ministro de justicia, el presidente del consejo y otros miembros del gobierno noruego estaban en la Internacional Comunista en la época en que apareció este libro. Todos lo han leído. Cuánto recuerdan o hasta qué punto lo entendieron es otro asunto...

(A pedido del abogado W. se leen varios pasajes del prólogo del libro)

Trotsky: Está claro que los acusados cometieron un error al robar mis papeles: el carácter revolucionario de mi programa está mucho más extensa y vigorosamente expresado en mis libros. Ni los medicamentos de la oficina de pasaportes Noruega me curarán de mis ideas subversivas.

Abogado W. (muestra como prueba otro libro de León Trotsky, La revolución traicionada<sup>21</sup>): ¿El testigo escribió este libro en Noruega?

Trotsky: Sí, y tuve la suerte de poder terminarlo y enviar dos manuscritos para ser traducidos en Francia y Estados Unidos, antes de mi arresto. Las otras copias del manuscrito cayeron en manos de la oficina de pasaportes que, con ayuda de estudiosos y diplomáticos, se pasó dos meses tratando de descubrir si yo había escrito una obra científica o política. Al recibir las copias de la edición francesa el señor Konstad comprendió que sus esclarecidos esfuerzos eran vanos; lo cual no me ahorró bastante angustia mental y pérdidas materiales. Sin embargo, nadie, fuera de Noruega, protestó por la publicación de este libro. Por el contrario, he podido comprobar con satisfacción que el público francés lo recibió muy bien.

Abogado W.: ¿Al decir “muy bien” el testigo quiere decir que fue muy leído?

Trotsky: Eso, y algo más. Me refiero a los artículos suscitados por este libro en toda clase de periódicos, de las más diversas tendencias. Naturalmente, la mayoría de las publicaciones repudia implacablemente mis conclusiones políticas. Pero casi todos los críticos llevan mi libro a la atención del público lector. El señor Caillaux, expresidente del consejo [de diputados de Francia], a quien de ninguna manera puedo considerar un correligionario político, fue uno de los primeros que expresó una opinión al respecto. Podría citar muchas otras opiniones.

Pero, señores del jurado, ¿no es asombroso, no es gracioso que por alguna razón yo me vea obligado a defender ante un tribunal noruego mi derecho de publicar libros en Francia? El gobierno noruego se ha colocado en una posición de la que ya no podrá salir con dignidad.

(A pedido del abogado, el testigo traduce del francés al alemán algunos pasajes del libro, donde se discute el derrocamiento inevitable de la burocracia bonapartista por las masas trabajadoras de la URSS.)

<sup>20</sup> *Terrorismo y comunismo (el anti-Kautsky)*, Obras Escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov.

<sup>21</sup> *La revolución traicionada. Qué es y adónde va la Unión Soviética (anexas)*, Obras Escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov.

*Abogado W.:* Quiero subrayar que estas páginas fueron escritas en Noruega.

*Trotsky:* Y yo quiero subrayar que la oligarquía soviética tiene defensores alertas (espero que desinteresados) entre los fascistas noruegos. Sea como fuere, Stalin y el señor Quisling han colaborado en mi arresto.

### **El juicio de Moscú**

*(Tras un receso de media hora, el abogado defensor W. lee ante el tribunal, en alemán, una crónica del juicio de los dieciséis y le formula una pregunta al testigo. El abogado procurador objeta la pregunta por irrelevante, tanto más cuanto que el asalto fascista contra la casa de Trotsky fue anterior al anuncio del juicio de Moscú. El presidente del tribunal da lugar a la objeción)*

*Trotsky:* Recomiendo enérgicamente al tribunal que le brinde al abogado defensor la oportunidad de formularme todas las preguntas que considere oportunas, sobre todo con respecto al juicio de Moscú. Es cierto que el juicio fue posterior al asalto contra mi casa. Pero es posible que el ataque solo haya sido un episodio en la preparación del juicio de los dieciséis, así como el robo de mi archivo en París es seguramente una parte de los preparativos de un nuevo juicio (contra Radek, Piatakov, alemanes...). Por otra parte, al tribunal le interesa conocer el carácter moral y político del testigo.

*Presidente del tribunal:* Dado que el testigo está dispuesto a responder a las preguntas, el tribunal no tiene objeciones.

*Abogado W.:* ¿Qué puede decir el testigo sobre las causas de ese juicio?

*Trotsky:* La pregunta es demasiado vaga. Estamos en un tribunal de justicia. El abogado defensor es un jurista. No nos interesan las “causas”. Debió formular la pregunta con mayor precisión: ¿las acusaciones formuladas en contra mía en el juicio de Moscú son verdaderas? Respondo: no, son falsas. ¡No tienen una sola palabra de verdad! Y no se trata de un error legal o judicial, sino de una trama deliberada. La GPU empezó a preparar este juicio hace por lo menos diez años. Es decir que comenzó a prepararlo mucho antes del asesinato de Kírov, que sólo fue un “accidente” en el curso de los preparativos. Yo tuve tanta participación en el asesinato de Kírov como cualquiera de los presentes. La misma, señores del jurado. El principal organizador de la falsificación legal de Moscú, el crimen más grande de nuestro tiempo y quizás de todos los tiempos, es Stalin. *(Todos escuchan con gran atención)*. Soy plenamente consciente de la gravedad de mis palabras y de la responsabilidad que asumo. Sopeso cada palabra, señores del jurado.

Continuamente leemos artículos periodísticos que achacan todo el asunto a la enemistad personal de Stalin y Trotsky. Hablan de “lucha por el poder” y “rivalidad”. Debemos rechazar estas explicaciones por superficiales, estúpidas, inclusive absurdas. Desde hace trece años, en la URSS, decenas de miles de llamados trotskystas sufren persecuciones rabiosas, son arrancados de su trabajo y su familia, pierden sus hogares y todo lo demás, en muchos casos la vida: ¿todo esto puede atribuirse a la rivalidad personal entre Stalin y Trotsky? *La revolución traicionada*, el libro que tanto molesta al abogado defensor, fue escrito antes del juicio de Moscú; la prensa reconoce que allí está la verdadera explicación política e histórica del juicio. Sólo podré referirme a eso muy brevemente aquí. Puedo entender la vergüenza que un forastero, sobre todo un jurista, sentiría ante el juicio de Moscú. Nadie puede creer que toda la vieja guardia bolchevique se haya vuelto fascista. Hasta el propio juicio parece una pesadilla. En general, muchos no entienden qué necesidad tuvo el gobierno soviético de montar esta pesadilla, ni cómo logró que los acusados presentaran falso testimonio en contra de sí mismos.

Permítaseme decir que es imposible analizar el juicio de Moscú con los criterios ordinarios del sentido común. Este se basa en las experiencias cotidianas de una vida



normal y pacífica. Ahora bien, Rusia ha pasado por una revolución social de envergadura colosal. Le falta mucho para alcanzar un nuevo equilibrio interno. Tanto las relaciones sociales como las ideas siguen estando sumamente trastornadas. Lo primero a tener en cuenta es la contradicción fundamental que desgarrará hoy a la sociedad soviética.

La revolución tuvo por objetivo crear una sociedad sin clases, es decir, sin una mayoría desposeída y una minoría privilegiada. Una sociedad de este tipo no necesitaría el poder coercitivo del estado. Los fundadores del régimen supusieron que todas las funciones sociales serían desempeñadas por los propios ciudadanos, sin una burocracia profesional que dominara a la ciudadanía en su conjunto. Diversas causas históricas, que no mencionaré aquí, han conspirado para que la estructura real de la sociedad soviética actual entrara en contradicción flagrante con este ideal. Una burocracia absolutista se ha encaramado por encima del pueblo. Posee el poder y controla las riquezas del país. Goza de privilegios inauditos, que aumentan año a año.

La posición de la casta que detenta el poder es esencialmente falsa. Se ve obligada a ocultar sus privilegios, a mentirle al pueblo, a emplear fraseología comunista para justificar relaciones y hechos que no tienen nada que ver con el comunismo. El aparato burocrático no permite que nadie llame a las cosas por sus verdaderos nombres. Todo lo contrario: exige constantemente que se emplee la terminología "comunista" convencional... lo cual sirve para ocultar la verdad. Las tradiciones del partido y sus documentos fundamentales se encuentran en franca contradicción con la realidad imperante. Por consiguiente, la oligarquía dominante obliga a historiadores, economistas, sociólogos, profesores, maestros, propagandistas, jueces, a interpretar los documentos y la realidad, pasada y presente, de manera tal que concuerden, al menos en las apariencias. La ideología oficial está preñada de mentiras obligatorias. La gente piensa una cosa y escribe y dice otra. El abismo entre la palabra y la realidad crece continuamente; año a año se revisan las formulaciones sacrosantas. Examínense las sucesivas ediciones de un mismo libro, por ejemplo, una enciclopedia, y se verá que cada nueva edición contiene evaluaciones diferentes sobre las mismas personas, los mismos hechos algunas más y más halagüeñas, otras más y más insultantes. Bajo el azote de la burocracia miles de hombres realizan un trabajo sistemático de falsificación "científica". La menor sombra de crítica o de objeción, el menor desacuerdo, son castigados como crímenes infames.

Puede decirse sin temor a exagerar que la burocracia ha saturado la atmósfera política de la URSS con el espíritu de la Inquisición. Las mentiras, calumnias y falsificaciones no son armas circunstanciales que se esgrimen contra adversarios políticos, sino una derivación orgánica de la posición falsa de la burocracia en la sociedad soviética. La prensa de la Internacional Comunista, como el periódico que ustedes conocen, es sólo un pálido reflejo de la prensa soviética. Pero la realidad se hace sentir a cada paso, desenmascara la mentira oficial y avala la crítica de la Oposición: de ahí que la burocracia deba recurrir a métodos cada vez más fuertes para demostrar su infalibilidad. Al principio relevaban a los opositores de sus funciones, luego los deportaban a zonas alejadas y por último les negaban trabajo. Fueron objeto de calumnias cada vez más venenosas. Cuando el público se cansó y dejó de dar crédito a los artículos polémicos, se hizo necesario montar los juicios sensacionales. Realmente no les quedaba otro recurso que el de acusar a sus adversarios de criminales, no contra los privilegios de la nueva aristocracia, sino contra los intereses del pueblo. En cada nueva etapa las acusaciones se volvían más monstruosas. Esa es la atmósfera política y la psicología social que han posibilitado el espectáculo dantesco del juicio de Moscú. En el juicio a Zinóviev, la burocracia alcanzó la cumbre (mejor dicho, cayó al pozo) máxima.

Si en términos generales la preparación del juicio fue muy prolongada, hay muchos factores que nos hacen pensar que el desenlace se anticipó unas semanas, quizás

unos meses, a los deseos de sus responsables. La impresión causada por el asalto de estos caballeros, los acusados aquí presentes, se contrapuso a los planes de Moscú. La prensa de todo el mundo hablaba, y con razón, de los vínculos entre los nazis noruegos y la Gestapo. Se iba a realizar un juicio en el curso del cual quedarían revelados en toda su gravedad mis antagonismos con los fascistas. Era necesario borrar a toda costa la impresión causada por la desafortunada aventura. Es muy probable que Stalin exigiera a la GPU que acelerara el juicio. Los datos oficiales demuestran que las “confesiones” más importantes les fueron arrancadas a los acusados en la última semana de la investigación preliminar, en vísperas del juicio, entre el siete y el catorce de agosto. Con tanto apuro, resultaba difícil lograr que los testimonios concordaran entre sí y con los hechos. Además, los directores de escena necesitaban las confesiones de los acusados para llenar baches en las acusaciones. A partir de que los dieciséis acusados se reconocían culpables del asesinato de Kírov o de preparar otros asesinatos (algunos inclusive confesaron vínculos con la Gestapo) ¿por qué el fiscal habría de molestarse en encontrar pruebas, eliminar contradicciones flagrantes, anacronismos, disparates? Dado que no tienen que rendirle cuentas al pueblo, prestan poca atención a los detalles; dado que no son responsables ante un electorado, se vuelven descuidados. El fiscal Vishinsky no sólo carece de escrúpulos; carece también de talento. Sustituye las pruebas por la invectiva. En la declaración de las acusaciones, en el pedido de penas, las contradicciones se amontonan unas sobre otras.

Evidentemente no puedo analizar, ni siquiera enumerar, estas contradicciones aquí. Mi hijo mayor, León Sedov, a quien el Borgia de Moscú metió en este caso para alcanzarme a mí (creía indudablemente que a mi hijo le resultaría más difícil encontrar coartadas que a mí) publicó hace poco en París un *Libro Rojo*, dedicado al juicio de Moscú<sup>22</sup>. Las ciento veinte páginas de este documento revelan la incoherencia de las acusaciones desde el punto de vista fáctico, psicológico y político. Sin embargo, mi hijo no tiene acceso ni a la décima parte de los documentos a mi disposición (cartas, artículos, testimonios de testigos, recuerdos personales). Ante cualquier tribunal los acusadores de Moscú hubieran aparecido como falsificadores que no reparan en medios para defender los intereses de la nueva casta privilegiada.

Algunos juristas occidentales (el señor Pritt en Inglaterra, el señor Rosenmark en Francia) se basan en las confesiones “plenas” de los acusados para presentarle un certificado de buena moral a la GPU. Algún día estos defensores legales de Stalin lamentarán su celo precipitado e irreflexivo; la verdad, superando todos los obstáculos, destruirá más de una reputación. Los pritts engañan al público presentando las cosas como si dieciséis personas, sospechosas de pertenecer a una pandilla de criminales, hubieran entregado confesiones que, a pesar de la ausencia total de pruebas materiales, pintan un cuadro convincente de los preparativos para el asesinato de Kírov y otros crímenes. En realidad, los acusados y grupos de acusados del juicio de los dieciséis no estaban vinculados entre sí, ni por el caso Kírov, ni por ningún otro caso. En los documentos oficiales leemos que después del asesinato de Kírov fueron fusilados ciento cuatro “guardias blancos” desconocidos (entre los cuales había más de un militante de la Oposición) y luego catorce personas, acusadas falsamente o por asociación con el grupo de Nikolayev que asesinó a Kírov, también fueron fusiladas. Los catorce también habían “confesado”, sin embargo, nadie mencionó a ninguno de los futuros acusados del juicio de los dieciséis. El caso Zinóviev-Kámenev es una fabricación de Stalin que no tiene nada que ver con el juicio anterior del caso Kírov. Las “confesiones” de los dieciséis, obtenidas en etapas sucesivas, no proporcionan un cuadro de la actividad terrorista de la persona en cuestión. Por el contrario, se comprueba cómo los acusados, guiados por los acusadores,

<sup>22</sup> León Sedov: *Libro rojo sobre el proceso de Moscú*, León Sedov, escritos – Edicions Internacionals Sedov.

evitan cuidadosamente toda mención concreta de tiempo y lugar. Acabo de recibir el informe oficial sobre el juicio de Moscú. ¡Este librito condena a quienes perpetraron el fraude judicial! ¡Página tras página los acusados, presos de una especie de histeria, denuncian sus propios crímenes sin poder decir nada concreto! No pueden decir nada concreto, señores del jurado, porque no han cometido ningún crimen. Sus confesiones debían permitirle a la camarilla que detenta el poder poner fin a sus adversarios, incluyéndome a mí, su “enemigo número uno”.

“¿Pero por qué, qué razón tendrían los acusados para atribuirse crímenes que jamás cometieron y provocar así su propia destrucción?”, preguntan los abogados de la GPU. Es una objeción profundamente deshonestas. ¿Los acusados confesaron por propia voluntad? En el curso de muchos años la garra que los apretaba se fue estrechando más y más, de modo que al final su única esperanza de salvación estaba en la sumisión absoluta, la postración total, el servilismo histérico en presencia del verdugo, cuyas palabras y gestos debían imitar. ¡La capacidad de resistencia del sistema nervioso humano tiene límites! La GPU no necesitó torturas físicas ni drogas especiales para llevar a los acusados a un estado tal en que sólo podían buscar la salida de su situación intolerable en la complicidad ilimitada con su propia denigración. Todo lo que se necesitó para llevarlos a ese estado fue la humillación, el sufrimiento y la tortura mental continuas, aplicadas contra los acusados más prominentes y sus familias durante un periodo de diez años (para algunos, trece años).

La pesadilla de las “confesiones” resulta explicable si uno no pierde de vista por un solo instante que, a lo largo de estos años, los acusados renegaron de sus creencias en muchas ocasiones: ante la comisión de control partidaria; ante asambleas; nuevamente ante las comisiones y, por fin, ante un tribunal. En cada ocasión confesaban exactamente lo que se les obligaba a confesar. Al principio se trataba de cuestiones programáticas. La Oposición había luchado durante mucho tiempo por la industrialización y colectivización de la agricultura. La burocracia se resistió durante mucho tiempo, pero finalmente se vio obligada a tomar ese camino. ¡Entonces acusó a la Oposición de oponerse a la industrialización y a la colectivización! ¡Allí tienen ustedes la síntesis del método estalinista! Luego se les exigió a los militantes de la Oposición que querían volver al partido que se reconocieran culpables del “error” cometido por la burocracia. Pudo realizar esta maniobra jesuítica debido a que las ideas de la Oposición sólo eran accesibles a algunas decenas o cientos de miles de personas, sobre todo de los estratos superiores de la sociedad; las masas populares las desconocían debido a que la burocracia obstaculizaba implacablemente la difusión de nuestros escritos.

Tras las bambalinas se realizaban largas y penosas negociaciones entre los militantes de la Oposición arrepentidos y los funcionarios de las comisiones de control, que en realidad son organismos de la GPU: ¿cuáles eran los errores a reconocer y de qué manera debían hacerlo? Los jesuitas de las comisiones de control siempre acababan por imponerse. Los dirigentes partidarios sabían muy bien que estos actos de arrepentimiento carecían de todo valor moral y que su único fin era el de reafirmar ante las masas el dogma de la infalibilidad de los jefes. Más adelante la burocracia empezó a exigirle renunciamientos nuevos y aún más humillantes al mismo adversario que ya se había arrepentido (es decir, renunciado a su derecho a criticar) mucho tiempo atrás. A la primera señal de resistencia el inquisidor respondía: “¡Ajá, de manera que todas tus declaraciones anteriores de arrepentimiento no eran sinceras! ¡No quieres ayudar al partido a combatir a sus enemigos! ¡Quieres volver al otro lado de la barricada!” ¿Qué alternativa les quedaba a los capituladores (los ex militantes de la Oposición) que ya habían caído en la autodenigración? ¿Resistir? Demasiado tarde. Ya estaban atrapados. No podían volver a la Oposición: ésta no les hubiera brindado su confianza. Por otra parte, ya no les quedaba

voluntad política. Su autodenuncia previa los había aplastado, el peligro era constante, las amenazas de represalias contra sus familias no cesaban, la policía los chantajeaba, y así es como doblaron la rodilla a cada paso y se hundieron cada vez más.

En el primer juicio a Zinóviev y Kámenev [1935], tras sufrir horribles torturas mentales, los acusados resolvieron aceptar la responsabilidad moral por los actos terroristas que se les imputaban, en su carácter de exmilitantes de la Oposición. Poco después la GPU empezaría a utilizar la confesión como punto de partida para un nuevo chantaje. A una señal de Stalin la prensa oficial empezó a exigir la pena de muerte. La GPU organizaba manifestaciones frente a la sala del tribunal, al grito de “¡Muerte a los asesinos!” Así prepararon a los condenados para sus nuevas confesiones. Kámenev resistió más que Zinóviev. El 27 de julio de 1935 le celebraron un nuevo juicio, a puertas cerradas, para darle a entender que su única esperanza de salvación (mejor dicho, sombra de esperanza) radicaba en la colaboración absoluta con quienes estaban en el poder. Aislado del mundo exterior, careciendo de seguridad interna, vulnerable, sin perspectivas, sin un rayo de luz, Kámenev se quebró. Los acusados que a pesar de las torturas inconfesables siguieron defendiendo su dignidad, fueron fusilados sin juicio ni publicidad por la GPU. Así es como Stalin “seleccionó” y preparó a los acusados del reciente juicio de Moscú. Esa es la realidad, señores del jurado. Lo demás es mentira y engaño.

“¿Por qué ocurren estas cosas?”, se preguntarán. Porque se busca aplastar todo lo que sea oposición, crítica, desmoralizar y enlodar a todo el que se oponga a la burocracia o simplemente se limite a no cantarle loas. Y no sólo en este punto se realiza esta obra diabólica en contra mía. Pero debo remontarme a una fecha anterior. En 1928, tras los primeros arrestos masivos en el partido, la burocracia ni siquiera se atrevía a soñar con la liquidación física de la Oposición. Al mismo tiempo, no podía sentarse a esperar su capitulación. Yo dirigía la lucha desde el lugar donde me habían deportado [Alma Ata]. Por fin, la camarilla en el poder no pudo encontrar otra solución que la de desterrarme, completamente, expulsarme del país. En la reunión del buró político (mis amigos me enviaron un informe que inmediatamente di a publicidad), Stalin dijo: “En el exterior Trotsky quedará aislado. Tendrá que escribir para la prensa burguesa, lo cual nos dará la oportunidad de enlodarlo. La socialdemocracia lo defenderá y nosotros lo desacreditaremos a la vista del proletariado mundial. Si revela algo, lo acusaremos de traidor.” A ese cálculo astuto le falta perspicacia. Stalin no tuvo en cuenta la fuerza y la importancia de las ideas. En el extranjero publiqué obras destinadas a educar a la juventud. En todos los países se organizaron grupos que comparten mis ideas. Surgieron periódicos basados en el programa que sustentó. Recientemente se realizó un congreso internacional bajo la égida de la Cuarta Internacional. Golpeado por sus enemigos, el movimiento sigue creciendo, mientras que la Internacional Comunista cae en las garras de la confusión y del desorden. Ahora que ha perdido autoridad internacional, Stalin no puede retener el mando sobre la burocracia y, por consiguiente, el poder sobre el pueblo. El crecimiento de la Cuarta Internacional, de la cual llegan noticias a la Unión Soviética, constituye un grave peligro para él. En fin, no hay nada que la camarilla dominante tema más que a las tradiciones vivas de la revolución de octubre, inexorablemente hostiles a la nueva casta privilegiada. Es por todo esto que la lucha de Stalin y su grupo contra mí jamás cesa ni por un solo instante. Todas las capitulaciones de los últimos trece años contienen alguna declaración en mi contra. Las declaraciones individuales o colectivas de este tipo se cuentan por decenas de miles. Sin repudiar a Trotsky, sin denigrar a Trotsky, ningún exmilitante de la Oposición puede soñar con volver al partido, ni siquiera con conseguir un pedazo de pan. Año a año los renunciamientos se vuelven más humillantes, los insultos contra Trotsky más groseros, las calumnias más mendaces. Se educa a los acusados y a sus jueces en este espíritu. Paso a paso llegan a su grado de

desmoralización actual. El organizador de todo esto, el responsable de la desmoralización (nuevamente, lamento tener que decirlo en un tribunal a puertas cerradas) es Stalin.

El juicio reciente no cayó como trueno de un cielo despejado. Es la consumación de una larga serie de renunciamentos falsos en contra mía. Cuando Stalin comprendió el error que había cometido al desterrarme, trató de repararlo a su manera, con sus métodos típicos. El fraude judicial que ha asombrado a la opinión pública mundial fue tan sólo un eslabón inevitable en una larga cadena de hechos. Lo previmos y anunciamos públicamente. El juicio reciente se basó en la acusación de terrorismo. Señores del jurado: si yo creyera que el terrorismo individual sirve a la causa de la liberación de la humanidad, no lo dejaría de propagandizar y aplicar. Con frecuencia mis enemigos me han acusado y perseguido por mis ideas. Es lo que acaba de hacer el gobierno noruego. Pero hasta el momento nadie me ha acusado de ocultar mis ideas. Si invariablemente me pronuncio contra el terrorismo individual (y esta posición no data de ayer, sino de los primeros días de mi actividad revolucionaria) es porque lo considero no sólo ineficaz sino, peor aún, nefasto para el movimiento obrero. En Rusia había dos partidos terroristas, conocidos en el mundo entero: el Voluntad del Pueblo (Narodnik) y el Partido Social Revolucionario. Los marxistas rusos nos organizamos como partido de masas en el curso de una lucha intransigente contra el terrorismo individual. Nuestro argumento principal era que este método desorganiza más al partido revolucionario que al gobierno. No es por nada que la burocracia bonapartista de la URSS busca ávidamente esta clase de crimen, o inclusive lo inventa, para achacárselo luego a sus adversarios políticos. El asesinato de Kírov no podía conmover siquiera mínimamente el poder absoluto de la burocracia. Por el contrario, le dio la oportunidad esperada de exterminar a centenares de personas a quienes temía, de enlodar a sus adversarios, de sembrar la confusión en las mentes de los obreros. Los resultados de la aventura de Nikolayev confirmaron totalmente (no podía ser de otra manera) el repudio tradicional del marxismo al terrorismo, repudio al que soy fiel desde hace cuarenta años y del que ni soñaría apartarme hoy. Si aparecen tendencias terroristas en determinados sectores de la juventud soviética, eso no es resultado de la actividad política de la Oposición, sino, por el contrario, de la derrota de la Oposición, de la prohibición de pensar y protestar: son el resultado de la ira y la desesperación. La GPU se apropia ávidamente de los sentimientos terroristas, los fomenta, crea una especie de organización clandestina en la que el desgraciado terrorista se encuentra rodeado de agentes provocadores. Así ocurrió en el caso de Nikolayev. Si uno estudia cuidadosamente los documentos oficiales, comprende sin lugar a dudas que Stalin, Yagoda y el propio Kírov sabían que se estaba preparando un atentado en Leningrado. La GPU sólo tenía que inmiscuir a los dirigentes de la Oposición, luego descubrir la conspiración en vísperas del atentado y cosechar los beneficios políticos. ¿Nikolayev era agente de la GPU? ¿Era un agente doble? Verdaderamente, no lo sé. Sea como fuere, apretó el gatillo antes de que Stalin y Yagoda tuvieran tiempo de implicar a sus enemigos políticos. A partir de los primeros meses de 1935, basándome únicamente en los documentos oficiales, desenmascaré la provocación policial en el caso Kírov. (Publiqué un trabajo bajo el título de *La burocracia estalinista y el asesinato de Kírov*) Escribí que el fracaso de la intriga, lo cual le costó la vida a Kírov, lejos de detener a Stalin, lo obligaría a montar un caso mucho más grande. No era necesario poseer el don de la profecía para preverlo bastaba conocer las circunstancias, los hechos y las personas. Como ya he señalado, la GPU obtuvo un solo beneficio con el asesinato de Kírov: todos los acusados reconocieron (con el caño de una pistola apoyada en la sien) que la responsabilidad moral del crimen cometido por Nikolayev recaía sobre ellos. Ni los acusados, ni los jueces, ni la opinión pública estaban preparados para otra cosa. Pero no todo estaba perdido. Stalin estaba resuelto a capitalizar el cadáver de Kírov. La GPU

empezó a exhumar periódicamente el cadáver para nuevas acusaciones, confesiones, ejecuciones. Después de un periodo de entrenamiento psicológico de dieciocho meses, durante el cual los acusados más importantes permanecieron en la cárcel, la GPU les presentó el ultimátum: tendrían que ayudarlo a rastrear el hilo de la acusación de terrorismo hasta Trotsky. En la indagatoria preliminar del juicio a los dieciséis el problema sólo se pudo haber planteado de la siguiente manera: “Ustedes ya no nos resultan peligrosos (habrán dicho los agentes de Stalin a Zinóviev, Kámenev y los demás presos). Ustedes lo saben. Pero Trotsky no se rinde. Nos combate en el terreno internacional. La guerra se avecina” (los bonapartistas siempre apelan a los sentimientos patrióticos). “Debemos liquidar a Trotsky a cualquier precio y sin demora. Comprométanlo. Inmiscúyanlo en los atentados terroristas. Vincúlenlo a la Gestapo.” Pero nadie nos creerá (habrán dicho los acusados de siempre). Nos comprometeremos nosotros sin afectarlo a él...” Así habrán sido las negociaciones. los candidatos que no quisieron prestarse al juego fueron fusilados sin juicio para que los demás comprendieran que no les quedaba opción. Los magistrados habrán contestado: “A ustedes no les interesa que se les crea o no. A ustedes les interesa demostrar que todo lo que dijeron antes no eran declaraciones hipócritas, que la lealtad que le profesan al partido” (vale decir, a la casta dominante) “es sincera, que están dispuestos a sacrificarse por ella”. Si les hubiera asaltado el deseo de ser honestos (y en la cárcel no tenían por qué abrigar escrúpulos) los magistrados investigadores podrían haber agregado: “¿Los que saben no les creerán? No importa. ¡Son muy pocos los que se atreverán a protestar! Las mentiras fascistas nos servirán. ¿Los demócratas? No abrirán el pico. Las democracias francesa y checoslovaca callarán más que una tumba por razones patrióticas. León Blum depende de los comunistas, quienes harán cualquier cosa que les ordenemos. ¿Los ‘amigos de la Unión Soviética’? Tragarán cualquier cosa con tal de no reconocer lo ciegos que han sido. La burguesía internacional, que reconoce a Trotsky como teórico de la [revolución permanente](#),<sup>23</sup> no puede tener interés en apoyarlo contra nosotros. La prensa de la Cuarta Internacional es todavía débil. Las masas escucharán solamente lo que decimos nosotros, no las respuestas de Trotsky.” Esos fueron los cálculos de Stalin, y no se equivocó mucho. Los acusados capitularon otra vez y aceptaron los papeles trágicos y deshonorosos que les asignaron.

No aceptaron confesar todo lo que se les exigió. Los matices de las confesiones revelan las luchas desesperadas que sucedieron tras las bambalinas en vísperas del juicio. No hablaré aquí de los jóvenes sospechosos a quienes supuestamente envié a Rusia... y de quienes jamás había oído hablar. Ni uno solo de los viejos revolucionarios reconoció mantener vínculos con la Gestapo: la GPU no pudo obligarlos a rebajarse hasta ese punto. Smirnov y Goltzman negaron toda participación en atentados terroristas. Pero todos los acusados sin excepción atestiguaron que desde el extranjero Trotsky había dirigido llamados clandestinos al terrorismo, que había dado instrucciones para la actividad terrorista e inclusive había enviado terroristas a la URSS. *Mi participación en los atentados terroristas es, por consiguiente, el común denominador de todas las confesiones.* Ese fue el precio mínimo que aceptó la GPU. Las víctimas sólo podían salvar sus vidas pagando ese mínimo. Así se revela el verdadero objetivo de la trama. Friedrich Adler, secretario de la Segunda Internacional, mi viejo enemigo mortal, escribió: “El objetivo práctico de toda la trama es el capítulo más indigno de todo el juicio. Se trata de privarle a Trotsky de su asilo noruego, de organizar una verdadera caza del hombre en su contra, de imposibilitar su existencia en cualquier lugar de la tierra.”

---

<sup>23</sup> L. Trotsky, [La revolución permanente](#), en estas mismas OELT-EIS.

Señores del jurado, echemos una mirada al común denominador de las confesiones tal como aparece en el testimonio del acusado Goltzman, el principal testigo en el caso contra mi hijo y yo. Según dice, Goltzman llegó a Copenhague en noviembre de 1932 con el propósito de entrevistarse conmigo. Se reunió con mi hijo en la recepción del Hotel Bristol, y éste lo trajo a mi residencia. Mantuvimos una conversación prolongada, en el curso de la cual le expuse el programa terrorista. Este es el único testimonio que señala circunstancias concretas de tiempo y lugar. Y puesto que Goltzman se niega tozudamente a reconocer el menor vínculo con la Gestapo, ni tener participación alguna en las actividades terroristas, se diría que sus testimonios son los más dignos de confianza. ¿Cuál es la verdad? Goltzman jamás me visitó en Copenhague ni en ningún otro lugar. Mi hijo no vino a Copenhague mientras yo estuve allí, ni en ningún otro momento viajó a Dinamarca. Por último, el Hotel Bristol, donde Goltzman dice haberse reunido con mi hijo en 1932, ¡fue demolido en 1917! Una afortunada combinación de circunstancias (visas, testigos, telegramas, etcétera) permite reducir a cero los elementos materiales de la historia del testigo que fue más parco en sus confesiones. Goltzman no constituye una excepción. Las demás confesiones son del mismo tenor. El *Libro rojo* que escribió mi hijo las desenmascara a todas. Habrá nuevas revelaciones. Por mi parte, hace mucho tiempo hubiera podido entregar a la prensa, a la opinión pública, a una comisión investigadora imparcial o a un tribunal independiente, los hechos, documentos, testimonios de testigos y consideraciones de índole política y psicológica que refutan totalmente la amalgama de Moscú. Pero mis manos están atadas. El gobierno noruego ha convertido el derecho de asilo en una trampa. En el preciso instante en que la GPU amontona cargos infames en mi contra, el gobierno de este país me encierra bajo llave y corta mis comunicaciones con el mundo exterior.

Aquí debo relatar un incidente que, si bien no es muy importante, sirve para explicar mi situación actual. El verano pasado, un par de semanas antes del juicio de Moscú, el señor Koht, ministro de relaciones exteriores de Noruega, fue invitado a Moscú, donde se le tributó una recepción excepcionalmente cálida. Hablé de ello con mi anfitrión, el periodista Konrad Knudsen, cuyo testimonio ya se ha escuchado aquí. A pesar de nuestras profundas diferencias políticas, nuestras relaciones son muy cordiales. Fuera de comentar alguna noticia, jamás hablamos de política y evitamos toda discusión de principios. “¿Sabe usted (le pregunté en tono de broma) por qué lo reciben tan bien a Koht en Moscú?” “¿Por qué?” “Están negociando mi cabeza.” “¿Cómo lo sabe?” “Moscú le sugiere (o le dice directamente) al señor Koht, ‘Les fletaremos buques, les compraremos arenques, pero bajo una condición: véndannos a Trotsky’.” Knudsen, hombre leal a su partido, se sintió molesto: “¿De modo que usted cree que nuestros principios están en venta?” “Mi querido Knudsen (respondí) no digo que el gobierno noruego esté dispuesto a venderme, sino que al Kremlin le gustaría hacer ese trato.” No quiero decir que Litvinov y Koht negociaron en forma tan franca. Inclusive, insisto en reconocer que en la época de las elecciones el ministro Koht se comportó conmigo de manera mucho más digna que los demás ministros. Pero distintas circunstancias revelaron que el Kremlin estaba llevando a cabo en Noruega una acción política y económica en gran escala. Las razones resultaron claras con el juicio de Moscú. No cabe duda de que la campaña de la prensa reaccionaria en mi contra fue alimentada por Moscú a través de vías indirectas. Los intermediarios de la GPU entregaron mis artículos “subversivos” a los periódicos de derecha. Sus agentes en la sección noruega de la Internacional Comunista difunden rumores y habladurías. Se trataba de confundir al país en vísperas de elecciones, intimidar al gobierno y prepararlo así para ceder ante un ultimátum. Los astilleros noruegos, acicateados por la embajada soviética y por otros capitalistas que tienen intereses en el asunto, le exigieron al gobierno que liquidara el caso Trotsky sin demora: caso contrario,

podría aumentar la desocupación. Por su parte, el gobierno no quería otra cosa que ceder ante Moscú. Solo le faltaba el pretexto. Para encubrir su capitulación, el gobierno me acusó, sin el menor fundamento, de violar los acuerdos que yo había firmado al llegar. ¡La verdad es que el gobierno, al confinarme a mi domicilio, esperaba mejorar la balanza de pagos del país!

La actitud del ministro de justicia ha sido por demás deshonesta. En la víspera de mi arresto me llamó inesperadamente por teléfono. La policía ya había ocupado el patio. El ministro me habló en tono cortés. “He recibido su carta (dijo) y considero que mucho de lo que usted dice es cierto. Sólo le pido una cosa: no entregue su carta a la prensa; no responda al comunicado oficial de hoy. El consejo de ministros se reúne esta noche, espero que reconsiderará su decisión.” Respondí que, naturalmente, esperaba la decisión definitiva. Al día siguiente me arrestaron, registraron a mis secretarios y les secuestraron ante todo cinco copias de una carta donde le recordaba al ministro que él había estado presente en una de las entrevistas acordadas a la prensa. El honorable ministro temía que la revelación de este hecho lo perjudicara ante los votantes. ¡Así es este guardián de la ley!

Ustedes saben que el gobierno soviético no se atrevió a exigir mi extradición, ni antes, ni durante el juicio. No podía ser de otra manera. Hubiera debido presentar el pedido de extradición ante un tribunal noruego; para los jueces de Moscú, esto era lo mismo que meter la cabeza en el lazo. Sólo pude entablar una acción legal contra los autotitulados comunistas y los fascistas noruegos que repiten las calumnias de Moscú. El día de mi arresto el ministro de justicia me aseguró que se me otorgaría la oportunidad de defenderme de las acusaciones. Pero los actos del ministro están en contradicción flagrante con sus palabras. Cuando el gobierno noruego promulga leyes especiales contra mí, ¿acaso no es la señal para que los esbirros sigan calumniándome? “De ahora en adelante podrán denigrar a Trotsky cuanto quieran y con impunidad en cualquier lugar del mundo. Lo tenemos atado y amordazado y no le permitiremos que se defienda.”

Señores del jurado, se me ha citado ante este tribunal como testigo en el caso de la violación de mi residencia. El gobierno ha tenido la bondad de hacerme escoltar por un pelotón de policías. Sin embargo, cuando mi archivo fue robado en París, el gobierno noruego se incautó del testimonio escrito que dirigí al magistrado investigador<sup>24</sup>. ¿Por qué esta diferencia de tratamiento? ¿No se deberá a que en el primer caso el gobierno se enfrenta a los fascistas noruegos, a quienes considera enemigos, y en el segundo caso a los pandilleros de la GPU, a quienes considera amigos? Acuso al gobierno noruego de pisotear los principios legales más elementales. El juicio a los dieciséis es el primero de una serie donde estarán en juego no sólo mi vida y mi honor y los de mi familia, sino también el honor y las vidas de cientos de personas. Dadas las circunstancias, ¿cómo pueden prohibirle al acusado principal (que a la vez es el testigo más informado), cómo pueden prohibirme, que difunda lo que sé? Es un caso de obstrucción deliberada y consciente de la difusión de la verdad. Quien emplea amenazas o violencia para impedir que un testigo diga la verdad comete un crimen grave, que la ley noruega castiga severamente. Estoy convencido de ello. Es posible que después de este testimonio el ministro de justicia adopte nuevas medidas en mi contra. Los recursos del poder arbitrario son inagotables. Pero prometí decir la verdad, toda la verdad, y cumplí mi promesa.

---

<sup>24</sup> En su testimonio escrito, presentado en la indagatoria judicial del 19 de noviembre de 1936, mi hijo declara que ya había entregado una parte de mi archivo al Instituto de Historia Social antes de recibir mi carta del 10 de octubre. Lo había hecho a instancias de mis cartas anteriores en las que yo expresaba, aunque en forma menos categórica, mis temores al respecto (*Nota de Trotsky*).



*(El presidente del tribunal pregunta a las partes si quieren hacerle más preguntas al testigo y, ante la respuesta negativa, le pregunta al testigo si quiere confirmar su testimonio bajo juramento)*

*Trotsky:* Puesto que no tengo religión, no puedo prestar un juramento religioso. Pero, conociendo la importancia de mi testimonio, estoy dispuesto a refirmarlo aquí bajo juramento, es decir, a asumir plena responsabilidad jurídica por lo que he dicho.

*El auditorio se pone de pie. El acusado levanta la mano y pronuncia el juramento. Escortado por la policía, abandona la sala para ser conducido de vuelta a Sundby, donde cumple su arresto domiciliario.*

## *En el Atlántico*

(28 de diciembre de 1936)

28 de diciembre de 1936.- Escribo estas líneas a bordo del buque tanque noruego *Ruth*, en la travesía de Oslo a México: todavía no conocemos el puerto de nuestro destino. Ayer pasamos las Azores. Durante los primeros días el mar estuvo agitado; resultaba difícil escribir. Leí ávidamente sobre México. ¡Nuestro planeta es tan pequeño, pero lo conocemos tan poco! Cuando el *Ruth* salió del estrecho y torció hacia el suroeste, las aguas se calmaron y ahora me ocupo de ordenar las notas sobre nuestra estadía en Noruega. De modo que dedicamos los primeros ocho días a trabajar intensamente y a especular sobre el misterioso México. Faltan no menos de doce días de navegación. Nos acompaña el oficial de policía noruego Jonas Lie, quien alguna vez revistó en el distrito del Saar bajo la jurisdicción de la Liga de las Naciones. En la mesa somos cuatro comensales: el capitán, el oficial de policía, mi esposa y yo. No hay otros pasajeros. El mar está muy calmado para esta época del año. Hemos dejado atrás cuatro meses de cautiverio. Nos esperan... el océano y lo desconocido. Sin embargo, a bordo seguimos bajo la protección de la bandera noruega, es decir, seguimos prisioneros. No se nos permite usar el radio. Nuestros revólveres permanecen en custodia de nuestro contertulio, el oficial de policía. Las condiciones de nuestro desembarco en México se negocian por radio sin nuestro conocimiento. ¡El gobierno socialista no juega cuando se trata de los principios del... arresto!

En las elecciones realizadas poco antes de nuestra partida, el Partido Laborista aumentó considerablemente su caudal de votos. Konrad Knudsen, atacado por todos los partidos burgueses por ser mi “cómplice”, apenas defendido por su propio partido fue elegido por una impresionante mayoría de votos. Esto refleja indirectamente un voto de confianza en mí. Tras obtener el apoyo de la población que votó contra los ataques reaccionarios al derecho de asilo, el gobierno procedió, como corresponde, a pisotear ese derecho para ganarse el visto bueno de la reacción. La mecánica del parlamentarismo se basa enteramente en semejantes *quid pro quo* entre el electorado y los electores.

Los noruegos se sienten orgullosos, y con justicia, de su poeta nacional, Ibsen. Hace treinta y cinco años Ibsen era mi amor literario. Uno de mis primeros artículos estaba dedicado a él. Releí esos dramas en una cárcel democrática de la tierra natal del poeta. Buena parte de ellos parece ingenua y pasada de moda. Pero, ¿cuántos poetas de la preguerra han resistido el paso del tiempo? Toda la historia anterior a 1914 parece ingenua y provinciana. Pero Ibsen me pareció fresco y con su frescura septentrional, atractivo. Releí *Un enemigo del pueblo* con gran satisfacción. El odio de Ibsen hacia los prejuicios protestantes, el idiotismo provinciano y la hipocresía de las clases altas me resultó más comprensible y cercano después de conocer al primer gobierno socialista de la patria del poeta. -Ibsen se puede interpretar de muchas maneras -me dijo el ministro de justicia en su propia defensa, durante una visita inesperada en Sundby. -No importa cómo lo interprete, siempre hablará en contra suya. Recuerde al burgomaestre Stockmann... - ¿Dice usted que yo soy Stockmann? -En el mejor de los casos, señor ministro: su gobierno tiene todos los vicios y ninguna de las virtudes de los gobiernos burgueses. A pesar de su regusto literario, nuestras conversaciones no brillaban por el exceso de cortesía. Cuando el Dr. Stockmann, hermano del burgomaestre, descubre que la prosperidad de su aldea natal depende de baños térmicos contaminados, el burgomaestre lo echa de su puesto; las puertas de los periódicos se le cierran; sus conciudadanos lo proclaman enemigo del pueblo. “Ahora veremos (dice el doctor) si la baja y la cobardía pueden cerrarle la boca

a un hombre libre y honesto”. Tenía yo mis razones para repetirles estas palabras a mis carceleros socialistas.

-¡Cometimos un error estúpido al concederle la visa! (me dijo brutalmente el ministro de justicia a mediados de diciembre). -¿Y quiere usted rectificar su estúpido error mediante un crimen?(respondí con la misma franqueza). Ustedes me están haciendo lo que Noske y Scheidemann hicieron a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburg. Le allanan el camino al fascismo. Si los obreros españoles y franceses no les salvan, usted y sus colegas seguirán el camino del exilio igual que sus predecesores, los socialdemócratas alemanes. Todo esto era muy cierto. Pero la llave de la celda seguía en manos del burgomaestre Stockmann.

No abrigaba gran esperanza de encontrar refugio en algún otro país. Los países democráticos se protegen del peligro de la dictadura apropiándose de algunos de los peores rasgos de ésta. Hace ya mucho tiempo que, para los revolucionarios, el llamado “derecho” de asilo se ha convertido en una indulgencia. A esto se unían el arresto domiciliario y el proceso de Moscú. No es difícil comprender con cuanta alegría recibimos el telegrama del Nuevo Mundo donde decía que el lejano México nos daría hospitalidad. Se veía una salida al impasse y a Noruega. Al ver del tribunal le dije al oficial de policía que me custodiaba: “Tenga la bondad de informarle al gobierno que mi esposa y yo estamos dispuestos a abandonar Noruega lo antes posible. Sin embargo, antes de solicitar la visa mexicana, quisiera hacer los arreglos necesarios para una travesía segura. Debo consultar a mis amigos: al diputado Konrad Knudsen, al director del Teatro Nacional de Oslo, Haakon Mayer y al exiliado alemán Walter Held. Con su ayuda podré conseguir una escolta y garantizar la seguridad de mi archivo”. El ministro de justicia, quien llegó al día siguiente a Sundby acompañado por tres altos funcionarios policiales, se sentía anonadado por mi solicitud extremista. “En las cárceles zaristas (le dije) los exiliados podían ver a sus familiares o amigos para arreglar sus asuntos personales”. “Sí, sí (respondió el ministro con aire filosófico) pero los tiempos han cambiado...” Se negó a abundar en mayores detalles acerca del cambio de los tiempos.

El 18 de diciembre el ministro volvió para anunciar que se me negaban las visitas, que la visa mexicana ya estaba concedida sin mi participación (hasta el día de hoy no sé cómo se hizo) que al día siguiente mi esposa y yo seríamos embarcados en el carguero *Ruth* y alojados en la enfermería. No ocultaré que me negué a estrechar la mano del ministro cuando se fue... Sería injusto no agregar que el gobierno hizo lo que hizo violando directamente la posición y la conciencia de su partido. Así, entraron en conflicto con los representantes liberales o simplemente honestos de la administración y del poder judicial y se vieron obligados a confiar en el sector más reaccionario de la burocracia. Sea como fuere, el empeño policial de Nygaardsvold [primer ministro noruego] no despertó el entusiasmo de los obreros. Aprovecho la oportunidad para mencionar con agradecimiento y respeto a los dignos militantes del movimiento obrero como Konrad Knudsen, Olav Scheflo y Haakon Meyer, por tratar de modificar la actitud del gobierno. No puedo dejar de mencionar una vez más a Helge Krog, quien con pasión e indignación estigmatizó la conducta de las autoridades noruegas.

Además de una noche de temor, sólo nos quedaban algunas horas para guardar nuestras pertenencias y libros. Ninguna de nuestras numerosas migraciones se había realizado en semejante atmósfera de apuro febril, semejante sensación de aislamiento total, incertidumbre e indignación reprimida. En medio del pandemónium mi esposa y yo intercambiábamos alguna que otra mirada. ¿Qué significa? ¿Qué hay detrás de todo esto? Y luego salíamos corriendo, cada uno con un atado de pertenencias o un paquete de papeles. “¿No será una trampa del gobierno?”, preguntó mi esposa. “No lo creo”,

respondí, dubitativo. En el salón, los policías, con las pipas apretadas entre los dientes, claveteaban los cajones de libros. La niebla descendía sobre el fiordo.

Partimos en el mayor secreto. Para desviar la atención de los periódicos, se les dio la falsa noticia de que seríamos transferidos a otra parte. El gobierno temía que yo me negara a embarcar y que la GPU lograra colocar un explosivo en el buque. Mi esposa y yo consideramos que este último temor no carecía de fundamentos. En este caso nuestra seguridad coincidía con la del buque noruego y su tripulación. Nos recibieron a bordo del *Ruth* con curiosidad, pero sin la menor hostilidad. Llegó el anciano dueño del barco y, gracias a sus buenos oficios, no nos instalaron en esa enfermería oscura con tres camastros y sin mesa, que por alguna razón incomprensible nos habían asignado los sabuesos del gobierno, sino en un cómodo camarote perteneciente al dueño y contiguo al del capitán. Así pude trabajar durante la travesía... A pesar de todo esto, guardamos un cálido recuerdo de la maravillosa tierra de bosques y fiordos, de la nieve bajo el sol de enero, de esquíes y trineos, de niños de ojos celestes y cabello color del trigo, y de ese pueblo flemático y levemente huraño, pero serio y honrado. Noruega, ¡adiós!

### Un episodio significativo

30 de diciembre de 1936.- Ya hemos realizado la mayor parte de la travesía. El capitán supone que si sigue el buen tiempo llegaremos a Veracruz el 8 de enero. El 8 o el 10: ¿qué importancia tiene? A bordo, todo es tranquilidad. Faltando los cables de Moscú, el aire es doblemente puro. No tenemos apuro. Pero es hora de volver al juicio.

Es asombrosa la persistencia con que Zinóviev, arrastrando consigo a Kámenev, preparó su propio y trágico fin a lo largo de varios años. De no haber sido por la iniciativa de Zinóviev, Stalin no hubiera accedido al puesto de secretario general del partido. Zinóviev se empeñó en utilizar la momentánea polémica en torno a los sindicatos, desarrollada en 1920-21, para proseguir la lucha contra mí. Consideraba, no sin razón, que Stalin era el hombre más apropiado para el trabajo entre bastidores. En ese momento fue cuando Lenin oponiéndose a la designación de Stalin como secretario general, hizo su famosa observación: “No lo aconsejo. Este cocinero sólo preparará platos picantes”. ¡Palabras proféticas! Sin embargo, la delegación de Petrogrado, encabezada por Zinóviev, se impuso en el congreso, y con tanta mayor facilidad cuanto que Lenin no dio la batalla. El mismo no quiso exagerar el significado de su advertencia. Mientras el buró político siguiera en el poder, el secretario general sería un personaje secundario.

Cuando Lenin sufrió su primer ataque, el propio Zinóviev tomó la iniciativa de lanzar la lucha franca en mi contra. Calculaba que el torpe de Stalin sería el jefe de su estado mayor. En esa época, el secretario general actuaba muy cautelosamente. Las masas no lo conocían. Su autoridad residía únicamente en un sector del aparato partidario, y tampoco allí era querido. En 1924 Stalin vacilaba bruscamente. Zinóviev lo acicateaba. Stalin necesitaba a Zinóviev y a Kámenev como escudo político para su actividad entre bastidores. Esta fue la base para el mecanismo del “triumvirato”. El más activo era Zinóviev. Arrastró consigo a su futuro verdugo.

En 1926, después de tres años de conspirar con Stalin en mi contra, Zinóviev y Kámenev se pasaron a la oposición. En esa época me dieron una serie de noticias y advertencias muy instructivas.

“¿Cree usted (dijo Kámenev) que Stalin está estudiando la mejor manera de refutar sus críticas? Se equivoca. Está estudiando la mejor manera de destruirlo... Moralmente y luego, si es posible, también físicamente. Cubriéndolo de calumnias, montando una provocación, achacándole una conjura militar, organizando un acto terrorista. Créame, esto no es especulación. En nuestro triumvirato tuvimos más de una ocasión de sincerarnos con nosotros mismos, aunque en esa época nuestras relaciones personales atravesaron

más de una crisis. Stalin libra la lucha en un plano distinto al suyo. Usted no conoce a este asiático...”

Kámenev sí conocía bien a Stalin. En su juventud, a fines de siglo, iniciaron juntos su actividad revolucionaria en la organización del Cáucaso; juntos fueron al exilio; juntos volvieron a Petrogrado en marzo de 1917 y juntos le imprimieron al órgano central del partido una orientación oportunista que no cambiaría hasta el arribo de Lenin. “¿Recuerda usted (prosiguió Kámenev) el arresto de Sultan-Galiev, expresidente del Comisariado del Pueblo Tártaro, en 1923? Ese arresto, el primero de un destacado militante del partido, se realizó por iniciativa de Stalin. Desgraciadamente, Zinóviev y yo lo aprobamos. Desde entonces Stalin se comporta como un tigre cebado. Cuando rompimos con él redactamos una especie de testamento, señalando que, si moríamos en forma ‘accidental’, debía responsabilizarse a Stalin. El documento está en lugar seguro. Le aconsejo que haga lo mismo. Puede esperarse cualquier cosa de este asiático...”

Durante las primeras semanas de nuestro efímero bloque (1926-27), Zinóviev me dijo: “¿Cree usted que Stalin no ha estudiado la posibilidad de eliminarlo? Sí lo ha hecho, y más de una vez. Solo una cosa lo detiene: la posibilidad de que la juventud le eche la culpa al ‘triumvirato’, o a él personalmente, y recurra al terrorismo. Por eso Stalin considera necesario liquidar previamente a los cuadros de la juventud opositora. Ahora veremos. Nos odia a los dos, sobre todo a Kámenev, porque lo conocemos demasiado”.

Dejemos pasar un intervalo de cinco años. El 31 de octubre de 1931. *Rote Fahne*, órgano central del Partido Comunista Alemán, publicó un despacho donde afirmaba que el general Turkul de la guardia blanca planificaba el asesinato de Trotsky en Turquía. La fuente de esa especie sólo podía ser la GPU. Dado que Stalin me había exiliado a Turquía, me pareció que la advertencia de *Rote Fahne* tenía por objeto darle a Stalin una coartada en caso de que Turkul llevara a cabo sus planes. El 4 de enero de 1932 dirigí una carta al buró político. En esencia, decía que Stalin no lograría evadirse con maniobras baratas: la GPU, por intermedio de sus provocadores, era perfectamente capaz de convencer a los blancos de que realizaran un atentado terrorista y a la vez denunciarlos a través de los órganos de la Comintern: “Stalin se ha convencido de que fue un error expulsar a Trotsky de la Unión Soviética. De acuerdo con sus palabras (que constan en las actas del buró político) esperaba que Trotsky, privado de su ‘secretaría’ y de recursos, sería una víctima impotente de la campaña mundial de calumnias. El hombre del aparato se equivocó. Contra lo que él esperaba, resultó que las ideas tienen fuerza propia, aun privadas de aparato y recursos. Stalin es perfectamente consciente del grave peligro que representa la intransigencia ideológica y el crecimiento constante de la Oposición de Izquierda para su persona, su falsa ‘autoridad’, su omnipotencia bonapartista. Stalin considera que se debe rectificar el error. No con medidas ideológicas, por cierto: Stalin libra la lucha en otro plano. No trata de golpear las ideas de su adversario, sino su cráneo... Ya en 1924 Stalin estudiaba los pros y los contras de mi eliminación física [...] Zinóviev y Kámenev me lo advirtieron cuando pasaron a la Oposición. Por otra parte, en las circunstancias imperantes y con todos los detalles que me dieron, no cabía dudar de la veracidad de su informe... *Si Stalin obliga a Zinóviev y a Kámenev a retractarse de ese testimonio, nadie lo creerá*” (el subrayado es de ahora). Ya en esa época el sistema de las confesiones falsas y las retractaciones a la orden florecía abundantemente en Moscú.

Diez días después de enviar mi carta desde Turquía, mis correligionarios franceses, encabezados por Naville y Frank, enviaron una declaración a Dovgalevsky, embajador soviético en París: “*Rote Fahne* ha publicado un despacho sobre un atentado contra Trotsky: con ello, el gobierno soviético confirma formalmente que conoce los peligros que acechan a Trotsky”. Y dado que, siempre de acuerdo con el comunicado oficioso, el plan del general Turkul “se basa en el hecho de que las autoridades turcas no

protegen a Trotsky”, la declaración de Naville y Frank responsabilizaba *a priori* al gobierno soviético por todas las consecuencias y le exigía que tomara inmediatamente las medidas prácticas del caso.

Estos pasos alarmaron a Moscú. El 2 de marzo, el Comité Central del Partido Comunista Francés entregó a los activistas más responsables un documento confidencial: la respuesta del Comité Central del Partido Bolchevique de la URSS. Stalin no sólo no negaba ser la fuente del comunicado de *Rote Fahne*, sino que se ufanaba de haberme prestado un servicio especial y me tachaba de... desagradecido. La carta circular no decía nada sobre mi seguridad, pero afirmaba que, atacando al comité central, yo preparaba mi “alianza con los socialfascistas” (es decir, los socialdemócratas). En esa época a Stalin no le parecía oportuno acusarme de formar una alianza con los fascistas; tampoco previó su propia futura alianza con los “socialfascistas”.

La respuesta de Stalin llevaba un apéndice: la retractación de Kámenev y Zinóviev, fechada el 13 de febrero de 1932 y escrita, como dice imprudentemente el mismo documento, a pedido de Yaroslavsky y Shkiriátov, miembros de la Comisión de Control Central y Grandes Inquisidores en la lucha contra la Oposición. En el estilo habitual de tales documentos, Kámenev y Zinóviev decían que el comunicado de Trotsky era una “mentira irracional, cuyo único fin es comprometer a nuestro partido... Demás está decir que semejante discusión es inconcebible... Jamás le dijimos nada parecido a Trotsky”. Al final, la retractación llegaba al borde de la histeria: “Cuando Trotsky afirma que se nos podía obligar a hacer declaraciones falsas en un partido de bolcheviques, está haciendo una maniobra sucia, digna de un chantajista.”

Visto de cerca, este episodio, que aparentemente no tiene nada que ver con el juicio, posee un interés fuera de lo común. Según la acusación, en mayo de 1931 y luego, en 1932, yo envié las siguientes instrucciones por intermedio de León Sedov y de Georgi Gaven: iniciar la lucha terrorista, concertando con ese fin un bloque con los zinovievistas. Como tendremos más de una ocasión de ver, las “instrucciones” fueron cumplidas de inmediato por los capituladores, vale decir, por personas que habían roto relaciones conmigo mucho tiempo antes y que me combatían abiertamente.

Según la versión oficial, la capitulación de Zinóviev-Kámenev y los demás fue una maniobra militar, destinada a ganarles acceso al santuario de la burocracia. Esta versión, como veremos más adelante, cae hecha pedazos a la luz de varios centenares de hechos; sin embargo, aceptémosla por un instante. En tal caso, mi carta al buró político de enero de 1932 se convierte en un enigma inasequible para la mente humana. Si es verdad que en 1931-1932 yo dirigía un “bloque terrorista” con Zinóviev y Kámenev, jamás se me hubiera ocurrido comprometer así a mis aliados a los ojos de la burocracia. La pueril retractación de Zinóviev y Kámenev, destinada a los no iniciados, no hubiera engañado a Stalin por un solo instante. Él sabía que sus exaliados me habían contado la verdad desnuda. Este solo hecho era más que suficiente para privar a Zinóviev y Kámenev de la menor posibilidad de recuperar la confianza de los gobernantes. ¿Qué queda, pues, de la maniobra militar? Yo tendría que ser un demente para comprometer así la situación del “centro terrorista”.

Por otra parte, la retractación de Zinóviev y Kámenev, tanto por su contenido como por su tono, revela que entre nosotros hubo cualquier cosa excepto colaboración. Además, este no es el único documento. Ya veremos, sobre todo en el caso de Radek, que, año tras año y mes tras mes, la función principal de los capituladores consistió en difamarme y denigrarme a los ojos de la opinión pública soviética y mundial. Es incomprensible que estas personas esperaran alcanzar la victoria guiados por un líder que ellos mismos desacreditaban. Aquí, la “maniobra militar” se transforma en su opuesto.

La retractación de Zinóviev-Kámenev del 13 de febrero de 1932, enviada a todas las secciones de la Comintern constituye, por su esencia, uno de los innumerables proyectos de sus testimonios de agosto de 1936: los mismos insultos sucios, que me acusan de adversario del bolchevismo y sobre todo del “camarada Stalin”; las mismas referencias a mis llamados a servir a la “contrarrevolución”; por último, el mismo juramento de que ellos, Zinóviev y Kámenev, dan sus testimonios con buena voluntad, sin ninguna clase de coerción. ¡Claro, claro! No podía ser de otra manera. Sólo un “chantajista” puede hablar de coerción en la “democracia” de Stalin. Los propios excesos estilistas son testimonio inequívoco de dónde está la fuente inspiradora. ¡Documento invaluable, por cierto! No sólo le quita todo fundamento a la historia del centro trotskysta-zinovievista de 1932, sino que, de paso, nos permite un vistazo a ese laboratorio donde se preparaban los futuros juicios con sus retractaciones a la orden.

### **Zinóviev y Kámenev**

31 de diciembre de 1936.- El año que termina pasará a la historia como el año de Caín.

Dadas las advertencias de Zinóviev y Kámenev acerca de los planes y designios secretos de Stalin, uno podría preguntarse si intenciones semejantes contra Stalin no pasaron por sus cabezas cuando ya no contaban con otros medios de lucha. Los dos efectuaron unos cuantos virajes y violaron unos cuantos principios en el último período de sus vidas. Siendo así, ¿por qué no damos crédito a la posibilidad de que, desesperados por las consecuencias de sus capitulaciones, en determinado momento se volcaron hacia el terrorismo? Más adelante, como parte de su capitulación final, aceptaron la propuesta de la GPU de enredarme en sus malhadados designios en bien de sus propios intereses y de los del régimen con el cual trataban de hacer las paces una vez más.

Algunos amigos míos han planteado esta hipótesis. La he sopesado desde todos los ángulos, sin el menor prejuicio ni consideración de índole personal. Y la conclusión invariable es que la hipótesis carece de todo fundamento. Zinóviev y Kámenev son dos tipos profundamente distintos. Zinóviev es agitador; Kámenev, propagandista. Zinóviev se orientaba basado en un sutil instinto político. Kámenev prefería razonar y analizar. Zinóviev estaba siempre dispuesto a escaparse por una tangente. Por el contrario, Kámenev era excesivamente cauteloso. Zinóviev no tenía otro interés que la política. Kámenev era un sibarita y un amante de las artes. Zinóviev era vengativo. Kámenev era la encarnación del buen talante. No conozco cómo fueron sus relaciones en el exilio. Se unieron por primera vez en 1917, en la oposición a la revolución de octubre. En los primeros años posteriores a la victoria, la actitud de Kámenev hacia Zinóviev era levemente irónica. Posteriormente, se unieron en contra mía y, luego de Stalin. Durante los trece últimos años de sus vidas marcharon hombro a hombro y sus nombres siempre aparecieron juntos.

A pesar de sus diferencias, y de haberse formado juntos en el exilio bajo la orientación de Lenin, estaban dotados de la misma capacidad intelectual y de la misma fuerza de voluntad. La capacidad analítica de Kámenev complementaba el instinto de Zinóviev; juntos, buscaban la solución común. El cauteloso Kámenev solía dejarse arrastrar por Zinóviev hasta más allá de donde quería llegar; a la larga, volvían juntos por la misma línea de retirada. Sus personalidades tenían la misma estatura y sus diferencias se complementaban. Ambos estaban profunda, total y abnegadamente entregados a la causa del socialismo. Esta es la explicación de su trágico vínculo.

No hay razones de peso que me obliguen a asumir responsabilidad política o moral por Zinóviev y Kámenev. Siempre fueron mis enconados adversarios, salvo durante un breve período (1926-1927). Personalmente, no confiaba mucho en ellos. Ciertamente es que

cada uno de ellos era intelectualmente superior a Stalin. Pero les faltaba carácter. Este es el rasgo que Lenin tuvo en cuenta cuando dijo en su “testamento” que “no es casual” que Zinóviev y Kámenev se hubieran opuesto a la insurrección de otoño de 1917. No pudieron soportar la presión de la opinión pública burguesa. Cuando los profundos cambios sociales empezaron a cristalizarse en la Unión Soviética, combinados con la formación de la burocracia, “no es casual” que Zinóviev y Kámenev se dejaran arrastrar al bando del terror (1922-1926).

Su comprensión teórica de los procesos en curso era muy superior a la de sus aliados, incluido Stalin. Por eso trataron de romper con la burocracia y pasar a la oposición. En el plenario del comité central de julio de 1926, Zinóviev declaró que “Trotsky tuvo razón en lo referente a la represión del aparato burocrático”. En esa época, Zinóviev reconoció que el error que cometió al combatirme fue “más peligroso” ¡que su error en 1917! Sin embargo, la presión ejercida por el estrato privilegiado alcanzó alturas inconcebibles. “No es casual” que Zinóviev y Kámenev capitularan a Stalin a fines de 1927 y arrastraran consigo a camaradas más jóvenes y de base. A partir de entonces, no mezquinaron esfuerzos para denunciar a la Oposición. Pero en 1930-1932, cuando todo el país fue convulsionado por las horrendas consecuencias de la colectivización forzada y desenfrenada, Zinóviev y Kámenev, como otros capituladores, levantaron asustados la cabeza para discutir en voz baja los peligros de la nueva política del gobierno. Los descubrieron leyendo un documento de la Oposición de Derecha. Por este horrendo crimen (¡no se presentaron otros cargos!) fueron expulsados del partido y, para colmo, exiliados. En 1933 Zinóviev y Kámenev no sólo volvieron a retractarse, sino que se postraron ante Stalin. Ninguna calumnia les resultaba demasiado vil para arrojarla contra la Oposición, y especialmente contra mi persona. Su autodesarme los dejó impotentes ante la burocracia, que a partir de entonces pudo exigirles cualquier confesión. Su destino ulterior fue el resultado de estas capitulaciones y autohumillaciones.

Sí, les faltaba carácter. Sin embargo, no se deben interpretar estas palabras de manera simplista. La resistencia de los materiales se mide en términos de las fuerzas que actúan sobre ellos para destruirlos. En el período entre el comienzo del juicio y mi arresto, escuché decir a más de un pequeño burgués complaciente: “Es imposible comprender a Zinóviev. ¡Le falta carácter!” Y mi respuesta era: “¿Acaso usted ha experimentado la misma presión a que lo vienen sometiendo desde hace años?”. En los círculos intelectuales se suele hacer la comparación (absolutamente ilógica) entre el comportamiento de Zinóviev y Kámenev y el de Danton, Robespierre y otros. Estos últimos eran tribunos revolucionarios que vinieron directamente del campo de batalla a enfrentar la espada de la justicia, en momentos en que su poder intelectual estaba en su apogeo, sus nervios intactos y que (al mismo tiempo) no tenían la menor posibilidad de sobrevivir a su juicio.

Más ilógica aun es la comparación con la conducta de Dimitrov en el juicio de Leipzig. Es cierto que, frente a Torgler, Dimitrov se destacó por su firmeza y valentía. Pero los revolucionarios en varios países, sobre todo en la Rusia zarista, han mostrado la misma firmeza en condiciones incomparablemente más difíciles. Dimitrov enfrentaba al más perverso de los enemigos de clase. No había, ni podía haber, pruebas en su contra. El aparato estatal de los nazis estaba en formación y no estaba adaptado a los requerimientos de los fraudes totalitarios. Dimitrov tenía el apoyo de los gigantescos aparatos del estado soviético y de la Comintern. De los cuatro rincones de la tierra le llegó la solidaridad de las masas populares. Sus amigos presenciaron el proceso. Para ser un “héroe” bastaba la valentía normal de un ser humano.

¿Cuál era la situación de Zinóviev y Kámenev ante la GPU y el tribunal? Desde hace diez años estaban envueltos en una nube de calumnias pagadas duramente. Durante



diez años estuvieron suspendidos entre la vida y la muerte, primero en sentido político, luego en sentido moral y por fin en sentido físico. ¿Existen en la historia, otros ejemplos de trabajo tan sistemático, refinado y diabólico destinado a romper la columna vertebral, los nervios y el espíritu? Tanto Zinóviev como Kámenev poseían un carácter más que suficiente para las épocas tranquilas. Pero las tremendas convulsiones sociales y políticas de nuestra época exigían una firmeza fuera de lo común a estos hombres cuya capacidad los había colocado al frente de la revolución. La disparidad entre su capacidad y su voluntad tuvo consecuencias trágicas.

La historia de mis relaciones con Zinóviev y Kámenev puede descubrirse con facilidad en los documentos, artículos y libros. Basta el *Biulleten Oppozitsii* (1929-36) para ver el abismo que nos separó tajantemente desde el día de su capitulación. Entre nosotros y ellos no hubo vínculos, relaciones, correspondencia, ni intentos de establecerlos: no los hubo, ni pudo haberlos. En mis cartas y artículos aconsejé constantemente a los militantes de la Oposición, en bien de su supervivencia política y moral, que rompieran implacablemente con los capituladores. Por consiguiente, todo lo que yo pueda decir sobre las posiciones y planes de Zinóviev y Kámenev durante los ocho últimos años de sus vidas no puede considerarse el testimonio de un testigo. Pero tengo en mi poder una serie de documentos y hechos fácilmente verificables; conozco a los participantes, sus caracteres, sus relaciones y todo el trasfondo, y puedo afirmar sin el menor temor a equivocarme que la acusación de terrorismo es un despreciable fraude policial que no contiene una pizca de verdad.

La sola lectura de las actas del proceso le plantea al lector serio el siguiente enigma: ¿Quiénes son estos insólitos acusados? ¿Son políticos viejos y experimentados que luchan en nombre de un programa determinado y son capaces de combinar los medios con el fin, o bien son víctimas de una inquisición y su conducta no está determinada por su propia razón y voluntad, sino por los intereses de los inquisidores? ¿Estamos ante personas normales cuya psicología es coherente y se refleja en sus palabras y acciones, o ante casos clínicos que eligen el camino menos racional y lo sustentan con argumentos incongruentes?

Estas preguntas se aplican a Zinóviev y Kámenev más que a nadie. ¿Cuáles fueron los motivos (los poderosísimos motivos) que los indujeron a volcarse al terrorismo? En el primer juicio (enero de 1935) Zinóviev y Kámenev negaron su participación en el asesinato de Kírov, pero en compensación aceptaron cargar con la “responsabilidad moral” por las tendencias terroristas, citando como motivo el deseo de “restaurar el capitalismo”. Esta insólita “confesión” política basta para desenmascarar la mentira de la justicia estalinista. ¿Quién puede creer que Kámenev y Zinóviev fueron tan fanáticos de la restauración del capitalismo que ellos mismos habían derrocado, que estaban dispuestos a sacrificar sus cabezas y las cabezas de otros con tal de lograrlo? La confesión de los acusados en enero de 1935 reveló la mano de Stalin en forma tan grosera, que afectó la sensibilidad de los “amigos de la Unión Soviética” menos exigentes.

En el juicio de los dieciséis (agosto de 1936) la “restauración del capitalismo” desapareció de la acusación. Ahora el motivo es la “sed de poder”. La acusación cambia una versión por otra como si se tratara de distintas soluciones de un problema de ajedrez, pasando de una solución a otra en silencio y sin comentarios. Los acusados repiten a coro con el procurador fiscal que no tenían programa: simplemente los atrapó el irresistible deseo de apropiarse de la conducción del estado a cualquier precio. Pero nos gustaría preguntar: ¿De qué manera el asesinato de los “líderes” dejaría el poder en manos de personas que, mediante una serie de retractaciones, habían perdido toda confianza en sí mismos, se habían degradado, pisoteado y privado de toda posibilidad de jugar un papel político importante?

Si los fines de Zinóviev y Kámenev son increíbles, los medios que emplearon son todavía más irracionales. En sus testimonios, Kámenev insiste en que la Oposición se había aislado de las masas, había desechado sus principios y no tenía la menor esperanza de ganar influencia en el futuro; precisamente por esta razón la Oposición se embarcó en el camino del terror. No es difícil comprender que esta caracterización resulta sumamente ventajosa para Stalin: es evidente que esto obedece a una orden suya. Pero si los testimonios de Kámenev sirven para desacreditar a la Oposición, no sirven en absoluto para justificar el terrorismo. Precisamente, cuando en condiciones de aislamiento político la fracción revolucionaria se embarca en el camino del terror, marcha rápidamente a su autodestrucción. Los rusos lo sabemos muy bien gracias al ejemplo de Narodnaia Volia (1879-1883) y de los social-revolucionarios en el período de reacción (1907-1909). Zinóviev y Kámenev se educaron con estas lecciones y las comentaron en innumerables ocasiones en la prensa partidaria. ¿Acaso estos bolcheviques de la vieja guardia olvidaron y repudiaron el abecé del movimiento revolucionario ruso simplemente porque querían el poder? Es imposible creerlo.

Sin embargo, supongamos por un instante que Zinóviev y Kámenev pensaron llegar al poder renegando públicamente de su pasado, a la vez que se lanzaban a una campaña terrorista anónima (¡lo cual equivale a tacharlos de psicópatas!). En ese caso, ¿qué motivos impulsaban a los que llevaban a cabo las acciones terroristas y pagaban con sus vidas por las ideas de otros? Se puede creer en un asesino a sueldo que actúa una vez que se le ha garantizado la inmunidad. Pero ¿terroristas sin ideales, sin una profunda fe en su causa, que se ofrecen al sacrificio? Es inconcebible. En el juicio de los dieciséis el asesinato de Kírov aparece como un pequeño aspecto de un grandioso plan cuyo fin es el exterminio de toda la capa dirigente. Esto es terror sistemático en gran escala. Los asesinatos requieren decenas, si no cientos, de combatientes fanáticos, endurecidos y abnegados. Estos elementos no caen del cielo. Es necesario escogerlos, entrenarlos, organizarlos. Es necesario inculcarles la convicción de que la única salvación está en el terror. Además de terroristas activos, se necesitan reservas. Estas sólo pueden formarse si existe entre la generación joven un gran sector que simpatiza con el terrorismo. Esta corriente de simpatía sólo se puede crear mediante la propaganda intensa, tanto más intensa y apasionada cuanto que la tradición del marxismo ruso es contraria al terrorismo. Sería necesario quebrar esa tradición y oponerle una nueva doctrina. Si Zinóviev y Kámenev no podían repudiar todo su pasado antiterrorista sin decir palabra, menos hubieran podido encaminar a sus partidarios hacia ese Gólgota sin discusiones críticas, polémicas, conflictos, cismas ni... denuncias a las autoridades. Por otra parte, un rearme ideológico de semejante envergadura, con cientos y miles de revolucionarios, tendría que dejar innumerables rastros materiales (documentos, cartas, etc.) ¿Dónde están? ¿Dónde está la propaganda? ¿Dónde está la literatura terrorista? ¿Dónde están los ecos de las luchas internas y de las polémicas? Las actas del proceso no dicen nada.

Para Vishinsky, como para Stalin, los acusados no existen como personalidades humanas. Se pierde de vista su psicología política. Cuando uno de los acusados dijo que sus “sentimientos” no le permitían disparar contra Stalin, Vishinsky respondió que existen obstáculos físicos: “Estas... son las verdaderas razones, las razones objetivas, lo demás es psicología.” “¡Psicología!” ¡Qué desprecio soberano! Los acusados no tienen psicología, mejor dicho, no se atreven a tenerla. Las acusaciones no son producto de motivaciones humanas normales. La psicología de la camarilla dominante, a través del mecanismo de la inquisición, subordina la psicología de los acusados a sus propios fines. El juicio parece un trágico teatro de títeres. Se manipula a los acusados con hilos, mejor dicho, con sogas atadas a sus cuellos. No hay cabida para la “psicología”.

¡Sin embargo, la acción terrorista es inconcebible sin la psicología terrorista!

Aceptemos por un instante que los cargos, pese a ser tan absurdos, son verídicos. La “sed de poder” convierte a los capituladores-dirigentes en terroristas. Al mismo tiempo, cientos de personas, arrastradas por la “sed de poder” de Zinóviev y Kámenev, arriesgan de buen grado sus cabezas... ¡en alianza con Hitler! La obra criminal, invisible para el ojo incauto, alcanza proporciones monstruosas: se organiza el asesinato de los “líderes” el sabotaje universal, el espionaje. ¡No durante un día o un mes, sino durante casi cinco años! ¡Tras la máscara de la lealtad al partido! Es imposible imaginar una banda de criminales más cínicos, fríos y feroces.

Entonces, ¿qué sucede? Un buen día, a fines de julio de 1936, los monstruos reniegan de su pasado y de sí mismos y confiesan sus crímenes, patéticamente, uno después de otro. Ninguno defiende sus ideas, métodos, objetivos. Compiten para ver quién denuncia más y mejor a los demás y a sí mismo. El fiscal no tiene pruebas, sólo las confesiones de los acusados.

Los terroristas, saboteadores y fascistas de ayer se postran ante Stalin para jurarle su ardiente amor. ¿Qué demonios son estos insólitos acusados: ¿criminales?, ¿psicópatas?, ¿ambas cosas a la vez? No: son la clientela de Vishinsky y Yagoda. Este es el aspecto que presenta la gente al salir de los laboratorios de la GPU.

Hay tanta verdad en las confesiones de actividad criminal de Zinóviev y Kámenev como en sus juramentos de amor a Stalin. ¡Murieron víctimas de un sistema totalitario que sólo merece nuestro repudio!

### **Por qué confesaron crímenes que no habían cometido**

1 de enero de 1937.- Durante la noche sonaron las dos sirenas del buque tanque; el cañón disparó dos salvas: el *Ruth* saludaba al Año Nuevo. Nadie respondió. Durante toda la travesía creo que nos cruzamos con dos barcos. Seguimos una ruta desacostumbrada. Sin embargo, el funcionario policial fascista que nos acompaña recibió un telegrama de saludo de su ministro socialista Trygve Lie. ¡Sólo le faltaron los saludos de Yagoda y Vishinsky!

Si quisiera defenderme de las acusaciones de Moscú de la manera más sencilla. diría: “Durante los diez últimos años, lejos de asumir responsabilidad alguna por Zinóviev y Kámenev, los denuncié como traidores. ¿Es cierto que estos capituladores, perdida toda esperanza y atrapados por sus propias intrigas, tomaron el camino del terrorismo? No lo sé. Si sé que quisieron obtener clemencia para sí mismos comprometiéndome a mí”. Esta explicación es veraz y no contiene una pizca de mentira; sin embargo, es una verdad a medias y, por consiguiente, falsa. A pesar de haber roto relaciones con los acusados hace ya mucho tiempo, puedo afirmar sin la menor sombra de duda: estos viejos bolcheviques a quienes conocí durante tantos años (Zinóviev, Kámenev, Mrachkovsky) no cometieron, ni pudieron cometer, los crímenes que han “confesado”.

Los no iniciados dirán que esta afirmación es paradójica o, cuanto menos, superflua. “¿Por qué dificulta usted su propia defensa defendiendo a sus enemigos mortales? ¿No es esta una actitud quijotesca?” De ninguna manera. Si hemos de poner fin a las falsificaciones de Moscú, debemos develar el mecanismo político y psicológico de las confesiones “voluntarias”.

En 1931 se realizó en Moscú un juicio contra ciertos mencheviques; la acusación se basó exclusivamente en las confesiones de los acusados. Conocía muy bien a dos de ellos: el historiador Sujanov y el economista Groman. Aunque algunos de los cargos parecían fantásticos, era imposible, creía yo, que estos viejos políticos a quienes consideraba (a pesar de nuestras diferencias ideológicas insalvables) hombres serios y honestos, pudieran mentir tanto sobre sí mismos y los demás. No cabe duda, pensé: la GPU arregló el prontuario, agregó algunas cosas (en su mayoría falsas), pero debe haber

algo de cierto en todo esto. Recuerdo que mi hijo, quien a la sazón vivía en Berlín, me dijo posteriormente, en el curso de una conversación en Francia: “El proceso de los mencheviques es un fraude completo.”

“Pero, ¿y las declaraciones de Sujánov y Groman?”, respondí. “¡Ellos no son funcionarios venales ni pobres infelices!” Como explicación, si no como excusa, diré que hacía mucho tiempo que no leía la prensa menchevique; a partir de 1927 viví fuera de todos los círculos políticos (en Asia Central y Turquía) y carecía por completo de contactos con las personas. Sea como fuere, el error de juicio que cometí no se debió a mi confianza en la GPU (sabía que a partir de 1931 esta institución degenerada no era sino una pandilla de desgraciados), sino a mi confianza en algunos de los acusados. Subestimé el desarrollo alcanzado por las técnicas de desmoralización y corrupción; sobrestimé la capacidad de resistencia moral de algunas víctimas de la GPU. Posteriormente, los sucesivos procesos con su letanía de confesiones rituales desvelaron los secretos de la inquisición, al menos para cualquiera que fuera capaz de pensar, mucho antes del proceso de Zinóviev y Kámenev. En mayo de 1936 escribí un artículo para *Biulleten Oppozitsii*, donde decía: “La serie de procesos políticos públicos en la URSS demuestra hasta qué punto los acusados están dispuestos a confesar crímenes que no cometieron. Aquellos acusados que repiten en el tribunal un papel aprendido de memoria reciben sentencias leves, inclusive simbólicas. ‘Confesaron’ precisamente para hacerse acreedores a esta indulgencia legal. Pero, ¿por qué necesitan las autoridades estas conspiraciones ficticias? A veces, para implicar a algún tercero de quien se sabe que no tuvo ni arte ni parte en el asunto; a veces, para encubrir sus propios crímenes, como son sus sangrientos e injustificados actos de represión; o bien, por último, para crearle un clima favorable a la dictadura bonapartista. Hace tiempo ya que la GPU, es decir Stalin, emplea el sistema de obligar a los acusados a dar testimonios fantásticos que impliquen a terceros.” Escribí estas líneas tres meses antes del juicio de Zinóviev-Kámenev (que tuvo lugar en agosto de 1936), en el que por primera vez se me sindicaba como organizador de una conjura terrorista.

Los acusados a quienes conozco militaron en el Oposición: posteriormente aterrados por la posibilidad de un cisma, o intimidados por la persecución trataron de reintegrarse al partido a cualquier precio. La camarilla dirigente les exigió que proclamaran que su programa era erróneo. Nadie lo creía; por el contrario, todos estaban convencidos de que las posiciones de la Oposición habían pasado la prueba de los acontecimientos. Sin embargo, a fines de 1927 firmaron una declaración en la que se autoacusaron de “desviaciones”, “errores” y graves pecados contra el partido; al mismo tiempo, cantaron loas a nuevos jefes, por quienes no sentían la menor estima. Aquí ya tenemos, en estado embrionario, las confesiones de los futuros juicios...

La primera capitulación fue sólo el comienzo. El régimen se volvió cada vez más totalitario, la lucha contra la Oposición más dura, las acusaciones más monstruosas. La burocracia no podía permitir la discusión política porque estaban en juego sus privilegios. Quería encarcelar, deportar, fusilar a sus adversarios: para ello no bastaba con acusarlos de “desviaciones” políticas. Era necesario acusar a la Oposición de querer romper el partido, desorganizar el ejército, derrocar el poder soviético y restaurar el capitalismo. Para dar autoridad a las acusaciones a los ojos del pueblo, la burocracia exhibía a exmilitantes de la Oposición en calidad de acusados y de testigos a la vez. Los capituladores se fueron convirtiendo en testigos falsos profesionales contra la Oposición y contra sí mismos. Mi nombre figuraba en todas las denuncias, como “principal enemigo” de la URSS, es decir, de la burocracia soviética: faltando este elemento, la denuncia era inaceptable. Primero fueron mis desviaciones socialdemócratas: luego, las consecuencias contrarrevolucionarias de mi política; luego, mi alianza *de facto*, si no de

*jure*, con la burguesía contra la URSS, etcétera, etcétera. Cuando un capitulador intentaba resistir, se le decía: “Eso significa que sus declaraciones anteriores fueron falsas: por lo tanto, usted es un enemigo encubierto”.

Las denuncias sucesivas se convirtieron en una bola de hierro engrillada a los pies del capitulador: y esa bola acabaría por ahogarlo<sup>25</sup>...

Al aparecer las dificultades políticas, los exmilitantes de la Oposición fueron arrestados y deportados bajo acusaciones insignificantes o ficticias: se trataba de desgastar sus nervios, eliminar su sentido de la dignidad, quebrar su voluntad. Pronunciada la sentencia, la amnistía debía comprarse al precio de una mayor humillación. Debían declarar públicamente: “Reconozco que he engañado al partido, he sido deshonesto con el estado, he sido agente de la burguesía; rompo definitivamente con los trotskystas contrarrevolucionarios...”, etcétera. Así, paso a paso, se realizó la “educación” (es decir, la desmoralización) de decenas de miles de militantes y la del partido en su conjunto, tanto acusadores como acusados.

Con el asesinato de Kírov, la conciencia del partido alcanzó un grado de descomposición inaudito. Tras una serie de comunicados oficiales contradictorios y mentirosos, la burocracia debió quedar satisfecha con una medida a medias: la confesión de Zinóviev y Kámenev por la cual aceptaban la “responsabilidad moral” del acto terrorista.

Esta confesión se obtuvo con el siguiente argumento sencillo: “Si ustedes no nos ayudan a echarle la responsabilidad, por lo menos moral, de los actos terroristas a la Oposición, demostrarán con ello que simpatizan con el terrorismo; en ese caso tomaremos contra ustedes las medidas del caso.” En cada etapa de la capitulación las víctimas se enfrentaron a la misma alternativa: rechazar las denuncias anteriores y lanzarse a una lucha desesperada contra la burocracia (sin banderas, sin organización, sin autoridad personal), o bien descender un poco más, acusándose a sí mismos y a otros de nuevas infamias. ¡Así llegaron al fondo del abismo! Bastaba determinar el coeficiente aproximado para prever las denuncias de la etapa siguiente. Así lo hice en repetidas ocasiones a través de la prensa.

La GPU cuenta con muchos recursos adicionales para lograr sus fines. No todos los revolucionarios dieron prueba de igual firmeza en las cárceles zaristas: algunos se arrepintieron, otros traicionaron, otros, por fin, pidieron clemencia. La GPU ha estudiado y clasificado los viejos archivos. El secretario de Stalin guarda los prontuarios más importantes. A veces basta sacar un papel para arrojar a algún alto funcionario al abismo...

Otros burócratas (centenares de ellos) combatieron en las filas de los blancos durante la revolución de octubre. La crema de la actual diplomacia soviética pertenece a esta categoría: Troyanovsky, Maisky, Jinchuk, Surits. También la crema del periodismo: Koltsov, Zaslavsky y muchos más. A esta categoría pertenece el temible fiscal Vishinsky, mano derecha de Stalin. La joven generación no sabe nada de esto: la vieja finge haberlo olvidado. Bastaría mencionar en voz alta la trayectoria de Troyanovsky para que la reputación del diplomático desapareciera. Stalin le ha podido arrancar a Troyanovsky todas las declaraciones y testimonios que necesita; los troyanovskys no le pueden negar nada.

Generalmente, la denuncia de algún personaje prominente viene precedida de testimonios falsos arrancados a decenas de personas que lo rodean. Como primer paso, la GPU arresta a los secretarios, taquígrafos y dactilógrafos de su futura víctima, y les promete la libertad e inclusive ciertos privilegios a cambio de testimonios que comprometan a sus jefes. En 1924 la GPU arrastró a mi secretario Glazman al suicidio.

---

<sup>25</sup> Ver *La revolución traicionada*, [en estas mismas OELT-EIS], teniendo en cuenta que ese libro fue escrito antes del proceso a Zinóviev. *León Trotsky*.

En 1928 trataron de arrancarle al ingeniero Butov, el principal de mis secretarios, una serie de testimonios falsos en mi contra: se inició una huelga de hambre en la cárcel, y murió en el quincuagésimo día de ayuno. Mis colaboradores Sermuks y Posnansky fueron encarcelados y deportados en 1929. No conozco su suerte. No todos los secretarios son tan valientes. La mayoría se dejó desmoralizar por las capitulaciones de sus jefes y la atmósfera corruptora del régimen. Para arrancarle una confesión falsa a un Smirnov o un Mrachkovsky, la GPU empleó las (falsas) denuncias de sus colaboradores cercanos y lejanos y luego de sus mejores amigos. Al final, la víctima se encuentra tan atrapada en la red de testimonios falsos, que considera que toda resistencia es inútil.

La GPU vigila constantemente las vidas privadas de los altos funcionarios. A veces arresta a la esposa antes de atacar a la futura víctima. Ellas no participan en los juicios, pero durante la investigación preliminar, ayudan al magistrado a quebrar la resistencia de sus maridos. Suele suceder que el acusado “confiese” por temor a ciertas revelaciones íntimas que podrían comprometerlo ante su esposa e hijos. Encontramos rastros de estas triquiñuelas en las actas oficiales.

Las amalgamas jurídicas encuentran abundante material humano en la categoría de los malos administradores, verdaderos o falsos responsables de los reveses económicos, o en administradores imprudentes de los fondos del estado. El límite entre lo lícito y lo ilícito es muy vago en la URSS. Además de los salarios oficiales, los administradores reciben prebendas extraoficiales y semilegales. En épocas normales nadie piensa en castigarlos por eso. Pero la GPU tiene la posibilidad de colocar a su víctima ante la siguiente alternativa: morir acusado de abuso o robo de fondos del estado, o tratar de salvarse confesando que es un exmilitante de la Oposición a quien Trotsky arrastró al camino de la traición.

El doctor Anton Ciliga, comunista yugoslavo que permaneció durante cinco años en las cárceles de Stalin, nos dice que los resistentes eran llevados varias veces al día a los patios de ejecución y luego a sus celdas. El proceso es efectivo. No se emplean hierros calientes, ni medicamentos especiales. Bastan los efectos que ejercen los paseos de este tipo sobre la moral.

Los ingenuos preguntan: ¿No teme Stalin que las víctimas denuncien las mentiras ante el auditorio? El riesgo es ínfimo. La mayoría de los acusados temen no sólo por sus vidas, sino también por las de sus seres queridos. No es fácil calcular cual será la reacción de un auditorio cuando uno sabe que su esposa, su hijo, su hija están en manos de la GPU. Además, ¿cómo se denuncia la mentira? No hubo tortura física. Las confesiones “voluntarias” de los acusados son sólo la continuación de sus anteriores denuncias. ¿Cómo hacerle creer al auditorio y a la humanidad en su conjunto que uno se ha dedicado a autocalumniarse durante diez años?

Smirnov trató de denunciar las “confesiones” que él mismo había aceptado en la indagación preliminar. Inmediatamente el tribunal confrontó esta declaración con el testimonio de su esposa, sus propias denuncias y las declaraciones de los demás acusados. También se debe tener en cuenta la hostilidad que reina en la sala. Los cables y artículos de los periodistas adictos pintan un cuadro de “debate público”. En realidad, la sala está abarrotada de agentes de la GPU que ríen en los momentos más dramáticos y aplauden las interrupciones más groseras del fiscal. ¿Los extranjeros? Diplomáticos indiferentes que desconocen el idioma ruso, o periodistas como Duranty, que ya tienen sus opiniones preconcebidas. Un corresponsal francés nos muestra a un Zinóviev que escruta ávidamente al auditorio y, al no encontrar un solo rostro solidario, baja la cabeza, resignado.

Añádase a esto que los taquígrafos son agentes de la GPU, el presidente del tribunal puede interrumpir la sesión en cualquier momento, los agentes que conforman el

auditorio hacen escándalo. Todo está previsto. Los papeles están estudiados. El acusado que en la indagación preliminar se había resignado a cumplir su deshonrosa función, no ve razón alguna para cambiar de actitud en la sesión pública; perdería con ello su última oportunidad de salvarse.

¿Salvarse? Según los señores Pritt y Rosenmark, Zinóviev y Kámenev no tenían esperanzas de salvar sus vidas confesando crímenes que no habían cometido. ¿Por qué no? En juicios anteriores las confesiones salvaron la vida de más de un acusado. La mayoría de las personas que siguieron los juicios de Moscú en todo el mundo, esperaban que los acusados recibirían clemencia. Lo mismo ocurría en la URSS. El *Daily Herald*, órgano del partido cuyo bloque parlamentario se honra con la presencia del Sr. Pritt (el Partido Laborista Británico), nos da un testimonio interesantísimo. Al día siguiente de la ejecución de los dieciséis, este periódico dijo: “Hasta último momento los dieciséis hombres fusilados hoy esperaron el decreto de clemencia... Existía la opinión generalizada de que un decreto aprobado hace cinco días, que les otorgaba el derecho de apelar, había sido promulgado expresamente para salvarlos”. Por consiguiente, en Moscú las esperanzas siguieron vivas hasta el último momento. Los dirigentes fomentaron y alimentaron esas esperanzas. Los asistentes al proceso dicen que los condenados escucharon las sentencias de muerte con tranquilidad, como algo evidente; comprendieron que sólo esto daba algún fundamento a sus confesiones teatrales. No comprendieron (hicieron todos los esfuerzos por no comprender) que sólo la ejecución daba algún fundamento a la sentencia de muerte. Kámenev, el más tranquilo de todos, parecía albergar dudas acerca del resultado de la negociación desigual. Se habrá preguntado cientos de veces, “¿Se atreverá Stalin?” Stalin se atrevió.

En los primeros meses de 1923, en su lecho de enfermo, Lenin resolvió lanzar la lucha decisiva contra Stalin. Temiendo que yo cediera, me advirtió el 5 de marzo: “Stalin aceptará un compromiso podrido y luego traicionará”. Esta fórmula define la metodología política de Stalin a las mil maravillas, sobre todo en relación con los dieciséis. Hizo un compromiso por intermedio del magistrado indagador; traicionó... con ayuda del verdugo.

Los acusados conocían sus métodos. A principios de 1926 Zinóviev y Kámenev rompieron con Stalin públicamente. La Oposición de Izquierda discutió si debía aliarse con alguno de los bloques. Mrachkovsky, héroe de la guerra civil, dijo: - ¡Con ninguno de los dos! Zinóviev se irá; Stalin traicionará. ¡Palabras aladas! Zinóviev se alió con nosotros y poco después, efectivamente, escapó. Mrachkovsky y otros hicieron lo mismo. Los “fugitivos” trataron de reagruparse en torno a Stalin: éste aceptó un “compromiso podrido” y luego los traicionó. Los acusados apuraron el cáliz de la humillación hasta las heces. Luego los mataron.

Como vemos, el mecanismo no es complicado. Sólo se requiere un régimen totalitario: supresión de la libertad de crítica; someter a los acusados a los militares; un individuo que concentre las funciones de magistrado indagador, fiscal y juez; una prensa monolítica cuyos aullidos aterroricen a los acusados e hipnoticen a la opinión pública.

### La “sed de poder”

3 de enero de 1937.- Si hemos de creerle a Vishinsky (agosto de 1936), el “centro unificado” no tiene absolutamente ningún programa. Su única motivación es “la mera sed de poder”. Desde luego, mi sed es más grande que la de los demás. Los plumíferos a sueldo de la Internacional Comunista y algunos periodistas burgueses se han explayado en varias ocasiones sobre el tema de mi ambición. Estos caballeros buscan la explicación de mí (inesperada) actividad terrorista en mi desmedida ambición por tomar el control del estado. La explicación “sed de poder” cabe fácilmente en las estrechas cabezas del común de los filisteos.

Cuando a principios de 1926 la “nueva oposición” (Zinóviev-Kámenev) inició una serie de conversaciones con mis amigos y conmigo para planificar la acción común. Kámenev me dijo durante nuestra primera plática: “De más está decir que sólo podemos concertar este bloque si usted está dispuesto a luchar por el poder. Más de una vez nos hemos preguntado si usted no está cansado y ha resuelto limitarse a la crítica escrita, sin participar en esta lucha”. En esa época, Zinóviev, el gran agitador, y Kámenev, el “político astuto” al decir de Lenin, tenían la ilusión de que les resultaría fácil reconquistar el poder “Apenas usted y Zinóviev aparezcan juntos en la tribuna (me dijo Kámenev), el partido dirá, ¡Allí está el comité central! ¡Allí está el gobierno! La cuestión es, ¿está usted dispuesto a formar un gobierno?” Yo, que ya había pasado por tres años de lucha en la oposición (1923-1926) no compartía estas esperanzas optimistas. Nuestro grupo (“trotskysta”) tenía una visión bastante clara de la segunda etapa de la revolución (el temor), de las crecientes discrepancias entre la burocracia y el pueblo, de la degeneración del estrato dirigente y su tendencia al nacional-conservadorismo y de la profunda repercusión que ejercían las derrotas del proletariado mundial sobre el destino de la URSS. No concebía el problema del poder en forma aislada, es decir, independiente de estos importantes procesos internos e internacionales. Veía la necesidad de formar nuevos cuadros y aguardar los acontecimientos. Por eso le respondí a Kámenev: “De ningún modo me siento ‘cansado’, pero opino que debemos armarnos de paciencia durante un lapso prolongado, durante todo un período histórico. Hoy no se trata de luchar por el poder, sino de preparar los instrumentos ideológicos y los métodos organizativos de lucha mientras aguardamos el nuevo ascenso revolucionario. ¿Cuándo vendrá? No lo sé”. Los lectores de mi autobiografía, de mi *Historia de la Revolución Rusa*, de mi crítica de la Tercera Internacional, de *La revolución traicionada*, nada encontrarán de ese diálogo con Kámenev en esas páginas. Lo menciono aquí porque arroja luz sobre la estúpida y absurda “intención” que me atribuyen los calumniadores de Moscú: la de retrotraer la revolución a su punto de partida de octubre de 1917... ¡mediante disparos de una pistola!

Los dieciocho meses de la lucha interna que siguieron les dieron su merecido a las ilusiones de Zinóviev y Kámenev. Pero su conclusión fue diametralmente opuesta a la mía. “Si no podemos tomar el poder en la cúpula (dijo Kámenev) sólo nos resta someternos”. Tras mucho vacilar, Zinóviev llegó a la misma conclusión. En vísperas (o quizás en el transcurso) del decimoquinto congreso (diciembre de 1927), donde debía anunciarse la expulsión de la Oposición, sostuve mi última conversación con Zinóviev y Kámenev. Estaba en juego nuestro destino por muchos años, quizá por el resto de nuestras vidas. Al final de la sesión, cuyo tono fue sumamente moderado (en realidad, profundamente patético) Zinóviev me dijo: “Vladimir Ilich (Lenin) nos advirtió en su testamento que el conflicto entre Trotsky y Stalin podría provocar la escisión del partido. ¡Piense en sus responsabilidades! - Pero nuestro programa es justo, ¿o no? - ¡Hoy más que nunca! (respondieron Zinóviev y Kámenev, quienes renegarían de él a los pocos días de esta conversación). - Si es así (dije) la ferocidad de la lucha que el aparato libra contra nosotros demuestra que no se trata de diferencias temporarias, sino de contradicciones sociales. Lenin también dice en su testamento que, si las divergencias de opinión en el partido coinciden con diferencias de clase, nada (¡y menos la capitulación!) nos salvará de la escisión. Seguimos conversando, y luego volví al testamento de Lenin para recordarles que, según ese documento, Zinóviev y Kámenev retrocedieron ante la insurrección de 1917 “por razones que no fueron casuales”. – “En cierto sentido este momento es tan serio como aquél, sin embargo, ustedes se disponen a cometer el mismo tipo de error, ¡quizás el más grave de sus vidas!” Fue nuestra última conversación. Jamás volvimos a intercambiar una sola carta, un solo mensaje directo o indirecto. Durante los



diez años siguientes atacé implacablemente a Zinóviev y Kámenev por su capitulación, que, si bien significó un golpe terrible para la Oposición, tuvo para ellos consecuencias infinitamente más graves de lo que me era dable prever a fines de 1927.

El 26 de mayo de 1928 envié una carta a mis amigos desde Alma Ata: “El partido nos necesitará otra vez. y más que nunca. Nuestra actitud debe ser: no impacientarnos pensando que ‘todo se hará sin nuestra participación’; no atormentamos a nosotros mismos y a los demás innecesariamente; estudiar, esperar, velar, no permitir que nuestra línea política sea corroída por el fastidio que nos provocan los calumniadores y los canallas”.

No exagero al decir que el pensamiento expresado en estas líneas constituye el trasfondo esencial de mis actividades. Desde mi juventud, el marxismo me enseñó a despreciar el subjetivismo personal, para el cual aguijonear a la historia es una virtud. Siempre he considerado que la impaciencia revolucionaria mal ubicada es una fuente de oportunismo y refleja una tendencia hacia el aventurerismo. He escrito centenares de artículos contra aquellos que “presentan sus cuentas a la historia antes del vencimiento” (mayo de 1909). En marzo de 1931 hice mías las palabras de Kote Tsintsadze, mi camarada de lucha muerto en el exilio: “¡Infelices de aquellos que no saben aguardar!” Rechazo la acusación de impaciencia junto con muchas otras acusaciones... Sé aguardar. Por otra parte, ¿qué significa la palabra “aguardar” en este caso? ¿Preparar el futuro! ¿Acaso no es ésta la esencia de la actividad revolucionaria? Para el partido proletario, el poder es el medio de transformación social. El revolucionario que no aspira a poner el aparato de represión estatal al servicio de su programa es un inútil. En este sentido, la lucha por el poder no es un fin en sí mismo, sino una parte de la actividad revolucionaria en su conjunto: la educación y unificación de las masas trabajadoras. La conquista del poder, que surge naturalmente de esta actividad y a su vez la sirve, puede proporcionar una satisfacción personal. Pero aspirar al poder por el poder mismo es una actitud excepcionalmente estúpida y vulgar, que sólo puede proporcionarle satisfacción a un incapaz.

### **Mi “odio a Stalin”**

*4 de enero de 1937.*- Todavía me resta hablar acerca de mi supuesto “odio” hacia Stalin. En el juicio de Moscú se habló mucho de este factor de mi política. Vishinsky, los editoriales de *Pravda*, los órganos de la Internacional Comunista acompañan los panegíricos dedicados al “Jefe” con digresiones sobre mi odio hacia Stalin. Stalin es el creador de “la vida feliz”. Sus oponentes derrotados lo envidian y “odian”. ¡Estos son los profundos análisis psicoanalíticos de los lacayos!

Es cierto que siento una hostilidad implacable, llámese odio si se quiere, hacia la casta de voraces advenedizos que oprime al pueblo en nombre del socialismo. Pero no hay nada personal en ello. He seguido desde muy cerca todas las etapas de la degeneración de la revolución y de la casi automática usurpación de sus conquistas; con toda tozudez y meticulosidad he buscado la explicación de estos fenómenos en las condiciones objetivas; ello me impide concentrar mis pensamientos y sentimientos en una persona específica, identificar la estatura del hombre con la gigantesca sombra que proyecta sobre la pantalla de la burocracia. No creo estar errado cuando afirmo que jamás he respetado a Stalin hasta el punto de odiarlo.

Si excluimos un encuentro casual, durante el cual no hubo intercambio de palabras, que se produjo en 1911 en Viena, en la casa de Skobelev (luego ministro del gobierno provisional), no conocí a Stalin hasta mayo de 1917, en Petrogrado, donde llegué tras ser liberado de un campo de concentración canadiense. En esa época yo lo veía como un militante más en el cuartel general de los bolcheviques, menos destacado que

otros. No es orador. Sus escritos son incoloros. Sus polémicas son groseras y vulgares. En ese período de asambleas de masas, imponentes manifestaciones y luchas, era casi inexistente desde el punto de vista político. En las reuniones de la dirección bolchevique permanecía en la sombra. Su lentitud intelectual le impedía mantenerse a la par de los acontecimientos. No sólo Zinóviev y Kámenev, sino también el joven Sverdlov, e inclusive Sokolnikov, tenían mayor participación en las discusiones que Stalin, quien durante todo el año 1917 se mantuvo a la expectativa. Los historiadores que intentan atribuirle un papel dirigente en 1917 (a través de un inexistente “Comité de Insurrección”) son falsificadores insolentes.

Después de la toma del poder Stalin adquirió mayor confianza, pero se mantuvo en la sombra. Observé que Lenin lo promovía constantemente. Pensé, sin darle mayor importancia al asunto, que Lenin lo hacía movido por consideraciones de índole práctica, no por simpatía personal. Poco a poco comprendí cuáles eran esas consideraciones. Lenin apreciaba su carácter firme, su tenacidad, inclusive su astucia, que para él eran cualidades indispensables en un militante. No esperaba que Stalin aportara ideas, iniciativa política ni facultades creadoras. En un momento de la guerra civil le pregunté a Serebriakov, quien en esa época se desempeñaba junto con Stalin en el Comité Militar Revolucionario del Frente Sur, si no podía arreglarse sin Stalin para economizar fuerzas. Serebriakov lo pensó durante un instante y respondió: “No, no puedo presionar como lo hace Stalin. No es mi especialidad”.

Lenin apreciaba en Stalin esa capacidad de “presionar”. Stalin adquiría mayor confianza a medida que se fortalecía el aparato estatal, destinado precisamente a “presionar”. Agreguemos: a medida que el estado liquidaba el espíritu de 1917.

El hábito, tan en boga, de equiparar a Stalin con Lenin es vergonzoso. En términos de personalidad Stalin ni siquiera resiste la comparación con Mussolini o Hitler. Estos dos dirigentes victoriosos de la reacción italiana y alemana, a pesar de lo paupérrimo de su ideología fascista, han demostrado iniciativa, capacidad de despertar a las masas y abrir nuevos caminos. No podemos decir lo mismo de Stalin. Surgió del aparato, es inconcebible sin él. Sólo puede acercarse a las masas por intermedio del aparato. Stalin pudo elevarse por encima del partido cuando el deterioro de las condiciones sociales en la época de la NEP le permitió a la burocracia elevarse por encima de la sociedad. Al principio, su propio ascenso le sorprendió. Avanzó en forma vacilante, circunspecta, siempre listo para retroceder. Zinóviev, Kámenev y, en menor medida, Ríkov, Bujarin y Tomsky lo apoyaron y promovieron para hacerme contrapeso. Ninguno de ellos pensaba que Stalin los desecharía. En el “triumvirato” Zinóviev mantenía una actitud cautelosa y protectora hacia Stalin; Kámenev lo trataba en forma irónica. Recuerdo que en una sesión del comité central Stalin empleó la palabra “purista” en forma equivocada (frecuentemente comete errores de lenguaje). Kámenev me miró con sorna, como si dijera: “No hay nada que hacer; acéptelo tal como es”. Bujarin opinaba que Koba (el seudónimo de Stalin en la clandestinidad) “tenía carácter” (Lenin decía que Bujarin era “más blando que la cera”) y que “nosotros” necesitamos gente firme: si es ignorante e “inculto” “nosotros” debemos ayudarlo. Esta idea fue la base del bloque Stalin-Bujarin tras la ruptura del triumvirato. Las circunstancias sociales y personales ayudaron a elevarlo.

En 1923 o 1924 sostuve una conversación privada con Ivan Nikitich Smirnov, posteriormente fusilado junto con Zinóviev y Kámenev: -¿Stalin candidato a dictador? Pero es absolutamente incoloro e insignificante. -Incoloro sí (dije), insignificante no. Dos años después sostuve una conversación sobre el mismo tema con Kámenev quien, a pesar de la evidencia, consideraba a Stalin un dirigente “a escala distrital”. Esta caracterización irónica contiene una pizca de verdad, pero sólo una pizca. Ciertos aspectos del intelecto

tales como la astucia, la perfidia, la capacidad de explotar los instintos más bajos de la naturaleza humana, están muy desarrollados en Stalin y, unidos a su fuerza de carácter, le proporcionan poderosas armas. Pero no para cualquier tipo de lucha, evidentemente. La lucha por la liberación de las masas exige otras cualidades. Pero si se trata de escoger a los individuos que integrarán el sector privilegiado, de asegurar su cohesión sobre la base del espíritu de casta, de reducir a las masas a la impotencia y disciplinarlas, las cualidades de Stalin son invaluable. Gracias a esas cualidades se convirtió, y con justicia, en el dirigente del termidor.

Y, sin embargo, es un individuo mediocre. Es incapaz de generalizar y de prever. Su inteligencia carece de originalidad y vuelo, es incapaz de pensar en forma lógica. Cada frase de sus discursos sirve a un fin práctico; jamás un discurso suyo se eleva al nivel de una estructura lógica. Esta debilidad es su fuerza. Hay tareas históricas que sólo se pueden realizar si uno renuncia a la generalización; hay períodos en que la capacidad de generalización y previsión es un obstáculo para el éxito inmediato; así son los períodos de decadencia y reacción. Helvecio dijo una vez que toda época encuentra hombres de la estatura que requiere y cuando no los encuentra, los inventa. Marx escribió del general Changarnier, hoy olvidado, “Ante la falta total de grandes personalidades, el partido del Orden se vio obligado a dotar a un solo individuo de la fuerza que le faltaba a su clase e inflarlo hasta convertirlo en un prodigio”. Para terminar con las citas, podemos aplicarle a Stalin lo que dijo Engels sobre Wellington: “Es grande a su manera, todo lo grande que se puede ser sin dejar de ser mediocre”. La grandeza individual es, por definición, una función social.

Si Stalin hubiera podido prever a dónde le llevaría su lucha contra el “trotskismo”, es indudable que no la hubiera llevado a cabo a pesar de la perspectiva de triunfar sobre sus adversarios. Pero no previó nada. Los pronósticos de sus adversarios, de que se convertiría en sepulturero de la revolución y del partido y en el jefe del termidor le parecían fantasiosos. Creyó en el poder de la burocracia para resolver todos los problemas. La falta de imaginación creadora, la incapacidad de generalización y de previsión mataron al revolucionario que había en él. Los mismos rasgos le permitieron encubrir el ascenso de la burocracia termidoriana con el manto del viejo revolucionario.

Stalin ha desmoralizado sistemáticamente a ese aparato que, a su vez, lo alimenta. Los rasgos de carácter que le permitieron organizar los fraudes jurídicos y asesinatos legales más abominables de la historia forman parte de su personalidad. Pero necesitó años de omnipotencia totalitaria para investirlos de su apocalíptica envergadura. Ya hablé de su astucia y su falta de escrúpulos. En 1922 Lenin se pronunció contra la postulación de Stalin para el puesto de secretario general: “Este cocinero sólo preparará platos picantes”. En 1923, en una conversación privada con Kámenev y Dzerzhinsky, Stalin confesó que su mayor placer era elegir la víctima, preparar la venganza, golpear y luego acostarse a dormir. “Es una mala persona (me dijo Krestinsky), tiene ojos amarillos”. La misma burocracia que lo necesitaba no lo quería.

A medida que el poder de la burocracia se volvía más absoluto, más se definían los rasgos criminales del carácter de Stalin. Krúpskaya, quien durante algunos meses de 1926 militó en la Oposición, me dijo que los sentimientos de Lenin para con Stalin en el último período de su vida eran sumamente desconfiados y profundamente hostiles. Estos sentimientos están expresados en el testamento en forma muy moderada. “Volodia me dijo: ‘Él [Stalin] carece del más elemental sentido del honor’. ¿Entiendes? ¡La más elemental decencia humana!” En su última carta Lenin rompe toda relación personal y partidaria con Stalin. “Podemos imaginar la amargura que debía embargar al hombre enfermo para permitirle llegar hasta ese punto”. Sin embargo, el “estalinismo” auténtico empezó a actuar libremente sólo después de la muerte de Lenin.

No, el odio personal es un sentimiento demasiado estrecho, provinciano e íntimo como para ejercer alguna influencia sobre una lucha histórica cuya envergadura sobrepasa enormemente a la de cualquiera de sus participantes. De más está decir que Stalin, sepulturero de la revolución y organizador de crímenes inauditos, merece el castigo más severo. Pero ese castigo no es un fin en sí mismo, ni exige medidas especiales. Deberá ser (y será) fruto de la victoria de la clase obrera sobre la burocracia. Con ello no quiero empequeñecer la responsabilidad personal de Stalin. Todo lo contrario: la envergadura inigualada de sus crímenes es tal, que a ningún revolucionario serio se le ocurriría cobrar la deuda mediante un acto terrorista. Nuestra única satisfacción política y moral está en la caída del estalinismo provocada por la victoria revolucionaria de las masas. Y esta caída es inevitable.

Para terminar con el tema del “odio” de la “sed de poder”, diré que, a pesar de las grandes pruebas de los últimos años, jamás he caído en esa “desesperación” que me atribuyen la prensa soviética, los fiscales estalinistas y los imbéciles “amigos de la URSS” en el extranjero. Jamás en estos trece años me he sentido quebrado ni vencido. Jamás he dejado de contemplar con desprecio a los calumniadores y sus calumnias. Pienso que la escuela de las grandes conmociones históricas que me ha formado, me enseñó a medir los acontecimientos sobre la base de su ritmo propio, no en base a la mezquina vara de la suerte personal. Sólo puedo sentir lástima mezclada con ironía por los hombres que creen que su vida no vale nada porque perdieron una cartera ministerial. El movimiento al que sirvo ha atravesado por ascenso, reflujos y nuevos ascensos. En este momento atraviesa por un gran retroceso. Pero las condiciones objetivas de la economía y de la política mundial le crean posibilidades para un ascenso prodigioso que superará ampliamente todo lo conocido. Prever claramente el futuro, prepararlo en medio de las dificultades del momento, contribuir a la formación de nuevos cuadros marxistas: he aquí mi única tarea... El lector sabrá disculpar estas digresiones personales, motivadas por el fraude judicial.

### Notas en Ruta

*5 de enero de 1937, decimoséptimo días de navegación.*- En julio de 1917, tras la derrota temporal de los obreros petersburgueses, el gobierno de Kerensky acusó a Lenin, Trotsky y otros bolcheviques (salvo a Stalin, en quien nadie mostraba interés en aquella época) de agentes a sueldo del estado mayor alemán. La acusación se basaba en el testimonio del alférez Ermolenko, agente del contraespionaje ruso. Tras la “revelación”, la fracción bolchevique del sóviet quedó sumida en una atmósfera pesadillesca de dolor y estupor. Lenin y Zinóviev se habían ocultado el día anterior. Kámenev estaba en la cárcel. “No hay nada que hacer (dije yo). Los obreros han sufrido una derrota; el Partido Bolchevique ha pasado a la clandestinidad. El golpe ha modificado la relación de fuerzas. Todos los elementos sucios y oscuros salen a la superficie. El alférez Ermolenko es el inspirador de Kerensky, quien a su vez es tan sucio como aquél. Debemos atravesar esta etapa inesperada. Pero cuando las masas perciban la línea que une a la calumnia con la reacción, se volcarán hacia nosotros”. ¡Yo no podía prever que José Stalin, miembro del Comité Central del Partido Bolchevique, repetiría la calumnia de Kerensky-Ermolenko dieciocho años más tarde!

Ninguno de los viejos bolcheviques sometidos a juicio confesó haber mantenido “relaciones” con la Gestapo. Sin embargo, no hicieron bien sus confesiones, Kámenev, Zinóviev y los demás no pudieron satisfacer totalmente los requerimientos de la GPU: los vestigios de dignidad que les quedaban, unidos al sentido común, se lo impidieron. Los diálogos con el fiscal acerca de la Gestapo nos permiten entrever las negociaciones que precedieron a la indagatoria. “¿Quieren ustedes enlodar y eliminar a Trotsky? (podría haber preguntado Kámenev). Les ayudaremos. Estamos dispuestos a mostrarlo como el

organizador de atentados terroristas. La burguesía no entiende muy bien estos problemas, y no es la única. Bolchevismo, terrorismo, asesinatos, sed de poder, sed de venganza... son todos plausibles. Pero nadie creerá que Trotsky, o que Zinóviev, Kámenev y Smirnov nos aliamos con Hitler. Si trascendemos los límites de lo creíble, corremos el riesgo de comprometer la acusación de terrorismo que, como ustedes saben, no descansa sobre bases sólidas. Además, el asunto de las 'relaciones con la Gestapo' traerá a las mentes el recuerdo de las acusaciones contra Lenin y Trotsky en 1917..."

Estos argumentos que ponemos en boca de Kámenev no conmovieron a Stalin; él trajo a la Gestapo. A primera vista podría decirse que el resentimiento lo encegueció; no está mal, pero es demasiado unilateral. Por otra parte, no le quedaba opción. El cargo de terrorismo no habría bastado. La burguesía podría decir: "Los bolcheviques se exterminan mutuamente: esperemos el resultado". Por otra parte, muchos obreros podrían caer en el siguiente razonamiento: la burocracia monopoliza la riqueza y el poder; ahoga todas las críticas; quizá Trotsky no se equivocó cuando incitaba al terrorismo. Los jóvenes ardorosos, al saber que los hombres cuyos nombres conocían muy bien se pronunciaban a favor del terrorismo, podrían tomar este camino que desconocían hasta el momento. Stalin debe haber estudiado las consecuencias peligrosas de sus actos. Por eso los argumentos de Kámenev y los demás no lo afectaron. Debía ahogar a sus adversarios en un mar de lodo. ¡No encontró nada mejor que las relaciones con Hitler! El obrero capaz de creer semejante cosa quedaría inmunizado para siempre contra el "trotskismo". La dificultad reside en hacérselo creer...

La estructura del proceso, a pesar del ropaje complicado y falso que le da el informe oficial (publicado por el comisariado de justicia en muchos idiomas) contiene tal cantidad de contradicciones, anacronismos y estupideces, que bastaría un resumen sistemático del acta oficial para aniquilar toda la acusación. Esto no es casual. La GPU no tiene quién la controle. No teme cuestionamientos, revelaciones, ni hechos inesperados. Cuenta con la solidaridad de toda la prensa. Los jueces indagadores confían más en la intimidación que en el ingenio. Inclusive desde el punto de vista de un fraude, el proceso es grosero, está mal estructurado y en ocasiones alcanza grados increíbles de estupidez. Debemos agregar que el todopoderoso procurador Vishinsky, quien en otros tiempos fue un abogado menchevique de provincias, le agrega una gran cuota de imbecilidad.

La idea es más monstruosa que su ejecución. Veamos un ejemplo: el principal testigo de cargo, el único bolchevique de la vieja guardia, quien supuestamente me visitó en el extranjero, es Goltzman; ahora bien, Goltzman dice que la entrevista se realizó en el Hotel Bristol y que mi hijo estuvo presente en la misma. Pero mi hijo jamás estuvo en Copenhague, y el Hotel Bristol fue derribado hace muchos años. Estos y otros hechos parecidos tienen una importancia decisiva para la ley. Pero un hombre dotado de un mínimo de sentido moral y psicológico no se detiene ante los pequeños "errores" del gran fraude. El troquelado de la moneda puede ser bueno o malo. Pero no es necesario estudiarlo de cerca; basta ponderar la moneda para descubrir su falta de peso o golpearla para escuchar la resonancia de la "amalgama". La acusación de que yo actué en alianza con la Gestapo para asesinar a Kírov es tan idiota que ningún observador honesto y sensible necesita otro dato para analizar la falsificación de Stalin.

### **Sobre el envío de terroristas a la URSS**

*6 de enero de 1937.*- Esta noche entramos al Golfo de México. Temperatura del agua, 27° C. En el camarote el calor es bochornoso. El oficial de policía y el capitán están hablando por radio para concertar el desembarco (probablemente será en Tampico y no en Veracruz, como creíamos hasta hace unos días).

Uno de los capítulos más vergonzosos de la historia de la diplomacia soviética está relacionado con la preparación de los fraudes judiciales: me refiero a la iniciativa de Litvinov en la lucha contra los terroristas. El 9 de octubre de 1934 un grupo de nacionalistas croatas y búlgaros, actuando en acuerdo con Italia y Hungría, asesinaron al rey Alejandro de Yugoslavia y al Sr. Barthou en Marsella. Sí bien el marxismo rechaza los métodos terroristas, esto no significa que los marxistas ayuden a la policía a liquidar a los “terroristas”. Sin embargo, eso fue lo que hizo Litvinov en Ginebra. Aunque citó a Marx, el contenido de su ponencia se puede resumir en la siguiente consigna: “¡Policías de todos los países, uníos!” Les dije a mis amigos que esta infamia debía obedecer necesariamente a algún fin preciso. Stalin no necesitaba recurrir a la Liga de las Naciones para liquidar a sus enemigos internos. ¿Quién es el blanco del discurso de Litvinov? No pude dejar de responder: soy yo. No sabía lo que se estaba preparando. Pero a partir de ese momento comprendí que debía tratarse de algún gigantesco fraude judicial; la policía internacional, inspirada por Litvinov, ayudaría a Stalin en contra mía. Hoy el plan resulta evidente. El intento de Litvinov de crear una santa alianza contra los terroristas coincide con la preparación de la primera amalgama en torno al asunto de Kírov. Litvinov había recibido las órdenes de Stalin antes del asesinato de Kírov, es decir, en los días febriles en que la GPU preparaba el atentado de Leningrado para implicar a la Oposición. El plan resultó demasiado complicado y chocó con diversos obstáculos. Nikolayev disparó antes de tiempo; el cónsul letón no pudo establecer un vínculo entre los terroristas y yo. Todavía no se había creado el tribunal internacional contra el terrorismo. Lo único que queda del grandioso plan de alcanzarme a través de la Liga de las Naciones es el escandaloso discurso en que un diplomático soviético trató por todos los medios de unificar las fuerzas policiales del mundo contra el “trotskismo”.

La “semana terrorista” de Copenhague (noviembre 1932) está estrechamente vinculada a la idea del tribunal internacional. Si existe un centro terrorista activo en Moscú, inspirado por mí desde el extranjero por intermedio de mensajeros a quienes las autoridades no pueden atrapar, resulta difícil acusarme ante el tribunal internacional. Era imprescindible enviarme terroristas de carne y hueso desde afuera. Por eso se fabricó la historia de que dos jóvenes desconocidos (Berman y Fritz David) me visitaron en Copenhague. Habría bastado una conversación para convertirlos en terroristas y, para colmo, en agentes de la Gestapo. Al enviarlos a Rusia para liquidar a la mayor cantidad de dirigentes en el menor tiempo posible, yo les había invitado, sin embargo, a que no se pusieran en contacto con el centro terrorista de Moscú... por razones de clandestinidad: la mejor manera de proteger el centro “terrorista” era, por supuesto, mantenerlo alejado de los atentados terroristas... Goltzman vino para verme siempre en Copenhague, con el fin de acumular más pruebas para ser utilizadas en mi contra en el tribunal de la Liga de las Naciones: tuvo la desgracia de reunirse, en un hotel que había sido derribado años atrás, con mi hijo, quien a la sazón se encontraba en Berlín. En cuanto a Olberg, Moise y Nathan, se dice que yo los lancé a la acción terrorista sin haberlos visto. En verdad, la historia de la semana de Copenhague no habla muy a favor de la imaginación de quienes la fabricaron... Pero, ¿qué otra cosa podían inventar?

Kámenev insistió ante el tribunal en que mientras Trotsky estuviera en el extranjero los terroristas seguirían infiltrándose en la URSS. Este Kámenev, quien hasta el momento de su derrumbe definitivo fue un “político astuto”, trató de promover el objetivo principal de Stalin: imposibilitar mi permanencia en los países capitalistas. ¿Trotsky en el extranjero? ¡Terrorismo en la URSS! Kámenev evadió el problema de cuáles podrían ser los círculos sociales entre los cuales yo reclutaría mis agentes. Los rusos en el exterior se dividen en dos categorías: emigrados blancos y funcionarios soviéticos. Tras exiliarme a Turquía, la GPU trató, por intermedio de las secciones de la

Comintern, de crear vínculos entre los “trotskystas” extranjeros, especialmente los checos, y la emigración blanca. Mis primeros artículos pusieron fin a esas maniobras. Los grupos de emigrados blancos, por grande que sea su hostilidad hacia Stalin, se sienten muchísimo más cerca de él que de mí, y no lo ocultan. Por otra parte, los círculos soviéticos en el exterior son tan pequeños y están tan estrechamente vigilados que debe descartarse toda posibilidad de realizar alguna actividad organizada en su seno. Baste recordar que Blumkin fue asesinado por haberme visitado una vez, a poco de mi arribo a Constantinopla: fue el único ciudadano soviético a quien vi en todos los años de exilio.

¿Quiénes son, pues, los cinco “terroristas” que yo supuestamente envié a la URSS y que revelaron sus intenciones ante el tribunal? Son intelectuales judíos, nacidos no en la URSS sino en países vecinos, integrantes del imperio (Lituania, Letonia). Sus familias huyeron de la revolución bolchevique, pero los jóvenes, gracias a su capacidad de adaptación, sus conocimientos de idiomas y sobre todo del ruso, pudieron encontrar un cómodo nicho en las oficinas de la Internacional Comunista. Estos funcionarios de la Comintern provienen de la pequeña burguesía, no tienen vínculos con la clase obrera, ni experiencia revolucionaria, ni preparación teórica seria; siempre listos para aplicar la última directiva de la burocracia, son una verdadera plaga para el movimiento obrero. Algunos de ellos coquetearon con la Oposición cuando fracasó su carrera. En muchas cartas y artículos he advertido a mis camaradas contra esa gente. Y es precisamente a estos plumíferos de la Comintern (desconocidos para mí) a quienes habría confiado mis proyectos terroristas más reservados y, justamente por ello, mis vínculos con la Gestapo. ¿Es absurdo? Pero la GPU no pudo encontrar otro medio social donde yo hubiera podido reclutar “terroristas” desde el extranjero. Y si yo no hubiera enviado emisarios a la URSS, mi participación en la conjura hubiera tenido un carácter demasiado abstracto.

Una idiotez conduce a otra: ¡resulta que cinco intelectuales judíos (Olberg, David, los hermanos Lurie, Berman) son agentes de la Gestapo! Es sabido que los intelectuales judíos, sobre todo los alemanes, suelen acudir a la Tercera Internacional, no por ser marxistas, ni comunistas, sino para que esta los proteja de los antisemitas. Eso es lógico. Pero no se entiende qué motivos políticos o psicológicos pudieron llevar a cinco intelectuales judíos a embarcarse en el camino del terrorismo contra Stalin... en alianza con Hitler. Los propios acusados evadieron ese enigma con todo cuidado. Vishinsky no mostró interés. Pero el problema merece atención. Reconozcamos por un instante que yo actué movido por la “sed de poder”. ¿Qué movía a los cinco extraños? Ponían en juego sus cabezas. ¿Para qué?, ¿Para la gloria de Hitler?

Además, los motivos de Trotsky no resultan tan claros como pretenden los señores Rosenmark, Pritt y otros exégetas del fiscal soviético. Diríase que mi odio hacia Stalin me condujo a hacer exactamente lo que Stalin más necesitaba. A partir de 1927 he escrito centenares de artículos para advertir que la lógica del bonapartismo obligaría a Stalin a acusar a la Oposición de preparar una conjura militar, o un atentado terrorista. Repetí y fundamenté esta advertencia en repetidas ocasiones a través de la prensa. Sabiendo que Stalin no podía prescindir de los ataques a su “sacra” persona, yo debía proporcionárselos. Debía reclutar agentes casuales y evidentemente dudosos; debía aliarme con Hitler y reclutar judíos para la Gestapo; para que la colaboración no fuera secreta (¡no lo quiera Dios!) debía mencionarla a cualquier fulano, zutano y mengano que se me cruzara por el camino. En otras palabras, mi comportamiento debía ser... ¡precisamente el que puede concebir cualquier provocador de la GPU!

## *En México*

*9 de enero de 1937.*- En la cálida mañana tropical el buque tanque entró en el puerto de Tampico. Ignorábamos lo que nos esperaba. Nuestros pasaportes y revólveres seguían bajo custodia del policía fascista, quien, dentro de las aguas territoriales mexicanas, mantenía el régimen creado por el gobierno “socialista” noruego. Advertía al policía y al capitán que mi esposa y yo nos negaríamos a desembarcar voluntariamente si nuestros amigos no estaban allí para recibirnos. Los vasallos noruegos de la GPU no nos inspiraban más confianza en el trópico que en el paralelo de Oslo. Pero todo estaba dispuesto. El buque se detuvo y poco después se aproximó una chalupa con representantes de las autoridades locales, periodistas mexicanos y extranjeros y (lo más importante de todo) amigos dignos de confianza. Estaba Frida Rivera, esposa del famoso artista, el cual no había podido acudir por encontrarse enfermo en un hospital; Max Shachtman, periodista marxista y camarada, quien nos había visitado en Turquía Francia y Noruega; y George Novack, secretario del Comité Norteamericano de Defensa de León Trotsky. Tras cuatro meses de cárcel y aislamiento la recepción resultó sumamente cordial. El policía noruego, quien finalmente nos entregó nuestros pasaportes y revólveres, observaba avergonzado la actitud cortés del jefe de policía mexicano. Desembarcamos y pisamos el suelo del Nuevo Mundo con cierta emoción. Aunque estábamos en enero, la tierra misma exudaba calor. Las torres petroleras de Tampico nos recordaban a Bakú. En el hotel no tardamos en sufrir las molestias ocasionadas por nuestro desconocimiento del idioma. A las diez de la noche partimos de Tampico hacia la capital en un tren especial enviado por el ministro de comunicaciones, general Mujica. No sólo el clima nos hacía sentir el contraste entre la Noruega nortea y el México tropical. Libres por fin de la atmósfera de repugnante arbitrariedad e incertidumbre enervante, encontramos hospitalidad y cortesía a cada paso. Nuestros amigos neoyorquinos nos hablaron con optimismo del trabajo del comité, del creciente escepticismo frente al proceso de Moscú y de las perspectivas para un contraprosceso. La conclusión general era que debíamos escribir, lo antes posible un libro sobre los fraudes judiciales de Stalin. El nuevo capítulo de nuestras vidas se iniciaba muy favorablemente, pero... ¿cuál sería su desarrollo posterior?

Con gran interés observamos el paisaje tropical desde las ventanillas del tren. En la aldea de Cárdenas, a mitad de camino entre Tampico y San Luis Potosí, se acopló una locomotora más al tren para trepar la meseta. El aire refrescó; no tardamos en perder ese miedo que sienten los norteaños hacia el trópico, y que nos había cogido al entrar en la candente atmósfera del Golfo de México. En la mañana del día 11 llegados a Lechería, pequeña estación en los suburbios de la capital, donde abrazamos a Diego Rivera, quien había salido del hospital. A él más que a nadie debíamos nuestra liberación del cautiverio noruego. Le acompañaban otros amigos: Fritz Bach, excomunista suizo y ahora profesor en México; Hidalgo, combatiente de la guerra civil mexicana en las huestes de Zapata; algunos jóvenes. Al mediodía llegamos a Coyoacán, suburbio de la ciudad de México, donde nos alojamos en la casa azul de Frida Rivera, que tiene un naranjo en el patio.

Desde Tampico había enviado un telegrama de agradecimiento al presidente Cárdenas, donde insistía en que me abstendría de la menor interferencia en la política mexicana. No dudaba por un instante de que los agentes responsables de la GPU irían a México para ayudar a los “amigos” locales de la URSS a hacer todo lo posible por dificultar mi estadía en este país hospitalario. Mientras tanto, desde Europa llegaba una advertencia tras otra. No podía ser de otra manera: Stalin tiene mucho en juego. Sus



cálculos primitivos, basados en la sorpresa y la rapidez, sólo se cumplieron a medias. Mi traslado a México alteró súbitamente la relación de fuerzas en detrimento del Kremlin. Obtuve la posibilidad de apelar a la opinión pública mundial. ¿Adónde llegará todo esto? Los que conocían la endeblez y podredumbre de los fraudes judiciales se habrán planteado esta pregunta alarmados. Uno de los síntomas de la alarma de Moscú saltaba a la vista. Los comunistas mexicanos empezaron a dedicarme ediciones enteras, inclusive suplementos especiales, de su semanario, con materiales viejos y nuevos tomados de la cloaca de la GPU y de la Comintern. Mis amigos me dijeron “No preste usted atención. Este periódico goza de un merecido desprecio”. Por cierto que no tenía la menor intención de polemizar con los lacayos, cuando me esperaba una lucha contra sus amos. Lo más indigno de todo fue la conducta de Lombardo Toledano, secretario de la Confederación Nacional de Trabajadores. Diletante de la política, abogado de profesión, elemento extraño en las filas de la clase obrera y de la revolución, este caballero fue a Moscú en 1935 y, lógicamente, volvió convertido en un altruista “amigo” de la URSS. Cuando Dimitrov dio su informe sobre el “frente popular” ante el Séptimo Congreso de la Comintern, este documento de postración teórica y política fue calificado por Toledano como la publicación más importante que haya aparecido desde el *Manifiesto Comunista*<sup>26</sup>. Desde mi llegada a México este caballero me calumnia tanto más desvergonzadamente cuanto que mi no intervención en los asuntos internos del país le garantiza la inmunidad por adelantado. ¡Los mencheviques rusos eran auténticos caballeros errantes de la revolución en comparación con estos arribistas ignorantes y pomposos! Entre los extranjeros no tardó en destacarse el corresponsal Kluckhohn, del *New York Times*. Varias veces quiso utilizar el pretexto de la entrevista periodística para someterme a un interrogatorio policial. No es difícil encontrar las fuentes de inspiración de tanto celo. En cuanto a la sección mexicana de la Cuarta Internacional, anuncié a través de la prensa que no puedo asumir la menor responsabilidad por su trabajo: valoro demasiado mi nuevo refugio como para cometer una imprudencia. Al mismo tiempo, advertí a mis amigos mexicanos y norteamericanos que debían esperar medidas de “autodefensa” excepcionales por parte de los agentes estalinistas en México y Estados Unidos. En la lucha por su “reputación” y su poder la camarilla dominante de Moscú no se detendrá ante nada. Ni menos aun ante el gasto de unas decenas de millones de dólares para la compra de almas humanas.

No sé si Stalin vaciló ante un nuevo proceso. Creo que sí. Sin embargo, mi partida hacia México debe haber puesto fin a sus vacilaciones. Ahora debía ahogar las nuevas revelaciones, a toda costa y lo antes posible, mediante nuevas y sensacionales acusaciones. Los preparativos para el juicio Radek-Piatakoff se iniciaron en agosto. Tal como era de prever, se eligió a Oslo como base de operaciones de la “conspiración”. Se debía facilitar el trabajo del gobierno noruego, que trataba de deportarme. Pero rápidamente se introdujeron nuevos elementos en el marco geográfico del fraude, que se había vuelto anticuado. Por intermedio de Vladimir Romm, vean ustedes, traté de obtener los secretos de estado de Washington; al mismo tiempo, por intermedio de Radek me preparaba a proveer de petróleo al Japón en caso de que éste fuera a la guerra contra Estados Unidos. A la GPU le faltó tiempo para concertarme una entrevista con agentes japoneses en el parque de Chapultepec de la ciudad de ¡México!

El 19 de enero llegó el primer cable anunciando el juicio. El día 21 respondí con un artículo. El día 23 empezó el juicio en Moscú. Nuevamente, vivimos una semana de pesadilla. A pesar de que, con la experiencia del año anterior, el mecanismo del asunto resultaba claro de antemano, la atmósfera de horror moral aumentaba en lugar de

---

<sup>26</sup> Carlos Marx y Federico Engels, *El Manifiesto Comunista (anexos)*, en nuestra serie OEME-EIS.

disminuir. Los despachos de Moscú parecían los desvaríos de un demente. Era necesario releer cada línea una y otra vez para convencerse de que detrás de los delirios había hombres vivos. Conocía íntimamente a algunos de estos hombres. No eran peores que las demás personas. Al contrario, algunos eran mucho mejores. Pero la mentira los había envenenado y el aparato totalitario los aplastó. Mienten contra sí mismos para permitirle a la camarilla dominante cubrir a otros de mentiras. Stalin se ha impuesto el objetivo de obligar a la humanidad a creer en crímenes imposibles. Nuevamente nos preguntábamos: ¿es tan estúpida la humanidad? Claro que no. Pero el hecho es que los fraudes judiciales de Stalin son tan monstruosos, que también parecen crímenes imposibles. ¿Cómo convencer a la humanidad de que la aparente “imposibilidad” es una monstruosa realidad? Las fuerzas son desiguales. Por un lado: la GPU, el tribunal, la prensa, los diplomáticos, los agentes a sueldo, los periodistas a la Duranty, los abogados a la Pritt. Por el otro: un “acusado” aislado, quien, apenas salido de una cárcel socialista, se encuentra en un país extraño y lejano, sin prensa ni recursos propios. Sin embargo, yo no dudaba de que los organizadores todopoderosos de la amalgama se encaminaban al desastre. La espiral de los fraudes de Stalin, que ya abarca un número excesivo de personas, hechos y lugares geográficos, sigue ampliándose. No se puede engañar a todos. No todos se dejan engañar. Desde luego que la Liga por los Derechos del Hombre francesa, con su ingenuo presidente Victor Basch, es capaz de tragarse el segundo y el décimo juicio tal como se tragó el primero. Pero los hechos son más poderosos que el celo patriótico de los dudosos defensores de los “derechos”. Los hechos se abrirán camino. Ya durante el proceso transmití a la prensa una serie de refutaciones documentales y le planteé al tribunal una serie de preguntas concretas que bastaban para destruir los testimonios más importantes de los acusados.

Pero la Temis de Moscú no sólo tiene los ojos vendados: se llenó los oídos con algodón. Lógicamente, no esperaba que mis revelaciones tuvieran consecuencias inmediatas. Mis recursos técnicos son demasiado limitados. La tarea del momento consistía en proporcionar una serie de hechos que llegaran a las mentes más penetrantes y suscitara críticas, o al menos dudas, en la capa siguiente. Tras conquistar algunas de esas mentes, la espiral se abriría más y más. A la larga, la espiral de la verdad resultaría más fuerte que la espiral del fraude. Todo lo que ha ocurrido desde esa semana de pesadillas de fines de enero confirma mis expectativas optimistas.

### ***Una nueva amalgama de Moscú [En vísperas del segundo proceso]***

21 de enero de 1937.- El 19 de enero la agencia Tass anunció que se realizaría un juicio contra los “trotskystas” (Radek, Piatakov y otros). El proceso se iniciaría el 23, es decir, cuatro días después del anuncio. Ya se sabía desde tiempo atrás que el proceso estaba en preparación, pero no existía la certeza de que se atreverían a realizarlo en vista de la impresión tan desfavorable que creó el juicio de los dieciséis (Zinóviev y demás). El gobierno de Moscú repite la maniobra del juicio de los dieciséis. Las organizaciones obreras internacionales no pueden intervenir en cuatro días; los testigos peligrosos no tienen tiempo de responder y los extranjeros indeseables ni siquiera pueden tratar de llegar a Moscú. En cambio, los “amigos” probados del tipo del valiente D.N. Pritt (¡abogado del rey, miembro del parlamento!) han sido invitados a la capital soviética con toda la anticipación necesaria, para que luego canten sus ditirambos a la justicia de Stalin-Vishinsky. Es probable que cuando estas líneas lleguen a la prensa el juicio haya finalizado. Las sentencias habrán sido pronunciadas, quizá inclusive cumplidas. Los planes de los directores ocultos son absolutamente claros: tomar desprevenida a la opinión pública y violarla. Por eso es tan importante analizar por adelantado el significado político, la composición personal, los métodos y los objetivos de este fraude nefasto. Por eso el autor solicita al lector que recuerde constantemente que el artículo fue escrito el día 21 de enero, dos días antes de la iniciación del proceso, en momentos en que el texto de la acusación y la lista completa de los acusados todavía no había llegado a México.

El juicio de los dieciséis tuvo lugar en la segunda quincena de agosto. A fines de noviembre; en la lejana Siberia, hubo un segundo proceso a los “trotskystas” este juicio inesperado sería el complemento del caso Zinóviev-Kámenev y la preparación del de Radek-Piatakov. El punto más débil del juicio de los dieciséis (que en general, y exceptuando el Mauser del verdugo, no tuvo puntos fuertes) fue la monstruosa acusación de los vínculos con la Gestapo. Ni Zinóviev, ni Kámenev, ni, por lo general, ningún acusado que tuviera cierta estatura política, aceptó esta acusación, a pesar de que en realidad no fueron mezquinos en sus confesiones. ¡Evidentemente, hay cosas que un viejo revolucionario no puede aceptar, aunque se encuentre en el límite de la postración moral! Esta acusación, la más dura de todas, sólo fue aceptada por individuos dudosos, como Olberg, Berman, David y otros que, por otra parte, no tenían trayectoria que los sustentara. Sin embargo, Stalin es consciente de que, faltando el “vínculo con la Gestapo”, el fraude jurídico se convierte en un arma de doble filo. Sectores obreros atrasados y descontentos podrían pensar: “¿Terrorismo? Pues bien, es posible que la única manera de liquidar esta burocracia opresora sea mediante la pistola y la bomba”. Sólo el vínculo con el fascismo podría liquidar moralmente a la Oposición. Pero, ¿cómo imponerle este baldón? Se hacía necesario apuntalar el primer juicio con uno nuevo. Pero antes de montar el segundo gran espectáculo en Moscú se realizó un ensayo general en las provincias. Esta vez, el monstruoso tribunal se trasladó a Novosibirsk, la ciudad más alejada de Europa, de la prensa y de los ojos indeseables.

El proceso de Novosibirsk tuvo su importancia porque destacó la figura de un ingeniero alemán, agente real o ficticio de la Gestapo; mediante las “confesiones” de rigor se logró establecer sus vínculos con “trotskystas” siberianos que, reales o ficticios, me resultan desconocidos. Esta vez la acusación principal no fue terrorismo, sino “sabotaje industrial”.

¿Quiénes son estos ingenieros y técnicos alemanes, arrestados en distintas partes del país y usados para personificar el vínculo entre los trotskystas y la Gestapo? Sólo

puedo formular hipótesis. Los alemanes que, en vista del estado de las relaciones germano-soviéticas, tienen la audacia de permanecer al servicio del gobierno soviético, pueden dividirse *a priori* en dos grupos: agentes de la Gestapo y agentes de la GPU. No puede ser de otra manera. Un ciudadano de la Alemania hitlerista no puede ponerse al servicio de los sóviets sin caer en las garras de la policía política de Alemania o de la URSS. Probablemente, algunos de los arrestados sirven a ambas. Los agentes de la Gestapo se hacen pasar por comunistas y penetran en la GPU: los comunistas al servicio de la GPU se hacen pasar por fascistas para penetrar en los secretos de la Gestapo. Estos agentes se encuentran en el filo de una navaja entre dos abismos. ¿Podría encontrarse material humano más adecuado para todo tipo de maniobras y fraudes? Bajo esta luz, nada hay de misterioso en el proceso de Novosibirsk, ni en el posterior arresto de los alemanes.

A primera vista, el caso de Piatakov, Radek, Sokolnikov y Serebriakov resulta mucho más difícil de entender. Desde hace ocho o nueve años los cuatro, y especialmente los dos primeros, sirven a la burocracia fiel y honestamente: persiguen a la Oposición: cantan ditirambos a los líderes; en fin, más que sirvientes, son adornos del régimen. ¿Para qué quiere Stalin sus cabezas? Piatakov es hijo de un gran magnate ucraniano del azúcar. Recibió excelente educación, inclusive en música, conocía varios idiomas, era un estudioso de la economía teórica y conocía bien el negocio bancario. A diferencia de Zinóviev y Kámenev, Piatakov pertenece a la generación joven; actualmente tiene unos cuarenta y seis años de edad. Ocupó un lugar destacado en varias oposiciones. Durante la guerra mundial se alió a la política ultraizquierdista de Bujarin, contra el programa leninista de la autodeterminación nacional. En la época de la paz de Brest-Litovsk, Piatakov, Bujarin, Radek, Yaroslavsky, Kuibishev (fallecido) y otros formaron la fracción de los “comunistas de izquierda”. En la primera etapa de la guerra civil, desde Ucrania, se opuso violentamente a mi política militar. En 1923 se unió a los “trotskystas” e integró nuestra dirección. Piatakov es uno de los seis que menciona Lenin en su testamento: Trotsky, Stalin, Zinóviev, Kámenev, Bujarin, Piatakov. Pero, aun cuando destacó su extraordinaria capacidad, Lenin agregó que no era digno de confianza desde el punto de vista político porque su método de razonamiento, al igual que el de Bujarin, es formal, carente de flexibilidad dialéctica. Sin embargo, a diferencia de Bujarin, Piatakov es un administrador excepcional, y en la época del régimen soviético sus cualidades resultaron muy valiosas. Para 1925 Piatakov se había cansado de la Oposición y de la política en general. El trabajo administrativo le proporcionaba amplia satisfacción. Por tradición y por contactos personales siguió con los “trotskystas” hasta 1927, pero ante la primera oleada represiva rompió totalmente con el pasado, entregó su espada de opositor, y se hundió en la burocracia. Mientras Zinóviev y Kámenev, a pesar de su arrepentimiento, siguieron en desgracia, Piatakov pasó inmediatamente a integrar el comité ejecutivo central y conservó su elevado puesto de vicecomisario del pueblo de la industria pesada. Por su educación, su capacidad para pensar en forma sistemática y sus dotes de administrador, Piatakov supera al jefe oficial de la industria pesada, Ordzhonikidze, cuya autoridad deriva únicamente de su carácter de miembro del buró político y de sus métodos tiránicos y bravucones. Y ahora, en 1937, se descubre que, el hombre que durante doce años administró la industria pesada a plena vista del gobierno, resulta ser un “terrorista” y, por añadidura, saboteador y agente de la Gestapo.

Radek (cincuenta y cuatro años de edad) no es más que un periodista. Posee los rasgos más brillantes de esta categoría, pero también sus defectos. El término que mejor define su educación es el de erudito. Su profundo conocimiento del movimiento polaco, su prolongada militancia en la socialdemocracia alemana, su atento estudio de la prensa mundial, principalmente la inglesa y la norteamericana, ampliaron su horizonte

intelectual, otorgaron a su mente una gran agilidad y armaron a su memoria con una inmensa cantidad de ejemplos, analogías y, en última instancia, anécdotas. Sin embargo, Radek carece de esa cualidad que Ferdinand Lassalle llamó la “fuerza física de la mente”. Radek fue siempre un huésped más que un participante activo en los distintos agrupamientos políticos donde militó. Su intelecto es demasiado impulsivo y ágil como para permitirle un trabajo sistemático. Sus artículos contienen gran cantidad de información; sus paradojas suelen iluminar un problema desde ángulos insospechados; pero Radek jamás fue un político independiente. La teoría de que en ciertos periodos Radek fue el amo del comisariado de relaciones exteriores y determinó la política exterior del gobierno soviético, carece de fundamentos. El buró político apreciaba el talento de Radek, (pero jamás lo tomo en serio). En el séptimo congreso del partido (1918), donde se discutió la paz de Brest-Litovsk, Lenin repitió dos veces la frase cruel: “Hoy, por casualidad, Radek expresó una idea seria”. Aquí se nos revela, en forma exageradamente polémica, lo que pensaban Lenin y sus colaboradores sobre Radek.

En los años 1923-26, Radek osciló entre la Oposición de Izquierda rusa y la Oposición Comunista de Derecha alemana (Brandler, Thalheimer, etcétera). Cuando se produjo la escisión entre Zinóviev y Stalin en 1926, Radek trató de arrastrar a la Oposición de Izquierda a un bloque con Stalin. (Fue precisamente entonces cuando el infortunado Mrachkovsky, luego víctima del juicio de los dieciséis, pronunció su profética frase: “Ni con Stalin, ni con Zinóviev. Stalin nos engañará, Zinóviev huirá”.) El propio Radek militó durante dos o tres años en la Oposición de Izquierda y, por lo tanto, en el bloque de oposición Trotsky-Zinóviev. Dentro de la Oposición oscilaba de izquierda a derecha. En 1929, Radek capituló, pero no con designios ocultos (¿de ninguna manera!) sino de todo corazón quemó sus naves y se convirtió en el principal vocero de la burocracia. Durante los años siguientes no hubo calumnia que no arrojara contra la Oposición, no hubo alabanza que no le cantara a Stalin. No podía sabotear la industria, con la cual no tenía nada que ver. Sabotear..., ¿la prensa? Sus artículos hablan por sí solos. ¿Atentados terroristas? Es ridículo, tratándose de Radek. En el juicio de los dieciséis, tanto Radek como Piatakov, haciéndose eco de Vishinsky, arrojaron montañas de basura sobre los acusados. A pesar de todo esto, ahora Radek se encuentra en el banquillo de los acusados. ¿Cómo es posible?

Otros dos acusados prominentes (Serebriakov y Sokolnikov) pertenecen a la generación de Piatakov. Serebriakov es un destacado obrero bolchevique. Pertenece al círculo estrecho de los que construyeron el Partido Bolchevique en los años duros, entre las dos revoluciones. Fue miembro del comité central leninista (llegó a ser su secretario); gracias a su percepción psicológica y a su tacto desempeñó el papel de conciliador en toda clase de conflictos intrapartidarios. Hombre ecuánime, sereno, desprovisto de vanidad, Serebriakov gozaba de gran popularidad en el partido. En los años 1923 a 1927 ocupó un lugar destacado en la dirección de la Oposición de Izquierda, junto con I.N. Smirnov, fusilado en el caso de los dieciséis. Es indudable que Serebriakov jugó el papel principal en la formación del bloque con el grupo Zinóviev (“la Oposición de 1926”), facilitando el acercamiento y mitigando las fricciones internas. La atmósfera termidoriana lo quebró, igual que a muchos otros. Liquidadas para siempre sus aspiraciones políticas, Serebriakov capituló ante los jefes; su capitulación fue más digna, pero no menos absoluta, que las de los demás. Volvió del exilio a Moscú, realizó una misión importante en Estados Unidos y se dedicó a trabajar pacíficamente en el departamento ferroviario. Al igual que tantos capituladores, casi llegó a olvidar su pasado de militante de la Oposición. Pero los acusados del juicio de los dieciséis, actuando bajo órdenes de la GPU, lo incluyeron en la banda “terrorista” con la cual ellos mismos nada tenían, que ver. Fue el precio que pagaron para tratar de salvar sus vidas.

El cuarto acusado, Sokolnikov, llegó a Rusia en 1917; venía de Suiza, acompañando a Lenin en el célebre “tren sellado”; no tardó en destacarse en el Partido Bolchevique. En los meses decisivos del año revolucionario, Sokolnikov, junto con Stalin, constituyeron el consejo de dirección del periódico central del partido. Pero mientras Stalin contemporizó o vaciló durante todos los momentos críticos (digan lo que digan las leyendas fabricadas *a posteriori*), actitud que se refleja de manera tan notable en las actas del comité central, Sokolnikov impulsó enérgicamente esa línea que en las discusiones partidarias de la época se llamaba la “línea Lenin-Trotsky”. Durante la guerra civil Sokolnikov ocupó puestos de gran responsabilidad, inclusive llegó a comandar el Octavo Ejército en el Frente Sur. Durante la NEP fue comisario del pueblo de finanzas y logró estabilizar el chervonets. Posteriormente fue embajador soviético en Londres. Hombre de gran inteligencia, educación y visión internacional, Sokolnikov, al igual que Radek, era vacilante en sus posiciones políticas. En las cuestiones económicas importantes coincidía con el ala derecha del partido, más que con la izquierda. Jamás ingresó al centro de la Oposición Unificada 1926-1927, sino que mantuvo su libertad de acción. En el decimoquinto congreso del partido (fines de 1927), el mismo que decretó la expulsión de la Oposición, anunció su apoyo a la política oficial, lo cual le valió los aplausos de los delegados y la reelección inmediata al comité central. A partir de entonces, al igual que los demás capituladores, perdió toda importancia política. Pero a diferencia de Zinóviev y Kámenev, quienes por su importancia seguían siendo elementos temibles para Stalin a pesar de su degradación, Sokolnikov, junto con Radek y Piatakov, fue asimilado inmediatamente por la burocracia soviética y pasó a ocupar un puesto de funcionario. ¿No es asombroso que, después de diez años de trabajo político pacífico, se acuse a este hombre de cometer gravísimos crímenes contra el estado?<sup>27</sup> ¿Cómo es posible que estos bolcheviques de la vieja guardia, que conocieron la cárcel y el exilio bajo el zarismo, que fueron héroes de la guerra civil, dirigentes de la industria, constructores del partido, diplomáticos, se convirtieran en el preciso momento de lograrse “la victoria total del socialismo” en saboteadores, aliados del fascismo, organizadores del espionaje, agentes de la restauración capitalista? ¿Quién puede dar crédito a semejantes acusaciones? ¿Cómo obligar a la gente a creerlas? Por último: ¿qué es lo que obliga a Stalin a jugarse la suerte de su dominación personal en estos monstruosos, inconcebibles juicios de pesadilla?

En primer lugar, debo reafirmar la siguiente conclusión: la máxima dirección se siente cada vez más endeble. El grado de represión es siempre proporcional a la magnitud del peligro. La burocracia soviética no posee una tradición, una ideología, una norma legal que proteja su omnipotencia, privilegios y estilo de vida principesco. La burocracia soviética es una casta de arribistas que tiemblan por su poder y sus ingresos, temen a las masas y están dispuestos a aplastar a sangre y fuego todo atentado contra sus derechos y la más mínima duda respecto de su infalibilidad. Stalin es la encarnación de estos sentimientos y de este espíritu de la casta dominante: esta es su fuerza y su debilidad. Perpetuar la dominación de la burocracia encubriéndola con fraseología democrática: he ahí la tarea de la nueva constitución, cuyo significado aparece mucho más claramente en los discursos de Vishinsky, el fiscal, el arribista menchevique, que en la aburrida retórica

---

<sup>27</sup> (Los últimos cables mencionan a otros acusados: Muralov, héroe de la revolución de 1905, constructor del Ejército Rojo y posteriormente vicecomisario del pueblo de agricultura; Boguslavsky, expresidente del sóviet de Voronej y luego presidente del “Pequeño Consejo de Comisarios del Pueblo”, la comisión más importante del Consejo de Comisarios del Pueblo en Moscú; Drobnis, presidente del Sóviet de Poltava, a quien los blancos llevaron al paredón, pero sin herirlo mortalmente porque se apresuraron. Los sóviets pudieron mantenerse en el poder entre 1918 y 1921 gracias, en gran medida, a gente de este calibre. *Nota de Victor Serge*: todos estos hombres han sido fusilados)

del discurso de Stalin ante el congreso de los sóviets. Esa es la base política del nuevo proceso. Sin embargo, la casta dominante es incapaz de castigar a la Oposición por los verdaderos pensamientos y acciones que sustenta y realiza. El objetivo de la represión implacable es precisamente impedir que las masas conozcan el verdadero programa del “trotskysmo”, que exige en primer término mayor igualdad y mayor libertad para las masas. En el país de la revolución de octubre, la lucha de la casta bonapartista contra la Oposición de Izquierda resulta inconcebible sin mentiras, acusaciones falsas y fraudes judiciales. En las denuncias al “trotskysmo” no hay una sola cita honesta, así como en los juicios jamás aparece una prueba material. Los artículos se basan en combinaciones fraudulentas y abusos (la prensa extranjera de la Comintern no es sino un pálido reflejo de la prensa moscovita). Los juicios se basan pura y exclusivamente en las “confesiones voluntarias” de los acusados. Recuerde el lector que la Oposición de Izquierda lleva ya catorce años de existencia. Por sus filas han pasado cientos de miles de militantes del partido. Decenas de miles fueron encarcelados, exiliados, asesinados en la cárcel y en el exilio, fusilados. Si es verdad que la Oposición es hostil a la Unión Soviética y al socialismo, está aliada a estados enemigos y recurre al terrorismo, etcétera, entonces, en los innumerables allanamientos, arrestos, intercepciones de correspondencia, etcétera, llevados a cabo en estos catorce años, la GPU debería haber acumulado un archivo colosal de pruebas materiales. Sin embargo, en ninguno de los procesos apareció una carta auténtica, un documento, una prueba irrefutable. Lo que sucede a puertas cerradas es materia de especulación. Pero los procedimientos en los espectáculos públicos giran exclusivamente en torno a las confesiones de los acusados. Quizá para los juristas de la calaña de D.N. Pritt, el defensor idealista de la GPU, y de su colega francés Rosenmark, semejante procedimiento judicial sea normal, inclusive ideal. Para el común de los mortales es una burla al sentido común y a la naturaleza humana.

En agosto, dieciséis acusados compitieron entre sí y con el fiscal Vishinsky para exigir la pena de muerte. Los temibles terroristas se transformaron repentinamente en flagelantes, deseosos de obtener la corona de mártir. En esos días *Pravda* publicó artículos rabiosos de Piatakov y Radek, donde se exigía varias muertes para cada acusado. Es de suponer que cuando estas líneas aparezcan en la prensa, la (agencia noticiosa) Tass ya habrá informado al mundo que Radek y Piatakov se arrepienten de todo corazón de sus crímenes imposibles y exigen para sí la pena de muerte.

Digan lo que digan los Pritt y los Rosenmark, yo digo con Federico Adler, secretario de la Segunda Internacional, que estamos ante un típico proceso de la Inquisición, en el que las brujas se arrepienten sinceramente de sus relaciones pecaminosas con el diablo. La GPU no puede obligar a los auténticos revolucionarios intransigentes a declararse culpables de crímenes despreciables, aun cuando ello signifique la muerte. Por eso, en los procesos contra los “trotskystas” tiene que recurrir a los capituladores, mis enemigos mortales, que se arrepienten periódicamente desde hace diez años y a quienes se les puede arrancar confesiones en cualquier momento. Es por eso que hasta el momento se ha observado un hecho tan increíble como inevitable: ¡en el banquillo no ha aparecido un solo “trotskysta” auténtico!

Para dar siquiera una sombra de verosimilitud a los procesos, Stalin necesita el concurso de viejos bolcheviques conocidos y prestigiosos. “No puede ser que un viejo revolucionario arroje sobre sí mismo calumnias tan monstruosas” (dirá el hombre inexperto o ingenuo). “Es imposible que Stalin fusile a sus viejos camaradas si éstos no son culpables de ningún crimen.” El principal organizador de los procesos de Moscú, el César Borgia de nuestro tiempo, basa sus cálculos precisamente en la falta de información, la ingenuidad y la credulidad del ciudadano común.

En el juicio de los dieciséis Stalin echó mano a sus dos cartas de triunfo: Zinóviev y Kámenev. Con esa estrechez psicológica que subyace tras su astucia primitiva, calculó que el arrepentimiento de Zinóviev y Kámenev, sellado con la ejecución, convencería al mundo entero. No fue así. El mundo no quedó convencido. Los más perspicaces se negaron a creer. La desconfianza, fortalecida por la crítica, se difunde cada vez más. La cúpula soviética no lo puede tolerar. Su reputación nacional y mundial se sustenta en el juicio de Moscú o cae con él.

El 15 de septiembre del año pasado, dos semanas después de mi arresto, escribí una declaración para la prensa: “En el espejo de la opinión mundial, el proceso de Moscú aparece como un fracaso estrepitoso... Los ‘jefes’ no pueden permitir que termine así. Así como el miserable fracaso del primer juicio por el asesinato de Kírov (enero de 1935) obligó a la GPU a preparar el segundo juicio (agosto de 1936) ... ahora no les queda otra alternativa que descubrir nuevos ‘atentados’, nuevas ‘conspiraciones’, etcétera.” Esta declaración, confiscada por el gobierno noruego, mantiene toda su vigencia. Se necesita un nuevo juicio para apuntalar el anterior, rellenar sus grietas, enmascarar las contradicciones expuestas por la crítica. Es de esperar que en esta ocasión el fiscal trate de vincular las confesiones “voluntarias” de los acusados con algún tipo de documentos. Fue por eso que la GPU robó una parte de mis archivos en París en noviembre del año pasado. Este hecho, que puede adquirir gran importancia para la mecánica del juicio que está por iniciarse, merece que se le preste gran atención. El 10 de octubre le envié una carta a mi hijo en París: “La GPU hará todo lo posible por adueñarse de mis archivos. Lo mejor sería entregar los a alguna institución científica... En lo posible debería ser una institución norteamericana. Como medida preliminar, puedes escribirles a nuestros amigos norteamericanos. El problema puede volverse muy apremiante”. Esta carta, al igual que las demás, pasó por la censura noruega y por las manos de mi abogado: su autenticidad no puede ser puesta en duda. Inmediatamente, mi hijo tomó las medidas necesarias para entregar el archivo a la oficina parisina del Instituto Holandés de Historia Social, dirigida por el profesor Posthumus. Pero apenas mi hijo hubo entregado la primera parte del archivo, el instituto fue asaltado. En la mañana del día siguiente se descubrió que la puerta había sido violada mediante un soplete y que faltaban ochenta y cinco kilos de papeles. Los ladrones sólo se llevaron papeles míos: ni siquiera tocaron el dinero que había en el lugar. La policía parisina debió reconocer que ningún criminal francés poseía técnicas tan sofisticadas. Todos los periódicos excepto los órganos de la Comintern, afirmaron abierta o veladamente que el robo era obra de la GPU. La investigación prosigue. ¿Producirá algún resultado? ¡Lo dudo! El exceso de celo provocaría problemas diplomáticos. La mayor parte del material robado son periódicos viejos. Los agentes de la GPU actuaron con excesiva premura. Sin embargo, una pequeña parte de la correspondencia cayó en sus manos. De más está decir que no existe allí una sola línea que pudiera comprometer, directa o indirectamente, a mí o a mis amigos. Pero eso no es todo. En primer lugar, un hombre que está en posesión de documentos comprometedores no los entrega a una institución científica envueltos en papel común. En segundo lugar (esto es lo más importante), mis archivos son valiosos porque allí está toda mi correspondencia, sin solución de continuidad, y ésta puede ser mi mejor defensa ante un tribunal abierto y honrado. Pero es indudable que la GPU utilizará mi correspondencia robada para fabricar el telón de fondo fáctico y cronológico de las acusaciones. No olvidemos que, en el juicio de los dieciséis, la GPU obligó al principal testigo de cargo, el acusado Goltzman, a reunirse en Copenhague con mi hijo (quien, como puedo demostrar de manera irrefutable, jamás estuvo en esa ciudad), reunión que supuestamente tuvo lugar en el Hotel Bristol... demolido en 1917. Esta vez Vishinsky puede utilizar el archivo robado para evitar errores embarazosos de este tipo. Pero la GPU puede echar



mano de otro recurso: transformar mis documentos en una especie de pantalla, superponiendo su propia versión corregida y mejorada de los mismos. Por eso, el día 20 de enero advertí al mundo a través de la prensa que poseo copias de todos los documentos robados.

Si dejamos de lado a Rakovsky, a quien hasta el momento no han utilizado, de todos los capituladores que quedan *todavía* con vida, Radek, Piatakov, Serebriakov y Sokolnikov son los más prestigiosos<sup>28</sup>. Es evidente que Stalin ha resuelto “echarles mano” para encubrir los tropiezos del juicio anterior. Pero eso no es todo. En el caso de los dieciséis hubo una sola acusación. el terrorismo, y el único resultado práctico de la prolongada actividad terrorista fue el asesinato de Kírov personaje político secundario, a manos del desconocido Nikolayev (hecho que, como demostré en 1934, contó con la activa participación de la GPU). El asesinato de Kírov ha provocado (con varios procesos y falta de procesos de por medio) ¡la ejecución de no menos de doscientas personas! Es imposible seguir utilizando el cadáver de Kírov para destruir a la Oposición, tanto más cuanto que los viejos militantes de la Oposición que no renegaron ni capitularon están en la cárcel o en el exilio desde 1928. Por eso el nuevo proceso presenta acusaciones nuevas: sabotaje económico, espionaje militar, restauración del capitalismo, inclusive el intento de “eliminación masiva de obreros” (¡uno no puede creer lo que ven sus ojos al leer esto!). Estas fórmulas pueden significar todo lo que uno quiera. Si resulta que Piatakov, director de la industria bajo dos planes quinquenales, es el principal organizador del sabotaje. ¿qué decir del común de los mortales? De paso, la burocracia tratará de echar el fardo de sus fracasos económicos, errores de cálculo, contradicciones, estafas y demás abusos, sobre los hombros de los trotskystas, quienes cumplen en la URSS el mismo papel que los judíos y los comunistas en Alemania. ¡No es difícil imaginar las viles acusaciones e insinuaciones que serán dirigidas contra mi persona!

A juzgar por las insinuaciones recientes de la prensa soviética, el proceso deberá resolver un problema adicional. El juicio de los dieciséis estableció que la historia del “terrorismo trotskysta” se remonta a 1932. lo cual significa que el verdugo no podrá poner sus garras sobre los trotskystas que se pudren en la cárcel desde 1928. Existen muchos elementos que le hacen pensar a uno que se obligará a los nuevos acusados a confesar crímenes o conspiraciones anteriores a la fecha de su arrepentimiento. En ese caso, cientos de viejos militantes de la Oposición se encontrarán ante la boca del fusil.

Sin embargo, ¿es concebible que Radek, Piatakov, Serebriakov y Sokolnikov sigan el camino de la autoacusación, en vista del trágico fin de los dieciséis? Zinóviev, Kámenev y los demás tenían esperanzas. Cinco días antes de la ejecución, Stalin había promulgado un decreto especial otorgando el derecho de apelación a los sentenciados a muerte por tribunales militares. El objetivo psicológico del decreto era mantener vivas las esperanzas de los acusados hasta último momento, hasta la caída del telón. Los engañaron. Ellos aceptaron la muerte moral (la confesión) y recibieron a cambio la muerte física. ¿Acaso Radek y los demás no aprendieron la lección? Pronto lo sabremos. Pero no es justo pintar las cosas como si el nuevo grupo de acusados tuviera la menor posibilidad de elegir. Día y noche, durante meses, estos hombres han contemplado el descenso, lento e implacable, del péndulo de la muerte suspendido sobre sus cabezas. Los acusados que se niegan a confesar de acuerdo con los dictados del fiscal son fusilados sin juicio por la GPU. Tal es el mecanismo de la indagación. La GPU les da a Radek, Piatakov y demás una sombra de esperanza. -¿Acaso ustedes no fusilaron a Zinóviev y Kámenev? -Sí, los fusilamos por necesidad, porque eran enemigos encubiertos, porque se negaron a confesar sus vinculaciones con la Gestapo, porque... etcétera, etcétera y además... etcétera. Pero

---

<sup>28</sup> Tras ser escritas estas líneas, Rakovsky ha desaparecido en prisión. *Nota de Victor Serge.*

no es necesario fusilarlos a ustedes. Ayúdenos a eliminar a la Oposición y a desacreditar a Trotsky ante la opinión pública mundial. A cambio de ello quizá les respetemos la vida. Hasta es posible que, dentro de algún tiempo, vuelvan a ocupar sus antiguos puestos. etcétera, etcétera... Por supuesto que, después de todo lo que pasó, ni Radek, ni Piatakov, ni los demás (sobre todo si, durante la indagación preliminar estaban advertidos del fusilamiento de Zinóviev y Kámenev, lo cual todavía no se sabe) pueden abrigar demasiadas esperanzas con semejantes promesas. Pero la alternativa es: muerte segura, inevitable e inmediata, o... muerte, pero con un rayo de esperanza. En esos casos, los hombres, sobre todo si han sufrido persecución, tortura, violencia y degradación, se inclinan por la postergación y la esperanza...

Tal es el trasfondo político y psicológico del nuevo fraude judicial de Moscú. El objeto de este artículo preliminar es ayudar al lector a analizar el mayor crimen político de nuestro tiempo, quizá de todos los tiempos dicho más correctamente, la serie de crímenes cuyo único objetivo es mantener la dominación de la camarilla bonapartista sobre ese pueblo ruso que llevo a cabo la revolución de octubre.

**[Discurso al mitin de Nueva York]**

(9 de febrero de 1937)

Estimados oyentes, ¡camaradas y amigos!

Mis primeras palabras deben ser para rogarles disculpas por mi deplorable pronunciación inglesa. Después para agradecerle al comité que me ofrezca la posibilidad de hablarles de los procesos de Moscú<sup>29</sup>. No me desviaré ni un solo momento de mi objeto, demasiado amplio en sí mismo. No recurriré ni a las pasiones ni a los ánimos, sino únicamente a la razón, no dudando que la *razón* esté de parte de la *verdad*.

El proceso contra Zinóviev-Kámenev suscitó un movimiento de espanto, de indignación o, como mínimo, de estupor. El proceso Radek-Piatakov ha reforzado más esos sentimientos. He ahí un hecho incontestable. Dudar de la justicia en este caso es sospechar una impostura. ¿Se puede concebir sospecha más abrumadora tratándose de un gobierno que actúa bajo la bandera del socialismo? ¿No debería el gobierno soviético tratar de disipar estas sospechas? El deber de los verdaderos amigos de la URSS ¿no debería ser el de decirles con firmeza a los gobernantes de Moscú que deben disipar a cualquier precio la desconfianza que inspira en occidente la justicia de Moscú?

Responder: “Tenemos nuestra justicia y el resto no nos importa” no es iluminar a las masas en un espíritu socialista, es llevar a cabo una política de falso prestigio a la manera de Hitler o Mussolini.

Incluso los “amigos de la URSS” convencidos de la legitimidad de los procedimientos judiciales de Moscú (y ¿cuántos son? ¡Lástima que las conciencias no puedan censarse!), incluso esos “amigos” inquebrantables de la burocracia deben exigir con nosotros la formación de una comisión de investigación con autoridad. Las autoridades de Moscú deberían suministrar a esa comisión todas las pruebas necesarias. No deben faltar ya que esas pruebas han supuesto en el proceso “Kírov” la ejecución de 49 personas (sin contar a unos ciento cincuenta fusilados sin juicio<sup>30</sup>).

Recordemos que dos abogados, el londinense Pritt y el parisino Rosenmark, han avalado ante la opinión pública internacional la legitimidad de los veredictos de Moscú, sin contar al periodista norteamericano Duranty. Pero, ¿quién avalará a esos garantes? Los dos abogados Pritt y Rosenmark agradecen al gobierno soviético que haya puesto a su disposición todas las aclaraciones necesarias. Añadamos que Pritt, “consejero de Su Majestad británica”, fue invitado a Moscú a tiempo, cuando la fecha de apertura del proceso se mantenía rigurosamente secreta. El gobierno soviético no ha considerado indigno de su parte recurrir, gracias a un rodeo, a la ayuda de abogados y periodistas extranjeros que no merecen ninguna confianza particular. Pero cuando la Internacional Socialista y la Internacional Sindical propusieron el envío de abogados a Moscú, la prensa soviética las acusó (¡ni más ni menos!) de defender a los asesinos y a la Gestapo. Probablemente sepan que no soy partidario de ninguna de esas dos internacionales. Pero, ¿no es evidente que su autoridad moral es infinitamente superior a la de abogados de espinazo dúctil? ¿No tenemos derecho a constatar que el gobierno de Moscú consiente en abandonar su prestigio ante expertos y eminencias cuya aprobación ha comprado de antemano? Está completamente dispuesto a hacer de Pritt, “consejero de Su Majestad”, un consejero de la GPU. Pero, por el contrario, rechaza burdamente cualquier intento de

<sup>29</sup> El comité norteamericano de defensa de León Trotsky.

<sup>30</sup> Inmediatamente después del asesinato, la prensa soviética había anunciado ejecuciones en Kiev, Minsk y Moscú. Nikolayev y sus supuestos “cómplices”, así como también todos los acusados del proceso de los dieciséis habían sido también condenados por... el asesinato de Kírov.

control que suponga garantías de objetividad e imparcialidad. ¡El hecho no puede negarse y es irrefutable!

Pero ¿no es falsa esta conclusión? No hay nada más fácil que desmentirla: que el gobierno de Moscú ponga a disposición de una comisión de investigación internacional los datos serios, concretos y precisos sobre todos los puntos oscuros de los procesos Kírov. Pero, desafortunadamente en esos procesos no hay nada al margen de esos puntos oscuros... Precisamente por eso Moscú hace lo imposible para que callarme, a mí que soy el principal acusado. Bajo la temible presión económica de Moscú, ¡el gobierno noruego me encarceló con el pretexto de un artículo sobre Francia que había publicado en la revista norteamericana *The Nation*<sup>31</sup>! ¿Quién puede creerlo? Qué fortuna que la generosa hospitalidad de México, concedida a iniciativa de su presidente, el general Cárdenas, ¡nos permitiese a mi mujer y a mí enfrentarnos en libertad al segundo juicio! Sin embargo, de nuevo se han puesto en movimiento todos los mecanismos posibles para obligarme a callarme. ¿Por qué se teme de tal manera en Moscú la voz de uno solo? Únicamente porque yo sé la verdad, toda la verdad. Únicamente porque no tengo nada que ocultar. Únicamente porque estoy dispuesto a comparecer ante una comisión de investigación imparcial y pública, con documentos, hechos y testimonios para desvelar toda la verdad. Y declaro que, si esa comisión resuelve que soy culpable (eso no sería más que una pequeña parte de los crímenes que me imputa Stalin), me comprometo por adelantado a entregarme a los verdugos de la GPU. Confío en que quede claro. Hago esta declaración ante todo el mundo. Pido a la prensa que lleve estas palabras a los rincones más alejados del planeta. Pero si la comisión establece que los procesos de Moscú son imposturas conscientes y premeditadas, construidas con los nervios y huesos de hombres, no pediré a mis acusadores que se ofrezcan voluntariamente a las balas. ¡Será suficiente con la eterna vergüenza en la memoria de las generaciones! ¿Me escuchan los acusadores del Kremlin? ¡Les lanzo un desafío a la cara! ¡Espero su respuesta!

\*\*\*

Responderé tangencialmente a quienes van preguntando: “¿Por qué deberíamos creer a Trotsky más que a Stalin?” Entregarse a conjeturas psicológicas sería absurdo. ¡No se trata de confianza personal! Propongo un control. ¡Exijo un control!

\*\*\*

Hoy no esperen de mí ni una refutación de las “pruebas”, que en realidad no existen, ni un análisis detallado de las “confesiones, esos monólogos inhumanos y contra natura que contienen en sí mismos su propia refutación. Para un análisis concreto del proceso, me haría falta más tiempo del que necesitó el fiscal, porque es más difícil aclarar las cosas que enredarlas. Me entregaré a ese trabajo en la prensa y ante la futura comisión. Hoy mi tarea es desvelar el vicio *fundamental, inicial*, de los procesos de Moscú, mostrar las fuerzas motrices de la impostura, sus objetivos políticos, la psicología de sus partidarios y de sus víctimas.

El proceso Zinóviev-Kámenev estuvo centrado en el “terrorismo”. El de Piatakov-Radek ha puesto en primer plano no el terrorismo, sino los entendimientos de los trotskistas con Alemania y Japón para la preparación de la guerra, el desmembramiento de la URSS, el sabotaje a la industria, la exterminación de obreros... ¿Cómo explicar esta llamativa discordancia? Sin embargo, se nos había dicho tras la ejecución de los dieciséis que las confesiones de Zinóviev y Kámenev, y de otros fusilados, eran sinceras y se

---

<sup>31</sup> Se trata de “La revolución francesa ha comenzado” publicado principalmente en *The Nation* el 4 de julio de 1936. [Ver en estas mismas [Ediciones Internacionales Sedov](#) “La revolución francesa ha comenzado” en [¿Adónde va Francia? \(con anexos\)](#), páginas 89-92 formato pdf].

correspondían con los hechos. Zinóviev y Kámenev habían reclamado, además, ¡la pena de muerte para ellos mismos!

*¿Por qué no dijeron nada sobre lo más importante: la alianza de los trotskystas con Japón y Alemania y el plan de desmembramiento de la URSS? ¿Acaso podían ignorar, ellos, los líderes del supuesto centro, lo que sabían los acusados del segundo proceso, figuras de segundo plano? Este enigma es simple: la nueva amalgama se ha concebido después de la ejecución de los dieciséis, durante los cinco últimos meses, en respuesta a los desfavorables ecos de la prensa mundial. El punto más débil del proceso de los dieciséis era la acusación contra los viejos bolcheviques de haberse entendido con la policía secreta de Hitler, la Gestapo. Ni Zinóviev ni Kámenev, ni Smirnov, ni ninguno de los acusados con reputación política ha admitido esas relaciones: ¡todos se detuvieron en ese límite extremo de degradación! Entonces, yo habría entrado en relación con la Gestapo a través de oscuros desconocidos como Olberg, Berman, Fritz David, ¡para objetivos tan importantes como la obtención de un pasaporte hondureño para Olberg! Todo esto parecía demasiado estúpido: nadie querría creerlo. Hacía falta a todo coste corregir este burdo error de la puesta en escena. Había que tapar la brecha. Yagoda fue reemplazado por Ejov<sup>32</sup>. Se puso al orden del día un nuevo proceso. Stalin decide responder a las críticas: “¿No creéis que Trotsky sea capaz de entablar relaciones con la Gestapo por culpa de un Olberg y de un pasaporte de Honduras? Pues bien, voy a demostrar que el objetivo de su alianza con Hitler es provocar la guerra, rehacer el reparto del mundo.” Pero, para esta segunda puesta en escena, más grandiosa, faltaban los principales actores, Stalin ya los había masacrado. No podía más que atribuir los papeles principales a figuras de segundo plano. No es baladí indicar que Stalin apreciaba a Radek y Piatakov en tanto que colaboradores. Pero no quedaba nadie con una reputación política, aunque solo fuese por su pasado lejano, a quien acercar al “trotskysmo”. La suerte recayó desde entonces sobre Piatakov y Radek. La versión concerniente a mis relaciones con la morralla de la Gestapo a través de azarosos desconocidos fue abandonada. La cuestión se planteó inmediatamente después a escala mundial. Ya no se trataba de un pasaporte de Honduras<sup>33</sup>, ¡sino del desmembramiento de la URSS, e incluso de la derrota de Estados Unidos! En cinco meses, todo fue como si un ascensor fenomenal tirase del compló de los sucios sótanos de la policía para llevarlo a las alturas donde se deciden los destinos de los estados. Zinóviev, Kámenev, Smirnov y Mrachkovsky habrían descendido a la tumba sin albergar dudas sobre esos planes grandiosos, esas alianzas, esas perspectivas... ¡tal es la mentira fundamental de la última amalgama!*

Para ocultar, aunque solo fuese un poco, la llamativa contradicción entre los dos procesos, Piatakov y Radek han declarado, bajo el dictado de la GPU, que ellos formaban un centro “paralelo” ... a causa de la desconfianza de Trotsky hacia Zinóviev y Kámenev.

<sup>32</sup> Como desveló Kruschov en su “discurso secreto” en el XX Congreso de 1956, al día siguiente del proceso de los dieciséis, desde Sotchi donde estaban de vacaciones, Stalin y Jdanov telegrafiaron a “Kaganovich, Molotov y otros miembros del buró político” que era “absolutamente necesario y urgente que el camarada Ejov fuese nombrado para el puesto de comisario del interior, habiendo demostrado Yagoda definitivamente su incapacidad para desenmascarar al bloque trotskysta-Zinóvievista”. El telegrama aludía probablemente al “bloque de las oposiciones” de 1932 y proseguía: “la GPU lleva cinco años de retraso”. La nominación se produjo el 26 de septiembre. Nikolay I Ejov había sido un *apparatchik* oscuro hasta 1934 cuando el favor de Stalin lo convirtió en miembro del CC y del Orgburó, responsable de los cuadros del secretariado. Anteriormente había sido distinguido en la dirección de la investigación sobre la sociedad (disuelta) de los antiguos forzados y presos políticos. El 7 de junio de 1935, fue él que presentó al CC el informe concluyente sobre la necesidad de expulsar al secretario ejecutivo de los sóviets, el viejo bolchevique georgiano Enukidze.

<sup>33</sup> Durante el primer proceso de Moscú, el acusado Olberg “confesó” que había conseguido un pasaporte para Honduras a través del bibliotecario de la biblioteca eslava de Praga, Vladimir Tukalevsky, al que presentaba como a un “trotskysta” y “agente de la Gestapo”.

¡Difícilmente podrá inventarse explicación más absurda y más falsa! El hecho es que yo no tenía ninguna confianza en Zinóviev y Kámenev desde su capitulación, y que no mantuve con ellos ninguna relación desde fines de 1927. ¡Pero tenía incluso menos confianza en Radek y Piatakov! En 1929, Radek entregó a la GPU al opositor Blumkin que fue pasado por las armas sin juicio, en secreto. Entonces yo escribía en el extranjero, en el *Biulleten Oppositsii*: “Habiendo perdido los últimos vestigios de un equilibrio moral, Radek no se ha detenido ya ante ninguna ignominia.” No me expresaba sensiblemente mejor respecto a Piatakov en la prensa y en mis cartas privadas. Es sin lugar a dudas penoso tener que citar esos juicios tajantes sobre las trágicas víctimas de Stalin, pero sería criminal ocultar aquí la verdad por razones sentimentales... los mismos Radek y Piatakov siempre desconfiaron de Zinóviev y Kámenev, y no se equivocaban. Esto no es todo. Durante el proceso de los dieciséis, el fiscal llamó a Smirnov “el líder de los trotskystas en la URSS.” El acusado Mrachkovsky, para probar cómo de cercano estaba a mí, declaró que nadie se comunicaba conmigo más que a través de él, y el fiscal resaltó esto todo lo que pudo. ¿Cómo es posible que ni Zinóviev, ni Kámenev, ni Smirnov, “el jefe de los trotskystas en la URSS”, ni Mrachkovsky, tan cercano a mí, no supiesen nada sobre los planes de los que informaba a Radek (ese Radek al que yo censuraba públicamente como traidor)? He ahí la principal mentira del último proceso. Se deja ver a la primera ojeada. Conocemos su origen. Vemos los hilos ocultos. Vemos la burda mano que tira de ellos.

Radek y Piatakov se arrepintieron de los peores crímenes. Esos crímenes, sin embargo, *no tenían ningún sentido* desde el punto de vista de los acusados, y no de los acusadores. Con el terrorismo, el sabotaje y la alianza con los imperialistas querían restaurar el capitalismo en la URSS. ¿Por qué? Durante toda su vida habían combatido contra el capitalismo. ¿Estarían motivados por móviles personales? ¿Por la sed de poder, por la sed de beneficios? Pero ni Piatakov ni Radek podían esperar de ningún otro régimen situaciones más elevadas que las que ocupaban antes de su arresto. ¿Tal vez se sacrificaban de forma tan absurda por amistad hacia mí? Hipótesis insensata. Radek y Piatakov demostraron durante los ocho últimos años ser mis encarnizados enemigos mediante sus palabras, sus discursos, sus actos. ¿El terrorismo? Pero ¿es que los opositores, tras la experiencia revolucionaria de Rusia, no podían prever que el terrorismo solamente serviría de pretexto para el exterminio de los mejores militantes? No, lo sabían, lo preveían, lo habían declarado centenares de veces. No necesitábamos para nada el terrorismo. Por el contrario, la pandilla dirigente lo necesitaba mucho. El 4 de marzo de 1929 (hace ahora ocho años) yo escribía en un artículo sobre la política de Stalin: “ya no le queda otra cosa que verter sangre entre el partido oficial y la Oposición. Es necesario que, a cualquier precio, *acerque a la Oposición a los atentados, a la preparación de una insurrección armada, etc.*” ¡Recordad que en la historia el bonapartismo jamás ha superado todavía la fabricación policiaca de complós!

La Oposición tendría que componerse de cretinos para imaginarse que la alianza con Hitler y el Mikado<sup>34</sup> (ambos, por otra parte, condenados a la derrota en la próxima guerra), que esta alianza estúpida, impensable, insensata, podría significar para los marxistas revolucionarios otra cosa que no fuese la vergüenza y el desastre. Por el contrario, la alianza de los trotskystas con Hitler sí que les es extremadamente necesaria a Stalin. Voltaire<sup>35</sup> decía que si no existiese Dios habría que inventarlo. La GPU dice: “Si no hay alianza con el enemigo, hay que fabricar una.”

<sup>34</sup> El Mikado es el emperador de Japón.

<sup>35</sup> François Marie Arouet, llamado Voltaire (1694-1778) era el más conocido de los filósofos franceses del siglo XVIII por su verbo y su crítica al absolutismo y la intolerancia, pero tampoco le faltaba desconfianza hacia el “pueblo”.

Los procesos de Moscú se basan en el absurdo. Según la versión oficial, los trotskistas organizan a partir de 1931 un monstruoso complot y, además, hacen lo contrario de lo que dicen, como si tuviesen órdenes sobre ello. Centenares de personas están al corriente, sin embargo, durante años, no se producirá entre ellas ni divergencias de puntos de vista, ni escisiones, ni denuncias, y no aparecerá ni una sola carta, justo hasta el mismo momento del arrepentimiento colectivo. Entonces se produce otro milagro. Hombres que han preparado asesinatos, la guerra, el desmembramiento de la URSS, criminales encallecidos, se arrepienten de golpe en agosto de 1936 y todo esto no por culpa de las pruebas (ya que no existen pruebas contra ellos), sino por motivos místicos que hipócritas psicólogos declaran propios del “alma rusa”. Pensad en ello: ayer mismo hacían descarrilar trenes, envenenaban a los obreros por una orden invisible de Trotsky. Hoy en día, poseídos por el odio a Trotsky, se hacen responsables de sus crímenes imaginarios. Ayer mismo, solo pensaban en matar a Stalin; hoy cantan sus alabanzas. ¿Estamos en un manicomio? No, dicen los señores Duranty, no es un manicomio, es el “alma rusa”. ¡Mentirosos! ¡Calumniáis al alma rusa, calumniáis al alma humana en general!

Lo que es monstruoso no es únicamente la simultaneidad de las confesiones, su unanimidad. Lo más monstruoso es que, de propia confesión, los conjurados hayan hecho en política exactamente aquello que debía perderlos pero que le era completamente necesario a la camarilla dirigente. Ante el tribunal, los conspiradores dicen lo que podrían decir los agentes más serviles de Stalin. Hombres normales, obedeciendo su propia voluntad, jamás hubiesen podido comportarse en el juicio y ante sus jueces como lo han hecho Zinóviev, Kámenev, Piatakov y el resto. La fidelidad a sus convicciones, el sentimiento de su dignidad política, el simple instinto de conservación, les hubiesen obligado a defenderse, a defender sus intereses, su vida. La única pregunta razonable se plantea en estos términos: “¿Quién ha llevado a esos hombres (y cómo) a un estado en el que todos los reflejos humanos normales quedan reducidos a la impotencia?” La jurisprudencia conoce un principio muy simple que da la clave de muchos secretos: *Is fecit cui prodest*, busca a quién beneficia el crimen. Toda la actitud de los acusados, de principio a fin, no está dictada por sus intereses e ideas, sino por los intereses de la camarilla dirigente. El falso complot, las confesiones, el proceso teatral, las ejecuciones completamente reales, todo lo ha hecho una sola mano. ¿Cuál? *Cui prodest?* ¡La mano de Stalin! ¡Basta de chismorreos, mentiras y palabrería sobre el “alma rusa”! ¡No hemos visto juzgar a militantes, a conspiradores, sino a marionetas en las manos de la GPU! Ejercían papeles aprendidos de antemano. El objetivo de esas vergonzosas representaciones es aplastar cualquier oposición, envenenar en su misma fuente todo pensamiento crítico, establecer definitivamente el régimen totalitario de Stalin.

Repito: el acta de acusación es una falsificación premeditada. Esta falsificación tiene que desvelarse inevitablemente en cada confesión de los acusados si se la enfrenta con los hechos. El fiscal Vishinsky lo comprende muy bien puesto que él ha participado en la confección de las falsedades: por eso no les ha planteado a los acusados ninguna pregunta concreta que pudiese causarle dificultades. Los nombres, los documentos, las fechas, las circunstancias, los medios de desplazamiento, las condiciones de reunión; Vishinsky ha lanzado sobre todos esos puntos decisivos un *púdico velo que sería mejor llamar un velo de impudicia*. Vishinsky no se dirige a los acusados con la lengua del jurista, sino con el lenguaje concertado del cómplice, del conspirador, del maestro de falsedades, con la lengua de los truhanes. El carácter insinuador de las preguntas de Vishinsky, junto con la total ausencia de pruebas materiales, ¡constituye la *segunda prueba aplastante contra Stalin!*

Pero no albergo intenciones de limitarme a esas demostraciones negativas, ¡no! Vishinsky no ha probado, y no podía probar, que las *confesiones subjetivas* fuesen

verídicas, es decir que se correspondiesen con *hechos objetivos*. Emprendo ahora una tarea mucho más difícil: probar que cada una de esas confesiones es falsaria, es decir que contradice a la realidad. ¿En qué consisten mis pruebas? Les ofreceré dos o tres ejemplos. Necesitaría al menos una hora para analizar ante ustedes solamente dos episodios importantes: el viaje imaginario del acusado Holzman a Copenhague, para verme y recibir instrucciones terroristas, y el viaje imaginario del acusado Piatakov a Oslo para verme y recibir instrucciones sobre el desmembramiento de la URSS. Tengo a mi disposición todo un arsenal de documentos que prueban que Holzman no fue a verme a Copenhague y que Piatakov no vino a verme a Oslo. Ahora sólo ofreceré las pruebas más simples: las que exigen el mínimo de tiempo.

A diferencia de los otros acusados, Holzman ha indicado una fecha, 23-25 de noviembre (el secreto es simple: se sabe por los diarios cuando llegué a Copenhague), y los detalles siguientes: mi hijo, Lev Sedov, fue quien puso a Holzman en relación conmigo; se reunieron en el hotel Bristol. Holzman y Sedov se pusieron de acuerdo en Berlín. Una vez llegado a Copenhague, Holzman se reunió efectivamente con Sedov en el vestíbulo del susodicho hotel. De ahí fueron juntos a mi casa. Durante la conversación entre Holzman y yo, Sedov, según lo que dice Holzman, salía a menudo de la habitación. ¡Qué detalles tan pintorescos! Respiremos aliviados: por fin tenemos, no solamente declaraciones oscuras, sino apariencias de hechos. La mala suerte, sin embargo, queridos oyentes, es que mi hijo no estuvo en Copenhague ni en noviembre de 1932, ni en ningún otro momento de su vida. ¡Les pido que recuerden esto! En noviembre de 1932, mi hijo se encontraba en Berlín, es decir en Alemania y no en Dinamarca, y allí realizaba vanos esfuerzos para viajar a Copenhague a vernos a su madre y a mí: no olviden que la República de Weimar estaba ya en la agonía y que la policía de Berlín devenía cada vez más rigurosa. Todas las circunstancias de las gestiones de mi hijo para obtener un visado de salida están establecidas por mis declaraciones, testimonios precisos. Nuestras conversaciones telefónicas cotidianas con nuestro hijo, desde Copenhague a Berlín, pueden ser confirmadas por la central de Copenhague. Decenas de testimonios que, en aquellos momentos, nos frecuentaban a mi mujer y a mí en Copenhague, saben que esperábamos a nuestro hijo impacientemente, pero en vano. Durante el mismo tiempo, todos los amigos de mi hijo en Berlín sabían que se esforzaba en vano para obtener un visado. Precisamente por culpa de esas gestiones y obstáculos continuos, decenas de personas han guardado en la mente hasta ahora el hecho de que el encuentro de Copenhague era imposible. Todos ellos viven en el extranjero y ya han comunicado sus declaraciones por escrito. ¿Es suficiente con esto? ¡Confío en que sí! ¿Pritt y Rosenmark dirán que *no*? ¡Mantienen tal indulgencia hacia la GPU! Pues bien, accederé a sus deseos. Poseo pruebas todavía más directas, todavía más incontestables.

El hecho es que el encuentro con nuestro hijo tuvo lugar tras nuestra partida de Dinamarca, precisamente durante la etapa francesa de nuestro retorno a Turquía. Ese encuentro sólo fue posible gracias a *la intervención personal del ministro-presidente* [sic] *de entonces, Herriot*. El ministro francés de asuntos exteriores posee el telegrama dirigido por mi mujer a Herriot el 1 de diciembre (vésperas de nuestra partida de Copenhague) y la orden telegráfica de Herriot al cónsul de Francia en Berlín (fecha el 3 de diciembre) sobre la inmediata obtención de un visado para mi hijo. No he dejado de temer que los agentes del GPU en París hubiesen robado esos documentos. Felizmente no lo lograron. *Los dos telegramas fueron encontrados en el ministerio francés de asuntos exteriores hace algunas semanas.* ¿Oyen bien? Tengo actualmente en mis manos esos dos telegramas. No citaré su contenido, su número, ni las horas de envío para no perder el tiempo: los presentaré mañana a la prensa. Sobre el pasaporte de mi hijo está cuñado el visado entregado por el cónsul francés el 3 de diciembre. El 4 por la mañana, mi hijo



abandonaba Berlín. Sobre su pasaporte está el cuño de la aduana con la misma fecha. El pasaporte se conserva integralmente. El encuentro con nuestro hijo se produjo en París, en la Estación del Norte, en el vagón de segunda clase en el que viajábamos desde Dunkerque en presencia de una decena de amigos que nos acompañaban. Confío en que sea suficiente. Ni la GPU ni Pritt podrán salir del apuro. Están cogidos en una red. Holzman no podía ver a mi hijo en Copenhague puesto que mi hijo estaba en Berlín. Por tanto, mi hijo no podía salir a menudo durante nuestra entrevista. ¿Quién creará, pues, en la misma existencia de esa reunión? ¿Quién creará tras esto en las confesiones de Holzman?

Pero esto no es todo aún. Según Holzman, la reunión con mi hijo se produjo como ya hemos dicho en el Hotel Bristol, en su vestíbulo. ¡Perfecto! ¡Pero resulta que el Hotel Bristol de Copenhague fue derribado de arriba abajo en 1917! En 1932 ese hotel sólo existía como recuerdo de viejos viajeros. El servicial Pritt adelanta la hipótesis de un “lapsus” verosímil: la mecanógrafa rusa se equivocó, vean ustedes, al escuchar la palabra “Bristol”, y, además, ningún periodista, ningún redactor de las actas ha señalado ni corregido ese error. ¡Bien! Pero, ¿qué pasa con mi hijo? ¿También es un lapsus de mecanografía? Sobre esto, Pritt, igual que Vishinsky, mantiene un elocuente silencio. De hecho, la GPU, gracias a sus agentes en Berlín, estaba al corriente de las gestiones de Lev Sedov y no dudaba que vendría a verme a Copenhague. ¡He ahí el origen del “lapsus”! Holzman evidentemente conocía el Hotel Bristol por viejos recuerdos de la emigración y por ello lo nombró. ¡De ahí el segundo “lapsus”! Los dos lapsus se han fundido en una sola catástrofe: de las confesiones de Holzman no queda más que una nube de polvo como del Hotel Bristol en los momentos del derribo. Y, sin embargo, (no lo olviden) es la confesión más importante del proceso de los dieciséis: de todos los viejos revolucionarios, ¡únicamente Holzman se habría reunido conmigo personalmente y habría recibido de mí instrucciones de terrorismo!

Pasemos al segundo episodio. A mediados de diciembre de 1935, Piatakov habría viajado de Berlín a Oslo en avión para reunirse conmigo. Ninguna de las trece preguntas precisas que le planteé al tribunal de Moscú en vida de Piatakov ha recibido respuesta. Cada una de esas preguntas hecha abajo el mítico viaje de Piatakov. Durante ese tiempo mi huésped noruego, Konrad Knudsen, miembro del Storting, y mi antiguo secretario Erwin Wolf, han declarado a la prensa que yo no recibí en diciembre de 1935 ningún visitante ruso y que yo no hice ningún viaje. ¿Esas declaraciones no son suficientes para todo el mundo? He aquí otra más: las autoridades del aeropuerto de Oslo han establecido oficialmente, sobre la base de sus informes, que en diciembre de 1935 ni un solo avión extranjero se posó en su aeropuerto. Puede que en los informes del aeropuerto haya también... un lapsus. Señor Pritt, ¡déjenos en paz con sus lapsus y encuentre usted alguna cosa más maligna! Pero su ingenio no le servirá para nada: dispongo de decenas de pruebas, directas o indirectas, sobre el carácter mentiroso de las declaraciones de ese desafortunado Piatakov al que la GPU ha obligado a pedir prestado un avión imaginario para venir a verme, igual que la Santa Inquisición obligaba a las brujas a subir sobre una escoba para ir a ver al diablo. La técnica ha cambiado, pero el fondo se mantiene igual.

En la sala del hipódromo, sala que me gustaría poder ver desde aquí, sin duda hay juristas competentes. Les pido que observen que ni Holzman ni Piatakov han suministrado la menor indicación sobre *mi dirección*, es decir el lugar real de nuestro encuentro. Ni uno ni otro han dicho con qué *pasaporte*, bajo qué *nombre* preciso viajaron al extranjero. El fiscal ni les ha planteado la pregunta sobre su pasaporte. El motivo está claro: no se encontrarán esos nombres en las listas de llegados del extranjero. Piatakov no podía dejar de pasar la noche en Noruega donde los días de diciembre son muy cortos. Sin embargo, no ha indicado el hotel. El fiscal ni la ha planteado la pregunta. ¿Por qué?

¡Porque el fantasma del Hotel Bristol erra por encima de la cabeza de Vishinsky! El fiscal no es un fiscal sino un inquisidor, igual que Piatakov no es más que la desafortunada víctima de la GPU.

Podría traer aquí un gran número de testimonios y documentos que destruirían de cabo a rabo las declaraciones de diversos acusados: Smirnov, Mrachkovsky, Dreitser<sup>36</sup>, Radek, Vladimir Romn, de todos los que, en una palabra, han intentado precisar los hechos y circunstancias de tiempo o de lugar. Pero ese trabajo sólo puede hacerse útilmente ante una comisión de investigación en la que participen juristas y que disponga de bastante tiempo para conocer los testimonios y estudiar los documentos.

Confío en que lo poco que he dicho permita prever el curso de la investigación a proseguir. Por una parte, la acusación es en sí misma fantástica: toda la vieja generación bolchevique está acusada de una abominable traición, que no tiene ni sentido ni objetivos. Para apoyar esa acusación el fiscal no dispone de una sola prueba material, aunque se hayan producido decenas de millares de registros y arrestos. La total ausencia de pruebas es la prueba más temible contra Stalin. Las ejecuciones no están justificadas más que por las confesiones arrancadas bajo coacción. Desde el mismo momento en que en las confesiones se menciona un hecho, éste se hunde al primer examen. La GPU no es solamente culpable de las falsedades, además es culpable de idiotez, de torpeza, de bastedad en la confección de las falsedades. La depravada impunidad, la ausencia de control, paralizan la crítica. Los falsarios hacen chapuzas en su trabajo. Cuentan con el efecto sumario de las confesiones y los fusilamientos. ¿Qué queda de todas estas confesiones monótonas cuando se enfrentan cuidadosamente las fantasiosas acusaciones en su conjunto y las declaraciones manifiestamente falsas de los acusados? El sofocante hedor de una cocina judicial inquisitorial, y nada más.

Pero todavía hay un tipo de pruebas que no parecen menos importantes. En un año de deportación, y ochos años de emigración, he escrito a mis amigos cercanos y lejanos alrededor de diez mil cartas consagradas a las cuestiones políticas más candentes. Las cartas que he recibido, y las copias de las que he enviado, están disponibles. Gracias a su continuidad, esa correspondencia desvela, ante todo, las burdas contradicciones, los anacronismos y absurdos evidentes de la acusación, no solamente en lo concerniente a mi hijo y a mí, sino, también, en lo concerniente al resto de acusados. Sin embargo, no sólo se trata de la importancia de esas cartas. Toda mi actividad teórica y política durante esos años se encuentra reflejada fielmente en ellas. Esas cartas complementan mis libros y artículos. Me parece que el estudio de mi correspondencia tiene una importancia decisiva para caracterizar no solamente mi personalidad moral y política, sino, también, la de mis corresponsales. Vishinsky no ha podido presentar al tribunal una sola carta. Yo presentaré a una comisión, o a un tribunal, millares de cartas que reflejan realmente mi forma de pensar respecto de todos los temas, y, además, dirigidas a la gente que me es más cercana, a la que no tengo nada que ocultar, en particular a mi hijo, Lev Sedov. Esta sola correspondencia es suficientemente convincente para aplastar la amalgama eestalinista en el huevo. Tal es el significado de mi correspondencia. Tal es el contenido de mis archivos. No reclamo la confianza de nadie. Apelo a la razón, a la lógica, a la crítica. Propongo hechos y documentos. Reclamo un control.

Estimados oyentes, entre ustedes habrá probablemente gente que repita gustosamente: “Es evidente que las confesiones son falsas, pero Stalin ¿cómo ha logrado obtenerlas? He ahí el misterio.” De hecho, el misterio no es tan profundo como parece.

---

<sup>36</sup> En fin A. Dreitser (1894-1936), antiguo oficial del Ejército Rojo y miembro de la Oposición de Izquierda, expulsado en 1928, había capitulado en 1929. De nuevo arrestado tras el asunto Kírov, había sido juzgado, condenado y ejecutado al mismo tiempo que Zinóviev y el resto.

Con una técnica más simple<sup>37</sup>, la Inquisición obtenía de sus víctimas todas las confesiones posibles. El derecho criminal de los países democráticos ha renunciado justamente a los métodos de la Edad Media porque no llevaban a la verdad, sino a la confirmación de las acusaciones dictadas por la instrucción. *Los procesos de la GPU tienen un carácter profundamente inquisitorial*: ahí radica todo el misterio de las confesiones.

Toda la atmósfera política de la Unión Soviética está infiltrada del espíritu de la Inquisición. ¿Habéis leído el libro de Gide<sup>38</sup>, *Retorno de la URSS*? Gide es un amigo de los sóviets, pero no es un lacayo de la burocracia. Además, este artista tiene ojos para ver. En el libro de Gide hay una pequeña anécdota que es inestimable para comprender los procesos de Moscú. Al final de su viaje, Gide quería enviar un telegrama a Stalin, pero, al no haber sido educado en el espíritu de la Inquisición, se dirigía a Stalin utilizando el simple “usted” democrático. ¡Se le rechazó el telegrama! Los representantes de las autoridades le explicaron a Gide: “A Stalin hay que decirle “jefe de los obreros” o “guía de los pueblos” y no simplemente “usted”. Gide trató de resistirse: “¿Es posible que Stalin necesite ese tipo de adulación?” Nada que hacer. Rehusaron tomar su telegrama sin las adulaciones bizantinas. Finalmente, Gide declaró: “Cansado de luchar, me someto, pero declino cualquier responsabilidad.” Así, un escritor mundialmente conocido, un huésped de honor, tuvo que ceder en algunos minutos y se le obligó a firma no el telegrama que él quería, sino el que le dictaban los pequeños inquisidores. Que quienes tengan un poco de imaginación no piensen en el célebre viajero, sino en el ciudadano soviético caído en desgracia, en el opositor violentado y perseguido, el paria que está obligado a escribir no un telegrama de saludo, sino la décima o vigésima confesión de sus crímenes.

En este mundo puede que haya un gran número de héroes capaces de soportar todas las torturas físicas y morales y de aceptar las que se les infringen a sus mujeres e hijos... No lo sé. Mis observaciones personales me enseñan que la capacidad de resistencia del ánimo del hombre es limitada. Con la GPU, Stalin puede empujar a su víctima a un abismo de horrores insondables, de humillación, de deshonor tal, que la aceptación del crimen más espantoso, que entrañe una perspectiva de ejecución u ofreciendo una débil posibilidad de vida, deviene la única salida. Por no pensar en el suicidio, ¡que Tomsky prefirió!, al que Yoffe<sup>39</sup> había recurrido anteriormente, así como dos miembros de mi secretariado, Glazman y Butov, así como el secretario de Zinóviev, Bogdan<sup>40</sup>, así como mi hija Zinaida y decenas de otros. El suicidio o la postración moral, ninguna otra alternativa. Pero no olvidéis que, en las prisiones de la GPU, ¡el suicidio a menudo es un lujo inaccesible!

Los procesos de Moscú no deshonoran a la revolución, pues son fruto de la reacción. No deshonoran a la vieja generación bolchevique, atestiguan solamente que los bolcheviques están hechos de carne y huesos, y que no soportan indefinidamente ver

<sup>37</sup> Recordemos que la Inquisición utilizaba la “pregunta”, es decir la tortura, para arrancar confesiones a los supuestos “herejes”.

<sup>38</sup> André Gide (1869-1951), novelista y ensayista mundialmente conocido, había sido un “compañero de ruta” muy celebre del estalinismo; rompió con él en 1936 con la publicación del pequeño *Retour de l'URSS* [retorno de la URSS] donde puede encontrarse, páginas 64-65, el episodio narrado más arriba por Trotsky, que había leído el libro en Noruega.

<sup>39</sup> Adolfo A. Krinsky, llamado Yoffe (1883-1927), viejo militante ligado a Trotsky, había sido uno de los más grandes diplomáticos de la joven república soviética. Miembros de la Oposición de Izquierda, gravemente enfermo, no pudo obtener autorización para curarse seriamente en el extranjero y le dio a su suicidio en 1927 el sentido de una protesta política. Su entierro dio lugar a la última manifestación pública de la Oposición de Izquierda en Moscú.

<sup>40</sup> Bogdan, un viejo-bolchevique durante mucho tiempo secretario de Zinóviev, se había suicidado parece que para evitar el chantaje para las “confesiones” que la GPU ejercía sobre él. El testigo Pikel explicó al tribunal en agosto de 1936 que el “centro terrorista” ¡le había dado a elegir entre el asesinato de Stalin o el suicidio!

cómo por encima de su cabeza se balancea la muerte. Los procesos de Moscú deshonran al régimen político que los ha engendrado: ¡un bonapartismo sin honor ni conciencia! Los fusilados han caído maldiciéndolo.

Que quienes lo deseen derramen lágrimas sobre la indecisa marcha de la historia: *dos pasos adelante, un paso atrás*. Pero las lágrimas no servirán para nada. Según las palabras de Spinoza<sup>41</sup>, tenemos que comprender, no reír ni llorar. ¡Trataremos de comprender! ¿Quiénes son los principales acusados? Viejos bolcheviques, constructores del partido, del estado soviético, del Ejército Rojo, de la Internacional Comunista. ¿Quién se ha movilizó contra ellos? Vishinsky, abogado burgués, coloreado de menchevique tras la revolución de febrero de 1917, alineado con los bolcheviques tras su victoria definitiva. ¿Quién insultaba a los acusados en *Pravda*? Zaslavsky<sup>42</sup>, antiguo colaborador del diario de los bancos de Petrogrado, Zaslavsky, a quien Lenin calificaba invariablemente en sus artículos de “sinvergüenza”. El antiguo redactor de *Pravda*, el viejo bolchevique Bujarin<sup>43</sup>, está arrestado; el animador de hoy en día de *Pravda* es Mijail Koltsov<sup>44</sup>, cronista burgués que pasó con los blancos la mayor parte de la guerra civil. Sokolnikov, combatiente de la revolución de octubre y de la guerra civil ha sido condenado como traidor. Rakovsky espera ser juzgado. Ambos fueron embajadores de la URSS en Londres. Han sido reemplazados por *Maisky*, menchevique de derecha que, durante la guerra civil, perteneció a un gobierno blanco en el territorio de Kolchak<sup>45</sup>. Troyanovsky, embajador en Washington, declara que los “trotskystas” son contrarrevolucionarios. Él mismo, en los primeros años de la revolución de octubre, perteneció al comité central del partido menchevique y no se alineó con los bolcheviques más que cuando estos se pusieron a distribuir empleos atrayentes. Antes de convertirse en embajador, Sokolnikov había sido comisario del pueblo para las finanzas. Ese puesto lo ocupa hoy en día Grinko<sup>46</sup> que, en 1917-1918, formaba parte del comité de salvación pública de los blancos formado para combatir a los sóviets. Uno de los mejores diplomáticos soviéticos ha sido Yoffe, embajador de los sóviets en Roma, primer embajador de los sóviets en Alemania, más tarde llevado al suicidio a causa de la persecución. ¿Quién lo ha reemplazado en Berlín? Primero un opositor arrepentido, Krestinsky, después Jinchuk, antiguo menchevique, miembro del comité contrarrevolucionario de salvación pública, y, por fin, Suritz que pasó él también el año

<sup>41</sup> A Trotsky le gustaba citar esta fórmula del gran filósofo judío portugués afincado en los Países Bajos, Baruch Spinoza (1632-1677).

<sup>42</sup> David I. Zaslavsky (1880-1965), menchevique, después miembro de la Bund, se había convertido en periodista profesional y distinguido notablemente en 1917 por la violencia de sus ataques calumniosos contra Lenin. En 1924 escribió una carta de “arrepentimiento”, fue empleado de nuevo como periodista en 1925, colaborando en *Pravda* en 1928. En 1934 fue admitido en el Partido Bolchevique por recomendación de Stalin. Fue él quien dio el tono hablando de las “ratas viscosas” y “víboras lúbricas” y exigiendo a gritos la muerte de sus adversarios de siempre, los viejos bolcheviques.

<sup>43</sup> Bujarin había sido arrestado y sufría detención domiciliaria desde hacía diversas semanas y había comenzado una huelga de hambre para protestar.

<sup>44</sup> Mijail E. Fridlyand, llamado Koltsov (1898-1942) parece haber sido menos “llamativo” en su período “blanco”; colaboraba regularmente en *Pravda* desde 1923. En una época se habló mucho de la bofetada que le propinó Olga D. Sosnovskya, la mujer del viejo-bolchevique L.D. Sosnovsky. En el verano de 1936 viajó a España como corresponsal de *Pravda*, verosíblemente con una misión particular de Stalin. En su *Diario de España* ha descrito una parte de sus actividades no periodísticas atribuyéndoselas al personaje ficticio de “Miguel Martínez”.

<sup>45</sup> Alejandro Kolchak (1870-1920), almirante de la flota zarista, sublevado contra los bolcheviques, había derrocado al directorio blanco de Siberia y tomado el título de “Comandante Supremo”. Reconocido por los aliados, estuvo representado en la conferencia de paz. Fue detenido en Irkutsk y fusilado en 1920.

<sup>46</sup> Gregorio F. Grinko (1890-1938), antiguo s-r, ligado a los bolcheviques en 1920, había entrado en el CC en Ucrania en 1920 y era Comisario de Finanzas de la URSS.

1917 al otro lado de la barricada. Esas enumeraciones podrían prolongarse indefinidamente.

La renovación de los cuadros a gran escala, golpeando sobre todo en provincias, tiene profundas causas sociales. ¿Cuáles? Ya es hora de darse cuenta por fin de que en la URSS se ha formado una nueva aristocracia. La revolución de octubre se desarrolló bajo la bandera de la igualdad. La burocracia encarna una desigualdad monstruosa. La revolución suprimió a la nobleza. La burocracia crea una nueva aristocracia. La revolución abolió los *rangos* y las *órdenes*. La burocracia resucita a los *mariscales*, a los *generales*, a los *coroneles*. La nueva aristocracia devora una enorme parte del ingreso nacional. Su situación ante el pueblo es falsa y mentirosa. Sus jefes se ven obligados a ocultar la realidad, a engañar a las masas, a enmascararse, a hacer pasar por negro lo que es blanco. Toda la política de la nueva aristocracia no es más que impostura. Impostura también es la nueva constitución.

El temor a la crítica es el temor a las masas. La burocracia tiene miedo del pueblo. La lava revolucionaria no se ha enfriado todavía. La burocracia no puede derramar la sangre de los descontentos que la critican por la única razón de exigir la restricción de los privilegios. Las falsas acusaciones contra la Oposición no son, por tanto, ocasionales, sino sistemáticas, y mandatadas por la situación actual de la casta gobernante. Recordemos la actitud de los termidorianos frente a los jacobinos<sup>47</sup>. Aulard<sup>48</sup> escribe: “no se contentaron con matar a Robespierre y sus amigos; los calumniaron presentándolos a la vista de Francia como realistas y traidores vendidos al extranjero.” Stalin no ha inventado nada. Sólo ha reemplazado a los realistas por los fascistas.

Cuando los estalinistas nos califican de “traidores” no es por odio, hay en ello también cierta sinceridad en la injuria. Pensaron que habíamos traicionado los intereses de la casta sagrada de los generales y mariscales, la única capaz, según su opinión, de construir el socialismo y que, en realidad, no hace más que comprometer la misma idea del socialismo. Por nuestra parte, consideramos a los estalinistas como traidores a los intereses de las masas populares soviéticas y del proletariado mundial. Sería absurdo explicar por motivos personales una lucha tan encarnizada. No se trata solamente de programas diferentes, sino de intereses sociales que tropiezan de forma cada vez más irreconciliablemente.

\*\*\*

“Pero, ¿cuál es su diagnóstico general?”, me preguntarán. “¿Cuál es su perspectiva?” Les he advertido que no hablaré más que de los procesos de Moscú. Mi último libro, *La revolución traicionada*<sup>49</sup>, está consagrado al análisis social y a las perspectivas. Pero les diré en pocas palabras lo que pienso. Las conquistas esenciales de la revolución de octubre, es decir las nuevas formas de propiedad, todavía no han sido abolidas, pero ya entran en conflicto con el despotismo político. El socialismo es inconcebible sin la actividad espontánea de las masas y la plena realización de la persona humana. El estalinismo impide ambas cosas. Es inevitable un conflicto declarado entre el pueblo y la nueva tiranía. El régimen estalinista está condenado. ¿Será reemplazado por una contrarrevolución capitalista o por una democracia obreras? La historia todavía no ha

<sup>47</sup> Fundado en 1789, el Club de los Jacobinos, marcado por la influencia de Robespierre, fue el ala mercantil de la revolución francesa. Tras el 9 de Termidor y la caída del Comité de Salvación Pública, los representantes de la burguesía termidoriana, ávidos de gozar de los frutos de la revolución, cerraron el club y persiguieron a los animadores que habían sobrevivido.

<sup>48</sup> Alphonse Aulard (1829-1928), profesor de la Sorbona era el autor de una *Historia política de la revolución francesa* (1901) que Trotsky había estudiado.

<sup>49</sup> *La revolución traicionada. Qué es y adónde va la Unión Soviética (anexas)*, Obras Escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov.

zanjado la cuestión. La solución depende también de la actividad del proletariado mundial. Si admitimos por un momento el triunfo del fascismo en España y después en Francia, el país de los sóviets, rodeado por el fascismo, estaría abocado a una disgregación más profunda que, desde la superestructura política, acabaría alcanzando las bases de la sociedad. Con otras palabras, la derrota del proletariado europeo significaría infaliblemente el hundimiento de la URSS. Si, por el contrario, los trabajadores de España ganan frente al fascismo, si la clase obrera francesa se adentra en la vía de su emancipación, las masas oprimidas de la URSS se enderezarán y levantarán la cabeza. Entonces sonará la última hora del despotismo estalinista.

Pero la democracia soviética no triunfará automáticamente. Eso también depende de ustedes. Hay que ayudar a las masas y, para comenzar, decirles la verdad. La cuestión se plantea así: o ayudar a la burocracia desmoralizada contra el pueblo, o ayudar a las fuerzas progresistas del pueblo contra la burocracia. Los procesos de Moscú son una señal. ¡Pobre de quien no lo entienda! El proceso por el incendio del Reichstag<sup>50</sup> tenía sin lugar a dudas una gran importancia. Pero se trataba del fascismo, despreciable encarnación de las tinieblas y la barbarie. Los crímenes de Moscú se han cometido bajo la bandera del socialismo. ¡No abandonaremos esa bandera a los maestros de la falsedad! Si nuestra generación se ha revelado demasiado débil para construir el socialismo en la tierra, al menos pasaremos a nuestros hijos una bandera sin mácula. La lucha que hay que sostener supera de lejos en importancia a las personas, a las fracciones y a los partidos. Se trata de la lucha por el futuro de la humanidad. Será dura. Será larga. Que aquellos que buscan la seguridad material y el confort moral se aparten de nosotros. En épocas de reacción es cierto que es más cómodo apoyarse en la burocracia que en la verdad. Pero, a quienes no tienen el socialismo como una palabra vana, a quienes tienen al socialismo como al mismo contenido de su vida moral: ¡adelante! Ni las amenazas, ni las persecuciones, ni la violencia, nos detendrán. Puede que sea sobre nuestros huesos como triunfe la verdad. Le abriremos camino. Vencerá. Y, bajo los implacables golpes de la suerte, me sentiré dichoso como en los mejores días de mi juventud si puedo contribuir, junto con ustedes, a su victoria. ¡Pues la más alta dicha humana no radica en la explotación del presente, sino en la preparación del futuro!

---

<sup>50</sup> El proceso de Leipzig contra los comunistas (entre ellos el búlgaro Dimitrov) acusados del incendio del Reichstag se había desarrollado en septiembre, octubre y noviembre de 1933 y constituyó un estrepitoso fracaso para sus organizadores.

### ***La investigación preliminar en Coyoacán*** (primavera de 1937)

En la época del “proceso Kírov” (diciembre 1934 - enero 1935), las relaciones entre París y Moscú ya estaban bien encaminadas. La disciplina “nacional” de la prensa francesa es un hecho público y notorio. Los representantes de la prensa extranjera, principalmente la norteamericana, no pudieron encontrarme debido a mi “incógnito”. Por lo tanto, me encontraba aislado. Mi respuesta al primer juicio de Zinóviev-Kámenev apareció en un folleto de circulación muy restringida. Moscú tomó nota del hecho con satisfacción: esto facilitaba el montaje del gran proceso cuya preparación demoraría dieciocho meses más. En este interín, la amistad entre Stalin y los partidos del Frente Popular se fortaleció hasta el punto en que la GPU pudo contar firmemente con la benévola neutralidad de radicales y socialistas. *Le Populaire* cerró sus páginas a todas las revelaciones sobre la actividad de la GPU en la URSS e inclusive en Francia. Mientras tanto, la fusión de los “sindicatos rojos” con los reformistas selló los labios de la Confederación General del Trabajo. León Blum postergó sus rencillas con Thorez, León Jouhaux se esforzó por consolidar su amistad con ambos. Friedrich Adler, secretario de la Segunda Internacional, hizo todo cuanto le fue posible por revelar la verdad. Pero todos los partidos de la Segunda Internacional, casi sin excepción, boicotearon a su propio secretario. No es la primera vez en la historia que las organizaciones dirigentes se convierten en instrumentos de una conspiración contra los intereses de las masas trabajadoras y los reclamos de su conciencia. Jamás hubo una conspiración tan cínica. Por eso Stalin pudo creer que apostaba a lo seguro.

Se equivocó. En el seno de las masas se suscitó una resistencia sorda, no siempre explícita. Resultaba difícil aceptar que todo el estado mayor de la vieja guardia se había aliado al fascismo y debía ser exterminado. Los intelectuales de izquierda más honestos y sensibles dieron la alarma. En estas condiciones se hizo clara la importancia de las organizaciones que se agrupan bajo la bandera de la Cuarta Internacional. Estas no son, no pueden ser, organizaciones de masas en un periodo de reacción como el que estamos atravesando. Son los cuadros, la levadura del futuro. Se formaron en la lucha contra los partidos dirigentes de la clase obrera en la época de decadencia. En toda la historia, ningún grupo del movimiento obrero ha sido perseguido con tanta saña, ni atacado con calumnias tan venenosas como el de los llamados “trotskystas”. Los mismos hechos que lo templaron políticamente, le dieron espíritu de sacrificio y le acostumbraron a nadar contra la corriente. Nuestros cuadros jóvenes y perseguidos aprenden a pensar; piensan con seriedad y estudian su programa honestamente. Su capacidad para orientarse en una situación política y anticipar su desenlace les da una gran ventaja con respecto a los líderes más “calificados” de las internacionales socialista y comunista. Son profundamente leales a la URSS (es decir, a lo que queda de la revolución de octubre en la URSS) y, a diferencia de la mayoría de los “Amigos de la URSS”, lo demuestran ampliamente en tiempos difíciles. Pero odian a la burocracia soviética como a su peor enemigo. Las mentiras y amalgamas no los engañan. Cada uno de estos grupos ha sido blanco de calumnias, no seguidas de ejecuciones, por cierto, pero sí por intento de asesinato moral y, frecuentemente, de la violencia física. Detrás de las mentiras de la Internacional Comunista ha aparecido invariablemente la GPU. Por eso los juicios de Moscú no sorprendieron a los trotskystas en el exterior. Fueron los primeros en dar la señal de iniciar la resistencia; recibieron el apoyo inmediato de los distintos círculos y grupos de la clase obrera y de la intelectualidad de izquierda.

Su tarea esencial era iniciar la investigación de los crímenes jurídicos de Moscú. En las condiciones imperantes, no podía tratarse de una comisión tal, que recibiera el apoyo de las organizaciones obreras oficiales. El único recurso era apelar a individuos calificados, destacados e intachables. Así visualizó el problema el Comité Norteamericano por la Defensa de León Trotsky; el Comité Francés de Investigación de los Procesos de Moscú siguió el ejemplo. Inmediatamente, los agentes estalinistas del mundo clamaron que la investigación sería “parcial”. Esta gente tiene una concepción propia de la imparcialidad, encarnada en Yagoda, organizador del proceso de Zinóviev y Kámenev. El comité de Nueva York trató de lograr la participación de la embajada soviética, del partido comunista y de los “Amigos de la Unión Soviética” en la investigación: fue en vano. En el viejo y en el nuevo mundo, las respuestas fueron gritos e insultos. De esta manera los celosos defensores de la imparcialidad demostraron su solidaridad con la justicia de Stalin-Yagoda.

Pero, como dice el viejo proverbio, “Los perros ladran, señal de que cabalgamos”. Se conformó la comisión. John Dewey, filósofo y pedagogo, veterano del liberalismo norteamericano, fue su jefe natural. Lo acompañaron Suzanne LaFollete, escritora de izquierda, Benjamín Stolberg, periodista de izquierda, Otto Rühle, veterano marxista de la izquierda alemana, Carlo Tresca, conocido militante anarquista, Edward Alsworth Ross, destacado sociólogo norteamericano, el rabino Edward L. Israel y otros. Se equivoca la prensa de la Comintern cuando afirma, absurdamente, que los miembros de la comisión eran o son mis partidarios políticos. Otto Rühle, quien como marxista se encuentra más cercano a mí (desde el punto de vista político) fue un implacable adversario de la Internacional Comunista en la época en que yo era miembro de su dirección. Sin embargo, se trata de algo enteramente distinto. El tribunal de Moscú no me acusa de “trotskismo” (es decir, de defender el programa de la [revolución permanente](#)), sino de aliado de Hitler y del Mikado, es decir, de traidor al trotskismo. Aunque los miembros de la comisión fueran simpatizantes del trotskismo (lo cual, repito, no es así), no hubieran podido mostrarse indulgentes con mis relaciones con el imperialismo japonés contra la URSS, Estados Unidos y China. [Otto Rühle](#) ha demostrado su odio al fascismo con el trabajo de toda su vida, sobre todo en el exilio. Será menos indulgente con los aliados de Hitler que los funcionarios que maldicen y bendicen en cumplimiento de órdenes de la superioridad. La parcialidad de los miembros de la comisión no reside en que dudan de la palabra de Yagoda, Vishinsky, o Stalin. Quieren pruebas; las exigen. No es culpa suya si Stalin no les da lo que no tiene.

La comisión de París, orientada por la de Nueva York, es presidida por adversarios políticos míos: Modigliani, abogado italiano, miembro del ejecutivo de la Segunda Internacional; señor Delépine, miembro del comité administrativo permanente del partido del señor León Blum. Ninguno de los otros miembros (señora Caesar Chambrun, presidenta del Comité de Ayuda a los Presos Políticos, señor Galtier-Boissière, director de Crapouillot; señor Mathe, ex secretario del Sindicato Nacional de Carteros; señor Jacques Madaule, escritor católico) es trotskista. Agregó que jamás tuve vínculos personales con ningún miembro de las comisiones de Nueva York y París.

Como primera medida, la comisión de Nueva York resolvió enviar una subcomisión a entrevistarme, con el fin de saber si yo poseía materiales suficientes como para justificar una investigación. Integraban la subcomisión la señora LaFollete, los señores J. Dewey, B. Stolberg, O. Rühle y Carleton Beals, periodista. Este último reemplazó a otras personas de mayor autoridad, quienes a último momento no pudieron viajar a México. La subcomisión incorporó como asesor legal al señor John Finerty, abogado, excombatiente revolucionario irlandés, defensor de Sacco y Vanzetti y de Tom Mooney. Por mi parte, invité al señor Albert Goldman a asumir mi defensa. La prensa



estalinista lo acusó de trotskysta, esta vez con razón. Lejos de ocultar su solidaridad conmigo, Goldman la anunció públicamente durante la indagación. ¿Quizá hubiera sido mejor que yo encomendara la defensa de mis intereses al señor Pritt?

Al llegar a México la subcomisión invitó al partido comunista, a los sindicatos y a las organizaciones obreras del país a participar en la indagación, con pleno derecho a formular preguntas y exigir la verificación de todos los testimonios. Los autotitulados comunistas y los “amigos” oficiales de la Unión Soviética respondieron con negativas categóricas, encubriendo su cobardía con frases altaneras. Así como Stalin sólo puede procesar públicamente a quienes han confesado previamente todo lo que él quiere, los amigos de la GPU no hablan sino cuando tienen la seguridad de que nadie los contradirá. Ni él, ni éstos, apoyan la libertad de expresión.

La subcomisión quería realizar sus sesiones en un salón público de México. El partido comunista amenazó con realizar manifestaciones. Es cierto que este partido es más bien insignificante, pero la GPU dispone de fondos y medios técnicos considerables. Las autoridades mexicanas habían aceptado no interferir en el trabajo de la subcomisión, pero no podía hacerse cargo de la protección de las sesiones públicas. La subcomisión resolvió, por propia iniciativa, reunirse en la casa de Diego Rivera, en un salón capaz de albergar a unas cincuenta personas. Los representantes de la prensa y de las organizaciones obreras obtuvieron acceso a las sesiones, independientemente de las tendencias que representaran. Había delegados de distintos sindicatos mexicanos.

La subcomisión realizó sus sesiones entre el diez y el diecisiete de abril. En su discurso de inauguración de las sesiones, el profesor Dewey dijo: “Si León Trotsky es culpable de los actos que se le imputan, ningún castigo será demasiado severo. Pero la extrema gravedad de las acusaciones es una razón más para garantizarle al acusado el pleno derecho de presentar las pruebas que posea en su descargo. El hecho de que el señor Trotsky haya rechazado personalmente las acusaciones es algo que no concierne a la comisión. Pero el que se le haya condenado sin haber tenido la oportunidad de hacerse oír es algo que concierne en grado máximo... a la conciencia del mundo entero”. Nada sintetiza el espíritu con que la comisión encaró su obra mejor que estas palabras. No menos características son las palabras finales con que el señor Dewey, hablando a título personal, explicó por qué había asumido la dura responsabilidad de presidir las sesiones: “He entregado mi vida a la educación, a la que concibo como una obra de esclarecimiento público en bien de los intereses de la sociedad. Si acepté el puesto de responsabilidad que ahora desempeño fue porque comprendí que actuar de otra manera sería una violación de la obra de toda mi vida”. Ninguno de los presentes dejó de comprender la importancia de estas palabras, tan notables por su sencillez, pronunciadas por un anciano de setenta y ocho años.

En mi breve respuesta dije, entre otras cosas, “Soy perfectamente consciente de que los motivos que guían la obra de la comisión son incomparablemente más importantes y profundos que la preocupación por la suerte de un individuo. ¡Pero tanto mayor es mi respeto y tanto más sincero mi agradecimiento! Pido vuestra indulgencia para con mi inglés que (lo digo desde ya), es el punto más débil de mi posición. Para los demás no pido la menor indulgencia. No exijo confianza *a priori* en mis afirmaciones. La tarea de esta comisión investigadora es verificar todo, desde el principio hasta el fin. Mi deber consiste en ayudarla en su trabajo. Cumpliré con este deber ante los ojos del mundo entero”

La comisión encaró su trabajo con una visión sumamente amplia. Un taquígrafo, actuando bajo juramento, tomó las actas de las sesiones, que serán publicadas próximamente en toda su extensión (250.000 palabras) en Estados Unidos e Inglaterra.

Quien quiera conocer la verdad o, al menos, acercarse a ella, deberá empezar comparando las respectivas actas taquigráficas de Moscú y Coyoacán.

Las dos primeras sesiones se refirieron a mi biografía política, en particular a mis relaciones con Lenin. Hube de observar una vez más cómo la colosal campaña de mentiras iniciada por la Internacional Comunista hace doce años había penetrado en las mentes de hombres honestos y serios. Muchos miembros de la subcomisión desconocían la historia verdadera del Partido Bolchevique, sobre todo de su degeneración. Se hubiera podido refutar más completamente los inventos y leyendas de los historiadores de Moscú, pero para ello se necesitaba más tiempo y ... un inglés mejor que el mío. Posiblemente esta primera parte de la investigación hubiera producido un cuadro político más completo. Pero sólo pude mencionar mis obras y pedir que se agregaran a las actas.

En las dos sesiones siguientes hablé de mis relaciones con los principales acusados de ambos procesos. Traté de demostrarle a la subcomisión que los acusados no eran trotskistas, sino adversarios enconados del trotskismo y de mi persona. Los hechos y textos que presenté destruyeron las falsificaciones de Moscú de manera tan completa, que los miembros de la comisión no pudieron ocultar su sorpresa. Cuando, al responder a las preguntas de mi abogado defensor, hablé de la historia de los agrupamientos y las relaciones personales en el seno del Partido Bolchevique, ¡yo mismo me sorprendí más de una vez de que Stalin hubiera osado presentar a Zinóviev, Kámenev, Radek y Piatakov como mis amigos políticos! La clave del enigma es muy sencilla: tanto en éste como en otros casos, la insolencia de la mentira es directamente proporcional al poder de la Inquisición. Stalin no sólo obligó a mis enemigos a declararse amigos míos, inclusive los obligó a exigir para sí mismos la pena de muerte como castigo de esta amistad inexistente. Con semejante apoyo jurídico, ¿necesitaba Vishinsky preocuparse por hechos, cifras, cronología y psicología?

Dedicamos casi tres sesiones para analizar y refutar las acusaciones más importantes: la supuesta visita de Goltzman a Copenhague en noviembre de 1932; mi supuesto encuentro con Vladimir Romm en julio de 1933, por último, el supuesto vuelo de Piatakov a Noruega para reunirse conmigo en diciembre de 1935. En estos tres casos decisivos presenté los originales de mi correspondencia de aquella época, distintos documentos oficiales (pasaporte, visas, recibos de telegramas, fotografías, etcétera) y más de cien declaraciones juradas provenientes de todas partes de Europa. Aclaré todos los detalles de mi vida correspondiente a estos tres períodos, tan breves como importantes, con tanta minuciosidad que los falsarios no encontraron lugar para insertar siquiera un alfiler. Agrego que en estos momentos la comisión de París está verificando las pruebas de mis escritos. Llegado a este punto, la indagación de Coyoacán alcanzó su pico culminante. Los miembros de la comisión, los periodistas y el público eran conscientes de que la verificación de mis coartadas en los únicos tres casos en que la acusación es concreta en cuanto a los factores de tiempo y lugar, significa un golpe mortal para toda la justicia de Moscú. Es cierto que el señor Beals (vale la pena detenerse un momento en el papel que desempeñó) trató de apoyar la versión oficial de Moscú y encontrar contradicciones en mis respuestas. Cualesquiera fuesen sus intenciones, le estoy agradecido por ello. Mi posición era sumamente favorable: hablaba ante un auditorio inteligente y honesto, interesado en verificar la verdad; demostré la verdad de los hechos con base en documentos irrefutables; los periódicos, los libros, la correspondencia, las memorias personales de diversas personas, la lógica, la psicología, todos acudieron en mi ayuda. Cuando hube respondido a todas las preguntas del señor Beals, este extraño miembro de la comisión quedó en silencio, completamente desorientado. Los miembros del auditorio que le apuntaban sus preguntas, le pasaban papelitos constantemente. En lo más profundo de su conciencia, los hombres ya habían pronunciado su veredicto.

Indudablemente, ello ocurrió tan sólo en un cuartito de una casita azul en Coyoacán. Pero con ayuda del tiempo y la imprenta llegaremos al resto del mundo.

Dedicamos las seis sesiones siguientes al estudio del sabotaje, mi actitud hacia la economía soviética, las relaciones con mis amigos políticos en la URSS, al terrorismo, la defensa de la URSS, las actividades de la Cuarta Internacional y, por último, [mi actitud hacia el fascismo](#). No pude usar siquiera la vigésima parte del material. La dificultad, principal consistía en seleccionar rápidamente los documentos más importantes, los textos más breves y los argumentos más sencillos. Jan Frankel y [Jean van Heijenoort](#), dos antiguos colaboradores, fueron una ayuda inestimable. Los miembros de la comisión mantuvieron una actitud de reserva total. Sin embargo, me pareció que los hechos y argumentos habían penetrado hasta su conciencia.

Conforme a las normas del derecho anglosajón, en la segunda parte de la sesión fui interrogado por el asesor legal de la comisión, J. Finerty. Los estalinistas lo acusaron posteriormente de interrogarme de manera “demasiado blanda”. Es posible. Por mi parte, no había nada que yo deseara más que un interrogatorio duro, desconfiado y combativo. Pero el señor Finerty no se encontraba en una posición cómoda. Mis documentos y testimonios habían destrozado la acusación. Formalmente, no había otra cosa que hacer sino someterlos a una verificación crítica. Esa tarea corresponde en parte a la comisión de París y principalmente a la comisión plenaria de Nueva York. En esta fase, ni siquiera los apuntadores del señor Beals pudieron formular una pregunta que apoyara, siquiera indirectamente, las tesis del tribunal de Moscú.

El señor Finerty y otros miembros de la comisión trataron de aclarar cuidadosamente si existe en verdad una diferencia tan profunda entre el “régimen estalinista” y el “régimen de Lenin y Trotsky”. Se estudiaron cuidadosamente las relaciones entre el partido y los sóviets y el régimen interno del partido en distintas etapas. [La mayoría de los miembros de la comisión creían que la burocracia estalinista, acusada por mí de varios crímenes, es un producto inevitable de la dictadura revolucionaria](#)<sup>51</sup>. Naturalmente, yo no podía permitir que la cuestión se planteara de esa manera. Para mí, la dictadura del proletariado no es un principio absoluto que determina resultados buenos y malos; es un fenómeno histórico que, de acuerdo con las circunstancias internas y externas puede evolucionar por el camino de la democracia obrera y la abolición total de la autoridad, o bien por el de la degeneración y hacia el aparato de represión bonapartista. Estos pasajes de la indagación de Coyoacán demostrarán vigorosamente las profundas diferencias que existen entre el pensamiento democrático formal y el dialéctico ante un problema histórico; demostrarán también cuánto distan del “trotskismo” los miembros de la comisión.

En la decimosegunda sesión se leyó la renuncia del señor Beals, escrita en términos muy ambiguos. Nadie se sorprendió. Al llegar a México, el señor Beals, excorresponsal de la agencia soviética Tass, empezó a colaborar con el señor Lombardo Toledano, el señor Kluckhohn y otros “amigos” de la GPU. Sus colegas de la comisión desconocían su dirección. Muchas de sus preguntas no guardaban relación alguna con los procesos de Moscú; eran provocaciones deliberadas, con el fin de comprometerme ante las autoridades mexicanas. Agotados sus escasos recursos, el señor Beals no tuvo otra alternativa que renunciar a la comisión. Comunicó sus intenciones a sus amigos periodistas, y éstos lo publicaron en la prensa mexicana, con imprudencia digna de encomio, tres días antes de la renuncia. De más está decir que la prensa comprada por Stalin utilizó al máximo este episodio cuidadosamente preparado. Al mismo tiempo, los agentes de Moscú trataron de obligar a otros miembros de la comisión a renunciar,

---

<sup>51</sup> Ver del mismo autor *Bolchevismo y estalinismo (con anexos) Clase, partido y dirección; ¿Qué significa la lucha contra el trotskismo?*, en estas mismas OELT-EIS.

empleando argumentos que no se encontrarán en ningún diccionario bajo los rubros “lógica” y “moral”. Pero eso es otra historia.

En la decimotercera y última sesión hubo dos discursos: el de mi abogado y el mío. En las páginas siguientes el lector encontrará el texto completo del mío. Espero que con ello el lector, aunque no esté familiarizado con las actas taquigráficas y con los documentos, pueda juzgar si las sesiones de Coyoacán han dejado piedra sobre piedra de las amalgamas de Moscú.

Ya hemos dicho que esta subcomisión tenía como objetivo inmediato determinar si yo disponía de hechos que justificaran una investigación. El nueve de mayo, en Nueva York, John Dewey leyó su informe ante la Comisión Internacional. He aquí el párrafo central del mismo:

“El señor Trotsky como testigo. (Es regla establecida, inclusive en los tribunales legalmente constituidos, que la actitud del testigo puede servir de elemento de juicio para la valoración del testimonio). Ese es el principio que nos guía al comunicar la impresión que nos produjo la actitud y el porte del señor Trotsky. Durante todas las sesiones parecía ansioso por colaborar con la comisión para verificar la verdad acerca de todas las etapas de su vida y de su actividad política y literaria. Respondió a todas las preguntas rápidamente y con actitud franca y sencilla...” La conclusión práctica del informe dice: “Vuestra subcomisión hace entrega de las actas taquigráficas de las sesiones junto con los documentos entregados en calidad de pruebas. Todo el material nos convence de que el caso del señor Trotsky merece una amplia investigación. Por lo tanto, recomendamos que la comisión prosiga con sus trabajos hasta el final.”

No pido nada más. La Comisión Internacional de Nueva York proseguirá con su trabajo. Su veredicto pasará a la historia<sup>52</sup>.

---

<sup>52</sup> Los capítulos siguientes, incluyendo “El porqué de estos procesos”, fueron leídos por el autor ante la Comisión de Investigación sobre los Procesos de Moscú. Constituyen su discurso final ante dicha comisión tras que ésta lo interrogase durante diversos días. El acta estenográfica de este interrogatorio ha sido publicada en Nueva York: *The Case of Leon Trotsky. Report of hearings on the charges made against him in the Moscow trials*, by Preliminary Commission of Inquiry, Harper & Brothers.

*Nota de Victor Serge*: próximamente aparecerá un segundo volumen editado por la comisión rindiendo cuenta de sus trabajos.

**[Declaraciones de Trotsky en la decimotercera sesión de la Comisión Dewey, subcomisión desplazada a Coyoacán, sesión celebrada el 17 de abril de 1937]**

*¿Por qué es necesaria una investigación?*

Está más allá de toda duda el hecho de que los juicios de Zinóviev-Kámenev y Piatakov-Radek han despertado una viva desconfianza hacia la justicia soviética entre los círculos obreros y democráticos de todo el mundo. Sin embargo, precisamente en este caso se volvía una necesidad absoluta que la justicia pudiera persuadir irrefutablemente y con una claridad total. Los acusadores, al igual que los acusados (al menos los más destacados entre ellos) tienen renombre mundial. Los objetivos y las motivaciones de los participantes debían derivarse directamente de sus posiciones políticas, de las personalidades de los implicados, de todo su pasado. La mayoría de los acusados han sido ejecutados; ¡suponemos que su culpa debe haber quedado totalmente probada! No obstante, si dejamos de lado a aquellos a los que se puede convencer de cualquier cosa, sin importar de qué, por medio de una simple orden telegráfica de Moscú, occidente se ha negado rotundamente a apoyar a los acusadores y verdugos. Por el contrario, la alarma y la desconfianza se han convertido en horror y repugnancia. Por otra parte, nadie supone que se haya cometido un “error” judicial. Las autoridades de Moscú no podrían haber ejecutado a Zinóviev, Kámenev, Smirnov, Piatakov, Serebriakov, y a todos los demás “por error”. Desconfiar de la justicia de Vishinsky significa, en el caso actual, sospechar directamente que Stalin está montando una fabricación judicial con fines políticos. No hay lugar para otra interpretación.

Pero, ¿quizás la opinión pública haya sido engañada por sus simpatías previas con los acusados? Este argumento fue utilizado más de una vez en los casos de Francisco Ferrer en España, el de Sacco, Vanzetti y Mooney en los Estados Unidos, etc. Pero en cuanto a los acusados de Moscú, no se puede esgrimir el argumento de la simpatía partidaria. Hay que decir lisa y llanamente que el sector más informado de la opinión pública mundial ya no tenía ni confianza ni respeto por los principales acusados, a causa de sus numerosas retractaciones previas y, sobre todo, de su comportamiento ante el tribunal. La fiscalía representó a los acusados, con su propio consentimiento, no como capituladores ante Stalin, sino como “trotskystas” que se habían cubierto bajo el manto de la capitulación. Esta caracterización, en la medida en que se aceptó como cierta, no pudo aumentar de ningún modo la simpatía por los acusados. Por último, el “trotskismo” en sí está representado hoy en día por una pequeña minoría del movimiento obrero, que se halla en una fuerte lucha con todos los demás partidos y facciones.

Los acusadores están en una situación incomparablemente más favorable. Detrás de ellos está la Unión Soviética, con todas las esperanzas y el progreso que representa. La emergencia de la reacción mundial, especialmente en su forma más bárbara (el fascismo) ha inclinado las simpatías y esperanzas de los círculos democráticos, incluso entre los más moderados, hacia la Unión Soviética. Estas simpatías, sin duda, son de un carácter muy confuso. Pero es precisamente por ello que los amigos oficiales y no oficiales de la URSS no están dispuestos, por regla general, a desentrañar las contradicciones internas del régimen soviético; por el contrario, están dispuestos de antemano a considerar toda oposición al estrato gobernante como una colaboración voluntaria o involuntaria con la reacción mundial. A esto hay que sumarle las relaciones diplomáticas y militares de la URSS dentro del contexto general de las relaciones

internacionales actuales. En varios países (Francia, Checoslovaquia y en cierta medida Gran Bretaña y los Estados Unidos) los sentimientos puramente nacionalistas y patrióticos predisponen a las masas democráticas a favor del gobierno soviético como adversario de Alemania y Japón. No hace falta mencionar que, para colmo, Moscú tiene palancas poderosas a su disposición, tanto tangibles como intangibles, con las cuales ejercer presión sobre la opinión pública en las más diversas capas de la sociedad. La agitación por la nueva constitución, “la más democrática del mundo”, que se hizo pública, no casualmente en vísperas de los juicios, ha despertado aún más las simpatías por Moscú. Se le aseguró así, desde el principio, una enorme preponderancia de confianza *a priori* al gobierno soviético. A pesar de todo esto, los acusadores omnipotentes no han convencido ni han conquistado a la opinión pública mundial, a la que trataron de tomar desprevenida. Por el contrario, la autoridad del gobierno soviético decayó bruscamente después de los juicios. Hay adversarios implacables del trotskismo, aliados de Moscú, e incluso muchos amigos tradicionales de la burocracia soviética, que han exigido la verificación de las acusaciones de Moscú. Basta recordar las medidas adoptadas por la II Internacional y la Federación Sindical Internacional en agosto de 1936. En su respuesta increíblemente descortés, el Kremlin, que había contado de antemano con una victoria total y absoluta, expuso su decepción en toda su amplitud. Friedrich Adler, secretario de la II Internacional y, en consecuencia, enemigo implacable del trotskismo, comparó los Procesos de Moscú con los juicios por brujería de la Inquisición. El conocido teórico reformista, Otto Bauer, quien considera posible declarar en la prensa que Trotsky especula con una guerra futura (¡una afirmación no sólo falsa sino también absurda!), se ve obligado, a pesar de toda su simpatía política por la burocracia estalinista, a reconocer que los Procesos de Moscú son montajes judiciales. El *New York Times*, un diario muy prudente que está lejos de albergar simpatía alguna por el trotskismo, resume el final del último juicio con las siguientes palabras:

“El peso de la evidencia recae no sobre Trotsky, sino sobre Stalin”. Esta simple frase demoledora reduce a cero la persuasión jurídica del procedimiento judicial de Moscú.

Si no fuera por las consideraciones diplomáticas, patrióticas y “antifascistas”, la falta de confianza en los acusadores de Moscú adquiriría dimensiones incomparablemente más amplias y vigorosas. Esto puede ser fácilmente demostrado por un ejemplo secundario, aunque muy instructivo. En octubre del año pasado se publicó en Francia mi libro *La revolución traicionada*. Hace unas semanas apareció en Nueva York. Ninguno de los tantos críticos, en su mayoría adversarios míos (entre ellos el ex primer ministro francés, Caillaux) siquiera mencionó el hecho de que el autor del libro había sido “condenado” por una alianza con el fascismo y el militarismo japonés contra Francia y los Estados Unidos. Nadie, absolutamente nadie (ni siquiera Louis Fischer) consideró necesario comparar mis conclusiones políticas con los cargos del Kremlin. Era como si nunca hubieran existido ni juicios ni ejecuciones en Moscú. Este simple hecho, si uno lo piensa, es la prueba irrefutable de que los sectores conscientes de la sociedad, empezando por el país más interesado y sensible, Francia, no sólo no han aceptado la acusación monstruosa, sino que, simplemente, la han descartado con un disgusto apenas disimulado.

No podemos, desgraciadamente, decir lo que piensa y siente la oprimida población de la Unión Soviética. Pero en todo el resto del mundo las masas explotadas son presas de una trágica confusión que envenena su pensamiento y paraliza su voluntad. O la vieja generación de dirigentes bolcheviques, con una sola excepción, realmente ha traicionado el socialismo a favor del fascismo, o la dirección actual de la URSS ha organizado un montaje judicial contra los fundadores del Partido Bolchevique y del estado soviético. Sí, es precisamente de esa forma que se presenta la cuestión: o el buró político de Lenin

estaba compuesto por traidores, o el buró político de Stalin está compuesto por falsificadores. ¡No existe una tercera posibilidad! Pero es precisamente por el hecho de que no existe una tercera posibilidad que la opinión pública progresista no puede, a riesgo de comprometer su propia existencia, evitar tomar esta decisión difícil y trágica y explicársela a las masas populares.

### *¿La investigación es políticamente admisible?*

La objeción semioficial planteada a menudo de que la labor de la comisión podría “perjudicar políticamente” a la URSS y ayudar al fascismo, constituye (como mínimo) una combinación de estupidez e hipocresía. Supongamos por un momento que los cargos del tribunal contra la Oposición tuvieran alguna base (es decir, que decenas de hombres no hubieran sido fusilados en vano). En ese caso, no sería muy problemático que un gobierno poderoso exponga los materiales de la investigación preliminar para llenar las lagunas de los registros de los procedimientos judiciales, explicar las contradicciones y disipar dudas. En ese caso, el examen sólo podría fortalecer la autoridad del gobierno soviético.

Pero, ¿qué sucedería si la comisión pusiera al descubierto el fraude premeditado de los cargos de Moscú? ¿La precaución política no dictaría entonces la necesidad de evitar el riesgo de una investigación? Esta consideración, que rara vez se expresa en forma franca y plena, se basa en la noción cobarde de que se puede luchar contra las fuerzas de la reacción con ficciones, patrañas y mentiras, como si el mejor remedio para curar una enfermedad consistiera en evitar llamarla por su nombre. Si el gobierno soviético actual es capaz de recurrir a sangrientas fabricaciones judiciales para engañar a su propio pueblo, no podrá ser el aliado del proletariado mundial en la lucha contra la reacción. En este caso, su inconsistencia interna tiene que revelarse en el primer gran choque histórico. Cuanto más rápido quede al descubierto la infección, la crisis inevitable llegará más pronto, y mayor será la esperanza de que las fuerzas vivas del organismo la superen a tiempo. Por otro lado, cerrar los ojos ante las enfermedades sólo implica extenderlas más profundamente en su interior. Esto llevaría a una gran catástrofe histórica.

Stalin le brindó el primer gran servicio a Hitler con la teoría y la práctica del “socialfascismo”. Le ha brindado un segundo servicio con los Procesos de Moscú. Estos juicios, en los que son aplastados y violados los valores morales más importantes, no se podrán borrar de la consciencia de la humanidad. Sólo se podrá ayudar a las masas a recuperarse de la herida infligida por los juicios exponiendo la verdad con total claridad.

El hecho de que cierto tipo de “amigos” se opongan a la investigación, que ya de por sí es un escándalo terrible, se debe a que hasta los defensores más acérrimos de la justicia de Moscú **no están íntimamente convencidos de la solidez del caso**. Esconden sus temores en secreto con argumentos completamente contradictorios y sin valor. ¡Según ellos, investigar es “intervenir en los asuntos internos de la URSS”! Pero, ¿el proletariado mundial no tiene derecho a intervenir en los asuntos internos de la URSS? En las filas de la Comintern siguen repitiendo: “La URSS es la patria de todos los explotados”. ¡Patria extraña aquella en cuyos asuntos nadie se atreve a intervenir! Si las masas trabajadoras sospechan de los actos de sus dirigentes, estos últimos tienen la obligación de darles explicaciones completas y todas las facilidades necesarias para una investigación. Ni el fiscal del estado, ni los jueces, ni los miembros del buró político de la URSS están exentos de esa regla elemental. Quien trate de elevarse por encima de la democracia obrera, por ese mismo acto, la traiciona.

A lo anterior hay que añadirle que no se trata de un asunto “interno” de la URSS, incluso cuando se ve desde un punto de vista puramente formal. Ya han pasado cinco años desde que la burocracia de Moscú me privó a mí, a mi esposa y a nuestro hijo mayor de la ciudadanía soviética. De esa manera, también renunciaron a todo derecho especial con respecto a nosotros. Se nos ha privado de una “patria” capaz de defendernos. Es natural que nos ubiquemos bajo la protección de la opinión pública internacional.

### ***La opinión del profesor Charles A. Beard***

En su respuesta del 19 de marzo de 1937 a George Novack, el secretario del Comité Norteamericano para la Defensa de León Trotsky, el profesor Charles A. Beard justifica su negativa a participar en la comisión de investigación con argumentos principistas, que en sí tienen un gran valor, más allá de la participación o no participación del célebre historiador en la comisión investigadora.

En primer lugar, nos enteramos de que el profesor Beard ha realizado “un cuidadoso estudio de muchos documentos del caso, incluyendo el informe oficial del último juicio de Moscú”. Se entiende, sin necesidad de hacer comentarios superfluos, el peso de semejante declaración por parte de un estudioso que sabe muy bien lo que es una investigación cuidadosa. El profesor Beard, de una manera muy cautelosa, aunque al mismo tiempo, absolutamente inequívoca, comunica “ciertas conclusiones” a las que ha llegado a través de su estudio de la cuestión. En primer lugar, dice, la acusación contra Trotsky se basa exclusivamente en las confesiones. “Luego de estudiar profundamente los problemas históricos, sé que las confesiones, incluso cuando se hacen voluntariamente, no son pruebas definitivas”. La palabra “incluso” indica claramente que la cuestión del carácter voluntario de las confesiones de Moscú es para este estudioso, como mínimo, discutible. Como ejemplo de las falsas autoacusaciones, el profesor Beard cita los casos clásicos de los juicios de la Inquisición, así como otros momentos en los que reinó la más oscura superstición. Esa sola comparación, que coincide con el desarrollo del pensamiento de Friedrich Adler, secretario de la II Internacional, habla por sí misma. Por otra parte, al profesor Beard le parece adecuado aplicar una regla que rige la jurisprudencia estadounidense, a saber: el acusado debe ser considerado inocente hasta que se presenten en su contra pruebas objetivas que no dejen lugar a duda razonable. Por último, el historiador escribe que:

Es casi, si no del todo, imposible probar la falsedad en tal caso, es decir, que el Sr. Trotsky no haya entablado las relaciones conspirativas que se le imputan. Naturalmente, como viejo revolucionario experimentado en este arte, no conservaría registros comprometedores de sus operaciones, si es que hubiera participado en ellas. Por otra parte, nadie en el mundo podría demostrar que no se hubiera involucrado en una conspiración, a menos que tuviera un guardia vigilándolo durante todo el período que abarcan los cargos. En mi opinión, no le corresponde al Sr. Trotsky hacer lo imposible (es decir, probar la falsedad mediante pruebas positivas), sino que les corresponde a sus acusadores proporcionar algo más que confesiones, proporcionar evidencias que corroboren actos específicos y manifiestos.

Como ya se ha dicho, las conclusiones alcanzadas son extremadamente importantes por sí mismas, ya que contienen una evaluación demoledora de la justicia de Moscú. Si las confesiones no confirmadas de dudoso carácter “voluntario” son insuficientes para acusarme a mí, también son insuficientes para acusar a todos los demás. Esto significa, según el profesor Beard, que decenas de personas inocentes, o cuya culpabilidad no se había demostrado, fueron fusiladas en Moscú. Los señores. verdugos



deberán enfrentar esta consideración hecha por un investigador excepcionalmente concienzudo sobre la base de un estudio cuidadoso del tema.

Sin embargo, debo decir que en mi opinión la decisión formal del profesor Beard (a saber, su negativa a participar en la investigación) no se deriva en absoluto de sus conclusiones materiales. De hecho, la opinión pública desea ante todo resolver el enigma: ¿la acusación se comprobó o no? Es precisamente esta cuestión la que desea resolver la comisión. El profesor Beard declara que él, personalmente, ya ha llegado a la conclusión de que la acusación no se ha comprobado, y que es por eso que no participa de la comisión. Me parece que una decisión correcta sería la siguiente: “Participo de la comisión con el fin de probar la exactitud de mis conclusiones”. Queda absolutamente claro que la decisión colectiva de la comisión, en la que se encuentran representantes de las diversas ramas del trabajo intelectual, tendrán mucho más peso en la opinión pública que las conclusiones de una sola persona, incluso una de gran autoridad.

Las conclusiones del profesor Beard, a pesar de toda su importancia, son sin embargo incompletas, incluso en su esencia material. La cuestión no consiste simplemente en saber si la acusación contra mí ha sido comprobada. En Moscú han fusilado a decenas de personas. Decenas más aguardan su ejecución. Están bajo sospecha cientos y miles de personas, acusadas indirectamente o calumniadas, no sólo en la URSS sino también en el resto del mundo. Todo esto sobre la base de “confesiones”, que el profesor Beard es capaz de comparar con las confesiones de las víctimas de la Inquisición. La pregunta fundamental, en consecuencia, se debe formular de la siguiente manera: ¿quién organiza estos juicios inquisitoriales, estas cruzadas de la calumnia, por qué y con qué propósito? Cientos de miles de hombres en todo el mundo están firmemente convencidos, y millones sospechan, que los juicios descansan sobre falsificaciones sistemáticas dictadas por objetivos políticos definidos. Es precisamente esta acusación contra la camarilla gobernante de Moscú la que espero poder demostrar ante la comisión. En consecuencia, se trata no sólo de un hecho de carácter “negativo” (es decir, que Trotsky *no* ha participado en un complot) sino también de un hecho positivo, es decir, que Stalin *sí* organizó la farsa más grande de la historia de la humanidad.

Sin embargo, incluso con respecto a los “hechos negativos”, no puedo aceptar el juicio exageradamente categórico del profesor Beard. Él supone que, por ser un revolucionario experimentado, yo no conservaría documentos comprometedores. Esto es absolutamente correcto. Pero tampoco les escribiría cartas a los conspiradores de la manera menos prudente y más comprometedora. No revelaría descuidadamente los planes más secretos a jóvenes desconocidos, ni les encargaría desde nuestro primer encuentro graves misiones terroristas. Ya que el profesor Beard me concede cierta credibilidad como conspirador, yo, sobre la base de esa misma credibilidad, puedo desacreditar totalmente las “confesiones”, en las que se me presenta como un conspirador de opereta, ante todo interesado en suministrarle el mayor número posible de testigos contra mí al futuro fiscal. Lo mismo vale para los otros acusados, especialmente Zinóviev y Kámenev. Sin ton ni son, amplían el círculo de los iniciados. Su falta de prudencia tan patente tiene un carácter deliberadamente calculado. No obstante, no hay una pizca de evidencia en manos de la fiscalía. Todo el asunto se basa en conversaciones, o más precisamente, en los recuerdos de supuestas conversaciones. La falta de pruebas (nunca dejaré de repetirlo) no sólo aniquila los cargos, sino que también constituye una terrible prueba contra los mismos acusadores.

Sin embargo, también tengo pruebas más directas, y, además, bastante positivas del “hecho negativo”. No es algo tan inusual en la jurisprudencia. Naturalmente, es difícil demostrar que en ocho años de exilio no haya tenido reuniones secretas (con cualquiera, en cualquier lugar) dedicadas a una conspiración contra las autoridades soviéticas, pero

eso no es lo importante. Los testigos más importantes de la acusación, los propios acusados, se ven obligados a indicar cuándo y dónde se reunieron conmigo. En todos estos casos, gracias a las circunstancias de mi modo de vida (la vigilancia policial, la presencia constante de una guardia compuesta de amigos, cartas diarias, etc.), puedo demostrar con certeza irrefutable que no estaba ni podría haber estado en los lugares nombrados en los momentos indicados. En el lenguaje jurídico, semejante prueba positiva de un hecho negativo se llama una coartada. Además, es absolutamente indiscutible que no habría mantenido registros de mis crímenes entre mis archivos si los hubiera cometido. Pero mis archivos son importantes para la investigación, no por lo que falta, sino por lo que contienen. El conocimiento positivo del desarrollo diario de mi pensamiento y mis actos a lo largo de un período de nueve años (un año de destierro y ocho del exilio) es completamente suficiente para demostrar un hecho “negativo”; a saber, que no pude haber cometido actos contrarios a mis convicciones, a mis intereses, a todo mi carácter.

### *Un examen “puramente jurídico”*

Los agentes del gobierno de Moscú saben muy bien que sus veredictos no pueden sostenerse sin el apoyo de la opinión experta autorizada. Para ello, el abogado inglés Pritt fue invitado secretamente al primer juicio, y otro abogado inglés, Dudley Collard, al segundo. En París, tres abogados (desconocidos, aunque muy fieles a la GPU) trataron de utilizar para el mismo propósito el renombre de la Asociación Jurídica Internacional. Mediante un acuerdo con la embajada soviética, el oscuro abogado francés Rosenmark, actuando bajo la cobertura de la Liga por los Derechos del Hombre, emitió una opinión experta no menos benevolente que ignorante. En México, los “Amigos de la Unión Soviética” le han propuesto al “Frente de Abogados Socialistas” (de modo para nada casual) que lleve a cabo una investigación jurídica de los Procesos de Moscú. Parece que se están preparando iniciativas similares en los Estados Unidos. El Comisariado del Pueblo de Justicia en Moscú ha publicado en idiomas extranjeros el informe “textual” del juicio a los diecisiete (Piatakov, Radek, etc.), para facilitar la obtención por parte de juristas reconocidos de la certificación de que las víctimas de la Inquisición fueron fusiladas en total conformidad con las normas establecidas por los inquisidores.

De hecho, la certificación de un reconocimiento meramente formal de reglas externas y del ritual de la jurisprudencia tiene una importancia cercana a cero. La esencia del asunto está en las condiciones materiales de la preparación y realización del juicio. Por supuesto, incluso si uno ignora por un momento los factores decisivos que se encuentran fuera del tribunal, uno no puede dejar de reconocer que los Procesos de Moscú son una burla pura y simple a la justicia. La investigación, en el vigésimo aniversario de la revolución, se lleva a cabo en absoluto secreto. Toda la vieja generación de bolcheviques es juzgada por un tribunal militar integrado por tres funcionarios militares despersonalizados. Todo el proceso está dominado por un fiscal que ha sido toda la vida, y sigue siendo, enemigo político de los acusados. Se renuncia a la defensa, y el procedimiento está privado de todo vestigio de controversia. Las pruebas materiales no son presentadas ante el tribunal; se habla de ellas, pero no existen. Los testigos mencionados por el fiscal o por los demandados no son interrogados. Toda una serie de acusados que forman parte de la investigación judicial están ausentes del banquillo de los acusados, por razones desconocidas. Dos de los principales acusados que están en el extranjero ni siquiera son informados sobre el juicio, y, como los testigos que están fuera de Rusia, se ven privados de toda posibilidad de tomar medidas para revelar la verdad. El diálogo judicial está totalmente armado sobre la base de un juego preestablecido de

preguntas y respuestas. El fiscal no le hace ni una sola pregunta concreta a ninguno de los acusados que podría ponerlo en aprietos y exponer las contradicciones materiales de su confesión. El juez que preside cubre servilmente la obra de la fiscalía. Es precisamente el carácter “textual” del registro lo que revela más claramente el malicioso encubrimiento de la fiscalía y los jueces. A esto hay que agregarle que apenas inspira confianza la autenticidad del registro en sí.

Pero por más importantes que sean en sí mismas estas consideraciones, al plantear, como vemos, muchos elementos para el análisis jurídico, son sin embargo de carácter secundario o terciario, ya que se refieren a la *forma* de la fabricación y no a su *esencia*. En teoría, se puede imaginar que si Stalin, Vishinsky y Yezhov son capaces, a lo largo de un período de cinco a diez años, de montar sus juicios con impunidad, alcanzarían una técnica tan acabada que todos los elementos de la jurisprudencia se encontrarían en consonancia formal entre sí y con las leyes existentes. Pero la perfección de la técnica jurídica de la fabricación no la acercará ni un milímetro más a la verdad.

En un juicio político de importancia tan excepcional, el jurista no puede divorciarse de las condiciones **políticas** de las que surgió el juicio y bajo las cuales se condujo la investigación preliminar; concretamente, la opresión totalitaria a la que, en definitiva, todos están sometidos: acusados, testigos, jueces, abogados, e incluso la propia fiscalía. Este es el *quid* de la cuestión: bajo un régimen despótico y sin controles que concentra en las mismas manos todos los medios de coerción política, económica, física y moral, el proceso jurídico deja de serlo como tal. Es una teatralización jurídica, con los roles asignados de antemano. Los acusados aparecen en escena sólo luego de una serie de ensayos, que le da al director la seguridad total de antemano de que no sobrepasarán los límites de sus personajes. En este sentido, como en todos los demás, los procesos judiciales sólo representan la coagulación del régimen político de la URSS en su conjunto. En todas las audiencias, los oradores dicen sólo una cosa, siempre la misma, a instancias del orador principal, con total desprecio por lo que ellos mismos dijeron el día anterior. En los diarios, todos los artículos insisten en una directiva, siempre la misma, en el mismo idioma. En sintonía con la batuta del director de orquesta, los historiadores, los economistas (incluso los estadísticos) reordenan el pasado y el presente sin observación alguna por los hechos, los documentos, ni las ediciones anteriores de sus propios libros. En los jardines de infantes y en las escuelas, todos los niños glorifican con las mismas palabras a Vishinsky y maldicen a los acusados. Nadie actúa de esta manera por su propia voluntad, todo el mundo viola su propia voluntad. El carácter monolítico del proceso judicial, en el que los acusados intentan superarse entre sí en la repetición de las fórmulas del fiscal, no constituye por ende excepción alguna a la regla, sino sólo la expresión más repugnante del régimen totalitario inquisitorial. No es un tribunal el que vemos en acción, sino una obra en la que los protagonistas interpretan sus papeles a punta de pistola. La obra se podrá interpretar bien o mal, pero se trata de la técnica inquisitorial y no de la justicia. El examen “puramente jurídico” de los Procesos de Moscú se reduce esencialmente a la cuestión de si la fabricación se ejecutó bien o mal.

Para esclarecer aún más la cuestión (en la medida en que requiera de esclarecimiento) tomemos un nuevo ejemplo del ámbito de la ley constitucional. Luego de que Hitler tomó el poder, declaró contra toda expectativa, que no tenía intención alguna de cambiar las leyes fundamentales del estado. La mayoría de la gente probablemente haya olvidado que hasta el día de hoy en Alemania se mantiene intacta la Constitución de Weimar, pero en su marco jurídico Hitler ha introducido el contenido de la dictadura totalitaria. Imaginemos a un experto que, ajustándose los anteojos de estudioso y armándose de documentos oficiales, se proponga estudiar la estructura del estado alemán “desde un punto de vista puramente jurídico”. Luego de varias horas de esfuerzo

intelectual, descubrirá que la Alemania de Hitler es una república democrática más clara que el agua (sufragio universal, un parlamento que le otorga plenos poderes al “Führer”, autoridades judiciales independientes, etc., etc.). Todo hombre sensato, sin embargo, gritará a viva voz que una “apreciación” jurídica de esta naturaleza es, en el mejor de los casos, una muestra de cretinismo jurídico.

La democracia se basa en la lucha irrestricta de clases, de partidos, de programas e ideas. Si se ahoga esta lucha, queda en su lugar sólo una cáscara vacía apta para enmascarar una dictadura fascista. La jurisprudencia contemporánea se basa en la lucha entre la acusación y la defensa, una lucha que se lleva a cabo según determinadas formas judiciales. Siempre que el conflicto entre las partes se vea sofocado por la violencia extrajudicial, las formas judiciales, fueran cuales fueran, se convierten en la mera cobertura de la inquisición. Una investigación genuina de los Procesos de Moscú no puede evitar abarcar todos sus aspectos. Utilizará, por supuesto, los informes “textuales” aunque no como elementos independientes sino como parte constituyente de un gran drama histórico, cuyos factores determinantes permanecen en el detrás de escena de la teatralización judicial.

### *Autobiografía*

En sus conclusiones finales del 28 de enero, Vishinsky dijo: “Trotsky y los trotskystas siempre han sido los agentes del capitalismo en el movimiento obrero”. Vishinsky denunció “el rostro del trotskysmo real y genuino; este viejo enemigo de obreros y campesinos, este viejo enemigo del socialismo, el leal servidor del capitalismo”. Pintó la historia del “trotskysmo que pasó sus más de treinta años de existencia preparándose para su conversión final en un desprendimiento del fascismo, en uno de los departamentos de la policía fascista”.

Mientras que los publicistas extranjeros de la GPU (en las publicaciones como *Daily Worker*, *New Masses*, etc.) gastan sus energías en intentar explicar, con la ayuda de hipótesis y analogías históricas finamente hiladas, cómo un marxista revolucionario puede transformarse en fascista en la sexta década de su vida, Vishinsky aborda la cuestión de manera totalmente distinta: Trotsky **siempre** ha sido un agente del capitalismo y un enemigo de los obreros y campesinos; durante treinta y tantos años se ha estado preparando para convertirse en agente del fascismo. Vishinsky dice lo que dirán los publicistas del *New Masses*, aunque sólo más tarde. Es por eso que prefiero dirigirme a Vishinsky. A las afirmaciones categóricas del fiscal de la URSS, opongo los hechos igualmente categóricos de mi vida.

Vishinsky se equivoca cuando habla de mis treinta años de preparación para el fascismo. Los hechos, la aritmética, la cronología, así como la lógica, no son, en general, los puntos fuertes de esta acusación. De hecho, el mes pasado marcó los cuarenta años de mi participación incesante en el movimiento obrero bajo las banderas del marxismo.

A los dieciocho años, organicé en forma ilegal la “Liga obrera del Sur de Rusia”, que sumaba más de 200 trabajadores. Con la ayuda de un hectógrafo, editaba un periódico revolucionario, *Nashe Delo* [Nuestra Causa]. En el momento de mi primer exilio a Siberia (1900-1902), participé de la creación de la “Liga Siberiana de la Lucha por la Emancipación de la Clase Trabajadora”. Luego de mi huida al extranjero, me uní a la organización socialdemócrata *Iskra*, encabezada por Plejánov, Lenin y otros. En 1905, asumí tareas dirigentes en el primer Sóviet de Diputados Obreros de Petersburgo.

Pasé cuatro años y medio en la cárcel, fui exiliado dos veces a Siberia, en donde pasé alrededor de dos años y medio. Me escapé dos veces de Siberia. Durante dos

períodos, pasé alrededor de doce años en el exilio bajo el zarismo. En 1915, en Alemania, fui condenado a prisión en rebeldía por actividades contra la guerra.

Fui expulsado de Francia por el mismo “crimen”, detenido en España, e internado por el gobierno británico en un campo de concentración canadiense. Fue de esta manera que realicé mi función de “agente del capitalismo”.

El cuento de los historiadores estalinistas de que fui menchevique hasta 1917 es una de sus acostumbradas falsificaciones. Desde el día en que el bolchevismo y el menchevismo se definieron política y organizativamente (1904), permanecí formalmente por fuera de ambas fracciones, pero tal como lo demuestran las tres revoluciones rusas, mi línea política, a pesar de conflictos y polémicas, coincidió en todos sus aspectos fundamentales con la línea de Lenin.

El desacuerdo más importante entre Lenin y yo en aquellos años era mi esperanza de que, a través de la unificación con los mencheviques, la mayoría de estos últimos podrían ser empujados al camino de la revolución. Sobre esta candente cuestión, Lenin tenía toda la razón. Sin embargo, hay que recordar que en 1917 las tendencias hacia la “unificación” eran muy fuertes entre los bolcheviques. El 1 de noviembre de 1917, en la reunión de Comité del Partido de Petrogrado, Lenin señaló al respecto: “Trotsky ha dicho hace ya bastante tiempo que el acuerdo era imposible. Trotsky lo ha comprendido y, desde entonces, no ha habido mejor bolchevique que él”.

Desde fines de 1904, defendí la visión de que la revolución rusa sólo podía desembocar en la **dictadura del proletariado**, que a su vez debe llevar a la transformación socialista de la sociedad, tras el desarrollo victorioso de la revolución mundial.

Una minoría de mis adversarios actuales consideraba fantástica esta perspectiva hasta abril de 1917, y la catalogaron hostilmente de “trotskismo”, oponiéndole el programa de la república democrático-burguesa. En cuanto a la mayoría aplastante de la burocracia actual, no respaldaron el poder soviético hasta después del final victorioso de la guerra civil.

Durante mis años de exilio, participé del movimiento obrero de Austria, Suiza, Francia y los Estados Unidos. Recuerdo con gratitud mis años en el exilio; me dieron la posibilidad de acercarme a la vida de la clase obrera mundial y de hacer que el internacionalismo pase de ser un concepto abstracto para convertirse en la fuerza motora del resto de mi vida.

Durante la guerra, primero en Suiza y luego en Francia, hice propaganda contra el chovinismo que consumía la II Internacional. Durante más de dos años publiqué en París, bajo la censura militar, un diario ruso, en el espíritu del internacionalismo revolucionario. En esta labor estuve en contacto estrecho con los elementos internacionalistas de Francia, y participé, junto con sus representantes, de la conferencia internacional de los opositores al chovinismo en Zimmerwald (1915). Seguí haciendo el mismo trabajo durante mi estadía de dos meses en los Estados Unidos.

Al llegar a Petrogrado (el 5 de mayo de 1917) del campo de concentración canadiense en donde les había enseñado las ideas de Liebknecht y Luxemburg a los marineros alemanes encarcelados, participé directamente de la preparación y organización de la revolución de octubre, en particular durante los cuatro meses decisivos en que Lenin se vio obligado a ocultarse en Finlandia.

En 1918, en un artículo en el que su tarea consistía en limitar lo que había sido mi papel en la revolución de octubre, Stalin sin embargo se vio obligado a escribir:

Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata de Trotsky, presidente del Sóviet de Petrogrado. Puede decirse con seguridad que la adhesión de la guarnición al sóviet y la hábil organización del trabajo

del Comité Militar Revolucionario se los debe el partido, ante todo y, sobre todo, al camarada Trotsky (*Pravda* N° 241, 6 de noviembre de 1918).

Esto no le impidió a Stalin escribir seis años más tarde:

El camarada Trotsky, hombre relativamente nuevo para nuestro partido, durante el período de octubre no jugó ni pudo jugar ningún papel particular ni en el partido ni en la insurrección de octubre (J. Stalin, *Trotskyismo o leninismo*, pp.68/9).

En la actualidad, la escuela de Stalin, con la ayuda de sus propios métodos científicos, con los que son educados tanto el tribunal como la fiscalía, considera incuestionable que no dirigió la revolución de octubre, sino que me opuse a ella. Sin embargo, estas falsificaciones históricas no tienen nada que ver con mi autobiografía, sino con la biografía de Stalin.

Luego de la revolución de octubre, fui funcionario durante cerca de nueve años. Participé directamente en la construcción del estado soviético, en la diplomacia revolucionaria, el Ejército Rojo, la organización económica y la Internacional Comunista. Durante tres años, comandé directamente la guerra civil. Para esta ardua tarea, me vi obligado a recurrir a medidas drásticas.

Por ellas asumo plena responsabilidad ante la clase obrera mundial y ante la historia. La justificación de las medidas rigurosas se hallaba en su necesidad histórica y en su carácter progresivo, en su correspondencia con los intereses fundamentales de la clase obrera. A todas las medidas represivas dictadas por las condiciones de la guerra civil las he llamado por su nombre, y las he expuesto públicamente ante las masas trabajadoras. No tengo nada que ocultarle al pueblo, tampoco tengo nada que ocultarle hoy a la comisión.

Cuando en ciertos círculos del partido, no sin la participación solapada de Stalin, surgió una oposición a los métodos que empleaba para dirigir la guerra civil, Lenin, en julio de 1919, por iniciativa propia y de forma totalmente inesperada por mí, me entregó una hoja de papel en blanco, sobre la que había escrito en la parte inferior:

¡Camaradas! Conociendo el carácter estricto de las órdenes dadas por el camarada Trotsky, estoy tan convencido, absolutamente convencido que la orden dada por el camarada Trotsky es correcta, adecuada y esencial para el bien de la causa, que la avalo totalmente.

El papel no llevaba fecha. En el caso de ser necesario, yo mismo debía agregarla. Es conocida la precaución de Lenin en todo lo referente a sus relaciones con los trabajadores. Sin embargo, consideraba posible firmar por adelantado una orden mía, por más que de estas órdenes a menudo dependiera la suerte de un gran número de hombres. Lenin no temía que abusara de mi poder. Agregaré que no usé ni una sola vez esta carta blanca que me dio Lenin. Pero este documento es testimonio de la confianza excepcional de un hombre a quien considero el modelo más elevado de la moral revolucionaria.

Participé directamente de la redacción de los documentos programáticos y las tesis tácticas de la III Internacional<sup>53</sup>. Lenin y yo compartíamos los informes principales sobre la situación internacional ante los congresos. Yo escribí los manifiestos programáticos de los primeros cinco congresos. Dejo a los fiscales de Stalin la tarea de explicar qué lugar ocupaba esta actividad en mi camino hacia el fascismo. En lo que a mí respecta, todavía sostengo firmemente los principios que, codo a codo con Lenin, propuse como base de la Internacional Comunista.

Rompí con la burocracia gobernante cuando, debido a causas históricas que no puedo abordar adecuadamente aquí, ésta se transformó en una casta conservadora y

<sup>53</sup> *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, Trotsky, *Obras Escogidas de León Trotsky en español* – Edicions Internacionals Sedov.

privilegiada. Las razones de la ruptura están escritas y figuran, en cada uno de sus pasos, en documentos oficiales, libros y artículos accesibles para su verificación general.

He defendido la democracia soviética contra el absolutismo burocrático; la mejora del nivel de vida de las masas contra los privilegios excesivos de la cumbre del poder, la industrialización y la colectivización sistemáticas a favor de los explotados, y, por último, la política internacional en el espíritu del internacionalismo revolucionario contra el conservadurismo nacionalista. En mi último libro, *La revolución traicionada*, intenté explicar teóricamente por qué el estado soviético aislado, sobre las bases de una economía atrasada, ha construido la pirámide monstruosa de la burocracia, que fue casi automáticamente coronada con un líder “infalible” y más allá de todo control.

A medida que ahogaba al partido por medio del aparato policial y aplastaba la oposición, la camarilla gobernante me desterró a Asia Central a principios de 1928. Al negarme a interrumpir mi actividad política en el exilio, me deportaron a Turquía a principios de 1929. Allí comencé a publicar el *Boletín de la Oposición* sobre la base del mismo programa que había defendido en Rusia, y entré en contacto con compañeros de ideas de todas partes del mundo, siendo aún muy pocos en aquel entonces.

El 20 de febrero de 1932, la burocracia soviética me privó, a mí y a los miembros de mi familia que se hallaban en el extranjero, de la ciudadanía soviética. Mi hija Zinaida, que estaba temporalmente en el exterior para recibir un tratamiento médico, se vio privada de la posibilidad de volver a la URSS para reunirse con su esposo e hijos. Se suicidó el 5 de enero de 1933.

Les presento una lista de mis libros y folletos más importantes, todos o casi todos ellos escritos durante mi último período de exilio y deportación. Según los cálculos de mis jóvenes colaboradores, quienes en toda mi obra me han aportado y me están aportando una ayuda dedicada e insustituible, he escrito 5.000 páginas durante mi período en el extranjero, sin contar mis artículos y cartas, que en su conjunto sumarían varios miles de páginas más. ¿Se me permite añadir que no escribo con facilidad? Realizo numerosas verificaciones y correcciones.

Mi obra literaria y mi correspondencia, por lo tanto, han constituido el contenido principal de mi vida en los últimos nueve años. La línea política de mis libros, artículos y cartas habla por sí misma. Las citas extraídas de mis obras y presentadas por Vishinsky representan, tal como demostraré, una falsificación burda; es decir, un elemento necesario de toda la fabricación judicial.

En el período de tiempo que va de 1923 a 1933, con respecto al estado soviético, su partido dirigente y la Internacional Comunista, sostuve la opinión expresada en aquellas palabras grabadas: **reforma, no revolución**. Esta posición estaba alimentada por la esperanza de que, con una evolución favorable en Europa, la Oposición de Izquierda podría regenerar el Partido Bolchevique por medios pacíficos, reformar democráticamente el estado soviético y encarrilar nuevamente a la Internacional Comunista en el camino del marxismo. Sólo la victoria de Hitler, preparada por la política fatal del Kremlin, y la total incapacidad de la Internacional Comunista de extraer lección alguna de la trágica experiencia de Alemania, me convencieron a mí y a mis compañeros de ideas de que el viejo Partido Bolchevique y la III Internacional habían muerto para siempre en lo que respecta a la causa del socialismo. Así desapareció el único medio jurídico con el que esperaba poder llevar a cabo una reforma pacífica y democrática del estado soviético. Desde fines de 1933, me he convencido cada vez más de que para que las masas trabajadoras de la URSS y la base social fundada por la revolución de octubre se emancipen del control de la nueva casta parasitaria es inevitable históricamente una revolución **política**. Naturalmente, un problema de tan tremenda magnitud provocó una lucha ideológica apasionada a escala internacional.

La degeneración política de la Comintern, totalmente maniatada por la burocracia soviética, llevó a la necesidad de lanzar la consigna de la IV Internacional y de redactar las bases de su programa. Los libros, artículos y boletines de discusión relacionados se encuentran a disposición de la comisión, y constituyen la mejor prueba de que no se trata de un “camuflaje”, sino de una lucha ideológica intensa y apasionada basada en las tradiciones de [los primeros congresos de la Internacional Comunista](#). He estado en contacto continuo con docenas de viejos amigos y cientos de jóvenes de todas partes del mundo, y puedo afirmar con toda seguridad y orgullo que precisamente de esta juventud surgirán los luchadores proletarios más firmes y confiables de la nueva época que se avecina.

Renunciar a la esperanza de una reforma **pacífica** del estado soviético no significa, sin embargo, renunciar a la **defensa** del estado soviético. Como se demuestra especialmente en la colección de extractos de mis artículos a lo largo de los últimos diez años, que recientemente llegó a Nueva York, he luchado invariable e implacablemente contra toda vacilación sobre la cuestión de la defensa de la URSS. He roto más de una vez con mis amigos por esta cuestión. En mi libro *La revolución traicionada*, demostré teóricamente la tesis de que la guerra no sólo amenaza a la burocracia soviética, sino también a la nueva base social de la URSS, que representa un enorme paso adelante en el desarrollo de la humanidad. A partir de esta conclusión, se desprende el deber absoluto de todo revolucionario de defender la URSS contra el imperialismo, **a pesar** de la burocracia soviética.

Mis escritos del mismo período proporcionan un retrato inequívoco de mi actitud hacia el fascismo. Desde el primer período de mi exilio en el extranjero, di la voz de alarma sobre la cuestión de la creciente ola fascista en Alemania. [La Comintern me acusó de “sobrestimar” al fascismo y “entrar en pánico” ante él. Exigí el frente único de todas las organizaciones de la clase obrera. A esta perspectiva, la Comintern opuso la teoría idiota del “socialfascismo”](#). Exigí la organización sistemática de milicias obreras. La Comintern respondió alardeando sobre sus victorias futuras. Señalé que la URSS se vería gravemente amenazada en el caso de una victoria de Hitler. El conocido escritor, Osietzky publicó mis artículos en su revista y demostró una gran simpatía por ellos en sus observaciones. Todo fue en vano. La burocracia soviética usurpó la autoridad de la revolución de octubre para convertirla en nada más que un obstáculo para el triunfo de la revolución en otros países. ¡Sin la política de Stalin no habríamos tenido la victoria de Hitler! Los Procesos de Moscú, en un grado considerable, nacieron de la necesidad del Kremlin de obligar al mundo a olvidar su política criminal en Alemania. “Si se demuestra que Trotsky es agente del fascismo, ¿quién, entonces, considerará el programa y las tácticas de la [IV Internacional?](#)”. Tal fue el razonamiento de Stalin.

Es bien conocido que durante la guerra se declaró a todos los internacionalistas como agentes del gobierno enemigo. Tal fue el caso de [Rosa Luxemburg](#), Karl Liebknecht, Otto Rühle y otros en Alemania, de mis amigos franceses (Monatte, Rosmer, Lorient, etc.), de Eugene Debs y otros en los Estados Unidos y, finalmente, fue el de Lenin y el mío en Rusia. [El gobierno británico me encarceló en un campo de concentración en marzo de 1917](#) bajo el cargo, inspirado por la Ojrana zarista, de que, bajo un acuerdo con el alto mando alemán, yo intentaba derrocar al gobierno provisional de Miliukov-Kerensky. Hoy esta acusación parece un plagio de Stalin y Vishinsky. En realidad, son Stalin y Vishinsky quienes están plagiando el sistema de contraespionaje zarista y el servicio de inteligencia británico.

El 16 de abril de [1917](#), cuando estaba en el campo de concentración con los marineros alemanes, Lenin escribió en *Pravda*:



¿Puede concederse crédito... a la noticia de que Trotsky, presidente del Sóviet de los Diputados Obreros de Petrogrado en 1905, un revolucionario que ha consagrado tantos años al servicio desinteresado de la revolución; que un hombre como éste se halle complicado para nada en un plan subvencionado por el gobierno germano? ¡Es una calumnia descarada, inaudita y villana que se lanza contra un revolucionario! (*Pravda*, N° 34).

“Qué bien suenan ahora estas palabras”, escribí el 21 de octubre de 1927 (¡repito, en 1927!), “en el preciso momento en que se cubre de infames calumnias a la Oposición, y cuyas calumnias no se diferencian nada de las lanzadas en 1917 contra los bolcheviques”.

Por ende, hace diez años (es decir, mucho antes de la creación de los centros “unificados” y “paralelos” y antes del “vuelo” de Piatakov a Oslo) Stalin ya lanzaba contra la Oposición todas las insinuaciones y calumnias que Vishinsky convirtió más tarde en acusación. Sin embargo, si en 1917 Lenin consideraba que mi pasado revolucionario de veinte años era en sí mismo refutación suficiente de estas sucias insinuaciones, me atrevo a pensar que los veinte años que han transcurrido desde entonces (en sí mismos de una importancia suficiente) me otorgan el derecho a citar mi autobiografía como uno de los argumentos más importantes contra la acusación de Moscú.

### ***Un interrogatorio “puramente judicial” [Mi situación jurídica]***

La necesidad misma de tener que “justificarse” contra el cargo de estar en connivencia con Hitler y el Mikado indica la profundidad de la reacción que ha conquistado hoy en día gran parte de nuestro planeta, y la Unión Soviética en particular. Pero ninguno de nosotros puede saltar etapas históricamente condicionadas. Pongo mi tiempo y mi energía a disposición de la comisión con entera voluntad. Es superfluo señalar que no guardo ni puedo guardar secretos ante la comisión. La propia comisión comprenderá la necesidad de proceder cautelosamente con respecto a terceros, en particular con ciudadanos de territorios fascistas y de la Unión Soviética. Estoy dispuesto a contestar **todas** las preguntas y poner a disposición de la comisión toda mi correspondencia, tanto personal como política.

Al mismo tiempo, me parece necesario declarar de antemano que no me considero en absoluto un “acusado” ante el tribunal de la opinión pública. Ni siquiera existe una base formal para semejante caracterización. Las autoridades de Moscú no llegaron a acusarme ni en uno solo de los juicios. Y, desde ya, no es casualidad. Para acusarme habrían tenido que convocarme ante el tribunal, o exigir mi extradición. Para ello, habrían tenido que anunciar la fecha del juicio y haber publicado la acusación al menos algunas semanas antes de la apertura del proceso judicial. Pero Moscú no pudo siquiera llegar a eso. Todo su plan consistía en tomar por sorpresa a la opinión pública, y tener preparados de antemano a los Pritt y Duranty como comentaristas y reporteros. Sólo podrían haber pedido mi extradición mediante el planteo de la cuestión ante un tribunal francés, noruego o mexicano, ante los ojos de la prensa mundial. ¡Pero eso habría implicado un fracaso cruel para el Kremlin! Por esta misma razón, los dos juicios no representaron una acusación contra mí y contra mi hijo, **sino que fueron sólo una calumnia contra nosotros, llevada a cabo mediante un proceso legal, sin notificación, sin citación y a nuestras espaldas.**

El veredicto del último juicio establece que Trotsky y Sedov, “al haber sido hallados culpables... de dirigir personalmente las actividades de traición... en el caso de

ser descubiertos en el territorio de la URSS, serán sujetos a la detención y al juicio inmediatos”. Dejo de lado la cuestión de los medios técnicos por los cuales Stalin espera “descubrirnos” a mi hijo y a mí en territorio soviético (al parecer, sería por el mismo medio que le permitió a la GPU la noche del 7 de noviembre de 1936 “descubrir” una parte de mis archivos en un instituto histórico de París y transportarlos a Moscú en voluminosas valijas diplomáticas). El hecho que más llama la atención, sobre todos los demás, es que el veredicto, luego de hallarnos “culpables” a pesar de no haber sido acusados ni interrogados promete entregarnos al tribunal para ser procesados, en el caso de ser descubiertos. De esta manera, mi hijo y yo ya hemos sido “condenados”, pero aún no procesados. El objetivo de esta formulación sin sentido, aunque no casual, es el de armar a la GPU con la posibilidad de fusilarnos al “descubrirnos”, sin proceso judicial alguno. Stalin no puede darse el lujo de un juicio público contra nosotros, ni siquiera en la URSS.

Los más cínicos de los agentes de Moscú, incluido el diplomático soviético Troyanovsky, plantean el siguiente argumento: “Los criminales no pueden elegir sus propios jueces”. En su significado general, esta idea es correcta. Sólo hace falta determinar de qué lado de la línea divisoria se hallan los criminales. Si se acepta la visión de que los verdaderos criminales son los organizadores de los Procesos de Moscú (y es la opinión de círculos cada vez más amplios), ¿se les puede permitir constituirse en jueces de su propio caso? Por esta sola razón, la Comisión de Investigación se coloca por encima de ambas partes.

### *Tres categorías de pruebas*

El territorio cubierto por los Procesos de Moscú es inmenso. Si asumiera la tarea de refutar ante ustedes todas las falsas acusaciones lanzadas contra mí, aunque sea solamente las que figuran en los informes oficiales de los dos juicios de Moscú más importantes, me vería obligado a emplear demasiado tiempo. Basta con recordar que mi nombre figura en casi todas las páginas, y más de una vez. Espero tener la oportunidad de hablar más a fondo ante la Comisión en Pleno. Ahora, me veo obligado a imponerme considerables limitaciones. Por el momento, debo dejar de lado toda una serie de temas, siendo cada uno de ellos importantes para la refutación de los cargos. Para otra serie de temas, siendo aún más importantes, debo limitarme a un breve resumen, destacando únicamente el esquema general de las conclusiones que espero poder presentar ante la Comisión en un futuro. Sin embargo, intentaré exponer los puntos cruciales de los procesos soviéticos, de naturaleza tanto ética como empírica, y de aclararlos lo más posible. Estos puntos cruciales se dividen en tres planos:

I Los apologistas extranjeros de la GPU repiten monótonamente el mismo argumento: “Es imposible admitir que personas que son políticos veteranos y responsables se hubieran acusado de crímenes que nunca cometieron”. Pero estos caballeros se niegan obstinadamente a aplicar el mismo criterio de sentido común, no a las confesiones, sino a los propios crímenes. Sin embargo, es mucho más aplicable a estos últimos.

Mi punto de partida es que los acusados eran individuos responsables (es decir, normales) y, en consecuencia, no pudieron haber perpetrado crímenes absurdos contra sus ideas, todo su pasado y sus intereses actuales.

En la planificación de un crimen, cada uno de los acusados tenía lo que se puede definir desde el punto de vista jurídico como libertad de elección. Podía cometer el crimen, o abstenerse de hacerlo. Podía considerar si el crimen le convenía, si correspondía

a sus objetivos, si los medios empleados eran razonables, etc. En una palabra, procedió como una persona libre y responsable.

La situación, sin embargo, cambia radicalmente cuando el criminal real o fabricado cae en manos de la GPU, para quienes, por razones políticas, hace falta obtener a toda costa un testimonio determinado. Aquí, el “criminal” deja de ser él mismo. No es él quien decide, sino que todo está decidido por él.

Por eso, antes de abordar la cuestión de si el acusado actuó según las leyes del sentido común durante los juicios, se debe plantear una pregunta preliminar: ¿es posible que los acusados hubieran cometido los crímenes increíbles que confesaron?

¿El asesinato de Kírov benefició a la Oposición? Y si no la benefició, ¿no benefició a la burocracia atribuirle el asesinato de Kírov a la Oposición, cualquiera fuera el costo?

¿Era beneficioso para la Oposición cometer actos de sabotaje, provocar explosiones en minas y organizar descarrilamientos de ferrocarriles? Y si no lo fue, ¿no benefició a la burocracia cargar sobre la Oposición la responsabilidad por los errores y accidentes en la industria?

¿Era beneficioso para la Oposición entablar una alianza con Hitler y el Mikado? Y si no, ¿no benefició a la burocracia obtener de la Oposición la confesión de haber pactado una alianza con Hitler y el Mikado?

*Qui prodest?* Basta con formular esta pregunta en forma clara y precisa para dilucidar los primeros esbozos de la respuesta.

II En el último juicio, como en todos los anteriores, la única base de los cargos son los monólogos estandarizados de los acusados, quienes, al repetir los pensamientos y las expresiones del fiscal, se superan entre sí en la confesión, e invariablemente me nombran a mí como el organizador principal del complot. ¿Cómo se explica este hecho?

En sus conclusiones finales, Vishinsky intenta esta vez justificar la ausencia de pruebas objetivas mediante la consideración de que los conspiradores no tenían carnés de afiliación al partido, no llevaban registros, etc., etc. Estos argumentos resultan doblemente miserables en suelo ruso, donde los complots y los juicios se extienden a lo largo de muchas décadas. Los conspiradores escriben cartas pseudoconvencionales, pero la policía puede incautar esas cartas en un allanamiento, y pasarían a constituir pruebas serias. Los conspiradores recurren con bastante frecuencia a la tinta química, pero la policía zarista ha incautado este tipo de cartas cientos de veces para presentarlas ante los tribunales. Entre los conspiradores hay provocadores que le dan a la policía información concreta sobre el avance del complot, y posibilitan la incautación de documentos, laboratorios, e incluso el arresto de los mismos conspiradores en la escena del crimen. No encontramos nada de eso en los juicios de Stalin-Vishinsky. A pesar de la duración de cinco años del más extravagante de los complots, con ramificaciones en todo el país y conexiones que cruzan las fronteras occidental y oriental, a pesar de los innumerables allanamientos e incautaciones e incluso los robos de archivos, la GPU no ha sido capaz de presentar ante el tribunal una sola evidencia concreta. Los acusados se refieren sólo a sus conversaciones reales o fabricadas sobre el complot. La investigación judicial es una conversación sobre conversaciones. El “complot” no tiene consistencia material.

Por otra parte, la historia, tanto de la lucha revolucionaria como contrarrevolucionaria, no conoce ningún caso en el que decenas de conspiradores experimentados, durante un período de años, hubieran cometido crímenes sin precedentes, y que luego de su detención, a pesar de la falta de pruebas, hubieran confesado sin excepción, traicionándose entre sí y acusando furiosamente a su “líder” ausente. ¿Cómo es posible que los mismos criminales que ayer asesinaron a dirigentes,

destrozaron la industria, prepararon la guerra y el desmembramiento del país, puedan cantar hoy tan dócilmente la canción que quiere escuchar la fiscalía?

Estas dos características fundamentales de los Procesos de Moscú (la **ausencia de pruebas** y el **carácter epidémico de las confesiones**) no pueden sino despertar sospechas en todo hombre pensante. **La verificación objetiva de las confesiones**, por lo tanto, asume así una importancia aún mayor. Sin embargo, el tribunal no sólo no realizó esta verificación, sino que, por el contrario, la evitó por todos los medios. Debemos asumir nosotros mismos esta verificación. Desde luego, no es posible en todos los casos. Pero no hay necesidad de ello. Será más que suficiente para nosotros, como punto de partida, demostrar que en muchos casos extremadamente importantes las confesiones se hallan en contradicción absoluta con los hechos objetivos. Cuanto más estandarizadas sean las confesiones, más desacreditadas resultarán a partir de la revelación de que algunas de ellas son falsas.

El número de casos en que el testimonio de los acusados (sus denuncias contra sí mismos y otros) se desmorona cuando se contrasta con los hechos es muy grande. Eso ya ha quedado suficientemente claro aquí durante la investigación. La experiencia de los Procesos de Moscú demuestra que una fabricación a escala tan colosal es demasiado, incluso para el aparato policial más poderoso del mundo. ¡Hay demasiadas personas y circunstancias, características y fechas, demasiados intereses y documentos, que no encajan en el marco del libreto preparado de antemano! El calendario mantiene obstinadamente sus prerrogativas, y las estaciones de Noruega no se inclinan ni siquiera ante Vishinsky. Si se aborda la cuestión en su aspecto artístico, semejante tarea (la concordancia dramática de cientos de personas y circunstancias innumerables) habría sido demasiado incluso para Shakespeare. Pero la GPU no tiene “shakespeares” a su disposición. En la medida en que se trata de “acontecimientos” que transcurrieron dentro en la URSS, la apariencia externa de concordancia se mantiene mediante la violencia inquisitorial. Todos (los acusados, testigos y expertos) corean su confirmación de hechos materialmente imposibles. Pero la situación cambia abruptamente cuando hace falta extender los hilos al extranjero. Sin embargo, sin conexiones en el extranjero que lleguen hasta mí, el “enemigo público número uno”, los juicios perderían la mayor parte de su importancia política. Es por eso que la GPU se vio obligada a arriesgar teorías peligrosas y muy desafortunadas con Holzman, Olberg, David, Berman-Yurin, Romm y Piatakov.

La selección de los objetos de análisis y su refutación se desprenden sólo a partir de los “hechos” que alega la fiscalía contra mi hijo y contra mí. Por ende, la refutación de la afirmación de Holzman sobre la visita que me habría hecho en Copenhague, la refutación del testimonio de Romm sobre su reunión conmigo en el Bois de Boulogne, y la refutación del relato de Piatakov sobre su vuelo a Oslo, no sólo son importantes en sí mismas, ya que tiran abajo los cargos principales contra mi hijo y contra mí, sino porque también permiten echar un vistazo detrás de la escena de la jurisprudencia de Moscú en su totalidad, y echar luz sobre los métodos que allí se emplean. Esas son las primeras dos etapas de mi análisis. Si logramos demostrar que, por una parte, los supuestos “crímenes” se contradicen con la psicología y los intereses de los acusados, y que, por otra parte (al menos en varios casos típicos), las confesiones se contradicen con hechos precisamente establecidos, realizaríamos al mismo tiempo una tarea muy grande para la refutación de la acusación en su conjunto.

III Sin duda, aun así, queda un número no desdeñable de preguntas que exigen respuestas. Las principales entre ellas son: ¿por qué, entonces, los acusados, luego de veinticinco, treinta o más años de trabajo revolucionario, acordaron asumir acusaciones tan monstruosas y degradantes? ¿Cómo lo logró la GPU? ¿Por qué ni uno solo de los acusados clamó abiertamente ante el tribunal contra semejante fabricación?, etc., etc. Por

la naturaleza del caso, no tengo obligación de responder a estas preguntas. Aquí no podemos interrogar a Yagoda (quien ahora está siendo interrogado él mismo por Yezhov), ni a Yezhov, ni a Vishinsky, ni a Stalin, y menos a sus víctimas, la mayoría de las cuales, de hecho, ya han sido fusiladas. Es por eso que la comisión no podrá desvelar totalmente la técnica inquisitorial de los Procesos de Moscú. Pero los principales motores ya son evidentes. Los acusados no son ni trotskystas, ni opositores, ni luchadores, sino dóciles capituladores. La GPU los había educado durante años para estos juicios. Por eso me parece muy importante para la comprensión de la mecánica de las confesiones exponer la psicología de los capituladores como grupo político, y ofrecer una caracterización personalizada de los acusados más importantes de los dos juicios. No pienso hacer improvisaciones psicológicas arbitrarias, construidas después del hecho en los intereses de la defensa, sino caracterizaciones objetivas basadas en documentos irrefutables basados en varios momentos del período que nos interesa. No me faltan materiales de este tipo. Por el contrario, mis expedientes están llenos de hechos y citas. Es por eso que elegí un ejemplo, el más claro y más típico, a saber: Radek.

Desde el 14 de junio de 1929, ya escribía acerca de la influencia que ejercían las poderosas tendencias termidorianas en la propia Oposición:

Tenemos toda una serie de ejemplos de bolcheviques de la vieja guardia que, después de bregar por mantenerse fieles a la tradición del partido y a la suya propia, quemaron sus últimas fuerzas en la Oposición: algunos en 1925, otros en 1927 y en 1929. Pero todos se fueron: sus nervios no podían soportarlo. Radek es ahora el ideólogo apresurado y ruidoso de esa clase de elementos (*Boletín de la Oposición*, N° 1-2, julio de 1929).

Fue nada menos que Radek quien suministró en el último juicio la “filosofía” de las “actividades criminales” de los “trotskystas”. Según el testimonio de muchos periodistas extranjeros, el testimonio de Radek parecía ser el menos artificial del juicio, el que menos se construía sobre un modelo, el más merecedor de confianza. Por ello cobra mayor importancia demostrar que quien se sentó en el banquillo de acusados no fue el verdadero Radek, tal como lo habían moldeado su naturaleza y su pasado político, sino un “robot” salido del laboratorio de la GPU. Si logro demostrar esto con plena convicción, entonces el papel de los otros acusados en estos juicios también se esclarecerá considerablemente. Eso no significa, obviamente, que descarte el análisis de cada personalidad individual. Por el contrario, espero que la comisión me dé la oportunidad de realizar esta tarea en la próxima etapa de su labor. Pero ahora, debido a las limitaciones impuestas por el tiempo, me veo obligado a concentrar la atención solamente en las circunstancias más importantes y en las figuras más típicas. El trabajo de la comisión, espero yo, sólo puede beneficiarse de esto.

### ***La serie matemática de los montajes***

I. Se puede establecer irrefutablemente, sobre la base de fuentes oficiales, que los preparativos para el asesinato de Kírov se hicieron con el conocimiento de la GPU. El jefe de la sección de Leningrado de la GPU, Medved, y once agentes más de la GPU, fueron condenados a prisión porque “poseían información relativa a los preparativos para el atentado contra S.M. Kírov... y no tomaron las medidas necesarias”. Uno se imaginaría que los agentes de policía que “sabían” deberían haber figurado como testigos en todos los juicios posteriores. Pero nunca más volvimos a escuchar de Medved y sus colaboradores; “sabían” demasiado. El asesinato de Kírov sirve como base de todos los juicios posteriores. Sin embargo, en la base del asesinato de Kírov hay una provocación

colosal de la GPU, confirmada por el veredicto del tribunal militar el 29 de diciembre de 1934. La tarea de los organizadores de la provocación consistió en implicar a la Oposición, y especialmente a mí, en un acto terrorista (por medio del cónsul letón, Bisseneks, un agente provocador empleado por la GPU, que también ha desaparecido sin dejar rastros). La bala disparada por Nikolayev apenas era parte del programa, sino más bien uno de los costos secundarios de la amalgama.

Esta cuestión fue analizada en mi folleto *El asesinato de Kírov y la burocracia de Stalin*, escrito a principios de 1935. Ni las autoridades soviéticas ni sus agentes extranjeros intentaron siquiera responder mis argumentos, que se basaban exclusivamente en documentos oficiales de Moscú.

II. Como hemos demostrado ante la comisión, se llevaron a cabo siete juicios en la URSS, con el asesinato de Kírov como punto de partida: (a) el juicio a Nikolayev y otros, del 28 al 29 de diciembre de 1934; (b) el juicio a Zinóviev-Kámenev, del 15 al 16 de enero de 1935; (c) el juicio a Medved y otros, el 23 de enero de 1935; (d) el juicio a Kámenev y otros, en julio de 1935; (e) el juicio a Zinóviev-Kámenev, en agosto de 1936; (f) el juicio de Novosibirsk, del 19 al 22 de noviembre de 1936; (g) el juicio a Piatakov-Radek, del 23 al 30 de enero de 1937. Estos juicios constituyen siete variaciones del mismo tema. Entre las distintas variaciones apenas existe una conexión perceptible. Cada una contradice a las demás en sus aspectos fundamentales y en sus detalles. En cada juicio, personas diferentes organizan el asesinato de Kírov, por distintos medios y con distintos objetivos políticos. La mera comparación de los documentos oficiales soviéticos es prueba suficiente de que al menos seis de estos siete juicios deben ser fabricaciones. De hecho, los siete son fabricaciones.

III. El juicio de Zinóviev-Kámenev (agosto de 1936) ya ha inspirado voluminosos escritos que contienen una serie de argumentos extremadamente importantes, testimonios y consideraciones de peso en apoyo a la idea de que el juicio constituye un montaje malicioso por parte de la GPU. Menciono aquí los siguientes libros:

León Sedov: *El libro rojo sobre el proceso de Moscú*.

León Sedov: *Carta al Comité Central de la Liga de los Derechos del Hombre*.

Max Shachtman: *Detrás de los procesos de Moscú*.

Francis Heisler: *Los primeros dos juicios de Moscú*.

Victor Serge: *El destino de una revolución, URSS, 1917-1937*.

Victor Serge: *16 fusilados. ¿Hacia dónde va la revolución rusa?*

Friedrich Adler: *El juicio por brujería en Moscú*.<sup>54</sup>

Ninguno de estos libros, que son el producto de un estudio serio y concienzudo, ha recibido hasta el momento una evaluación crítica; sin contar los epítetos de la prensa de la Comintern, que hace mucho tiempo no toma en serio ninguna persona respetable. Los argumentos fundamentales de estos libros también son mis argumentos.

IV. Ya en 1926 la camarilla de Stalin intentó acusar a varios grupos opositoristas de propaganda “antisoviética”, contactos con las guardias blancas, tendencias capitalistas, espionaje, objetivos terroristas y, por último, la preparación de la insurrección armada. Todos estos intentos, que se asemejan a borradores, han dejado sus huellas en los decretos oficiales, en artículos periodísticos, en los documentos de la Oposición. Si organizáramos cronológicamente estos borradores y experimentos de montajes, obtendríamos algo semejante a una **progresión geométrica de falsas acusaciones**, cuyas palabras finales

<sup>54</sup> *Libro rojo sobre el proceso de Moscú*, León Sedov, escritos – Edicions Internationals Sedov; *Lettre au Comité Central de la Ligue des Droits de l'Homme et à la Ligue*. Behind *The Moscow Trials*, Nueva York, Pioneer Publishers, 1936. Victor Serge, *El destino de una revolución*, Barcelona, Libros de la frontera, 2010; Victor Serge, *16 fusilados en Moscú*, Buenos Aires, Bases, 1954.

son las acusaciones de los últimos juicios. Así descubrimos la “**ley de los montajes**”, y el misterio de la supuesta conspiración trotskysta se desvanece en el aire.

V. Lo mismo ocurre con las declaraciones inverosímiles de los acusados, que a primera vista contradicen todas las leyes de la psicología humana. Las **retractaciones ritualistas por parte de los opositores** se remontan a 1924, y especialmente a fines de 1927. Si cotejamos los textos de estas retractaciones sobre la base de la prensa soviética (a menudo retractaciones consecutivas por parte de las mismas personas) obtenemos una segunda progresión geométrica, cuyas últimas palabras son las horrendas confesiones de Zinóviev, Kámenev, Piatakov, Radek y otros en los procesos judiciales. Un análisis político y psicológico de este material accesible e irrefutable revela total y definitivamente el mecanismo inquisitorial de las retractaciones.

VI. A la serie matemática de los montajes y la serie matemática de las retractaciones les corresponde una **tercera serie matemática**: la de las advertencias y predicciones. El autor de estas líneas y sus compañeros más cercanos siguieron con atención las intrigas y provocaciones de la GPU, y con anterioridad, sobre la base de hechos y síntomas particulares, advirtieron una y otra vez, tanto a través de cartas como en la prensa, contra los planes provocadores de Stalin y contra las amalgamas que se preparaban. La expresión misma, “amalgama estalinista”, la empleamos nosotros casi ocho años antes del asesinato de Kírov y los juicios espectaculares que le siguieron. Las pruebas documentales pertinentes han sido puestas a disposición de la Comisión de Investigación. Muestran, sin discusión posible, que de lo que se trata no es de una conspiración trotskysta subterránea desenterrada asombrosamente y por primera vez en 1936, sino de una conspiración sistemática de la GPU contra la Oposición, con el fin de imputarle cargos de sabotaje, espionaje, asesinatos y la preparación de insurrecciones.

VII. Todas las “retractaciones” arrancadas a decenas de miles de opositores desde 1924 contenían necesariamente una calumnia en mi contra. A todos aquellos que deseaban volver al partido, escribieron los exiliados en el *Boletín de la Oposición* (N 7, noviembre-diciembre de 1929), se les ordenó que “nos den la cabeza de Trotsky”. Conforme a la ley ya señalada de las series matemáticas, los hilos de todos los crímenes de terrorismo, traición y sabotaje denunciados en los juicios de 1936-1937 llegan invariablemente hasta mi hijo y hasta mí. Pero toda nuestra actividad durante los últimos ocho años fue, como es bien sabido, realizada en el extranjero. Aquí la comisión dispone, como ya hemos visto, de una gran ventaja. En el extranjero, la GPU no llegaba a alcanzarme, ya que siempre estaba rodeado de un círculo de amigos leales. El 7 de noviembre de 1936, la GPU robó **una parte** de mis archivos en París, pero hasta ahora no han podido hacer uso alguno de ellos. La comisión tiene a su disposición **todos** mis archivos, los testimonios de mis amigos y conocidos, para no hablar de mis propias declaraciones. La comisión está en condiciones de comparar mi correspondencia privada con mis artículos y libros y, de esta manera, determinar si mi actividad tiene el más mínimo matiz de doble juego.

VIII. Pero eso no es todo. Las directivas de la conspiración supuestamente provenían del extranjero (Francia, Copenhague, Noruega). Gracias a una combinación excepcionalmente afortunada de circunstancias, la comisión tiene plena oportunidad de determinar si alguno de los supuestos conspiradores (Holzman, Berman-Yurin, Fritz David, Vladimir Romm y Piatakov) me visitaron en los momentos y lugares especificados. Si bien el tribunal de Moscú no ha movido un dedo para probar (mediante preguntas con respecto a pasaportes, visas, hoteles, etc.) que estas reuniones y entrevistas realmente tuvieron lugar, somos capaces de resolver aquí un problema mucho más difícil: demostrar mediante documentos, declaraciones de testigos, circunstancias de tiempo y lugar, que estas reuniones y entrevistas no ocurrieron ni pudieron haber ocurrido. Para

emplear la terminología jurídica: en todos los casos importantes en donde se especifican fechas exactas soy capaz de establecer una coartada indestructible.

IX. Si el criminal no está mentalmente perturbado, sino que es una persona responsable e incluso un viejo político con experiencia, entonces su crimen, por más monstruoso que sea, debe encajar en alguna medida con sus objetivos específicos. Sin embargo, en los Procesos de Moscú no hay tal concordancia de objetivos y métodos. El fiscal del estado atribuye en cada juicio objetivos distintos a los mismos acusados (en un momento se trata de una descarnada “lucha por el poder” bajo el régimen soviético, y luego de una lucha por la “restauración del capitalismo”). También en esta cuestión, los acusados siguen dócilmente las pautas de la acusación. Los métodos a los que recurren los acusados son absurdos desde el punto de vista de sus presuntos objetivos; sin duda, parecen haber sido especialmente fabricados para suministrarle a la burocracia el mejor pretexto posible para exterminar todo tipo de oposición.

Las conclusiones que se derivan de las etapas iniciales de esta investigación son, en mi opinión, las siguientes:

1.- A pesar de largos años de lucha contra la Oposición, a pesar de decenas de miles de allanamientos, arrestos, destierros, encarcelamientos y cientos de ejecuciones, las autoridades judiciales soviéticas no cuentan siquiera con un solo hecho sustancial, ni un ápice de pruebas materiales para confirmar la veracidad de las acusaciones. Este hecho constituye **la prueba más condenatoria contra Stalin**.

2.- Incluso si aceptáramos hipotéticamente que todos o algunos de los acusados realmente cometieron los crímenes monstruosos que se les atribuyen, sus referencias estereotipadas a mí como principal organizador del complot no tienen ningún peso. Gente moralmente descompuesta que es capaz de preparar descarrilamientos de ferrocarriles, de envenenar a trabajadores, de entablar relaciones con la Gestapo, etc., hubiera intentado, naturalmente, congraciarse con la burocracia por medio de calumnias estandarizadas contra su principal adversario.

3.- El testimonio de los acusados (por lo menos el de aquellos cuya fisonomía política es ampliamente conocida), sin embargo, también es falso en las partes en donde exponen sus propias actividades criminales. No se trata de bandidos ni de criminales perversos ni de degenerados morales, sino de víctimas desafortunadas del sistema inquisitorial más horrible de todos los tiempos.

4.- Los procesos son una comedia judicial (por difícil que sea emplear la palabra “comedia” en este contexto), cuyas líneas han sido desarrolladas a lo largo de varios años sobre la base de un sinnúmero de experimentos por parte de los órganos de la GPU, bajo la supervisión directa y personal de Stalin.

5.- Los cargos contra los viejos revolucionarios (“trotskystas”), de deserción al fascismo, de alianza con Hitler y el Mikado, etc., fueron dictados por las mismas causas políticas que las acusaciones de los termidorianos franceses contra Robespierre y otros jacobinos ejecutados en la guillotina, quienes se habían convertido en “realistas” y “agentes de Pitt”. Causas históricas análogas producen consecuencias históricas análogas.

### ***La base política de la acusación: el terrorismo***

Si el terror es factible para un bando, ¿por qué se debería descartar para el otro? A pesar de toda su simetría seductora, este razonamiento es corrupto hasta la médula. Es absolutamente inadmisibles colocar el terror de una dictadura contra una oposición en el mismo plano que el terror de una oposición contra una dictadura. Para la camarilla gobernante, la preparación de asesinatos por medio de un tribunal o detrás de una



emboscada se trata lisa y llanamente de una cuestión de técnica policial. En caso de fracasar, siempre podrán ser sacrificados algunos agentes de segundo rango. Para una oposición, el terror presupone la concentración de todas sus fuerzas en la preparación de actos terroristas, con la comprensión previa de que cada uno de estos actos, ya sean exitosos o no, evocará en respuesta la destrucción de decenas de sus mejores hombres. Una oposición no podría bajo ningún punto de vista permitirse un desperdicio tan demencial de sus fuerzas. Es precisamente por esta razón y no por otra que la Comintern no recurre a intentos terroristas en países con dictaduras fascistas. La Oposición tiene tan poca preferencia por la política del suicidio como la Comintern.

Según la acusación, que se basa sobre la ignorancia y la pereza mental, los “trotskystas” decidieron destruir al grupo gobernante con el fin de allanar de esta manera su camino al poder. El filisteo común, sobre todo si lleva la insignia de “Amigo de la URSS”, razona de la siguiente manera: “Los opositores no pueden sino luchar por el poder, y no pueden sino odiar al grupo gobernante. ¿Por qué, entonces, no recurrirían al terror?”. En otras palabras, para el filisteo, el asunto termina en donde de hecho apenas comienza. Los dirigentes de la Oposición no son ni advenedizos ni novatos. No se trata en absoluto de determinar si luchan por el poder. Toda tendencia política seria se propone conquistar el poder. La pregunta es la siguiente: ¿es posible que los opositores, educados en la enorme experiencia del movimiento revolucionario, hayan creído, incluso por un instante, que el terrorismo podría acercarlos al poder? La historia rusa, la teoría marxista, la psicología política responden: ¡no, no es posible!

En este punto, el problema del terrorismo exige una aclaración teórica e histórica, aunque sea breve. Desde el punto de vista del terror “antisoviético”, me veo obligado a darle a mi alegato un carácter autobiográfico. En 1902, apenas había llegado a Londres desde Siberia, luego de casi cinco años de cárcel y exilio, enumeré a los revolucionarios que fueron torturados hasta la muerte, en un artículo dedicado a la conmemoración del bicentenario de la fortaleza de Schlüsselburg, una prisión de trabajos forzados. “Las sombras de estos mártires claman por venganza...”. Pero inmediatamente después, añadí: “No venganza personal, sino revolucionaria. No la ejecución de ministros, sino la ejecución de la autocracia”. Estas líneas se planteaban específicamente contra el terrorismo individual. Su autor tenía veintitrés años de edad. Desde los primeros días de su actividad revolucionaria, ya se oponía al terrorismo. De 1902 a 1905 presenté, en varias ciudades de Europa, ante estudiantes y emigrados rusos, decenas de informes políticos contra la ideología terrorista, que a principios de siglo se propagaba una vez más entre la juventud rusa.

A partir de los años ochenta del siglo pasado, dos generaciones de marxistas rusos fueron testigos directos de la era del terror, aprendieron de sus lecciones trágicas, y se inculcaron orgánicamente una disposición negativa hacia el aventurerismo heroico de individuos solitarios. Plejánov, el fundador del marxismo ruso; Lenin, el dirigente del bolchevismo; Mártoov, el representante más eminente del menchevismo, dedicaron todos miles de páginas y cientos de discursos a la lucha contra la táctica del terrorismo.

La inspiración ideológica que emanaba de estos marxistas experimentados alimentó durante mi adolescencia mi disposición hacia la alquimia revolucionaria de los círculos intelectuales cerrados. Para nosotros, los revolucionarios rusos, el problema del terrorismo era un asunto de vida o muerte tanto en el plano político como personal. Para nosotros, un terrorista no era un personaje de novela, sino una persona viva y conocida. En el exilio, vivimos durante años junto a los terroristas de la generación anterior. En las cárceles y bajo la custodia policial conocíamos a los terroristas de nuestro tiempo. Nos enviábamos mensajes de un lado a otro en la Fortaleza de Pedro y Pablo con los terroristas condenados a muerte. ¡Cuántas horas, cuántos días pasamos discutiendo

apasionadamente! ¡Cuántas veces rompimos relaciones personales por la cuestión más candente de todas! La literatura rusa sobre el terrorismo, que se nutría de estos debates y los reflejaba, podría llenar una extensa biblioteca.

Las explosiones terroristas aisladas son inevitables cuando la opresión política traspasa ciertos límites. Estos actos son casi siempre de naturaleza sintomática. Pero la política que consagra el terror, elevándolo al plano de sistema, es muy diferente. “Por su misma esencia, la actividad terrorista”, escribí en 1909:

exige tal concentración de energía para el “gran momento”, tal sobrestimación del sentido del heroísmo individual y tal “hermetismo conspirativo” ... que excluye totalmente el trabajo de agitación y organización entre las masas ... En la lucha contra el terrorismo, la intelectualidad marxista defendió su derecho o su deber a permanecer en los barrios obreros en vez de colocar bombas debajo de los palacios zaristas y del Gran Ducado.

Es imposible engañar o burlar la historia. A la larga, la historia pone a todos en su lugar. La propiedad básica del terrorismo como sistema es la de destruir aquella organización que por medio de compuestos químicos intenta compensar su propia falta de fuerza política. Existen, por supuesto, condiciones históricas en las que el terror puede generar confusión en las filas gobernantes. Pero en ese caso, ¿quién es el que recoge los frutos? En cualquier caso, no es la organización terrorista en sí, ni tampoco son las masas a cuyas espaldas se desarrolla el duelo. Por lo tanto, el liberal burgués ruso, en su época, simpatizaba invariablemente con el terrorismo. La razón es simple. En 1909, escribí:

En la medida en que el terrorismo introduce la desmoralización y la desorganización en las filas del gobierno (al precio de desorganizar y desmoralizar las filas de los revolucionarios), es en esa medida que le hace el juego nada más y nada menos que a los propios liberales.

Exactamente la misma idea, expresada prácticamente con las mismas palabras, la encontramos un cuarto de siglo más tarde en relación con el asesinato de Kírov.

La existencia misma de actos individuales de terrorismo constituye la señal infalible del atraso político de un país y de la debilidad de sus fuerzas progresistas. La revolución de 1905, que reveló la enorme fuerza del proletariado, puso fin al romanticismo del combate aislado entre un puñado de intelectuales y el zarismo.

El terrorismo en Rusia está muerto... El terror ha emigrado lejos hacia el oriente... a las provincias de Punjab y Bengala... Puede ser que en otros países de oriente el terrorismo esté todavía destinado a experimentar un florecimiento. Pero en Rusia ya es parte del patrimonio de la historia.

En 1907 me encontré de nuevo en el exilio. El látigo de la contrarrevolución obraba salvajemente, y las colonias rusas en las ciudades europeas llegaron a ser muy numerosas. Todo el período de mi segunda emigración lo dediqué a escribir informes y artículos contra las actividades terroristas causadas por venganza y desesperación. En 1909 se reveló que a la cabeza de la organización terrorista de los llamados “social-revolucionarios” había un provocador policial, Azef. “En el callejón sin salida del terrorismo”, escribí, “la mano de la provocación domina con toda seguridad” (enero de 1910). El terrorismo nunca dejó de ser más que un “callejón sin salida” para mí.

Durante el mismo período, escribí: “La actitud irreconciliable de la socialdemocracia rusa hacia el terror burocratizado de la revolución como medio de lucha contra la burocracia terrorista del zarismo ha confluído con el estupor y la condena proveniente no sólo de los liberales rusos, sino también de los socialistas europeos”. Tanto los últimos como los primeros nos acusaron de “doctrinarismo”. Por nuestra parte, nosotros, los marxistas rusos, atribuimos esta simpatía por el terrorismo ruso al oportunismo de los dirigentes de la socialdemocracia europea que se habían acostumbrado a trasladar sus esperanzas desde las masas a las cumbres dominantes.

El que merodea alrededor de una cartera ministerial... así como aquellos que, esperando con una máquina infernal bajo una capa, acechan al propio ministro, deben igualmente **sobreestimar** al ministro, su personalidad y su puesto. Para ellos, el **sistema** en sí desaparece o se pierde de vista, y sólo queda el **individuo** investido de poder.

En la actualidad nos encontraremos, en relación con el asesinato de Kírov, una vez más con este pensamiento, que atraviesa décadas de mi actividad.

En 1911 surgieron ánimos terroristas entre ciertos grupos de trabajadores austríacos. A pedido de Friedrich Adler, editor de *Der Kampf*, la revista teórica mensual de la socialdemocracia austríaca, escribí en noviembre de 1911 un artículo sobre el terrorismo para esta publicación:

Que un atentado terrorista, incluso “afortunado”, provoque confusión entre la clase dirigente, depende de circunstancias políticas concretas. De todas formas, esta confusión siempre dura poco; el estado capitalista no se sostiene sobre los ministros del gobierno y no puede ser eliminado con ellos. Las clases a las que sirve siempre encontrarán quien los reemplace; la maquinaria seguirá intacta y continuará funcionando.

Pero el desorden que un atentado terrorista provoca entre las masas obreras es más profundo. Si basta armarse con un revólver para lograr el objetivo ¿para qué los efectos de la lucha de clases?

Si un dedal de pólvora y un poco de plomo bastan para atravesarle el cuello al enemigo y matarle, ¿para qué hace falta una organización de clase? Si tiene sentido aterrorizar a los más altos personajes mediante el estampido de las bombas, ¿es necesario un partido? ¿Para qué valen los mítines, la agitación entre las masas y las elecciones, si desde la galería del parlamento se puede divisar fácilmente el banco de los ministros?

A nuestro entender el terror individual es inadmisiblemente precisamente porque **devalúa el papel de las masas en su propia conciencia**, las hace resignarse a su impotencia y volver la mirada hacia un héroe vengador y liberador que esperan llegará un día y cumplirá su misión.

Cinco años más tarde, en el fragor de la guerra imperialista, Friedrich Adler, quien me había impulsado a escribir este artículo, mató al ministro-presidente austríaco Stuerghk en un restaurante de Viena. El heroico escéptico y oportunista fue incapaz de encontrar otra salida para su indignación y desesperación. Mis simpatías, naturalmente, no estaban del lado del dignatario de los Habsburgo. Sin embargo, a la acción individualista de Friedrich Adler contrapuse la actividad de Karl Liebknecht, quien durante los tiempos de guerra salió a una plaza de Berlín a distribuir un manifiesto revolucionario entre los trabajadores.

El 28 de diciembre de 1934, cuatro semanas después del asesinato de Kírov, en un momento en el que el poder judicial estalinista aún no sabía en qué dirección apuntar el filo de su “justicia”, escribí en el *Boletín de la Oposición*:

Pero si los marxistas condenaron categóricamente el terrorismo individual... aun cuando los disparos estuvieran dirigidos contra los agentes del gobierno zarista y de la explotación capitalista, más implacablemente deben condenar y rechazar el aventurerismo criminal de los actos terroristas dirigidos contra los representantes burocráticos del primer estado obrero de la historia. Las motivaciones subjetivas de Nikolayev y sus guerrilleros nos son indiferentes.

El camino al infierno está empedrado con las mejores intenciones. En tanto que la burocracia soviética no ha sido removida por el proletariado, tarea que eventualmente tendrá que realizarse, cumple una función necesaria en defensa del estado obrero. Si el terrorismo tipo Nikolayev se extendiera bajo nuevas y desfavorables condiciones sólo podría servir a la contrarrevolución fascista. Sólo los farsantes políticos que se apoyan en los imbéciles pueden osar ligar a Nikolayev con la Oposición de Izquierda, aunque más no sea por intermedio del grupo de Zinóviev, tal como existía en 1926-1927. No fue la Oposición de Izquierda la que engendró la organización terrorista de la juventud comunista; fue la corrupción interna de la burocracia.

El terrorismo individual es, en esencia, burocratismo al revés. Los marxistas no descubrieron ayer esta ley. El burocratismo no tiene confianza en las masas y trata de sustituirlas [enero de 1935, número 41].

Estas líneas, como han tenido la oportunidad de constatar, no fueron escritas en forma *ad hoc*. Resumen la experiencia de toda una vida, que a su vez se alimentó de la experiencia de dos generaciones.

Ya en la época del zarismo un joven marxista que se pasaba a las filas del partido terrorista era una ocurrencia relativamente inusual, lo suficientemente inusual para que la gente señalara con el dedo. Pero en aquel momento al menos se desplegaba una lucha teórica incesante entre las dos tendencias; las publicaciones de los dos partidos desarrollaban una amarga polémica; las disputas públicas no cesaban ni un solo día. Ahora, en cambio, quieren hacernos creer que no son los revolucionarios jóvenes, sino los viejos dirigentes del marxismo ruso con una tradición acumulada de tres revoluciones, quienes de repente, sin críticas, sin debates, sin una sola palabra de explicación, volvieron la vista al terrorismo que siempre habían rechazado, como método de suicidio político. La posibilidad misma de semejante acusación indica hasta qué punto de degradación la burocracia estalinista ha llegado a arrastrar el pensamiento teórico y político oficial, por no hablar de la justicia soviética.

A las convicciones políticas conquistadas con la experiencia, selladas por la teoría, templadas en la candencia de la historia de la humanidad, los falsificadores contraponen testimonios inacabados, contradictorios y totalmente infundados sobre sospechosos insignificantes.

“Sí”, dijeron Stalin y sus agentes, “no podemos negar que Trotsky alertó con la misma insistencia contra el aventurerismo terrorista, no sólo en Rusia sino también en otros países en distintas etapas de desarrollo político y en condiciones distintas. Pero hemos descubierto que en su vida hubo algunos casos que constituyen la excepción a la regla: en una carta conspiradora que le escribió a un tal Dreitzer [al que nadie conoce]; en una conversación con Holzman que fue llevado hasta Trotsky en Copenhague por su hijo [quien se encontraba en Berlín en aquel momento], en una conversación con Berman-Yurin y David [de los cuales nunca había escuchado hablar antes de los primeros informes de los procesos judiciales], en estos cuatro o cinco casos Trotsky les dio a sus seguidores [quienes eran en realidad mis opositores más implacables] instrucciones terroristas [sin hacer ningún intento, ya sea por justificarlas ni por ligarlas a la causa a la que he dedicado toda mi vida]. Si Trotsky había impartido sus puntos de vista programáticos sobre el terrorismo en forma oral y escrita a cientos de miles y millones en el transcurso de cuarenta años, fue sólo con el fin de engañarlos. Exponía sus verdaderos puntos de vista en la más estricta confidencialidad a los Berman y David”. Y entonces, ¡sucedió un milagro! Estas “instrucciones” inarticuladas que se basan exclusivamente en el pensamiento de algunos señores del tipo de Vishinsky fueron suficientes para lograr lo siguiente: que cientos de viejos marxistas (de forma automática, sin objeciones, sin pronunciar una sílaba) emprendieran el camino del terror. Tal es la base política del proceso de los dieciséis (Zinóviev y otros). En otras palabras, el juicio de los dieciséis carece por completo de base política.

### ***El asesinato de Kírov***

En los Procesos de Moscú, se habló mucho de grandes proyectos, planes y preparativos criminales. Pero todo esto se desarrolló a través de la conversación o, mejor dicho, a través de los recuerdos de conversaciones que supuestamente habían mantenido

los acusados en el pasado. Como ya hemos dicho, el expediente del juicio no consiste en otra cosa que conversaciones sobre conversaciones. El único crimen real fue el asesinato de Kírov. Sin embargo, este crimen no fue cometido ni por opositores ni por capituladores presentados como opositores por la GPU, sino por uno o quizás dos o tres jóvenes comunistas que cayeron en una trampa tendida por los provocadores de la GPU. Independientemente de que los provocadores hubieran querido llegar hasta el punto del asesinato, la responsabilidad por el crimen recae en la GPU, que no pudo haber actuado en un asunto tan serio sin órdenes directas de Stalin.

¿En qué se basan estas afirmaciones? Todos los materiales necesarios para la respuesta se encuentran en los documentos oficiales de Moscú. Estos se analizan en mi folleto “El asesinato de Kírov y la burocracia soviética” (1935), en el *Libro Rojo* de León Sedov, y en otras obras. Aquí resumiré brevemente las conclusiones de este análisis:

1.- Zinóviev, Kámenev y los demás no podrían haber organizado el asesinato de Kírov, ya que este asesinato carecía absolutamente de sentido político. Kírov era un funcionario de segundo rango, sin ninguna importancia por sí solo. ¿Quién había oído hablar de Kírov antes de que fuera asesinado? Incluso si uno admitiera la idea absurda de que Zinóviev, Kámenev y los demás adoptaron el camino del terror individual, es imposible que no hubieran comprendido que el asesinato de Kírov, que no prometía ningún resultado político, provocaría represalias furiosas contra todos aquellos de quienes se sospechaba y desconfiaba, tornando más difícil toda actividad opositora futura, en especial el terrorismo. Los verdaderos terroristas hubieran comenzado por Stalin, naturalmente. Entre los acusados había miembros del comité central y del gobierno, quienes tenían libre acceso a todas partes. El asesinato de Stalin no les habría presentado ninguna dificultad. Si los “capituladores” no cometieron este acto, fue sólo porque estaban al servicio de Stalin, y no luchando contra él ni intentando asesinarlo.

2.- El asesinato de Kírov dejó a la casta gobernante en un estado de confusión y pánico. Aunque la identidad de Nikolayev se estableció de inmediato, el primer anuncio del gobierno no vinculó el asesinato con la Oposición, sino con las guardias blancas que habrían entrado a la URSS a través de Polonia, Rumania y otros estados fronterizos. Fueron fusilados no menos de 104 “guardias blancos”, según las cifras oficiales. Durante un período de más de dos semanas, el gobierno consideró necesario, por medio de ejecuciones sumarias, desviar la atención pública en otra dirección y borrar ciertas pistas. La versión de la guardia blanca se descartó recién a los dieciséis días. Aún no se ha ofrecido ninguna explicación oficial del primer período de pánico gubernamental signado por más de un centenar de cadáveres.

3.- En la prensa soviética no se dijo nada en absoluto acerca de cómo y bajo qué circunstancias Nikolayev asesinó a Kírov, ni sobre el cargo que ocupaba Nikolayev, ni sobre sus relaciones con Kírov, etc. Todos los hechos concretos, ya sean los que respectan a la política o a los hechos puramente externos del asesinato, permanecen bajo un manto de oscuridad. La GPU no puede decir lo que pasó sin revelar su iniciativa en la organización del asesinato de Kírov.

4.- Por más que Nikolayev y los trece hombres ejecutados hayan dicho todo lo que se les pidió (y supongo que Nikolayev y sus compañeros fueron sometidos a la tortura física), no tuvieron ni una palabra que decir sobre la participación de Zinóviev, Bakayev, Kámenev, ni sobre ningún otro “trotskysta” en el asesinato. La GPU, obviamente, no los interrogó ni una sola vez en este sentido. Todas las circunstancias del caso aún estaban demasiado frescas, el papel de la provocación aún era demasiado obvio, y la GPU estaba menos preocupada por descubrir los rastros de la Oposición que por cubrir sus propias huellas.

5.- Si bien el juicio Radek-Piatakov, que involucró directamente a los gobiernos de estados extranjeros, se desarrolló públicamente, el juicio del joven comunista Nikolayev, que mató a Kírov, se realizó entre el 28 y el 29 de diciembre de 1934, a puertas cerradas. ¿Por qué? Al parecer, no fue por razones diplomáticas, sino por razones internas; la GPU no podía hacer una exhibición pública de su propio trabajo. Era necesario, en primer lugar, exterminar disimuladamente a los participantes directos en el asesinato y a aquellos que estaban estrechamente relacionados con ellos; limpiar cuidadosamente las manos de la GPU, para luego lanzarse sobre la Oposición.

6.- El asesinato de Kírov suscitó tanta alarma dentro de la propia burocracia que Stalin, sobre quien tenía que caer la sombra de la sospecha entre los círculos de iniciados, se vio obligado a encontrar un chivo expiatorio. El 23 de enero de 1935, se llevó a cabo el juicio a doce altos funcionarios del departamento de Leningrado de la GPU, encabezado por Medved. La acusación admitió que Medved y sus colaboradores tenían “información acerca de la preparación del asesinato de Kírov”. El veredicto declaró que “no tomaron ninguna medida para la exposición y la prevención oportunas” de la obra del grupo terrorista, “aunque tenían todas las posibilidades de hacerlo”. Más franqueza no se puede pedir. Todos los acusados fueron condenados a entre dos y diez años de trabajos forzados. Está claro que la GPU, a través de sus provocadores, usó la cabeza de Kírov para involucrar a la Oposición en el asunto y luego exponer la conspiración. Nikolayev, sin embargo, disparó su tiro sin esperar el permiso de Medved, y con ello comprometió cruelmente la amalgama. Stalin utilizó a Medved como chivo expiatorio.

7.- Nuestro análisis halla su confirmación completa en el papel del cónsul letón, Bisseneks, un agente obvio de la GPU. El cónsul, según la confesión de Nikolayev, estaba en contacto directo con él, le dio 5.000 rublos para perpetrar su acción terrorista y, sin ningún motivo, le pidió a Nikolayev una carta para Trotsky. Vishinsky, a fin de vincular mi nombre al menos indirectamente con el caso de Kírov, agregó este episodio asombroso a la acusación (enero de 1935), revelando completamente el papel provocador del cónsul. El nombre del cónsul se hizo público, sin embargo, sólo ante la insistencia directa del cuerpo diplomático. A partir de entonces, desapareció de escena sin dejar rastro. En los juicios posteriores, Bisseneks ni siquiera fue mencionado, a pesar de haber estado en contacto directo con el asesino y haber financiado el asesinato. Todos los demás “organizadores” del acto terrorista contra Kírov (Bakayev, Kámenev, Zinóviev, Mrachkovsky, etc.) no sabían nada del cónsul Bisseneks ni mencionaron en ningún momento su nombre. ¡Es difícil imaginar una provocación más cruda, más confusa, y más descarada!

8.- Sólo después de ser eliminados los verdaderos terroristas, sus amigos y cómplices (que sin duda incluían a los agentes de la GPU involucrados en la conspiración), Stalin consideró posible perseguir seriamente a la Oposición. La GPU arrestó a los dirigentes del ex grupo de zinovievistas y los dividió en dos grupos. La agencia TASS, dijo el 22 de diciembre que no había “fundamentos suficientes para entregar al tribunal” a las siete personalidades dirigentes, exmiembros del comité central. Los miembros menos destacados del grupo, de acuerdo con la técnica tradicional de la GPU, quedaron bajo la espada de Damocles. Bajo amenaza de muerte, algunos de ellos declararon contra Zinóviev, Kámenev y los demás. El testimonio, es cierto, no se trató de terrorismo, sino de la “actividad contrarrevolucionaria” en general (la insatisfacción, la crítica de las políticas de Stalin, etc.). Pero este testimonio fue suficiente para obligar a Zinóviev, Kámenev y los demás a confesar su responsabilidad “moral” por el acto terrorista. A este precio, Zinóviev y Kámenev evitaron (¡temporalmente!) la acusación de participación directa en el asesinato de Kírov.

9.- El 26 de enero de 1935 les escribí a unos amigos de los Estados Unidos (la carta fue publicada en el *Boletín de la Oposición* número 42, en febrero de 1935): "...la estrategia desplegada alrededor del cadáver de Kírov no le trajo a Stalin grandes laureles. Pero precisamente por esta razón no puede detenerse ni retroceder. **Stalin está obligado a ocultar las amalgamas fracasadas tras otras nuevas**, más amplias... y más logradas. Nos tienen que encontrar bien armados". Los juicios de 1936-1937 confirmaron esta advertencia.

### *¿Quién redactó la lista de "víctimas" del terrorismo? (el "caso" Molotov)*

El juicio de Zinóviev-Kámenev (agosto de 1936) fue totalmente construido sobre la base del terror. La tarea del denominado "centro" consistía en destruir al gobierno a través del asesinato de los "dirigentes", y tomar el poder. Con la cuidadosa comparación de los dos juicios, el de Zinóviev-Kámenev y el de Piatakov-Radek, no es difícil convencerse de que la lista de dirigentes que estaban condenados al exterminio fuera elaborada, no por los terroristas, sino por sus supuestas víctimas; es decir, sobre todo por Stalin. Su autoría personal surge de manera muy reveladora en el caso de Molotov. Según la acusación en el caso de Zinóviev y otros, "el centro terrorista unificado trotskysta-zinovievista, luego de matar al camarada Kírov, no se limitó solamente a organizar el asesinato del camarada Stalin. El centro terrorista trotskysta-zinovievista trabajó simultáneamente para organizar el asesinato de otros dirigentes del partido, a saber, los camaradas Vorochilov, Zhdánov, Kaganovich, Kossior, Orjonikidze y Postyshev". El nombre de Molotov ni figura en esta lista. La lista de las víctimas seleccionadas por los trotskystas variaba en boca de varios acusados en varias etapas de la investigación preliminar y el juicio. Pero en un punto se mantuvo inalterada; ninguno de los acusados nombró a Molotov. Según la declaración de Reingold durante la investigación preliminar, "las instrucciones principales de Zinóviev eran las siguientes: el golpe debe ser infligido contra Stalin, Kaganovich y Kírov". En la sesión de la tarde del 19 de agosto de 1936, el mismo Reingold declaró: "Es por eso que los únicos métodos de lucha disponibles son los actos terroristas contra Stalin y sus compañeros de armas más cercanos, Kírov, Vorochilov, Kaganovich, Orjonikidze, Postyshev, Kossior y los demás". Molotov no figura entre los "compañeros de armas más cercanos". Mrachkovsky declaró: "...Teníamos que matar a Stalin, Vorochilov y Kaganovich. Había que matar primero a Stalin". Una vez más, Molotov no es mencionado.

La cuestión no difiere con mis "directivas terroristas". "...El grupo de Dreitzer ... recibió instrucciones de asesinar a Vorochilov directamente de Trotsky", dice la acusación. Según Mrachkovsky, en el otoño de 1932, Trotsky "destacó una vez más la necesidad de matar a Stalin, Vorochilov y Kírov". En diciembre de 1934, Mrachkovsky, a través de Dreitzer, recibió una carta de Trotsky pidiéndole que "acelere el asesinato de Stalin y Vorochilov". Dreitzer declara lo mismo. Berman-Yurin afirma: "Trotsky también dijo que además de Stalin, era necesario asesinar a Kaganovich y Vorochilov". Así, en el transcurso de unos tres años les di instrucciones para asesinar a Stalin, Vorochilov, Kaganovich y Kírov. No se mencionó a Molotov. Esta circunstancia es tanto más notable debido a que durante los últimos años de mi participación en el buró político, ni Kírov ni Kaganovich eran miembros de aquel organismo, y nadie los consideraba figuras políticas, mientras que Molotov ocupaba el primer lugar después de Stalin en el grupo dirigente. Pero Molotov no sólo es miembro del buró político, también es jefe del gobierno. Su firma, junto con la de Stalin, adorna los decretos gubernamentales más importantes. A pesar de todo ello, los terroristas del "centro unificado", como hemos visto, ignoran

obstinadamente la existencia de Molotov. Sin embargo, y esto es lo más sorprendente, el fiscal Vishinsky no sólo no muestra sorpresa por esta omisión, sino que, por el contrario, la considera bastante lógica. Por ende, en la sesión de la mañana del 19 de agosto, Vishinsky le preguntó a Zinóviev, con respecto a los preparativos para los actos terroristas:

¿Contra quién?

Zinóviev: Contra los dirigentes.

Vishinsky: Es decir, ¿contra los camaradas Stalin, Vorochilov y Kaganovich?

Las palabras “es decir” no dejan lugar a dudas: el fiscal excluye oficialmente al jefe de gobierno de las filas de los dirigentes del partido y del país. Por último, en su elaboración del balance de las audiencias, el mismo fiscal, en sus conclusiones finales truená contra los “trotskystas”, “quienes alzaron la mano contra los dirigentes de nuestro partido, contra los camaradas Stalin, Vorochilov, Zhdánov, Kaganovich, Orjonikidze, Kossior y Postyshev, contra nuestros líderes, los dirigentes del estado soviético” (sesión del 22 de agosto). La palabra “dirigentes” se repite tres veces, pero una vez más, no se menciona a Molotov.

Por ende, es claramente indiscutible que en el momento de la larga preparación del juicio al “centro unificado” debieron haber existido ciertas razones importantes para excluirlo a Molotov de la lista de “dirigentes”. Los no iniciados en los secretos de los jefes de gobierno no llegan a entender en absoluto por qué los terroristas consideraron necesario matar a Kírov, Postyshev, Kossior, Zhdánov (“dirigentes” a escala provincial) e ignorar a Molotov, quien, como se suele reconocer, le lleva una cabeza, cuando no dos, a estos candidatos para el asesinato. En el *Libro Rojo*, dedicado al juicio de Zinóviev-Kámenev, Sedov ya llamó la atención sobre el ostracismo de Molotov. Sedov escribe:

Entre los dirigentes mencionados por Stalin como aquellos a quienes los terroristas supuestamente planeaban matar se incluyeron no sólo los dirigentes de primer rango, sino también a los Zhdánov, Kossior y Postyshev. Pero no se incluye a Molotov. En estas cuestiones, Stalin nunca comete un error...

¿Dónde se halla el secreto? En relación con la renuncia a las políticas del “tercer período”, circulaban rumores persistentes y tenaces sobre supuestos roces entre Stalin y Molotov. Estos rumores hallaron un reflejo indirecto pero inequívoco en la prensa soviética; Molotov no fue citado, exaltado, ni fotografiado, y a veces ni siquiera era mencionado. El *Boletín de la Oposición* comentó más de una vez sobre este hecho. En todo caso, es indiscutible que en agosto de 1936 el principal compañero de armas de Stalin en la lucha contra todos los grupos opositores fue expulsado en forma pública y abrupta de las filas de los dirigentes del estado. Por ende, es imposible evitar sacar la conclusión de que las confesiones de los acusados, así como mis “directivas”, fueron destinadas a ayudar a resolver una tarea episódica específica: elevar a Kaganovich, Zhdánov y otros a la categoría de “dirigentes”, y desacreditar al antiguo “dirigente”, Molotov.

¿Tal vez, sin embargo, el asunto se explique simplemente por el hecho de que en el momento del juicio a Zinóviev, las autoridades judiciales aún no tenían a su disposición las pruebas de los atentados contra Molotov? Esa hipótesis no resiste la menor crítica. La “evidencia” en estos juicios, como se ha dicho, en general no existe; el veredicto del 23 de agosto de 1936 menciona atentados (contra Postyshev y Kossior) sobre los que no se dice ni una palabra en el expediente judicial. Esta consideración, sin embargo, que en sí misma no carece de importancia, se ve totalmente eclipsada cuando se la compara con el hecho de que los acusados (y sobre todo los miembros del “centro”) en sus confesiones no hablan tanto de atentados sino más bien de planes de atentados. Se trataba exclusivamente de quiénes los conspiradores consideraban necesario asesinar. La composición de la lista de víctimas no dependía, por ende, de los materiales de la



investigación preliminar, sino de una valoración política de las figuras principales. Tanto más sorprendente es el hecho de que en los planes del “centro”, así como en mis “directivas”, estaban todos los candidatos posibles e imposibles para el martirio... a excepción de Molotov. Sin embargo, nadie lo consideró nunca a Molotov una figura decorativa como Kalinin. Por el contrario, si uno se pregunta quién podría reemplazar a Stalin, es imposible evitar responder que Molotov tiene posibilidades incomparablemente mayores que todos los demás.

¿Tal vez, sin embargo, los terroristas, sobre la base de rumores de discordias entre los dirigentes del estado, simplemente habían decidido dejarlo a Molotov? Como veremos, esta hipótesis tampoco pasará la prueba del análisis. De hecho, no fueron los “terroristas” quienes lo pasaron por alto a Molotov, sino que fue Stalin quien deseaba dar la impresión de que los terroristas lo habían pasado por alto para así quebrar definitivamente a su oponente. Los hechos indican que el plan de Stalin fue coronado con un éxito total. Incluso antes del juicio de agosto se observaba una reconciliación entre Stalin y Molotov. Esto se reflejó inmediatamente en las páginas de la prensa soviética que, ante una señal de las cúpulas, se dedicaron a restaurar la autoridad de Molotov. Se podría, sobre la base del *Pravda*, componer una imagen muy clara y convincente de la rehabilitación gradual de Molotov en el transcurso del año 1936. En un comentario sobre este hecho, el *Boletín de la Oposición* (número 50, mayo de 1936) decía:

Luego de la liquidación del “tercer período”, Molotov, como se sabe, cayó en semidesgracia. Pero finalmente se las arregló para volver a las filas. Durante las últimas semanas, se han pronunciado varios panegíricos de Stalin... A modo de compensación... su nombre ocupa el segundo lugar, y se lo llama el “camarada de armas” más cercano.

En esta cuestión, como en muchas otras, la comparación de las publicaciones oficiales de la burocracia con el *Boletín de la Oposición* resuelve muchos enigmas.

El juicio de Zinóviev-Kámenev reflejó el período que precedió a la reconciliación; ¡era imposible cambiar todos los materiales de la investigación preliminar con tan corto aviso! Además, Stalin no estaba apurado en otorgar una amnistía completa; Molotov tenía que recibir una lección efectiva. Es por eso que en agosto Vishinsky aún se veía obligado a adherir a la antigua directiva. Por otro lado, la preparación del juicio Piatakov-Radek se llevó a cabo sólo después de la reconciliación. En conformidad con ella, la lista de víctimas también se cambia, no sólo en cuanto al futuro sino también al pasado. En su testimonio del 24 de enero, Radek, en referencia a su entrevista con Mrachkovsky en 1932, declaró que “no tenía la menor duda de que los actos debían dirigirse contra Stalin y sus colegas inmediatos, contra Kírov, Molotov, Vorochilov y Kaganovich”. Según la declaración del testigo Loginov, en la sesión de la mañana del 25 de enero, Piatakov, a principios del verano de 1935, “dijo que el centro paralelo trotskysta... debe hacer definitivamente los preparativos para los actos terroristas contra Stalin, Molotov, Vorochilov y Kaganovich”. Naturalmente, Piatakov no deja de confirmar la declaración de Loginov. Los acusados del último juicio, en contraposición a los miembros de “centro” unificado, por ende, no sólo nombran a Molotov entre las víctimas planificadas, sino que también le conceden el primer lugar después de Stalin.

Entonces, ¿quién redactó la lista de las víctimas propuestas? ¿Los terroristas o la GPU? La respuesta es clara: ¡Stalin, a través de la GPU! La hipótesis que mencioné anteriormente, de que los “trotskystas” eran conscientes de la fricción entre Stalin y Molotov y evitaron a Molotov por razones políticas, podría adquirir una semblanza de veracidad únicamente en el caso de que los “trotskystas” se hubieran involucrado en la preparación de actos terroristas contra Molotov sólo después de su reconciliación con Stalin. Pero los “trotskystas”, al parecer, ya deseaban matar a Molotov en 1932: simplemente se habían “olvidado” de mencionarlo en agosto de 1936, y el fiscal “se olvidó” de recordárselos.

Pero no bien Molotov obtuvo la amnistía política de Stalin, volvieron inmediatamente los recuerdos tanto del fiscal como de los acusados. Y es por eso que somos testigos de un milagro; a pesar de que el mismo Mrachkovsky había hablado en su testimonio de la preparación de actos terroristas sólo contra Stalin, Kírov, Vorochilov, Kaganovich y Radek, sobre la base de una conversación con Mrachkovsky en 1932, incluyó retrospectivamente en esta lista el nombre de Molotov. Piatakov habló, supuestamente con Loginov, sobre la preparación de atentados contra Molotov a principios del verano de 1935; es decir, más de un año antes del juicio a Zinóviev. Por último, los acusados Muralov, Shestov y Arnold se refirieron al “verdadero” atentado contra Molotov, que tuvo lugar en el año 1934... ¡más de dos años antes del juicio al “centro unificado”! Las conclusiones son absolutamente claras: los acusados tenían tan poca libertad de elegir las “víctimas” como para todo lo demás. La lista de los elegidos como objetivos de los terroristas era, en realidad, una lista de dirigentes oficialmente recomendada para las masas. Fue modificada conforme a los arreglos en las cúpulas. Sólo faltaba que los acusados, así como el fiscal Vishinsky, se adaptaran a las instrucciones totalitarias.

Queda una objeción posible: pero, ¿toda esta maquinación no parece demasiado burda? A eso debemos responder: no más burda que todas las demás maquinaciones de estos juicios infames. El director de escena no apela ni a la razón ni a la crítica. Su objetivo es el de aplastar a la autoridad de la razón mediante la magnitud de la fabricación, firmada y sellada por el pelotón de fusilamiento.

### ***La base política de la acusación: “sabotaje”***

La parte más burda de la fabricación judicial, tanto en su diseño como en su ejecución, es el cargo de sabotaje contra los “trotskystas”. Este aspecto del juicio, que constituye uno de los elementos más importantes de toda la amalgama, no ha convencido a nadie (si se omite a los señores como Duranty y compañía). El mundo se enteró, a partir de la acusación y los procesamientos, de que toda la industria soviética estaba prácticamente bajo el control de “un puñado de trotskystas”. Las cosas no eran para nada mejores en lo que respecta al transporte. Pero, ¿en qué consistían realmente los actos de sabotaje trotskystas? En las confesiones de Piatakov, corroboradas por los testimonios de sus antiguos subordinados, quienes se sentaban junto a él en el banquillo de los prisioneros, se reveló que: (a) los planes para las nuevas fábricas se elaboraban muy lentamente y se revisaban una y otra vez, (b) la construcción de fábricas tomaba demasiado tiempo, y provocaba el congelamiento de sumas colosales; (c) las empresas se ponían en marcha en un estado incompleto y, en consecuencia, se arruinaban rápidamente; (d) había desequilibrios entre las diversas secciones de las nuevas plantas, con el resultado de que la capacidad productiva de las fábricas se reducía al extremo, (e) las plantas acumulaban reservas superfluas de materias primas e insumos, transformando así el capital vivo en capital muerto, (f) los insumos se derrochaban descontroladamente, etc. Todos estos fenómenos, conocidos hace mucho como las enfermedades crónicas de la vida económica soviética, se presentan ahora como el fruto de una conspiración maliciosa dirigida por Piatakov; por supuesto, bajo órdenes mías.

Sin embargo, sigue siendo absolutamente incomprensible el rol que tuvieron, mientras ocurría todo esto, los órganos estatales de la industria y las finanzas y de las autoridades contables, por no hablar del partido, que tiene sus núcleos en todas las instituciones y empresas. Si creemos en la acusación, el liderazgo de la economía no estaba en manos del “líder genial e infalible” ni en manos de sus colaboradores más

cercanos, los miembros del buró político y del gobierno, sino en manos de un hombre aislado, con ya nueve años en el destierro y el exilio. ¿Cómo se puede entender esto? Según un despacho de Moscú para el *New York Times* (25 de marzo de 1937), el nuevo jefe de la industria pesada, V. Mezhlauk, en una reunión con sus subordinados, reveló el papel criminal de los saboteadores en la elaboración de planes falsos. Pero hasta el momento de la muerte de Orjonikidze (18 de febrero de 1937), el propio Mezhlauk estaba al frente de la Comisión de Planificación Estatal, cuya tarea especial era precisamente la de examinar los planes y proyectos económicos. Así es como, buscando fabricar hechos, el gobierno soviético se otorga a sí mismo un degradante certificado de quiebra. No es casual que el *Temps*, el portavoz semioficial del aliado francés, comente que lo mejor hubiera sido no permitir que esta parte del juicio vea la luz del día.

Lo que acabamos de decir sobre la industria también se aplica enteramente al transporte. Los especialistas de ferrocarriles calculan que la capacidad de carga de un ferrocarril tiene ciertos límites técnicos. Desde el momento en que Kaganovich se hizo cargo de la administración del sistema de transporte, la “teoría de los límites” fue declarada oficialmente como un prejuicio burgués; peor aún, un invento de saboteadores. Cientos de ingenieros y técnicos tuvieron que expiar su apoyo directo o indirecto a la “teoría de los límites”. Sin duda, muchos viejos especialistas, entrenados bajo las condiciones de la economía capitalista, subestimaron flagrantemente las posibilidades inherentes a los métodos planificados, y se inclinaron por consiguiente a establecer normas extremadamente bajas. Pero eso no significa en absoluto que la dinámica de la economía dependa únicamente de la inspiración y la energía de la burocracia. El equipamiento industrial general del país, la interdependencia recíproca de las diversas ramas de la industria, el transporte y la agricultura, el nivel de capacitación de los trabajadores, el porcentaje de ingenieros experimentados y, por último, el nivel general material y cultural de la población son los factores esenciales que tienen la última palabra en la fijación de límites. El esfuerzo de la burocracia por violar estos factores mediante órdenes crudas, represalias y primas (“estajanovismo”) impone inevitablemente duras sanciones en forma de desorganización de las plantas, daños a la maquinaria, una alta proporción de bienes dañados, accidentes y desastres. No existe el menor fundamento para introducir en este tema una “conspiración trotskysta”.

La tarea de la acusación resulta extremadamente complicada al considerar el hecho adicional de que desde febrero de 1930 en adelante expuse en la prensa, en forma continua y sistemática, año tras año, mes tras mes, los mismos vicios de la economía burocratizada que actualmente se le imputan a una fantástica organización “trotskysta”. Demostré que la industria soviética no requería de tiempos máximos, sino óptimos; es decir, los tiempos que asegurarían, sobre la base de la correspondencia mutua entre los diferentes sectores de una misma empresa y entre distintas empresas, el crecimiento constante de la economía en el futuro. Escribí en el *Boletín de la Oposición* el 13 de febrero de 1930:

Un plan de construcción socialista no se puede alcanzar bajo la forma de una directiva departamental *a priori*. La industria marcha con botas de siete leguas hacia una crisis, debido principalmente a los monstruosos métodos burocráticos empleados en la elaboración del plan. No se puede elaborar un plan quinquenal con las necesarias proporciones y garantías si no es con la condición de que se discutan libremente las tasas y plazos; si todas las industrias afines y la clase obrera con sus organizaciones, principalmente el partido, no participan en dichas discusiones; si no se hace una evaluación de la experiencia de conjunto de la economía soviética en el período anterior, incluyendo los errores monstruosos de la dirección... Por eso, el plan de construcción del socialismo no puede ser una orden burocrática apriorística.

Los “trotskystas”, nos dicen a cada paso, constituyen un puñado insignificante, aislado y odiado por las masas. Es por esta razón que presuntamente recurrieron a los métodos del terror individual. El panorama cambia por completo, sin embargo, cuando llegamos al sabotaje. Sin duda, un solo hombre podrá echarle arena a una máquina o volar un puente. Pero en el tribunal nos enteramos de métodos de sabotaje de tal magnitud que sólo serían posibles si todo el aparato administrativo estuviera en manos de los saboteadores. Como dijo el acusado Shestov, evidentemente un agente provocador, en la sesión del 25 de enero:

Y, por último, en todas las minas (las minas de Prokopyevsk, Anzherka y Lenin) el movimiento estajanovista fue saboteado. Se dieron instrucciones para hacer preocupar terriblemente a los trabajadores. Antes de que un trabajador llegara a su lugar de trabajo, debía lanzar doscientas maldiciones contra la administración del pozo. Se generaron condiciones de trabajo imposibles. El trabajo normal se hizo imposible, no sólo para los métodos estajanovistas sino también para los métodos comunes.

Todo eso lo hicieron los “trotskystas”. Obviamente, toda la administración de arriba hacia abajo estaba compuesta por “trotskystas”.

No satisfechos con esto, la acusación también enumera actos de sabotaje que serían irrealizables sin el apoyo activo o por lo menos pasivo de los propios trabajadores. Así, el presidente del tribunal cita la siguiente declaración del acusado Muralov, quien, a su vez, cita al acusado Boguslavsky: “Los trotskystas en los ferrocarriles... estaban poniendo las locomotoras fuera de servicio, alteraban los horarios de tránsito y provocaban demoras en las estaciones, retrasando así el transporte de mercancías urgentes”. Los crímenes enumerados significan simplemente que los ferrocarriles estaban en manos de los “trotskystas”. No satisfecho con este extracto del testimonio de Muralov, el presidente le pregunta:

¿Y hace poco Boguslavsky seguía saboteando las actividades en la construcción de la línea Eiche-Sokol?

*Muralov:* Sí.

*El presidente:* ¿Y como resultado de ello interrumpió el trabajo de construcción?

*Muralov:* Sí.

Y eso es todo. Cómo pudieron Boguslavsky y otros dos o tres “trotskystas”, sin el apoyo de los empleados y trabajadores, perturbar el trabajo de construcción de toda una línea ferroviaria, sigue siendo totalmente incomprensible.

Las fechas de los sabotajes son extremadamente contradictorias. Según el testimonio más importante, el sabotaje era “algo nuevo” en 1934. Pero el citado Shestov sitúa el inicio del sabotaje a fines del año 1931. En el transcurso de los procedimientos judiciales, se desplazan las fechas, primero hacia delante, luego hacia atrás. El mecanismo de estos desplazamientos es muy claro. La mayoría de las acusaciones concretas de sabotaje o de “maniobras de distracción” se basan en desgracias, fallas o desastres que realmente ocurrieron en la industria o en el transporte. Al inicio del primer Plan Quinquenal, las fallas y los accidentes no eran pocos. La acusación elige los que se pueden vincular con algún acusado. Por eso existen saltos interminables en la cronología del sabotaje. En todo caso, según parece, la “directiva” general la di yo por primera vez recién en 1934.

Las manifestaciones más violentas de “sabotaje” se descubren ahora en la industria química, en donde las proporciones internas fueron violadas de modo especialmente burdo. Sin embargo, hace siete años, cuando el poder soviético realmente comenzaba a construir esta rama de la industria, escribí:

Para dar un ejemplo, la resolución acerca del papel de la química en la economía nacional sólo puede elaborarse mediante una discusión abierta entre los distintos grupos

económicos y ramas de la industria. La democracia soviética no es una consigna política abstracta, ni menos aún una norma moral. Se ha convertido en una necesidad económica.

¿Cuál era la situación real en este caso? “La marcha de la industrialización depende cada vez más del látigo administrativo. La maquinaria y la fuerza de trabajo se resienten. Las desproporciones en la producción se acumulan en distintas ramas de la industria”. Conociendo muy bien los métodos de autodefensa estalinistas, añadí: “No resulta difícil prever la reacción de los círculos oficiales ante nuestro análisis. Los funcionarios del gobierno dirán que nos jugamos a favor de una crisis. Los canallas agregarán que deseamos la caída del gobierno soviético... Pero eso no nos detendrá. Las intrigas pasan, los hechos quedan”.

No tengo la intención de cargar el registro con citas. Pero estoy dispuesto a demostrar, a través de la colección de mis artículos que tengo en la mano, que durante siete años, sobre la base de los informes oficiales de la prensa soviética, advertí incansablemente, y en no pocas ocasiones, contra las consecuencias ruinosas de saltar el período de preparación de laboratorio, de poner en marcha plantas incompletas, de suplantar la formación técnica y la organización correcta con represalias frenéticas y sin sentido, y, no poco frecuentemente, con premios fantásticos. Todos los “crímenes” económicos mencionados en el último juicio los analicé en incontables ocasiones (a partir de febrero de 1930 y hasta mi último libro, *La revolución traicionada*) como consecuencias inevitables del sistema burocrático. No tengo ninguna razón para hacer alarde de mi perspicacia. Sólo hacía falta seguir con atención los informes oficiales y extraer conclusiones rudimentarias de los hechos incontestables.

Si el “sabotaje” de Piatakov y los demás, como dice la acusación, comenzó activamente sólo alrededor del año 1934, ¿cómo se puede explicar el hecho de que ya en los cuatro años anteriores exigí la solución radical de aquellas enfermedades de la industria soviética, que se representan ahora como actividades maliciosas de “trotskystas”? Pero, ¿tal vez mi trabajo crítico fue un simple “camuflaje”? Según el sentido real de la palabra, tal camuflaje sólo podría haber tenido la intención de ocultar crímenes. Sin embargo, mi crítica, por el contrario, los desenmascaró. Por lo tanto, resulta que mientras organizaba secretamente el sabotaje, hacía todo lo posible para llamar la atención del gobierno sobre los actos de “sabotaje” y, por lo tanto, sobre sus autores. Todo esto sería extremadamente inteligente... si no careciera completamente de sentido.

El sistema de Stalin, su policía y sus agentes de la acusación, es bastante simple. Por accidentes graves en las fábricas, y especialmente por descarrilamientos de trenes, a menudo eran fusilados varios empleados, a menudo aquellos que poco antes habían sido condecorados por alcanzar ritmos altos. El resultado ha sido la desconfianza y el descontento universales. El último juicio tuvo la intención de personificar en Trotsky las causas de los accidentes y desastres. Contra Ormuz, el espíritu del bien, se debía lanzar el espíritu malo Arimán. Siguiendo el curso inmutable del procedimiento legal soviético actual, todos los acusados confesaron, naturalmente, su culpabilidad.

¿Deberíamos asombrarnos? A la GPU no le cuesta plantearle a un cierto número de sus víctimas la siguiente alternativa: ser fusilado de inmediato, o conservar una sombra de esperanza bajo la condición de que acepte comparecer ante el tribunal simulando ser un “trotskysta”, sabotadores conscientes de la industria y el transporte. El resto no requiere comentario.

La conducta de la fiscalía ante el tribunal constituye una prueba fatal contra los verdaderos conspiradores. Vishinsky se limita a preguntas simples: “¿Confiesa que es culpable de sabotaje? ¿De la organización de los accidentes y destrozos? ¿Confiesa que las directivas provenían de Trotsky?”. Pero nunca pregunta cómo hizo el acusado para llevar a cabo sus crímenes en la práctica: cómo lograron que sus planes de destrucción

fueran adoptados por las más altas instituciones del estado; ocultar el sabotaje ante los ojos de sus superiores y subordinados durante años; conseguir el silencio de las autoridades locales, los especialistas, trabajadores, etc. Como siempre, Vishinsky es el principal cómplice de la GPU en la fabricación y en el engaño de la opinión pública.

El alcance del descaro de los inquisidores, por otra parte, se ve en el hecho de que el acusado declaró, ante la exigencia persistente de la fiscalía (aunque, por supuesto, no sin reticencia) que se esforzaron deliberadamente por causar el mayor número posible de víctimas humanas, con el fin de inspirar así descontento entre los trabajadores. Pero eso no es todo. El 24 de marzo (es decir, hace apenas unos días) un despacho de Moscú relató el fusilamiento de tres “trotskystas” por el incendio malicioso de una escuela en Novosibirsk en donde murieron quemados muchos niños. Permítanme también recordarles que mi hijo menor, Sergei Sedov, fue detenido bajo la acusación de intentar un envenenamiento masivo de trabajadores. Imaginemos por un momento que el gobierno de los Estados Unidos, luego del desastre de la escuela de Texas que conmocionó al mundo entero, hubiera puesto en marcha en todo el país una campaña feroz contra la Comintern y la hubiera acusado del exterminio malicioso de niños, y tenemos una idea aproximada de la política actual de Stalin. Estas acusaciones viles, posibles solamente en la atmósfera contaminada de un régimen totalitario, conllevan en sí mismas su refutación.

### ***La base política de la acusación: la alianza con Hitler y el Mikado***

Para reforzar la acusación absolutamente improbable de una alianza entre los “trotskystas” con Alemania y Japón, los abogados extranjeros de la GPU están haciendo circular las siguientes versiones:

1.- Lenin, con el acuerdo de Ludendorff, atravesó Alemania durante la guerra, con el objetivo de llevar adelante sus tareas revolucionarias;

2.- el gobierno bolchevique no vaciló en ceder grandes territorios y pagar una indemnización a Alemania para salvar el régimen soviético.

Conclusión: ¿por qué no admitir que Trotsky se puso de acuerdo con el mismo Estado Mayor Alemán para garantizar, mediante la cesión de territorio, la posibilidad de realizar sus objetivos en el resto del país?

Esta analogía representa, en realidad, la calumnia más monstruosa y venenosa contra Lenin y el Partido Bolchevique de conjunto.

1.- En realidad, Lenin atravesó Alemania utilizando las falsas esperanzas de Ludendorff de que Rusia se desintegraría como resultado de su lucha interna. Pero, ¿cómo procedió Lenin?

a. No escondió en ningún momento ni su programa ni el propósito de su viaje;

b. llamó en Suiza a una pequeña conferencia de internacionalistas de varios países que aprobaron su plan de viajar a Rusia a través de Alemania.

c. Lenin no hizo un acuerdo político con las autoridades alemanas, y puso como condición que nadie entrara en su vagón durante su trayecto por Alemania;

d. inmediatamente después de su llegada a Petrogrado, Lenin explicó ante el sóviet y las masas trabajadoras el propósito y la naturaleza de su viaje a través de Alemania.

En este episodio, también caracterizan a Lenin la audacia en las decisiones y el cuidado de la preparación; pero no quitan la completa e incondicional honestidad hacia la clase obrera, a la que siempre está dispuesto a rendir cuentas por cada uno de sus pasos políticos.

2.- El gobierno bolchevique en realidad cedió grandes territorios a Alemania después de la paz. Pero:

- a. el gobierno soviético no tenía otra opción;
- b. la decisión no fue adoptada a espaldas del pueblo, sino sólo después de una discusión abierta y pública;
- c. el gobierno bolchevique no escondió en ningún momento a las masas populares que la paz de Brest-Litovsk significaba una capitulación transitoria y parcial de la revolución proletaria frente al capitalismo.

En todo caso, también, tenemos total concordancia de objetivos y métodos y una honestidad incondicional de la dirección ante la opinión pública de las masas trabajadoras.

Ahora, veamos qué sentido tiene esta acusación contra mí. Supuestamente, he cerrado un acuerdo con el fascismo y el militarismo sobre la siguiente base:

- a. estoy de acuerdo en renunciar al socialismo a favor del capitalismo;
- b. doy la señal para destruir la economía soviética y exterminar a los trabajadores y soldados;
- c. escondo al mundo entero mis verdaderos objetivos, así como mis métodos;
- d. toda mi actividad política pública sirve solamente para engañar a las masas obreras sobre mis verdaderos planes, en los que participan Hitler, el Mikado y sus agentes.

La actividad que se me atribuye no tiene, en consecuencia, nada en común con el ejemplo mencionado de la actividad de Lenin, sino que representa en todos los aspectos su opuesto directo.

La paz de Brest-Litovsk fue una retirada temporal, un compromiso obligatorio, con el objeto de salvar el poder soviético y realizar el programa revolucionario. Una alianza secreta con Hitler y el Mikado es una traición a los intereses de la clase obrera en aras del poder personal, o la ilusión de poder, es decir, el más bajo de todos los crímenes.

Sin duda, algunos abogados de la GPU se inclinan por diluir con agua el fortísimo vino de Stalin. Es posible, dicen, que Trotsky haya acordado sólo verbalmente la restauración del capitalismo, pero en realidad se estuviera preparando para llevar adelante una política que se correspondiera con el espíritu de su programa en el resto del territorio. En primer lugar, esta variante contradice las confesiones de Radek, Piatakov y otros. Pero, independientemente de esto, es simplemente tan inconsistente como la versión oficial presentada por la acusación. El programa de la Oposición es el programa del socialismo internacional. ¿Cómo podría un adulto experimentado imaginar que Hitler y el Mikado, que poseen una lista completa de las traiciones y los crímenes abominables de Trotsky, le permitirían llevar adelante un programa revolucionario? ¿Cómo puede uno esperar llegar al poder al precio de actos de alta traición al servicio de un estado mayor extranjero? ¿No está claro de antemano que Hitler y el Mikado, después de usar a su agente hasta el límite, lo desecharían como un limón exprimido? ¿Pueden los conspiradores, encabezados por los seis miembros del politburó de Lenin, no haber comprendido esto? La acusación, por lo tanto, carece internamente de sentido en ambas variantes, la oficial, que habla de restauración del capitalismo, y la semioficial que concede a los conspiradores un objetivo oculto: engañar a Hitler y al Mikado.

Es necesario agregar a esto que debe haber estado claro de antemano para los conspiradores que el complot no podría permanecer en ningún caso sin ser descubierto. En el juicio a Zinóviev-Kámenev, Olberg y otros declararon que la “colaboración” de los “trotskystas” con la Gestapo no era una excepción sino un “sistema”. En consecuencia, decenas y cientos de personas deben haber sido iniciadas en este sistema. Cometer actos terroristas, y especialmente el sabotaje, requerirían, a su vez, cientos e incluso miles de agentes. El descubrimiento, por lo tanto, sería absolutamente inevitable, con simultáneas muestras de la alianza de los “trotskystas” con los espías fascistas y japoneses. ¿Podría alguien, salvo un lunático, esperar llegar al poder de esta manera?

Pero eso no es todo. Los actos de sabotaje, por el tenor de las acciones, presuponen de parte de sus ejecutores una disposición al sacrificio. Cuando un agente fascista alemán o japonés arriesga su cabeza en la URSS está motivado por estímulos poderosos como el patriotismo, el nacionalismo, el chovinismo. Pero, ¿qué estímulos podrían haber motivado a los “trotskystas”? Admitamos que los “dirigentes”, habiendo perdido la cabeza, esperan tomar el poder mediante tales métodos. Pero, ¿cuáles eran los motivos de Berman-Yurin, David, Olberg, Arnold y tantos otros que, al tomar el camino del terrorismo y el sabotaje, se condenaron a sí mismos a una muerte segura? Un hombre es capaz de sacrificar su vida sólo por algún gran ideal, aunque sea uno equivocado. ¿Qué gran ideal tenían los “trotskystas”? ¿El deseo de desmembrar la URSS? ¿El deseo de darle a Trotsky el poder para la restauración del capitalismo? ¿Simpatía con el fascismo alemán? ¿El deseo de proveer de petróleo a Japón para una guerra contra Estados Unidos? Ninguna de las versiones, ni la oficial ni la semioficial, responde la pregunta: ¿al servicio de qué estaban dispuestos a jugarse la vida los ejecutores? Toda la construcción de la acusación es mecánica. Ignora la psicología de los seres humanos. En este sentido, la acusación es el producto lógico de un régimen totalitario, con su desconocimiento y desprecio por los hombres que no son “dirigentes”.

La segunda teoría fantástica que ponen en circulación los amigos de la GPU asegura que, en vistas de mi posición general, se presume que estoy políticamente interesado en acelerar una guerra. La frecuente línea argumental es la siguiente: Trotsky está por la revolución internacional. Es bien conocido que la guerra a menudo produce la revolución. *Ergo*, Trotsky debe estar interesado en acelerar la guerra.

La gente que cree esto, o que adscribe a estas ideas, para mí tiene una concepción muy débil de la revolución, la guerra y su interdependencia.

De hecho, la guerra a menudo ha acelerado la revolución. Pero precisamente por esta razón a menudo ha producido fracasos. La guerra agudiza las contradicciones sociales y el descontento de las masas. Pero eso es insuficiente para el **triunfo** de la revolución proletaria. Sin un partido revolucionario arraigado en las masas, la situación revolucionaria lleva a las más crueles derrotas. La tarea no es “acelerar” la guerra... Para esto, lamentablemente, están trabajando los imperialistas de todos los países, no sin éxito. La tarea es utilizar el tiempo que los imperialistas todavía dejan a las masas para construir un partido revolucionario y sindicatos revolucionarios.

Es de vital interés para la revolución proletaria que el estallido de la guerra sea demorado tanto como sea posible, que se gane el mayor tiempo posible para la preparación. Cuanto más firme, más valiente y más revolucionaria sea la dirección de los obreros, más dudarán los imperialistas, cuanto mayor sea la posibilidad de posponer la guerra, mayores serán las posibilidades de que la revolución ocurra **antes** que la guerra y quizás haga a la guerra misma **imposible**.

Precisamente porque la IV Internacional adhiere a la revolución internacional, uno de los factores es trabajar contra la guerra; porque (repito) el único freno a una guerra mundial es el miedo, entre las clases propietarias, a la revolución.

La guerra, nos dicen, crea una situación revolucionaria. Pero, ¿hemos tenido una falta de situaciones revolucionarias en el período que va desde 1917 hasta hoy? Echemos un vistazo brevemente al período de posguerra:

Una situación revolucionaria en Alemania, 1918-1919.

Una situación revolucionaria en Austria y Hungría al mismo tiempo.

Una situación revolucionaria en Alemania en 1923 (la ocupación del Ruhr).

Una situación revolucionaria en China, 1925-1927, que no fue precedida inmediatamente por una guerra.

Profundas convulsiones revolucionarias en Polonia en 1926.



Una situación revolucionaria en Alemania, 1931-1933.

Una revolución en España, 1931-1937.

Una situación prerrevolucionaria en Francia, iniciada en 1934.

Una situación prerrevolucionaria en Bélgica en este momento.

A pesar de la superabundancia de situaciones revolucionarias, las masas trabajadoras no han logrado ninguna victoria revolucionaria en los casos enumerados.

¿Qué está faltando? Un partido capaz de utilizar la situación revolucionaria. La socialdemocracia ha demostrado suficientemente en Alemania que es hostil a la revolución. Lo demuestra ahora nuevamente en Francia (León Blum). La Comintern, por su parte, habiendo usurpado la autoridad de la revolución de octubre, desorganiza el movimiento revolucionario en todos los países. La Comintern, en realidad, se ha convertido, sin importar sus intenciones, en el mejor asistente del fascismo y la reacción en general.

Precisamente por esta razón se plantea para el proletariado la férrea necesidad de construir nuevos partidos y una nueva internacional que responda al carácter de nuestra época, una época de grandes convulsiones sociales y peligro de guerra permanente.

Si, ante el acontecimiento de una nueva guerra, las masas no son dirigidas por un partido revolucionario firme, valiente y consistente, probado con la experiencia y que goce de la confianza de las masas, una nueva situación revolucionaria hará retroceder a la sociedad. En estas circunstancias, una guerra podría terminar no, en una revolución victoriosa, sino en el desmoronamiento de toda la civilización. Habría que ser demasiado ciego para no ver este peligro.

La guerra y la revolución son los fenómenos más graves y trágicos de la historia humana. No se los puede tomar a la ligera. No toleran diletantismo. Debemos comprender claramente la interrelación de la guerra y la revolución. Debemos entender, no con menos claridad, la interrelación de los factores revolucionarios **objetivos**, que no pueden ser inducidos a voluntad, y el factor **subjetivo** de la revolución, la vanguardia consciente del proletariado, su partido. Es necesario preparar este partido con la mayor energía.

¿Es posible admitir por un momento que los llamados “trotskystas”, el ala de extrema izquierda, golpeada y perseguida por todas las demás tendencias, dedicaría sus fuerzas a aventuras despreciables, al sabotaje y la provocación de la guerra, en lugar de construir un nuevo partido revolucionario capaz de llegar bien armado a la situación revolucionaria? ¿Sólo el desprecio cínico de Stalin y su escuela para educar a la opinión pública mundial, junto con la primitiva astucia policial de Stalin, son capaces de crear una acusación tan monstruosa y sin sentido!

He explicado en decenas de artículos y cientos de cartas que una derrota militar de la URSS significaría inevitablemente la restauración del capitalismo en una forma semicolonial bajo un régimen político fascista, el desmembramiento del país y el naufragio de la revolución de octubre. Indignados con la política de la burocracia de Stalin, muchos de mis viejos amigos políticos en varios países llegaron a la conclusión de que no podíamos asumir la obligación de defender **“incondicionalmente”** la URSS. Opuesto a esta actitud, planteé que es inadmisibles identificar la burocracia con la URSS; que las nuevas bases sociales de la URSS deben ser defendidas incondicionalmente contra el imperialismo; que la burocracia bonapartista será derrocada por las masas trabajadoras sólo con la condición de que se preserven las bases del nuevo régimen económico de la URSS. Alrededor de esta cuestión rompí de forma pública y notoria con docenas de viejos amigos y con cientos de amigos nuevos. Mis archivos contienen una extendida correspondencia dedicada a la cuestión de la defensa de la URSS. Finalmente, mi último libro, *La revolución traicionada*, muestra un análisis detallado de las políticas militares y diplomáticas de la URSS, expresamente desde el punto de vista de la defensa del país.

Ahora, por obra y gracia de la GPU, parece que mientras rompía con muchos amigos cercanos que no entendían la necesidad de la defensa **incondicional** de la URSS contra el imperialismo, en realidad estaba cerrando alianzas con los imperialistas y llamando a la destrucción de las bases económicas de la URSS.

Además, es imposible desentrañar cómo, exactamente, contribuyeron en la práctica Alemania y Japón a esta alianza. Los “trotskystas” vendieron su alma al Mikado y a Hitler; ¿qué recibieron a cambio? El dinero es el nervio de la guerra. ¿Los “trotskystas” recibieron, al menos, dinero de Alemania y Japón? No se dice una palabra sobre esto en el proceso. La fiscalía no está ni siquiera interesada en este tema. Al mismo tiempo parece, por las referencias de otras fuentes financieras, que ni Alemania ni Japón entregaron dinero. Entonces, ¿qué les dieron a los “trotskystas”? A través del proceso, esta pregunta no recibe ni sombra de respuesta. La alianza con Alemania y Japón yace completamente en el dominio de la metafísica. ¡Agregaré a esto que es la más cobarde de todas las metafísicas policiales en la historia de la humanidad!

## *Copenhague*

El capítulo “Copenhague” del proceso de los dieciséis (Zinóviev y otros) es, por la acumulación de contradicciones y absurdos, el más monstruoso de todos los capítulos. Los hechos relacionados con Copenhague se han establecido y analizado desde hace tiempo en varios libros, empezando con *El libro rojo* de L. Sedov. He presentado a la comisión los documentos y la evidencia más importantes, y me reservo el derecho de presentar material complementario en el curso de la investigación. Por esa razón, seré lo más breve posible en lo que concierne a la “semana terrorista” en Copenhague.

Acepté la invitación de los estudiantes daneses para dar una conferencia en Copenhague, con la esperanza de lograr quedarme en Dinamarca o conseguir la admisión en otro país europeo.

Este anhelo no se concretó por la presión del gobierno soviético sobre el gobierno danés (amenaza de boicot económico). Con el objetivo de disuadir a otros países para que no me ofrezcan su hospitalidad, la GPU decidió transformar mi estadía de una semana en Copenhague en una semana de “complot terrorista”. Holzman, Berman-Yurin y David supuestamente me visitaron en la capital danesa. Los tres llegaron por separado, y cada uno recibió por separado instrucciones terroristas de mi parte. Olberg, que estaba en Berlín, recibió instrucciones similares de mi parte desde Copenhague, pero en forma de una carta.

El testigo más importante contra mí y contra León Sedov es **Holzman**, un viejo miembro del partido y una persona que nos conocía personalmente a ambos. Las confesiones de Holzman durante la investigación preliminar, y en el proceso mismo, se distinguen de las confesiones de la mayoría de los acusados por ser extremadamente exiguas. Basta decir que, a pesar de la insistencia de la fiscalía, Holzman negó cualquier participación en actividades terroristas. El testimonio de Holzman debe ser observado como el denominador menos común de todos los testimonios. Holzman accedió a admitir sólo los planes terroristas de **Trotsky** y la participación en ellos de **León Sedov**. Es precisamente lo escaso de las confesiones de Holzman lo que a primera vista les da un peso excepcional. Sin embargo, es precisamente el testimonio de Holzman el que se derrumba ante los hechos. Los documentos y declaraciones juradas que presenté, que me abstendré de enumerar nuevamente, establecen con certeza que, al contrario de la declaración de Holzman, Sedov **no estuvo** en Copenhague, y en consecuencia no pudo haber llevado a Holzman a verme, especialmente desde un Hotel **Bristol** demolido en

1917. Además, las declaraciones de los otros tres “terroristas”, Berman-Yurin, David y Olberg, intrínsecamente improbables, se socavan la una a la otra e invalidan definitivamente el testimonio de Holzman.

Holzman, Berman-Yurin y David fueron, según sus propias palabras, enviados a Copenhague por León Sedov. Pero ni Berman ni David mencionan la presencia de Sedov en Copenhague. Sólo Holzman supuestamente se habría reunido con Sedov en el vestíbulo de un hotel arrasado.

Berman-Yurin y David, quienes, según ellos mismos han reconocido, eran absolutos extraños para mí, supuestamente fueron recomendados por mi hijo, en ese momento un estudiante de veintiséis años. Por lo tanto, se concluye que escondía mis ideas terroristas a la gente más cercana a mí, mientras daba instrucciones terroristas a conocidos casuales. Este sorprendente hecho sólo puede explicarse de una manera: aquellos que eran “conocidos casuales” **para mí** no eran en absoluto “conocidos casuales” **para la GPU**.

Un cuarto terrorista, Olberg, declaró en la sesión de la tarde del 20 de agosto de 1936: “Antes de mi partida para la Unión Soviética, intenté ir a Copenhague con Sedov para ver a Trotsky. **Nuestro viaje no se concretó, pero Suzanne, la esposa de Sedov, fue para allí.** A su regreso trajo una carta de Trotsky dirigida a Sedov, en la que Trotsky acordaba que vaya a la URSS...” (el destacado es mío).

Mis amigos en Berlín, los Pfmfert, como se ve en su carta del 30 de abril de 1930, ya en ese momento veían a Olberg, si no como agente de la GPU, al menos como un candidato para el puesto. Rechacé su propuesta de que viniera a Prinkipo desde Berlín como mi secretario ruso. Es absolutamente inconcebible que dos años después le hubiera dado “instrucciones terroristas”. Pero Olberg, a diferencia de Berman-Yurin y David, realmente había mantenido correspondencia conmigo, y había conocido personalmente a Sedov en Berlín, se encontró con él varias veces, conocía a los amigos de Sedov, es decir, que en cierto punto se movía en su círculo. Olberg sabía, como muestra su testimonio, realmente sabía, que el intento de mi hijo de llegar a Copenhague había fracasado, pero que su esposa, que tenía pasaporte francés, estuvo allí.

Los cuatro “terroristas” declaran, como pueden observar, que fue Sedov quien los puso en contacto conmigo. Pero a partir de ese punto, sus testimonios divergen. De acuerdo con Holzman, Sedov estaba en Copenhague. Berman-Yurin y David no mencionan la presencia de Sedov en Copenhague. Finalmente, Olberg confirma categóricamente que Sedov no pudo hacer el viaje a Copenhague. Lo más sorprendente de todo es que la fiscalía no presta la menor atención a estas contradicciones.

Están a disposición de la comisión, como declaré, pruebas documentales de que Sedov no estuvo en Copenhague. El testimonio de Olberg y el silencio de Berman-Yurin y David corroboran este hecho. Por lo tanto, el testimonio más fuerte contra Sedov y contra mí, el de Holzman, se hace polvo. No hay nada sorprendente en el hecho de que los amigos de la GPU busquen a cualquier precio salvar el testimonio de Holzman, del que depende toda la historia de la “semana terrorista” de Copenhague. De ahí la hipótesis: Sedov podría haber ido a Copenhague de forma ilegal, sin que lo supieran Olberg y los demás. Con el objeto de privar a mis adversarios de su última laguna, me detendré en esta hipótesis.

¿Qué necesidad tenía Sedov de arriesgarse en un viaje ilegal? Según lo que sabemos, su supuesta estadía en Copenhague se reduce a esto: llevó a Holzman desde el Hotel Bristol hasta mi apartamento y durante mi conversación con Holzman, “el hijo de Trotsky, Sedov, entraba y salía de la habitación constantemente”. ¡¿Sólo eso?! ¿Valía la pena hacer un viaje ilegal desde Berlín sólo para eso?

Berman-Yurin y David, quienes, de acuerdo con sus declaraciones, nunca me habían visto, pudieron localizarme en Copenhague sin la ayuda de Sedov que, como se entiende en su propia declaración, les dio todas las indicaciones necesarias en Berlín. Era mucho más fácil para Holzman, que ya me conocía, saber dónde encontrarme. Ninguna persona sensata creería que Sedov viajó con un pasaporte falso de Berlín a Copenhague para traer a Holzman a mi apartamento, y dejó solos a Berman-Yurin y David, a quienes también había enviado desde Berlín y que no me conocían personalmente, sin ayuda alguna.

¿Pero quizá Sedov viajó a Copenhague ilegalmente para ver a sus padres? Esta suposición sería, a primera vista, mínimamente más probable si Sedov no hubiera viajado, algunos días después, a París de forma bastante legal con el mismo propósito, es decir, para ver a sus padres.

Pero, insisten los amigos de la GPU, ¿no podría Sedov haber hecho un segundo viaje legal con el único propósito de esconder el primer viaje ilegal? Imaginemos por un momento esta combinación concretamente. A los ojos de todos, Sedov emprende los preparativos para su viaje a Copenhague. En otras palabras, no le esconde a nadie su intención de reunirse con nosotros. Todos nuestros amigos en Copenhague saben que esperamos a nuestro hijo. Su esposa y su abogado llegan a Copenhague, y les cuentan a sus amigos del fracaso de sus esfuerzos. Ahora nos piden que creamos que, no habiendo conseguido la visa, Sedov busca un pasaporte falso y llega de forma secreta a Copenhague sin que lo sepa ninguno de nuestros amigos. Allí se reúne con Holzman en el vestíbulo de un hotel que no existe, lo lleva a una reunión conmigo sin ser visto por mis guardias, y durante mi conversación con Holzman “entra y sale de la habitación” constantemente. Después de eso, desaparece de Copenhague de la misma forma milagrosa en la que llegó. Al regresar a Berlín, obtiene una visa francesa, y el 5 de diciembre se reúne con nosotros nuevamente en París en Gare du Nord. ¿Con qué fin?

Por un lado, tenemos el testimonio de Holzman, que no tiene nada que decir sobre el pasaporte que usó para su viaje a Copenhague (la fiscalía no lo interroga, por supuesto, sobre este punto), y que, como broche de oro, señala como punto de reunión con el Sedov ausente un hotel que no existe. Por otro lado, tenemos el silencio de Berman-Yurin y David sobre Sedov, la afirmación absolutamente certera de que Olberg y Sedov se quedaron en Berlín, más de una veintena de declaraciones juradas que corroboran las declaraciones de Sedov, de su madre y las mías y, como aditamento, el sentido común, cuya autoridad no puede ser negada.

Para resumir: Sedov no estuvo en Copenhague; el testimonio de Holzman es falso. Holzman es el principal testigo de la acusación. La “semana de Copenhague” de conjunto se derrumba.

Puedo establecer una serie de argumentos que deberían despejar cualquier vestigio de duda, en caso de que todavía fuera posible que existiera alguna sobre este tema.

1.- Ninguno de mis supuestos visitantes menciona ni mi domicilio ni la sección de la ciudad donde se realizó la reunión.

2.- La pequeña casa que ocupábamos pertenecía a una bailarina que había viajado al exterior. Todos los muebles de la casa evidenciaban la profesión de la propietaria y era inevitable que llamara la atención de mis visitantes. De haberme visitado, Holzman, Berman-Yurin y David, sin duda hubieran mencionado los muebles del apartamento.

3.- Durante nuestra estadía en Copenhague circuló un rumor sobre la muerte de Zinóviev en la prensa mundial. El rumor resultó falso. Pero tuvo impacto en todos nosotros. ¿Puede uno imaginarse que mis visitantes, que vinieron a recibir instrucciones “terroristas”, no hayan oído nada de mi parte o de otros sobre la muerte de Zinóviev, o haberlo olvidado?

4.- Ninguno de mis supuestos visitantes dijo una palabra sobre mis secretarios, mis guardias, etcétera.

5.- Berman-Yurin y David no dijeron nada sobre los pasaportes que usaron para viajar, cómo me encontraron, dónde se hospedaron, etcétera.

Los jueces y la fiscalía no hicieron ninguna pregunta concreta, por temor a que un gesto imprudente hubiera podido derrumbar la endeble estructura.

El órgano del partido de gobierno danés, *Sozialdemokraten*, inmediatamente después del juicio de Zinóviev y Kámenev, el 1 de septiembre de 1936, afirmó que el Hotel Bristol, en el que se llevó a cabo la supuesta reunión entre Holzman y Sedov, fue demolido en el año 1917. La justicia de Moscú recibió esta noticia no poco importante con un profundo silencio. Uno de los abogados de la GPU, presuntamente el irremplazable Pritt, apresuró la suposición de que se trató de un error del taquígrafo al escribir el nombre “Bristol”. Si uno considera que los procesos se realizaron en Rusia, entonces es incomprensible que un taquígrafo ruso haya cometido un error con una palabra no rusa como “Bristol”. Los informes de los procedimientos judiciales cuidadosamente corregidos fueron leídos, además, por los jueces y el público, había periodistas extranjeros en el juicio. Nadie notó el “error de taquigrafía” antes de la revelación de *Sozialdemokraten*. El episodio naturalmente se hizo muy conocido. Los estalinistas se mantuvieron en silencio durante cinco meses.

Recién en febrero de este año la Comintern hizo un descubrimiento atenuante: en realidad no existía un “Hotel Bristol”, pero existe, sin embargo, una confitería llamada “Bristol”, que está junto al hotel y comparte una pared con el mismo. Este hotel se llama “Grand Hotel Copenhague”, pero es, no obstante, un hotel. Sin duda, el negocio de dulces no es un hotel; aun así, su nombre es “Bristol”. De acuerdo con Holzman, la reunión tuvo lugar en el **vestíbulo** del hotel. El negocio de dulces no tiene vestíbulo; pero, por otro lado, el hotel, que no se llama “Bristol”, sí tiene vestíbulo. A esto debe agregarse que, como aparece incluso en las imágenes publicadas en la prensa de la Comintern, las entradas del negocio y del hotel están sobre calles diferentes. Ahora bien, ¿dónde tuvo lugar la reunión? ¿En el vestíbulo que no era del “Bristol” o en el “Bristol” sin vestíbulo?

Supongamos, no obstante, por un momento que Holzman se había confundido el negocio y el hotel al concertar la reunión con Sedov en Berlín. ¿Cómo descubrió Sedov el lugar de la reunión? Aceptemos al menos una parte de la hipótesis, y supongamos que Sedov con un ingenio inusitado, dio vuelta a la calle y encontró allí la entrada de un hotel con otro nombre y se reunió con Holzman en el vestíbulo. Pero es evidente que Holzman pudo haberse equivocado con respecto al nombre del hotel sólo **antes** de la reunión. **Durante** la reunión, el error debería haber sido aclarado y debería haber quedado plasmado mucho más nítidamente en los recuerdos de ambas partes. **Después** de la reunión, Holzman no podría en ningún caso haber hablado del vestíbulo... de la confitería “Bristol”. La hipótesis, por lo tanto, se derrumba ante el primer contacto.

Pero con el objeto de confundir aún más la situación, la prensa de la Comintern afirma que el negocio “Bristol” ha servido durante mucho tiempo como lugar de reunión de “trotskystas” daneses y aquellos que estaban de paso por el país. Existe un anacronismo obvio aquí. En noviembre de 1932 no pudimos encontrar un solo “trotskysta” en Dinamarca. Aparecieron “trotskystas” alemanes en Copenhague después del triunfo de Hitler, es decir, en el año 1933. Sin embargo, incluso si suponemos por un momento que había “no sólo había ‘trotskystas’” allí en 1932, sino que la confitería Bristol ya era utilizada por ellos, la nueva hipótesis parece carecer aun más de sentido. Vayamos al testimonio de Holzman como figura en el informe oficial:

...Sedov me dijo: “Ya que estás yendo hacia Rusia, sería bueno que vinieras conmigo a Copenhague donde está mi padre...”. Estuve de acuerdo, pero le dije que **para**

**mantener todo en secreto no podíamos ir juntos** [destacado mío]. Acordé con Sedov estar en Copenhague entre dos y tres días, para hospedarme en el Hotel Bristol y reunirme allí con él.

Es evidente que el viejo revolucionario, que no quería hacer el viaje junto con Sedov ya que su vida corría peligro si se descubría su viaje a Copenhague, no fijaría un punto de encuentro que, según la prensa de la Comintern, “había sido durante años [¡!] el lugar de reunión de los trotskystas daneses, y aquellos que forman parte de su círculo, así como de las reuniones entre los trotskystas daneses y extranjeros”. En esta última circunstancia, que, como ya se ha dicho, es un invento absoluto, los agentes extremadamente celosos de la Comintern ven una confirmación de sus hipótesis. Según ellos, se deduce que Holzman fijó la cita en un negocio lo suficientemente conocido por los estalinistas como lugar de “reunión de trotskystas”. Un absurdo tras otro. Si el lugar en general era conocido por los “trotskystas” daneses y extranjeros, especialmente para Holzman, entonces no podría haberse confundido, en primer lugar, con el Grand Hotel Copenhague y, en segundo lugar, lo habría evitado como a la peste precisamente por su reputación “trotskysta”. ¡Así corrige esta gente el error del taquígrafo!

La comisión sabe por los documentos que presenté que Sedov no podría haber estado en la confitería “trotskysta” porque ni siquiera estaba en Copenhague. En *El libro rojo* de León Sedov, el episodio del Hotel Bristol es tratado como una curiosidad que caracteriza los métodos de trabajo extremadamente descuidados de la GPU. La atención principal se concentra en probar que Sedov estaba en Berlín en noviembre de 1932. Innumerables documentos y declaraciones juradas no dejan lugar a dudas sobre este punto. Quieren que creamos que el fantasma de Sedov llegó hasta el fantasmagórico vestíbulo de la confitería, que, con cierta demora, fue transformado en un hotel mediante la fantasía de los agentes de la GPU.

Holzman hace su supuesto viaje separado de Sedov y, naturalmente, con un pasaporte falso a fin de no dejar rastros. La entrada de extranjeros es registrada hoy en todos los países. El testimonio de Holzman podría verificarse de inmediato si supiéramos qué pasaporte usó en su viaje de Berlín a Copenhague. ¿Puede alguien imaginar un procedimiento judicial en el que la fiscalía, en cualquier circunstancia, no interrogue al acusado sobre su pasaporte? Es sabido que Holzman negó categóricamente una conexión con la Gestapo. Más razones para que la fiscalía interrogue a Holzman quien, entonces, consiguió un pasaporte falso. Sin embargo, Vishinsky naturalmente no lo puso en cuestión para no sabotear su propia obra. Según todos los indicios, Holzman debe haber pasado la noche en Copenhague. ¿Dónde? ¿Quizás en la confitería Bristol? Vishinsky no está interesado en esta pregunta tampoco. Su función consiste en proteger a los acusados de la verificación de su propio testimonio.

Naturalmente, el error sobre el tema del Hotel Bristol desacreditó a la acusación. El error con respecto a la reunión con el Sedov ausente desacreditó doblemente el juicio. Pero lo que desacreditó más el proceso, y a Vishinsky mismo, es la circunstancia en la que este último no interrogó al acusado sobre su pasaporte, la fuente de donde lo obtuvo, o su lugar de hospedaje, aunque estas preguntas clamaban por respuestas. El silencio de Vishinsky lo expone en este caso, también, como un cómplice del montaje judicial.

### ***Radek***

En sus conclusiones finales (28 de enero), el fiscal Vishinsky dijo: “Radek es uno de los trotskystas más sobresalientes, y para hacerle justicia, uno de los más capaces y persistentes... Es incorregible... Es uno de los hombres de mayor confianza y más íntimo

con el gran jefe de esta pandilla, Trotsky”. Todos los elementos de esta caracterización son falsos, con la posible excepción de la referencia al talento de Radek; pero incluso sobre esto es necesario agregar: **talento como periodista**. Y sólo es posible hablar de la “persistencia” de Radek, de su “incoregibilidad” como opositorista y su intimidad conmigo, como una broma torpe.

Las características sobresalientes de Radek son, en realidad, impulsividad, inestabilidad, imposibilidad de confiar en él, una predisposición a entrar en pánico ante el primer signo de peligro y exhibir una gran locuacidad cuando todo está bien. Estas cualidades lo convierten en un Fígaro periodístico de primer nivel, un guía invaluable para turistas y corresponsales extranjeros, pero absolutamente inadecuado para el rol de conspirador. ¡Entre las personas informadas es simplemente impensable hablar de Radek como un inspirador de intentos terroristas o como el organizador de una conspiración internacional!

Sin embargo, no es un accidente que la fiscalía le atribuya a Radek rasgos que son directamente contradictorios con su verdadero carácter; de otra forma, sería imposible crear siquiera la semblanza de una base psicológica para la acusación. De hecho, de haber elegido a Radek como el líder político del centro “puramente trotskysta”, de haber participado nada menos que a Radek en mis negociaciones con Alemania y Japón, sería perfectamente evidente que Radek debería haber sido no sólo un trotskysta “persistente” e “incoregible”, sino también uno de mis hombres “de mayor confianza e íntimo”. La caracterización de Radek en las conclusiones finales del fiscal es un elemento indispensable del montaje judicial.

De acuerdo con el fiscal, Radek era el “representante de asuntos exteriores” en el centro “trotskysta”. De hecho, Radek participó de cerca en las cuestiones de política exterior, pero exclusivamente como periodista. Es verdad que en los primeros años de la revolución de octubre fue durante un tiempo miembro del Consejo de Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores. Pero los diplomáticos soviéticos se quejaron ante el politburó de que “cualquier cosa que se dijera en presencia de Radek se esparcía por todo Moscú a la mañana siguiente”. Radek fue rápidamente removido del consejo.

En un momento fue miembro del comité central, y como tal tenía derecho a presenciar las sesiones del politburó. Por iniciativa de Lenin, los asuntos que debían mantenerse en secreto se discutían invariablemente en ausencia de Radek. Lenin apreciaba a Radek como periodista, pero no toleraba su falta de moderación, su actitud ligera hacia las cuestiones serias, su cinismo.

Es imposible olvidar la apreciación sobre Radek que hizo Lenin en el VII Congreso del Partido (1918) durante la controversia sobre el Tratado de Brest-Litovsk. En referencia al comentario de Radek, “Lenin cede terreno para ganar tiempo”, Lenin dijo: “Respondo a lo que dijo el camarada Radek y aprovecho la oportunidad para manifestar que por casualidad expresó un pensamiento serio”. Y continúa: “Esta vez ocurrió que el camarada Radek hizo una afirmación realmente seria”.

Este comentario repetido dos veces expresa bien la esencia misma de la actitud no sólo de Lenin hacia Radek, sino también de los colaboradores más cercanos de Lenin. Señalo aquí que incluso seis años después, en enero de 1924, en la conferencia del partido que se convocó poco después de la muerte de Lenin, Stalin dijo: “En la mayoría de los hombres, la cabeza controla su lengua; en el caso de Radek, su lengua controla su cabeza”. A pesar de su dureza, estas palabras no son equivocadas. De cualquier modo, no sorprendieron a nadie, muchos menos a Radek; estaba acostumbrado a ese tipo de evaluaciones. ¿Quién creería que puse al frente de un grandioso complot a un individuo cuya lengua controla su cabeza y que es, en consecuencia, sólo capaz de expresar ideas serias “por casualidad”?

La actitud de Radek hacia mí atravesó dos niveles de desarrollo. En 1923, escribió loas hacia mí (“León Trotsky, el organizador de la victoria”, *Pravda*, 14 de marzo de 1923), que me sorprendieron por su tono exaltado. En los días del proceso de Moscú (21 de agosto de 1936), Radek escribió sobre mí el más calumniador y cínico de todos sus artículos. El intervalo entre esos dos artículos se divide a mitad de camino por la capitulación de Radek. El año 1929 fue el punto de inflexión en su vida política y en su actitud hacia mí, la historia de nuestras relaciones antes y después de 1929 pueden seguirse sin dificultad de año a año a través de artículos y cartas. En esta cuestión, como en otras, establecer los hechos básicos es refutar la acusación.

Desde 1923 hasta 1926, Radek vaciló entre la Oposición de Izquierda en Rusia y la Oposición de Derecha en Alemania (Brandler, Thalheimer, etc.). En ese momento, de la ruptura abierta entre Stalin y Zinóviev (que comenzó en 1926), Radek buscó en vano que la Oposición de Izquierda hiciera un bloque con Stalin. Después de eso, Radek perteneció durante tres años (¡un período de tiempo inusual para él!) a la Oposición de Izquierda. Pero en la Oposición se mantuvo oscilando hacia la izquierda y hacia la derecha.

En agosto de 1927, al desarrollar la idea de la amenaza del termidor, Radek escribió en sus tesis programáticas:

La tendencia hacia la degeneración termidoriana del partido y sus principales instituciones se expresa en los siguientes puntos: ... (d) en la línea de aumentar el peso del aparato del partido contra las organizaciones de base del partido, que encuentra su expresión clásica en la declaración de Stalin al pleno (agosto 1927): “Estos cuadros sólo pueden ser destituidos por medio de la guerra civil” (una declaración, que es... la fórmula clásica del golpe de estado bonapartista); (e) en la política exterior proyectada por Sokolnikov. Es necesario nombrar a estas tendencias abiertamente como termidorianismo... y decir abiertamente que encuentran su expresión completa en el comité central en su ala derecha (Ríkov, Kalinin, Vorochilov, Sokolnikov) y en parte en el centro (Stalin). Es necesario decir abiertamente que las tendencias del termidor están creciendo...

Esta cita es importante en dos aspectos:

a. Muestra, en primer lugar, que ya en 1927 Stalin proclamó que la burocracia (“estos cuadros”) era inamovible, y pronunció que toda oposición a ellos equivalía a la guerra civil (Radek, junto con toda la Oposición, designó esta declaración pública como una manifestación de bonapartismo).

b. Caracteriza inequívocamente a **Sokolnikov**, no como un adherente ideológico, sino como un representante del ala derecha termidoriana. Sin embargo, en el último proceso Sokolnikov figura como un miembro del centro “trotskysta”.

A finales de 1927, Radek, junto con cientos de otros opositores, fue expulsado del partido y desterrado a Siberia. Zinóviev, Kámenev y luego Piatakov hicieron declaraciones de arrepentimiento. Para la primavera de 1928 Radek empezó a dudar, pero trató de mantenerse firme durante cerca de un año.

El 10 de mayo, Radek le escribe a Preobrazhensky desde Tobolsk: “Repudio a los zinovievistas y piatakovistas por dostoyevskianos. Al retractarse, violan sus propias convicciones. Es imposible ayudar a la clase obrera con mentiras. Los que se quedan deben decir la verdad”.

El 24 de junio, en respuesta a mis temores, Radek me escribe lo siguiente: “Ninguno de nosotros propone renunciar a sus ideas. Semejante renuncia sería lo más ridículo, ya que la historia las reivindicó brillantemente”.

Para Radek, por lo tanto, no cabía la menor duda de que los opositores podrían retractarse con el único propósito de congraciarse con la burocracia.



Nunca pasó por su cabeza que detrás de las renunciaciones podrían acechar designios diabólicos.

El 3 de julio, Radek le escribió al capitulador Vardin:

Zinóviev y Kámenev han renunciado, si quieres, con el objeto de ayudar al partido, pero de hecho para lo único que tienen valor es para escribir artículos contra la Oposición. Esa es la lógica de su oposición, que el penitente debe probar su arrepentimiento.

Estas líneas arrojan cierta luz sobre los procesos venideros, en los que no sólo Zinóviev y Kámenev, sino también Radek, deberán “probar” la honestidad de todos sus arrepentimientos previos.

En el verano de 1928, Radek, junto con Smilga, elaboraron unas tesis políticas en las que, entre otras cosas, establecen: “Aquellos que, como Piatakov, se apresuraron a **enterrar sus pasados mediante la traición** están seriamente equivocados”. Así, Radek se expresa sobre su futuro colaborador en el mítico “centro paralelo”. En ese mismo momento, Radek estaba vacilando. Pero psicológicamente no era capaz de ver la capitulación de Piatakov como otra cosa que no fuera traición.

Sin embargo, la urgencia de Radek por hacer las paces con la burocracia se había vuelto tan transparente en sus cartas que F. Dingelstedt, uno de los exiliados más prominentes de la generación más joven, estigmatizaba abiertamente las tendencias “capituladoras” de Radek. El 8 de agosto, Radek le contestó a Dingelstedt:

La circulación de cartas sobre mi capitulación es una muestra de ligereza, una acción que sólo puede sembrar pánico, y es indigna de un viejo revolucionario... Cuando haya reflexionado sobre el tema, cuando haya recobrado el equilibrio de sus nervios (y necesitamos nervios fuertes, ya que el exilio no es nada en comparación con lo que nos espera ver en los días por venir), entonces usted, como antiguo miembro del partido, se avergonzará de haber perdido la cabeza. Saludos comunistas, K. R.

Vale la pena señalar especialmente en esta carta el comentario de que el exilio en Siberia no es nada en comparación con lo que nos espera ver en los días por venir. Es como si Radek previera los futuros juicios.

El 16 de septiembre, Radek escribió a los exiliados de Kolpashev:

Stalin pide que reconozcamos nuestros “errores” y olvidemos los suyos... Esta fórmula es un pedido para que capitulemos como una tendencia especial y nuestra subordinación al centro... Con esta condición, está dispuesto a ofrecernos clemencia. No podemos aceptar esta condición [*Boletín de la Oposición*, números 5-4, septiembre de 1929].

Ese mismo día, Radek le escribió a Vrachev en relación a los golpes recibidos por él de parte de los opositores más firmes: “La protesta no me impedirá cumplir con mi deber. Y quien sobre la base de estas críticas [las críticas de Radek] siga balbuceando sobre prepararse para el piatakovismo sólo probará su deficiencia mental”.

Para Radek, Piatakov todavía sigue siendo la medida de una extrema bancarrota política.

Estas solas citas, que describen el verdadero proceso de diferenciación dentro de la Oposición y la desertión de su ala inestable y oportunista al campo de la burocracia, destruyen completamente la versión de fabricación policial de las capitulaciones como un método calculado de conspiración contra el partido.

En octubre de 1928, Radek intentó hacer un llamado al comité central para frenar o al menos suavizar la persecución de la Oposición. “A pesar del hecho de que los más viejos de nosotros hemos luchado por el comunismo durante un cuarto de siglo”, escribió desde Siberia a Moscú, “nos expulsan del partido y nos destierran como contrarrevolucionarios... sobre la base de una acusación que no nos deshonra a nosotros, sino a aquellos que la hacen” (Artículo 58 del Código Penal). Radek enumera una serie

de instancias del tratamiento cruel de los exiliados (Sibiriakov, Alsky, Khorechko) y continúa:

Pero las circunstancias alrededor de la enfermedad de Trotsky acaban con la paciencia de uno. No podemos quedarnos pasivos y en silencio mientras la malaria carcome la fuerza del luchador que sirvió toda su vida a la clase obrera y que fue la espada de la revolución de octubre.

Esa es una de las últimas declaraciones de Radek, el opositor, y su último comentario positivo sobre mí. A principios de 1929 ya se negó a esconder sus vacilaciones. A mediados de junio, después de las negociaciones con los comités del partido y la GPU, Radek, el capitulador, regresó a Moscú, aunque vigilado. En una de las estaciones en Siberia tuvo una conversación con los exiliados, que uno de los participantes cuenta en una carta enviada al extranjero (*Boletín de la Oposición*, número 6, octubre de 1929):

*Pregunta:* ¿Y cuál es su actitud hacia L.D. [Trotsky]?

*Radek:* He roto definitivamente con L.D. A partir de ahora somos adversarios políticos... No tenemos nada en común con el colaborador de Lord Beaverbrook.

*Pregunta:* ¿Usted pide la abolición del artículo?

*Radek:* ¡En absoluto! Para aquellos que vienen con nosotros será abolido en sí mismo. Pero no aboliremos el Artículo 58 para aquellos que siguen el camino de socavar al partido, que organizarán el descontento de las masas. Los agentes de la GPU no nos dejan hablar. Empujaron a Karl [Radek] dentro del tren, lo acusan de agitar contra la deportación de Trotsky. Radek grita desde el tren: “¿Agito contra la deportación de Trotsky? ¡Ja ja!... ¡Estoy agitando para que los camaradas regresen al partido!”. Los agentes de la GPU escucharon en silencio y empujaron a Karl dentro del tren. El expreso empezó a moverse.

De acuerdo con esta vívida narración, que pinta a Radek de alma y cuerpo, escribí una nota editorial:

Nuestro corresponsal dice que en el “fondo [de la capitulación] hay ‘cobardía’”. Esta formulación puede parecer simplificada en extremo. Pero en esencia es correcta. Naturalmente, es una cuestión de cobardía política, la cobardía personal no necesariamente tiene que ver en este asunto, aunque bastante a menudo coinciden felizmente.

Esta caracterización está en armonía con mi apreciación de Radek.

Un poco antes, el 14 de junio, no bien llegó el telegrama que traía noticias del “sincero arrepentimiento” de Radek, escribí:

Al capitular, Radek tacha su nombre de la lista de los vivos. Caerá en la categoría de los medio muertos, los medio perdonados, encabezada por Zinóiev. Esta gente teme pronunciar una sola sílaba en voz alta, teme pensar por sí misma y, por lo tanto, vive con miedo constante de su propia sombra [*Boletín de la Oposición*, números 1-2, julio de 1929]

Menos de un mes después (7 de julio), escribí en otro artículo sobre el tema de las capitulaciones: “Hablando en general, nadie ha acusado todavía a Radek de perseverancia o de conspiración” (*Boletín de la Oposición*, número 1-2, julio de 1929).

Estas palabras parecen una réplica polémica al fiscal Vishinsky, que siete años después sería el primero en acusar a Radek de ser “constante” y “consistente”.

A finales de julio, volví una vez más sobre el mismo tema, esta vez con una perspectiva más amplia:

La capitulación de Radek, Smilga, Preobrazhensky, es a su manera un gran hecho político. Sobre todas las cosas, muestra cómo se ha dilapidado completamente una generación grande y heroica de revolucionarios, cuyo destino era pasar a la historia por las experiencias de la guerra y la revolución de octubre. Tres viejos y meritorios

revolucionarios han tachado sus nombres de la lista de los vivos. Se han privado a sí mismos de lo más importante, el derecho a exigir confianza. No podrán recuperar esto.

Desde mediados de 1929, el nombre de Radek se convirtió, en las filas de la Oposición, en el símbolo de las formas más degradantes de capitulación y el apuñalamiento de los viejos amigos. El ya mencionado Dingelstedt, a fin de mostrar las dificultades de Stalin más claramente, pregunta con ironía: “¿Recibirá alguna ayuda del renegado Radek?”. Para enfatizar su desprecio por el documento de un capitulador reciente, Dingelstedt agrega: “te has abierto un camino hacia Radek” (22 de septiembre de 1929).

Otro opositor exiliado escribe desde Siberia el 27 de octubre (*Boletín de la Oposición*, número 7, noviembre-diciembre de 1929): “El trabajo de Radek ha adquirido un carácter excepcionalmente despreciable... No hay otra palabra para ello. Vive de intrigas mezquinas y rumores; mancilla rabiosamente su propio pasado”.

En el otoño de 1929, Rakovsky describe cómo Preobrazhensky y Radek entraron en el camino de la capitulación: “El primero lo hizo con cierta consistencia, el segundo, como siempre, con evasivas y saltos de la extrema izquierda a la extrema derecha, y viceversa” (*Boletín de la Oposición*, número 7, noviembre-diciembre de 1929). Rakovsky observa con sarcasmo que cada capitulador, al desertar de la Oposición, se ve obligado a “patear a Trotsky” con “pezuñas radekistas”. Todas estas citas hablan por sí solas. ¡No, las capitulaciones no son una artimaña militar del “trotskysmo”!

En el verano de 1929, un antiguo miembro de mi secretariado militar, Blumkin, que estaba en Turquía en ese momento, me visitó en Constantinopla. A su regreso a Moscú, Blumkin le contó a Radek de la reunión. Radek lo traicionó inmediatamente. En ese momento, la GPU todavía no había hecho las acusaciones de “terrorismo”. Sin embargo, Blumkin fue fusilado, de forma secreta y sin juicio. Aquí está lo que afirmé entonces en el *Boletín*, el 25 de diciembre de 1929, en base a las cartas recibidas desde Moscú: “Ya conocemos el balbuceo nervioso de Radek. Ahora está absolutamente desmoralizado, como la mayoría de los capituladores... Tras perder los últimos vestigios de equilibrio moral, Radek no se detiene ante ninguna baja”. A continuación, se llama a Radek un “histórico vacío”. La correspondencia relata cómo fue traicionado Blumkin después de su reunión con Radek. Desde ese momento en adelante se convirtió en la figura más despreciada por la Oposición; no fue sólo un capitulador sino un traidor.

Siete años después (me veo obligado a anticiparme) Radek, en un artículo que exigía la muerte de Zinóviev y otros, publicado en *Izvestia* el 21 de agosto de 1936, escribió que en 1929 yo había ordenado a Blumkin “organizar incursiones en las representaciones comerciales en el extranjero para obtener dinero que [Trotsky] necesitaba para operaciones antisoviéticas”. No me detendré a discutir lo absurdo de esta “orden”: ¡las representaciones comerciales, uno se imagina, no guardan los fondos en sus oficinas, sino en bancos! Nos interesa otro aspecto de este tema: en agosto de 1936, Radek todavía era, de acuerdo con sus palabras, un miembro del “centro trotskysta”. Durante los cuatro meses después de su arresto negó, de acuerdo con su propia declaración en el tribunal, cualquier participación en el complot; es decir, de acuerdo con la caracterización del fiscal, se mostró testarudo y como un “trotskysta” incorregible. ¿Por qué, entonces, el 21 de agosto de 1936, sin razón aparente, me atribuyó crímenes monstruosos y sin sentido a mí, el “líder” del complot? Que alguien invente una explicación que encaje en el **esquema** de Vishinsky. Por mi parte, me niego a hacer cualquier intento.

La amarga hostilidad entre Radek y la Oposición puede seguirse año a año. Me veo obligado a limitarme a una selección de ejemplos.

Trece opositores exiliados en Kansk, Siberia, al presentar una protesta al Presídium del XVI Congreso (junio de 1930), escribieron, entre otras cosas: “El Consejo

de la GPU de la URSS, basándose en información traicionera proporcionada por el renegado Karl Radek, ha condenado al camarada Blumkin, miembro del Partido Comunista de la URSS, a la pena capital”.

Un opositor exiliado, caracterizando la degeneración política y moral de los capituladores en el *Boletín de la Oposición* (número 19, marzo de 1931), no olvidó agregar:

El que ha degenerado más rápidamente es Radek. Los capituladores de otros grupos, no sólo entre las bases sino entre los dirigentes, se esfuerzan por dejar claro que no tienen nada en común con él ni política ni personalmente. Lo más francos dicen simplemente: “Radek está jugando un rol repugnante y traidor” ... Transmito [agrega el corresponsal] sólo un hecho menor, pero característico del cinismo de Radek. En respuesta a un pedido de ayudar a un exiliado bolchevique que estaba gravemente enfermo, Radek se negó, y agregó: “Volverá, y cuanto antes mejor”. ¡Radek mide todo con su propia vara, sucia y mezquina!

Lo que sigue, escrito desde Moscú, se publicó en el *Boletín* el 15 de noviembre de 1931:

Todo tranquilo en el “frente” capitulador. Zinóviev está escribiendo un libro sobre la II Internacional. Políticamente, ni él ni Kámenev existen. Sobre los demás, no hay novedades. Una excepción: Radek; empieza a jugar un “rol”. Radek realmente dirige *Izvestia*. Se ha vuelto bastante conocido en su nuevo rol como “amigo personal de Stalin”. ¡Y no es broma! En cualquier conversación, Radek intenta con toda su fuerza crear la impresión de que tiene una relación muy íntima con Stalin: “Ayer, cuando tomaba el té con Stalin”, etc. [*Boletín de la Oposición*, número 25-26, noviembre-diciembre de 1931].

Radek, a diferencia de los otros capituladores, empezó a jugar cierto “rol” sólo porque con su actitud se ganó nuevamente la confianza de los gobernantes. Quisiera señalar que la correspondencia que se ha citado fue publicada precisamente cuando, de acuerdo con la acusación, yo estaba tomando las medidas necesarias para inducir a Radek a entrar en el camino del terrorismo. Evidentemente, estaba forzando a mi mano izquierda para que destruyera lo que hacía la derecha.

La discusión alrededor de Radek tomó un carácter internacional. Así, la organización de la Oposición en Alemania, la Leninbund, publicó la declaración de Radek, Smilga y Preobrazhensky, y se ofreció a imprimir mi declaración.

En octubre de 1929, respondí a la dirección de la Leninbund: “¿No es monstruoso? En mi folleto definiendo el punto de vista de la Oposición rusa. Radek, Smilga y Preobrazhensky son renegados, enemigos acérrimos de la Oposición rusa, y Radek no se detiene ante ninguna calumnia”. En las publicaciones de la Oposición de Izquierda de esos años pueden encontrarse, en varios idiomas, no pocos artículos y comentarios despectivos vilipendiando a Radek.

El periodista norteamericano Max Shachtman, uno de mis compañeros de ideas, bien informado sobre las relaciones internas en la Oposición rusa, me envió desde Nueva York el 13 de marzo de 1932 varias viejas observaciones de Radek sobre mí con el siguiente comentario:

En vistas del coro estalinista en el que Radek canta ahora, ¿no sería interesante recordarles a los trabajadores comunistas nuevamente que hace casi doce años, antes de que la lucha contra el ‘trotskismo’ se convirtiera en un negocio redituable, Radek cantaba una canción diferente?

Durante el juicio, Radek declaró: “... en febrero de 1932, recibí una carta de Trotsky... Trotsky escribió que, ya que sabía que yo era una persona activa, estaba convencido de que volvería a la lucha”. Tres meses después de esta supuesta carta, el 14 de mayo de 1932, le escribí a Albert Weisbord en Nueva York: “... La degeneración ideológica y moral de Radek testifica el hecho de que no sólo Radek no está hecho de material de primera, sino que el régimen estalinista debe apoyarse en funcionarios

despersonalizados o personas desmoralizadas”. Esa era mi verdadera apreciación de esta “persona activa”.

En mayo de 1932, el periódico liberal *Berliner Tageblatt*, en un número especial dedicado a la construcción económica de la URSS, publicó un artículo de Radek, que por enésima vez me condenaba por mi incredulidad respecto de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país. “Esta tesis es negada no sólo por los enemigos declarados de la Unión Soviética”, escribió Radek, “sino también discutida por León Trotsky”. Le respondí en el *Boletín* (número 28, de julio de 1932) con una breve nota titulada: “Un tonto habla sobre un tema serio”. Permítanme recordarles que en la primavera de ese año Radek viajó a Ginebra, donde supuestamente recibió, a través de Romm, una carta de mi parte proponiendo un exterminio lo antes posible de los dirigentes soviéticos. Resulta que confiaba misiones “serias” a un “tonto”.

Durante los años 1933-1936, mis lazos con Radek, si alguien cree en su testimonio, se volvieron muy sólidos. Eso no le impidió revisar la historia de la revolución para interés personal de Stalin. El 21 de noviembre de 1935, tres semanas antes del “vuelo” de Piatakov a Oslo, Radek narró en *Pravda* su entrevista con un extranjero: “Le conté cómo el camarada de armas más cercano de Lenin, Stalin, dirigió la organización de los frentes y elaboró los planes estratégicos, en base a los cuales logramos la victoria”. Así, fui completamente excluido de la historia de la guerra civil. A pesar de que el propio Radek una vez escribió una versión diferente; ya he mencionado este artículo, “León Trotsky, el organizador de la victoria” (*Pravda*, 14 de marzo de 1923). Me veo ahora obligado a citar ese texto:

Nos hacía falta un hombre que fuera la encarnación del grito de guerra, un hombre que, subordinándose completamente a los requerimientos de la lucha, se convirtiera en el llamado a las armas, la voluntad que nos arrancara a todos la sumisión incondicional a la gran necesidad de sacrificio. Únicamente un hombre con la capacidad de trabajo de Trotsky, tan impiadoso consigo mismo como Trotsky, que pudiera hablar a los soldados como sólo lo hacía Trotsky, solamente un hombre así podía ser el abanderado del pueblo trabajador en armas. Ha sido todo esto, en una sola persona.

En 1923 yo era “todo”; en 1935, me convertí, para Radek, en “nada”. En la serie de artículos de 1923 Stalin no es mencionado ni siquiera una vez.

En 1935, resulta ser “el organizador de la victoria”.

Así, Radek tiene en su poder dos historias diametralmente opuestas de la guerra civil: una del año 1923, la otra del año 1935. Ambas versiones, sin importar cuál sea la verdadera, caracterizan inequívocamente el grado de honestidad de Radek, así como su actitud hacia mí y hacia Stalin. Aunque supuestamente ata su destino al mío mediante los lazos del complot, Radek me difama y me denigra incansablemente. Por otro lado, habiendo decidido asesinar a Stalin, lustra extasiado sus botas durante siete años.

Pero esto no es todo. En enero de 1935, Zinóviev, Kámenev y otros fueron sentenciados, en relación con el asesinato de Kírov, a algunos años de prisión. Durante el juicio confesaron el deseo de “restaurar el capitalismo”. En el *Boletín de la Oposición* estigmaticé esta autoacusación como un montaje grosero y sin sentido. ¿Quién se apresuró a defender a Vishinsky? ¡Radek! “No es cuestión de si el capitalismo es el ideal de los señores Trotsky y Zinóviev”, escribió en *Pravda*, “sino si el socialismo es posible en nuestro país...”, etc. Respondí en el *Boletín* (número 43, abril de 1935): “Radek dice impulsivamente que Zinóviev y Kámenev no participaron de ningún complot con el fin de restablecer el capitalismo, contrariamente a lo que afirma vergonzosamente la declaración oficial, sino simplemente que rechazaron la teoría del socialismo en un solo país”.

El artículo de Radek de enero de 1935, al entrar como un eslabón lógico en la cadena de calumnias contra la Oposición, preparó el camino para su artículo de agosto de

1936: “La banda fascista trotskysta-zinovievista, y su Hetman, Trotsky”. Este artículo, a su vez, no era más que un prelude del testimonio judicial de Radek en enero de enero de 1937. Cada paso superaba al precedente. Es precisamente por eso que absolutamente nadie creía que Radek sólo sería un testigo en el juicio para la fiscalía. Para que su testimonio en mi contra tuviera algún peso, era necesario transformar a Radek en un acusado, hacer pender sobre él la espada de Damocles de la pena de muerte. La forma en que Radek fue transformado en acusado es una cuestión especial que, en esencia, pertenece al terreno de la técnica inquisitoria. Es suficiente para nosotros que Radek se haya sentado en el banquillo de los acusados, no como mi compañero de ideas, colaborador y amigo de años, sino como un viejo capitulador, el que traicionó a Blumkin, el agente desmoralizado de Stalin y la GPU, como el más pérfido de todos mis enemigos.

En este punto podríamos anticiparnos a preguntar: ¿cómo pudo el gobierno, a la luz de estos hechos y documentos, presentar a Radek como el líder de un complot “trotskysta”?

Esta pregunta, sin embargo, no se relaciona con Radek mismo, sino con el proceso de conjunto. Radek es transformado en un “trotskysta” mediante los mismos métodos que me transformaron a mí en un aliado del Mikado, y por los mismos motivos políticos. A la pregunta planteada anteriormente, una respuesta breve podría ser la siguiente: 1. el sistema de “confesiones” sólo era apropiado para capituladores que habían pasado por la escuela de la retractación y la autodenigración; 2. los organizadores del juicio no pudieron encontrar un mejor candidato para el rol asignado a Radek; 3. el cálculo de los organizadores se construye sobre el efecto sumario de las confesiones y ejecuciones públicas, cuyo objeto era ahogar toda crítica. Ese es el método de Stalin. Ese es el actual sistema político en la URSS. El caso de Radek es sólo el ejemplo más impactante.

### *Vladimir Romm, “Testigo”*

Todo el tejido del juicio está podrido. Vamos a ver esto en el testimonio de Vladimir Romm, uno de los testigos más importantes, que, además, fue llevado al tribunal bajo custodia. Si dejamos de lado el vuelo de Piatakov a Oslo en el mítico avión, Romm, de acuerdo con el diseño de la acusación, sirve de nexo conector entre el “centro paralelo” (Piatakov-Radek-Sokolnikov-Serebriakov) y yo. A través de Romm supuestamente se enviaban las cartas mías a Radek, de Radek para mí. Romm, supuestamente, conocía personalmente, no sólo a León Sedov, mi hijo, sino también a mí. ¿Quién es este testigo? ¿Qué hizo y qué vio? ¿Cuáles son los motivos detrás de su participación en la conspiración? Escuchémoslo más atentamente.

Romm es, por supuesto, un “trotskysta”. Sin trotskystas especialmente señalados por la GPU, nunca hubiera habido ninguna “conspiración trotskysta”. Tendríamos que estar interesados en saber, sin embargo, la fecha exacta de la adhesión de Romm a los “trotskystas”, concediendo que haya adherido alguna vez. Pero incluso sobre esta primera, y parecería, no poco importante cuestión, recibimos una respuesta muy sospechosa:

*Vishinsky:* ¿Cuál era su relación con Radek en el pasado?

*Romm:* Al principio, lo conocí por medio de un trabajo literario y después, en 1926-1927, estuve relacionado con él en el trabajo antipartidario de los trotskystas.

¡Y así termina el principal interrogatorio de Vishinsky! Lo que llama la atención primero que nada es la forma de expresión. El testigo no hace referencia a su actividad opositora; no pronuncia una sola palabra para caracterizar su contenido; no, inmediatamente utiliza una calificación criminal: “trabajo antipartidario de los

trotskyistas”, y nada más. Romm simplemente entrega al tribunal, en formato listo para usar, la fórmula requerida para el informe de los expedientes judiciales. Así se comportan todos los acusados y testigos disciplinados durante los juicios de Stalin-Vishinsky; los indisciplinados son fusilados antes del juicio. Al reconocer los servicios prestados, el fiscal se abstiene de avergonzar al testigo con preguntas sobre las circunstancias bajo las cuales se unió a la Oposición y la forma en la que se expresaba el trabajo “antipartido”. La regla fundamental de Vishinsky es: ¡no pondrás a los acusados y los testigos en una posición embarazosa! Pero incluso sin la ayuda del fiscal no es difícil concluir que, en su primera declaración, Romm está diciendo algo que no es verdad. Los años 1926-1927 comprenden un período en el que la actividad de la Oposición tuvo su mayor extensión. Se elaboró e imprimió la extensa [plataforma de la Oposición](#)<sup>55</sup>; en el partido había una discusión acalorada; se realizaban grandes reuniones de la Oposición, a las que asistían decenas de miles de trabajadores sólo en Moscú y Leningrado; finalmente, la Oposición participó en la movilización de noviembre con sus propias banderas y consignas. Si Romm ya pertenecía a la Oposición durante ese período, ya debería haberse conectado con varios individuos. Pero no; cuidadosamente sólo nombra a Radek. Mientras Troyanovsky le aseguraba a todo el mundo en Nueva York que Romm “realmente” era “trotskyista”, el informe textual del juicio refutaba definitivamente la falsa declaración del diplomático. Radek dice sobre Romm: “Conocía a Romm desde 1925. No era un colaborador en el sentido estricto, pero estaba con nosotros en la cuestión china”. Esto significa, en otras palabras, que Romm se mantenía alejado de la Oposición en las demás cuestiones. Entonces, este hombre que, incluso de acuerdo con el testimonio de Radek, sólo lo acompañaba episódicamente en la cuestión china (1927), es arrastrado a la luz del día como un... ¡terrorista!

¿Por qué le tocó a Romm el papel de contacto? Debido a su profesión de corresponsal extranjero viajaba a Ginebra, París, Estados Unidos y, en consecuencia, poseía los medios técnicos para cumplir con la tarea que le fue impuesta de forma retroactiva por la GPU. Y puesto que después de las decenas de purgas a las que fueron sometidas todas las delegaciones extranjeras e instituciones de la Unión Soviética desde finales de 1927, era imposible encontrar, incluso con una linterna, algún “trotskyista” o al menos un capitulador en el extranjero, Yezhov se vio obligado a señalar a Romm como “trotskyista”, mientras que Vishinsky tuvo que contentarse en silencio con la respuesta de Romm sobre la conexión “antipartidaria” con Radek en 1926-1927.

Pero, ¿qué hizo Romm después de 1927? ¿Rompió con la Oposición o se mantuvo leal a ésta? ¿Se retractó o no tenía nada de qué retractarse? Ni una palabra sobre todo esto. Al fiscal no le interesa la psicología política sino la geografía.

*Vishinsky:* ¿Estuvo alguna vez en Ginebra?

*Romm:* Sí, fui corresponsal de TASS en Ginebra, también en París. En Ginebra, de 1930 a 1934.

¿Leyó Romm el *Boletín de la Oposición* durante los años que vivió en el extranjero? ¿Contribuyó con fondos? ¿Hizo el mínimo intento de contactarse conmigo personalmente? Sobre todo esto, ni una palabra. Aunque no hubiera sido demasiado trabajo escribirme una carta desde Ginebra o París. Para hacerlo, sólo se necesitaba estar interesado en la Oposición, y en mi actividad en particular. Romm no hace ninguna referencia a tal interés de su parte, y el fiscal naturalmente no lo interroga sobre esto. Luego, Romm terminó en 1927 su trabajo “antipartidario”, que sólo conocía Radek, es decir, si admitimos por un momento que alguna vez empezó. Debe tenerse en mente que no es costumbre enviar a un extraño cualquiera como corresponsal de TASS a Ginebra o

<sup>55</sup> Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#): “Plataforma de la Oposición Conjunta”.

París. La GPU elige cuidadosamente a los individuos, y, al mismo tiempo, se asegura de su total disposición a cooperar. No es de extrañar, entonces, que Romm, mientras estuvo en el extranjero, no haya evidenciado el más mínimo interés “oposicionista” en mí o en mi actividad.

Pero Vishinsky necesita con urgencia un contacto entre Radek y yo. No hay mejor candidato. Es por eso que repentinamente resulta que, en el verano de 1931, mientras pasaba por Berlín, Romm conoció a Putna, quien le ofreció “ponerlo en contacto con” Sedov. ¿Quién es Putna? Un importante oficial del estado mayor, que participó en la guerra civil, y después fue agregado militar en Londres. Durante un cierto período, Putna, como me enteré incluso antes de mi exilio en Asia Central (1928), realmente simpatizaba con la Oposición, y quizás incluso participaba. Tuve muy pocas oportunidades de conocerlo personalmente, y fue sólo por asuntos militares. Nunca tuve una discusión con él sobre temas de la Oposición. No sé si después fue obligado a arrepentirse oficialmente. De cualquier modo, cuando leí en Prinkipo sobre la designación de Putna al importante puesto de agregado militar en Londres, llegué a la conclusión de que se había vuelto absolutamente confiable para las autoridades. En tales circunstancias, ni yo ni mi hijo podríamos haber tenido ninguna conexión con Putna en el extranjero. Me entero, sin embargo, por el informe de los expedientes judiciales, entre otras cosas extraordinarias, de que no fue otro que Putna quien se ofreció a poner a Romm “en contacto con” Sedov. ¿Con qué fin? Romm ni siquiera se molestó en preguntar. Simplemente aceptó la oferta de Putna, con quien no había tenido contacto político previo... En ningún momento menciona ninguno. Así, después de un lapso de cuatro años, Romm, por razones desconocidas, acepta reanudar su “trabajo trotskysta antipartidario”. Fiel a su sistema, no se refiere, en el tribunal, más que con una sola palabra a sus motivaciones políticas. ¿Quería tomar el poder? ¿Estaba luchando por restaurar el capitalismo? ¿Estaba consumido por el odio hacia Stalin? ¿Fue seducido por la conexión con el fascismo? ¿O estaba simplemente guiado por su vieja amistad con Radek, que por cierto se las había ingeniado para arrepentirse, y que ya había estado maldiciendo a la Oposición por los todos los medios durante más de dos años? El fiscal, por supuesto, no molesta al testigo con preguntas desconcertantes. No es tarea de Romm poseer una psicología política. Su tarea es efectivizar una conexión entre Radek y Trotsky y, de paso, comprometer a Putna, que al mismo tiempo era entrenado en la prisión de la GPU para futuras “confesiones”.

“Me reuní con Sedov”, continúa Romm, “y en respuesta a su pregunta sobre si estaba preparado, si fuera necesario [¡!], para servir como nexo con Radek, estuve de acuerdo...”. Al responder, Romm da su consentimiento, sin explicar sus motivaciones. Sin embargo, Romm no podría haber sabido que por haberse reunido conmigo en 1929 en Estambul, y por haber intentado llevar una carta mía para mis amigos en Rusia, Blumkin fue fusilado. Esta carta, por cierto, está en este preciso momento en los archivos de la GPU, pero todo esto está tan extremadamente adaptado a los objetivos de Vishinsky y Stalin que no contemplaron siquiera la idea de publicarla. En cualquier caso, de haberse aventurado a asumir la misión de contacto después del fusilamiento de Blumkin, Romm debe haber sido un abnegado y heroico opositor. ¿Por qué guardó silencio durante cuatro años? ¿Por qué esperó un encuentro casual con Putna, y por qué esperó a que lo “pongan en contacto” con Sedov? ¿Y por qué, por otro lado, bastó una sola reunión para que Romm asumiera, allí mismo, sin ninguna objeción, esta tarea extremadamente peligrosa? No hay un solo elemento de psicología humana en este juicio. Los testigos, al igual que los acusados, sólo cuentan aquellas “acciones” que necesita el fiscal Vishinsky. La conexión entre las “acciones” ficticias está dada, no por las ideas y los sentimientos de seres vivos, sino por un patrón establecido *a priori* por la acusación.



En la primavera del año siguiente, cuando Radek llegó a Ginebra, Romm “le entregó la carta de Trotsky que yo [Romm] había recibido de Sedov no mucho antes en París”. Entonces, en la primavera de 1931, Sedov hipotéticamente había planteado la cuestión de contactarse con Radek, “si fuera necesario”. ¿Previó quizá Sedov la llegada de Radek a Ginebra? Obviamente no, porque en el verano de 1931 Radek mismo no podría haber previsto su propio viaje. Para bien o para mal, tres cuartos de año después de una conversación en Berlín, Sedov tuvo la oportunidad de aprovechar una promesa de Romm. Pero, ¿qué sucedió en los recovecos de la mente de Romm en el intervalo entre el verano de 1931, cuando empezó su participación en la “conspiración”, y la primavera de 1932, cuando dio los primeros pasos prácticos? ¿Intentó, siquiera entonces, establecer contacto conmigo? ¿Se interesó en mis libros, publicaciones y amigos? ¿Tuvo discusiones políticas con Sedov? Nada de eso. Romm simplemente asumió una misión menor que bien pudo haberle costado su cabeza. Lo demás no le interesaba. ¿Romm se parece en algo a un verdadero trotskysta? Difícilmente; de hecho, él y los **agentes provocadores** de la GPU se parecen tanto como las gotas de agua entre sí, si es que... si es que realmente cometió los actos que describe. De hecho, todos estos actos fueron pensados de forma retroactiva. Vamos a tener muchas oportunidades de ver esto.

¿En qué circunstancias le entregó Sedov a Romm una carta dirigida a Radek, en la primavera de 1932? La respuesta a esta pregunta es realmente destacable: “Unos días antes de mi partida hacia Ginebra”, dice Romm, “mientras estaba en París, recibí una carta enviada desde París mismo, con una breve nota de Sedov pidiéndome que llevara la carta en sobre cerrado a Radek” entonces, unos nueve o diez meses después de su primera y única reunión con Romm... ¡cuántas retractaciones, traiciones y provocaciones hubo durante estos mismos meses!... Sedov, sin más verificación, envía a Romm una carta conspirativa. A fin de agregar un segundo elemento de confusión, usa los servicios del “correo de la ciudad”. ¿Por qué no en mano? Vishinsky naturalmente se abstiene de plantear esta delicada pregunta. Pero nosotros, por nuestra parte, tenemos una explicación. Ni la GPU ni Vishinsky ni, en consecuencia, Romm, conocen con certeza el domicilio de Sedov en la primavera de 1932, en Berlín o en París. ¿Se concertó la cita en el Tiergarten? ¿Eligieron Montparnasse como lugar de reunión? No; lo más seguro es navegar alrededor de un arrecife submarino. Sin duda, una carta enviada por el correo de la ciudad de alguna forma sugiere que Sedov estaba en París. Pero “si fuera necesario”, siempre será posible decir que Sedov envió la carta desde Berlín a algún agente de él en París, y que fue en realidad este último quien utilizó el correo de la ciudad para entregar la carta a Romm. ¡Qué descuidados, qué impotentes son estos conspiradores “trotskystas”! ¿Pero era posible que Trotsky haya escrito su carta en código y con tinta invisible? Escuchemos al testigo sobre este punto:

*Romm:* Llevé esta carta conmigo a Ginebra y se la entregué a Radek cuando lo vi...

*Vishinsky:* ¿Leyó Radek la carta en su presencia o después de que usted se había retirado?

*Romm:* Le echó un vistazo rápido en mi presencia y la guardó en el bolsillo.

¡Qué detalle inimitable! Radek no se tragó la carta, no la arrojó al desagüe, y no la entregó al Secretariado de la Liga de las Naciones, sino sin mucha alharaca “la guardó en su bolsillo”. Todas las confesiones abundan en lugares comunes tan “concretos”, de los que el más incompetente escritor de historias de detectives se avergonzaría. De cualquier modo, sabemos que Radek “le echó un vistazo” rápidamente en presencia de Romm. Es imposible “echar un vistazo” rápidamente, allí mismo, en presencia de un intermediario, a una carta escrita en código, más en el caso de una carta escrita con tinta

invisible. En consecuencia, la carta, enviada por el correo de la ciudad, debe haber estado escrita de la misma forma que un saludo de cumpleaños.

Pero quizás esta primera carta al menos no contenía ningún secreto en particular. Veamos:

*Vishinsky*: ¿Qué le dijo Radek sobre el contenido de esa carta?

*Romm*: Que contenía instrucciones sobre la unión con los zinovievistas, sobre la adopción de métodos terroristas contra los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética, en primer lugar, contra Stalin y Vorochilov.

Percibimos que la comunicación no era para nada inocente en el contenido. “Contenía instrucciones” para asesinar, en principio a Stalin y Vorochilov, y después a todos los demás. Era precisamente esa pequeña carta la que Sedov supuestamente envió por el correo de la ciudad a Romm, a quien casi no conocía, diez meses después de su primera y única reunión con él. Nuestra perplejidad, sin embargo, no termina aquí. Vishinsky, tal como hemos oído, le pregunta directamente al testigo: “¿Qué le dijo Radek sobre el contenido de esa carta?” ¡Es como si Radek estuviera **obligado** a decirle el contenido de una carta ultrasecreta a un contacto cualquiera! La regla conspirativa más elemental dice que cada participante en una organización ilegal debe ser informado sólo sobre lo que se relaciona directamente con su deber personal. En la medida que Romm permaneciera fuera del país, y no estuviera, obviamente, comprometido en los preparativos para asesinar a Stalin, Vorochilov o alguno de los otros (de cualquier modo, él mismo no dice nada de sus intenciones), Radek, si estaba en sus cabales, no tenía ningún fundamento para informar a Romm sobre el contenido de la carta. No había fundamentos, desde el punto de vista de un opositor, un conspirador, o un terrorista. Pero la cuestión aparece de forma completamente diferente cuando se lo ve desde el punto de vista de la GPU. De no haberle dicho nada Radek a Romm sobre la carta, Romm no podría haber revelado la directiva terrorista de Trotsky, y todo su testimonio sobre el asunto hubiera carecido de sentido. Ya sabemos que los testigos, así como el acusado, declaran no sobre lo que se deriva de la naturaleza de sus actividades conspirativas y de su psicología individual, sino sobre lo que es necesario para el señor fiscal, a quien la naturaleza ha dotado con un cerebro perezoso.

Además, el acusado y los testigos tienen instrucción de preocuparse por la verosimilitud del informe de los expedientes judiciales.

¿Qué le pasó, se preguntará el lector, al corresponsal de TASS cuando repentinamente oyó la directiva de Trotsky de aniquilar con la mayor rapidez imaginable a los “dirigentes” de la Unión Soviética? ¿Se paralizó del horror? ¿Dio muestras de indignación? O, al contrario, ¿entró en estado de exaltación? Ni una palabra sobre esto. No se exige psicología a los testigos o a los acusados. Romm “casualmente” le entrega a la carta a Radek. Radek “casualmente” le informó sobre la orden terrorista. “Luego Radek se fue a Moscú y no lo vio hasta el otoño de 1932”. ¡Eso es todo! Simplemente volvieron a sus tareas de rutina. Pero sobre este punto, Radek, perturbado por lo vívido del diálogo, corrige incautamente a Romm: “En la primera carta de Trotsky”, dijo, “los nombres de Stalin y Vorochilov no se mencionaban, ya que nunca mencionábamos nombres en nuestras cartas”. Para la correspondencia conmigo, parece que en ese tiempo Radek no usaba siquiera un código. “Trotsky”, insiste, “no podría haber mencionado los nombres de Stalin y Vorochilov...”. Preguntamos: ¿cómo dio Romm con esos nombres? Y si inventó una “minucia” tal como poner los nombres de Stalin y Vorochilov como las primeras víctimas del terrorismo, ¿quizás inventó, entonces, toda la carta? Al fiscal esto no le preocupa para nada.

En el otoño de 1932, Romm vino a Moscú en un viaje oficial y se reunió con Radek, que aprovechó la ocasión para informarle que “siguiendo las órdenes de Trotsky,

se había organizado un **bloque** trotskysta-zinovievista, pero que él y Piatakov no se habían unido al centro”. Una vez más percibimos que Radek casi no puede esperar a que se presente la ocasión de revelar a Romm el secreto más importante, nada contradictorio con la superficialidad y la locuacidad altruista que son tan naturales en él, pero más bien al servicio del objetivo supremo: la necesidad de ayudar al fiscal Vishinsky a cubrir las lagunas en las confesiones de Zinóviev, Kámenev y otros. De hecho, nadie ha podido comprender hasta hoy cómo y por qué Radek y Piatakov, quienes ya habían sido desenmascarados como “cómplices” por el acusado durante la investigación preliminar en el caso de los dieciséis, no fueron llevados a juicio en el momento adecuado. Nadie ha podido comprender cómo es que Zinóviev, Kámenev, Smirnov y Mrachkovsky no sabían nada de los planes internacionales de Radek y Piatakov (acelerar la guerra, desmembrar la URSS, etc.). La gente, no sin algo de perspicacia, ha considerado que estos planes grandiosos, así como la idea misma del “centro paralelo”, fueron creados en la GPU después del fusilamiento de los dieciséis, con el fin de apuntalar una falsificación con otra más. Resultó de otra forma. Radek, con bastante anticipación, en el otoño de 1932, le había dicho a Romm que el centro trotskysta-zinovievista ya se había formado pero que él (Radek) y Piatakov no se habían unido a este centro, salvándose del “centro paralelo en el que predominaban los trotskystas”. De esta forma, la parlanchinería de Radek es providencial. Esto no significa, sin embargo, que Radek realmente haya hablado con Romm sobre el centro paralelo en el otoño de 1932, como si pronosticara las preocupaciones que acosarían a Vishinsky en 1937. No; el problema es mucho más simple. En 1937, Radek y Romm, bajo la supervisión de la GPU, construyeron de forma retroactiva el esquema de los acontecimientos de 1932. Y, a decir verdad, lo construyeron bastante pobremente.

Mientras le cuenta a Romm sobre los centros principal y paralelo, Radek no deja pasar la oportunidad de agregar, allí mismo, que “quería recibir órdenes de Trotsky sobre este tema”. De no lograrlo, el testimonio de Romm no hubiera tenido verdadero valor. “Siguiendo las órdenes de Trotsky”, se había formado el centro terrorista. Las órdenes de Trotsky son ahora indispensables para la formación del centro paralelo. Esta gente es incapaz de dar un paso sin Trotsky o, más bien, buscan informar al universo, mediante todos los medios posibles, que todos los crímenes son cometidos sólo siguiendo las órdenes de Trotsky.

Aprovechando el viaje de Romm, Radek, naturalmente, escribió una carta para Trotsky.

*Vishinsky:* ¿Qué decía esa carta? ¿Lo sabe?

*Romm:* Sí, porque me entregaron la carta, y luego [¡!] fue escondida en la cubierta de un libro alemán antes de mi partida a Ginebra...

El fiscal no tiene dudas por anticipado sobre la familiaridad de Romm con el contenido de la carta. ¡Después de todo, es precisamente por esta razón que el desgraciado corresponsal se ha convertido en un testigo! Sin embargo, hay más docilidad que sentido en la respuesta de Romm. La carta fue “entregada” a él, y después puesta en la cubierta de un libro alemán. ¿Qué significa “entregada” en este contexto? ¿Y quién la pone en la cubierta de un libro?

Si Radek simplemente hubiera escondido la carta en la tapa y le hubiera dicho a Romm que entregue el libro a su destino, como hacían siempre los revolucionarios familiarizados con el ABC de la conspiración, entonces Romm no hubiera dicho nada al tribunal excepto que él había llevado un “libro alemán” a tal domicilio. Esto naturalmente no es suficiente para Vishinsky. De ahí que la carta primero fuera “entregada” a Romm, ¿para que pudiera leerla?, y luego insertada en la cubierta para que el fiscal no tuviera la necesidad de torturar más sus facultades. De esta forma, la humanidad se enteró sin

muchos problemas de que Radek le escribió a Trotsky, no sobre el análisis de los espectros sino sobre el centro terrorista.

En su paso por Berlín, Romm envió el libro por encomienda a un domicilio que Sedov le había dado, “poste restante” [lista de correos] en una de las oficinas de correo de Berlín”. Estos caballeros se han quemado los dedos durante el juicio de los dieciséis, y por lo tanto actúan con cuidado. Romm no fue personalmente a ver a Sedov ni a ningún individuo designado por Sedov, ya que hubiera sido necesario establecer el nombre y domicilio de este último, y eso era demasiado riesgoso. Tampoco Romm envió el libro al domicilio de algún alemán conectado con Sedov. Tal procedimiento, sin duda, habría estado en total concordancia con la tradición conspirativa: pero en ese caso, lamento decirlo, uno debe conocer el nombre y la dirección del alemán. Es, por lo tanto, mucho más cauteloso (no desde el punto de vista de la conspiración, sino desde el punto de vista de la falsificación) enviar el libro, “poste restante”, a una de las oficinas de correo de Berlín”. La siguiente reunión de Romm con Sedov se realizó “en julio de 1933”. Tomemos nota de esta fecha. Nos estamos acercando al punto central del testimonio. Y también aquí estoy llamado a aparecer en escena.

*Vishinsky:* ¿Cuál fue la ocasión, dónde y cómo se reunió con él nuevamente?

*Romm:* En París. Había llegado de Ginebra y unos días después Sedov me llamó por teléfono...

Sigue sin saberse cómo se enteró Sedov de la llegada de Romm. A primera vista, este comentario parece capcioso. De hecho, nos revela una vez más el sistema de la evasiva cobarde. A fin de haber informado a Sedov de su llegada, Romm tenía que conocer el domicilio y el teléfono. Romm no sabía ninguna de las dos cosas. Es más seguro dejar a Sedov la iniciativa. Romm conoce, en cualquier caso, su propio domicilio. Sedov hizo una cita para reunirse en un café en el Boulevard Montparnasse, y dijo que “quería arreglar para que yo [Romm] me reuniera con Trotsky”. Sabemos que Romm, aunque arriesgó con devoción su vida como contacto, no había demostrado, hasta este momento, el menor deseo de conocerme o entablar correspondencia conmigo. Pero en respuesta a la propuesta de Sedov, aceptó inmediatamente. Exactamente de la misma forma, dos años antes se reunió con Sedov por propuesta de Putna. Exactamente de la misma forma, aceptó enviar las cartas a Radek en el mismo momento en que Sedov abrió la boca. La función de Romm es aceptar todo, pero no mostrar iniciativa para nada.

Obviamente ha acordado con la GPU este “mínimo” de actividad criminal, con la esperanza de así salvar su vida. Si se salvará o no, esa es otra cuestión.

Unos días después de la primera llamada telefónica, Sedov se reunió con Romm “en el mismo café”. Por precaución, el café no es nombrado. ¡Supongan que repentinamente resulta que el café se había quemado la víspera de la reunión! El incidente con el Hotel Bristol en Copenhague ha sido bien asimilado por esta gente. Desde allí [el café sin nombre] fuimos hasta el Bois de Boulogne, donde me reuní con Trotsky.

*Vishinsky:* ¿Cuándo fue eso?

*Romm:* A fines de julio de 1933.

Seguramente. ¡Vishinsky no podría haber hecho una pregunta más inoportuna! Romm, sin duda, ya había asignado este episodio a julio de 1933. Pero podría haberse equivocado, o podría haber matizado su declaración. Lo podrían haber fusilado, y luego podrían haberle confiado a algún señor del estilo de Pritt la rectificación del error. Pero, ante la insistencia del fiscal, Romm repite y establece más explícitamente que la reunión se realizó “a fines de julio”. ¡Aquí, Vishinsky se olvida de la precaución! Romm especificó una fecha verdaderamente fatal, que entierra por sí sola no sólo la evidencia de Romm, sino todo el proceso. Debo, sin embargo, pedirle a la comisión que sea indulgente.

Vamos a abordar brevemente este error cronológico fatal y su fuente. Pero antes de hacerlo, investiguemos un poco más el diálogo que hubo en el juicio o, más bien, el dueto.

La reunión de Romm conmigo en el Bois de Boulogne (la primera vez que lo veía en mi vida, como surge de su propia historia) debería haber dejado, parece, una imagen impresa en su memoria. Pero no lo oímos decir nada, ni sobre el primer momento en que nos conocimos, sus primeras impresiones, o el curso de la conversación. ¿Caminamos por la arboleda? ¿Nos sentamos sobre un banco? ¿Estaba fumando un cigarrillo, un cigarro o una pipa? ¿Cómo lucía yo? No hay una sola huella viva, ni una experiencia subjetiva, una sola impresión visual. Trotsky en una arboleda del Bois de Boulogne es para Romm un fantasma, una abstracción, un títere de los archivos de la GPU. Romm sólo señala que la conversación duró “veinte o veinticinco minutos”.

*Vishinsky:* ¿Con qué propósito se reunió Trotsky con usted?

*Romm:* Hasta donde pude entender [¡!], para confirmar verbalmente las instrucciones que contenía la carta que yo estaba llevando a Moscú.

¡Qué palabras tan notables estas: “hasta donde pude entender”! El propósito de la reunión era, aparentemente, tan indeterminada que Romm sólo puede adivinarlo y, de hecho, sólo en retrospectiva. Claro está, después de que le hubiera escrito a Radek una carta llena de instrucciones rituales sobre aniquilar a los dirigentes, actividades de sabotaje, etc., no podría haber tenido ninguna razón para conversar con un hombre a quien no conocía, que hacía de contacto. Hay casos donde las directivas orales son confirmadas por carta. Hay casos en los que las directivas que se dan a un subordinado son confirmadas mediante una persona de autoridad. Pero es absolutamente incomprensible por qué debería haber confirmado oralmente aquellas directivas que había comunicado por carta a Radek... a través de Romm, que no era una autoridad para nadie. Pero mientras ese comportamiento es incomprensible desde el punto de vista de un conspirador, la situación se transforma inmediatamente si tomamos en cuenta los intereses del fiscal. De no haberse reunido conmigo, Romm sólo hubiera podido declarar que había llevado a Radek una carta escondida en la cubierta de un libro. ¿Hubiera sido posible que la carta no fuera siquiera mía? ¿Incluso podría no haber existido una carta? Con el fin de no poner a Romm en una situación difícil, yo, en lugar de enviar un libro a Radek a través de un contacto, un intermediario invulnerable, digamos, un francés, como hubiera hecho un conspirador de más de quince años de edad, yo, que pasé los cincuenta, tomé la dirección diametralmente opuesta, a saber: no sólo involucré a mi hijo en la operación, que hubiera sido en sí el más burdo error, sino que aparecí en persona para consumir la ejecución, para grabar en la cabeza de Romm, durante veinte o veinticinco minutos, su futuro testimonio en el juicio. La metodología del montaje no se caracteriza por su refinamiento.

Durante la conversación, declaré, por supuesto, que

estuve de acuerdo con la idea de un centro paralelo, pero sólo bajo la condición esencial de que se mantuviera el **bloque** con los zinovievistas y también con la condición de que el centro paralelo se comprometiera, no pasiva, sino activamente en reunir alrededor de sí los cuadros más firmes.

¡Qué ideas tan profundas y fructíferas! No podría, por supuesto, haber dejado de pedir “que se mantuviera el **bloque** con los zinovievistas”, ya que de otra forma Stalin no hubiera tenido la posibilidad de fusilar a Zinóviev, Kámenev, Smirnov y los demás. Pero también aprobé la formación del centro paralelo, para darle a Stalin la oportunidad de fusilar a Piatakov, Serebriakov y Murálov. Pasando a la cuestión de la necesidad de aplicar no sólo el terrorismo, sino también actividades de sabotaje en la industria, recomendé no reparar en víctimas humanas. En respuesta, Romm se declaró “algo perplejo” porque, después de todo, ¿esto “socavaría la capacidad de defensa del país!”... Entonces, en el Bois de Boulogne, supuestamente revelé mis pensamientos más íntimos a un muchacho desconocido que ni siquiera comparte mi posición “derrotista”. ¡Y todo

esto en base al hecho de que, en 1927, Romm supuestamente estuvo de acuerdo con Radek “en la cuestión china”!

El veloz Romm, por supuesto, llevó a su destino la carta que nunca se escribió, y le contó a Radek sobre su conversación imaginaria conmigo, de tal forma de permitirle a Vishinsky basarse al menos en dos testimonios. A finales de septiembre de 1933, Radek le confió a Romm su respuesta. Esta vez, Romm no tiene nada que decir sobre el contenido de la carta. No hay, casualmente, ninguna necesidad de saberlo, ya que todas las cartas de este juicio son como los exorcismos de los brujos siberianos. Romm entregó el libro que contenía la carta a Sedov “en París en noviembre de 1933”. Su siguiente reunión tuvo lugar en abril de 1934, una vez más en el Bois de Boulogne. Romm llegó con la noticia de que pronto sería enviado a Estados Unidos. Sedov “lamentó esto”, pero le solicitó que pidiera a Radek un “informe detallado sobre la situación...”.

*Vishinsky:* ¿Le dio el mensaje?

*Romm:* Sí...

¿Cómo podría Romm no transmitir el mensaje? En mayo de 1934, le entregó a Sedov en París un diccionario técnico anglo-ruso (¡qué detalle!) que contenía “un informe detallado del centro activo, así como del centro paralelo...”. ¡Tengamos en cuenta esta admirable circunstancia! Ninguno de los dieciséis acusados, desde Zinóviev hasta Reingold, que sabía todo y “delataba” a todos, sabía nada de la existencia del centro paralelo, en agosto de 1936. Por otro lado, Romm, ya desde el otoño de 1932, fue informado sobre la idea del centro paralelo y su futura realización. No menos destacable es el hecho de que Radek, que no pertenecía al centro principal, sin embargo, ¡envió “un informe detallado del centro activo, así como del centro paralelo”! Romm no tuvo nada que decir con relación a estos informes, y Vishinsky naturalmente se abstiene de molestarlo. Después de todo, ¿qué podría decir Romm? En mayo de 1934, Kírov todavía no había sido asesinado por Nikolayev, con la estrecha participación de la GPU y su agente, el cónsul letón Bisseneks. Romm hubiera podido decir que la actividad de los “centros activo y paralelo” consistía en solicitar y recibir “órdenes” de mi parte. Pero ya sabemos esto sin que él lo diga. ¡Dejemos, entonces, los “informes detallados” de Radek en los recovecos del diccionario técnico!

Más adelante, Vishinsky se interesa en el contexto de la conversación con Sedov en relación con el viaje de Romm a Estados Unidos. Romm inmediatamente revela un pedido de Trotsky, comunicado a través de Sedov, de que Trotsky “sea informado en caso de que hubiera algo interesante en las relaciones soviético-estadounidenses”. El pedido parece, a primera vista, inocente. Como político y escritor, por supuesto, no podría más que interesarme en las relaciones soviético-estadounidenses, más desde que tuve la ocasión durante los años previos de escribir artículos en la prensa norteamericana y de publicar declaraciones a favor del reconocimiento de los sóviets por parte de Estados Unidos. Pero Romm, que no mostró sorpresa cuando le transmitían instrucciones sobre terrorismo y sabotaje, sintió que era su deber sorprenderse con este punto. “Cuando pregunté por qué esto era tan interesante [¡!], Sedov me dijo: ‘Esto se desprende de la línea de Trotsky sobre la derrota de la URSS’”. Aquí podemos poner los puntos sobre las íes. En mis artículos, sin duda, invariablemente planteo la defensa de la URSS, por la que rompí públicamente con supuestos compañeros de ideas quienes tuvieron dudas sobre el deber de todo revolucionario, a pesar del régimen estalinista, de defender la URSS. No queda más que pensar que mi “derrotismo”, en franca contradicción con mi actividad periodística, se mantuvo en estricto secreto con la excepción de algunas personas. De más está decir que semejante hipótesis es política y psicológicamente absurda. En cualquier caso, la acusación se basa completamente sobre esto, y muere o florece con ella. Pero para Vishinsky, que es tan “cuidadoso” con respecto a los detalles (fechas, domicilios),

pasan totalmente desapercibidos los problemas fundamentales del juicio. Cuando Romm le pregunta a Sedov por qué estoy “interesado” en las relaciones soviético-estadounidenses (¡la pregunta en sí misma no tiene sentido!), Sedov, en lugar de referirse a mi actividad literaria, con prisa inusitada dice: “Esto surge de la línea de Trotsky sobre la derrota de la URSS”. Pero si fuera así, resulta que nunca mantuve en secreto mi “derrotismo”. ¿Para qué, entonces, mi intenso trabajo teórico y periodístico? Los acusadores no se molestan en pensar sobre este hecho. Son incapaces de pensarlo. Su montaje se despliega en un plano mucho más bajo. Se las arreglan para manejarse sin psicología. Están satisfechos con la máquina inquisitoria.

Ante una pregunta posterior de Vishinsky, Romm responde: “Sí. Estuve de acuerdo en enviar a Trotsky información que pudiera interesarle”. Pero Romm llevó adelante esta “última misión” en mayo de 1934. Después del asesinato de Kírov resolvió “abandonar el trabajo activo”. Precisamente por eso no me envió información desde Estados Unidos. Debo confesar que casi lo pasé por alto. Entre mis amigos norteamericanos hay hombres muy calificados en ciencia y política, dispuestos a enviarme información en cualquier momento sobre todas las cuestiones de mi interés. En consecuencia, no tenía fundamentos para pedirle a Romm la información, suponiendo que uno dé por sentado, por supuesto, mi necesidad urgente de contarle sobre mi programa “derrotista”.

Todo este episodio aparentemente formaba parte del testimonio de Romm, y es posible que Romm mismo haya sido introducido en el juicio, sólo después de que les quedara claro que yo estaba emigrando hacia América. La imaginación de la GPU buscaba de paso dar cuenta de mi viaje en el barco cisterna que me transportó de Oslo a Tampico. De esta forma, el gobierno de Estados Unidos recibió inmediatamente la advertencia de que en Washington mismo había estado operando un agente “trotskysta”, de nombre Romm, que “acordó” enviarme información. ¿Qué información? Es más claro que el día; era una amenaza para los intereses vitales de Estados Unidos. Radek profundizó esta advertencia. De acuerdo con él, era parte de mi programa “garantizar el suministro de petróleo a Japón en caso de una guerra con Estados Unidos” (sesión del 23 de enero). Obviamente, es por esta razón que elegí como medio de transporte de Oslo a Tampico la cisterna de petróleo, un vehículo indispensable para futuras operaciones de petróleo. En el siguiente juicio, Romm probablemente recordará que le había dado instrucciones de obturar el Canal de Panamá y desviar el Niágara para inundar Nueva York, todo esto durante las horas libres que le dejaba su trabajo como corresponsal de *Izvestia*... ¿Es posible que toda esta gente sea tan estúpida? No; por supuesto que no. No son para nada estúpidos, sino que sus mentes han sido totalmente desmoralizadas por el régimen de irresponsabilidad totalitaria.

Cualquier lectura cuidadosa demostrará que cualquier pregunta de Vishinsky desacredita de antemano la respuesta de Romm. Y cada respuesta de Romm constituye una evidencia contra Vishinsky. Todo este diálogo desarticula el juicio. Esta serie de procesos cubren irreparablemente de infamia el sistema de Stalin. Pero todavía no hemos hablado del tema más importante. Es evidente que el testimonio de Romm es falso, esto se desprende del testimonio mismo, para cualquiera que no sea ciego y sordo. Pero tenemos a nuestra disposición pruebas que son aptas incluso para ciegos y sordos. No estaba en el Bois de Boulogne a fines de julio de 1933. No pude haber estado allí. En ese momento, era un hombre enfermo que vivía en la costa atlántica a 500 kilómetros de París. Ya di un breve informe sobre este hecho en el *New York Times* (17 de febrero de 1937). Quisiera referirme de alguna manera aquí al episodio con mayor detalle. ¡Lo amerita!

El 24 de julio de 1933, el vapor italiano “Bulgaria”, conmigo, mi esposa y cuatro colaboradores (dos estadounidenses: Sarah Weber y Max Shachtman; el francés Van Heijenoort; y el emigrado alemán Adolphe) a bordo, estaba a punto de llegar al puerto de Marsella. Después de una estadía de más de dos años en Turquía, migrábamos a Europa occidental. Nuestra llegada a Francia estuvo precedida por largas negociaciones, y por solicitudes entre las que se encontraba el tema de mi salud. Para expedir el permiso de entrada, el gobierno de Daladier fue, sin embargo, precavido. Temían que hubiera intentos de asesinato, manifestaciones y otros incidentes, especialmente en la capital. El 29 de junio de 1933, Chautemps, el ministro del interior, le escribió una carta al diputado Henri Guernut informando que estaba “autorizado por mi salud a vivir en los departamentos del Sur e instalarme más tarde en Córcega” (yo había sugerido tentativamente Córcega en una de mis cartas). Por lo tanto, desde el principio, no tuvimos en cuenta a la capital, sino a alguno de los departamentos alejados. No pude haber tenido el más mínimo motivo para violar esta condición, ya que yo mismo estaba muy interesado en evitar cualquier complicación durante mi estadía en Francia. Entonces habría que rechazar de antemano, por fantástica, la idea misma de que yo pude haber violado el acuerdo, apenas puesto un pie en suelo francés, desapareciendo de la mirada de la policía, y saliendo secretamente hacia París, ¡para una reunión innecesaria con Romm! No; lo que pasó fue completamente diferente.

Alentada por la victoria de Hitler en Alemania, la reacción en Francia levantaba cabeza. Se emprendió una rabiosa campaña contra mi entrada al país, en periódicos como *Le Matin*, *Le Journal*, *La Liberté*, *L’Echo de Paris*, etc. En este coro, la voz de *L’Humanité* fue la que sonó con más estridencia. Los estalinistas franceses no habían recibido todavía las órdenes de reconocer a los socialistas y los radicales como “hermanos”. ¡Oh, no! En ese momento, Daladier era tratado por la Comintern como un radicalfascista; León Blum, que apoyaba a Daladier, era etiquetado de socialfascista. En lo que me concierne, por designio de Moscú, yo estaba llevando adelante las funciones de agente del imperialismo norteamericano, británico y francés. ¡Qué corta es la memoria humana! El nombre bajo el cual reservamos nuestro pasaje fue naturalmente descubierto durante el trayecto. Había razones para temer manifestaciones por parte de los fascistas, en el puerto de Marsella, y más de parte de los estalinistas. Nuestros amigos en Francia tenían todas las razones para estar preocupados de que mi entrada estuviera acompañada por incidentes que podrían complicar mi estadía en el país. Para evadir la vigilancia de los enemigos (nuestros amigos, entre ellos mi hijo, que había logrado llegar a París desde la Alemania de Hitler) planificaron una estratagema que fue brillantemente exitosa, como demostró el último proceso de Moscú. Mediante una orden de radio desde Francia, el “Bulgaria” paró a unos pocos kilómetros antes de llegar al puerto de Marsella, donde nos encontramos con un remolcador en el que estaban mi hijo, el francés Raymond Molinier, el representante de la Sûreté Générale, y dos marineros. Si recuerdo bien, se pagó una suma de mil francos por detener el barco durante tres minutos. Este incidente, por supuesto, está registrado en la bitácora del barco. Además, fue un hecho destacado por toda la prensa mundial. Mi hijo subió a bordo y le entregó a uno de mis colaboradores, el francés Van Heijenoort, instrucciones escritas. Sólo mi esposa y yo descendimos al remolcador. Mientras nuestros cuatro compañeros de viaje continuaron hasta Marsella con todo nuestro equipaje, el remolcador se estacionó en la pequeña ciudad de Cassis, donde nos esperaban dos automóviles y dos amigos franceses, Leprince y Laste. Sin demora, procedimos inmediatamente hacia el oeste desde Marsella, en dirección norte, hacia la desembocadura del Gironde, en el departamento Charente-Inférieure, donde se había alquilado previamente para nosotros la casa de campo de Saint Palais, cerca de Royan, a nombre de



Molinier. En el camino, pasamos la noche en un hotel. Nuestro registro en el hotel ha sido verificado y lo presenté ante la comisión.

Debo agregar que, para preservar nuestra identidad en secreto, todo nuestro equipaje fue registrado en Turquía a nombre de Max Shachtman. Sus iniciales se mantienen hasta este día en las cajas de madera en las que llegaron mis libros y papeles a México. Pero en vistas del descubrimiento de nuestro incógnito, ya no podía haber sido un secreto para los agentes de la GPU en Marsella porque el equipaje en realidad era mío; y en la medida que mis colaboradores, junto con el equipaje, se dirigían a París, los agentes de la GPU procedieron según la suposición de que mi esposa y yo también habíamos ido a la capital francesa, por automóvil o avión. Debería tenerse en cuenta que en ese período las relaciones entre los gobiernos soviético y francés eran todavía muy tensas. La prensa de la Comintern afirmaba que yo iba a Francia en una misión especial, a ayudar al entonces premier Daladier, ahora ministro de guerra, a preparar la intervención militar en la URSS. ¡Qué corta es la memoria humana! En consecuencia, entre la GPU y la policía francesa no podrían haber existido relaciones estrechas. La GPU sabía sobre mí sólo lo que salía en los periódicos. Romm sólo pudo saber lo que sabía la GPU. Mientras tanto, los periódicos perdieron nuestro rastro una vez que desembarcamos.

Después de revisar los despachos de su propio corresponsal durante ese período, los editores del *New York Times* escribieron el último 17 de febrero:

El barco que trajo al Sr. Trotsky desde Turquía a Marsella en 1933 amarró luego de que él se escabulló secretamente hasta la costa, según un despacho de Marsella al *New York Times* del 25 de julio de 1933. Se embarcó en un remolcador a tres millas de la bahía y desembarcó en Cassis, donde un automóvil lo estaba esperando. En ese momento, se informaron distintos destinos para el Sr. Trotsky: que se dirigía a Córcega, o a las aguas curativas de Royan, o al centro de Francia cerca de Vichy, o directamente a este último lugar...

Este informe, que hace honor a la precisión del corresponsal del *Times*, confirma completamente el relato anterior. Ya el 24 de julio la prensa estaba perdida en especulaciones sobre qué nos había pasado. La posición de la GPU, hay que admitirlo, era extremadamente difícil.

Los organizadores del montaje razonaron aproximadamente de esta forma: Trotsky no podría haber evitado pasar dos días en París, con el objetivo de organizar algunas cosas y procurarse un domicilio en el interior del país. La GPU no sabía que se habían arreglado todos estos detalles de antemano, y que nuestra casa de campo había sido alquilada antes de nuestra llegada. Por otro lado, Stalin, Yezhov y Vishinsky temían posponer la reunión con Romm hasta agosto o después. Era necesario moldear el hierro mientras estaba caliente. De esta forma, estos hombres cuidadosos y calculadores eligieron el fin del mes de julio para la reunión, en un momento en el que, según todas sus suposiciones, era imposible que yo no estuviera en París. Pero fue precisamente esa suposición la que calcularon mal. No estábamos en París. Acompañados por nuestro hijo y tres amigos franceses, llegamos, como ya declaré, a Saint Palais, cerca de Royan, el 25 de julio. Como para complicar aún más la posición de la GPU, el día de nuestra llegada estuvo marcado por un incendio en nuestra casa de campo. Se incendió un cobertizo, también una sección del cerco de madera, y algunos árboles secos. El incendio fue causado por chispas que provenían de la chimenea de una locomotora. Se pueden encontrar relatos de este incidente en los periódicos locales del 26 de julio. La sobrina de los dueños llegó algunas horas después para ver las consecuencias del incendio. Muchos vecinos me vieron durante este episodio. El testimonio de las dos personas que trabajaron con nosotros como choferes, Leprince y R. Molinier, así como el testimonio de Laste, que nos acompañaba, describen la jornada en detalle. Una certificación del departamento de bomberos corrobora la fecha del incendio. El periodista Albert Bardou, que escribió en la

prensa sobre el incendio, me vio en un automóvil e hizo una declaración reafirmando eso. La sobrina del dueño antes mencionada también hizo una declaración. En la casa de campo nos estaban esperando Vera Lanis, que asumió las funciones de ama de llaves, y Segal, que nos ayudó a instalarnos. Pasaron la última parte de julio con nosotros, y fueron testigos del hecho de que a mi llegada a Saint Palais sufría de lumbago y fiebre alta, y que raramente abandonaba mi cama.

El prefecto del departamento de Charente-Inférieure fue informado inmediatamente de nuestra llegada, con un telegrama codificado desde París. Vivíamos de incógnito cerca de Royan, al igual que en Francia en general. Nuestros pasaportes sólo eran sellados por los más altos oficiales de la Sûreté Générale, en París. Sin duda, uno puede encontrar allí los rastros de nuestro itinerario.

Me quedé en Saint Palais más de dos meses enfermo, bajo el cuidado de un médico. Escribí en el *New York Times* que recibí como visitantes en Saint Palais a más de treinta amigos. Recuerdos posteriores e investigaciones indican que en realidad tuve cincuenta visitantes, más de treinta franceses (sobre todo parisinos), siete holandeses, dos belgas, dos alemanes, dos italianos, tres ingleses, un suizo, etc. Entre los visitantes, había gente muy conocida: por ejemplo, el escritor francés André Malraux; el traductor de mis libros, el escritor Parijanine; el diputado holandés Sneevliet; los periodistas holandeses, Schmidt y de Kadt; el exsecretario del Partido Laborista Independiente británico Paton; el emigrado alemán V.; el escritor alemán, G.; etc. (me abstengo de dar los nombres de los emigrados a fin de no causarles ninguna dificultad, pero todos ellos, por supuesto, podrían declarar ante la comisión). De haber pasado el final de julio en París, la mayoría de mis visitantes no podrían haber viajado a Royan. Todos sabían que no estaba y que no podría haber estado en París; de los cuatro colaboradores que nos acompañaban, tres vinieron de París a Royan. Sólo Max Shachtman fue desde Le Havre a Nueva York, sin poder despedirse de mí. He presentado a la comisión su carta, con fecha 8 de agosto de 1933, en la que expresa su decepción por tener que separarse de nosotros en el camino y no poder ni siquiera decir adiós. No; no faltan pruebas.

Hacia comienzos de octubre, mi condición física mejoró, y mis amigos me llevaron en automóvil a Bagnères en los Pirineos, todavía más lejos de París, donde mi esposa y yo pasamos el mes de octubre. Debido a que nuestra estadía cerca de Royan, así como en los Pirineos, se dio sin complicaciones, el gobierno permitió que nos estableciéramos más cerca de la capital, pero, aun así, recomendó que nos estableciéramos por fuera de los límites del departamento del Sena. A principios de noviembre fuimos a Barbizon, donde habían alquilado una casa de campo para nosotros. Desde Barbizon, de hecho, hice algunas visitas a la capital, siempre acompañado por dos o tres amigos. Además, todas las instancias de mis actividades diarias estaban organizadas de antemano, y aquellas pocas casas que visité pueden ser señaladas precisamente, junto con la lista de mis visitantes. Todo esto pertenece al invierno de 1933. A pesar de eso, la GPU organizó una reunión entre Romm y yo en julio de 1933. No existió tal reunión. No podría haber existido. Si, en general, en este mundo existe algo llamado coartada, en este caso recibe su expresión más completa y consumada. El desdichado Romm mintió. La GPU lo obligó a mentir. Vishinsky disimuló su mentira. Precisamente por esa mentira, Romm fue arrestado e incluido entre los testigos.

### ***El vuelo de Piatakov a Noruega [El viaje de Piatakov a Oslo]***

El mismo 24 de enero, el día siguiente a la apertura del último juicio y la primera declaración de Piatakov en el tribunal, cuando fue necesario basarse en los breves despachos de noticias, escribí en una declaración a la prensa internacional:

Si Piatakov hubiese viajado con su nombre, toda la prensa noruega hubiese difundido esa información. En consecuencia, debe de haber viajado con otro nombre. ¿Qué nombre? Todos los funcionarios soviéticos en el extranjero están en constante comunicación telegráfica y telefónica con sus embajadas, misiones comerciales, y no pueden eludir la vigilancia de la GPU ni por una hora. ¿Cómo pudo entonces Piatakov haber realizado su viaje sin el conocimiento de los representantes soviéticos, ya sea los que están en Alemania como los que se encuentran en Noruega? Dejen que describa el interior de mi dormitorio. ¿Vio a mi esposa? ¿Yo usaba barba o no? ¿Cómo estaba vestido? La entrada a mi estudio era a través del departamento de Knudsen, y todas nuestras visitas sin excepción eran conocidas por nuestros anfitriones. ¿Los vio Piatakov? ¿Vieron a Piatakov? Aquí hay una serie de preguntas precisas, con ellas debería ser fácil que cualquier tribunal honesto mostrara que Piatakov está repitiendo las invenciones de la GPU.

El 27 de enero de 1937, en la víspera de las conclusiones finales presentadas por el fiscal, a través de agencias telegráficas, dirigí trece preguntas al tribunal de Moscú sobre el tema de la supuesta entrevista de Piatakov conmigo en Noruega. Explicué la urgencia de mis preguntas de la siguiente forma:

Me refiero a la confesión de Piatakov. Su testimonio dice que él me visitó en Noruega en diciembre de 1935, con el fin de preparar una conspiración. Manifiesta que viajó de Berlín a Oslo en avión. La importancia de este testimonio salta a la vista. He declarado muchas veces, y repito una vez más, que Piatakov, junto con Radek, ha sido un adversario enconado, no un amigo, durante los últimos nueve años, y que no he tenido, ni he podido tener, negociaciones con él. Si se pudiera comprobar que Piatakov efectivamente me visitó, mi situación estaría irremediablemente perdida. Si, por el contrario, yo pudiera demostrar que toda la historia de la visita es falsa del principio al fin, el sistema de las confesiones “voluntarias” quedaría completamente desacreditado. Aun si reconocemos que el juicio está por encima de toda sospecha, el acusado Piatakov es sospechoso. Es necesario verificar su testimonio inmediatamente, antes de que lo fusilen.

Señalo nuevamente que estas preguntas, presentadas por mí ante la comisión, se basan en los primeros despachos de noticias, y es por eso que no somos exactos en algunos detalles secundarios. Pero en lo central, incluso ahora, mantienen completa vigencia.

Mis primeras preguntas relacionadas con Piatakov estaban a disposición del tribunal el 25 de enero. El 28 de enero, esto es, el día en que el fiscal presentó sus conclusiones finales, el tribunal tenía la segunda lista de preguntas. A más tardar el 26 de enero, el fiscal había recibido información telegráfica de que la prensa noruega negaba categóricamente el testimonio de Piatakov sobre su vuelo. En el discurso del fiscal, hay una alusión indirecta a esta negación. Sin embargo, no se presentó ninguna de las trece preguntas planteadas por mí al acusado, para quien el fiscal solicitó la pena de muerte. El fiscal no hizo el intento, obligatorio para él, de verificar el testimonio central del principal acusado y, de este modo, reforzar la acusación contra mí y los demás ante los ojos del mundo entero. Si los telegramas de Oslo y mis preguntas telegráficas no hubieran existido, aún sería posible hablar del descuido, la negligencia y la pobreza intelectual del fiscal y los jueces. A la luz de las circunstancias ya mencionadas, nadie puede decir que se trató de un error judicial. El fiscal, lo mismo que el presidente del tribunal, evitó conscientemente hacer preguntas que surgían de la naturaleza misma del testimonio de Piatakov. Se opusieron a la verificación, no porque fuera imposible (al contrario, era excesivamente simple) sino porque, debido al rol de conjunto que estaban jugando, no podían permitir una verificación. En lugar de esto, se apresuraron a fusilar a Piatakov. Sin embargo, la verificación se hizo sin ellos. Ha demostrado completa e irrefutablemente la falsedad del testimonio del principal acusado sobre la cuestión central y, de esta forma, ha sido demolida toda la acusación.

Ahora tenemos a nuestra disposición el registro llamado “textual” del proceso a Piatakov y los demás. Un estudio cuidadoso de Piatakov y del testigo de la acusación, Bujartsev, demuestra por sí mismo que la tarea del fiscal en este diálogo completamente artificial, falso y ensayado era ayudar a Piatakov a presentar, sin demasiados absurdos, el cuento fantástico que le forzó a contar la GPU. Es por eso que vamos a seguir un doble camino en nuestro análisis: primero, vamos a demostrar, en base al informe oficial, la falsedad interna del interrogatorio que realizó Vishinsky a Piatakov; después, vamos a presentar pruebas objetivas de la imposibilidad material del vuelo de Piatakov y las reuniones conmigo. De esta forma, descubriremos no sólo la falsedad del testimonio central del acusado principal, sino también la participación del fiscal Vishinsky y los jueces en el montaje.

“En la primera mitad de diciembre” de 1935, Piatakov hace su mítico viaje a Oslo, vía Berlín. Bujartsev, el corresponsal de *Izvestia*, actuó como una suerte de intermediario en la organización del viaje, de la misma manera que V. Romm, corresponsal de *Izvestia* en Washington, había servido de intermediario entre Radek y yo. El periódico del gobierno, aunque parezca extraño, designó como corresponsales en los lugares más importantes a agentes de enlace “trotskystas”. ¿No sería más exacto suponer que eran agentes de la GPU? La declaración de Piatakov de que Bujartsev “tenía conexiones con Trotsky” es un invento liso y llano. Nunca supe nada, ni personalmente ni a través de sus escritos, ni de Bujartsev ni de Romm. Raramente veo *Izvestia*, y por regla no leo la correspondencia extranjera en la prensa soviética.

No hay razón para dudar de que Piatakov estuviera realmente en Berlín el 10 de diciembre de 1935, en una misión oficial de su departamento. El hecho es fácil de verificar a través de la prensa alemana y soviética, que debe haber notado la llegada de Piatakov a la capital alemana, así como su regreso a Moscú [*Berliner Tageblatt* del 21 de diciembre de 1935 informa: “Entre los visitantes a Berlín se encuentra el primer Vicecomisario de la Industria Pesada de la Unión Soviética, Sr. Piatakov, y también el director de la importante división del Comisariado de Comercio Exterior de la Unión Soviética, Sr. Smolensky”]. La GPU después se vio obligada a adaptar el mítico viaje a Oslo a su verdadero viaje a Berlín; de aquí la desafortunada elección del mes de diciembre.

Al llegar a Berlín, Piatakov, de acuerdo con sus palabras, inmediatamente (“el mismo día o el siguiente”, es decir, el 11 o el 12) se reunió con Bujartsev. Supuestamente, este último me había informado antes de la llegada inminente de Piatakov. ¿Por carta? ¿Por telegrama? ¿Cómo estaba redactado? ¿A qué domicilio? Nadie avergüenza a Bujartsev con estas preguntas. En este tribunal, las fechas y los domicilios generalmente se evitan como a la peste. Habiendo recibido la información de Bujartsev, yo, a su vez, envió inmediatamente un mensajero de confianza a Berlín con esta nota: “Y.L., quien lleva esta nota es de absoluta confianza”. La palabra “absoluta” estaba subrayada. Este detalle no muy original, como veremos, deberá compensar la ausencia de más información sustancial. El mensajero que envié, llamado “Heinrich o Gustav” (testimonio de Piatakov), se encargó de la organización del viaje a Oslo. La reunión entre “Heinrich-Gustav” y Piatakov se realizó en el Tiergarten (el 11 o el 12) y duró “literalmente un par de minutos”. ¡El segundo detalle inapreciable! Piatakov estaba preparado para ir a Oslo, aunque, como repite dos veces, “significaba correr un riesgo serio de ser descubierto, expuesto, como quieran llamarlo”. En el informe ruso estas palabras son omitidas, y no de forma inadvertida. La vigilancia que se mantiene sobre los funcionarios soviéticos en el exterior es extremadamente estricta. Piatakov no tenía **posibilidad** de ausentarse de Berlín durante cuarenta y ocho horas, sin avisar a las instituciones soviéticas adónde iba y a qué domicilio podrían comunicarse con él; como miembro del comité central y del gobierno, Piatakov podía recibir en cualquier momento un pedido o encomendársele una

misión desde Moscú. Las reglas que existen sobre este tema son conocidas por el fiscal y los jueces. Además, el 24 de enero, ya le pregunté al tribunal mediante telégrafo: “¿Cómo pudo entonces Piatakov haber realizado su viaje sin el conocimiento de los representantes soviéticos, ya sea los que están en Alemania o los que se encuentran en Noruega?”. El 27 de enero, repetí: “¿Cómo logró eludir la estrecha vigilancia de los funcionarios soviéticos en Berlín y Oslo? ¿Cómo explicó su desaparición al retornar a Rusia?”. Nadie, por supuesto, molestó al acusado con estas preguntas.

Piatakov organizó con “Heinrich-Gustav” reunirse “a la mañana siguiente” (el 12 o el 13) en el aeropuerto Tempelhof. El fiscal, que a veces pide muestras de precisión en preguntas que no pueden ser sujetas a verificación, ¡no se preocupa en absoluto sobre la precisión de una fecha de excepcional importancia! Sin embargo, mediante los registros de la representación comercial soviética en Berlín, debería ser posible establecer sin dificultad un calendario cotidiano de las actividades de Piatakov. Pero eso es precisamente lo que debe evitarse.

“A la mañana siguiente temprano, fui directo a la entrada del aeropuerto”. ¿Temprano a la mañana? Nos gustaría saber a qué hora. En temas de esta naturaleza, la hora se establece de antemano. Pero los inspiradores de Piatakov evidentemente temen equivocarse con respecto al calendario meteorológico. En el aeropuerto, Piatakov se reunió con “Heinrich-Gustav”: “Estaba esperando en la entrada y me indicó el camino. Primero me mostró un pasaporte que había sido preparado para mí. Era un pasaporte alemán. Él se había ocupado de todas las formalidades aduaneras, de manera que yo sólo tuve que firmar. Nos subimos al avión y despegó...”. Nadie siquiera interrumpió al acusado en este momento. El fiscal, aunque parezca increíble, no está interesando siquiera en la cuestión del pasaporte. Que el pasaporte era “alemán” era suficiente para él. Sin embargo, un pasaporte alemán, como cualquier otro, se hace con un nombre definido. ¿Precisamente a nombre de quién? *Nomina sunt odiosa*.

El fiscal está preocupado por darle a Piatakov la oportunidad de pasar de largo este punto espinoso lo más rápidamente posible. “¿Formalidades de aduana?” “Heinrich-Gustav” se encargó de ellas. Todo lo que tenía que hacer Piatakov era “firmar [con su nombre]”. Uno imaginaría que en este punto el fiscal no podría dejar de preguntarle a Piatakov con qué nombre firmó. Supuestamente el nombre que estaba en el pasaporte alemán. Pero el fiscal considera que esto no es importante. El presidente del tribunal también se mantiene en silencio. Lo mismo hacen los jueces. ¿Un descuido generalizado debido al cansancio? Pero tomé medidas oportunas para refrescar la memoria de estos caballeros. Tan temprano como el 24 de enero, pregunté al tribunal bajo qué nombre llegó Piatakov a Oslo. Tres días después, insistí sobre este punto. De las trece preguntas que planteé, la cuarta fue: “¿Qué tipo de pasaporte usó Piatakov para abandonar Berlín? ¿Obtuvo también una visa noruega?”. Mis preguntas fueron reproducidas por los periódicos de todo el mundo. Si aun así Vishinsky no interrogó a Piatakov sobre el pasaporte y la visa, fue porque sabía que era necesario mantener silencio sobre esto. Este silencio es suficiente para que podamos decir: estamos frente a un montaje.

Sigamos, sin embargo, los pasos de Piatakov:

Llegamos al avión y despegó. No paramos en ninguna parte, y aproximadamente a las cinco de la tarde aterrizamos en el aeródromo de Oslo. Allí, un automóvil nos esperaba. Nos subimos y salimos. Condujimos durante casi treinta minutos y llegamos a un suburbio campestre. Salimos, entramos a una pequeña casa bastante bien amueblada, y allí vi a Trotsky, a quien no veía desde 1928.

¿No traiciona completamente esta narración a un hombre que no tiene nada para revelar? ¡Ni un solo rastro de realidad viva! “Nos subimos a un avión y despegó... Nos subimos y salimos...”. Piatakov no vio nada, no habló con nadie. Es incapaz de decir nada sobre “Heinrich-Gustav”, que lo acompañó desde Berlín hasta mi puerta.

¿Qué ocurrió cuando el avión aterrizó en el aeródromo? Las autoridades noruegas no podrían haber dejado de mostrar interés por un avión extranjero. No podrían haber dejado de examinar los pasaportes de Piatakov y sus compañeros de viaje. Sin embargo, sobre ese tema, tampoco escuchamos una sola palabra. Se hizo el vuelo, para decirlo de alguna forma, en el reino de los sueños, donde la gente se desliza sin hacer ruido, sin ser molestado por la policía o los oficiales de aduana.

En la casa “pequeña” y “bastante bien amueblada”, Piatakov vio a Trotsky, “a quien [él] no veía desde 1928” (en realidad desde finales de 1927). Inmediatamente después de estos lugares comunes sigue una descripción igualmente estereotipada de la entrevista, aparentemente predestinada a adornar registros policiales. ¿Todo esto tiene algún parecido con la vida y con los seres vivos? Después de todo, de acuerdo con el sentido de la amalgama, Piatakov viajó a visitarme como compañero de ideas, como amigo, después de muchos años de separación. Durante varios años, aproximadamente de 1923 a 1928, realmente fue alguien bastante cercano, conocía a mi familia, siempre era cordialmente recibido por mi esposa. Debe de haber mantenido, evidentemente, una confianza absolutamente excepcional en mí, a pesar de que sólo fuera a base de una sola carta. Se convirtió en terrorista, en saboteador y derrotista, y, a la primera señal, voló a verme arriesgando su vida. Parecería que en tales circunstancias Piatakov no podía, después de una separación de ocho años, dejar de manifestar algún interés sobre mis condiciones de vida. Pero no hay rastro de esto. ¿Dónde se realizó la reunión? ¿En mi apartamento o en otra casa? Nadie lo sabe. ¿Dónde estaba mi esposa? Nadie lo sabe. Ante una pregunta del fiscal, Piatakov responde que no había nadie más presente durante la entrevista; incluso “Heinrich-Gustav” permaneció afuera. ¡Y eso es todo! Sin embargo, incluso por los muebles del interior, la presencia o la ausencia de libros o periódicos rusos, la apariencia del escritorio, Piatakov podría haber determinado a simple vista si estaba en mi sala de trabajo o en la habitación de alguien más. Por otro lado, no podría haber tenido el menor fundamento para esconder tan inocente información de mi invitado, a quien confié mis ideas y planes más secretos. Piatakov no podría haber dejado de preguntarme sobre mi esposa. El 24 de enero pregunté: “¿Vio a mi esposa?”. El 27 de enero, repetí mi pregunta: “¿Vio Piatakov a mi esposa? ¿Estaba en casa ese día?” (las visitas de mi esposa a su médico y dentista en Oslo se pueden verificar fácilmente). Pero precisamente para evitar una verificación, los mentores de Piatakov le enseñaron formulas elásticas y modos de expresión carentes de compromiso. Es menos riesgoso. Sin embargo, este exceso de cuidado traiciona el montaje desde otro ángulo.

El avión aterrizó a las tres de la tarde del 12 o 13. Piatakov llegó a mi casa aproximadamente a las tres y media de la tarde. La entrevista duró cerca de dos horas. Mi invitado debe haber estado hambriento. ¿Le di algo de comer? Eso debería ser el deber elemental de un anfitrión. Pero no pude haber hecho eso sin la ayuda de mi esposa o del ama de llaves de la casa “bastante bien amueblada”. Ni una palabra sobre ese tema durante el juicio. Piatakov se fue a las cinco y media de la tarde. ¿Adónde fue desde el suburbio campestre, con el pasaporte alemán en el bolsillo? El fiscal no le pregunta sobre esto. ¿Dónde pasó la noche de diciembre? Difícilmente haya sido al aire libre. No puede suponer que pasó la noche en la embajada soviética. Tampoco en la embajada alemana. ¿Entonces, en un hotel? ¿Exactamente en cuál? Entre las trece preguntas que presenté al tribunal estaba ésta: “Piatakov no puede haber evitado pasar una noche en Noruega. ¿Dónde? ¿En qué hotel?”. El fiscal no le pregunta al acusado sobre esto. El presidente se mantiene en silencio.

Si un viejo amigo viniera a visitarme, especialmente un compañero de conspiraciones, yo, como cualquiera en una situación similar, hubiera hecho todo para proteger a mi invitado de sorpresas desagradables y riesgos innecesarios. Después de una

entrevista de dos horas, le hubiera dado algo de comer y hubiera organizado un hospedaje adecuado. Estos mínimos asuntos obviamente no podrían haber presentado la menor dificultad, ya que pude enviarle una “persona de confianza” a Berlín y un automóvil “especial” al aeropuerto cuando llegó el avión “especial”. Para evitar aparecer en un hotel o en las calles de Oslo, a Piatakov naturalmente le habría interesado pasar la noche con nosotros. Además, después de una larga separación, ¡hubiéramos tenido mucho de qué hablar! Pero la GPU le temía a esta versión, porque Piatakov entonces hubiera tenido que entrar en detalles relacionados con mis condiciones de vida. Mejor pasar por alto estos detalles prosaicos. De hecho, vivía, como se sabe, no en un suburbio campestre cerca de Oslo, sino un pueblo aislado; no a treinta minutos de viaje desde el aeropuerto, sino por lo menos a dos horas, especialmente en invierno, cuando deben ponerse cadenas en las ruedas. No; mejor sufrir un lapsus de amnesia sobre la comida, la noche de diciembre, el peligro de encontrarse con alguien relacionado con la embajada soviética. Mejor morderse la lengua y callar. Como antes durante el viaje, ahora en Noruega, Piatakov es la sombra inmaterial de un sueño. ¡Dejad que los tontos tomen a esta sombra por la realidad!

A través del interrogatorio del testigo Bujartsev, corresponsal de *Izvestia*, nos enteramos de algunos detalles complementarios no poco importantes sobre el viaje de Piatakov. “Heinrich-Gustav”, afirma, era Gustav Stirner. Este nombre no me dice absolutamente nada, aunque, de acuerdo con Bujartsev, Stirner había sido mi hombre de confianza. De cualquier forma, mi emisario misterioso consideró necesario relevar su identidad exacta al testigo del fiscal. ¿Conoceremos al Stirner de carne y hueso en un futuro juicio? ¿Es puro producto de la imaginación? No lo sé. El nombre alemán, en cualquier caso, es algo para reflexionar.

A veces, Piatakov intentó describir la reunión conmigo casi como un mal inevitable; el instinto de autopreservación asoma tímidamente a través de las confesiones del acusado. Por otra parte, de acuerdo con Bujartsev, Piatakov, cuando se enteró de mi invitación, dijo que “le complacía escuchar esto, que coincidía plenamente con sus intenciones, y que aceptaría gustosamente esta reunión”. ¡Qué expresión innecesaria para un conspirador! Pero necesaria, de hecho, para el fiscal. La tarea del testigo es profundizar la culpabilidad de los acusados, mientras que la tarea de los acusados es pasarme el mayor peso de la culpa a mí. La tarea del fiscal, por último, es aprovechar las mentiras de ambos. Desde el punto de vista de la conspiración, e incluso en el viaje de avión a Oslo, Bujartsev es un personaje totalmente superfluo; incluso Vishinsky se ve obligado, como veremos, a reconocerlo. Pero Gustav Stirner, si existe tal persona, parece ser inaccesible para la acusación. Sin embargo, si no hay Stirner, tampoco hay testigo. La historia de cómo Piatakov se subió y se bajó del avión se basaría sólo en Piatakov. Esto es insuficiente. Aunque Bujartsev, que fue llamado a declarar por el fiscal, no participó en la marcha de los acontecimientos, al menos llevó adelante la función de “mensajero” en una tragedia clásica, quien anuncia los acontecimientos que están ocurriendo detrás de escena. En consecuencia, Piatakov no dejó de informar al “mensajero”, en la víspera de su viaje de Berlín a Moscú (¿en qué fecha?), “dónde había estado y qué había visto”. No había razón para decirle a Bujartsev nada de esto. Al entregarle innecesariamente tal información a un extraño, Piatakov fue culpable de una superficialidad inexcusable. Pero no podía actuar de otra forma sin privar a Bujartsev de la oportunidad de servir como testigo útil para la acusación.

En este punto, el fiscal repentinamente se da cuenta de una omisión. “¿Entregó su fotografía?”, pregunta inesperadamente a Piatakov, interrumpiendo el interrogatorio de Bujartsev. Vishinsky parece un niño de escuela que se ha saltado la línea de un poema. Piatakov responde lacónicamente: “Sí”. Al parecer, se trata de una fotografía de

pasaporte. Una fotografía es esencial para todo pasaporte, incluso para los alemanes. Mientras de esa forma muestra que se fija en los detalles, el fiscal no arriesga nada. Naturalmente, ahora sigue callando sobre el nombre y la visa. Con lo cual el guardián de la ley vuelve a Bujartsev. “¿Sabe dónde obtuvo Stirner el pasaporte? ¿Dónde consiguió el avión? ¿Cómo es que es tan fácil hacer esto en Alemania?”. Bujartsev responde que Stirner no entró en detalles, pero le pidió, a Bujartsev, que no se preocupara, una de las pocas respuestas que suena natural y racional. Sin embargo, esto no disuadirá al fiscal:

*Vishinsky:* ¿Y no le dio curiosidad?

*Bujartsev:* No me dijo nada, no entró en detalles.

*Vishinsky:* ¿Pero le generaba curiosidad?

*Bujartsev:* Como no respondió...

*Vishinsky:* ¿Pero intentó preguntarle?

*Bujartsev:* Intenté, pero no me respondió.

Y así continuó en el mismo sentido. Pero aquí interrumpimos este diálogo informativo para someter al fiscal a un interrogatorio.

Recién preguntó, Sr. fiscal, sobre una fotografía de pasaporte. ¿Pero no le interesa el pasaporte en sí? ¿No interrogó el juez de instrucción a Piatakov sobre esto? ¿Ha olvidado usted también cumplir con su deber? Dos veces, el 24 y el 27 de enero, le recordé sobre esto telegráficamente. ¿Prestó alguna atención a mi pregunta? ¿Tampoco estaba usted interesado en mi domicilio, mi residencia, mis condiciones de vida? ¿Por qué no le ha preguntado a Piatakov dónde pasó la noche? ¿Quién le recomendó el hotel? ¿Cómo se registró allí? ¿No ameritan su atención todas estas circunstancias? Bujartsev al menos pudo justificarse diciendo que Gustav Stirner se negó a revelar sus secretos. Usted, Sr. Guardián de Justicia, no tiene esta justificación, porque Piatakov no tiene secretos con el fiscal. Piatakov se mantiene en silencio sólo sobre lo que se le prohíbe hablar. Pero usted, Sr. fiscal, tampoco evitó accidentalmente el simple deber de traer a Piatakov de la cuarta dimensión a esta vida terrenal con sus funcionarios de aduanas, restaurantes, hoteles, y otros molestos detalles. ¡Se mantuvo callado acerca de todo esto porque usted es uno de los principales organizadores del montaje!

Vishinsky no tiene paz: “¿Y el avión?”. “Bujartsev: Le pregunté [a Stirner] cómo pudo viajar Piatakov y me dijo que un avión especial había llevado a Piatakov a Oslo y de regreso”.

Es preciso señalar que Stirner no es para nada reticente. Después de todo, él podría simplemente haber dicho al molesto Bujartsev: “No es de su incumbencia; Piatakov mismo sabe lo que tiene que hacer”. Pero Stirner aparentemente recordaba que ante él estaba el mensajero de una tragedia, y por lo tanto le dijo que Piatakov viajaría en un avión “especial”; en otras palabras, dio a entender que el avión sería provisto por el gobierno alemán. Vishinsky utiliza esta indiscreción preestablecida de Stirner y Bujartsev: “¿Pero no fue Trotsky quien organizó el vuelo a través de la frontera?”. Bujartsev responde con modestia elocuente: “Eso no lo sé”.

“Vishinsky: Usted es un periodista con experiencia; sabe que un vuelo a través de la frontera de un país a otro no es un asunto simple” (¡Ay, ay, ay! Eso es algo que el propio fiscal olvida completamente cuando es cuestión de aterrizar en un aeropuerto, obtener un pasaporte, una visa, una noche de hospedaje, un hotel, etc.). Bujartsev avanza otro paso para reunirse con el fiscal: “Tenía entendido que Stirner podía hacer esto mediante funcionarios alemanes”. Q.E.D [*Quod erat demonstrandum*: “que es lo que había que demostrar”].

Pero en este punto Vishinsky parece recuperar repentinamente el sentido: “¿No podían prescindir de usted en este tema? ¿Por qué participó de esta operación?”. Se plantea esta pregunta arriesgada para darle a Bujartsev la oportunidad de decirle al tribunal cómo fue que Radek, “un tiempo antes” (¿exactamente cuándo?), le había



advertido a él, un “trotskysta”, que debería llevar adelante varias misiones, y que al mismo tiempo le dijo que “Piatakov era miembro del centro”. Como vemos, Radek previó todo y, en cualquier caso, había armado al futuro testigo con la información necesaria.

De una forma u otra, gracias a Bujartsev, nos enteramos de que Piatakov no sólo viajó a Oslo en un “avión especial”, sino que también regresó a Berlín de la misma manera. Esta declaración sumamente importante implica que el avión no aterrizó simplemente unos minutos, sino que se quedó durante el día y toda la noche, es decir, al menos quince horas, en el aeropuerto de Oslo. Probablemente, también cargó combustible allí. Como veremos pronto, la declaración de Bujartsev nos hace un favor más grande que el que le hace a Piatakov. Ahora llegamos al punto nodal del testimonio de Piatakov y de todo el proceso.

El periódico noruego conservador *Aftenposten*, inmediatamente después del primer día del testimonio de Piatakov, hizo una investigación en el aeropuerto y, en su edición vespertina del 25 de enero, publicó la información de que en diciembre de 1935 **ni un solo avión extranjero** aterrizó en Oslo. Esta noticia circuló inmediatamente alrededor del mundo. Vishinsky se vio obligado a considerar esta noticia proveniente de Oslo. Lo hizo a su manera. En la sesión del 27 de enero, el fiscal le preguntó a Piatakov si realmente había aterrizado en un aeropuerto en Noruega, y si lo hizo, en cuál. Piatakov respondió: “Cerca de Oslo”. No recordaba el nombre. ¿Hubo dificultades al aterrizar? Piatakov, nos dijeron, estaba tan ansioso que no notó nada fuera de lo común.

*Vishinsky*: ¿Confirma entonces que aterrizó en un aeródromo en Oslo?

*Piatakov*: Cerca de Oslo, por lo que recuerdo.

¡Lo único que faltaba era que olvidara ese detalle! Entonces, el fiscal leyó para que conste en actas un documento que muchos periódicos caracterizaron al menos como sorprendente: una comunicación de la embajada soviética en Noruega de que “el aeródromo Kjeller cerca de Oslo recibe durante todo el año, de conformidad con la reglamentación internacional, aviones de otros países, y que es posible también la llegada y salida de aviones en los meses de invierno”. ¡Eso es todo! El fiscal pide que se introduzca este valioso documento como prueba. ¡Así considera cerrado el asunto!

No, el asunto recién se abre. Las agencias de Noruega no afirmaron para nada que es imposible realizar vuelos en Noruega en los meses de invierno. Entonces, ¿por qué el tribunal de Moscú se toma el trabajo de confeccionar un manual meteorológico para los aviadores? La cuestión es mucho más concreta: ¿aterrizó un avión extranjero en Oslo durante el mes de diciembre de 1935, sí o no?

Konrad Knudsen, miembro del Storting, el 29 de enero de 1937, envió el siguiente telegrama a Moscú:

Al fiscal Vishinsky, Colegio Militar del Tribunal Supremo de Justicia, Moscú: Le informo que hoy oficialmente verifiqué que en diciembre de 1935 ningún avión extranjero ni privado aterrizó en el aeropuerto cerca de Oslo. Stop. Como anfitrión de León Trotsky también confirmé que en diciembre de 1935 no pudo haber existido ninguna conversación entre Piatakov y Trotsky en Noruega. KNUDSEN KONRAD, miembro del Storting.

El mismo día, 29 de enero, el *Arbeiderbladet*, órgano del partido de gobierno, llevó a cabo una nueva investigación sobre el “avión especial”. Tal vez no esté de más mencionar que este periódico no sólo aprobó mi reclusión por parte del gobierno de Noruega, sino que también publicó artículos muy hostiles sobre mi persona durante mi encarcelamiento. Doy el informe textual del *Arbeiderbladet*:

#### EL MILAGROSO VIAJE DE PIATAKOV A KJELLER

No hubo ningún avión extranjero en Kjeller entre septiembre de 1935 y mayo de 1936.

El director Gulliksen publica una negativa categórica.

Piatakov, en su confesión, insiste en decir que llegó por avión a Noruega y aterrizó en el aeródromo Kjeller en diciembre de 1935. El Comisariado Ruso de Asuntos Exteriores ha emprendido una investigación destinada a confirmar esta evidencia.

Las autoridades del aeródromo Kjeller ya han negado categóricamente que cualquier avión extranjero haya aterrizado allí en diciembre de 1935, mientras que Konrad Knudsen, anfitrión de Trotsky y miembro del Storting, emitió una declaración donde dice que Trotsky no recibió visitantes durante ese período. Hoy un representante del *Arbeiderbladet* hizo otra investigación en el aeródromo Kjeller, y el director Gulliksen confirmó por teléfono que ningún avión extranjero aterrizó en Kjeller en diciembre de 1935. Durante este mes sólo un avión aterrizó allí, y era un avión noruego de Linkoping. Pero este avión no llevaba pasajeros.

El director Gulliksen examinó el registro diario de aduanas antes de emitir esta declaración para nosotros, y en respuesta a nuestra pregunta agregó que está absolutamente descartado que cualquier avión haya aterrizado sin haber sido observado. Durante la noche hay una guardia militar que patrulla el terreno. Nuestro representante le preguntó al director Gulliksen: “¿cuándo fue la última vez, antes de diciembre de 1935, que un avión extranjero aterrizó en Kjeller?”. “El 19 de septiembre. Era un avión inglés, un SACSF que venía de Copenhague. Estaba pilotado por un aviador inglés, el Sr. Robertson, a quien conozco muy bien”.

“Y después de diciembre de 1935, ¿cuándo aterrizó el primer avión extranjero en Kjeller?”.

“El 1 de mayo de 1936”.

“En otras palabras, de acuerdo con los registros efectuados en el aeródromo, ¿con ello se establecería que ningún avión extranjero aterrizó en Kjeller en el intervalo que va del 19 de septiembre de 1935 al 1 de mayo de 1936?”. “Sí”.

Con el fin de no dejar lugar a ninguna duda, permítanme presentarles la confirmación oficial de la entrevista del periódico. En respuesta a una pregunta formulada por mi abogado noruego, el mismo Sr. Gulliksen, director del único aeropuerto dentro o cerca de Oslo, respondió el 14 de febrero de la siguiente manera:

Kjeller, 14 de febrero de 1937

Andreas Støeyle 125,

Abogado,

Ove Slottagt 8V.

Oslo.

Señor: En respuesta a su carta del 10 del corriente, permítame aseverar que mi declaración publicada en *Arbeiderbladet* es correcta...

Muy atentamente,

GULLIKSEN, Director del Aeropuerto de Kjeller.

En otras palabras, incluso si le concediéramos a la GPU no sólo 31 días (diciembre), sino 224 días (del 19 de septiembre al 1 de mayo) para que volara Piatakov, ni siquiera así Stalin podía salvar la situación. Por lo tanto, espero que el asunto del vuelo de Piatakov a Oslo pueda considerarse cerrado para siempre.

El 29 de enero, la sentencia aún no se había pronunciado. Las declaraciones de Knudsen y *Arbeiderbladet* eran de una importancia tan extraordinaria que se hacía necesaria una investigación complementaria. Pero la Temis de Moscú no es del tipo de gente que permite que los hechos detengan sus movimientos. Es muy probable (casi seguro) que, en las negociaciones preliminares, a Piatakov, como a Radek, le hayan prometido perdonarle la vida. Mantener esta promesa frente a Piatakov, el “organizador” del supuesto “sabotaje”, no era nada fácil. Pero si a Stalin le quedaba alguna duda en este

sentido, las noticias de Oslo la liquidaron. El 29 de enero le dije a la prensa en mi declaración diaria:

El diputado Konrad Knudsen realizó una investigación preliminar en Noruega, donde estableció que ningún avión extranjero aterrizó en Oslo “en la primera quincena de diciembre”. ¿Cómo enfrentar este detalle desagradable? Mi gran temor es que la GPU se apresure a ejecutar a Piatakov para impedir que se le hagan preguntas incómodas y para privar a una comisión investigadora internacional de la posibilidad de pedirle explicaciones precisas en el futuro.

Al día siguiente, el 30 de enero, Piatakov fue condenado a muerte, y el 1 de febrero, lo fusilaron.

Por medio de la prensa amarillista de Noruega, *Tidens Tegn*, de carácter similar a las publicaciones de Hearst en Estados Unidos, los amigos de la GPU están tratando de establecer una nueva versión del vuelo de Piatakov. Tal vez el avión alemán no aterrizó en un aeródromo sino en un fiordo helado. Tal vez Piatakov no se vio con Trotsky en un suburbio de Oslo, sino en un bosque. Quizás no en una casa “bastante bien amueblada”, pero sí en una pequeña cabaña en el bosque. No a treinta minutos sino a tres horas de Oslo. Quizás Piatakov no fue en automóvil, sino en trineo o en esquíes. Tal vez esta entrevista no ocurrió el 12 o 13 de diciembre, sino el 21 o 22 de diciembre. Este esfuerzo creativo no es ni mejor ni peor que el intento de hacer pasar a una confitería de Copenhague por el Hotel Bristol. Las hipótesis del *Tidens Tegn* adolecen de este defecto: no dejan en pie ni un ápice de la confesión de Piatakov, y al mismo tiempo ellas mismas se desmoronan frente a los hechos. Estas fantasías hace mucho tiempo fueron refutadas por la prensa noruega, especialmente por el liberal *Dagbladet*, sobre la base de un examen de los hechos; es decir, de las circunstancias de tiempo y lugar. El diputado del Storting, Konrad Knudsen, ha sometido a estas ficciones tardías a una crítica no menos aniquiladora en las columnas de esa misma prensa amarillista, que entre tanto se ha convertido en el oráculo de la Comintern. Si, por su parte, la Comisión considera necesario someter a un examen no sólo los datos del informe oficial, sino también las versiones literarias presentadas por los amigos de la GPU después del fusilamiento de Piatakov, pondré todo el material necesario a su disposición.

Aquí quisiera añadir que, a principios de marzo, el escritor danés Andersen Nexø visitó Oslo para dar una conferencia especial. Por una feliz coincidencia, Nexø (como Pritt, como Duranty, como tantos otros) se hallaba en Moscú durante el juicio y escuchó con sus propios oídos la confesión de Piatakov. Si Nexø conoce el idioma ruso o no es intrascendente; es suficiente que este caballero de la verdad escandinavo “no ponga en duda” la credibilidad de la confesión de Piatakov. Si Romain Rolland se compromete a realizar tareas degradantes que testimonian una pérdida completa del sentido moral y psicológico, ¿por qué el Sr. Nexø no haría lo mismo?

La corrupción introducida por la GPU en ciertos círculos de escritores y políticos radicales de todo el mundo ha alcanzado proporciones verdaderamente espantosas. No me pondré a investigar aquí sobre los medios que la GPU puede utilizar en cada caso. Es suficientemente conocido que estos medios no siempre tienen un carácter “ideológico”; el escritor irlandés O’ Flaherty ya ha revelado esto con su peculiar cinismo. Uno de los motivos de mi ruptura con Stalin y sus camaradas de armas fue, por cierto, que recurrió al soborno de funcionarios del movimiento obrero europeo desde 1924 en adelante. Un resultado indirecto pero muy importante de la labor de la comisión será, espero, limpiar las filas radicales de los aduladores “de izquierda”, de los parásitos políticos, de los cortesanos “revolucionarios”, o de esos señores que siguen siendo “Amigos de la Unión Soviética”, en la medida en que son amigos de la Editorial Estatal Soviética o que cobran ordinariamente una renta de la GPU.

### *¿Qué es lo que fue desmentido en el último juicio?*

Los agentes de Moscú han recurrido últimamente al siguiente argumento: “Desde su llegada a México, Trotsky no ha presentado ninguna prueba. No hay ninguna razón para creer que pueda presentarla en el futuro. Por eso mismo, la comisión está condenada de antemano a la impotencia”. Me pregunto cómo se puede refutar una falsificación preparada y construida durante varios años sin examinar los hechos y los documentos. Tengo que reconocer desde el principio que es verdad que no tengo en mi poder ninguna confesión “voluntaria” de Stalin, Yagoda, Yezhov o Vishinsky. Pero si bien no he presentado hasta ahora ninguna fórmula mágica que abarque **todas** las pruebas, tampoco es cierto que yo no haya presentado **ninguna** prueba. Durante el último juicio hice declaraciones diarias a la prensa refutando específicamente las confesiones. Los periódicos publicaron sólo partes de mis declaraciones, a menudo en forma distorsionada. Pongo a disposición de la comisión el texto exacto de estas declaraciones. También estoy escribiendo un libro que proporcionará la clave de los “enigmas” políticos y psicológicos más importantes de los Procesos de Moscú. He recibido el informe textual del segundo juicio hace tan sólo dos semanas. Naturalmente, en estas circunstancias no puede hablarse de una refutación exhaustiva. Sin embargo, a pesar del hecho de que yo no tenía a mi disposición un diario o un semanario en el cual pudiera expresarme libremente, refuté completamente los hechos del último juicio dirigidos contra mí personalmente, y con ello desmoroné la amalgama judicial de conjunto.

Radek, defendiéndose en su alegato final ante los insultos del fiscal, el cual caracteriza a los acusados sólo como ladrones y bandidos (el fiscal Vishinsky, un arribista cínico, un antiguo menchevique de derecha, ¡qué encarnación del régimen!), obviamente ha sobrepasado los límites prefijados de la defensa, y dijo más de lo necesario o de lo que quería decir. ¡Ese es uno de los rasgos distintivos de Radek! Esta vez, sin embargo, dijo cosas de valor excepcional. Pido a todos los miembros de la comisión que lean con especial cuidado el alegato final de este acusado.

La actividad terrorista y la conexión de los “trotskystas” con las organizaciones de contrarrevolucionarios y saboteadores están plenamente demostradas, según Radek. “Sin embargo”, continúa:

Pero el proceso tiene dos puntos centrales; tiene, además, una enorme importancia desde otro punto de vista. Ha puesto de manifiesto la fuerza de la guerra y ha demostrado que la organización trotskysta se ha convertido en la agencia de las potencias que preparan la nueva guerra mundial. ¿Cuáles son las pruebas de este hecho? Las pruebas son las declaraciones de dos hombres: las mías, en las que he reconocido haber recibido instrucciones y cartas (que desgraciadamente quemé) de Trotsky, y las de Piatakov, que habló con Trotsky. Las demás declaraciones descansan sobre las nuestras. Si ustedes no han tenido relación más que con simples criminales de derecho común, con soplones, ¿cómo pueden saber que lo que hemos dicho es la pura verdad, la verdad incontrovertible?

A uno le cuesta creer lo que está leyendo cuando ve transcritas en el registro estas líneas cínicamente francas. Ni siquiera el fiscal o el presidente trataron de refutar o corregir a Radek; ¡era demasiado arriesgado! Sin embargo, sus palabras sorprendentes derrumban todo el proceso. Sí, toda la acusación en mi contra se basa sólo en el testimonio de Radek y Piatakov. Ni siquiera hay un rastro de pruebas materiales. Las cartas que Radek supuestamente recibió de mi parte “lamentablemente” las quemó (sin embargo, el acta de acusación salió publicada en la versión **rusa** de los expedientes judiciales como si citaran mis cartas reales). El fiscal trata a Radek y a Piatakov como mentirosos sin principios, que persiguen un único objetivo: engañar a las autoridades. La suma y la sustancia de la respuesta de Radek es: “Si nuestro testimonio es falso (¡tanto Radek como

el fiscal saben muy bien que el testimonio es falso!), entonces, ¿qué otra prueba tienen de que Trotsky llegó a sellar una alianza con Alemania y Japón con el fin de precipitar la guerra y el desmembramiento de la URSS? No les queda nada. No hay documentos. El testimonio de los otros acusados se apoya en nuestro testimonio”. Ni una palabra de la fiscalía. Ni una palabra del presidente. Los “amigos” en el extranjero también guardan silencio. ¡Un silencio condenatorio! Tal es el verdadero rostro del proceso: ¡un rostro de vergüenza!

Recordemos el lado fáctico del testimonio de Radek y Piatakov. Se supone que Radek mantuvo comunicación conmigo a través de Vladimir Romm. Este último supuestamente me vio por primera y única vez a finales de julio de 1933 en el Bois de Boulogne, en París. Por medio de referencias precisas a fechas, hechos y testigos, entre ellos la policía francesa, he demostrado que yo no estuve ni podría haber estado en el Bois de Boulogne, ya que, al estar enfermo, fui directamente desde Marsella a Saint Palais, cerca de Royan, a varios cientos de kilómetros de París.

Piatakov declaró que voló en un avión alemán para verme en Oslo en diciembre de 1935. Sin embargo, las autoridades noruegas han declarado públicamente que ningún avión extranjero aterrizó en Oslo entre el 19 de septiembre de 1935 y el 1 de mayo de 1936. Nadie impugnó esta evidencia. Piatakov voló a Oslo para verme tanto como Romm se reunió conmigo en el Bois de Boulogne. Sin embargo, el único supuesto contacto de Radek conmigo fue a través de Romm. La destrucción del testimonio de Romm no deja nada del testimonio de Radek. Tampoco queda nada del testimonio de Piatakov. Sin embargo, de acuerdo con la confesión de Radek, confirmada por el silencio del tribunal, la acusación en mi contra se basa exclusivamente en el testimonio de Radek y Piatakov. Todos los testimonios de los demás son de carácter accesorio, auxiliares, planeados para reforzar a Radek y Piatakov, los principales acusados; más exactamente, los principales testigos de Stalin en mi contra. La función de Radek y Piatakov era demostrar la relación directa entre los criminales y yo. “Todos los testimonios de los demás acusados se apoyan en nuestro testimonio”, confiesa Radek. En otras palabras, se apoyan sobre nada. La principal acusación queda demolida. Se convirtió en polvo. No es necesario demoler un edificio ladrillo por ladrillo, una vez que se han derribado los dos pilares básicos sobre los que se apoya. ¡Señores acusadores, arrástrense entre los escombros y recojan los restos de su mampostería!

### *El fiscal falsificador*

Mi actividad “terrorista” y “derrotista”, como es sabido, se suponía que era un asunto de máximo secreto, en la que inicié sólo a aquellos que eran para mí los más dignos de confianza. Por el contrario, mi actividad pública, hostil al terrorismo y al derrotismo, supuestamente era sólo “camuflaje”. El fiscal, sin embargo, no sostiene uniformemente esta posición a lo largo del juicio, y a veces sucumbe a la tentación de descubrir propaganda terrorista y derrotista también en mi actividad pública. Vamos a demostrar con algunos ejemplos cardinales que los fraudes literarios de Vishinsky representan sólo una parte auxiliar de la falsificación judicial.

I. El 20 de febrero de 1932, el Comité Ejecutivo Central de la URSS, por medio de un decreto especial, me privó de la ciudadanía soviética a mí y a los miembros de mi familia que estaban en el exterior. De paso, llamo la atención acerca de que incluso el texto del decreto representa una amalgama. Se refieren a mí no sólo por el apellido Trotsky, sino también por el apellido de mi padre, Bronstein, aunque este nombre nunca antes se utilizó en ningún documento soviético. Por otra parte, salieron a cazar a los

mencheviques llamados Bronstein y los incluyeron en el decreto de privación de la ciudadanía. ¡Ese es el estilo político de Stalin!

Yo respondí mediante una “Carta abierta al presidium del Comité Ejecutivo Central de la URSS”, del 1 de marzo de 1932 (*Boletín de la Oposición*, número 27). Esta carta abierta mencionaba una serie de fraudes perpetrados por la prensa soviética por órdenes de arriba, con el propósito de desacreditarme ante los ojos de las masas trabajadoras de la URSS. Haciendo un recuento de los principales errores de Stalin en cuestiones de política interior y exterior, la carta abierta señalaba sus “tendencias bonapartistas”. “Bajo el látigo de la camarilla **estalinista**”, decía la carta a continuación, “el miserable, confuso, asustado y aterrorizado Comité Central del Partido Comunista Alemán ayuda a los dirigentes de la socialdemocracia a enviar al proletariado de su país a que Hitler lo crucifique (y no puede hacer otra cosa)”. ¡Menos de un año después, esta predicción, por desgracia, se confirmó por completo! Por otra parte, la carta abierta contenía la siguiente propuesta:

“... Stalin los llevó a un callejón sin salida. No pueden avanzar sin liquidar al estalinismo. Deben apoyarse en la clase obrera y darle a la vanguardia proletaria la posibilidad, por medio de la más absoluta libertad de crítica, de revisar todo el sistema soviético y librarlo rápidamente de la basura acumulada. **Es hora, por fin, de seguir el último e insistente consejo de Lenin: ¡remover a Stalin!**

La propuesta de “remover a Stalin” la fundamenté con las siguientes palabras:

Ustedes conocen a Stalin tan bien como yo... Su fuerza siempre residió en el aparato, no en él mismo, en cuanto él es la representación más acabada del automatismo burocrático. Separado del aparato, opuesto a éste, no representa nada. Es hora de terminar con el mito estalinista.

Queda claro que aquí no se habla del exterminio físico de Stalin, sino sólo de la liquidación de su poder de aparato.

Por increíble que parezca, es precisamente este documento, la carta abierta al comité ejecutivo central, el que constituiría la base de la falsificación judicial de Stalin-Vishinsky.

En la sesión del tribunal del 20 de agosto de 1936, el acusado Olberg declaró:

La primera vez que Sedov me habló de mi viaje [a la URSS] fue después del mensaje de Trotsky sobre su privación de la ciudadanía soviética. En este mensaje Trotsky desarrolló la idea de que era necesario asesinar a Stalin. Esta idea fue expresada con las siguientes palabras: “Stalin debe ser removido”. Sedov me mostró el texto mecanografiado de este mensaje y dijo: “Bueno, ya ves, no se puede expresar de una manera más clara. Se trata de una forma diplomática” ... Fue entonces que Sedov propuso que yo fuera a la URSS.

En aras de la prudencia, Olberg llama “mensaje” a la carta abierta. Olberg sólo da una cita parcial. El fiscal no pide más detalles. Las palabras “**remover** a Stalin” se interpretan dándole el sentido de que era necesario **asesinar** a Stalin.

El 21 de agosto, según el expediente, el acusado Holzman declaró que “en el curso de la conversación, Trotsky dijo que ‘era necesario remover a Stalin’”. “Vishinsky: ¿Qué significa ‘remover a Stalin’? Explíquelo”. Holzman, naturalmente, procede a explicarlo de acuerdo con los requerimientos de Vishinsky.

Al parecer, con el fin de disipar todas las dudas sobre el origen de su propio fraude, Vishinsky declaró el 22 de agosto de 1936, en sus conclusiones finales: “... en marzo de 1932, en un arrebatado de furia contrarrevolucionaria, Trotsky estalló, en una carta abierta, con un llamado a ‘poner a Stalin fuera del camino’ (esta carta fue encontrada entre las paredes dobles de la maleta de Holzman y figuraba como una prueba en este caso)”.

El fiscal habla lisa y llanamente de una “carta abierta” escrita en marzo de 1932 sobre el retiro de mi ciudadanía y que contiene el llamado a “remover a Stalin”. ¡Este

documento no es otra cosa que mi “Carta Abierta al Comité Ejecutivo Central”! Según el fiscal, fue “encontrada entre los dobles fondos de la maleta de Holzman”. Es posible que, de regreso del extranjero, Holzman haya ocultado en su maleta una copia del *Boletín* que contiene mi carta abierta; esos medios de ocultamiento son acordes a la práctica tradicional de los revolucionarios rusos. En cualquier caso, las indicaciones específicas dadas por el fiscal: (a) la mención del nombre (carta abierta), (b) la fecha (marzo de 1932), (c) el tema (decreto de privación de mi ciudadanía) y, por último, (d) la consigna (“remover a Stalin”), apuntan con certeza absoluta a mi “Carta Abierta al Comité Ejecutivo Central”, y al hecho de que el testimonio de Olberg y Holzman, lo mismo que las conclusiones finales del fiscal en el caso Kámenev-Zinóviev, precisamente giraban alrededor de este documento.

En sus conclusiones finales sobre el caso Piatakov-Radek (28 de enero de 1937), Vishinsky vuelve su atención nuevamente sobre la carta abierta como la guía básica del terrorismo:

Tenemos en nuestro poder documentos que demuestran que Trotsky planteó una línea de acción terrorista por lo menos dos veces, y, además, en forma bastante abierta y sin disimulo, en documentos que su autor ha difundido *urbi et orbi*. Me refiero, en primer lugar, a este escrito de 1932, en el que Trotsky proclamó su llamado vergonzoso y traidor: ‘Remover a Stalin’...” [En la edición en inglés del registro del segundo juicio (página 507) dice “remover a Stalin”. En la edición en inglés del registro del primer juicio (página 127) la misma frase aparece traducida como “poner a Stalin fuera del camino”. En la edición francesa de las actas del segundo juicio la frase dice “suprimez Staline”, es decir, “Destruyan a Stalin”. El gran complot está repleto de cientos de pequeños fraudes, hasta el colmo de incluir traducciones fraudulentas].

Permítanme, en este punto, que interrumpa mi lectura de las citas, de donde otra vez nos enteramos de que la orden terrorista supuestamente la di yo de forma abierta o de que la proclamé *urbi et orbi*, como sostiene el fiscal. En una palabra, se trata de la misma carta abierta en la que, invocando el testamento de Lenin, recomendé la destitución de Stalin de su puesto como secretario general.

¡La situación es clara, estimados miembros de la comisión! En los dos juicios principales contra los “zinovievistas” y “trotskystas” el punto de partida de la acusación de terrorismo es una interpretación conscientemente falsa de un artículo mío publicado en varios idiomas y accesible para ser verificado por cualquier persona que sepa leer. ¡Tales son los métodos de Vishinsky! ¡Tales son los métodos de Stalin!

II. En las mismas conclusiones finales (28 de enero de 1937), el fiscal continúa “... y, en segundo lugar, en un documento posterior, el *Boletín* de la Oposición trotskysta, número 36-37, de octubre de 1933, en el cual aparecen varias referencias directas al terrorismo como método de lucha contra el gobierno soviético”. Sigue una cita del *Boletín*:

Sería infantil suponer que se puede remover a la burocracia estalinista a través de un congreso del partido o de los sóviets... No quedan caminos “constitucionales” normales para remover a la camarilla dominante. Sólo **por la fuerza** se podrá obligar a la burocracia a dejar el poder en manos de la vanguardia proletaria.

“¿De qué otra forma se lo puede llamar?”, concluye el fiscal, “¿si no como un llamado directo al **terrorismo**? No se lo puede llamar de otra manera”. A fin de preparar esta conclusión, Vishinsky declara de antemano: “Un adversario del terrorismo, un opositor a la violencia, debería haber dicho: ‘Sí, existen medios pacíficos [para reformar el estado] sobre la base, digamos, de la constitución’”. Precisamente: “¡Sobre la base, **digamos**, de la constitución!”.

Todo el argumento se basa en la identificación de la violencia revolucionaria con el terror individual. ¡Ni los fiscales zaristas recurrían seguido a estos métodos! Nunca me

hice pasar por pacifista, por tolstoiano, o seguidor de Gandhi. Los revolucionarios serios nunca juegan con la violencia. Pero tampoco se niegan a recurrir a la violencia revolucionaria, si la historia no permite otros métodos. Desde 1923 hasta 1933 he defendido la idea de “reformular” el aparato del estado soviético. Precisamente por ello, incluso en marzo de 1932, le aconsejé al comité ejecutivo central “remover a Stalin”. Poco a poco, y bajo la presión irresistible de los hechos, llegué a la conclusión de que las masas populares no pueden derrocar a la burocracia sino por medio de la **violencia revolucionaria**. De conformidad con el principio fundamental de mi actividad, inmediatamente expresé públicamente esta conclusión. Sí, señoras y señores de la comisión, opino que al sistema del bonapartismo estalinista sólo se lo puede liquidar por medio de una nueva revolución política. Sin embargo, las revoluciones no se hacen a pedido. Surgen del desarrollo de la sociedad. No se las puede evocar artificialmente. Es todavía menos posible sustituir la revolución por el aventurerismo de los actos terroristas. Cuando Vishinsky identifica en lugar de contraponer estos dos métodos (el del terror individual y el de la insurrección de masas), borra toda la historia de la revolución rusa y toda la filosofía del marxismo. ¿Qué quiere poner en su lugar? Un fraude.

III. El embajador Troyanovsky, siguiendo a Vishinsky, hizo exactamente lo mismo; durante el último juicio descubrió, como es bien sabido, que en una de mis declaraciones a la prensa admití mi punto de vista terrorista. El descubrimiento de Troyanovsky se publicó, se discutió, hubo que desmentirlo. ¿No es degradante para la razón humana? Es evidente que, por un lado, en mis libros, artículos y declaraciones sobre los últimos juicios, negué categóricamente la acusación de terrorismo, fundamentando mi negación en argumentos teóricos, políticos y fácticos. Pero, por el contrario, se supone que le entregué a los periódicos de Hearst una declaración en la que, contradiciendo todas mis otras declaraciones, le confesé abiertamente al embajador soviético mis crímenes terroristas. ¿Hay límites para el absurdo? Si Troyanovsky comete, a la vista de todo el mundo civilizado, falsificaciones tan inauditas por su crudeza y su cinismo, no es difícil imaginar lo que hace la GPU en sus mazmorras.

IV. A Vishinsky no le va mejor con mi **derrotismo**. Los abogados extranjeros de la GPU continúan torturando sus facultades para demostrar cómo fue que el ex dirigente del Ejército Rojo se convirtió en un “derrotista”. Para Vishinsky y los demás falsificadores de Moscú este problema dejó de existir hace mucho tiempo; Trotsky fue **siempre** un derrotista, dicen, incluso, durante el período de la guerra civil. Ya existe toda una literatura sobre este tema. Educado en esta literatura, el fiscal dice en sus conclusiones finales:

Debemos recordar que hace diez años Trotsky justificó su postura derrotista hacia la URSS al referirse a la famosa tesis de Clemenceau. Trotsky escribió entonces: ‘Debemos restaurar la táctica de Clemenceau, que, como es bien sabido [¡!] se levantó contra el gobierno francés en un momento en que los alemanes estaban a 80 kilómetros de París.’ [En la edición en inglés estas palabras están entre comillas, lo cual podría llevar a los miembros de la comisión a pensar que se trata de una cita. En realidad, el fiscal inventó la frase de la nada. Las “citas” judiciales de Vishinsky tienen la misma autenticidad que las “citas” literarias de Stalin; en esta escuela hay uniformidad de estilo]... No fue una casualidad que Trotsky y sus cómplices levantaran la tesis de Clemenceau. Ellos volvieron a esta tesis, pero esta vez no como una propuesta teórica, sino como una preparación práctica, la preparación real de la derrota de la URSS en la guerra, en alianza con los servicios de inteligencia extranjeros.

Es difícil creer que el texto de este discurso se haya publicado en idiomas extranjeros, incluyendo el francés. Uno podría imaginarse que los franceses se enteraron, no sin asombro, de que Clemenceau, durante la guerra, “se levantó contra el gobierno francés”. Los franceses nunca sospecharon que Clemenceau era un derrotista y un aliado



de los “servicios de inteligencia extranjeros”. Por el contrario, lo llaman “el padre de la victoria”. ¿Qué se entiende exactamente de las patrañas del fiscal? Que la burocracia estalinista, desde 1926, para justificar la violencia contra los sóviets y el partido ha apelado al peligro de guerra; ¡un subterfugio clásico del bonapartismo! Oponiéndome a esto, siempre expresé que la libertad de crítica es indispensable para nosotros no sólo en tiempo de paz, sino también en tiempo de guerra. Me refería al hecho de que incluso en los países burgueses, Francia en particular, la clase dominante no se atrevió, a pesar de todo su temor a las masas, a suprimir completamente la crítica durante la guerra. En este sentido, cité el ejemplo de Clemenceau, quien a pesar de la cercanía de París al frente de guerra (o, mejor dicho, precisamente por eso) denunció en su periódico la inutilidad de la política militar del gobierno francés. Finalmente, Clemenceau, como es conocido, convenció al parlamento, se hizo cargo del gobierno, y aseguró la victoria. ¿Dónde está el “levantamiento” aquí? ¿Dónde está el “derrotismo”? ¿Dónde está la conexión con los servicios de inteligencia extranjeros? Repito: hice la referencia a Clemenceau cuando todavía creía posible transformar por medios pacíficos el sistema de gobierno de la URSS. Hoy ya no puedo invocar a Clemenceau, ya que el bonapartismo de Stalin ha desterrado el camino de la reforma legal. Pero aún hoy estoy completamente por la defensa de la URSS; es decir, por la defensa de sus bases sociales, tanto contra el imperialismo extranjero como contra el bonapartismo doméstico.

En la cuestión del “derrotismo” el fiscal se basó primero en Zinóviev, luego en Radek, como los principales testigos en mi contra. Voy a citar hoy aquí a Zinóviev y a Radek como testigos en contra del fiscal. Citaré sus opiniones libres y sin falsificaciones.

Hablando de la persecución repugnante contra la Oposición, Zinóviev escribió al comité central el 6 de septiembre de 1927:

Es suficiente con señalar el artículo del nada desconocido N. Kuzmin en el *Komsomolskaya Pravda* en los que este “maestro” de nuestra juventud militar... interpreta la referencia del camarada Trotsky a Clemenceau como una exigencia de fusilar a los campesinos que están en el frente en caso de guerra. Francamente, ¿qué es esto si no acaso agitación termidoriana, por no decir de las Centurias Negras?

En el mismo período de la carta de Zinóviev (septiembre de 1927), Radek escribió en sus tesis programáticas:

Sobre la cuestión de la guerra, es necesario repetir en nuestra plataforma lo que se dijo en varios discursos públicos, y unificarlo todo, es decir: nuestro estado es un estado obrero, a pesar de las fuertes tendencias que operan para cambiar su naturaleza. **La defensa de ese estado es la defensa de la dictadura del proletariado...** Lo que plantea el grupo de Stalin (distorsionando la referencia del camarada Trotsky a Clemenceau) no se puede desechar ligeramente, sino que hay que responderlo con claridad: vamos a defender la dictadura del proletariado, aun con la falsa dirección de la actual mayoría, como hemos declarado, pero la promesa de victoria está en corregir los errores de esta dirección, y en que el partido acepte nuestra plataforma.

Estos testimonios de Zinóviev y Radek son doblemente valiosos. Por un lado, establecen de una forma totalmente correcta la actitud de la Oposición hacia la defensa de la URSS; por otro lado, muestran que desde 1927 el grupo estalinista ha distorsionado en todas las formas imaginables mi referencia a Clemenceau, con el objetivo de imputarle tendencias derrotistas a la Oposición. Vale la pena señalar que este mismo Zinóviev, en una de sus retractaciones de los últimos días, también incluyó dócilmente en su arsenal la falsificación oficial sobre Clemenceau. “... Todo el partido, como un solo hombre”, escribió Zinóviev en *Pravda* del 8 de mayo de 1933, “ha de luchar bajo la bandera de Lenin y Stalin... Quizás sólo los despreciables renegados tratarán de recordar aquí la famosa tesis de Clemenceau”. Sin duda, uno podría encontrar otras referencias similares de Radek. Por lo tanto, esta vez también, el fiscal no ha inventado nada nuevo. Se ha

limitado a darle una vuelta jurídica a la forma tradicional termidoriana de perseguir a la oposición. Y toda la acusación está armada a base de trucos de tan mala calidad. ¡Mentiras y fraudes! ¡Fraudes y mentiras! El resultado: el pelotón de fusilamiento.

### *La teoría del “camuflaje”*

Algunos “juristas”, del tipo de los que se tragan camellos y filtran mosquitos, son proclives al argumento de que mi correspondencia no puede tener ningún valor “jurídico” como prueba, porque siempre está la posibilidad de que se haya mantenido con el objetivo previsto de camuflar mi verdadera forma de pensar y actuar. Este argumento, que tiene sus raíces en la práctica criminal común, no tiene absolutamente ninguna aplicación a un juicio político de vastas proporciones. A los efectos del camuflaje, se pueden tramar cinco, diez, cien cartas. Pero no se puede desarrollar una intensa correspondencia sobre las cuestiones más diversas durante muchos años, con la gente más diversa, cercana y distante, con el único fin de engañar a todos. A las cartas tenemos que añadirles los artículos y los libros. Uno puede dedicarse a la tarea del “camuflaje” con la energía y el tiempo que le queden después de realizar el trabajo principal al que se dedica. Pero se puede mantener una correspondencia enorme a condición de tener una preocupación profunda por su contenido y sus resultados. Precisamente por esta razón, las incontables cartas, que están impregnadas hasta la médula con un espíritu de convencimiento, inevitablemente deben reflejar el verdadero rostro del autor, y en ningún caso supone una máscara temporal. Espero que la comisión considere las cartas, artículos y libros en sus conexiones recíprocas.

Cuando me presenté en Noruega el 11 de diciembre de 1936, en calidad de testigo sobre el ataque fracasado a mis archivos por parte de los fascistas, traté de explicar a los jueces y a los jurados el sentido de mis papeles como un medio de defensa contra las acusaciones falsas.

Ustedes tal vez me permitan [dije], que les dé un ejemplo de un terreno con el que los miembros del jurado se sientan más familiarizados. Imaginemos un hombre religioso y temeroso de Dios que se esfuerza por vivir su vida entera en estricta conformidad con las enseñanzas de la Biblia. En algún momento, sus enemigos lo acusan (con la ayuda de documentos y testigos falsos) de que lleva adelante en secreto una propaganda atea. ¿Qué diría la víctima de esta calumnia? “Aquí está mi familia, aquí están mis amigos, aquí está mi biblioteca, aquí está mi correspondencia de muchos años, aquí está toda mi vida. Lean mis cartas, dirigidas a la gente más diversa en las más variadas ocasiones, pregunten a los cientos de personas que a lo largo de los años han estado en contacto conmigo, y se convencerán de que **no podría** haber desarrollado una tarea que entrara en conflicto con toda mi naturaleza moral”. Este argumento convencerá a todo hombre inteligente y honesto.

Tomemos otro ejemplo del campo del arte. Supongamos que alguien declarara que Diego Rivera es un agente secreto de la Iglesia Católica. Si tuviera que participar en una investigación sobre una calumnia como ésta, en primer lugar, les propondría a todos los participantes que estudien los murales de Rivera. Es difícil que pueda encontrarse en cualquier otro lugar una expresión de odio a la Iglesia más apasionada o más intensa. ¿Algún jurista trataría de objetar que tal vez Rivera pintó estos murales con el fin de camuflar su verdadero rol? La gente sería sólo se reiría con desprecio de una recusación así, y continuaría con sus asuntos.

Con el fin de camuflar los crímenes (hablo ahora de los crímenes de la GPU), es posible, con la ayuda de un aparato, fraguar una acusación, extraer una serie de

confesiones monótonas, y publicar un informe “textual” a expensas del estado. Las contradicciones internas y la brutalidad de este menjunje serían suficientes para delatar por sí solas esta “creación” burocrática hecha a pedido. Pero sin convicción y pasión intelectual no se pueden pintar murales formidables que en el lenguaje del arte fustigan la opresión del hombre por el hombre, ni tampoco desarrollar las ideas de la revolución internacional año tras año bajo los golpes de enemigos innumerables. No se puede derramar “la sangre del corazón y la savia de los nervios” (Börne) en actividades científicas, artísticas o en el trabajo político, con el fin del “camuflaje”. Las personas que saben lo que es el trabajo creativo, y toda la gente inteligente y sensible en general, se reirán burlescamente de los casuistas burocráticos y “jurídicos”, y continuarán con asuntos.

Por último, dejemos que la desapasionada aritmética tome cartas en este asunto. De acuerdo con las declaraciones de ambos juicios, el contenido de mi trabajo criminal fue el siguiente: tres reuniones en Copenhague, dos cartas de Mrachkovsky y demás, tres cartas a Radek, una carta a Piatakov, otra a Murálov, una reunión con Romm que duró entre 20 y 25 minutos, un encuentro con Piatakov que duró dos horas. ¡Eso es todo! En total, las conversaciones y correspondencia con los conspiradores, según su propio testimonio, no significaron más de doce o trece horas de mi tiempo. No sé cuánto de mi tiempo ocuparon mis conversaciones con Hess y los diplomáticos japoneses.

Añadamos doce horas más. En total, esto asciende a un máximo de tres jornadas laborales. Mientras tanto, calculo que los últimos ocho años de mi exilio incluyen 2.920 posibles jornadas laborales. Que no usé mi tiempo inútilmente lo prueban mis libros publicados en estos años, los innumerables artículos, y las cartas aún más numerosas, que en tamaño y en contenido no poco frecuentemente puedan compararse con los artículos. De esta manera, llegamos a una conclusión más bien paradójica: durante 2.917 días de trabajo escribí libros, artículos y cartas, y mantuve conversaciones dedicadas a la defensa del socialismo, la revolución proletaria y la lucha contra el fascismo y todas las otras formas de reacción. Por otra parte, he dedicado tres días (¡tres días enteros!) a conspirar según los intereses del fascismo. Ni siquiera mis adversarios han negado que mis libros y artículos, escritos en el espíritu de la revolución comunista, posean algún mérito. Por el contrario, mis cartas y directivas verbales inspiradas por los intereses del fascismo, se distinguen, a juzgar por los informes de Moscú, por una estupidez extraordinaria. Entre las dos ramas de mi actividad, la pública y la secreta, se observa una extrema desproporción. La actividad pública (es decir, la “hipócrita”) que sólo sirvió como “camuflaje” superó a mi actividad secreta (es decir, la “verdadera”) casi mil veces en cantidad y, me atrevo a afirmar, también en calidad. Da la impresión de que he construido un rascacielos para “camuflar” una rata muerta. ¡No, no es convincente!

Lo mismo ocurre con el testimonio de mis testigos. Naturalmente, yo vivía en un círculo de amigos políticos, y me asociaba principalmente, aunque no en forma exclusiva, con mis compañeros de ideas. Por lo tanto, es un asunto sencillo tratar de desacreditar el testimonio de mis testigos por provenir de personas vinculadas con una de las partes interesadas (*ex parte* [de una de las partes]). Sin embargo, se debe considerar este argumento como insostenible desde el principio. Hoy en día existen en una treintena de países organizaciones más pequeñas o más grandes que se fundaron y se han desarrollado durante los últimos ocho años en relación cercana con mis trabajos teóricos y mis artículos políticos. Cientos de miembros de estas organizaciones mantuvieron correspondencia personal conmigo, discutieron conmigo, y me visitaron siempre que pudieron. Cada una de ellas después compartió sus impresiones con veintenas, si no cientos, de personas. Así que no se trata de un círculo cerrado, unido por el orgullo familiar o intereses materiales mutuos, sino de un amplio movimiento internacional, nutrido exclusivamente de fuentes

ideológicas. A esto hay que añadir que, en cada una de estas treinta organizaciones, durante todos estos años, se produjo una intensa lucha ideológica, que no con poca frecuencia llevó a escisiones y expulsiones. La vida interna de cada una de estas organizaciones se reflejó, a su vez, en boletines, circulares y artículos polémicos. Participé activamente en todo este trabajo. Surge la pregunta: ¿la organización internacional de los “trotskystas” sabía acerca de mis planes e intenciones “verdaderos” (el terrorismo, la guerra, la derrota de la URSS, el fascismo)? **Si es así**, entonces es totalmente incomprensible que este secreto no se haya podido filtrar, ya sea por descuido o mala fe, especialmente en vista de los numerosos conflictos y divisiones. **Si no es así**, eso significa que he tenido éxito en hacer existir un movimiento internacional creciente sobre la base de ideas que no eran las mías, sino que sólo me servían como camuflaje para las ideas directamente opuestas. ¡Pero tal suposición es realmente absurda! Me gustaría añadir que me propongo llamar como testigos a decenas de personas que han roto con la organización trotskysta o han sido expulsadas de ella, y se han convertido en mis adversarios políticos, en algunos casos extremadamente implacables. Aplicar el estrecho concepto de “*ex parte*” a tan amplias dimensiones (la cantidad, aquí también, se transforma en calidad) significa ignorar la realidad y atrapar una sombra.

### ***¿Cuál es el propósito de estos juicios?***

Un escritor norteamericano, conversando conmigo, se quejó de esta manera: “Me cuesta creer que usted haya entablado una alianza con el fascismo, pero lo mismo me cuesta creer que Stalin haya llevado a cabo un fraude judicial tan horrible”. El autor de este comentario simplemente me da lástima. En efecto, es difícil encontrar una solución si uno observa la cuestión exclusivamente desde el punto de vista de la psicología individual y no desde la política. No quiero negar la importancia del elemento individual en la historia. Ni Stalin ni yo nos encontramos en nuestras actuales posiciones por accidente. Pero nosotros no creamos estas posiciones. Ambos entramos en este drama como representantes de ideas y principios claros. A su vez, las ideas y los principios no caen del cielo, tienen profundas raíces sociales. Por eso hay que tomar, no la abstracción psicológica de Stalin como un “hombre”, sino su personalidad concreta e histórica como líder de la burocracia soviética. Uno puede entender los actos de Stalin sólo a partir de las condiciones de existencia del nuevo estrato privilegiado, ávido de poder, ávido de comodidades materiales, que teme por sus posiciones, que teme a las masas, y que odia a muerte a toda oposición.

La posición de una burocracia privilegiada en una sociedad que esa misma burocracia llama socialista no es sólo contradictoria, también es falsa. Cuanto más precipitado es el salto desde el trastrocamiento de octubre (que puso al desnudo toda la falsedad social) hasta la situación actual, en la que una casta de advenedizos se ve obligada a encubrir sus úlceras sociales, más crudas son las mentiras termidorianas. Por consiguiente, no se trata sólo de la depravación individual de tal o cual persona, sino de la corrupción encaramada en la posición de todo un grupo social para el cual mentir se ha convertido en una necesidad política vital. En la lucha por sus posiciones recién adquiridas, esta casta se ha reeducado a sí misma, y al mismo tiempo reeducó (o más bien, desmoralizó) a sus dirigentes. Levantó sobre sus hombros al hombre que expresa sus intereses con más resolución y menos piedad. Así, Stalin, que alguna vez fue un revolucionario, se convirtió en el dirigente de la casta termidoriana.

Las fórmulas del marxismo, que expresan los intereses de las masas, se le volvieron cada vez más inconvenientes a la burocracia en la medida en que,

inevitablemente, se dirigían contra sus intereses. Desde el momento en que comencé a oponerme a la burocracia sus cortesanos teóricos comenzaron a llamar a la esencia revolucionaria del **marxismo**, “**trotskyismo**”. Al mismo tiempo, la concepción oficial del **leninismo** cambiaba año a año, cada vez más adaptada a las necesidades de la casta gobernante. Libros dedicados a la historia del partido, la revolución de octubre, o la teoría del leninismo, se revisaban anualmente. Aporté un ejemplo de la actividad literaria del propio Stalin. En 1918, escribió que la victoria de la insurrección de octubre fue asegurada “principalmente y por encima de todo” por la dirección de Trotsky. En 1924, Stalin escribió que Trotsky no desempeñó ningún papel especial en la revolución de octubre. Toda la historiografía se ajustó a esta letra. Esto significa en la práctica que cientos de jóvenes académicos y miles de periodistas se han entrenado sistemáticamente en el espíritu de la falsificación. Quien resistió fue neutralizado. Esto se aplica en una medida a los propagandistas, los funcionarios, los jueces, por no hablar de los magistrados de instrucción de la GPU. Las incesantes purgas partidarias apuntaron sobre todo a erradicar el “trotskyismo”, y durante estas purgas, no sólo los trabajadores descontentos fueron llamados “trotskystas”, sino también todos los escritores que presentaban honestamente hechos históricos o citas que contradecían la estandarización oficial más reciente. Los novelistas y artistas estaban sujetos al mismo régimen. La atmósfera espiritual del país llegó a estar totalmente impregnada con el veneno de los convencionalismos, las mentiras y los fraudes judiciales.

Todas las posibilidades a lo largo de este camino se agotaron pronto. Las falsificaciones teóricas e históricas ya no alcanzaban sus objetivos; la gente se empezó a acostumar demasiado a ellas. Era necesario darle a la represión burocrática una base más masiva. Para reforzar la falsificación literaria, empezaron las acusaciones de carácter criminal.

Mi exilio de la URSS fue motivado oficialmente por la acusación de que yo había preparado una “insurrección armada”. Sin embargo, la acusación lanzada contra mí ni siquiera fue publicada en la prensa. Hoy puede parecer increíble, pero ya en 1929 nos enfrentábamos en la prensa soviética con acusaciones contra los trotskystas de “sabotaje”, “espionaje”, “preparación de descarrilamientos”, etc. Sin embargo, no hubo un solo juicio alrededor de estas acusaciones. El asunto se limitaba a una verdadera calumnia que representaba, sin embargo, el primer eslabón de la preparación del fraude judicial posterior. Para justificar la represión, era necesario tener acusaciones fraguadas. Para darles peso a las acusaciones falsas, era necesario reforzarlas con más represión brutal. Así, la lógica de la lucha condujo a Stalin por el camino de las gigantescas amalgamas judiciales.

También se le hizo necesario por razones internacionales. Si la burocracia soviética no quiere revoluciones y las teme, no puede, al mismo tiempo renunciar abiertamente a las tradiciones revolucionarias sin socavar su prestigio dentro de la URSS. Sin embargo, la bancarrota evidente de la Comintern abre el camino para una nueva internacional. Desde 1933 la idea de nuevos partidos revolucionarios bajo la bandera de la IV Internacional ha encontrado gran éxito en el Viejo y en el Nuevo Mundo. Sólo con gran dificultad, puede un observador externo apreciar las dimensiones reales de este éxito. No se puede medir por las estadísticas de crecimiento de su militancia. La tendencia general de desarrollo tiene una importancia mucho mayor. Por todas las secciones de la Internacional Comunista se están extendiendo profundas fisuras internas, que al primer choque histórico darán lugar a divisiones y debacles. Si Stalin le teme al pequeño *Boletín* de la Oposición y castiga con pena de muerte su introducción en la URSS, no es difícil entender el miedo que se apodera de la burocracia ante la posibilidad de que penetren en

la URSS las noticias del sacrificado trabajo de la IV Internacional al servicio de la clase obrera.

La autoridad moral de los dirigentes de la burocracia y, sobre todo, de Stalin, se apoya en gran medida en la torre de Babel de calumnias y falsificaciones erigida durante trece años. La autoridad moral de la Comintern se basa única y exclusivamente en la autoridad moral de la burocracia soviética. A su vez, Stalin necesita de la autoridad y el apoyo de la Comintern ante los obreros rusos. Esta torre de Babel, que asusta a sus propios constructores, se mantiene dentro de la URSS con la ayuda de una represión cada vez más terrible, y fuera de la URSS, con la ayuda de un gigantesco aparato que, a través de los recursos derivados del trabajo de los obreros y los campesinos soviéticos, envenena la opinión pública mundial con el virus de las mentiras, las falsificaciones y el chantaje. Millones de personas en todo el mundo identifican la revolución de octubre con la burocracia termidoriana, la Unión Soviética con la camarilla de Stalin, los obreros revolucionarios con el aparato completamente desmoralizado de la Comintern.

La primera brecha en esta gran torre de Babel necesariamente hará que se derrumbe por completo, y enterrará bajo sus restos la autoridad de los jefes termidorianos. ¡Por eso para Stalin es una cuestión de vida o muerte exterminar a la IV Internacional, mientras todavía está en estado embrionario! Ahora, mientras estamos aquí examinando los Procesos de Moscú, el Comité Ejecutivo de la Comintern, de acuerdo con la información en la prensa, está sentado en Moscú. Su agenda es la siguiente: **la lucha contra el trotskysmo mundial**. La sesión del Comité Ejecutivo de la Comintern no es sólo un eslabón en la larga cadena de los fraudes de Moscú, sino también la proyección de éstos en el ámbito mundial. Mañana vamos a oír hablar de nuevas fechorías de los trotskystas en España, de su apoyo directo o indirecto a los fascistas. Los ecos de esta vil calumnia, de hecho, ya se han escuchado en esta sala. Mañana escucharemos cómo los trotskystas en los Estados Unidos están preparando sabotajes ferroviarios y la obstrucción del canal de Panamá según los intereses del Japón. Vamos a enterarnos pasado mañana de cómo los trotskystas en México están preparando medidas para la restauración de Porfirio Díaz. ¿Usted dice que Díaz murió hace mucho tiempo? Los creadores de amalgamas en Moscú no se detienen ante tan poca cosa. No se detienen ante nada, absolutamente nada. Política y moralmente, es una cuestión de vida o muerte para ellos. Los emisarios de la GPU están merodeando por todos los países del Viejo y del Nuevo Mundo. No falta dinero. ¿Qué significa para la camarilla gastar veinte o cincuenta millones de dólares de más o de menos con tal de mantener su autoridad y su poder? Estos señores compran conciencias humanas como sacos de papas. Veremos esto en muchos ejemplos.

Afortunadamente, no todas las personas se pueden comprar. De lo contrario la humanidad se habría podrido desde hace mucho tiempo. Aquí, materializada en la comisión, tenemos una célula preciosa de la conciencia pública no comercializable. Todos aquellos con sed de purificación de la atmósfera social se dirigirán instintivamente hacia la comisión. A pesar de las intrigas, los sobornos y la calumnia, serán rápidamente protegidos por la armadura de la simpatía de las amplias masas populares.

¡Señoras y señores de la comisión! Ya hace cinco años (repito, ¡cinco años!) que vengo exigiendo incesantemente la creación de una comisión internacional de investigación. El día que recibí el telegrama sobre la creación de su subcomisión fue un motivo de festejo en mi vida. Algunos amigos me preguntaron con ansiedad: ¿los estalinistas no van a entrar en la comisión, ya que en un primer momento entraron en el Comité para la Defensa de Trotsky? Yo les respondí: arrastrados a la luz del día, los estalinistas no son temibles. Por el contrario, recibo con gusto las preguntas más venenosas de los estalinistas; para desmoronarlas no tengo más que decir lo que realmente

ocurrió. La prensa mundial les dará la publicidad necesaria a mis respuestas. Sabía de antemano que la GPU sobornaría a periodistas y periódicos enteros. Pero no dudé ni por un momento en que la consciencia del mundo no se puede sobornar y que también en este caso se anotará una de sus victorias más espléndidas.

¡Estimados miembros de la comisión! La experiencia de mi vida, en la que no han escaseado ni los triunfos ni los fracasos, no sólo no ha destruido mi fe en el claro y luminoso futuro de la humanidad, sino que, por el contrario, me ha dado un temple indestructible. Esta fe en la razón, en la verdad, en la solidaridad humana que a la edad de dieciocho años me llevó a las barriadas obreras de la ciudad provinciana rusa de Nikolayev, la he conservado plena y completamente. Se ha vuelto más madura, pero no menos ardiente.

En el hecho mismo de la formación de la comisión (en el hecho de que a su cabeza esté un hombre de una autoridad moral inquebrantable, un hombre que en virtud de su edad debería tener el derecho a permanecer fuera de las escaramuzas de la arena política), en este hecho veo un refuerzo nuevo y verdaderamente magnífico del optimismo revolucionario que constituye el elemento fundamental de mi vida.

¡Señoras y señores de la comisión! ¡Sr. procurador Finerty! ¡Y usted, mi defensor y amigo, Goldman! Permítanme expresar a todos ustedes mi profunda gratitud, que en este caso no lleva un carácter personal. Y permítanme, para concluir, expresar mi profundo respeto al educador, filósofo y personificación del genuino idealismo norteamericano, el académico que dirige el trabajo de vuestra comisión. (*Aplausos*)

*Dewey*: Cualquier cosa que yo diga estará de más. Pero todavía tengo que repetir un anuncio que hice antes, que al levantar la sesión de hoy sólo estamos levantando las sesiones de la Comisión Preliminar, que podrían considerarse incluso como la apertura de la investigación de la comisión más amplia y completa. Sólo deseo añadir que varios miembros de la comisión permanecerán aquí durante algunos días (hemos estado tan ocupados que no hemos tenido tiempo suficiente para examinar los archivos y todas las cartas) y que un miembro de esta Comisión Preliminar fue nombrado como subcomisión y se quedará para hacer un examen completo de los documentos, a los efectos tanto de la inspección como de la verificación de las traducciones.

*Trotsky*: Al inglés, e incluyendo el ruso.

*Dewey*: Ahora han terminado las audiencias de la Comisión Preliminar de Investigación.

## ***La decapitación del Ejército Rojo***

(17 de junio de 1937)

¿Es necesario seguir buscando detalles, estudiando las actas letra por letra, reuniendo los argumentos necesarios para refutar los cargos, sometiendo los métodos del fraude judicial al análisis microscópico? El propio Stalin nos proporciona los argumentos para refutarle en escala incomparablemente mayor. Día tras día llegan noticias espectaculares de la URSS para demostrar que el régimen está atrapado en su última crisis, lo que podríamos llamar su agonía mortal si esa analogía con los seres vivos no hiciera pensar en un lapso excesivamente breve.

La “vieja guardia”, en cuyo nombre se lanzó la guerra contra el “trotskysmo” en 1923, fue liquidada *políticamente* hace ya tiempo. Ahora Stalin ha consumado su exterminio *físico* siguiendo su estilo, donde el salvajismo sádico se combina con la pedantería burocrática. Sin embargo, sería demasiado superficial explicar las medidas asesinas y suicidas de Stalin exclusivamente sobre la base de su ansia de poder, crueldad, espíritu vengativo y demás cualidades personales. Hace tiempo ya que Stalin ha perdido todo control sobre su propia política. La burocracia en su conjunto ha perdido el control de sus reflejos de autodefensa. La nueva oleada represiva, que supera todos los límites de lo concebible, le fue impuesta a la burocracia como consecuencia lógica de sus acciones represivas anteriores. Cualquier régimen obligado a montar fraude tras fraude ante los ojos del mundo entero y a ampliar automáticamente el círculo de sus víctimas está condenado inexorablemente.

Después de los primeros experimentos, Stalin se vio obligado a desistir de los procesos públicos. Ello se debe, según se dijo en forma oficiosa, a que el país tiene “tareas más importantes”. Bajo esta consigna, los “amigos” occidentales de la Unión Soviética lanzaron la campaña contra todo intento de realizar un contraprocés. Al mismo tiempo, en distintas partes de la Unión Soviética se descubren continuamente nuevos centros de “trotskysmo, sabotaje y espionaje”. De acuerdo con las cifras oficiales, ochenta y tres “trotskystas” han muerto ante el pelotón de fusilamiento en el Lejano Oriente soviético desde principios de mayo hasta la fecha. La obra continúa; nada se informa acerca de los procesos ni siquiera los nombres de las víctimas.

¿Quiénes son los fusilados? Probablemente algunos son espías auténticos. Esta es una especie que prolifera en el Lejano Oriente soviético. Otros son militantes de oposición, descontentos e insatisfechos. Un tercer sector está integrado por los provocadores que sirvieron para vincular a los “trotskystas” con los espías y, por lo tanto, son testigos peligrosos. Pero existe un cuarto sector, cuyas filas crecen, integrado por parientes, amigos, subordinados y conocidos de los fusilados, personas que conocen la verdad de los juicios y, aunque no pueden protestar, sí pueden hablarles a otros sobre los crímenes de Stalin.

Lo que sucede hoy en los niveles inferiores, sobre todo en las zonas alejadas, donde los asesinatos son anónimos, puede deducirse sobre la base de lo que sucede en los niveles superiores. Stalin no pudo montar el proceso de Bujarin y Ríkov en el momento oportuno porque los acusados se negaron a “confesar”. Fue necesario continuar su reeducación. De acuerdo con distintos informes, Ríkov y Bujarin, jefe de estado y expresidente de la Comintern, respectivamente, fueron sentenciados, a puertas cerradas, a ocho años de prisión; de la misma manera, en julio de 1935, entre dos juicios públicos, Kámenev fue sentenciado, a puertas cerradas, a diez años de prisión. Esta analogía nos obliga a sacar la conclusión de que la sentencia de Ríkov y Bujarin no es definitiva. La



prensa, encabezada por el vulgar analfabeto Mejlis, exsecretario privado de Stalin, exige el “exterminio” de los enemigos del pueblo. Lo más sorprendente (si es que uno puede darse el lujo de sorprenderse) es que ahora acusen a Ríkov y Bujarin de “trotskystas”. Después de todo, los golpes más duros de la Oposición de Izquierda se dirigían invariablemente contra la derecha, encabezada por Ríkov y Bujarin. Y en la lucha contra el trotskismo, sólo Bujarin pudo proporcionarle a Stalin un remedo de doctrina sobre la cual basarse (en la medida en que se basó en doctrina alguna) por un lapso de varios años. Hoy resulta que los innumerables artículos y libros antitrotskystas de Bujarin, escritos que sirvieron para educar al aparato de la Comintern, no fueron sino una cobertura para ocultar su colaboración con el terrorismo trotskysta. Es como si el arzobispo de Canterbury difundiera propaganda atea al amparo de su investidura eclesiástica. Pero, ¿quién se preocupa hoy en día por semejantes disparates? Los que conocen el pasado han muerto, o callan por temor a ser exterminados. Los lacayos de la Comintern, que hace pocos años se arrastraban en el polvo ante un Bujarin, ahora exigen su crucifixión por “trotskysta” y enemigo del pueblo.

En una etapa revolucionaria las masas populares estrechan filas. Por el contrario, en una etapa reaccionaria se imponen las fuerzas centrífugas. Durante los últimos catorce años, en el Partido Bolchevique no se ha cerrado ni una brecha, sanado ni una herida, resuelto ni un conflicto. Las capitulaciones y actos de autodenigración no han contribuido a ello. Las fuerzas centrífugas operan sobre las grietas más pequeñas hasta convertirlas en abismos insalvables. Cualquiera que quede atrapado en la grieta, siquiera mínimamente, está irremediamente perdido.

La mayor parte de la “vieja guardia”, es decir, los bolcheviques que actuaron en la clandestinidad bajo el zarismo, ha sido exterminada. Ahora los máuseres de la GPU apuntan a la generación siguiente, la que surgió durante la guerra civil. Desde luego que en los procesos anteriores algunos jóvenes estuvieron en el banquillo junto con los de la vieja guardia. Pero eran elementos secundarios, introducidos con el fin de redondear la amalgama. Ahora se pone sistemáticamente a prueba a la generación de los que tienen cuarenta años, que ayudó a Stalin a exterminar a la vieja guardia. No son elementos casuales, sino estrellas de segunda magnitud.

Postishev llegó al puesto de secretario del Comité Central gracias a su participación entusiasta en la lucha contra el trotskismo. En 1933, en Ucrania, Postishev purgó a los aparatos del estado y del partido de elementos “nacionalistas”, arrastró al comisario del pueblo Skripnik al suicidio, acusándolo falsamente de “protector de los nacionalistas”. El hecho provocó gran sorpresa en el partido, por cuanto el año anterior Skripnik, bolchevique de la vieja guardia, miembro del comité central y cien por ciento estalinista, había sido agasajado con todo esplendor en Jarkov y Moscú, en ocasión de su cumpleaños. En 1933 publiqué el siguiente comentario: “El hecho de que el sistema estalinista requiera esta clase de sacrificios demuestra cuáles son las contradicciones que lo desgarran, inclusive en la cumbre.” (*Biulleten Oppozitsii*, número 36-37, octubre de 1933). Ahora cuatro años más tarde, resulta que acusan a Postishev, quien en virtud de sus hazañas fue nombrado sátrapa de Ucrania, de protector de nacionalistas. Al caer en desgracia fue transferido a la región del Volga. Podemos suponer que esta situación no se prolongará. No hablemos de heridas: ahora ni siquiera se sanan los rasguños. No importa el camino, que tome Postishev (el suicidio o la confesión de crímenes no cometidos): su suerte está sellada.

En Bielorrusia se ha suicidado el presidente del comité ejecutivo central Cherviakov. En el pasado estuvo vinculado a la derecha, pero algunos años atrás se había sumado a la lucha contra este sector. Un despacho oficial vergonzoso declara que Cherviakov, quien por ley gozaba de los mismos derechos que Kalinin, puso fin a su vida

por “razones familiares”. Después de todo, Stalin no tuvo ocasión de acusar al presidente de la República Soviética Bielorrusa de agente alemán. Pero, simultáneamente con el suicidio, el comisario del pueblo de Bielorrusia, hombre estrechamente ligado a Cherviakov, fue arrestado en Minsk. ¿También por “razones familiares”? Si consideramos a la burocracia como una “familia”, debemos reconocer que ha llegado a un estado en que sus vínculos internos se han vuelto sumamente laxos.

Muchísimo más sorprendente (nuevamente, si es que uno puede dar el lujo de sorprenderse) es la trayectoria de Yagoda, el colaborador más estrecho de Stalin durante toda la última década. Jamás Stalin confió tantos secretos al buró político como al jefe de la GPU. Yagoda era un canalla: eso lo sabían todos. Pero, en primer lugar, no era ni más ni menos canalla que sus colegas. En segundo lugar, precisamente porque era un canalla hecho y derecho, Stalin lo necesitaba para llevar a cabo las tareas más sucias. Toda la lucha contra la Oposición, que tomó la forma de una cadena interminable de calumnias y fraudes, se llevó a cabo bajo la dirección de Yagoda, según los lineamientos marcados directamente por Stalin. Y he aquí que este guardián del estado, exterminador de la vieja generación del partido, resulta ser un criminal y un traidor. ¿Confesará de acuerdo con el ritual elaborado por él mismo? Eso no cambiará su suerte. Mientras tanto, la prensa mundial se pregunta con toda seriedad si Yagoda no estaba vinculado a los... trotskystas. ¿Por qué no? Si Bujarin encubrió sus vínculos con los trotskystas exterminándolos en el terreno de la teoría, Yagoda hizo lo propio exterminándolos físicamente.

Pero las noticias más asombrosas son las referidas al departamento de guerra, en sus más altos niveles. Tras decapitar al aparato partidario y de los sóviets, Stalin procede a hacer lo mismo con el ejército.

El 11 de mayo, el célebre mariscal Tujachevski fue relevado sorpresivamente de su puesto de vicecomisario de defensa y transferido a un puesto de segundo orden en provincias. En los días siguientes sucedió lo mismo con los comandantes de los distritos militares y con los generales más destacados. Estas medidas no presagiaban nada bueno. El 16 de mayo se promulgó un decreto de creación de consejos militares para asumir el mando en los distritos militares y navales. Evidentemente, existía un conflicto grave entre el mando político y el cuerpo de oficiales.

Durante la guerra civil yo introduje los “Consejos Militares Revolucionarios”. Cada consejo estaba integrado por un alto oficial y dos, en algunos casos tres, miembros políticos. Aunque el oficial jefe retenía formalmente el pleno poder de mando, sus órdenes no entraban en efecto si no eran refrendadas por los miembros políticos del consejo. Esta medida de reaseguro, a la que consideramos un mal temporario, se hizo necesaria debido a la falta de oficiales de confianza y a la desconfianza manifestada por los soldados inclusive hacia los comandantes leales. Esperábamos que la creación gradual de un cuerpo de oficiales rojos pondría fin a los consejos y restablecería el principio del mando unificado, necesidad inexorable de la ciencia militar.

Frunze, quien en 1925 me reemplazó como jefe del departamento de guerra, introdujo el mando unificado a ritmo acelerado. Vorochilov, su reemplazante, siguió el mismo camino. Se diría que el gobierno soviético ya había tenido el tiempo suficiente para educar a un cuerpo de oficiales dignos de confianza y eliminar así la onerosa necesidad de utilizar a los comisarios políticos para vigilar a los jefes militares. Pero la realidad fue distinta. En vísperas del vigésimo aniversario de la revolución, la oligarquía de Moscú impone una administración colectiva sobre el ejército. Los nuevos consejos militares no llevan el nombre de “revolucionarios”. Y, en verdad, no tienen nada que ver con sus prototipos. Mediante los consejos militares de la guerra civil, la clase revolucionaria ejercía su control sobre los técnicos militares provenientes de las filas enemigas. La tarea de los consejos de 1937 es ayudar a la oligarquía, encaramada sobre

la clase revolucionaria, a proteger su poder usurpado de toda intromisión por parte de sus propios generales y mariscales.

Cuando Tujachevski fue degradado, todas las personas informadas se preguntaron, ¿quién se hará cargo de la defensa soviética? El reemplazante de Tujachevski es el mariscal Yegorov, teniente coronel durante la guerra civil, hombre indeciso y mediocre. Shaposhnikov, nuevo jefe de estado mayor, es un culto oficial del viejo ejército, hombre carente de talento estratégico y de iniciativa. ¿Y Vorochilov? No es ningún secreto que Vorochilov, “militante de la vieja guardia”, es una figura decorativa y nada más. En vida de Lenin, a nadie se le ocurrió postularlo para el comité central. Durante la guerra civil Vorochilov combinó su innegable valentía personal con una falta total de talento militar y administrativo y una visión completamente estrecha y provinciana. Si hoy ocupa un puesto en el buró político y es, además, comisario del pueblo de defensa, eso se debe únicamente a que, desde Zarizin, apoyó la oposición de Stalin a esa estrategia militar que garantizó la victoria en la guerra civil. Digamos de paso que ni Stalin, ni ningún otro miembro del buró político, jamás abrigó la menor ilusión respecto de Vorochilov como jefe militar. Por eso lo rodearon de colaboradores idóneos. Los verdaderos jefes del ejército en los últimos años eran dos hombres: Tujachevski y Gamarnik.

Ninguno de los dos perteneció a la vieja guardia. Los dos se destacaron en la guerra civil, no sin ayuda del autor de estas líneas. Tujachevski demostró ser un estratega de gran talento. Sin embargo, le falta capacidad para evaluar una situación militar desde todos los ángulos. En todas sus estrategias había un elemento de aventurerismo. Por eso hubo entre nosotros algunos choques que, no obstante, se resolvieron de la manera más fraternal. Me vi obligado a criticar su intento de crear una “nueva doctrina militar”, basada en algunas fórmulas marxistas elementales, estudiadas con ligereza. Sin embargo, no olvidemos que Tujachevski, hombre muy joven en aquel momento, había saltado con excesiva rapidez de las filas de la oficialidad zarista al bando bolchevique. De allí en adelante se dedicó al estudio serio no del marxismo (que nadie estudia hoy día en la URSS), sino de la ciencia militar. Adquirió conocimientos de las técnicas militares modernas y cumplió el papel de mecanizador del ejército con cierto éxito. ¿Hubiera logrado adquirir ese equilibrio de fuerzas internas sin el cual no se puede ser un gran comandante de operaciones? Sólo una nueva guerra (en la cual Tujachevski habría desempeñado el papel de generalísimo) hubiera podido demostrarlo.

Jan Gamarnik, nacido en el seno de una familia judía ucraniana, se destacó en la guerra civil por su talento político y administrativo, aunque solamente a escala provinciana. En 1924 fue mencionado como “trotskysta” ucraniano. Yo ya había roto mis vínculos personales con él. El triunvirato (Zinóviev, Stalin, Kámenev) que dirigía al país, trató de arrancar a los “trotskystas” más capaces de su entorno natural, colocarlos en nuevas situaciones y, en lo posible, comprarlos con la perspectiva de una buena carrera. Gamarnik pasó de Kiev al Lejano Oriente, donde no tardó en ascender en la escala administrativa; ya había dejado de ser “trotskysta” en 1925, dos o tres años antes de las capitulaciones de los procesados más destacados de los últimos juicios. Terminada su “reeducción”, Gamarnik pasó a Moscú para ponerse a la cabeza del departamento político de la marina y del ejército. Durante diez años ocupó cargos de importancia en el centro mismo del aparato partidario y colaboró diariamente con la GPU. ¿Es concebible que, en semejantes circunstancias, llevara una doble vida: una pública, para el mundo exterior, y una privada? Gamarnik, miembro del comité central, el más alto representante del partido gobernante en el ejército, era, al igual que Tujachevski, carne de la carne y sangre de la sangre de la casta dominante.

Siendo así, ¿por qué cayó el hacha sobre estos dos jefes de las fuerzas armadas? Zinóviev y Kámenev perecieron porque su pasado los hacía parecer peligrosos: también, y esto es lo más importante, porque Stalin pensaba que su fusilamiento sería un golpe mortal para el “trotskismo”. Piatakov y Radek, extrotskyistas prominentes, resultaron ser los únicos personajes aptos para un nuevo proceso que corrigiera los errores de la primera amalgama, que había resultado demasiado grosera. Ni Tujachevski, ni Gamarnik resultaban útiles para estos fines. Tujachevski jamás había sido trotskysta. Gamarnik sí, pero en una época en que nadie lo conocía. ¿Por qué, entonces, se instruyó a Radek para que nombrara a Tujachevski durante la indagación preliminar? ¿Y por qué aparece el nombre de Gamarnik, después de su misteriosa muerte, en la lista de “enemigos del pueblo”?

Como educador del cuerpo de mando y futuro generalísimo, Tujachevski necesariamente debía valorar a los jefes militares de talento. Putna era uno de los oficiales más brillantes del estado mayor. ¿Es verdad que Tujachevski solicitó ciertos informes a Radek por intermedio de Putna? Radek era el vocero oficioso de la política exterior. Putna era agregado militar en Inglaterra. Es posible que Tujachevski utilizara los servicios de Putna para obtener informes de Radek, así como el propio Stalin utilizaba los escritos de Radek para confeccionar sus discursos. Sin embargo, también es posible que todo el episodio, como tantos otros, sea un invento. Eso no cambia las cosas. Es indudable que Tujachevski intercedió por Putna y por muchos otros oficiales inmiscuidos en las amalgamas de la GPU. Había que darle una lección. ¿Cuál fue el papel de Vorochilov en todo esto? Hasta el momento lo que había determinado la política de Vorochilov era su vinculación con Stalin, mucho más que su vinculación con el ejército. Además, un hombre estrecho de miras e irresponsable como Vorochilov no debía sentir gran amistad por su muy talentoso vicecomisario. Ese bien puede haber sido el origen del conflicto.

Gamarnik participó en todas las grandes purgas del ejército e hizo lo que se le ordenó. Pero allí se trataba de militantes de la Oposición, elementos descontentos, tipos sospechosos, por consiguiente, todo se hacía en aras de los intereses del “estado”. Pero durante el año anterior se hizo necesario expulsar del ejército a personas culpables de nada, pero que, en virtud de su pasado, de los puestos que ocupaban, o simplemente de algún factor casual, resultaron útiles en el proceso de organización de los nuevos fraudes judiciales. Gamarnik, al igual que Tujachevski estaba atado a muchos de estos jefes militares por lazos de amistad y camaradería. Como jefe del departamento político del ejército y la marina, Gamarnik se vio obligado a entregar a sus colaboradores a Vorochilov y, además, participar en la fabricación de acusaciones falsas. Es probable que al entrar en conflicto con la GPU se quejara de Yezhov ... ¡ante Stalin! Eso bastó para ponerlo en peligro.

Es posible que los intereses de la defensa llevaran a los comandantes de distrito y a los generales más responsables a interceder por Tujachevski. El torbellino de transferencias y arrestos de mayo y junio no pueden ser fruto sino del pánico en la cúpula. El 31 de mayo Gamarnik se suicidó, o murió fusilado. Los comandantes de distritos militares ocuparon sus nuevos puestos e inmediatamente fueron arrestados y puestos a disposición de los tribunales. Luego se arrestó a Tujachevski, que acababa de asumir funciones en Samara, a Yakir, que acababa de ser transferido a Leningrado, a Uborevich, comandante del distrito militar de Bielorrusia; a Kork, director de la academia militar, a Feldman, jefe de la oficina de personal del ejército; a Eideman, presidente de la Osoviajijim [Sociedad para la Promoción de la Defensa, la Aviación y la Química]; a Putna, exagregado militar en Tokio y en Londres, a Primakov, general de caballería. El arresto de los dos últimos fue un poco anterior. Los ocho fueron fusilados.

El ejército se habrá conmovido hasta en sus fibras más íntimas. Todos se debían hacer la misma pregunta: ¿Por qué fusilaron a los héroes legendarios de la guerra civil, oficiales y organizadores talentosos, jefes del Ejército Rojo que hasta ayer eran los puntales y la esperanza del régimen? Recordemos brevemente quiénes son.

Mientras Tujachevski, oficial del ejército del zar, se pasaba al bando bolchevique, Yakir, estudiante enfermo de tuberculosis, se convertía en comandante rojo. Desde el principio Yakir demostró poseer los recursos y la imaginación de un estratega. Más de un oficial veterano contempló con asombro a este comisario alto y delgado que trazaba operaciones con un fósforo sobre un mapa militar. Yakir demostró su devoción a la revolución y al partido en forma mucho más directa que Tujachevski. Cuando finalizó la guerra civil se dedicó a estudiar con ahínco y seriedad. Su prestigio era grande y merecido.

Junto Yakir ubicaremos a Ubovich, un comandante de operaciones menos brillante que aquél, pero probado y digno de confianza. A estos dos hombres se les confió la defensa del frente occidental, y durante años se prepararon para los papeles que deberían cumplir en la próxima gran guerra.

Kork, graduado de la academia militar zarista, dirigió victoriosamente uno de los cuerpos de ejército durante los años críticos; posteriormente comandó un distrito militar y, por último, se hizo cargo de la academia Militar como sucesor de Eidemann, hombre del círculo de Frunze.

Eidemann dirigió la Osoaviajim, el vínculo entre la población civil y el ejército.

Putna era un general joven y culto, con una visión internacional. Feldman concentraba en sus manos la supervisión directa del personal de mando, lo cual demuestra que gozaba de gran confianza. Después de Budenni, Primakov era indudablemente el más brillante de los oficiales de caballería.

Puede decirse sin exagerar que en todo el Ejército Rojo no queda un solo hombre con excepción de Budenni, cuya popularidad, por no hablar de talento y conocimientos, pueda compararse con la de los supuestos criminales. Por lo tanto, ¡la decapitación del Ejército Rojo se llevó a cabo con plena conciencia de sus implicaciones!

Se debe prestar especial atención a la forma como se organizó el juicio: un grupo de generales, encabezados por Budenni y presididos por Ulrich, burócrata de baja estofa, impusieron a sus camaradas de armas una sentencia dictada por Stalin desde el secretariado. Así, el diablo puso a prueba la verdad. De ahora en adelante, los jefes militares sobrevivientes están atados a Stalin por la vergüenza con que éste los cubrió. Pero el sistema de intrigas es todavía más profundo.

Stalin temía no sólo a Tujachevski, sino también, a Vorochilov. Prueba de ello es el nombramiento de Budenni como comandante del distrito militar de Moscú. Budenni, antiguo suboficial de caballería, siempre despreció a Vorochilov por su diletantismo militar. Cuando trabajaban juntos en Zarizin, más de una vez llegaron a amenazarse con sus pistolas. Los puestos importantes que ocupaban les obligaron a moderar la expresión externa de su enemistad, pero no la paliaron. Ahora Budenni ejerce el poder militar en la capital para hacerle contrapeso a Vorochilov. ¿Cuál de los dos estará en la próxima lista de ejecutados? El futuro lo dirá.

La acusación de que Tujachevski, Yakir y los demás eran agentes alemanes es tan absurda y descarada que no merece una refutación. Ni siquiera Stalin tenía esperanzas de que la sucia calumnia fuera creída en el exterior. Pero debía encontrar argumentos abrumadores que justificaran el exterminio de estas personas talentosas e independientes a los ojos de los obreros y campesinos rusos. Confía lograrlo mediante el impacto hipnótico de una prensa y una radio totalitarias.

Pero ¿Cuál es el verdadero motivo de exterminio de los generales soviéticos? Sólo se pueden plantear hipótesis, basadas en una serie de síntomas directos e indirectos. Ante

el peligro de guerra inminente, los comandantes más responsables no dejarían de alarmarse por el hecho de que Vorochilov fuera el comandante supremo de las fuerzas armadas. No cabe duda de que estos sectores postularon a Tujachevski como reemplazante de Vorochilov. En esta primera etapa, los generales trataron de ganar para su “conjura” a Stalin quien desde hacía tiempo tenía su habitual juego ambiguo, explotando la rivalidad entre Vorochilov y Tujachevski.

Tujachevski y sus partidarios sobrestimaron sus fuerzas. Ante la situación de tener que optar, Stalin prefirió a Vorochilov, quien siempre fue una herramienta sumisa, y entregó a Tujachevski a los verdugos, ya que éste podía convertirse en un adversario peligroso. Perdidas sus esperanzas, encolerizados por la “traición” de Stalin, los generales habrán discutido cómo liberar al ejército del yugo del buró político. De ahí a una conspiración hecha y derecha hay un largo trecho. Pero para un régimen totalitario, ya está dado el primer paso.

Sopesando la trayectoria y las características personales de los fusilados, resulta difícil pensar que los unía un programa político común. Pero es posible que el sector encabezado por Tujachevski tuviera un programa para la defensa nacional. No olvidemos que después del ascenso de Hitler al poder Stalin se esforzó por mantener relaciones cordiales con Alemania. Los diplomáticos soviéticos no mezquinaron sus declaraciones a favor del fascismo, declaraciones que hoy provocarían escándalo. Stalin sentó las bases de esta política: “Lo más importante es proteger la construcción del socialismo en nuestro país. La democracia y el fascismo no son antípodas, sino gemelos. Francia no nos atacará, y podemos neutralizar la amenaza alemana si colaboramos con ese país”. Ante esta señal, los jefes militares, trataron de mantener relaciones cordiales con los agregados militares, ingenieros e industriales alemanes, para convencerlos de que la colaboración entre los dos países resultaba una posibilidad real. Algunos generales aceptaron esta línea política con mayor convicción, cuanto mayor era su disposición a aceptar la tecnología y la “disciplina” alemanas.

Sin embargo, las circunstancias obligaron a Stalin a contrapesar sus relaciones “amistosas” con Alemania mediante un pacto de defensa con Francia. Hitler no podía aceptar semejante cosa. Necesitaba tener las manos libres en ambas direcciones. Respondió al acercamiento entre Moscú y París con un fuerte desaire a Stalin. Poco después, Mussolini hizo lo propio. A pesar de sus primeras intenciones, Stalin se vio obligado a descartar la teoría de los “gemelos” y enderezar el rumbo hacia la amistad con las “democracias” occidentales. Se efectuó un relevo simbólico en el ministerio de asuntos exteriores: Krestinsky, lugarteniente de Litvinov y exembajador soviético en Alemania fue reemplazado por el exembajador en Francia, Potemkin. No resultaba tan fácil efectuar cambios en la cúpula militar: la casta militar es, por su esencia, mucho más numerosa y menos elástica que el cuerpo diplomático.

Si es verdad que Tujachevski adhirió a la orientación proalemana (de lo cual no estoy seguro), no lo hizo como agente de Hitler, sino como patriota soviético, basado en determinadas consideraciones estratégicas y económicas compartidas por el propio Stalin. Por otra parte, es indudable que algunos generales se sentían comprometidos por sus declaraciones de amistad con Alemania. En vista de la necesidad de maniobrar y dejar ambas puertas abiertas durante un largo periodo, Stalin se abstuvo conscientemente de dar a sus generales la señal de retirada. Creyendo contar con su apoyo, es posible que los generales se excedieran en sus planes. Por otra parte, es muy posible que Vorochilov, quien, por ser miembro del buró político, ya estaba informado del cambio de orientación, le permitiera a Tujachevski exceder los límites de la disciplina militar y partidaria y luego le exigiera, con su deslealtad característica, un brusco golpe de timón. Repentinamente, el problema de si se debía mantener la amistad con Alemania o con Francia, se transformó

en la pregunta. “¿Quién manda en el ejército: Vorochilov, miembro del buró político, o Tujachevski, respaldado por la crema del cuerpo de mando?” Y dado que no existe opinión pública, ni partido, ni sóviets, y que el régimen ha perdido el último vestigio de flexibilidad, todos los problemas agudos se resuelven con ayuda del máuser. Por su parte, Stalin no se opuso al sangriento ajuste de cuentas, puesto que la necesidad de demostrarles su buena fe a los nuevos aliados internacionales lo obligó a encontrar chivos emisarios de su política de ayer.

¿Qué relación existía entre los generales y la Oposición de Izquierda? Los periódicos de Moscú calificaron a Gamarnik de “trotskysta”, después de su muerte. Meses atrás, en los procesos de Zinóviev y Kámenev se dijo que Putna era “trotskysta”. Pero los demás no recibieron este horrible rótulo ni antes del proceso, ni tampoco durante el mismo, ya que es de suponer que ni jueces ni acusados tenían razón alguna para realizar esta comedia a puertas cerradas. Pero la falta de vínculos directos con el trotskismo no fue el único factor que impidió que Tujachevski, Yakir, Uborevich, Eideman y los demás recibieran ese mote; también existía el deseo de no exagerar la influencia trotskysta en el ejército. Sin embargo, en el orden del día de Vorochilov, publicado al día siguiente del fusilamiento, se tachaba a todas las víctimas de trotskystas. Ya hemos visto que los fraudes tienen su propia lógica: si los generales y los trotskystas sirvieron a Alemania con el fin de “restaurar el capitalismo”, entonces Alemania debió reunirlos en defensa de sus intereses. Por otra parte, el “trotskismo” se convirtió hace mucho tiempo en un concepto global, que abarca a todo lo que merece el exterminio.

Todo nuestro análisis de la decapitación del ejército contiene un fuerte elemento conjetural. Quizás los detalles, que no se conocerán rápidamente, sean diferentes. Pero el significado político de esta sangría ya resulta claro. Si Stalin hubiese querido salvar a los generales, hubiera podido dejarles abierta la ruta de retirada. Pero no quiso. Teme mostrar debilidad. Teme al ejército. Teme a su propia burocracia.

Con justa razón. Los miles de millares de funcionarios y comandantes que provienen de las filas del bolchevismo apoyaron a Stalin en el último período por convicción, no por miedo. Pero los últimos acontecimientos despertaron sus temores: temor por la suerte del régimen y por la suya propia. Los que ayudaron a Stalin a ascender resultan cada vez menos aptos para mantenerlo en las cumbres vertiginosas. Por eso se ve obligado a renovar sus instrumentos de poder con frecuencia creciente. Al mismo tiempo, teme que los nuevos instrumentos elijan a un nuevo jefe para encabezarlos.

El peligro es mayor en el caso del ejército. Cuando la burocracia se libera del control popular, la casta militar trata inevitablemente de liberarse del yugo de la burocracia civil. El bonapartismo tiende siempre a asumir la forma de dominación por la fuerza de las armas. Es probable que, independientemente de las ambiciones reales o supuestas de Tujachevski, el cuerpo de oficiales haya adquirido una conciencia creciente de su superioridad respecto de los dictadores de oficina. Por otra parte, Stalin no podía desconocer que la dominación policíaca del pueblo, fortalecida mediante la jerarquía de secretarios partidarios, podría ser ejercida en forma más sencilla y directa por uno de los “mariscales”, respaldado por el aparato militar. El peligro era inminente. Por el momento no existía una conjura: eso es seguro. Pero ya estaba a la orden del día. La sangría tuvo un carácter preventivo. Stalin aprovechó un incidente “feliz” para darle al cuerpo de oficiales una lección sangrienta.

Sin embargo, se puede decir *a priori* que esta lección no detendrá a nadie ni a nada. Stalin pudo desempeñar con éxito el papel de sepulturero del bolchevismo porque él mismo es un bolchevique de la vieja guardia. La burocracia debió emplear esta máscara para ahogar a las masas y aplastar el cascarón hueco de la tradición espartana. Pero los partidarios del termidor no constituyen un campo homogéneo. Su estrato superior

privilegiado está integrado por individuos que todavía no han cortado todos sus vínculos con las tradiciones bolcheviques.

El régimen no termina en la capa intermedia de los Postishev, Cherviakov, Tujachevski, Yakir, por no hablar de los Yagoda. Les sigue otra capa, encabezada por funcionarios indiferentes, individuos tramposos y arribistas. Nadie conoce las intenciones de estos sectores mejor que Stalin. Por eso piensa que, ahogadas las masas y exterminada la vieja guardia, la salvación del socialismo depende exclusivamente de él.

Aquí no se trata solamente de crueldad personal y avidez de poder. Stalin no puede dejar de bregar por la confirmación jurídica de su poder personal, sea en calidad de "líder" vitalicio, presidente con poderes extraordinarios o, por último, emperador coronado. Al mismo tiempo, no puede liberarse del temor de que, en el seno de la burocracia, sobre todo del ejército, existirá oposición a sus planes cesaristas. Esto significa que, antes de caer al abismo (con o sin su corona) Stalin tratará de exterminar a los mejores elementos del aparato estatal.

Sea como fuere, el Ejército Rojo ha sufrido un golpe terrible. Los últimos fraudes judiciales troncharon muchas cabezas. La moral del ejército se ha conmovido hasta los cimientos. Stalin sacrificó los intereses de la defensa soviética en el altar de la autodefensa de la casta dominante. Después de los procesos de Zinóviev y Kámenev, Radek y Piatakov, el proceso de Tujachevski, Yakir y los demás señala el principio del fin de la dictadura estalinista.



## ***Stalin habla de sus propios fraudes***

(junio de 1937)

Con ese cinismo jactancioso que le es propio, Hitler nos revela el secreto de su estrategia política. Leamos: “El genio del gran dirigente también consiste en que siempre muestra a sus adversarios, incluidos los más divergentes, como miembros de una misma categoría; para los personajes débiles e inestables, la mera sospecha de que existen diferencias entre los adversarios se convierte rápidamente en duda acerca de la justeza de las posiciones propias” (*Mein Kampf*).

Esto se opone diametralmente al principio de la política marxista y del pensamiento científico en general: la ciencia parte de articular, contraponer y desnudar no sólo las diferencias fundamentales, sino también los matices transitorios. El marxismo siempre ha sido enemigo de tratar a sus adversarios de “sólida masa reaccionaria”. La diferencia entre la agitación marxista y la agitación fascista es la misma que existe entre la educación científica y la demagogia hipnotizante.

La política estalinista, que recibió su expresión más acabada en los fraudes judiciales, coincide, por su método, con la receta de Hitler; pero en su aplicación práctica Stalin deja a Hitler muy atrás. Quien se niega a inclinarse ante la camarilla dominante de Moscú es, de ahora en adelante, representante de una “sólida masa fascista”.

Durante los procesos de Moscú, Stalin se retiró de la luz pública. Se llegó a decir que había partido para el Cáucaso. Esto corresponde perfectamente a sus métodos. Vishinsky y *Pravda* recibían instrucciones desde la trastienda. Sin embargo, el fracaso de los juicios a los ojos de la opinión pública mundial, y las dudas y alarma suscitadas dentro de la URSS, obligaron a Stalin a salir al descubierto. El 3 de marzo pronunció un discurso ante la sesión plenaria del comité central, que fue publicado en *Pravda* tras laboriosas correcciones. La capacidad del ser humano no permite hablar del nivel teórico de este discurso, que trasciende no sólo a la teoría, sino también a la política en cualquier acepción sería del término. No es más que una exposición doctrinaria sobre la utilización de los fraudes judiciales ya cometidos y la preparación de nuevos fraudes.

Stalin empieza con una definición del trotskismo: “El trotskismo, que hace siete u ocho años era una tendencia del movimiento obrero, se ha transformado en una pandilla cristalizada, sin principios, integrada por saboteadores, desviacionistas, espías y asesinos...” Sin embargo, el autor de esta afirmación olvida que, “hace siete u ocho años”, lanzó exactamente la misma acusación contra el trotskismo, aunque en forma más cautelosa. Ya a fines de 1927 la GPU acusó a ciertos trotskistas (poco conocidos, por cierto) de mantener contactos con la guardia blanca y con agentes extranjeros. El motivo oficial de mi exilio fue que yo supuestamente preparaba una insurrección armada. También es cierto que en esa época Stalin no se atrevía a publicitar los fantásticos hallazgos de la GPU. En 1929, *Pravda* debió justificar el fusilamiento de Blumkin, Silov y Rabinovich con el pretexto de que los trotskistas habían organizado accidentes ferroviarios. En 1930, algunos militantes de la Oposición exiliados fueron acusados de espionaje por mantener correspondencia conmigo. En 1930-1932 la GPU trató de arrancarles a distintos militantes de la Oposición poco conocidos, la “confesión voluntaria” de haber preparado atentados terroristas. Presenté los documentos relativos a estos primeros proyectos de las futuras amalgamas ante la comisión investigadora de Estados Unidos. Sin embargo, el hecho es que hace siete u ocho años Stalin todavía no había aplastado la resistencia del partido, ni siquiera la de los principales burócratas; ello lo obligaba a limitarse a realizar intrigas, calumnias venenosas, arrestos, exilios y alguno

que otro fusilamiento “piloto”. Así, gradualmente, educó a sus agentes y ... a sí mismo. Porque es un error creer que este hombre ya era un Caín hecho y derecho en el momento de nacer.

“En la actualidad [prosigue Stalin] el método principal del trabajo trotskysta no consiste en la propaganda franca y honesta de sus posiciones entre la clase obrera, sino en ocultar sus posiciones... pisotear pérfidamente sus propias posiciones”. ¡Hace diez años, los que conocíamos la verdad evitábamos que nuestras miradas se encontraran cuando Stalin atacaba a sus adversarios sobre la base de la falta de “franqueza” y “honestidad”! En esa época Yagoda ya estaba elaborando los principios sublimes de la moral... Stalin se olvida de explicar cómo se podría realizar una propaganda “franca” en un país donde cualquier crítica al “Führer” es castigada mucho más brutalmente que en la propia Alemania fascista. La necesidad imperiosa de ocultarse de la GPU y de realizar propaganda clandestina no compromete a los revolucionarios, sino más bien al régimen bonapartista.

Otra cosa que Stalin olvida explicar es cómo se puede “pisotear las propias posiciones”, a la vez que se convence a millares de personas que sacrifiquen sus vidas en aras de esas posiciones. El discurso y su autor no se diferencian en nada de la prensa reaccionaria, la cual ha insistido siempre en que la lucha de Stalin contra el “trotskismo” era de naturaleza espuria; que, en realidad, entre él y yo existe un vínculo recíproco determinado por la conspiración contra el orden capitalista; que mi exilio era simplemente una máscara tras la cual se ocultaba nuestra colaboración. ¿No es cierto, acaso, que Stalin ejecutó a los trotskystas y ahora trata de enlodar sus posiciones para mejor ocultar su absoluta solidaridad con ellos?

El orador se descubre de la manera más flagrante cuando se refiere al programa de la Oposición. Leamos: “Se recordará que en el juicio de 1936 Kámenev y Zinóviev negaron categóricamente tener un programa político... No cabe duda de que mintieron al negar la existencia de una plataforma”. Pues, en realidad, sí la tenían. Era la “plataforma de la restauración del capitalismo”. La palabra “cinismo” tiene una connotación excesivamente inocente y patriarcal cuando se la aplica a este moralista, que obligó a sus víctimas a presentar testimonios evidentemente falsos, los asesinó bajo acusaciones evidentemente falsas y luego acusó de mentirosos, no a Yagoda, a Vishinsky y a sí mismo, sino a Zinóviev y Kámenev, fusilados por aquéllos. Pero he aquí donde el maestro del fraude judicial se deja coger con las manos en la masa.

El hecho es que, según el informe oficial, en el primer juicio (enero de 1935) Zinóviev y los demás acusados confesaron que la motivación de sus actividades era “la intención secreta de restaurar el régimen capitalista”. Ese era el objetivo de los supuestos “trotskystas”, tal cual consta en el acta de acusación. ¿Significa eso que los acusados dijeron la verdad en aquel momento? Pero, ¡ay!, nadie creería esa “verdad” oficialmente establecida. Por eso, al preparar el segundo proceso de Zinóviev y Kámenev (agosto de 1936), resolvieron descartar por absurda la acusación de restauración del capitalismo para que todo se redujera a “la sed de poder”. Esto último corresponde mejor a la mentalidad de un filisteo. En la nueva acta de acusación se inscribió lo siguiente: se ha “*establecido más allá de toda duda* que los trotskystas y zinovievistas se organizaron en bloque con el *único* motivo de *conquistar* el *poder* a toda costa...” En ese momento el mismísimo procurador fiscal negó que los trotskystas tuvieran “plataforma” alguna. ¡Precisamente este hecho demostraba la degeneración propia de los trotskystas! Que los desgraciados que ocupaban el banquillo hubiesen mentido o no, era indiferente. El aparato judicial estalinista había establecido “más allá de toda duda” que el “único motivo” que guio a los trotskystas fue “conquistar el poder”. Para ello, alegan, recurrieron al terrorismo.

Pero esta nueva versión, que constituyó el fundamento del fusilamiento de Zinóviev, Kámenev y los demás, no produjo los resultados esperados. Ni los obreros, ni los campesinos tenían por qué reprocharles a los “trotskystas” el deseo de tomar el poder. Por malos que fuesen, los “trotskystas” no podían ser peores que la camarilla dominante. Ante la necesidad de aterrorizar a la población, agregaron que los trotskystas querían devolver la tierra a los terratenientes y las fábricas a los capitalistas. Además, la mera acusación de terrorismo, ante la inexistencia de atentados terroristas, significaba imponer restricciones demasiado severas a las futuras posibilidades de aniquilar a los adversarios del régimen. Por eso, para alargar la nómina de acusados resultó necesario incluir el sabotaje, la destrucción y el espionaje. Pero la única manera de dotar al espionaje y al sabotaje de una apariencia de veracidad, era estableciendo un vínculo entre los trotskystas y la URSS. Sin embargo, ni Alemania, ni Japón apoyarían a los trotskystas por la mera “sed de poder”. Y así, no quedó otra alternativa que exigirle al nuevo grupo de acusados que volviera al programa de la “restauración del capitalismo”.

Este fraude complementario resulta tan aleccionador que vale la pena detenerse en él. Cualquiera que sepa leer podría distinguir sin la menor dificultad, en los números atrasados de cualquier periódico de la Comintern, las tres etapas de la evolución de la acusación. ¡Es una verdadera tríada hegeliana de fraude judicial *sui generis*, con su tesis, antítesis y síntesis! En el periodo posterior a enero de 1935, los plumíferos que tiene Moscú en el mundo entero acusaron al expresidente de la Comintern, ya fusilado, de haber mantenido, tal cual constaba en su “confesión”, un programa para la restauración del capitalismo. En esto siguieron la tónica de *Pravda*, el órgano personal de Stalin. Pero luego, siempre de acuerdo con las órdenes de *Pravda*, la prensa de la Comintern saltó de la tesis a la antítesis: en el juicio de los dieciséis (agosto de 1936), acusaron a los trotskystas de asesinos carentes de programa. Tanto el *Pravda* como la Comintern mantuvieron esta versión tan sólo hasta el 12 de diciembre, es decir, durante aproximadamente un mes. Los zigzags de la Comintern reflejaban los virajes de Vishinsky, quien, a su vez, seguía las sucesivas órdenes de Stalin.

Fue Radek quien, inconscientemente, sentó las pautas de la “síntesis” contenida en la acusación final. El 21 de agosto de 1936 publicó su artículo sobre la “Pandilla fascista trotskysta-zinovievista”. Este desventurado autor se impuso la tarea de cavar una fosa lo más profunda que fuera posible entre su persona y los acusados. He aquí lo que escribió Radek sobre los acusados, en especial sobre mi persona, al tratar de extraer de los supuestos “crímenes” las más terribles consecuencias internas e internacionales: “Ellos saben que... al minar la confianza en la dirección de Stalin sólo llevan... agua al molino del fascismo alemán, japonés, polaco y de todo tipo. Y son todavía más conscientes de que el asesinato de Stalin, gran líder de los pueblos soviéticos, entraña directamente una nueva guerra...”

Posteriormente, Radek avanzó un paso más por el mismo camino: “No se trata de destruir a hombres ambiciosos que se rebajaron a los peores crímenes. Se trata de destruir a los agentes del fascismo, dispuestos a hacer estallar el infierno de la guerra y facilitar la victoria del fascismo, para recibir de sus manos, aunque más no sea una sombra de poder”. En estas líneas no hay una acusación jurídica, sino mera retórica política. Evidentemente, Radek no previó que tendría que pagar por los propios horrores que él mismo describía. Piatakov y Rakovsky escribieron en la misma tónica y con idénticas consecuencias para ellos.

Para preparar el nuevo juicio Stalin se valió de los artículos periodísticos de los capituladores, que habían caído en estado de pánico. El 12 de setiembre, tres semanas después del artículo de Radek, un editorial de *Pravda* dijo, inesperadamente, que los acusados habían “... tratado de ocultar los verdaderos objetivos de su lucha. Difundieron

la historia de que no tenían programa, cuando en realidad sí lo tenían. Es el programa de derrumbar el socialismo y restaurar el capitalismo”. Desde luego que *Pravda* no presentó un solo hecho que corroborara su afirmación. ¿Dónde habría de encontrarlos!

Así, no se llegó al nuevo programa de los acusados con base en documentos, hechos o confesiones, ni siquiera sobre la base de las deducciones lógicas de la oficina del fiscal. No, fue fruto de un pronunciamiento que lanzó Stalin sobre la cabeza de Vishinsky después de la ejecución de los acusados. ¿Las pruebas? La tarea de obtenerlas recayó sobre la GPU, la cual cumplió con su cometido *a posteriori* de los hechos y por la única vía posible: la vía de las “confesiones voluntarias”. Inmediatamente, Vishinsky puso en práctica las últimas instrucciones: traducir el artículo de Radek del idioma histórico al idioma judicial, del patético al criminal. Pero el nuevo esquema (¿cosa que Radek no previó!) no fue aplicado por Vishinsky a los dieciséis acusados (Zinóviev y demás) quienes ya no se encontraban entre los vivos, sino a los diecisiete acusados, y Radek, autor del esquema, fue una de sus primeras víctimas.

¿Pesadilla? No, esta es la realidad. Los principales acusados del nuevo juicio se asemejan a esos piadosos colaboradores de la Inquisición que cavaban tumbas, construían ataúdes e inscribían maldiciones a guisa de epitafios para otros, para descubrir luego que el inquisidor incluiría sus propios nombres en los epitafios y llenaría los ataúdes con sus cadáveres. Concluido este proceso, Stalin salió de las sombras y, en su carácter de juez infalible, emitió su juicio sobre Zinóviev y Kámenev: “ambos mintieron”. ¡La fantasía humana jamás pudo concebir nada más siniestro!

Las explicaciones sobre el sabotaje están al mismo nivel que el resto del discurso. Empieza con una pregunta que no se podía evitar: “¿Cómo es posible que nuestra gente no se percatara?” Y responde: “Durante los últimos años los camaradas de nuestro partido se han abocado por entero al trabajo económico... hasta el punto de olvidarse de todo lo demás”. Siguiendo su costumbre, Stalin desarrolla esta idea en diez variaciones distintas, sin ofrecer la menor prueba. Entusiasmados por los éxitos económicos, los dirigentes “no prestaron atención” al sabotaje. No se percataron. No les interesó. ¿Qué clase de trabajo económico “absorbió” a esta gente, hasta el punto de impedirles percibir el desbaratamiento de la vida económica? ¿Y quién debía “prestarle atención” al sabotaje, cuando sus supuestos organizadores eran nada menos que los directores de la economía? Stalin ni siquiera trata de atar cabos. La idea que quiere expresar es, en realidad, la siguiente: absorbidos por el trabajo práctico, los economistas “olvidaron” los intereses supremos de la casta dominante, que exigen acusaciones perjuras, aunque ello vaya en detrimento de la economía.

Hace años, prosigue Stalin, los saboteadores eran técnicos burgueses. Pero “en el interín educamos a decenas y centenares de miles de cuadros bolcheviques técnicamente idóneos”. (¿centenares de miles de “cuadros”?) “Hoy día, los organizadores del sabotaje no son los técnicos sin partido, sino los elementos destructivos que, por accidente, entraron en posesión del carné partidario”.

¡Todo está patas para arriba! Para explicar por qué ingenieros bien pagados aceptan gustosamente el “socialismo” a la vez que los bolcheviques se le oponen, Stalin no encuentra nada mejor que acusar a toda la vieja guardia del partido de “elementos destructivos que, accidentalmente, entraron en posesión del carné partidario”, y que, evidentemente, quedaron atrapados en el partido durante varias décadas. ¿Pero cómo es posible que “decenas y centenares de miles de cuadros bolcheviques técnicamente idóneos” hicieran caso omiso del sabotaje que minó a la industria durante años? Ya conocemos la humorística explicación de que ello se debió a que la vida económica los absorbió hasta tal punto que no pudieron percatarse de la destrucción de la vida económica.

Sin embargo, para triunfar, el sabotaje requiere un medio social favorable. ¿Cómo encontrarlo en una sociedad que avanza triunfalmente hacia el socialismo? Responde Stalin: “cuanto mayor sea nuestro progreso, más enconados serán los remanentes de las clases explotadoras aplastadas”. En primer lugar, el “encono” impotente de algunos “remanentes” aislados del pueblo difícilmente podría trastornar a la economía soviética. En segundo lugar, ¿desde cuándo Zinóviev, Kámenev, Ríkov, Bujarin, Tomsky, Smirnov, Yevdokimov, Piatakov, Radek, Rakovsky, Mrachkovsky, Sokolnikov, Serebriakov, Murálov, Sosnovsky, Beloborodov, Eltsin, Mdivani, Okudjava, Gamarnik, Tujachevski, Yakir y centenares de hombres menos conocidos (todo el viejo sector dirigente del partido, del estado y del ejército) se han transformado en “remanentes de las clases explotadoras aplastadas”? Al apilar fraude sobre fraude, Stalin se ha metido en un callejón sin salida, hasta el punto en que resulta difícil encontrar siquiera una pizca de lógica en sus respuestas. Pero el objetivo es claro: calumniar y destruir todo lo que se interponga en el camino de la dictadura bonapartista.

“Sería un error creer [prosigue el orador] que la arena de la lucha de clases termina en las fronteras de la URSS. Si una extremidad de la lucha de clases opera dentro de los confines de la URSS, la otra extremidad cruza las fronteras de los estados burgueses que nos rodean”. De modo que la lucha de clases no muere con la implantación del socialismo en un solo país: más bien se agrava. Y la razón más importante de este fenómeno antinatural es la existencia paralela de estados burgueses. Al pasar, y para sí mismo inconscientemente, Stalin reconoce la imposibilidad de construir una sociedad sin clases en un solo país. Pero las generalizaciones científicas le atraen muy poco. Todo su método de razonamiento no posee un carácter lógico, sino policíaco. Sucede que Stalin tiene la necesidad imperiosa de extender la “extremidad” de su fraude judicial al extranjero.

“Por ejemplo [prosigue], veamos la Cuarta Internacional contrarrevolucionaria de los trotskistas, integrada en sus dos terceras partes por espías y desviacionistas. ¿No está claro que esta internacional de espías producirá cuadros para la obra de espionaje y destrucción de los trotskistas?” Por lo general, los silogismos estalinistas son meras tautologías: una internacional de espías producirá espías. “¿No está claro?”

¡De ninguna manera! Por el contrario, no podría estar menos claro.

Al lector que quiera convencerse de ello le bastará la ya conocida afirmación de Stalin según la cual el trotskismo ha dejado de ser una “tendencia del movimiento obrero” para convertirse en un “estrecho grupo de conspiradores”. Los trotskistas tienen una plataforma tal que no se la pueden mostrar a nadie. Los trotskistas únicamente la susurran en los oídos de Yagoda y Yezhov.

Escuchemos a Stalin nuevamente: “Es bastante comprensible que los trotskistas se vieran obligados a ocultar semejante plataforma al pueblo, a la clase obrera... a las bases trotskistas y no sólo a las bases trotskistas, sino también a la dirección trotskista, integrada por un puñadito de entre treinta y cuarenta personas. Cuando Radek y Piatakov solicitaron permiso (¿?) a Trotsky para convocar una pequeña conferencia de treinta o cuarenta trotskistas con el fin de darles a conocer la plataforma, Trotsky les prohibió (¿?) que lo hicieran”.

Dejemos de lado este insólito retrato de las relaciones que imperan en el seno de la oposición: el hecho supuesto de que unos viejos revolucionarios no se atreven a reunirse en la URSS, ¡sin recibir el “permiso” especial que les envía a Trotsky desde su lejano exilio!

Esta caricatura policíaco-totalitaria, que refleja mejor que nada el espíritu del régimen estalinista, no nos interesa por el momento. Existe otra cuestión de mayor importancia: ¿cómo hemos de relacionar la caracterización general del trotskismo con la de la Cuarta Internacional? Trotsky “prohibió” que la información relativa al sabotaje y

al espionaje fuera impartida a treinta o cuarenta trotskystas probados en la URSS. Por otra parte, la Cuarta Internacional, que agrupa a muchos miles de jóvenes militantes, está integrada “en sus dos terceras partes por espías y desviacionistas”. ¿Quiere decir Stalin que Trotsky oculta su “programa” ante decenas y lo da a conocer a miles? El veneno y la astucia carecen de raciocinio, por cierto. Sin embargo, detrás de la estólida imbecilidad de esta calumnia se oculta un plan establecido y práctico, cuyo fin es el exterminio físico de la vanguardia revolucionaria internacional.

Este plan, antes de ser puesto en práctica, fue revelado con todo descaro en *La Correspondence Internationale*, semanario de la Comintern (y de la GPU), el 20 de marzo de 1937, casi simultáneamente con la publicación del discurso de Stalin. En un artículo dirigido contra el socialdemócrata austríaco Otto Bauer, quien, por más que gravite hacia la burocracia soviética no puede rebajarse hasta el punto de confiar en Vishinsky, se dice, entre otras cosas: “Si existe algún individuo en posición de obtener informes muy auténticos sobre las negociaciones entre Trotsky y Hess, ese hombre es Bauer. *Los estados mayores francés e inglés están muy bien informados al respecto*. Gracias a sus relaciones amistosas con León Blum y Citrine (el cual, a su vez, es amigo de Baldwin y sir Samuel Hoare), Bauer sólo necesita recurrir a ellos. Jamás se negarían a proporcionarle los informes confidenciales que necesita para su uso personal”.

¿De quién es la mano que guio esta pluma? ¿De dónde saca un periodista anónimo de la Comintern su conocimiento de los secretos de los estados mayores inglés y francés? O bien los estados mayores capitalistas abrieron sus archivos al periodista comunista; o bien, por el contrario, el “periodista” entregó a los archivos de los estados mayores varios frutos de su propia cosecha. La primera conjetura resulta excesivamente improbable. Los estados mayores británico y francés no necesitan la ayuda de los periodistas de la Comintern para desenmascarar al “trotskismo”. Queda la segunda hipótesis, a saber, que la GPU fabricó algún tipo de “documentos” para uso de los estados mayores extranjeros.

En el proceso de Piatakov-Radek la única mención de mi “entrevista” con el ministro alemán Hess fue indirecta y al pasar. Piatakov, a pesar de su (pretendida) intimidación conmigo, no hizo el menor intento en su (pretendida) reunión conmigo de conocer los detalles de mi (pretendida) entrevista con Hess. En este caso, al igual que en todos los demás, Vishinsky pasó por alto esta contradicción flagrante. Pero posteriormente resolvió avanzar más sobre este terreno. Aparentemente, los estados mayores francés y británico eran los destinatarios de algún tipo de “documentos”. Eso lo saben perfectamente los funcionarios de la Comintern. Sin embargo, ni París ni Londres utilizaron este valiosísimo material. ¿Por qué? Tal vez porque desconfiaron de la fuente. Tal vez porque ni a León Blum, ni a Daladier, les apetecía convertirse en cómplices de los verdugos de Moscú. Tal vez, en fin, porque los señores generales se guardan los “documentos” para una ocasión más favorable.

Leamos la resolución aprobada tras el informe de Stalin: “En general, los trotskystas fueron desenmascarados por los órganos de la NKVD [es decir, la GPU] y por ciertos militantes del partido que actuaron en calidad de voluntarios. Pero los órganos de la industria, y en cierta medida los del transporte, no realizaron la menor actividad; peor aún, ¡no desplegaron la menor iniciativa al respecto! Además, ciertos órganos de la industria inclusive frenaron el proceso” (*Pravda*, 21 de abril de 1937) lo cual significa en otros términos que los dirigentes de la industria y del transporte, a pesar de ser acicateados desde arriba mediante hierros al rojo vivo, no pudieron descubrir actos de “sabotaje” en sus reparticiones. Ordzhonikidze, miembro del buró político, fue engañado por su ayudante Piatakov. Kaganóvich, también miembro del buró político, no se percató del sabotaje realizado por su suplente Lifshits. Los únicos que estuvieron a la altura de las circunstancias fueron Yagoda y los llamados “voluntarios”, es decir, provocadores. Es

cierto que posteriormente Yagoda fue desenmascarado como “enemigo del pueblo, malhechor y traidor”. Pero este descubrimiento accidental no resucitó a quienes él había fusilado.

Como para subrayar aún más la importancia de estas confesiones escandalosas, Mólotov, Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, rindió cuentas públicamente del fracaso del gobierno en su intento de verificar los hechos relativos a los actos de sabotaje; intento que se realizó, no a través de los provocadores de la GPU, sino a través de los organismos cívicos de control económico. Leamos a Mólotov: “En febrero de este año (1937) se envió una comisión plenipotenciaria especial, con instrucciones del Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada, a verificar las actividades de sabotaje en ‘Uralvagonstroï’.

He aquí las conclusiones generales de la comisión con respecto a “Uralvagonstroï”: “Tras recorrer las instalaciones de la fábrica ‘Uralvagon’, estamos firmemente convencidos de que la obra de sabotaje de Piatakov y Marusian no afectó profundamente a la empresa...”

Mólotov se indignó: “La comisión ha dado clarísimas muestras de miopía política... *Baste decir que la comisión no citó un solo caso de sabotaje en la empresa.* Diríase que el conocido saboteador Marusian y el otro saboteador, Okudjava, sólo se habían echado barro sobre sí mismos” [*Pravda*, 21 de abril de 1937: el subrayado es nuestro]. Uno no puede creer a sus ojos. ¡Esta gente ha perdido no sólo toda vergüenza, sino también todo sentido de la precaución!

Pero, ¿por qué se envió una comisión investigadora si todos los culpables ya habían muerto en el paredón de fusilamiento? Evidentemente, la investigación póstuma de los “hechos relativos al sabotaje” fue una necesidad surgida del hecho de que la opinión pública no tuvo la menor confianza en las acusaciones de la GPU, ni en las confesiones que ésta arrancó a los acusados. Sin embargo, la comisión, encabezada por el mismísimo Pavlunovsky, antiguo agente de la GPU, no pudo descubrir un solo hecho relativo al sabotaje. ¡Un caso clarísimo de “miopía política”! Es necesario saber descubrir el sabotaje inclusive bajo la máscara del éxito económico. “Hasta la rama química del Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada (prosigue Mólotov), encabezada por Rataichak, pudo cumplir los planes de 1935 y 1936 con creces. ¿Significa esto (dice humorísticamente el jefe del estado) que Rataichak no es Rataichak, un saboteador no es un saboteador y un trotskysta no es un trotskysta?”

Esto significa que el sabotaje de Rataichak (uno de los fusilados del juicio Piatakov-Radek) consistió en cumplir el plan con creces. No es para sorprenderse que la comisión más severa deba detenerse, impotente, ante hechos y cifras que desmienten por completo las “confesiones voluntarias” de Rataichak y los demás. Por consiguiente, en el lenguaje molotoviano, “diríase” que los saboteadores “se echaron barro sobre sí mismos”. Peor aún, diríase que la Inquisición obligó a muchos militantes honestos a enlodarse con despreciables calumnias con el fin de facilitar la lucha de Stalin contra el trotskismo. Esto es lo que “diríase” con base en el informe de Stalin, complementado por el informe de Molotov. Y estos son los dos personajes más elevados de la URSS.

## ***El principio del fin*** (agosto de 1937)<sup>56</sup>

La burocracia se ha convertido en la herramienta para minar, desmoralizar y degradar al país en todas las esferas de la vida social y política. Esto es más cierto aun en la esfera económica. Las acusaciones de sabotaje arrojadas a diestra y siniestra han provocado el caos en el aparato administrativo. Toda dificultad objetiva es interpretada como fracaso de algún individuo. Cada provincia y región descubre a su Piatakov y lo fusila. Los ingenieros de las instituciones de planificación, los directores de trusts y fábricas, los obreros calificados han caído presas del pánico. Nadie quiere asumir una responsabilidad. Todos temen mostrar iniciativa. Al mismo tiempo, todos corren el riesgo de terminar ante el pelotón de fusilamiento por falta de iniciativa. La intensificación del despotismo conduce a la anarquía. Para la economía soviética, el régimen democrático es tan indispensable como la buena calidad de las materias primas y lubricantes. La administración estalinista no es otra cosa que el sabotaje universal de la economía.

En el terreno de la cultura la situación es aún peor, si cabe. La dictadura de la ignorancia y de la mentira ahoga y envenena la vida espiritual de ciento setenta millones de personas. Gracias a los últimos juicios y a las purgas en su conjunto, completamente deshonestas tanto por sus medios como por sus fines, se ha consolidado la hegemonía de la calumnia, la vileza, la alcahuetería y la cobardía. La escuela soviética castra al niño en forma no menos completa que el seminario católico, con la diferencia de que aquella es menos estable. Los estudiosos, pedagogos, escritores y artistas que demuestran el menor signo de independencia son intimidados, perseguidos, arrestados, exiliados, inclusive fusilados. El canalla incompetente triunfa en todos los terrenos. Es él quien prescribe el itinerario de la investigación científica y las leyes de la creación artística. La prensa soviética despidе un hedor de putrefacción.

¿Existe algo más vergonzoso que la indiferencia que siente la burocracia por el prestigio internacional del país? Los representantes de la gran burguesía internacional y los estados mayores de todos los países hacen balances mucho más lúcidos de los fraudes de Moscú y del lado desfavorable de la purga que muchas organizaciones obreras, engañadas por sus dirigentes. ¿Qué actitud tendrán los augures del capitalismo ante un gobierno “socialista” que se rebaja a actos tan denigrantes? En todo caso, Berlín y Tokio no pueden desconocer que la acusación lanzada contra los trotskystas y los generales rojos (traicionar al estado en aras de los intereses del militarismo alemán y japonés) son mera cháchara. Naturalmente, no abrigamos ilusiones respecto de la moral del gobierno alemán, o japonés, o de ningún otro gobierno. Después de todo, no se trata de una competencia para ver quién cumple mejor los diez mandamientos, sino de una evaluación de la estabilidad del régimen soviético. Los procesos de Moscú desacreditaron enormemente al gobierno. Después de la última purga, su fuerza y autoridad decrecieron a los ojos tanto de sus enemigos como de sus posibles aliados. Esta evaluación se convierte, a su vez, en un factor de gran importancia para las realineaciones

---

<sup>56</sup> Este texto esta tomado del tomo **VIII, volumen 2**, de los *Escritos*, que fechan el 12 de junio con la siguiente nota: “El principio del fin”, *Socialist Appeal*, 16 de octubre de 1937. Trotsky escribió este artículo el 12 de junio, pero posteriormente él, o bien el editor del periódico, le hizo agregados. P. Broué, en sus *Oeuvres*, Tomo 14, página 280, nota 1, explica: “*Biulleten Opposistsii*, nº 58/58, septiembre-octubre de 1937 [...] La fecha del 12 de junio, que es la que deduce Luis Sinclair no puede mantenerse ya que el texto alude al asesinato de Nin, que fue arrestado cuatro días después y cuyo asesinato no fue conocido hasta agosto.



internacionales. Mientras tanto, el gobierno de la URSS viene retrocediendo paso a paso ante el Japón, su adversario más débil. Los artículos y discursos jactanciosos que acompañan a cada capitulación no engañan a nadie. La guerra interna le impide a la oligarquía de Moscú ejercer la resistencia externa. La entrega del archipiélago de Amur le dejó las manos libres a Japón para llevar a cabo sus planes en China. Es probable que Litvinov<sup>57</sup> tuviera instrucciones de decirles a los diplomáticos japoneses: “Pueden ustedes hacer lo que quieran con China, mientras no nos toquen a nosotros. No interferiremos.” Lo único que le preocupa a la camarilla dominante es su propia supervivencia.

El trabajo diplomático que se realiza a través del aparato de la Comintern es igualmente desastroso. Inglaterra y Francia por sí solas jamás hubieran podido imponerle a la España revolucionaria un gobierno contrarrevolucionario como el de Negrín<sup>58</sup>. La autotitulada **Internacional Comunista** se ha convertido en la correa de transmisión indispensable de los diplomáticos de Londres y París. En la lucha por ganarse la confianza de la burguesía francesa y británica, Stalin se ha ocupado constantemente en impedir que los obreros españoles tomen la senda de la revolución. La ayuda de Moscú al gobierno del “Frente Popular” está condicionada a que se tomen medidas cada vez más severas contra los revolucionarios. Como era de esperar, la lucha contra los obreros y los campesinos en la retaguardia provocó inevitables derrotas en el frente. La camarilla de Moscú es igualmente impotente frente a Franco y al Mikado. Y así como Stalin necesita chivos emisarios para sus pecados en política interna, las derrotas que su política reaccionaria provoca en España le obligan a buscar la salvación en la destrucción de la vanguardia revolucionaria.

Los métodos de la amalgama y el fraude judicial, tras madurar en Moscú, son trasplantados a la tierra de Barcelona y Madrid. De repente se acusó a los dirigentes del POUM, a los cuales sólo se les podía reprochar su oportunismo y su falta de firmeza frente a la reacción estalinista, de “trotskystas”, y, por lo tanto, aliados del fascismo. Los agentes de la GPU en España “descubrieron” cartas escritas en tinta simpática (escritas por ellos mismos) donde se demostraba la alianza de los revolucionarios de Barcelona con Franco, de acuerdo con las mejores normas del fraude moscovita. Nunca falta un canalla que ponga en práctica una directiva sangrienta. El exrevolucionario Antonov-Ovseenko, que se retractó de sus pecados trotskystas en 1927 y que en 1936 estaba aterrorizado ante la posibilidad de terminar en el banquillo de los acusados, declaró a través de *Pravda* que estaba dispuesto a estrangular “trotskystas” con sus propias manos<sup>59</sup>. Este sujeto fue enviado inmediatamente a Barcelona, con disfraz de cónsul e instrucciones precisas sobre a quién debía estrangular. El arresto de Nin<sup>60</sup> sobre la base de acusaciones evidentemente falsas, su secuestro y su asesinato son obra de Antonov-

---

<sup>57</sup> Máximo M. Wallach, llamado Litvinov (1876-1951), miembro del partido desde 1898, durante mucho tiempo representante bolchevique en el extranjero era Comisario del Pueblo para Asuntos Extranjeros desde 1930. *Oeuvres*, Tomo 14, p. 281, nota 2.

<sup>58</sup> Juan Negrín López (1889-1956), profesor de medicina, socialista de derechas, ministro de hacienda en el gobierno de Largo Caballero, fue el candidato del PC y de los partidos republicanos para la sucesión de Caballero. Presidente del consejo de ministros desde el 17 de mayo también se comprometió en la represión: Gorkin fue inculcado por su discurso del Primero de Mayo y *La Batalla* cerrada el 26 de mayo.

<sup>59</sup> Vladimir Antonov-Ovseenko (1884-1938), cónsul ruso en Barcelona durante la guerra civil. Stalin lo convirtió en chivo emisario de la derrota de su política en España y lo eliminó. Había sido militante de la Oposición de Izquierda, pero capituló en 1927. [Vladimir A. Antonov-Ovseenko, antiguo oficial que se amotinó en 1906 con sus tropas, condenado a muerte había colaborado con Trotsky en el exilio. Había comandado el asalto al Palacio de Invierno, después fue responsable de la Armada Roja. Miembro de la Oposición de Izquierda, se había “arrepentido” en 1928. [*Oeuvres*, Tomo 14, página 282, nota 5.]

<sup>60</sup> Todo este pasaje ha sido añadido al texto pues el 12 de junio Nin todavía no había sido arrestado. *Oeuvres*, Tomo 14, página 283, nota 6.

Ovseenko. Por supuesto que la iniciativa no es suya. Jamás se llevan a cabo misiones importantes de este tipo sin instrucciones directas del propio “secretario general”.

Stalin necesita las amalgamas en Europa no sólo para distraer la atención de su totalmente reaccionaria política internacional, sino también para apuntalar las groseras amalgamas de la URSS. El cadáver mutilado de Nin servirá para demostrar... el vuelo de Piatakov a Oslo. Y estas cosas no se hacen únicamente en España. Los preparativos se vienen realizando desde tiempo atrás en muchos países. En Checoslovaquia, Anton Grylewicz<sup>61</sup>, exiliado alemán, antiguo e intachable revolucionario, fue arrestado por... mantener vínculos con la Gestapo. Es indudable que la GPU fabricó la acusación y la entregó a la complaciente policía checa. Los trotskystas, auténticos y supuestos, son perseguidos principalmente en los países que han tenido la desgracia de caer bajo la tutela de Moscú: España y Checoslovaquia. Pero este es sólo el comienzo. Valiéndose de las complicaciones internacionales de los lacayos de la Comintern, dispuestos a todo, y, por último, aunque no es lo menos importante, de los recursos proporcionados por una industria aurífera en expansión, Stalin espera poder aplicar los mismos métodos en otros países. La reacción nunca se opone al exterminio de los revolucionarios, sobre todo cuando los fraudes judiciales y los asesinatos son llevados a cabo bajo cuerda por un gobierno “revolucionario” extranjero, que opera por intermedio de “amigos” locales cuyos sueldos provienen del mismo presupuesto extranjero.

El estalinismo se ha convertido en el azote de la Unión Soviética y en la lepra del movimiento obrero mundial. En el terreno de las ideas, el estalinismo es una nulidad. Pero, por compensación, dispone de un aparato colosal que explota la dinámica de la revolución más grande de la historia, sus tradiciones heroicas y su espíritu de triunfo. Del rol creador de la violencia revolucionaria en un periodo histórico determinado, Stalin deduce, con la estrechez empírica que le es propia, la omnipotencia de la violencia en general. Ha pasado, imperceptible e inconscientemente, de la violencia revolucionaria de los trabajadores contra los explotadores a la violencia contrarrevolucionaria contra los trabajadores. Bajo los viejos nombres y rótulos se consume así la liquidación de la revolución de octubre.

Nadie, sin excluir a Hitler, le ha dado golpes más duros al socialismo que Stalin. No es de sorprenderse, puesto que Hitler ataca a la clase obrera desde afuera, Stalin desde adentro. Hitler ataca el marxismo. Stalin, además de atacarlo, lo prostituye. No ha quedado un solo principio sin enlodar, una sola idea sin manchar. Los nombres mismos del socialismo y del comunismo quedan comprometidos a partir del día en que una policía desenfundada, que se gana la vida con el pasaporte “comunista”, llama socialista a su régimen policíaco. ¡Profanación repugnante! Las cárceles de la GPU no constituyen el ideal por el cual lucha la clase obrera. El socialismo es un sistema social puro y claro, adaptado al autogobierno de los trabajadores. El régimen de Stalin se basa en una conjura de gobernantes contra gobernados. El socialismo entraña el crecimiento ininterrumpido de la igualdad universal. Stalin ha erigido un sistema de privilegios repugnantes. La meta

---

<sup>61</sup> Anton Grylewicz (1885-1971), obrero especialista, militante socialista desde 1912, había sido en Berlín durante la guerra uno de los animadores de la red de los “delegados revolucionarios” que había dirigido diversas huelgas. Dirigentes de la organización berlinesa del Partido Socialdemócrata Independiente, fue uno de los autores de las jornadas de enero de 1919. Partidario de la adhesión a la IC, había sido uno de los jefes de fila de la “izquierda” del PC unificado a partir de diciembre de 1920 y había participado en Moscú en los preparativos de la insurrección de octubre de 1923. Expulsado del KPD en 1927, había participado en la fundación de la Leninbund de la que se separó en febrero de 1930 para participar en la fundación de la Oposición de Izquierda Unificada Alemana. Refugiado en Praga desde marzo de 1933, militaba bajo el alias de Zeman. El 12 de julio fue arrestado bajo la acusación de espionaje para Alemania y encarcelado en secreto. La puesta al día sobre este asunto la ha hecho P. Broué en “Procés manqué à Prague: l’affaire Grylewicz”, *Cahiers Léon Trotsky* (n° 3, 1979, páginas 141-150).

del socialismo es el florecimiento global de la personalidad individual. ¿Cuándo y en qué lugar la personalidad del hombre se ha degradado tanto como en la URSS? El socialismo no tiene valor sin relaciones abnegadas, honestas y desinteresadas entre seres humanos. Bajo el régimen de Stalin, las relaciones sociales y personales están imbuidas del espíritu de la mentira, del arribismo y de la traición. Evidentemente, no es Stalin quien determina el rumbo de la historia. Conocemos las causas objetivas que prepararon el rumbo reaccionario que sigue la URSS. Pero no es casual que Stalin se encarama sobre la cresta de la ola termidoriana. Pudo darles a los apetitos ávidos de la nueva casta su expresión más perversa. Stalin no es responsable de la historia. Pero sí es responsable de sí mismo y de su papel en la historia. Es un papel criminal. Tan criminal, que el horror supera a la repugnancia.

Los códigos criminales más severos de la humanidad no prevén castigos que estén a la altura de la camarilla dominante de Moscú y, sobre todo, del hombre que la encabeza. Si, a pesar de ello, advertimos más de una vez a la juventud soviética sobre los peligros del terrorismo individual (que encontraría un extraordinario caldo de cultivo en la tierra rusa, tan empapada de arbitrariedad y violencia) no fue por razones morales, sino políticas. Los actos desesperados no cambian el sistema: sólo facilitan las sangrientas represalias de los usurpadores contra sus adversarios. Los golpes terroristas tampoco ofrecen satisfacción desde el punto de vista de la “venganza”. En efecto: ¿qué significa la muerte de una docena de altos burócratas en comparación con el número y la envergadura de los crímenes de la burocracia? Se trata de desnudar a los criminales ante la conciencia de la humanidad Y arrojarlos al estercolero de la historia. No se puede pedir menos.

Es cierto que la burocracia estalinista, al igual que la nazi, espera vivir mil años. Están convencidos de que los regímenes que caen son los que no fueron lo suficientemente resueltos en la represión. El secreto es sencillo: si se cortan oportunamente las cabezas críticas, el régimen se perpetúa. En un periodo en que la burocracia soviética cumplía un papel relativamente progresivo (en gran medida cumplido en su momento por la burocracia capitalista de Europa occidental) Stalin obtuvo éxitos espectaculares. Pero ese periodo resultó muy breve. En el momento en que Stalin se convenció de que su “método” era garantía de victoria contra todos los obstáculos, la burocracia soviética agotó su misión, y su primera generación empezó a pudrirse. Este es, precisamente, el origen de las acusaciones y procesos más recientes que, para el común de los filisteos, parecen caídos del cielo.

La purga sangrienta, ¿fortaleció o debilitó la dominación de Stalin? La prensa mundial respondió en forma inequívoca y por partida doble. La reacción inmediata ante los fraudes judiciales de Moscú sugirió a casi todo el mundo la conclusión de que un régimen obligado a recurrir a semejantes artimañas no puede sobrevivir mucho tiempo. Pero gradualmente la prensa conservadora, que siempre simpatizará con la casta dominante soviética en su lucha contra la revolución, empezó a virar. Stalin había aplastado a la Oposición, reflatado a la GPU, exterminado a los generales refractarios y, durante todo este proceso, el pueblo se mantuvo en calma. Por lo tanto, evidentemente, su régimen se había consolidado. A primera vista, las dos evaluaciones parecen igualmente convincentes. Pero solo a primera vista.

El significado social y político de la purga es claro: el estrato dominante rechaza de su seno a los elementos que le recuerdan su pasado revolucionario, los principios de libertad, igualdad y fraternidad y las tareas aún no resueltas de la revolución mundial. La brutalidad de la represión es fiel reflejo del odio que siente la casta privilegiada por los revolucionarios. En este sentido, la purga da mayor homogeneidad al estrato dominante y aparentemente, fortalece la posición de Stalin.

Pero este fortalecimiento es esencialmente espurio. Pase lo que pase. Stalin es un producto de la revolución. La camarilla de sus colaboradores más íntimos, el llamado Buró Político, está integrado por individuos que, por insignificantes que sean, en su mayoría están atados al pasado bolchevique. La aristocracia soviética, que con tanto éxito empleó a Stalin y a su camarilla para exterminar a los revolucionarios, no siente la menor simpatía ni respeto por los gobernantes. Quiere liberarse totalmente de todas las ataduras del bolchevismo, inclusive bajo la forma prostituida que Stalin aún necesita para imponer la disciplina en su camarilla. El día de mañana Stalin se convertirá en un lastre para el estrato dominante.

Pero existe un hecho infinitamente más importante: la burocracia se purga de elementos extraños a costa de una brecha que se ensancha entre sí misma y el pueblo. Podemos decir, sin temor a exagerar, que la atmósfera de la sociedad soviética está sobrecargada de odio hacia los dirigentes privilegiados. Stalin podrá convencerse día a día que la firmeza y los pelotones de fusilamiento no bastan para salvar a un régimen perimido. Las purgas en el ejército y en la GPU constituyen advertencias muy elocuentes de que el propio aparato de coerción está integrado por seres vivos, sujetos a las presiones del entorno. El odio creciente de las masas hacia la burocracia, junto con la mal disimulada hostilidad de la mayoría de la burocracia hacia Stalin, corroen inexorablemente el aparato de represión y, con ello, preparan una de las premisas de la caída del régimen.

La dominación bonapartista surgió de la contradicción fundamental entre la burocracia y el pueblo y de la contradicción suplementaria entre los elementos termidorianos y revolucionarios de la burocracia. Stalin surgió apoyándose en la burocracia contra el pueblo y en los termidorianos contra los revolucionarios. Pero en ciertos momentos críticos se vio obligado a buscar el apoyo de los revolucionarios y, por su intermedio, el del pueblo, para enfrentar la ofensiva precipitada y prematura de los privilegiados. Pero es imposible encontrar apoyo en una contradicción social que se transforma en un abismo. De ahí la transición forzada hacia el “monolitismo” termidoriano mediante la destrucción de todo vestigio del espíritu revolucionario y de toda manifestación de actividad política independiente por parte de las masas. La purga sangrienta salvó transitoriamente al régimen de Stalin, pero al mismo tiempo destruyó los puntales sociales y políticos del bonapartismo.

Stalin se acerca al fin de su trágica misión. Para él, se acerca el momento en que no necesitará a nadie; en realidad, se acerca el momento en que nadie tendrá necesidad de él. Si la burocracia logra hacer surgir de su seno una nueva clase propietaria y reflotar las formas de propiedad, la nueva clase encontrará dirigentes más cultos y desvinculados del pasado revolucionario. Difícilmente agradecerá a Stalin la obra realizada. La contrarrevolución lo liquidará rápidamente, acusándolo, quizás, de... trotskysta. En ese caso, Stalin será víctima de las amalgamas instituidas por él mismo. Sin embargo, este rumbo de ninguna manera es inexorable. La humanidad entra nuevamente en la época de las guerras y de las revoluciones. Los regímenes, tanto políticos como sociales, caerán como castillos de naipes. Es probable que las convulsiones revolucionarias de Asia y Europa posterguen el derrocamiento de la camarilla estalinista a manos de la contrarrevolución capitalista y preparen su caída bajo los golpes de las masas trabajadoras. En tal caso, a Stalin le resultará aún más difícil encontrar quién le agradezca.

La memoria de la humanidad es magnánima con respecto a las medidas severas cuando éstas se aplican al servicio de grandes fines históricos. Pero la historia no perdonará una sola gota de la sangre vertida en el altar del nuevo Moloch de la arbitrariedad y del privilegio. La sensibilidad moral encuentra su mayor satisfacción en la convicción inmutable de que la venganza histórica corresponderá a la magnitud del

crimen. La revolución abrirá los cuartos secretos, revisará los juicios, rehabilitará a los calumniados levantará monumentos a las víctimas de la arbitrariedad, cubrirá los nombres de los verdugos con el manto de la infamia eterna. Stalin saldrá de escena cargado con todos los crímenes que ha cometido, no sólo como sepulturero de la revolución, sino también como el personaje más siniestro de la historia de la humanidad.

# **Anexos**

## ***Declaraciones en Tampico***

(9 de enero de 1937)

Tras cuatro meses de arresto domiciliario partimos de Noruega la noche del 19 de diciembre a bordo del carguero *Ruth*. Los trámites del viaje estuvieron en manos de las autoridades noruegas. Los preparativos se realizaron en el mayor secreto.

Existen rumores de que el gobierno noruego temía un atentado contra mi persona por parte de mis adversarios políticos. La única carga que llevaba la nave eran unas mil toneladas de agua de mar. Durante la travesía gozamos de buen tiempo. El capitán y la tripulación nos trataron con gran cortesía y nos colmaron de atenciones. Mi esposa y yo queremos agradecer ese trato.

La única explicación de la conducta del gobierno socialista noruego reside en las presiones económicas y diplomáticas externas a que estaba sometido. Espero explicar esto claramente en un futuro próximo.

Durante nuestro arresto se promulgaron dos leyes (ley Trotsky número uno y ley Trotsky número dos) que me privaron del derecho de entablar juicio contra mis detractores y calumniadores, no sólo en Noruega, sino también en los demás países.

En la práctica, esto significó que no pude tomar las medidas más elementales, como, por ejemplo, escribir cartas con el fin de obtener las pruebas necesarias para refutar a los calumniadores. Afortunadamente, mi hijo León, residente en París, pudo publicar el *Livre rouge sur les procès de Moscou* [*Libro rojo sobre el proceso de Moscú*]<sup>62</sup>. En sus ciento veinte páginas hay pruebas irrefutables que desenmascaran el fraude de Moscú.

Estoy sumamente agradecido al gobierno mexicano por concederme el derecho de asilo, tanto más cuanto que la actitud intransigente del noruego me dificultó la obtención de la visa.

Durante el viaje recibimos mensajes radiales de ciertos periódicos norteamericanos, que solicitaban respuestas a ciertas preguntas. Yo deseaba contestarlas, pero los noruegos creyeron que era necesario proteger a Estados Unidos de mis ideas y me negaron la radio. Tenga el gobierno mexicano la seguridad de que no violaré las condiciones que se me han impuesto y que dichas condiciones coinciden con mis propios deseos: no intervención en la política mexicana y total abstención de todo acto que pudiera perjudicar las relaciones entre México y otros países.

Mis productos literarios, publicados bajo mi propio nombre y mi propia responsabilidad, jamás han sido objeto de acción legal en ningún país. Estoy seguro de que no lo serán en el futuro.

Durante los veintiún días que duró la travesía terminé de pulir mi declaración de más de cuatro horas ante un tribunal noruego; fue mi declaración en el proceso a los fascistas que trataron de robar mis archivos el 5 de agosto de 1936 [véase en esta misma obra el capítulo “A puerta cerrada”, página 23 y siguientes]. Pero dicha declaración se refiere no sólo al atentado que sufrí, sino también a mis actividades políticas en general, las causas y motivos de mi arresto y el juicio de los dieciséis en Moscú. Uno de los dieciséis era Kámenev, quien me acusó absurdamente de organizar atentados terroristas en alianza con la policía secreta alemana. Junto con este testimonio, presentado bajo juramento en una sesión secreta del tribunal, hago un extenso comentario sobre los

---

<sup>62</sup> Ver en estas mismas Edicions Internacionals Sedov: *El libro rojo sobre el proceso de Moscú*, en León Sedov, escritos.

procesos recientes, la trayectoria de los acusados más destacados y los métodos empleados para obtener las confesiones supuestamente voluntarias.

Espero que este libro<sup>63</sup>, cuando se publique, ayude a la mayoría de los lectores a determinar si los verdaderos criminales se encontraban en el banquillo de los acusados o en el estrado de los acusadores.

Mis enemigos aprovechan hábilmente la atmósfera general de intranquilidad; sin duda proseguirán su campaña en el Nuevo Mundo. No me hago ilusiones. Me defiendo exponiendo mis ideas, planes y actividades ante la opinión pública. Confío en la imparcialidad y objetividad de la prensa del Nuevo Mundo.

Saludo con todas mis fuerzas la iniciativa, asumida por destacados personajes de la política, las ciencias y las artes de muchos países, de crear una comisión internacional para investigar los materiales y testimonios relativos a los procesos de la Unión Soviética. La documentación es oral y documental.

Pondré a disposición de la comisión los archivos que abarcan las actividades de los últimos nueve años de mi vida.

Partí de una Europa desgarrada por horrendas contradicciones y convulsionada por el presentimiento de una nueva guerra. Esta atmósfera de nerviosismo general explica el pánico y los innumerables rumores, algunos de los cuales se refieren a mi persona. Creo que existe un 75 por ciento de posibilidades de que haya una guerra europea en los próximos años.

Es poco lo que puedo decir sobre mis planes para el futuro. Quiero estudiar exhaustivamente la situación de México y de América Latina, ya que es muy poco lo que sé al respecto. En mis planes literarios tiene prioridad la biografía de Lenin, que espero terminar este año. La enfermedad y luego el arresto interrumpieron esta actividad durante un año y medio.

### ***Telegrama a Nueva York***

(11 de enero de 1937)

Norman Thomas, John Dewey et al.  
Comité Norteamericano Defensa León Trotsky

Al desembarcar en el Nuevo Mundo saludo comité que tomó iniciativa en luchar por investigación plena e imparcial juicio dieciséis. Estoy a disposición comité y dispuesto a proporcionarle información, documentos, responder cualquier pregunta de interés para comité. De más está decir que no se trata solamente de mí y de mi hijo, contra quienes se ha lanzado la acusación más ignominiosa de la historia política, ni de la suerte de decenas y centenares de acusados, sino de la suerte de la Unión Soviética, e inclusive movimiento obrero mundial, por muchos años. Ocultar los hechos, el silencio, la protección de la falsificación y el fraude jamás sirvieron progreso de pueblos. La humanidad sólo llega a la liberación por el camino de la verdad.

León Trotsky

---

<sup>63</sup> Trotsky se refiere a esta obra, *Los crímenes de Stalin*.



### ***La burocracia soviética y la revolución española***

(12 de enero de 1937)

La burocracia soviética sabotea la revolución española para no asustar a la burguesía francesa. La burocracia soviética no brinda todo el apoyo que podría dar si realmente quisiera ayudar a España. Sólo ayuda en la medida necesaria para salvar su prestigio ante los obreros del mundo.

Piense el lector en la conmoción que se produciría en Londres y en París si se crearan auténticos sóviets en Madrid. La Unión Soviética debe mantener su autoridad internacional, y la única fuente de esa autoridad sólo puede ser la clase obrera internacional. Por eso necesita que la Internacional Comunista logre éxitos ocasionales. No es exagerado afirmar que el proletariado español no tomó el poder en España porque le faltó ayuda soviética. No considero que el fascismo sea una etapa necesaria o universal. Creo que la actividad sistemática de la clase obrera hubiera podido derrotar al fascismo alemán. La responsabilidad por el ascenso de Hitler recae sobre un nombre: Comintern.

Sigo creyendo en la revolución mundial; el peligro radica en la guerra.

### ***A los representantes de la prensa mexicana***

(12 de enero de 1937)

“Caballeros:

“Gracias por vuestra amable atención. La agradezco tanto más cuanto que, como periodista, me considero un colega vuestro. Al mismo tiempo, creo que todos estamos de acuerdo en que ni vosotros ni yo tenemos razón alguna para ocupar a la opinión pública de este país con mi persona. Estoy aquí como individuo privado. Lo que más deseamos mi esposa y yo es un poco de paz y tranquilidad. Este país debe afrontar tareas imponentes, y es esto lo que debe ocupar a la opinión pública y a la prensa, que es su espejo. Si en los próximos días y semanas me niego a hacer declaraciones, estoy seguro de que no consideraréis mi actitud como una falta de respeto hacia la prensa, sino la consecuencia lógica de mi situación.

“Sin embargo, caballeros, permitidme aprovechar vuestra presencia para plantear por propia iniciativa un problema que me concierne personalmente, pero que también reviste cierta importancia pública. El gobierno y el pueblo de este país me han brindado su generosa hospitalidad. Sin embargo, vosotros y yo hemos escuchado decir a ciertas personas (espero que sean pocas) que, en mi supuesto carácter de conspirador terrorista aliado al fascismo alemán, soy indigno de esta hospitalidad. Declaro categóricamente que, si hay una pizca de verdad en dichas acusaciones, mi permanencia en este país constituiría un abuso horrendo de la confianza que se me ha brindado.

“Cualquier persona seria y honesta, independientemente de su tendencia filosófica y política, reconocerá que no hay crimen mayor que el de propagar determinadas ideas y luego realizar actos diametralmente opuestos a dichas ideas. En el trascurso de toda mi vida política (cuarenta años) he combatido el terrorismo individual, la reacción en todas sus formas y, sobre todo, la reacción fascista. Quien me atribuya actos contrarios a mis convicciones, escritos y discursos, me calumnia ante la opinión pública mexicana. Estoy dispuesto a presentar las pruebas correspondientes en cualquier momento y ante cualquier comisión imparcial autorizada. Dispongo de innumerables documentos, irrefutables testimonios, que demuestran la absoluta coherencia entre mis ideas y mis actos. Por consiguiente, espero que la opinión pública me brinde su hospitalidad moral, en el sentido

de no aceptar difamaciones sin las correspondientes pruebas y, si éstas existen, me permita refutarlas públicamente de una vez por todas”.

*“¿Cree usted que el resto del mundo seguirá la misma vía que el movimiento social ruso?”*

“Cuando Lenin y yo combatimos juntos durante la revolución, jamás creímos que el resto del mundo seguiría la vía rusa, porque Rusia posee características nacionales e históricas extremadamente pronunciadas y fuertes. Los demás países también poseen características profundamente diferentes y peculiaridades nacionales acendradas; cada país tiene que encontrar un camino diferente. Sin embargo, creímos que con la revolución rusa habíamos hecho algo en beneficio de toda la humanidad. Lenin decía, y vale la pena repetirlo, que no se les pueden imponer caminos rusos a los demás países. En la medicina existen charlatanes que recetan los mismos medicamentos para todas las enfermedades. Los políticos marxistas no pertenecemos a esa escuela de medicina. Es necesario estudiar, observar y luego buscar una política adecuada y justa”.

Cuando algunos periodistas formulan preguntas sobre México, el antiguo comisario de guerra insiste en que no se ocupará de la política mexicana por ningún motivo. Trotsky considera que sería un error hablar sobre México a pocos días de haber arribado. Con respecto al desarrollo del movimiento social de los trabajadores mexicanos, afirma:

“Confieso con toda sinceridad que debo estudiar este movimiento; por el momento no me considero capacitado para dar una opinión. No basta leer una docena de libros para formarse una opinión concreta sobre un determinado país; es menester seguir la prensa diaria y observar la vida nacional con los propios ojos. Quizá, después de uno, dos, o tres años, uno pueda hacer observaciones sobre la vida del país, sobre todo cuando se trata de un país como México, que enfrenta problemas tan complejos”

*“¿Cuál fue su primera impresión sobre nuestro país?”*

“Mi primera impresión, y no exagero, es que México es un país extraordinario. Mi esposa y yo vivimos en un país nórdico, donde el suelo está cubierto de nieve y el medio de transporte es el esquí. Jamás viví en las zonas tropicales. Ahora veo que este país, cuyas zonas rurales son hermosas, es absolutamente diferente de todo lo que conocí hasta el momento; creo que esta diferencia puede afectar al temperamento nacional. Espero que no se interprete esto como un despropósito hacia el pueblo noruego, por el cual siento gran afecto.

“Estoy seguro de que mi estadía en México me brindará la oportunidad de descubrir muchas cosas, sobre todo acerca del temperamento del pueblo mexicano. Y me satisface, me da gran placer convertirme en estudiante a los sesenta años de edad”

León Trotsky se negó a hablar sobre España; explicó que desde hacía cuatro meses no tenía acceso a la información, dado que durante su estadía en Noruega no se le permitió recibir periódicos, ni menos aún las cartas y mensajes de sus amigos. Por primera vez en su larga peregrinación a través de muchos países, el antiguo comisario de guerra vivió aislado en momentos en que se libraba una gran batalla ideológica.

Cuando el gobierno del presidente Cárdenas dio asilo a León Trotsky, ciertas agencias periodísticas extranjeras enviaron cables desde Noruega para informarle al mundo que León Trotsky, al aceptar el asilo en México, impuso como condición indispensable que se le concediera libertad de acción política. Le preguntamos a Trotsky si es cierto y él, con verdadera irritación, responde:

“Es una mentira, y conozco sus orígenes. Cuando mis amigos norteamericanos me telegrafiaron para informar que el gobierno mexicano me había concedido la visa, me puse en contacto con el gobierno noruego para informar que estaba dispuesto a partir al día siguiente, pero que debía arreglar ciertos asuntos (que no dependían del gobierno

noruego) relativos a mi viaje y al de la Sra. Trotsky, a mis papeles y archivo, etcétera. Este fue el tema de mi discusión con el gobierno noruego, al cual exigí ciertas garantías. En cuanto al cónsul mexicano en el país escandinavo, puedo afirmar que me trató con magnífica cortesía y se ocupó a fondo de mis papeles y de todo lo concerniente al viaje.

“Lo repito, señores periodistas: esa supuesta condición que, según se dice, impuse al gobierno de México, es una mentira maliciosa. La recepción que me brindó el gobierno mexicano en Tampico y la forma en que garantizó mi seguridad personal y la de mi esposa, así como la de mis papeles, supera todos mis sueños.

“No cabe duda de que la fuente de la mentira es Moscú. Acabo de escribir un libro acerca del futuro de Rusia que será publicado próximamente en Nueva York: quien quiera conocer mis opiniones sobre la Rusia contemporánea puede encontrarla en las páginas de ese libro”<sup>64</sup>.

Los periodistas pidieron a Trotsky su definición del comunismo. Sonrió maliciosamente para indicar que comprendía perfectamente el sentido de la pregunta, formulada por intermedio de Diego Rivera.

“Existe gran confusión al respecto y no quisiera aumentarla hablando del comunismo en una entrevista. Es necesario profundizar más. Sea como fuere, quiero aclarar que no he alterado ninguna de mis opiniones desde la época en que marché hombro a hombro junto a Lenin”.

Requerida su opinión acerca del sistema fascista, Trotsky respondió:

“Es absolutamente evidente que soy un enemigo implacable del fascismo<sup>65</sup>. Considero que no existe un solo hombre inteligente en el mundo que dé crédito a la declaración de Moscú acerca de que yo trabajo en la red de inteligencia fascista. Por el contrario, creo que la política nefasta de la Comintern, dirigida por Moscú, garantiza la victoria de Hitler”

Se le formularon otras preguntas, pero Trotsky repitió que no diría nada concerniente a la política interna de México, o que pudiera deteriorar las relaciones que mantiene este país con otras naciones.

Nos despedimos de León Trotsky, quien nos trató con cortesía y amistad. Y así, esta persona, que ha despertado tan intensa curiosidad en México, se refugia en su vida privada y se oculta a los ojos del público...

### ***Entrevista para los norteamericanos***

(16 de enero de 1937)

Agradezco vuestra amable preocupación por mi salud. Durante la travesía fue tan satisfactoria que pude escribir un folleto acerca del proceso de Moscú y de mi arresto en Noruega. Allí está mi testimonio de cuatro horas presentado ante un tribunal noruego, aunque, desgraciadamente, a puertas cerradas. Mi folleto abre estas puertas y muchas más.

Antes de mi partida de Noruega estuve muy mal de salud y no puedo decir que ahora me encuentro bien. Preguntáis cuál es la enfermedad que me aqueja. Los

médicos la llaman infección criptógena, lo cual significa que la medicina del Viejo Mundo ha capitulado ante un enigma. Me han examinado los mejores especialistas de Alemania, Francia y otros países durante semanas y meses. La respuesta fue siempre la

<sup>64</sup> Se refiere a *La revolución traicionada*, publicado también en estas [Obras Escogidas de León Trotsky en español](#) con amplios anexos y del que preparamos una segunda edición con más anexos sobre la obra.

<sup>65</sup> Remitimos al lector a la recopilación póstuma de textos de Trotsky sobre *La lucha contra el fascismo (y anexos)* publicada también en estas [Obras Escogidas de León Trotsky en español](#) con amplios anexos.

misma. A veces el mal me paraliza durante varios meses, y los ataques se vuelven cada vez más virulentos.

Mis planes para el futuro dependen de mi voluntad; en general están en manos del misterioso mal que me aqueja. Gracias al gobierno mexicano gozo de plena libertad para estudiar y escribir.

Mi tarea prioritaria es terminar mi biografía de Lenin. Inicié este trabajo hace dos años y necesito uno más para terminar. Lenin es ahora el dirigente revolucionario más distorsionado, tergiversado y calumniado de nuestro tiempo. La máquina de distorsión y calumnia se llama Comintern.

**[El estalinismo “falsificación de las enseñanzas de Lenin”]<sup>66</sup>**

Me preguntáis sobre las diferencias fundamentales entre los trotskistas y los estalinistas. Prefiero formular la pregunta de otra manera: las diferencias fundamentales entre Lenin y Stalin. Lenin devolvió a las enseñanzas de Marx su contenido de teoría de la lucha revolucionaria del proletariado mundial, en lugar de teoría sobre la mejor manera de adaptar la burocracia socialdemócrata al estado capitalista, tal como lo hace la Segunda Internacional. En la Unión Soviética existe una burocracia cien o mil veces más poderosa. Sus intereses son distintos, inclusive contrapuestos, de los intereses de la clase obrera mundial y de las masas trabajadoras de la Unión Soviética, sin embargo, la burocracia reivindica las tradiciones leninistas. Por esa razón la vida ideológica oficial de la burocracia soviética y de la Comintern es una falsificación permanente.

En *El estado y la revolución* y en otros libros, Lenin purgó las auténticas enseñanzas de Marx de todos los ingredientes espurios introducidos por la socialdemocracia. En la biografía de Lenin trataré de purgar las enseñanzas de éste de todas las distorsiones

y tergiversaciones venenosas de la burocracia soviética. Si lo logro, aunque sólo sea en cierta medida la importancia del libro será no sólo histórica, sino también para la comprensión de ciertos problemas del momento. Aquí respondo a vuestra pregunta acerca de cómo trataré de utilizar mi “influencia personal”.

**[La revolución mundial: teoría verdadera y mentiras]**

Sería absurdo creer, y son muchos los que me atribuyen esta idea absurda, que la revolución se producirá en todo el mundo al mismo tiempo y de la misma manera.

Precisamente, uno de los mayores crímenes de la Comintern reside en su intento de regimentar el movimiento de emancipación del pueblo trabajador a escala mundial como si se tratara de un ejercicio militar, sin comprender las peculiaridades de cada nación individual, ni prestar atención a las mismas. Esta incapacidad para comprender las fuerzas motrices del proceso mundial no es casual. Es la consecuencia inevitable del espíritu estrecho de la casta burocrática dominante.

En mi opinión, la tarea más imperiosa del momento es la de sacudir la garra desmoralizante que mantiene la burocracia soviética sobre la vanguardia proletaria mundial. Sólo así se podrá lograr la emancipación revolucionaria de los pueblos explotados del mundo. Y solo la victoria internacional de la revolución podrá salvar a la Unión Soviética de la degeneración total, porque la teoría del [socialismo en un solo país](#) es una utopía reaccionaria creada para la glorificación de la burocracia soviética.

**[Ninguna divergencia con Lenin: su historia es una invención malintencionada]**

Las diferencias entre Lenin y yo en torno de la cuestión campesina son un invento malicioso de la camarilla burocrática, que las puso en circulación para atacar las ideas de Lenin que yo traté de defender. El trotskismo no existe como teoría original o

<sup>66</sup> El texto está tomado del [Tomo VIII, Volumen 1](#), de los *Escritos* de la editorial Pluma, Bogotá, sin embargo, intercalamos subtítulos y algunas comillas siguiendo la edición de las *Oeuvres* editadas por Broué, Tomo 12.

independiente. En nombre de la lucha contra el trotskismo la burocracia combate y calumnia la esencia revolucionaria de las enseñanzas de Marx y Lenin.

Durante la llamada colectivización forzosa la burocracia impuso su voluntad al campesinado, no mediante la persuasión, sino mediante la fuerza desenfrenada. Con ello aplicó, de la manera más peligrosa y nefasta, la política que me había atribuido a mí en el período anterior. Sólo la gran crisis mundial, con sus imponentes conmociones internacionales y con el debilitamiento de la clase dominante en los países capitalistas, salvó a la Unión Soviética del desastre final. Me preguntáis sobre el progreso de la Unión Soviética desde el punto de vista de las masas trabajadoras. Trato de responder a esta pregunta en *La revolución traicionada*, que aparecerá próximamente. El mejoramiento de las condiciones de vida de las masas no corresponde a sus esfuerzos y a los éxitos estadísticos de la economía nacional.

Esta disparidad obedece a dos razones interrelacionadas. Primero, la administración puramente burocrática de la vida económica conduce a toda clase de desproporciones y a un despilfarro excesivo de las fuerzas productivas; segundo, la casta privilegiada, que abarca a varios millones de familias, se apropia la mayor parte del ingreso nacional. Este es el motivo por el cual la burocracia considera que el socialismo ya está creado, porque su propio “problema social” está resuelto.

**[El proceso Zinóviev-Kámenev y las supuestas confesiones]**

Me preguntáis sobre el juicio de Zinóviev y sobre todo acerca de las confesiones. Por el momento os remito al folleto de mi amigo Max Schatchman: *Behind the Moscow Trial-The Biggest Frame-up in History* [Detrás del juicio de Moscú-El mayor fraude de la historia] (Pioneer Publishers, New York City). Espero que mi propio trabajo arroje mayor luz sobre las confesiones. Los abogados occidentales de la GPU presentan las confesiones de Zinóviev y de los demás como expresiones espontáneas de su sincero arrepentimiento. No se podría engañar más desvergonzadamente a la opinión pública. Durante casi diez años Zinóviev, Kámenev y los demás fueron sometidos a una presión moral insoportable, mientras la sombra de la muerte se acercaba más y más. Recordaréis el famoso cuento *El pozo y el péndulo* de Edgar Allan Poe [*The Pit and the Pendulum*], en el cual una víctima es aterrorizada y psicológicamente destruida por el descenso lento y sistemático de la muerte. Si un juez de la inquisición interrogara a esta víctima y sugiriera las respuestas, el éxito estaría garantizado de antemano. Los nervios humanos, por fuertes que sean, poseen una limitada capacidad de resistencia a la tortura moral.

Es imposible hacer un análisis de las confesiones en el marco de una entrevista.

**[La declaración de Holzman, contradicha por los hechos]**

Sin embargo, les doy un ejemplo que ilumina a los demás. El testigo de cargo más importante es Holzman, un viejo revolucionario con cierto prestigio en el partido. Declaró que me había visitado durante mi breve estancia en Copenhague, en la última semana de noviembre de 1932. Es el único testigo que dio detalles concretos, a saber, que se reunió con mi hijo en la sala del Hotel Bristol de Copenhague y, junto con él, vino a verme para recibir mis instrucciones terroristas.

La confesión adolece de por lo menos dos defectos: primero mi hijo jamás estuvo en Dinamarca: segundo, el Hotel Bristol fue demolido en 1917 y reconstruido en 1936. Fue reabierto en vísperas del juicio de Moscú. Preguntaréis: ¿puede usted probarlo? Sí, con toda facilidad y definitivamente. Durante mi estancia en Copenhague mi hijo estaba en Berlín: numerosos testigos pueden probarlo.

Al regresar de Copenhague a Turquía pasando por Francia, mi esposa telegrafió al entonces primer ministro Herriot para solicitar un permiso especial para que mi hijo nos visitara en París. Concedido el permiso, nuestro hijo partió de Berlín para reunirse con nosotros en Francia y nos acompañó en el tren desde Dunkerque hasta París. No

existen muchos testigos oculares de este hecho, pero nuestros abogados franceses han encontrado el telegrama de mi esposa a Herriot y la orden telegráfica de éste al cónsul francés en Berlín. Por otra parte, la fecha del sello estampado en el pasaporte de mi hijo en la frontera franco-germana es prueba irrefutable de la falsedad del testimonio de Holzman.

Ahora me permito preguntarles: si el testimonio del principal testigo de cargo se derrumba ante el menor esfuerzo, ¿qué razón tiene una persona inteligente para considerar digno de crédito o siquiera de atención el testimonio de las otras “confesiones”?

Me preguntáis sobre los escritos de Anna Louise Strong. Desgraciadamente, los corresponsales norteamericanos en Moscú, tales como Duranty, Anna Louise Strong y Louis Fischer han engañado a la opinión pública norteamericana, sobre todo al sector de izquierda.

No negaré que tienen el mérito de haber combatido los prejuicios reaccionarios burgueses en lo concerniente a la Unión Soviética. Pero esta obra progresiva, que les creó cierta reputación y autoridad a los ojos de los elementos progresivos de Estados Unidos, los llevó a constituirse en defensores permanentes de la burocracia soviética y, por consiguiente, a ocultar sus errores, torpezas y arbitrariedades. Estos corresponsales sirven a la causa de la camarilla dominante, jamás a los intereses del estado soviético o al esclarecimiento de la opinión pública estadounidense. Aun suponiendo que actúan de buena fe, siguen perjudicando a la opinión pública con su ceguera política.

**[El trasfondo nacionalista-militarista de la acusación de complot]**

Me preguntáis sobre mi conjura con la policía secreta alemana. La acusación no es nueva, por cierto. En 1917 la burguesía rusa acusó a Lenin, y dos meses más tarde a mí, del mismo crimen. La burguesía alemana acusó a Liebknecht y a Rosa Luxemburg de ser agentes del zar.

Si no recuerdo mal, Eugene Victor Debs y muchos otros internacionalistas fueron perseguidos durante la guerra, acusados de aliarse al militarismo alemán. Estas calumnias ignominiosas fueron utilizadas para exacerbar los sentimientos nacionalistas durante la última guerra.

Cuando las autoridades navales británicas me arrestaron en un buque noruego que me llevaba de Nueva York a Petrogrado, bajo pretexto de que yo tenía vínculos con el estado mayor alemán, Lenin escribió en *Pravda* que ninguna persona inteligente del mundo creería que Trotsky, con veinte años de trayectoria revolucionaria, se hubiera aliado a la reacción militarista. Ahora tengo una trayectoria revolucionaria de cuarenta años...

Europa se está [a punto de vivir un período de preparación] para una nueva guerra. Los gobiernos tratan de utilizar lo antes posible las experiencias de la guerra pasada. Stalin trata de servir a sus eventuales aliados imperialistas persiguiendo a los verdaderos marxistas e internacionalistas, acusándolos de aliados del fascismo.

Recuérdese sin embargo que cuando llegué a Francia en 1933 la prensa de la Comintern y de Moscú me denunció como agente del imperialismo francés y sobre todo del entonces primer ministro Daladier. Mi arribo a Francia demostraba que yo ayudaría al imperialismo francés y al británico en su intervención militar contra la Unión Soviética.

Confieso que no sé si estas acusaciones son más canallescadas que estúpidas, o viceversa, pero me inclino a creer esto último. Abraham Lincoln decía que no se puede engañar a todas las personas en todo momento. En días venideros los organizadores de los juicios de Moscú tendrán ocasión de comprobar la justeza de este pensamiento.

En lo concerniente a la nueva constitución soviética encontraréis un capítulo extenso en *La revolución traicionada*. La esencia de este capítulo es que, tras el escudo

hipócrita de la democratización; la nueva constitución trata de perpetuar la dominación absoluta de la burocracia y sus inmensos privilegios materiales.

**[La verdadera amenaza contra la revolución es la burocracia]**

Preguntáis: Si Trotsky fuera Stalin y Stalin fuera Trotsky, ¿cuáles serían los lineamientos más importantes de la política soviética, tanto interna como internacional? No puedo aceptar este planteo. La diferencia no es personal, ni siquiera meramente ideológica, sino social. Stalin jamás representó a las masas combatientes. Representa a la casta dominante, *eo ipso*, no a la revolución proletaria, sino a la reacción termidoriana, aunque sobre las bases creadas por dicha revolución.

Mi programa marxista me impide permanecer en el gobierno, y al mismo tiempo me obliga a permanecer en la oposición irreductible durante todo este período de derrotas mundiales de los trabajadores, extensión de la dominación fascista y degeneración del estado soviético... Por favor, no olvidéis que estos procesos están estrechamente ligados entre sí.

Muchos filisteos de izquierda exclamaran, sin duda, “No sabemos si las revelaciones de Trotsky son acertadas o no, pero sí sabemos que son peligrosas para la revolución y el estado soviético, sobre todo en momentos en que está planteado el peligro de la guerra”. Ante semejantes gritos y advertencias sólo puedo encogerme de hombros. Si los hechos que denuncio son verídicos, entonces el mayor peligro para la revolución y el estado soviético reside en la burocracia soviética. Si se ocultan las tendencias perniciosas de ésta mediante una conspiración de silencio, entonces saldrán a la luz de la manera más catastrófica ante la prueba implacable de la guerra. Estos autotitulados izquierdistas que, desde una distancia segura, tratan de proteger a la revolución como si se tratara de una delicada planta de invernadero, revelan falta de comprensión de los procesos históricos fundamentales y un bajo grado de valentía política.

El camino de la emancipación humana es el camino de la verdad y la franqueza, no el de la puerilidad y la mentira.

**[Recuento de la situación] Carta a León Sedov**

(16 de enero de 1937)

Ya conoces lo esencial de nuestra odisea. Llegamos a Tampico tras veintiún días de viaje. La mar estaba excepcionalmente calmada por lo que mamá no sufrió excepto los dos primeros días. Pasé el tiempo escribiendo y he terminado ya prácticamente el folleto o, más exactamente, el pequeño libro concerniente a los procesos de Moscú<sup>67</sup> y nuestra situación de residencia bajo vigilancia (estoy a punto de revisarlo y, ya que por suerte<sup>68</sup> hemos encontrado una colaboradora rusa, muy pronto debería estar mecanografiado). Las autoridades mexicanas nos han ofrecido muestras de consideración excepcionales: nos acogieron representantes del presidente y del ministro de transportes y pusieron a nuestra disposición un vagón cama blindado, etc. El presidente lleva adelante una política radical y valiente. Ayuda abiertamente a España<sup>69</sup> y ha prometido hacer todo lo posible para facilitar nuestras condiciones de existencia. Si se compara con Noruega, nos encontramos en un clima totalmente diferente, tanto en el plano político como en el material. Por supuesto que tengo la intención de abstenerme rigurosamente de cualquier injerencia en

<sup>67</sup> Se refiere a esta obra.

<sup>68</sup> Esta suerte se llamaba Jean van Heijenoort que había encontrado muy deprisa a la secretaria mecanógrafa Rita Yakovleva.

<sup>69</sup> El gobierno del presidente Cárdenas se había negado a unirse al acuerdo de no intervención y había autorizado y animado a la venta de armas para la España obrera y campesina.

la política interna mexicana. Sin embargo, estudiaré seriamente el español, así como la historia de México.

Con todo, la enfermedad de mamá ha ensombrecido nuestra llegada: han vuelto sus crisis de malaria y, por si fuera poco, bajo una forma aguda, la fiebre supera los 40°... Está mucho mejor ahora. Los médicos han establecido su diagnóstico y han comenzado a cuidarla. Confío en que se restablecerá muy pronto. En cuanto a mí, mi salud, que había mejorada sensiblemente en el barco, declina por el agotamiento; ahora marcha mejor.

Además de Van<sup>70</sup>, se encuentran aquí para algún tiempo los camaradas neoyorquinos Schchtman y Novack, sus mujeres y Liberman<sup>71</sup>. Muy pronto volverán a su casa. El camarada Clart<sup>72</sup> de Nueva York vendrá para una larga estancia. Van nos ha traído tu carta por la que hemos sabido que Jan<sup>73</sup> se prepara para venir a unirse a nosotros. Es inútil decirte que nos alegraría mucho volver a tenerlo entre nosotros, pero que eso no es urgente. No goza de buena salud: ¿cómo reaccionará al clima mexicano? Decidimos que, con esas condiciones, sería demasiado imprudente y, por decirlo así, “egoísta” hacerlo venir. Tal era el sentido de nuestro telegrama<sup>74</sup>.

Hablemos ahora de los juicios de Moscú. Confío en que hayas recibido el libro de Eastman al mismo tiempo que mi carta detallada concerniente a los “arrepentidos” ¿Has entendido todo el texto? Por otra parte, lo sabré por tu próxima carta.

El comité de defensa de Nueva York se enfrenta a problemas de organización, por una parte, del juicio contra los estalinistas y, por otra, de la comisión de investigación y del contraproceso. Con los camaradas que están aquí nos hemos puesto de acuerdo prácticamente en lo siguiente: el comité de defensa publicará sin tardanza dos o tres números de un boletín conteniendo los documentos más importantes, facsímiles, testimonios, etc. El boletín servirá de base para la creación de la comisión de investigación. El comité declarará que considera deseable el establecimiento de una comisión de investigación internacional, pero creará, sin esperar a la creación de esta comisión, una comisión nacional que comenzará inmediatamente a investigar y, en particular, a intercambiar los documentos con los correspondientes organismos, particularmente en Francia. ¿Dónde se organizará finalmente el contraproceso? Bien en Nueva York o bien en París. El cercano futuro nos permitirá decidir. Cuando se haya realizado la elección, el comité parisino transmitirá su mandato a Nueva York o viceversa. En cualquier caso y por el momento, cada comité debe funcionar como si el peso de la tarea recayese completamente sobre él.

En lo concerniente al proceso contra los calumniadores, habrá que escoger entre Nueva York y Suiza. Todavía no sé en qué medida la legislación norteamericana favorece la calumnia. En Norteamérica hay procesos “sensacionales” al respecto. Sin embargo, es posible que exijan enormes medios. El comité aclarará todas esas cuestiones muy rápidamente e inmediatamente se pondrá en relación con vosotros y los suizos sobre ello. En ningún caso hay que rehusar la idea de un proceso en Suiza. Si se demuestra que es imposible ponerlo en pie en Nueva York, los norteamericanos apoyarán sin duda alguna financieramente a los suizos para que lo organicen ellos. Para no perder tiempo conviene examinar sin demora con Nueva York todos esos problemas, enviándome las copias de vuestra correspondencia.

---

<sup>70</sup> Van Heijenoort había llegado, vía Estados Unidos, el mismo día que los Trotsky.

<sup>71</sup> Las jóvenes mujeres eran Edith Harvey y Elionor Rice. Ben Lieberman era compositor.

<sup>72</sup> Se trataba del joven Bernard Wolfe que iba a llegar próximamente para quedarse algunos meses.

<sup>73</sup> Jan Frankel había decidido de motu propio unirse a los Trotsky en México.

<sup>74</sup> Trotsky había intentado impedirle a Frankel que se sacrificase.



Volvamos ahora al pequeño libro que he escrito en el barco y que estoy a punto de terminar<sup>75</sup>. Tienes que comenzar a negociar muy pronto con los editores. El objetivo de este libro, que alcanzará entre las 200 y 250 páginas en francés, no es volver a comenzar el análisis del proceso al nivel jurídico y al nivel de los hechos (tu lo has llevado a cabo en gran parte en tu *Libro rojo*<sup>76</sup>). Se trata de imbuir al lector con la atmósfera política y psicológica del juicio, hacerle conocer a los participantes y ayudarle a entender su actitud. El problema de las confesiones de los inculpados representa la principal dificultad para el lector medio. A ello he consagrado justamente una gran parte de mi libro. Sin duda sabes que me presenté como testigo al juicio contra los fascistas noruegos que trataron de robar mis archivos. Asistí a puerta cerrada. Hablé con total libertad durante cuatro horas sobre el proceso de Moscú, sobre la actitud del gobierno noruego, sobre mi sometimiento a residencia vigilada. He redactado sus declaraciones en forma de diálogo (preguntas del presidente, del fiscal, de los abogados fascistas, etc.) Este testimonio, realizado bajo juramento, y poseyendo por ello una fuerza diferente a la de una simple obra literaria, constituye una parte de mi libro<sup>77</sup>. Está acompañado por una introducción sobre nuestra vida en Noruega, la operación de los fascistas, nuestro arresto<sup>78</sup>. Esta es la primera parte del libro. La segunda está escrita en forma de diario de viaje. Pero no se trata de una descripción del viaje (solo consagraré unas 200 o 300 líneas en total en todo el libro a ello); trato en ella sobre el proceso de Moscú. La exposición no tiene un carácter sistemático; es una aproximación a los diferentes aspectos hecha día a día. El diario contiene numerosos recuerdos personales sobre Zinóviev, Kámenev, Tomsy, Piatakov, Radek, Stalin y otros. Creo que este libro será interesante para círculos muy amplios y que, al mismo tiempo, descargará un serio golpe sobre los organizadores de las mentiras de Moscú. El libro se comenzará a dactilografiar a partir mismo de mañana; en alrededor de una semana, podría, pues, enviar ya al traductor la primera parte del original. Te enviaremos tres copias, puede que cuatro. En consecuencia, es preciso establecer muy de prisa un contrato con los editores. Quiero añadir, además, uno o dos capítulos sobre próximo juicio, pero para ello me es indispensable tener lo más rápidamente posible el trabajo preparado para el próximo número del *Biulleten*<sup>79</sup>.

Confío en que salga al mismo tiempo que recibas esta carta. La cuestión de la transferencia del *Biulleten* a Nueva York tendrá que examinarse seriamente junto con los camaradas neoyorquinos. En cualquier caso, y por el momento, el *Biulleten* continuará publicándose en París. En él podrán publicarse algunas partes de mi libro.

Confieso que estoy muy asombrado, por no decir indignado, de no haber recibido todavía los testimonios (sobre Copenhague, etc.). Parece que el asunto está en manos de Naville. Hay que obligar a que se termine este trabajo sin más demora o lo acusaremos de sabotaje o algo peor. Todos los documentos deben enviarse al comité de Nueva York junto con copia a mi atención. Por nuestra parte haremos lo mismo.

Se da por sentado que sería completamente deseable editar mi libro en noruego. Pero ¿dónde encontrar un editor? Hay que contactar con Held. Si fuera imposible en Noruega habría que intentarlo en Dinamarca. Hoy he recibido una carta muy amable de Maria Nielson<sup>80</sup> que viene acompañada por su folleto. Hay que ponerse en contacto con

<sup>75</sup> Más adelante el libro será este libro.

<sup>76</sup> Ver en estas mismas [Ediciones Internacionales Sedov Libro rojo sobre el Proceso de Moscú](#).

<sup>77</sup> Ver en esta obra “En el tribunal a puertas cerradas”, página 23 y siguientes.

<sup>78</sup> Ver en esta obra “En Noruega ‘socialista’”, página 11 y siguientes.

<sup>79</sup> *Biulleten Oppositsii*, órgano de la sección rusa, se publicaba en París bajo la dirección de León Sedov.

<sup>80</sup> María Soffa Nielson (1875-1951) había militado en la izquierda del partido socialista sueco desde 1916 y ejerció un importante papel en la fundación, en 1918, del Partido Obrero Socialista Danés convertido en partido comunista en 1919. Fue expulsada del PC en 1928, reintegrada en 1932 y expulsada de nuevo en 1936; se había girado hacia Trotsky durante el proceso de los dieciséis.

ella a propósito de la publicación de mi libro en Dinamarca. También me gustaría conocer las posibilidades existentes en Holanda. ¿Se puede confiar en publicar el libro en España? Si no, lo haré en México pues considero muy importante desvelar las imposturas de la GPU de cara a la opinión pública de ese país.

En lo concerniente a nuestra correspondencia, confío en encontrar las copias. No es tan simple; los archivos están desordenado por culpa del embalaje efectuado a toda prisa, etc. Una parte se ha quedado en casa de Erwin o Hjørdis<sup>81</sup>. Hay que recuperarla lo antes posible: que envíen un paquete a través de ti, así podrás hacer las copias que te interesen.

¿Tu artículo se ha publicado en el *Manchester Guardian*?<sup>82</sup>

Esto es todo por esta vez. Insisto otra vez más en que escribas de forma detallada una vez por semana, en día fijo y haciendo pasar las cartas por Nueva York: es la única forma de conservar el contacto a pesar de la distancia que nos separa.

***Los procesos: la burocracia y el antisemitismo (Entrevista concedida al Jewish Daily Forward)***<sup>83</sup>  
(18 de enero de 1937)

Para responder a las preguntas relacionadas con la Unión Soviética se requeriría todo un libro. Escribí ese libro en Noruega. Apareció con el título de *La revolución traicionada* en Francia hace dos semanas. Hoy me avisaron desde Nueva York que las pruebas ya están corregidas y que el libro aparecerá próximamente en inglés. A quienes se interesen por mis opiniones con respecto a la actual situación económica, social, política y cultural de la Unión Soviética los remito a este libro. Una parte del mismo trata la cuestión de la nueva constitución soviética, con la siguiente conclusión: todos los elementos históricamente progresivos ya estaban incluidos en la vieja constitución, elaborada bajo la dirección de Lenin. La nueva constitución se diferencia de la anterior por tratar de *fortalecer y perpetuar los inmensos privilegios económicos y la dictadura absoluta de la burocracia soviética*.

Con respecto al juicio de los dieciséis, estoy terminando un folleto en el cual trato de demostrar a cualquier persona honesta y dotada de espíritu crítico que el proceso de Moscú es el fraude judicial más grande de toda la historia política mundial. Otros juicios que han pasado a la historia, tales como el de Beilis en Rusia zarista, el de Dreyfus en Francia y el del incendio del Reichstag en Alemania son un juego de niños al lado del proceso de los dieciséis. Y se avecinan nuevos juicios... A medida que aumentan los privilegios de la casta dominante soviética, más dura será la represión contra los sectores críticos y de oposición. Sin embargo, la casta dominante no puede castigar a los opositores ante los ojos del pueblo por exigir mayor libertad e igualdad. Ya en 1927 comprendí que la burocracia atribuiría crímenes horribles a la Oposición y que eliminaría la independencia de las masas populares, para que la verdad no saliera a la luz. Desarrollé esta idea en un artículo publicado el 4 de marzo de 1929: “A Stalin sólo le queda un camino: tratar de trazar una demarcatoria de sangre entre el partido oficial y la Oposición. *Para él es absolutamente necesario vincular a la Oposición con crímenes terroristas, preparación de insurrecciones armadas, etcétera*”.

<sup>81</sup> Erwin Wolf y Hjørdis Knudsen habían comenzado a vivir juntos.

<sup>82</sup> El *Manchester Guardian* iba a publicar el 25 de enero de 1937 un artículo de Sedov titulado “El ‘trotskismo’ en Rusia”.

<sup>83</sup> Este es uno de los capítulos tomados de los *Escritos* de la editorial Pluma pero titulamos siguiendo a las *Oeuvres* (“Les procès: la bureaucratie et l’antisémitisme”).

Estas líneas aparecieron en el *Biulleten Oppozitsii* número 1-2, casi seis años antes del asesinato de Kírov. En el transcurso de esos años escribí decenas de artículos y centenares de cartas para advertirles a mis amigos y simpatizantes que se cuidaran de los provocadores de la GPU. En ese sentido, el proceso de Moscú no es un acontecimiento inesperado para mí. Durante los meses pasados aparecieron una serie de folletos donde se explica cómo se montaron los procesos y cómo se arrancaron las “confesiones” a los desgraciados sentados en el banquillo. Cito los siguientes: *Livre rouge sur le procès de Moscou*, de León Sedov (mi hijo); *Dieciséis ejecutados en Moscú*, de Victor Serge (famoso revolucionario y destacado escritor francés); *The Moscow Trial - The Geatest Frame-up in History*, escrito por M. Shachtman y publicado en Nueva York. Este último ha tenido gran éxito y puedo recomendarlo a toda persona seria y honesta que desee familiarizarse con el proceso de Moscú.

Federico Adler, secretario de la Segunda Internacional y adversario político mío, comparó el proceso de Moscú en los juicios por brujería de la Edad Media, Adler recuerda, muy pertinentemente, que el Santo Oficio siempre lograba el “arrepentimiento puro y sincero” de las acusadas de brujería. En manos de los inquisidores la bruja relataba en detalle cómo había pasado la noche con el diablo en el monte más cercano.

La GPU emplea métodos más refinados, acordes con la época del avión y la radiocomunicación pero, en esencia, arranca las confesiones mediante la tortura mental, prolongada a lo largo de varios años. Mi nuevo libro desarrolla este aspecto en detalle.

Acerca de sí existe algún vínculo entre el proceso de Moscú y el antisemitismo: ¡categóricamente sí! Franz Pfemfert, escritor alemán refugiado del nazismo lo demostró claramente a través de la prensa. Quien estudia atentamente la vida interna de la Unión Soviética, quien lee la prensa soviética línea por línea y entre líneas, sabe desde hace tiempo que tanto en lo relativo a la cuestión judía como a otras cuestiones los burócratas soviéticos practican un doble juego. Desde luego que, en palabras, se pronuncian contra el antisemitismo: procesan e inclusive fusilan a los pogromistas empedernidos. Sin embargo, al mismo tiempo, explotan sistemáticamente los prejuicios antisemitas para comprometer a los grupos de oposición. En todos los comentarios sobre los juicios, los gustos artísticos de los acusados, su posición social, siempre se surge veladamente que la Oposición es un subproducto de la intelectualidad judía. Es necesario decir abiertamente: en este plano la burocracia estalinista revive las tradiciones de la burocracia zarista en forma más moderada. También el desarrollo económico y cultural de las demás nacionalidades sufre la dictadura de la burocracia bonapartista.

Es absurdo y deshonesto presentarnos a mí y a mis amigos como enemigos de la Unión Soviética. La Unión Soviética y la casta burocrática son para mí cosas distintas. Creo en el futuro de la Unión Soviética, que se liberará de la burocracia y retomará el camino iniciado por la revolución de octubre.

La burocracia no está constituida por algunos centenares de personas que dominan a la Unión Soviética, sino por varios millones de ciudadanos, quienes representan a la aristocracia obrera. En mi libro reciente. *La revolución traicionada*, calculo que del 12 al 15 por ciento de la población, vale decir, unos cinco millones de personas, constituyen la aristocracia privilegiada. Pero en la burocracia no hay un solo nivel económico. El nivel de vida medio del estrato más bajo de la burocracia es inferior al del obrero medio europeo o norteamericano. La estructura social está dividida, y eso da origen al descontento. Por ejemplo, existen millones de personas agrupadas bajo el rótulo de “empleados”. Algunos gozan de dos vacaciones anuales en una dacha y tienen una vida cómoda: distinto es el caso de la mayoría (funcionarios de baja categoría u obreros), cuyo nivel económico está muy por debajo de lo que se necesita para llevar una vida sencilla. Por último, los grandes

aristócratas, el estrato superior de la burocracia, viven como millonarios norteamericanos, aunque no posean capital.

Para evitar todo malentendido quiero explicar mi posición respecto de si existe antisemitismo en la Unión Soviética. Los intelectuales judíos desempeñan un papel importante en muchas esferas de la vida soviética. La vieja pequeña burguesía judía posee capacidades específicas que le han dado acceso a las filas de la burocracia, de la cual conforman un buen porcentaje. Ingresaron a este servicio en virtud de su nivel educativo, pero, dado que se destacan dentro de la burocracia, la insatisfacción está dirigida contra ellos. Subsiste un gran sentimiento antijudío y las masas tienden a caer en esa provocación. Su chovinismo se dirige contra los judíos debido a su aspecto y acento particulares. De modo que, por ejemplo, se puede remover a los judíos de los estratos superiores sin conmocionar a las masas (como en el caso reciente del judío polaco Yagoda, jefe del comisariado del interior, remplazado por Yejov), pero no puede hacerse lo mismo con los del estrato inferior, debido a la carencia de personal capacitado, debe aceptarse a los judíos en los puestos de funcionarios. Y dado que la insatisfacción es un hecho real, los poderosos de la cúpula prefieren que las culpas recaigan sobre los funcionarios judíos y no sobre la burocracia en su conjunto, de la cual aquellos son, por cierto, parte integrante.

Veamos, por ejemplo, los juicios contra la Oposición: allí se destacó constantemente el papel de los judíos, a pesar de que no son mejores ni peores que el resto de la población en este terreno. Con esto quiero decir que el tema de los judíos ha sido explotado durante años en la lucha contra la Oposición. En 1927 cuando se creó el bloque de Oposición, el único judío en el equipo de dirección era yo. Entre los demás (Smirnov, Preobrazhensky, Mrachkovsky, etcétera) no había uno solo. En la llamada Oposición zinovievista el único judío era Zinóviev. Los demás, grandes dirigentes revolucionarios leningradenses como Bakaev, Yevdokimov, Kuldin, etcétera, no lo eran.

En 1927, Stalin ya escribía en los documentos oficiales (en tono sumamente discreto, pero con intenciones claras) que la mayoría de los militantes de la Oposición eran judíos. Decía: no lucharnos contra Trotsky, Zinóviev, Kámenev y los demás porque son judíos sino porque militan en la Oposición. La intención es, evidentemente, señalar que los dirigentes de la Oposición son judíos. No fui el único en reconocer que nos combatían en el plano extraparlamentario. También esto cabía en la lucha que libraba Stalin contra la Oposición, en la cual está dispuesto a emplear todos los métodos. En una sesión del buró político intercambié unas notas con Bujarin (esas notas están en mi archivo), en las que dije: nos atacan como judíos. Bujarin respondió que no creía que semejante factor pudiera jugar un papel. Le sugerí que fuéramos juntos a una fábrica de vanguardia para determinar qué decían los obreros. Bujarin aceptó la propuesta, pero confié nuestro plan a un tercero y se le prohibió llevarlo a cabo.

Esta tendencia, que en 1924 se observaba aquí y allá, para 1926 se había vuelto sistemática.

Lo primero que puedo decir de la cuestión judía es que no se resolverá en el marco del capitalismo. Ni tampoco será resuelta por el sionismo. Antes, yo creía que los judíos se asimilarían a las culturas y pueblos en cuyo seno vivían. Así sucedía en Alemania y Estados Unidos, y por eso mi pronóstico resultaba lógico. Pero ahora es imposible afirmarlo. La historia reciente nos ha dado algunas lecciones al respecto. La suerte de los judíos es ahora un problema candente, sobre todo en Alemania, donde aquellos judíos que habían olvidado dado su origen tuvieron ocasión de recordarlo. Preveo una situación similar en Francia, donde ya existen los síntomas de una fuerte corriente antisemita, por no mencionar los países capitalistas de Europa oriental, donde se ha tratado el problema judío con suma violencia en los últimos años.

Si el capitalismo sobrevive por muchos años, la cuestión judía estará planteada de la misma manera candente en todos los países donde viven judíos, inclusive en EE.UU.

No sé lo que sucederá con los judíos dentro de algunos siglos, como tampoco sé qué sucederá con los mexicanos. Si sé que sólo la revolución socialista solucionará la cuestión judía. Hablo de la cuestión judía en términos generales, porque mis conocimientos sobre la vida interna de la comunidad judía son escasos. Sin embargo, puedo afirmar que bajo el orden socialista el pueblo judío puede y debe hacer su propia vida en medio de su propia cultura, que últimamente se ha desarrollado muchísimo. El problema territorial también es importante, porque un pueblo puede desarrollar un plan económico y cultural cuando vive en una masa compacta. Bajo el socialismo, cuando se plantea el problema, los judíos que lo deseen podrán emigrar libremente y en masa, sin obligar a nadie a unirse a ellos, dado que en el estado socialista no existirá la dominación por la fuerza. Porque si un grupo de judíos sostiene que desea vivir bajo el socialismo en una cultura judía, que les permita mantener sus tradiciones, ¿por qué no habrían de hacerlo?

El desarrollo cultural exige la concentración, porque esto facilita la difusión de la cultura entre las amplias masas mediante una prensa fuerte, un teatro, etcétera. Si esto es lo que desean los judíos, el socialismo no tendrá derecho a negárselos. Quiero subrayar que no afirmo que los judíos deban necesariamente poseer un territorio, porque bajo el socialismo los judíos, como todos los pueblos, podrán residir donde quieran con plena libertad y seguridad.

Sólo la revolución proletaria puede resolver la cuestión judía en todas sus ramificaciones. Por ello, las masas trabajadoras judías deben trabajar y luchar hombro a hombro con los obreros de todos los países para lograr este fin.

### ***[Primeras noticias del Nuevo Mundo] Carta a Konrad Knudsen***

(20 de enero de 1937)

Mi querido Tamada<sup>84</sup>,

Natalia y yo le enviamos nuestros saludos desde el nuevo mundo al que llegamos tras veintiún días de viaje. No le describiré nuestra estancia en prisión durante las últimas semanas. Bastará con decirle que ha sido el peor período de mi vida. Incluso reconociendo como necesarias las medidas tomadas por el gobierno, es imposible entender por qué consideró necesario agravarlas con tan injusta brutalidad. Psicológicamente no puedo explicar la actitud del gobierno más que a causa de que sentía sus acciones contra mí tan injustas que comenzó a odiarme...

El viaje ha sido muy agradable. La mar estaba en calma y Natalia ha sufrido muy poco durante los veintiún días de viaje. El capitán y la tripulación también han sido tan amistosos con nosotros como el pueblo noruego en general. El gobierno mexicano ha hecho todo lo que ha estado en sus manos para facilitar nuestros primeros pasos sobre esta nueva tierra; envió a nuestro encuentro un vehículo especial con amigos norteamericanos y mexicanos, y así lo demás.

Ahora vivimos en la casa de nuestro amigo, el célebre pintor Diego Rivera que desgraciadamente está enfermo y actualmente hospitalizado. Felizmente hemos encontrado una dactilógrafa rusa y trabaja duro; he terminado el pequeño libro que había comenzado en el barco sobre los procesos de Moscú y nuestro arresto en Noruega. Es

---

<sup>84</sup> "Tamada", que designa al "jefe de mesa", era el afectuoso mote dado por Trotsky a quien había sido su anfitrión en Noruega desde julio de 1935 hasta su arresto en 1936.

posible que lo titule “Dos crímenes”<sup>85</sup>. Confío en que usted haya recibido diversos ejemplares del excelente panfleto de nuestro amigo Max Shachtman sobre el proceso de Moscú. Aumenta y se refuerza en Estados Unidos el movimiento contra ese crimen y confío en recuperar el tiempo que he perdido durante mi arresto en Noruega.

Le ruego me excuse por escribirle sólo sobre mis propios asuntos. Ello no significa que nuestro interés y afecto hacia su familia haya disminuido con la distancia, ¡en absoluto mi querido Tamada! Esperamos recibir noticias de usted y su familia y de su nueva actividad en el Storting<sup>86</sup>. ¿Vive usted ahora en Oslo? ¿Y la señora Hilda? ¿Y Hjørdis? ¿Y Borghart<sup>87</sup>?

Debo confesar que no entiendo la actitud de Puntervold<sup>88</sup>. No me ha rendido ningún verdadero servicio, ha descuidado totalmente sus obligaciones, nos visitó en tal estado que olvidó todo lo que nos prometió. Defendía a Konstad<sup>89</sup> contra mí, no a mí contra Konstad. No prestó la menor atención al juicio. Cobró más de 5.000 coronas y ahora ha bloqueado mi pequeña cuenta bancaria... Es la primera iniciativa que ha tomado desde que le confié los poderes. El gobierno había prometido enviarnos nuestro dinero (alrededor de 5.000 coronas) telegráficamente, pero hasta el presente no tenemos el menor dinero. Poco importa. Este capítulo está cerrado, ¡definitivamente!

¿Ha recibido usted la radio que dejamos en Sundby?

Los tres primeros días aquí, Natalia ha sufrido terriblemente con la malaria, pero ahora va mucho mejor. Mi salud es más o menos satisfactoria, pero los cuatro meses de arresto, sin la posibilidad de luchar contra las calumnias y los calumniadores, han equivalido a cinco años. El clima de aquí es bueno, me refiero particularmente a la región de México. Es una primavera permanente, con muy pocas variaciones, salvo algunos meses de lluvia. Aquí hemos encontrado muy buenos y fieles amigos, tanto norteamericanos como mexicanos, y hemos comenzado el nuevo capítulo con buenas perspectivas y agradables recuerdos de nuestros viejos amigos.

Nuestros mejores y más calurosos saludos para todos los Knudsen y para todos nuestros amigos comunes.

### **[El conspirador es Stalin]**

(24 de enero de 1937)

Los más infames procesos de estado de la historia (el de Beilis en la Rusia zarista, el de Dreyfus en Francia, el del Reichstag en Alemania) parecen inocentes farsas en comparación con la serie de imposturas judiciales preparadas actualmente en Rusia por Stalin, del que Lenin, de forma profética, dijo: “Este cocinero sólo preparará platos picantes.”

Al igual que los precedentes, el actual proceso contiene en sí mismo su refutación. No es preciso afirmar que desde 1928 no he mantenido la menor relación ni con Radek ni con Piatakov, que periódicamente me han injuriado en la prensa oficial. Piatakov jamás

<sup>85</sup> Se trata del futuro libro que Trotsky titulará *Los crímenes de Stalin*. EIS.

<sup>86</sup> Knudsen era periodista, había sido elegido diputado al Storting de Noruega en las elecciones legislativas de octubre de 1936.

<sup>87</sup> “Señora Hilda” designa a la anfitriona, compañera de Konrad Knudsen; Hjørdis, su hija, (nacida en 1914) y Borgar, su hijo (nacido en 1921) y no Borghardt como escribe Trotsky.

<sup>88</sup> Miguel Puntervold (1879-1937) había sido el abogado de Trotsky en Noruega y no le había rendido grandes servicios. Pero blandía grandes exigencias.

<sup>89</sup> Leif Ragnvald Konstad (1889-194?) desde 1928 era el jefe en Noruega de la oficina de pasaportes y, de hecho, el verdadero carcelero de Trotsky. Además, era abiertamente nazi.

me ha visitado en Oslo. Sólo viajé a Oslo en compañía de la familia Knudsen y de mis secretarios.

No conozco a Vladimir Romm, del que se pretenden que haya sido intermediario entre Radek y yo. Poseo numerosas pruebas escritas de la imposibilidad de cualquier encuentro personal entre los acusados de Moscú de ahora y yo.

### ***Interrogantes para Stalin***

Esas pruebas las reproduciré en el libro que estoy a punto de escribir sobre los crímenes de la GPU (la policía política rusa)<sup>90</sup>. Es difícil hacer pública mi causa inmediatamente, pero hay dos o tres interrogantes fundamentales que ni el fiscal general Vishinsky ni su desinteresado defensor D. N. Pritt pueden eludir:

En primer lugar, ¿cómo es posible admitir que, con la excepción de Stalin, los hombres que han llevado a cabo la revolución se hayan convertido en terroristas, en enemigos del socialismo, en agentes de la Gestapo prestos a desmembrar la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas?

En segundo lugar, ¿cómo puede ocurrir que esos “criminales”, que desde hace casi diez años cometen abominables crímenes, de golpe se arrepientan y, tras haber exigido la muerte para el resto, se pongan a requerirla para ellos mismos?

En tercer lugar, ¿cómo explicar que Zinóviev, Kámenev y el resto de dirigentes de ese supuesto “grupo trotskysta” ignorasen completamente ese rocambolesco proyecto de “desmembración de la URSS” en beneficio de Hitler y el Mikado”, cuando resulta que Radek, que nadie entre nosotros ha tomado nunca en serio, revela que ahora él es el jefe de esa conspiración mundial?

### ***La dictadura de Stalin***

Si hay conspiración, es una conspiración de la GPU. Si tiene un jefe, su nombre es Stalin.

La dictadura totalitaria de Stalin ha entrado en conflicto de forma muy seria con el desarrollo económico y cultural del país. Stalin encarna a la burocracia. El espíritu de emprendimiento que aprendió en la escuela de la revolución ya sólo lo consagra a la preservación de su omnipotencia y propios privilegios, y lo hace con métodos de una fantástica ingeniosidad criminal. Este último proceso anuncia una crisis política terrible en Rusia.

Estoy presto para denunciar a Stalin ante cualquier comisión internacional imparcial y competente.

Lanzo este llamamiento a todos los hombres de buena voluntad y a todo lo que de honesto e independiente existe en la prensa. Y sé perfectamente que el *Manchester Guardian* será uno de los primeros en ponerse al servicio de la verdad y la humanidad.

***Mdivani (nota)***  
(25 de enero de 1937)

Los procesos de Moscú tienen un carácter de trama infernal. En el proceso de los dieciséis se citaron de pasada los nombres de Piatakov, Radek y otros. No se necesitaba

---

<sup>90</sup> Trotsky pensó en un principio en un folleto reproduciendo sus pruebas escritas sobre los procesos de agosto de 1936. Pero, al final, se vería llevado a hacer el libro que aparecería bajo el título *Los crímenes de Stalin* [de inminente publicación en nuestra serie [Obras Escogidas de León Trotsky es español](#)].

nada más para poner en pie una nueva amalgama. Mdivani<sup>91</sup> y Rakovsky han sido citados de la misma forma en el proceso contra Piatakov y Radek. En consecuencia, son de prever nuevos procesos y nuevos centros “en reserva”. ¿Es posible que esta mecánica tan burda no abra los ojos al mundo entero?

Mdivani, viejo bolchevique, dirigía desde 1922 la fracción influyente de los bolcheviques georgianos que combatían el burocratismo de Ordzhonikidze<sup>92</sup>, agente de Stalin, y exigían una mayor libertad de autodeterminación cultural para el pueblo georgiano. Lenin, enfermo, apoyaba plenamente y sin reservas a Mdivani y su grupo. Por ello, el 6 de marzo de 1923, en vísperas de su último ataque, escribió a Mdivani y sus amigos:

Queridos camaradas,

Sigo vuestro asunto con toda mi fuerza. Estoy indignado por la grosería de Ordzhonikidze y los protegidos de Stalin y Dzerzhinsky. Preparo notas y un discurso para vosotros.

Respetuosamente  
Lenin<sup>93</sup>

Inmediatamente tras la muerte de Lenin se desencadenó una campaña contra mí y, al mismo tiempo, contra los bolcheviques georgianos. Arribistas y satélites insignificante ocuparon el lugar de viejos revolucionarios. Stalin se sirvió de los procesos de Moscú para destruir a sus adversarios en Georgia y en todo el Cáucaso. La declaración que afirma que Mdivani y sus amigos habrían deseado la secesión de Georgia es tan mentirosa como la acusación de ser los aliados de Alemania y Japón que se ha lanzado contra los “trotskystas”. La bandera del patriotismo en el caso presente se explota para destruir a los enemigos de la dictadura personal.

***Cómo y por qué ciudadanos soviéticos se acusan a sí mismos de crímenes que no han cometido (comunicado prensa)***  
(29 de enero de 1937)

El método de defensa contra las acusaciones de Moscú más simple y más convincente en primer lugar sería decir: “Los acusados no son trotskystas y, desde 1928, han sido enemigos decididos de Trotsky. Durante casi diez años, no solamente no he asumido ninguna responsabilidad por Radek o Piatakov, sino que, por el contrario, a menudo los he atacado como traidores al marxismo. No soy responsable de que esa gente sin principios se haya hundido realmente en la desesperación, se haya engañado con las

<sup>91</sup> Polikarp, llamado Budu G. Mdivani (1877-1937), miembro del partido desde 1903, conoció muy bien la prisión bajo el zar. Había ocupado altas funciones políticas en el Ejército Rojo durante la guerra civil y en 1920 fue nombrado para el buró caucásico del partido. Había entablado el combate contra el proyecto de federación transcaucásica en 1923. En 1924 fue enviado a Francia como representante comercial de la URSS. Detenido y deportado en 1928 como miembro de la Oposición, fue enviado al *isolator* [traducimos ‘isolateur’ por ‘isolator’ siguiendo la edición de *Comunistas contra Stalin*, que atribuye la acepción de “prisión con celdas individuales”], en 1930 capituló y fue reintegrado en 1931. En 1936 fue detenido y expulsado del partido.

<sup>92</sup> Gregori K. Ordzhonikidze (1888-1937), viejo bolchevique georgiano, fue instrumento de Stalin en la “rusificación” de Georgia a principios de los años veinte. En 1937 se había convertido en uno de los adversarios del terror estalinista, lo que le llevó al suicidio.

<sup>93</sup> Copia de esta carta se encuentra en los archivos de Trotsky en la Houghton Library.



intrigas y haya caído verdaderamente muy bajo. En cualquier caso, está completamente claro que confían en salvar su cabeza descreditándome.” No hay ni una sola falsedad en esta explicación. Solamente ignorantes o abogados de Stalin pueden tratar a los acusados, que son mis peores enemigos, como si fueran trotskystas. Durante mucho tiempo no he recibido ninguna información concerniente a la vida personal, actividades e intrigas de esa gente. De hecho, han confiado en salvarse durante el proceso mediante mi liquidación política. Todo ello es cierto, pero sólo es la mitad de la verdad y, en consecuencia, no cierto. A pesar de todo lo que acabo de decir, sé, estoy convencido, no dudo, que el grupo principal de acusados, los viejos-bolcheviques que conocí durante años (Zinóviev, Kámenev, Mrachkovsky, Radek, Murálov, etc.) ni han cometido ni podían cometer los crímenes que han confesado. A gente ignorante o ingenua, tal afirmación le puede parecer incomprensible y paradójica, en cualquier caso, superflua. ¿Por qué? Se dice: “¿Trotsky no se complica su propia defensa al defender a sus peores enemigos contra ellos mismos?” La cuestión no trata de mi donquijotismo. No, no se trata de donquijotismo. Para llamar a poner fin a la cadena de imposturas de Moscú hay que desterrar desde el principio hasta el final los mecanismos políticos y psicológicos de las “confesiones voluntarias”. Determinados juristas como el inglés Pritt y el francés Rosenmark construyen toda su defensa de Stalin y de la GPU sobre concordancias de las confesiones de los acusados, concordancias no existentes en realidad. ¿Qué valor tienen en realidad los interrogatorios, las pruebas materiales, los testimonios de los testigos, si los mismos acusados, individualmente o en coro, exigen ser fusilados por sus crímenes?

Semejante juicio es, como mínimo, superficial. No se podrán encontrar a lo largo de toda la historia parecidos procesos políticos en los que el conjunto del procedimiento descansa sobre un torrente de confesiones de los acusados que se comportan como celosos auxiliares del fiscal. Si se admite por un momento que esos hombres, versados en las cuestiones políticas desde hace mucho tiempo, han cometido series de crímenes absurdos y monstruosos, su conducta sigue siendo, a pesar de todo, incomprensible, monstruosa, fantástica. El criminal puede confesar bajo la presión de la prueba o del testimonio de testigos. Pero aquí no existe ni lo uno ni lo otro. Tanto enigma es la ausencia de pruebas como la generalización de las confesiones. Se nos habla de un edificio complejo de crímenes con una vasta red de organizaciones criminales y de series enteras de “centros” de reserva fundamentales y paralelos. Esa grandiosa máquina, aliada con la Gestapo y el estado mayor japonés, ha operado durante años a través de centenares de agentes y a través de diferentes partes del país a su disposición. Durante ese período se han producido millares de investigaciones y arrestos de opositores. Parece que la GPU, que lee la correspondencia y escucha las conversaciones telefónicas, que no tiene ninguna limitación legal de ningún tipo, debería de haber recabado durante ese tiempo una gran cantidad de pruebas materiales. No se ha mencionado nada de ese tipo, ni una sola carta, ni un solo documento, por no hablar de bombas o máquinas infernales. Los Pritt y los Ronsembark no se molestan en pregunta cómo explicar este misterio. En realidad, la GPU debe poseer millares y millares de documentos y cartas de la Oposición. Pero no se encajan en el esquema. No guardan armonía con el plan. Esos documentos no podrían más que destruir la impresión ofrecida por las confesiones. Los hechos objetivos se corresponden mal con las construcciones subjetivas. Los procesos de Moscú están corrompidos hasta la médula porque es imposible descubrir qué base material, sea la que sea, subyace a esas monótonas confesiones. Pero entonces ¿por qué las confesiones? ¿Cómo son arrancadas? La historia no comienza con el proceso de los dieciséis. Las falsas autoacusaciones de las víctimas de la GPU no son un enigma para cualquier que haya seguido atentamente la evolución del régimen estalinista. Antes del 19 de agosto de 1936, Zinóviev y Kámenev habían reconocido públicamente su doblez no una vez, sino una

decena de veces y, además, sus confesiones seguían una especie de progresión geométrica. Todos los acusados cuyos nombres me resultan conocidos se habían adherido a la Oposición anteriormente, pero tenían miedo de la perspectiva de la escisión o la represión ulterior y decidieron reintegrarse a cualquier precio en las filas del partido. Siguiendo las huellas de importantes dirigentes de la Oposición, millares y millares de militantes de base obedecieron a las mismas órdenes. La camarilla de Stalin obtuvo de ellos el reconocimiento que su programa era malo y, en particular, que la política de Trotsky era contraria a los intereses del proletariado. Ni un solo opositor serio creía verdaderamente en eso. Sin embargo, a fines de 1927, firmaron una declaración en la que se declaraban falsamente culpables de “desviaciones”, “errores” y crímenes inexistentes contra el partido y en las que glorificaban a los nuevos dirigentes, hacia los que no sentían la menor estima. *Aquí tenemos bajo una forma embrionaria todos los futuros procesos de Moscú.*

El asunto no se acaba, pues, con la primera capitulación. Por el contrario, como se ha dicho, se construye una progresión geométrica de las confesiones. El régimen deviene cada vez más totalitario, la lucha contra la Oposición cada vez es más monstruosa. La burocracia no puede permitir discusiones políticas puesto que para ella se trata de defender sus privilegios arbitrarios. Para encarcelar a los opositores, para deportarlos y fusilarlos, no es suficiente con clamar que su programa es falso. Hay que acusar a la Oposición de aspirar a la ruptura del partido, a la agitación en el ejército, a la caída del poder soviético. Para lanzar esas acusaciones ante el pueblo, la burocracia ha reunido a los capituladores de ayer, tanto como testigos como acusados. A aquel que ahora rehúsa firmar estas nuevas “autocalumnias” se le dice: “¡Eso significa que su arrepentimiento no era sincero!” Tras lo cual se le encarcela o deporta de nuevo. Así, se ha transformado poco a poco a los capituladores en falsos testigos profesionales contra la Oposición, contra ellos mismos, en el largo período transcurrido anteriormente a los últimos procesos. Mi nombre figura invariablemente en todas las declaraciones de confesión como enemigo público número uno de la burocracia soviética, sin lo que esos documentos carecen de valor. Primero se trataba de mis tendencias “socialdemócratas”, en la siguiente etapa se pedía una declaración afirmando que mi política llevaba objetivamente a consecuencias contrarrevolucionarias. Algunos meses más tarde se exigía la afirmación que yo era “objetivamente” un agente de la burguesía, más tarde además que yo era *de facto*, si no *de jure*, aliado de la burguesía contra la URSS. Todo capitulador que trataba de oponerse a este procedimiento en cada nueva etapa, invocando su trabajo y servicios, recibía invariablemente esta respuesta: “Todas sus declaraciones anteriores no eran sinceras puesto que no quiere ayudar al partido (es decir a la burocracia) contra Trotsky. Usted es un enemigo oculto del partido.” Así, las anteriores confesiones se convertían en una cadena para los capituladores y los arrastraban al abismo.

De tiempo en tiempo, desafortunados capituladores eran arrestados o deportados de nuevo por motivos absolutamente insignificantes o puramente ficticios, siendo el objetivo destruir su sistema nervioso, matar su dignidad personal, romper su voluntad. Tras cada nueva represión, se concedía una nueva amnistía al precio de nuevas autoacusaciones el doble de humillantes. Cada uno estaba obligado a declarar en la prensa: “Reconozco que he actuado de forma deshonesta ante el partido y el poder soviético, que, de hecho, era un agente de la burguesía, pero, ahora que he roto definitivamente con los renegados trotskystas, etc.” Así se ha realizado paso a paso la “educación” (más exactamente la desmoralización) de decenas de millares de miembros del partido e, indirectamente, del partido entero, tanto acusados como acusadores, en un período de once años, desde 1923 a 1934. Durante esos años se ha elaborado un ritual en el que la gente se denuncia a sí misma en interés del partido, pero en realidad para

defender su lugar en las filas de la burocracia. La camarilla dirigente necesita este ritual ignominioso para extirpar en el mismo nido cualquier movimiento de pensamiento crítico.

Tras el asesinato de Kírov, en diciembre de 1934, el proceso de corrupción de la conciencia del partido sufrió una nueva aceleración, jamás igualada anteriormente. En esa época demostré en la prensa, y me comprometí a demostrar ante cualquier comisión de investigación imparcial también, que el complot contra Kírov había sido preparado, estando al corriente Stalin, por agentes de la GPU a fin de implicar a la Oposición en el asunto (el método de la policía: “amalgamas”) y desenmascararlo en vísperas de su realización<sup>94</sup>. El disparo de Nikolayev (que, evidentemente, tenía sus propios motivos) se produjo, sin embargo, antes de que estuviese preparada la amalgama. Tras dudas, contradicciones y mentiras, la burocracia tuvo que contentarse con medidas a medias como el reconocimiento por Zinóviev, Kámenev y otros de que eran “moralmente responsables” del asesinato de Kírov. Esta declaración “voluntaria” fue arrancada con un argumento muy simple, “si no quiere ayudarnos a destruir a la Oposición haciendo recaer sobre ella la responsabilidad moral de los actos terroristas, usted demuestra al mismo tiempo su real simpatía hacia la Oposición y el terror y le trataremos como a nuestros peores enemigos.” En cada etapa, estaba presente la alternativa para los antiguos capituladores, o bien abandonar sus antiguas confesiones y entablar una lucha sin esperanza contra la burocracia, sin programa, sin organización, sin autoridad personal, o bien descender un grado más abajo acusándose a sí mismos de nuevas ignominias más graves todavía y haciendo recaer sobre mí la responsabilidad de todo. ¡Tal es ese abominable descenso al abismo! Si se determina un “coeficiente” aproximativo de la progresión, se puede predecir el carácter de la capitulación para el nivel siguiente. He hecho eso en la prensa más de una vez.

Los “leves” fallos de cálculo de la GPU que pagó Kírov con su vida, naturalmente que no han avergonzado a Stalin. Ante el cadáver de Kírov decidió armar un nuevo proceso para transformar la responsabilidad moral de la Oposición en responsabilidad jurídica real. Zinóviev, aterrorizado, lo aceptó todo. Kámenev se opuso un poco. Se preparó un nuevo proceso especial para Kámenev, a puerta cerrada, en julio de 1935, durante el cual se le puso cara a cara con la muerte. Kámenev cedió. A partir de ese momento, la preparación del nuevo proceso se desarrolló a gran escala. En las prisiones de Stalin no faltaban candidatos para la acusación. A quien estuviese dispuesto a reconocerse culpable del crimen de terrorismo y desacreditarme se le prometía una vida suave y, después de algún tiempo, la libertad total. Cinco días antes del proceso, Stalin promulgó una ley especial concediendo el derecho de recurso a los condenados a muerte por terrorismo: había que alimentar las esperanzas de los condenados hasta el último momento. Zinóviev, Kámenev y el resto marcharon por sí mismos hasta el límite de la humillación y el rebajamiento. Tras lo cual fueron arrollados. Se les fusiló.

Stalin mira más lejos. Ya durante el proceso de los dieciséis la GPU forzó a Radek y Piatakov a publicar en *Pravda* artículos en los que confirmaban la exactitud de las acusaciones y exigían la pena de muerte para los acusados. Radek y Piatakov sabían

---

<sup>94</sup> Trotsky resume aquí correctamente su tesis en aquella época. En realidad, las informaciones a que se ha podido acceder desde 1956 demuestran que la empresa (imaginada y dirigida por Stalin) estuvo dirigida sin lugar a dudas a lo que era su primer objetivo, la muerte de Kírov. Anton Antonov-Ovseenko, el hijo del viejo-bolchevique, retrata en su libro *The Time of Stalin. Portrait of a Tyranny* (El tiempo de Stalin. Retrato de una tiranía), rastrea lo que la investigación de 1957 (diez gruesos volúmenes) reveló al respecto y también hace historia de esta investigación: los testigos que respondieron en esa época son objeto hoy en día de represalias policíacas. Pero no puede haber dudas: la muerte de Kírov fue organizada por la GPU a iniciativa de Stalin, puentando al jefe de la GPU de Leningrado, Medved y al responsable de la protección de Kírov, Borissov, con el adjunto de Medved, Ivan Z. Zaporjets, nombrado con este fin. Los testigos fueron suprimidos.

perfectamente que participaban (“en interés del partido”) en una escalofriante impostura judicial, pero no dudaban de que con esos mismos artículos estaban a punto de cerrar el nudo alrededor de su propio cuello. Después de reconocer que los dirigentes y antiguos dirigentes de la Oposición (Trotsky, Zinóviev, etc.) eran capaces, no solamente de ejercer un terrorismo clandestino, sino, también, de aliarse con la Gestapo, Radek y Piatakov se cerraron todas las vías de retirada: ¿desde qué punto de vista su situación era mejor que la de Zinóviev, Kámenev y Smirnov?

Si con el proceso Zinóviev la opinión pública mundial hubiese sido convencida de que yo era en secreto un terrorista y aliado de Hitler, puede que no se hubiera necesitado un segundo proceso. Pero a pesar de todos los esfuerzos de los abogados extranjeros de la GPU, el asunto Zinóviev-Kámenev provocó desconfianza, indignación y, como mínimo, dudas serias. Precisamente por ello era necesario un nuevo proceso “más convincente”. Naturalmente que Radek y Piatakov eran los corifeos de esta nueva producción. Después del proceso de los dieciséis, no tenían, naturalmente, ninguna de las ilusiones que habían mantenido Zinóviev y Kámenev. Pero ¿qué podía hacer esta gente moralmente aplastada? Podía escoger entre una muerte segura e inmediata a las puertas de la prisión o una vaga y problemática esperanza. Sin duda alguna Stalin les hizo llegar, a través de la GPU, que “evidentemente no podíamos evitar fusilar a Zinóviev, Kámenev y el resto, porque eran enemigos secretos; tenemos la mayor confianza en poder salvarlos y permitirlos volver al trabajo más tarde.” Para reforzar esos argumentos, la GPU fusiló a aquellos acusados que habían desplegado cierta resistencia.

La mecánica en sí misma no es muy complicada. Para su realización solamente exige un régimen totalitario, es decir ausencia de la menor libertad de crítica, sumisión militar de los acusados, testigos, fiscales y jueces a una única persona, y un monolitismo perfecto de la prensa en los gruñidos monótonos, asustaron y desmoralizaron a los acusados y a la opinión pública en su conjunto. Aquí hay que añadir la permanente posibilidad de fusilar a todos los acusados que manifestasen algún desacuerdo.

Los procesos de Moscú han tenido lugar no porque la GPU haya descubierto las huellas de un complot y localizado a los criminales; no porque los criminales atormentados por su conciencia se hayan acusado voluntariamente a sí mismos de haber cometido crímenes. No. Los procesos de Moscú se han puesto en escena porque la GPU disponía de un número ilimitado de hombres a los que podía modelar a su gusto conforme a las necesidades políticas, hombres educados en el sistema de las falsas confesiones y que están obligados a asumir toda suerte de dobleces a fin de demostrar su “sinceridad” e intentar salvar sus vidas. Los procesos de Moscú no tienen nada en común con un tribunal. Son producciones puramente teatrales con papeles escritos de antemano con los “Führer” absolutos como directores. Su objetivo político es: matar hasta la misma raíz de una vez por todas cualquier vestigio de pensamiento crítico. ¿Ha alcanzado ese objetivo la burocracia? No. Stalin se ha equivocado mucho. Las consecuencias de este error serán fatales para su dictadura. Lo veremos en un próximo futuro.

**[El libro en preparación]. Carta a Shachtman, Novack y otros**  
(31 de enero de 1937)

Estimados amigos,

Las comunicaciones entre México y Estados Unidos parecen más malas que en el caso de Europa. He enviado una larga carta a Sara<sup>95</sup> (con copia de mi carta a Liova<sup>96</sup>); envié a Sara, Eastman y Lieber<sup>97</sup> un artículo en ruso sobre el proceso, dos días antes de su comienzo; ni una sola respuesta. Y tened en cuenta que todo se ha enviado por correo aéreo. Comprendo muy bien que las causas no son falta de buena voluntad por vuestra parte, sino más bien por la imperfección de las técnicas norteamericanas.

Quiero hablaros de mi nuevo panfleto sobre las falsedades de Moscú<sup>98</sup>. Por supuesto que entendedís que me falta completar mi plan primitivo con una serie de capítulos concernientes al último proceso. Este trabajo está prácticamente terminado. En su conjunto, mi panfleto tiene aspecto de un diario, y ahora mis artículos y declaraciones más importantes constituirán otros tantos añadidos cotidianos a mi diario. Por ello, el trabajo se ha devenido más largo. Pienso que estará en alrededor de 80.000 palabras. Los primeros capítulos ya están mecanografiados y pueden enviarse de inmediato al traductor. El resto del trabajo recae más sobre la mecanógrafa que sobre mí. Hay que acelerar el acuerdo con el editor. Tanto por el objeto como por el momento en el que se publica, confío en que este libro sea uno de los más leídos de nuestros tiempos. La cuestión más importante es no perder ni un momento esperando. Espero de vosotros, mis queridos amigos, una respuesta concisa y una oferta favorable del editor.

¿Qué pasa con Lieber? No muestra ningún signo de vida. ¿Puede que esté ligado con los estalinistas<sup>99</sup>? ¿Podéis aclarar esta cuestión? Ahora me hace falta en Estados Unidos un agente eficaz y en quien se pueda confiar.

Aquí, junto a Van y Wolfe, trabajamos como cavadores preparando el material para la prensa. La hospitalidad de la prensa mexicana es excelente. Tenemos prácticamente a toda la opinión pública con mostros. Los estalinistas están aislados y desmoralizados. Se preguntan unos a otros: ¿realmente es posible que Stalin prepare semejantes falsificaciones? La duda es el principio del conocimiento.

Natalia ha recibido la carta de Sara, pero de nuevo está enferma. Confiamos en que sea sólo gripe y no una nueva crisis de malaria.

---

<sup>95</sup> Sara Jacobs, llamada Sara Weber (1900-1976), nacida en Polonia había emigrado muy joven a Estados Unidos donde se casó con Luis Jacobs, llamado Jack Weber, uno de los dirigentes trotskystas. En 1933 aceptó marchar a Prinkipo para ser la secretaria rusa de Trotsky al que acompañó a Francia en julio del mismo año: había vuelto a Estados Unidos en enero de 1934 pero conservado los contactos y comenzaba a ocuparse de las relaciones de Trotsky con los editores norteamericanos.

<sup>96</sup> Liova era el apelativo familiar de [León Sedov](#).

<sup>97</sup> Maxim Lieber (nacido en 1897) era el agente literario de Trotsky en Nueva York. Trotsky ignoraba evidentemente que la agencia en cuestión sólo era la cobertura de la GPU, ¡de la que Lieber era un importante agente!

<sup>98</sup> Se trata de los primeros escritos que constituyeron esta obra, *Les Crimes de Staline*.

<sup>99</sup> El silencio de Lieber en tal período era significativo. Pero no sería desenmascarado hasta después de la guerra.

**[Un antiguo fuerte lazo] Carta a L. Lore**  
(31 de enero de 1937)

Querido camarada Lore<sup>100</sup>,

Recibí su carta del 25 de enero con sincera satisfacción: veo que el lazo moral establecido en 1917 se mantiene sólido e indestructible. Comprenderá usted que estoy completamente hundido en el trabajo cotidiano sobre las falsificaciones de Moscú. Me alegra que este terrible acontecimiento me encuentre libre en México y no internado en Noruega. ¿Cuál es, según su parecer, la reacción de la prensa norteamericana ante las falsificaciones de Moscú? Aquí, en México, la actitud de la prensa es espléndida. Todos los diarios publican diariamente mis declaraciones y no me escatiman sus simpatías. Los estalinistas están completamente aislados y los más independientes de ellos se pregunta unos a otros si no será verdad que los acusadores de Moscú son auténticos crápulas.

Su promesa de venir el próximo verano con su mujer e hijos a México es excelente y espero nuestro reencuentro... Sabe usted que Stalin ha arrestado a nuestro hijo más joven y que lo acusa de haber preparado el asesinato de obreros con gas. Confío en que la prensa norteamericana nos ayudará a Natalia y a mí a salvar a Sergei, que es joven honesto y bueno, un ingeniero serio, completamente apolítico. La consigna debe ser: ¡que salga para unirse a su familia! Al exiliarnos, la GPU nos prometió oficialmente, en nombre del gobierno, que todos los miembros de nuestra familia que permanecían en la URSS tendrían la posibilidad de unirse a nosotros en el extranjero.

**¿Por qué los procesos? Nota prensa**  
(31 de enero de 1937)

Ya he tratado en numerosas ocasiones de responder a esta importante pregunta. La burocracia se ve cada vez más aislada y cada vez ese aislamiento le aterroriza más. Tiene miedo del pueblo, que es profundamente hostil a la nueva aristocracia. La burocracia trata de engañar al pueblo con la nueva constitución pseudodemocrática. Al mismo tiempo quiere matar cualquier oposición. Pero no puede confesarle al pueblo los verdaderos motivos de su lucha contra los defensores de los intereses del pueblo. Tiene que atribuirle a la Oposición motivaciones deshonestas, objetivos horribles y criminales. He ahí los motivos de esas falsificaciones sin precedentes en la historia.

---

<sup>100</sup> Ludwig Lore (1875-1942) ya era un conocido socialdemócrata en Alemania cuando emigró a Estados Unidos en 1903 y se impuso (en particular en el *New Yorker Volkszeitung*) como uno de los mejores periodistas socialistas. Se ligó con Trotsky durante la estancia de este último en Nueva York y le ayudó considerablemente a vivir gracias a sus posiciones en la prensa. En 1925 fue expulsado del PC norteamericano por "trotskyismo" cuando estaba más ligado a Trotsky por acercamiento personal que no por comunidad de ideas. Durante algún tiempo fue miembro del WPUS. En esta época circulaban rumores que decían que estaba "cogido" por la GPU.

***Yo acuso a D.N. Pritt y R. Rosenmark (comunicado de prensa)***  
(1 de febrero de 1937)

*1/II/37. 16 horas*

A pesar de sus rimbombantes títulos (K.C. y M.P.<sup>101</sup>), el abogado británico DN Pritt<sup>102</sup> es una agente “jurídico” de la GPU. Moscú ha ocultado al mundo entero hasta el último momento el inminente proceso contra Zinóviev-Kámenev. Pritt, por el contrario, fue invitado al juicio por adelantado, es decir, antes de la apertura de la vergonzosa comedia del proceso, la GPU no dudaba del futuro “peritaje” favorable por parte del imparcial consejero del rey. La GPU no se ha equivocado. Apenas recién sonados los disparos en la nuca a las dieciséis víctimas injustamente condenadas, Pritt publicaba el folleto *The Zinoviev Trital*, en el que la petulancia no bastaba para ocultar una conciencia corrompida. En el extranjero, este folleto sirve como principal medio de defensa de la GPU y se vende a buen precio en diferentes países. Cuánto le ha costado a Moscú, eso es otra cuestión.

El papel del abogado francés Rosenmark es todavía peor si cabe. Se pregunta uno por qué éste apareció en calidad de autoridad suprema para las cuestiones de jurisdicción “revolucionaria” y de moral política.<sup>103</sup> Pritt al menos actúa en nombre propio y asume personalmente los riesgos de su poco brillante misión. Rosenmark no tiene ni ese “coraje”: actúa bajo la cobertura de la Liga Francesa de los Derechos del Hombre, cuyo órgano publicó el 15 de noviembre de 1936, en el momento de mi detención en Noruega, un “informe” de un cinismo sin parangón en el que Rosenmark justifica con piadosos sofismas toda la amalgama de Moscú y donde declara que en cualquier otro país Trotsky sería condenado al paredón. Yo digo que la opinión pública debe condenar, y que condenará, a M. Rosenmark a vergüenza eterna<sup>104</sup>.

Estoy presto para asumir la responsabilidad por las graves acusaciones que lanzo contra Pritt y Rosenmark ante cualquier tribunal independiente y ante una comisión de investigación internacional competente. Que los agentes internacionales, que los “amigos” de la GPU y sus instrumentos de toda laya sean más prudentes: el proceso contra ellos está abierto, ¡y se llevará hasta el final!

---

<sup>101</sup> K.C.: King’s Counsellor, consejero de su majestad; M.P.: Member of Parliament, miembro del parlamento, diputado.

<sup>102</sup> Denis Nowell Pritt (1887-1973), abogado, diputado del Labour Party, en realidad “compañero de ruta” estaba en la URSS durante el proceso de los dieciséis y envió a la prensa británica artículos en los que los avalaba como jurista.

<sup>103</sup> Hermann, llamado Raymond Rosenmark (1885-1950) abogado parisino, la comisión especial de la Liga de los Derechos del Hombre le había encargado del informe sobre los procesos de Moscú y se declaró satisfecho del procedimiento ironizando bochornosamente sobre quienes ponían en duda las “confesiones”. Nada parecía predestinar a Rosenmark para el papel que jugó: abogado en París desde 1906, era especialista en derecho civil en el gobierno del antiguo presidente Viviani y sus causas célebres habían sido el divorcio de Sacha Buitry y Jacqueline Delubac y la herencia del perfumero Boty. Era miembro de la Liga de los Derechos del Hombre desde 1902, francmasón y ligado al presidente Victor Basch, pero no existía ninguna razón seria para hacer de él un “experto” en un asunto tan delicado escogiéndole como secretario de la comisión especial de la Liga de los Derechos del Hombre sobre el proceso de los dieciséis...

<sup>104</sup> De hecho, Rosenmark cayó en el más completo olvido, hasta tal punto que hemos tenido muchas dificultades para boetener algunas pocas informaciones biográficas sobre él. De 1940 a 1944 se refugió en provincias y después Rosenmark retomó sus actividades en el colegio de abogados de París.

**[Toma de contacto] Carta a LaFollete**

(1 de febrero de 1937)

Estimada señorita LaFollete<sup>105</sup>,

Gracias de todo corazón por su tan amistosa carta. Este mediodía gozamos de un breve respiro y lo uso para responder a su mensaje, recibido esta mañana. Estoy completamente satisfecho de la reacción de la opinión pública mexicana ante los procesos de Moscú y nuestras declaraciones. Se me asegura de todas partes que la opinión pública mexicana, con minúsculas excepciones, está con nosotros. Me alegraría mucho recibir una breve apreciación de la actitud que prevalece respecto a este punto en la opinión pública de los Estados Unidos. El corresponsal mexicano del *Times* me dice que hace algunos días que los yanquis no pueden comprender por qué muchos de los viejos bolcheviques se acusan de crímenes que jamás cometieron. Roy Howard<sup>106</sup> me envió un cable en el mismo sentido. En un artículo y una serie de declaraciones he tratado de aclarar esta cuestión compleja y particular<sup>107</sup>. Desafortunadamente no puedo juzgar desde aquí si mis esfuerzos se han visto coronados por el éxito.

Desgraciadamente Diego está enfermo y sigue en el hospital. Lo veo muy raramente. Frida nos visita casi todos los días.

**[Informaciones e interrogantes] Carta a L. Sedov**

(1 de febrero de 1937)

Ayer recibimos los documentos adjuntos a tu nota informando de que habías padecido una pertinaz gripe. Está bien que estés recuperado y confío en que nuestra correspondencia será más regular y, sobre todo, más concreta<sup>108</sup>. Todavía no sé si has recibido el libro de Eastman con una larga carta sobre Pritt y Rosenmark<sup>109</sup>. Nos inquieta mucho la suerte de ese libro y esperamos noticias de tu parte, aunque sólo sea un telegrama<sup>110</sup>. Pero ni una palabra sobre ello en tu última carta. Si la has recibido, ¿has podido servirte de la carta? ¿Se ha publicado de una forma u otra?

No enviar los testimonios de los franceses, daneses, etc., es, simplemente, un crimen. Aquí el asunto puede marchar tan deprisa que de aquí a dos o tres semanas la comisión de investigación norteamericana podrá comenzar sus trabajos. Todavía no tengo las copias de los telegramas de Herriot para tu visado<sup>111</sup>, ni la foto de tu visado estampada en tu pasaporte. ¿A quién hay que dirigirse para eso? Tengo la impresión de que vosotros no tenéis ni una brizna de organización, que todo se hace, por uno u otro, a tenor de la iniciativa personal.

<sup>105</sup> Suzanne LaFollete (nacida en 1893), escritora y periodista, editora de *The New Freeman*, era uno de los miembros más activos de la oficina del comité de defensa.

<sup>106</sup> Roy Howard (1883-1964), periodista en la famosa cadena Scripps, era el periodista que había logrado una entrevista con Stalin el 1 de marzo de 1936.

<sup>107</sup> Ver, por ejemplo, en esta misma obra, página 217 y siguientes. *Edicions Internacionals Sedov*: “Cómo y por qué ciudadanos soviéticos se acusan a sí mismos de crímenes que no han cometido”. EIS.

<sup>108</sup> Estos dos primeros párrafos descubren un descontento mal disimulado: el conflicto entre padre e hijo estalla en la extremada tensión del trabajo contra los procesos.

<sup>109</sup> Ver en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov*: “Yo acuso a D.N. Pritt y R. Rosenmark”.

<sup>110</sup> Trotsky consideraba ese texto como importante. Sedov responderá por carta.

<sup>111</sup> Se trata de los telegramas de Natalia Sedova a Herriot y de Herriot al cónsul de Francia en Berlín que probaban que León Sedov se había reunido con sus padres en 1932 en Francia, no en Copenhague, adonde no había viajado.



No dices ni una palabra sobre la suerte de las ediciones inglesa y rusa. A la espera, esta cuestión me inquieta mucho. Cuando recibas el primer pago del editor inglés repartirás la suma: te guardas la mitad para ti y me envías el resto.

¿Qué hay de la nueva edición de *La revolución traicionada*? Supongo que los 8.000 primeros ejemplares han debido difundirse. ¿Qué espera el editor para hacer una nueva tirada? ¿No hubiera sido posible hacer una edición más barata, accesible a los trabajadores?

Pasemos ahora a mi último libro: gracias al nuevo proceso de Moscú está muy avanzado; incluiré en él, cuando los reciba, una serie de artículos y comunicados periodísticos en forma de capítulos o mejor de “días”, pues todo el libro está escrito como un diario. En total habrán no menos de 300 páginas (texto francés). Puedo enviar los capítulos al traductor inmediatamente después de recibir el telegrama de París. El libro ya está de hecho preparado, sólo queda que aportar algunas correcciones y mecanografiarlo. Para eso será suficiente con menos de un mes, todo dependerá después del traductor y de la rapidez del trabajo del editor.

Sea como sea, el libro debe salir en primavera. Será accesible para todos; además, trata un tema dramático y candente, su éxito parece, pues, asegurado de antemano. Por otra parte, un editor inteligente lo entenderá sin ayuda de nadie.

La reacción de la opinión pública norteamericana ante los procesos es, simplemente, fantástica. Todos los diarios, salvo el semanario estalinista, publican diariamente mis comunicados, que de hecho son verdaderos artículos. La simpatía de la población está completamente de mi parte en lo concerniente a los puntos decisivos. Los estalinistas están completamente aislados y desamparados. Hoy mismo, un periodista que se ha reunido con ellos ha informado de uno de sus juicios: “hay que admitir que Trotsky ha logrado desorientar a la opinión pública de la clase obrera mundial.” ¡La confesión es en verdad extraordinaria!

He hecho circular no pocos comunicados en la prensa norteamericana. Hoy se ha publicado en 25 diarios simultáneamente un gran artículo de Roy Howard, el mismo que entrevistó a Stalin hace ahora año y medio. Por tanto, esta campaña debería tener consecuencias muy importantes. Personalmente no puedo imaginar qué actitud adoptará esa camarilla ante semejante bombardeo.

¿Cómo reaccionan los periódicos franceses? ¿Han publicado, aunque solo sea, algunos extractos de mis artículos y comunicados?

En Nueva York se celebrará el 14 de febrero<sup>112</sup> un gran mitin (4.000 personas) al que me dirigiré desde aquí por teléfono. Se tratará evidentemente del proceso de Moscú puesto que me abstengo rigurosamente de cualquier injerencia en la política norteamericana. El objetivo de este mitin es la creación de la comisión norteamericana de investigación.

Gozo de buena salud a pesar del encarnizado trabajo, o puede que gracias a eso. Mamá está completamente curada de su malaria, pero estos últimos días está agudamente agripada. En conjunto, tanto el clima como la comida (legumbres, frutas) superan cualquier elogio. Qué suerte haber podido llegar a México antes del inicio del nuevo proceso de Moscú. Como te he escrito, tengo una colaboradora rusa y, por tanto, por esta parte toda marcha maravillosamente bien. En esos momentos, además de Van, está conmigo Wolfe, un camarada norteamericano. Jan [Frankel] llegará en cualquier momento. Entonces tendré el secretariado ideal. Esto es todo por el momento.

---

<sup>112</sup> Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#): “[Discurso para el mitin de Nueva York] (Me juego la vida)”. EIS.

El comité norteamericano existe y actúa; ha devenido una fuerza política. No sé nada decisivo en cuanto al comité francés. Desde Oslo me llegan importantes ecos, pero de París nada.

Aquí únicamente tengo un solo ejemplar del *Libro rojo*. ¿Es posible que nadie en París haya pensado cuán importante es suministrar a los mexicanos el *Libro rojo*, el folleto de Serge, los llamamientos del comité francés, etc.?

**[Sobre la edición norteamericana]. Carta a H.E. Maule**  
(2 de febrero de 1937)

Estimado Señor Maule<sup>113</sup>,

Su carta del 26 de enero me ha supuesto el peor de los golpes. Estaba completamente seguro de que el libro se publicaría en los próximos días. Envié mi manuscrito al señor Eastman, capítulo a capítulo, con la seguridad de que él lo traduciría a tiempo para permitir su publicación por entregas<sup>114</sup>. Desgraciadamente, este no ha sido el caso. Tengo que renunciar a la publicación por entregas y ello constituye la parte más importante de mis derechos. Pero esto no es todo. Incluso si abandono todos mis intereses en una publicación por entregas (lo que hago), el libro no puede publicarse antes de marzo. Esto significa, simplemente, asesinar el libro. Tras la gran concentración de atención en el “trotskismo” durante las últimas semanas, es inevitable una reacción y el libro se publicará justamente en los momentos de esa reacción.

Usted habla en su carta de determinados métodos técnicos de publicidad. Pero la publicidad que he hecho con mis artículos y declaraciones en la prensa norteamericana es suficientemente importante. No puedo hacer nada si el señor Eastman impide la publicación del libro a tiempo.

En ningún caso puedo retirar la fecha de mi introducción<sup>115</sup>. Esta no es una cuestión de “interés histórico”. La cuestión es esta: he escrito ese libro *después* de lo sucesos (los procesos de Moscú) o *antes*. Los capítulos consagrados al régimen interno adquieren su valor, precisamente, a causa de que se han escrito antes de los procesos. La única cosa que puedo proponerle es esta: eliminaré la fecha y el post scriptum de la introducción, pero escribiré una corta introducción nueva (más exactamente pre-prefacio) de una página en la que indicaré que el libro fue escrito antes de los procesos de Moscú y que esta circunstancia no le resta nada a su actualidad, sino todo lo contrario. Le ruego que me telegrafié si acepta usted esta propuesta de pre-prefacio. Haré que se traduzca aquí para evitar nuevos obstáculos. Pero en ningún caso puedo inducir al lector a error omitiendo simplemente la fecha.

Ahora, en cuanto a mi nuevo libro sobre los procesos de Moscú<sup>116</sup>, la traducción debe comenzar *inmediatamente*, con el objetivo de acabarla en cuatro o cinco semanas: es el tiempo necesario para corregir y mecanografiar el manuscrito que está ya terminado. No puedo esperar a que el editor haya “examinado” el conjunto del manuscrito. No pido dinero teniendo en cuenta que la traducción no está acabada. En cualquier caso, hay que publicar el libro antes de abril.

---

<sup>113</sup> H. E. Maule (1886-1971) era el director de la editorial Doubleday & Doran que tenía que editar *La revolución traicionada*.

<sup>114</sup> La prepublicación en revistas era más rentable financieramente que los derechos de autor.

<sup>115</sup> La introducción de Trotsky llevaba la fecha de su redacción: 4 de agosto de 1936, y el editor deseaba suprimirla pues, según él, “databa” la obra.

<sup>116</sup> Esta misma obra: *Los crímenes de Stalin*.

Dudo que pueda usted aceptar estas condiciones, sobre todo que los dos libros aparezcan al mismo tiempo. Si, contrariamente a mis suposiciones, acepta usted el nuevo libro, debo tener un traductor que preste atención a mis intereses e instrucciones. El señor Eastman es un autor demasiado eminente para ser un traductor atento.

Juzga usted necesario repetir que, teniendo en cuenta su “importante inversión” en el libro sobre Lenin, está usted “impaciente” por verlo terminado. Siento decirle que me impacientan un poco esos recordatorios. Estoy dispuesto a resarcirle de su inversión con intereses.

**[Cuestiones financieras]. Carta a W. Held (Epe)**  
(3 de febrero de 1937)

Mi querido Epe<sup>117</sup>,

Le agradezco calurosamente su intervención en mi favor. He enviado los dos telegramas indicados, uno para el abogado Støylen<sup>118</sup>, concerniente al asunto de los impuestos y el otro para usted mismo, y concerniente al asunto Puntervold.

Sé muy bien que está usted perfectamente al corriente de ambos asuntos, pero, sin embargo, quiero hacerle llegar algunas consideraciones o detalles que podrían escapársele.

*Sobre los impuestos.* El internamiento me privó durante cuatro meses de cualquier posibilidad de trabajar y ganarme la vida. Al mismo tiempo, el gobierno me hizo pagar por mi pensión dos veces y media más caro de lo que pagaba cuando estábamos hospedados por la excelente familia Knudsen. Bajo esas condiciones, gasté el resto de los honorarios ganados anteriormente.

Aunque mi presencia en Noruega era muy conocida desde hacía un año, jamás ninguna autoridad me solicitó pago de impuestos. Toda esta historia comenzó después de que enfermase. M. Puntervold me declaró que no tenía nada que pagar, puesto que no tenía ningún capital y porque cubría mis gastos gracias a ingresos muy modestos que recibía del extranjero.

Por mis honorarios yo he pagado en impuestos en los países de origen: 10% a los EEUU, 10% a Francia, 22,5% a Inglaterra. En Noruega sólo gané 5.000 coronas por mi autobiografía.

Presenté todos esos datos y explicaciones a través del señor Puntervold y una relación de mi editor Simon & Schuster, relación en la que se indicaba los impuestos detraídos por Estados Unidos. Si el municipio en cuestión no recibió mis explicaciones y la relación debe achacársele al señor Puntervold. Por otra parte, pedí que se me devolviese lo antes posible la relación de Simon & Chuster, que necesitaba. El señor Puntervold no lo hizo nunca.

Aprovechándose de mi internamiento y de la falta de experiencia de mi hijo, un editor inglés se apoderó de mi manuscrito *La revolución traicionada* sin haber pagado hasta el momento nada por ello. No sé si los editores checoslovacos, holandeses y otros han roto las negociaciones a causa del gran retraso en la entrega del manuscrito. Ver el 8 4 más abajo.

---

<sup>117</sup> Trotsky escribe aquí el verdadero nombre de su colaborador alemán de Noruega al que de ordinario llama por su alias de guerra, Held.

<sup>118</sup> Andreas Støylen (nacido en 1896) era el abogado contratado por Epe desde que su predecesor Puntervold, no teniendo bastante con no haber hecho nada en cuanto a la situación fiscal de Trotsky, había bloqueado, además, su cuenta con el pretexto de sumas que reclamaba como honorarios.

*Sobre el asunto de mi abogado Puntervold.* Me visitó por primera vez en los últimos días del mes de agosto, todavía en Weksal, con el proyecto de denuncia ante el tribunal contra los fascistas y estalinistas. Yo aprobé el texto. Me dijo: “mañana lo registro ante el tribunal”. Cunado me visitó después de dos o tres semanas en Hurum respondió de forma positiva, pero muy confusa, a mi pregunta sobre si ya se había dado el primer paso. No insistí, tanto por educación como, también, por ignorancia de los procedimientos jurídicos en Noruega. En realidad, dio ese primer [paso] a fines del mes de septiembre o comienzos del mes de octubre, con el pretexto de la ausencia de Oslo del redactor estalinista, cosa que me pareció incomprensible y ridícula.

A principios de septiembre, la situación de cara al juicio era mucho más favorable que cuatro o cinco semanas más tarde. No sé si el gobierno se habría atrevido a interrumpir un juicio ya en marcha. En cualquier caso, la pérdida de tiempo en este asunto no tiene excusa.

El señor Puntervold me hizo cinco o seis visitas, carentes absolutamente de valor para mí: jamás estaba al corriente del asunto. Siempre se encontraba en un estado demasiado agitado como para entenderme bien y, sobre todo, acordarse de sus obligaciones y promesas<sup>119</sup>. Ni una sola vez he logrado nada a través del señor Puntervold.

La censura ha retenido tres copias del manuscrito de mi libro *La revolución traicionada* durante dos meses (en Inglaterra, Checoslovaquia y Holanda), a pesar de que dos copias de ese manuscrito ya habían sido envidadas antes de mi internamiento a Francia y USA. El señor Puntervold había olvidado, simplemente, comunicar ese hecho al Central Pass Kontor, igual que también había olvidado decirme que el manuscrito todavía no se había enviado. Esta era su forma de actuar. Venía a visitarme solamente para recibir 1.000 coronas.

Repito: no sabía nada del juicio. Sobre el excelente análisis de usted sobre la declaración de Olberg, me dijo una vez: “he escrito con Epe un análisis, etc.” Solo reaccioné con una sonrisa para mis adentros. ¿En qué consistía, pues, su trabajo? En cinco o seis visitas como máximo. Junto con mi esposa, recibimos en las mismas condiciones visitas de los mejores médicos, que honraron verdaderamente a la medicina noruega. Por cada visita sólo reclamaban una modesta suma, de 60 u 80 coronas. Eso arrojaría para el caso del señor Puntervold entre 400 o 500 coronas, más los gastos postales y las llamadas telefónicas. Prácticamente no hizo nada, dejando por completo en mis manos y las de mis amigos lo concerniente al juicio.

En los primeros tiempos habló de 5.000 coronas por el juicio en primera instancia. Sin embargo, no hubo ningún juicio (hasta cierto punto a causa de su negligencia). Incluso cuando tuve que declarar en calidad de testigo ante el tribunal de Drammen ni se acercó para instruirme en las particularidades del procedimiento noruego, a pesar de su promesa al respecto. No sé cómo el señor Puntervold puede explicar lo que ha hecho para facilitar mi situación en Noruega o para ayudarme a perseguir a mis calumniadores.

Cuando se planteó la cuestión de México, las comunicaciones telefónicas con el señor Puntervold fueron hasta tal punto confusas que incluso corté una conversación con él para no dejarme enredar y me dirigí directamente al gobierno a través del *Hauptmann*<sup>120</sup> Jonas Lie: al menos estaba seguro de que aquello que yo diría se transmitiría de una forma exacta.

Es penoso escribir todo esto, mi querido Epe. Estando en Hurum todavía, me escribieron algunos amigos que conocían mi difícil situación financiera: “Pero, tras la prohibición del juicio, Puntervold le devolverá por lo menos la mitad de la suma que usted

<sup>119</sup> Más tarde Trotsky, menos diplomático, escribirá que Puntervold no era más que un “viejo borracho”, lo que de hecho se aproximaba más a la verdad histórica.

<sup>120</sup> En alemán en el texto original: “capitán”.

le ha pagado.” Me limité a encogerme de hombros: no valía la pena plantear esta cuestión. Pero nunca esperé, jamás, este brutal golpe de fuerza descargado por Puntervold con ayuda del gobierno. Llamo su atención sobre el hecho que, en vísperas de nuestra partida, el Central Pass Kontor nos hizo saber que, por motivos técnicos, era imposible recibir nuestro dinero del banco y que se nos enviaría al día siguiente por telégrafo a México. Solo llevábamos encima 100 coronas, precisamente para pagar al camarero y cocinero del barco. Para agradecer un poco al personal de equipajes tuvimos que pedir prestados 30 dólares a nuestra llegada y pusimos pie en tierra sin un céntimo. Solamente la extraordinaria hospitalidad de las autoridades mexicanas no libró de dificultades casi insuperables durante los primeros momentos.

Le he escrito esta vez sobre este penoso asunto. Muy pronto le escribiré sobre nuestra vida aquí.

***[De nuevo sobre Noruega]. Carta a W. Held***

(4 de febrero de 1937)

Querido amigo,

Respondo a su carta del 15 de enero. Hay que reconocer que usted es el único europeo que escribe sistemáticamente. Le estoy sincera y profundamente agradecido por ello.

Dos comentarios más sobre Puntervold. Podría haber envidado su factura durante los diez últimos días, cuando se planteó la cuestión de México. Ha preferido esperar a nuestra partida y después apoderarse de mi cuenta corriente en el banco. Se puede decir que verdaderamente es la única ocasión en que ha estado atento. En el telegrama que recibimos a nuestra llegada a México, Puntervold exigía la transferencia de 2.500 coronas y nos prometía enviar testimonios, documentos, etc. Hasta ahora no he recibido nada. ¿Dónde están verdaderamente los documentos que han estado en manos de Puntervold? Muy pronto los necesitaré para la comisión de investigación de Nueva York que se creará en las próximas semanas. Le ruego que aclare esta importante cuestión. Es necesario que se nos envíen todos los testimonios que se han reunido hasta el momento: Copenhague, declaración de Falk<sup>121</sup>, etc.

Ahora paso a otra cuestión: durante nuestra penúltima entrevista con el ministro de justicia que tuvo el atrevimiento de venir personalmente a mi casa, le dije: “usted me dice que Epe, y puede que también su esposa, nos acompañará. Precisamente por eso quiero entenderme con Epe antes de la partida. Quiero saber si él quiere quedarse en México o volver y si usted le reserva la posibilidad de hacerlo.” El ministro: “se lo digo claramente, queremos desembarazarnos de Epe, ha escrito un artículo...”, “entonces usted lo que quiere es que yo le ayude a montarle una emboscada a Epe. Si usted quiere expulsarlo, él mismo debe escoger el lugar. Sería feliz si viniese a México, pero debe ser él mismo quien escoja. ¿Es posible que no entienda usted estas cosas elementales?”<sup>122</sup>

Casi me asombra que le hayan dejado a usted en Noruega. M. Trygve Lie ha debido tropezar con una oposición interna. Pero, usted plantea la cuestión de su desplazamiento. ¿No cree usted que lo mejor para sus trabajos literarios sería ir a Bruselas y establecerse ahora como corresponsal de diferentes periódicos? Este es un punto muy

<sup>121</sup> Erling Falk (1887-1940), noruego, militante de la IWW en los Estados Unidos durante más de diez años, se había unido al DNA a principios de los años veinte y había animado al grupo formado alrededor del diario *Mot Dag*. Viajó a Copenhague para reunirse con Trotsky durante la estancia de este último en 1932.

<sup>122</sup> Trotsky le había indicado a Held que no creía prudente que este último partiese con él. Pero parece que es aquí donde indica por primera vez su fuente.

importante. Naturalmente que la vida no está asegurada de antemano. He ahí el problema. Habla usted de los Estados Unidos. También es una importante posibilidad. A mi parecer esta sería más bien la segunda etapa, es decir para el caso en que la situación en Europa empeorase (fascismo, peligro de guerra, etc.) Pero..., es muy difícil dar consejos desde aquí.

Mis más calurosos saludos a los camaradas Meyer, Krog y Scheflo<sup>123</sup>. Los artículos de Krog son verdaderamente magníficos y están impregnados de una honestidad y espíritu revolucionarios. Estaría bien citarlo en mi nuevo libro sobre los procesos de Moscú y sobre mis tristes aventuras en Noruega.

Yo también estoy tan orgulloso como nuestra querida Synnøve<sup>124</sup> por la fama mundial de mi corbata.

**[¿Qué quiere decir Solow?]. Carta a H. R. Isaacs**  
(6 de febrero de 1937)

Estimado camarada Isaacs<sup>125</sup>,

El camarada Solow<sup>126</sup> cree que mis explicaciones sobre Hearst no son claras. No entiendo qué quiere decir. He rechazado recibir al representante de Hearst u ofrecer declaraciones al Universal Service<sup>127</sup>. Esta ha sido la única agencia a la que se le ha rehusado recibirla. ¿No está claro? Puede ser que Hearst haya obtenido las declaraciones de otras agencias o diarios mexicanos que las han publicado textualmente sin recortes. Cuando las imprime como de “León Trotsky”, no miente formalmente puesto que yo soy verdaderamente el autor. Pero no soy responsable de los canales a través de los que obtiene esas declaraciones. ¿Puedo emprender una acción legal contra él? Usted debe saberlo mejor que yo. ¿Qué es lo que no tiene claro Solow?

Temo que las reivindicaciones de usted para mi discurso<sup>128</sup> sean imposibles. Para realizar una décima parte de lo que Solow sugiere debería tener cinco horas, como Vishinsky.

No estoy seguro de que pueda llegarle el texto antes del 9. Usted ha cambiado la fecha, y la traducción exige dos o tres veces más tiempo porque Wolfe no sabe el ruso y yo conozco mal el inglés. Enviaré el texto por partes desde el momento en que estén acabadas.

---

<sup>123</sup> Son los tres noruegos que, junto a Knudsen, habían sido más cercanos con Trotsky y criticaban la política seguida con él.

<sup>124</sup> Synnøve Ronsedhal-Jensen era la compañera de Held y le había regalado a Trotsky una corbata que él enseñaba en las fotos mexicanas que se habían visto en Noruega.

<sup>125</sup> Harold R. Isaacs (nacido en 1910), primero periodista en China y próximo al PC, se había ligado a los trostkystas chinos en 1934 y visitado a Trotsky en 1935. Se había unido a la sección norteamericana y aseguraba el contacto con Trotsky desde la entrada en el SP de los militantes del WPUS.

<sup>126</sup> Herbert Solow (1903-1964), antiguo estudiante de Columbia, periodista, animador del grupo Menorah, se había entrevistado con Trotsky en Prinkipo en 1930 y en 1933 había animado la resistencia de los intelectuales a la política de división del PC norteamericano en pleno “tercer período”. Había militado algún tiempo en la CLA antes de la creación del WPUS y notablemente había editado durante las huelgas de Minneapolis el diario *The Organizer*. Le irritó mucho que los trostkystas disolvieran en 1936 su organización de solidaridad, el NPLD, pero, sin embargo, era muy activo en el comité de defensa y en la preparación de la comisión de investigación. Era un intelectual de gran clase, pero Trotsky no siempre tenía la paciencia que hubiese querido tener y prefería usar un intermediario.

<sup>127</sup> Universal Service dependía de la cadena Hearst.

<sup>128</sup> Se trata del discurso que Trotsky debía pronunciar por teléfono en el mitin del comité de defensa el 9 de febrero en Nueva York. [Ver en estas mismas Ediciones Internacionales Sedov: [\[Discurso para el mitin de Nueva York\] \(Me juego la vida\)](#)]

Estoy demasiado ocupado para escribir a Solow ahora, agradézcale también su carta. Mis mejores saludos a todos los camaradas.

***[Bolchevismo y estalinismo en la revolución y la contrarrevolución en España] 8ª y 9ª sesiones ‘Comisión Dewey’***  
(Octava y novena sesiones de la ‘Comisión Dewey’)<sup>129</sup>  
(14 y 15 de abril de 1937)

Beals.<sup>130</sup> - *¿Es usted responsable de las diferentes fracciones que utilizan en España el nombre de “trotskystas”?*

Trotsky. - Allí no hay trotskystas. La situación es tal, que cualquiera que se opone a la política de la Komintern, ésta le llama “trotskysta”. Porque trotskysta significa fascista en la propaganda de la Komintern. Es un argumento simple. Los trotskystas no son numerosos en España. Lo siento, pero debo reconocer que los verdaderos trotskystas no son numerosos.<sup>131</sup>

<sup>129</sup> *La revolución española (1930-1940)* titula este epígrafe “Los revolucionarios en la guerra civil”.

<sup>130</sup> Las preguntas de Carleton Beals, tendentes a implicar a Trotsky en los asuntos internos mexicanos (sobre todo la afirmación de que éste había enviado a Borodin a México para fundar el partido comunista) y de forma general, oponiendo a Trotsky las ideas estalinistas, sin hacer caso de las investigaciones, llevaron a Trotsky a acusarle de estar al servicio de la GPU: la comisión de investigación le censuró por su actividad, lo que provocó su dimisión.

<sup>131</sup> Después de la defección de Fersen, la marcha de Munis a México, la ruptura de hecho entre Nin y los veteranos de la *Izquierda Comunista* y la expulsión de los militantes mexicanos de las JSU de Madrid, ya no quedaban trotskystas organizados en España. Al principio de la Guerra Civil, el italiano Bartolomeo Fosco, ligado, como ya se ha visto, a Molinier, era militante del POUM en Barcelona, y el joven Robert de Fauconnet, se había refugiado en España después de su desertión. Entre finales de junio y principios de agosto, entraron varias decenas de militantes trotskystas: la delegación del SI con Jean Rous (Claf), y los militantes del POI, Benjamin Péret y Sebas, belgas, italianos, franceses, algunos refugiados alemanes, suizos. Estos últimos, el polaco Winter, estudiante en Suiza con el nombre de Freund, llegado a España bajo el de Moulin, Paul y Clara Thalmann, residían en Madrid, donde había trabajado sobre todo en la propaganda de Radio-POUM. La mayor parte de los demás hablan constituido uno de los elementos de base de la columna internacional Lenin, en el frente de Aragón. En Barcelona, después de la muerte de Fauconnet, caído en el frente, no había sido posible poner en pie un grupo. Fosco haría responsable de esto al “sectarismo” de Rous, pero Erwin Wolf (Braun), miembro del SI acusa a Fosco de haber estado en contacto con los dirigentes del POUM, y de haberles denunciado a los trotskystas extranjeros que intentaron hacer fracción en él. En el primer núcleo trotskysta no había españoles. Esto se debe a que los militantes se habían marchado desde los primeros días con las columnas de milicianos, y a que no existía ningún polo de reagrupamiento. En el momento en que Trotsky hacía sus declaraciones, había un pequeño grupo (al parecer de mexicanos) en Madrid, y militantes de diversas nacionalidades en el “Grupo internacional de Quincena” en el frente, que eran militantes del POUM o de la JCI y una media docena de militantes en Barcelona, con Moulin y los Thalmann, el americano Milton, los italianos Carlini y Lionello Guido, sin contar a Esteban Bilbao. Este último, con algunos amigos personales, colaboraría con G. Munis desde la vuelta de éste a México. José Quesada, que entró en contacto con el “grupo B-L” poco después de las jornadas de mayo, nos ha comunicado (22 de diciembre de 1972) que “Munis y Carlini constituían casi únicamente ellos dos el grupo”. Alrededor de noviembre de 1936, fue proclamada la “Sección Bolchevique-leninista Española”. Landau, en un artículo firmado Spectator, en *La Batalla* del 20 de abril de 1937, evalúa sus efectivos en 25 miembros, en su mayoría extranjeros. Los militantes belgas que tomaron parte son más precisos, y hablan de unos efectivos totales de 33. La “corriente” B-L no se reconstituiría poco a poco más que con Eduardo Mauricio, un joven “veterano” del bastión de Llerena de la ICE, los ex JCI madrileños Miguel Olmeda, Teodoro Sanz, Jaime Fernández, antiguos organizadores de la JCI en la capital, los andaluces José Quesada y Julio Cid, que llegó atravesando las líneas franquistas. Es presumible que el grupo rival de la “sección oficial”, constituido por Fosco alrededor del periódico *El Sóviet*, era menos numeroso todavía.

Existe un partido poderoso, el POUM, Partido Obrero de Unificación Marxista. Este partido es el único que reconoce que yo no soy fascista. La juventud de este partido tiene simpatía por nuestras ideas<sup>132</sup>. Pero su política es muy oportunista y yo la critico abiertamente.

Beals. - *¿Quién lo dirige?*

Trotsky. - Nin. Es amigo mío<sup>133</sup>. Lo conozco bien. Pero lo critico mucho.

Beals. - *Una de las razones por las que le pregunto sobre ello es porque se acusa a la fracción trotskysta de sabotear el movimiento leal en España.*

Trotsky. - ... se pretende que sabotemos el movimiento leal en España. Pienso haber dicho en numerosas entrevistas y artículos que la única vía para asegurar la victoria en España consiste en decir a los campesinos: “La tierra española es vuestra”; decir a los obreros: “Las fábricas españolas son vuestras.” Ésta es la única posibilidad de asegurar la victoria. Stalin, para no asustar a la burguesía francesa se ha convertido en guardián de la propiedad privada de España. El campesino español no está demasiado interesado en bellas definiciones. Dice: “Con Franco y con Caballero es lo mismo.” Porque el campesino es muy realista. Durante nuestra guerra civil, no creo que venciéramos principalmente debido a nuestra ciencia militar. Esto es falso. Ganamos a causa de nuestro programa revolucionario. Decíamos a los campesinos: “La tierra es vuestra.” Y el campesino, que en un primer momento había preferido a los blancos, comparaba a los bolcheviques con los blancos y decía: “Los bolcheviques son mejores.” Entonces, cuando los campesinos, centenares de miles y de millones de campesinos, se convencieron de que éramos mejores, vencimos.

Beals. - *¿Puede usted desarrollar un poco más su afirmación de que Stalin es el guardián de la propiedad privada en España?*

Trotsky - Dice, y la Komintern lo ha declarado, que en lo que respecta a España, las reformas sociales llegarán después de la victoria<sup>134</sup>. “Ahora es la guerra, nuestra tarea ahora es la guerra, las reformas sociales llegarán después de la victoria.” El campesino se vuelve indiferente: “Ésta no es mi guerra. No tengo ningún interés en la victoria de los generales. Los generales luchan entre ellos.” Ésta es su opinión. Con su manera tosca, tiene razón. Yo estoy con este tosco campesino español, en contra de los sutiles diplomáticos.

<sup>132</sup> La JCI (Juventud Comunista Ibérica) había trabado lazos amistosos con la JSR francesa, firmante de la “Carta abierta para la IVª. Internacional”. La mayoría de sus dirigentes, a pesar de proceder del Bloc maurinista, habían sido, si no hostiles, sí por lo menos reticentes a la entrada del POUM en el gobierno de la Generalitat. En esta época, las juventudes del POUM intentaban crear con las Juventudes Libertarias, un “Frente revolucionario de la juventud”, cuyos inicios fueron prometedores en Cataluña, donde algunos creyeron ver realizada la primera etapa del “Frente revolucionario POUM-CNT-FAI”, que constituía la principal consigna del POUM.... después de algunos meses, la JCI se convertiría, con la federación de Madrid, en el blanco de los ataques de la derecha del POUM, representada por la federación de Levante y su periódico, *El Comunista*. Su semanario *Juventud Comunista* hace público el debate por primera vez en un artículo en el que acusa a *El Comunista* de “minimizar el carácter revolucionario del Frente Revolucionario de la Juventud”, falsificando de hecho su política al disimular sus objetivos de clase.

<sup>133</sup> Retengamos de pasada esta afirmación neta y pública, que reduce a nada la acusación ulterior de *La Batalla* clandestina del 5 de marzo de 1938, según la cual, Trotsky habría esperado a que Nin estuviera muerto para rendirle homenaje.

<sup>134</sup> Este programa había sido desarrollado personalmente por Stalin en una carta, inédita en la época, dirigida a Largo Caballero (facsímil del original en *Guerra y revolución en España*, t. II, Ed. de Moscú 100 y ss.). En lo que concierne a la postura oficial de la IC se puede consultar la resolución del Presidium del 28 de diciembre de 1936 (Rundschau, VI, I, p. 31; 7 de enero de 1936; se trata en realidad de 1937) cuyo texto está reproducido en la inglesa en J. Degras, *The Communist International*, pp. 397-400).



*Beals. - ¿Entonces, no cree usted que tenga importancia el hecho de que sea uno u otro bando el que gane la guerra? ¿No hay diferencias entre que la gane uno u otro bando?*

Trotsky. - No, los trabajadores deben ganar la guerra. Es necesario que los trabajadores ganen la guerra. Pero le garantizo que con la política del Komintern y de Stalin usted tiene el medio más seguro para llevar la revolución a su derrota. Han perdido la revolución en China, la han perdido en Alemania y ahora están a punto de preparar la derrota en España y en Francia. No conocemos más que una revolución proletaria victoriosa. La revolución de octubre, que fue dirigida en oposición a los métodos de Stalin.

*Beals. - Bien, ¿qué medidas tomaría usted en España si estuviese en lugar de Stalin?*

Trotsky. - No podría estar en su lugar.

*Beals. - Digamos, si usted estuviese en lugar de Stalin, si tuviese usted en sus manos los destinos de la URSS, ¿qué haría en España?*

Trotsky. - No es de la URSS de lo que se trata. Se trata de los partidos revolucionarios de la Komintern, se trata de partidos. Naturalmente permanecería en oposición a todos los partidos burgueses.

*Stolberg. - Señor Trotsky, ¿puedo hacerle una pregunta relacionada con la de Beals? Si hubiera estado usted en el poder después de 1923, en tal caso, desde su punto de vista, la revolución china se habría salvado, se habrían conseguido éxitos. No habría fascismo en Alemania. Quiero decir, si su opinión hubiera prevalecido después de 1923. Hubiera habido esta situación en España, pero podría no haberse producido de la misma manera. Pero usted ha sido vencido. La política de la Komintern ha conducido a la derrota en China y en Alemania. Ahora tenemos esta situación en España. Sólo expongo lo que pienso que es su opinión... Ahora, quiero hacerle mi pregunta. Tenemos esta situación en España como culminación de catorce años de errores. Tenemos una guerra civil. Una opinión exclusivamente ortodoxa o purista no responde al problema. ¿Con qué campo está usted actualmente en España?*

Trotsky. - Ya he respondido en numerosas entrevistas y artículos. Todo trotskysta debe ser un buen soldado en España. Con la izquierda. Naturalmente es una pregunta tan elemental que no vale la pena discutir sobre ello. Un dirigente o cualquier otro miembro del gobierno de Largo Caballero es un traidor. Un dirigente de la clase obrera no puede entrar en un gobierno burgués. Nosotros no entramos en el gobierno Kerensky en Rusia. No entramos en su gobierno, sin embargo, le defendíamos ante Kornílov. Igualmente he declarado que estaba dispuesto a aliarme con Stalin en contra de los fascistas, de la misma forma que me aliaría con Jouhaux contra los fascistas franceses. Es una cuestión elemental.

*Finerty. - Señor Trotsky, si estuviese hoy en el poder en Rusia y si los leales solicitasen su ayuda, ¿pondría usted como condición que la tierra fuese entregada a los campesinos y las fábricas a los obreros?*

Trotsky. - No, ninguna condición, nada de eso. La primera cuestión sería la de la actitud del partido revolucionario español. Le diría: “Nada de alianza política con la burguesía”, como primera condición. La segunda: “Debéis ser los mejores soldados contra los fascistas.” La tercera: “Debéis decir a los soldados, a los demás soldados y campesinos: “Debemos hacer de nuestro país el país del pueblo. Cuando hayamos ganado a las masas, expulsaremos a la burguesía, tomaremos el poder y haremos la revolución social”.”

*Finerty. - Así pues, ¿para conceder cualquier tipo de ayuda eficaz, hubiera debido aliarse al partido marxista de España?*

Trotsky. - Naturalmente, ayudaría a Caballero con todos los medios materiales contra el fascismo, pero, al mismo tiempo, aconsejaría al partido comunista que no entrase en el gobierno, que permaneciese en una posición crítica respecto a Caballero y que preparase el segundo capítulo de la revolución obrera.

Beals. - *¿No es ésta una de las razones por las que el gobierno Azaña, que se encontraba primeramente en el poder, hizo volver a la reacción, precisamente a causa de una política semejante?*

Trotsky. - A causa de una política burguesa conservadora. Porque intentó hacer la mitad, la tercera parte de la revolución. En mi opinión, lo que hace falta es la revolución si no, ¡más vale no empezarla! Si se comienza, hay que acabarla, y su fin es la revolución social.

Beals. - *¿La política que usted preconiza significaría la victoria probable de Franco, no es cierto?*

Trotsky. - La Victoria de Franco está asegurada por la actual política de la Komintern. La revolución española, el proletariado y el campesinado españoles, por su esfuerzo, su energía y sus sacrificios, habrían podido conseguir cinco o seis victorias durante los últimos seis años; una por año. Pero la capa dirigente de la revolución ha hecho todo lo posible para frenar, sabotear y traicionar la potencia revolucionaria de las masas. La revolución se basa en las fuerzas elementales del proletariado y en la dirección política de sus jefes. Esta es una cuestión fundamental, y la dirección en España ha sido siempre lamentable. El proletariado español ha demostrado que es el mejor material, la mejor fuerza que se haya visto en los diez últimos años. Y, sin embargo, no ha conseguido la victoria. Acuso a la Internacional Comunista y a la II Internacional de impedir su victoria por su política pérfida, fundada en la cobardía frente a la burguesía, la burguesía y Franco. Siguen en un gobierno con la burguesía, que es el símbolo de la propiedad privada. Y el propio Caballero se inclina ante el símbolo de la propiedad privada. Las masas no ven las diferencias entre los dos regímenes.

Goldman. - *¿Excluye usted la posibilidad de una victoria militar de Largo Caballero sobre Franco?*

Trotsky. - Es difícil decirlo, una victoria militar. Es posible que incluso con una victoria militar, el régimen victorioso se transforme en poco tiempo en régimen fascista, si las masas siguen estando descontentas e indiferentes y si la nueva organización militar creada por la victoria no es una organización socialista.

Goldman. - *Pero las masas españolas pueden conservar la ilusión de que realmente luchan contra Franco y los fascistas, de que realmente luchan por sus propios intereses proletarios.*

Trotsky. - Desgraciadamente, en su mayoría, las masas han perdido sus ilusiones. Ésta es la explicación de que la guerra civil dure aún: El gobierno del Frente Popular preparó un ejército a Franco. El nuevo gobierno es el resultado del Frente Popular, de su victoria, y ha seguido protegiendo al ejército de Franco, de tal forma que el ejército se ha preparado para la insurrección bajo el gobierno del Frente Popular. Entonces comenzó la guerra civil, y la burguesía dijo al pueblo: "Debéis esperar a la victoria. Seremos muy generosos, pero después de la victoria."

Goldman. - *Pero no ha respondido usted a la pregunta hecha hace media hora.*

Beals. - *No había terminado aún. Todavía no veo, señor Trotsky como usted o Stalin van a salvar la situación en España. Me parece que tanto una como otra de las dos políticas que usted ha expuesto tendrán como resultado más inmediato asegurar la victoria de Franco. No le comprendo a usted muy bien. Creo que, durante este tiempo, Franco habrá ganado la guerra.*

Trotsky. - No puedo sino repetir que he dado la llave, una pequeña llave a mis amigos y todos cuantos comparten la misma convicción, y es que mi primer consejo es que sean, en el momento actual, los mejores soldados en el bando de Caballero. Esto es lo primero. Usted sabe que hay un grupo de la IV Internacional, una compañía de camaradas nuestros en las trincheras<sup>135</sup>. Es tan elemental que no me detendré sobre ello. Hay que batirse. Pero, sabe usted, no es suficiente batirse con el fusil. Hay que tener ideas, y comunicarlas a los demás, preparar el futuro. Puedo combatir con el campesino, pero el comprende poco la situación. Debo explicarle las cosas. Debo decirle: “Tenéis razón para combatir a Franco. Debemos exterminar a los fascistas, pero para no tener la misma España que antes de la revolución, porque Franco ha salido de esa misma España. Debemos extirpar las bases de Franco, sus bases sociales, el sistema social del capitalismo. ¿Estáis de acuerdo?” Responderá: “Sí eso es lo que yo creo.” Entonces hay que explicar lo mismo a los obreros.

Beals. - ¿Por qué enviaría usted a los soldados a combatir a Franco y sin embargo rechazaría entrar en el gobierno de Largo Caballero para ayudar desde él en el mismo sentido?

Trotsky. - Ya lo he explicado. Rechazamos categóricamente entrar a formar parte del gobierno Kerensky, más los bolcheviques eran los mejores soldados contra Kornílov. Y esto no es todo: los mejores soldados y marinos eran bolcheviques. Cuando la insurrección de Kornílov, Kerensky se vio obligado a pedir ayuda a los marinos de la flota del Báltico, para defender el Palacio de Invierno. En esta época yo estaba en prisión. Le retuvieron bajo vigilancia y vinieron a preguntarme qué debían hacer: ¿detener a Kerensky o defenderlo? Esto es un hecho histórico. Yo les respondí: “Sí, ahora debéis vigilarlo estrechamente; mañana lo detendremos.” (*Risas*).

### **[Lamentables fricciones] Carta a LaFollete**

(13 de mayo de 1937)

Querida señorita LaFollete<sup>136</sup>,

Siento profundamente las fricciones entre determinados miembros de la comisión y mis amigos políticos de Nueva York. La independencia absoluta de la comisión de

<sup>135</sup> Los voluntarios bolchevique-leninistas en España, en realidad se encontraban diseminados entre las diferentes columnas del POUM, en los frentes de Aragón y de Madrid, e incluso en las de la CNT-FAI. A principios de agosto, una cincuentena de franceses, belgas, alemanes e italianos, en su mayoría exiliados, servían en el frente de Huesca bajo las órdenes de Manuel Grossi; la chispa, símbolo de la IV Internacional, había sido grabada sobre el parapeto del manicomio de Huesca. Pero realmente no había unidad de “compañía” puramente bolchevique-leninista, ya que la dirección del POUM no los aceptaba en sus filas más que a título personal. Quizá Trotsky hace alusión aquí a la “columna Lenin”, formada en Barcelona en agosto y disuelta en octubre. A propósito de esto, *La Lutte ouvrière* del 15 de agosto de 1936 habla de 30 voluntarios enviados por el POI de Marsella, en su mayoría exiliados italianos. El informe de Rous da la cifra de 23 bolchevique-leninistas en la columna Lenin. Su responsable, miembro del “Comité Central de la organización B-L en las milicias”, antiguo militante del POI y de la JSR, Robert de Fauconnet, moriría delante de Huesca a principios de septiembre. Según Fosco, la postura del Secretariado Internacional se podría resumir así: “Hay que ayudar a los camaradas del frente para demostrar a los estalinistas y a todos los contrarrevolucionarios que los bolchevique-leninistas saben batirse en el frente con el fusil en la mano contra los fascistas.” (Emiliano Vigo, “Espagne, mai 36-janvier 38”, *La Vérité*, segunda serie, junio de 1938, n.º 2, p. 45.) Siguiendo esta línea, León Sedov había pedido al POUM que le aceptase en sus milicias. Se encuentra escaso número de bolchevique-leninistas en las filas de combatientes, pero en relación a los efectivos de su organización de origen, era, en realidad, particularmente elevado.

<sup>136</sup> Suzanne LaFollete (nacida en 1893), sobrina del senador “progresista” de Wisconsin, periodista, antigua directora del *New Freeman*, era una auténtica representante del “liberalismo” norteamericano. Era la secretaria de la comisión preliminar de investigación.

investigación es una condición *sine que non* para su éxito. Por otra parte, la comisión necesita un apoyo político, apoyo que solamente se lo puede aportar, en primer lugar, con una total eficacia y, ante todo, aquellos a los que se llama trotskystas. Por ello es completamente necesaria una colaboración estrecha y amistosa (naturalmente sin interferencias). El hecho de que Ben Stolberg<sup>137</sup> haya juzgado necesario amenazar con dimitir es muy desafortunado. La tarea histórica de la comisión supera inconmensurablemente las fricciones y conflictos episódicos.

He escuchado decir que la reunión de la comisión plenaria había sido atrasada. ¿Por qué? ¿Por cuánto tiempo? Puede que el último número del *Boletín del Comité* ofrezca la explicación, pero no lo tengo delante en estos momentos (no estoy en Coyoacán sino en Taxco<sup>138</sup>).

Cada vez recibimos más testimonios y documentos. Hay que traducir al inglés la mayoría de ellos. Por este motivo los enviamos primero a Vanzler e Isaacs<sup>139</sup> y no a usted directamente, pero por supuesto que destinados directamente a la comisión de investigación y no pueden utilizarse sin su autorización. Si usted lo cree necesario, en el futuro le enviaré todos los documentos a usted directamente. Pero en ese caso recaerá sobre usted la carga de traducirlos, naturalmente que con la ayuda de nuestros camaradas.

Se le han enviado dos paquetes sellados con documentos destinados únicamente a la comisión.

### **[La verdadera objetividad] Carta a Rorty**

(13 de mayo de 1937)

Mi querido Rorty<sup>140</sup>,

Estoy seguro de que usted será indulgente conmigo por no haber respondido a su primera carta que para mí tenía un vivo interés. He recibido su segunda carta concerniente a Waldo Frank y he respondido con un telegrama a Suzanne LaFollete y con cartas a mis amigos de Nueva York.

M. Waldo Frank descubre que los “trotskystas” son partidistas. La verdadera objetividad no puede encontrarse más que en los agentes del GPU bajo la cobertura de la Comintern. El trabajo de la comisión, los documentos, la prosecución de la investigación, constituyen el único método para convencer a la opinión pública de que la comisión únicamente se guía por el deseo de establecer la verdad y no por su amistad con Hitler y el Mikado o sus pretendidos aliados.

Aunque importantes síntomas (entre otros el cable de *Augur* en el *New York times*) demuestran que no solamente la opinión pública ha rechazado esta estúpida acusación, sino que los mismos estalinistas comienzan ahora a denunciar a los “trotskystas” no

<sup>137</sup> Benjamin Stolberg (1891-1951, escritor y periodista de origen alemán, colaborador de *The Nation* y especialista en el movimiento obrero, formaba parte del comité de defensa y de la comisión de investigación.

<sup>138</sup> Trotsky estaba en la casa de campo de Taxco que le había prestado el profesor norteamericano Herring.

<sup>139</sup> Harold R. Isaacs (nacido en 1910), periodista en China había roto con el estalinismo y había conocido a los trotskystas chinos. Después visitó a Trotsky en el marco de la preparación de su libro sobre China y se unió en 1935 a la sección norteamericana en la que hacía de intermediario en las relaciones con Trotsky. Joseph Vanzler (1904-1956), veterano de la Oposición, era el traductor y colaborador de Trotsky en Nueva York.

<sup>140</sup> James Rorty (1890-1973), ensayista, antiguo militante del PC norteamericano, había dirigido en 1932 la *League of Professionals* a favor de la candidatura Foster-Ford, del PC a la presidencia. Después se unió al AWP de Muste y, por poco tiempo según parece, el WPUS. Era miembro del “ejecutivo interno” del comité de defensa.

como aliados del fascismo, sino como los más peligrosos enemigos del capitalismo. La actitud de M. Beals en las sesiones estaba impregnada de ese espíritu policiaco conservador.

¿Ha leído usted el artículo de Kingsley Martin en *New Statesman and Nation*<sup>141</sup>? Todavía no lo he visto pero lo conozco gracias a las citas que mis amigos me han envidado. El señor me visitó en estado de embriaguez. No comprendía a penas lo que le decía y yo estaba furioso por perder mi tiempo con ese borracho. Tengo la impresión de que Martin comprendía que yo veía el estado en el que estaba y que él se encolerizaba contra mí a causa de ese patético estado. Se tomó la revancha diciendo que yo soy inestable en mis declaraciones. Así es como gira el mundo según este borracho.

### **[El ritmo de los trabajos] Carta a Rosmer**

(25 de mayo de 1937)

Estimado amigo<sup>142</sup>,

Aquí nos alegramos mucho de su llegada a Nueva York, y mucho más teniendo en cuenta que hace algunas semanas las noticias sobre su salud estaban lejos de ser favorables.

Es inútil decirle que también creo extremadamente deseable la aceleración de los trabajos de la comisión<sup>143</sup>. Pero, siendo “parte interesada”, no puedo intervenir ni directa ni indirectamente en esta delicada cuestión. Por otra parte, no se puede despreciar el estado de la opinión pública, incluyendo la de las organizaciones obreras: se duda, hay descontento, pero se dice que de todas formas se debe hacer algo. En resumidas cuentas, la opinión pública es profundamente desconfiada hacia las dos partes (en cualquier caso, con ventaja creciente a nuestro favor). En tal situación, existe cierto peligro para la comisión si marcha demasiado deprisa, si se separa de la evolución de la opinión pública y llega a las conclusiones definitivas antes de que el mundo exterior haya tenido la posibilidad de digerir el desarrollo de la investigación. Así, parece inevitable establecer tres o cuatro niveles, como en las clases de la escuela primaria. Naturalmente que no es necesario entretenerse demasiado en cada clase. En resumidas cuentas, creo completamente sana su presión en el sentido de la aceleración y confío en que, al mismo tiempo, la resultante de las dos tendencias se corresponda con el estado de la opinión pública mundial.

Sin embargo, no tengo claro cómo se presenta la investigación en Europa. Sólo conozco la comisión de París cuya composición me parece muy imponente. Pero, ¿esta comisión va a funcionar también para el caso de Copenhague y Oslo, es decir, la comisión de París va a crear dos comisiones rogatorias para Escandinavia o es que se plantean dos nuevas comisiones sometidas a Nueva York? La primera versión me parece mucho más razonable pues es la única posibilidad de acelerar la verificación en Europa y así acercar la convocatoria de la comisión internacional. Sobre este punto me parece que hay que

<sup>141</sup> Se trata del artículo publicado en *New Statesman and Nation* el 10 de abril de 1937.

<sup>142</sup> Aldred Griot, llamado Rosmer (1877-1964), sindicalista revolucionario, miembro del núcleo internacionalista durante la guerra y amigo de Trotsky, llegó al ejecutivo de la Internacional Comunista incluso antes del nacimiento de un partido comunista en Francia. Fue excluido de él en 1924 a causa de su oposición a la “bolchevización”. Cofundador de *La Vérité*, entre 1929 y 1930, fecha en la se apartó voluntariamente, fue el abanderado de la Oposición de Izquierda Internacional; con el proceso Zinóviev había retomado las relaciones con Trotsky y asumido importantes responsabilidades en la campaña contra los procesos. Había viajado a Nueva York para participar en los trabajos de la comisión.

<sup>143</sup> Llegado el 19 de mayo a Nueva York, Rosmer había escrito a Trotsky el 20 informándole de que se oponía enérgicamente al proyecto de retrasar hasta el otoño los trabajos de la comisión.

concentrar sobre todo la atención y animar el trabajo rápido de la comisión de París con un cable explicativo y detallado. En cuanto al nuevo “proceso”, es decir el asesinato de los 43 “espías trotskystas”<sup>144</sup>, creo que ni se ha producido incluso un simulacro de proceso. Se ha actuado como se actuó inmediatamente después del asesinato de Kírov<sup>145</sup>, es decir que se ha fusilado sumariamente. Se puede suponer que entre esos 43 hombres habrá verdaderamente un grupúsculo de espías japoneses, que naturalmente no tendrán nada que ver con el trotskismo, una docena de trotskystas, que, por supuesto, no tendrán nada que ver con el espionaje, y también algunos agentes dudosos de la GPU que habrán amalgamado el proceso y de los que se han querido deshacer.

Es triste que la investigación llegue tan tarde para estas nuevas ejecuciones. Por otra parte, para no comprometer la investigación al completo no se pueden quemar las etapas. Pero, repito, estoy completamente de acuerdo con usted sobre la necesidad de acelerar el procedimiento. Todo ello a título privado, pues no quiero salirme en absoluto de los marcos de mi situación de “testigo” y “parte interesada”.

¿Cuánto tiempo piensa usted permanecer en Nueva York? Durante el intervalo ¿podría usted venir aquí? Sobra decirle que Natalia<sup>146</sup>, yo y los jóvenes, nos alegraríamos mucho de tenerle con nosotros durante algún tiempo, Desafortunadamente, la distancia es más grande que de París a Oslo y puede que a Prinkipo.

Me apresuro a enviarle esta carta por avión: hay que terminarla antes del mediodía. Por ello le respondo muy brevemente.

### **[Algunas explicaciones] Carta a Rosmer**

(26 de mayo de 1937)

Estimado amigo,

Respondo a su carta del 24 de mayo de 1937.

Yo mismo me encontré muy molesto ante la necesidad de explicarme sobre [mi libro de 1903 o 1904](#)<sup>147</sup> o sobre mis divergencias con Lenin<sup>148</sup> y sobre otras cuestiones muy alejadas de los procesos de Moscú. Pero fueron los comisarios quienes plantearon las cuestiones. Así, han reflejado el estado de ánimo de la opinión pública desorientada y engañada por los eestalinistas. Su participación será sobre todo valiosa para aclarar todas

<sup>144</sup> Ocurría frecuentemente y a veces diariamente que despachos de Tass anunciaban ejecuciones de espías y traidores sin otras precisiones ni, incluso, indicaciones de identidad. El caso al que alude Trotsky apareció en el *New York Times* del 22 de mayo y concernía a la ejecución de “agentes japoneses” y de “trotskystas”. De creer las “revelaciones” de Kruschov, colaborador y sucesor de Stalin, se produjeron menos procesos propiamente dichos que “condenas administrativas”.

<sup>145</sup> Kírov (1886-1934), antiguo bolchevique, secretario del partido en Leningrado, miembro del politburó y del secretariado, en 1934 era el lugarteniente y delfín de Stalin a la vista de todos, pero también, verosímilmente, su rival. Su asesinato el 1 de diciembre de 1934 por Nikolayev, verosímilmente manipulado él mismo por la GPU, ofreció el pretexto para una represión masiva.

<sup>146</sup> Natalia I. Sedova (1882-1962), miembro del grupo de *Iskra*, había encontrado a Trotsky en la emigración en 1903 y sus vidas se mantuvieron ligadas desde entonces.

<sup>147</sup> Se trata de *Nuestras tareas políticas*, publicado en 1904, una muy intensa polémica contra Lenin y su comportamiento en la escisión. Preguntado al respecto ante la subcomisión, Trotsky había respondido que en ese opúsculo político había “muchos errores [...], capítulos que no estaban tan mal [...] capítulos equivocados”. Se había excusado indicando que, de joven, había caracterizado a Lenin en un estado de ánimo que nunca más volvió a darse en sus relaciones posteriores y que había “corregido el error”. Pero repetía que en aquel trabajo no había “nada abominable”. [Remitimos, y recomendamos, al lector, a la obra, [Nuestras tareas políticas](#), también publicada en las [Obras Escogidas de León Trotsky en español](#). EIS]

<sup>148</sup> Al respecto también recomendamos al lector la breve obra [La revolución desfigurada](#), editada también en las [Obras Escogidas de León Trotsky en español](#). EIS.

estas cuestiones. La edición en inglés de *La revolución desfigurada*<sup>149</sup>, pero mucho más amplia, tenía que haber sido publicada en las Pioneer Publishers hace un mes. Schachtman, el *editor*, es quien ha retrasado su aparición. Será necesario que le insista usted para que el libro se publique lo antes posible. Será muy útil para la comisión de cara a la aclaración de las falsificaciones concernientes al período 1903-1924. Confío en que ese libro, apoyado por sus comentarios verbales, colocará a la comisión sobre la buena vía.

No hemos recibido nada de Marguerite<sup>150</sup> concerniente al viaje proyectado. Nos alegraríamos mucho de tenerles aquí a los dos. La casa no es tan grande como la de Prinkipo, pero de todos modos nos podríamos arreglar. Si la comisión se atrasa hasta septiembre, ¿no podría usted venir aquí en el intervalo, también Marguerite?

Me agrada la buena impresión que usted produjo en el mitin de Nueva York<sup>151</sup>. Nuestros yanquis han hecho un excelente trabajo. Sin embargo, creo que ahora no hacen todo lo necesario entre los medios obreros al consagrar todos sus esfuerzos a los medios liberales y demócratas. Hasta donde sé, no han logrado crear alrededor de la comisión un ambiente obrero, ni incluso restringido. Y es porque tratan de ejercer sobre la comisión una presión puramente personal. Pero tentativas semejantes no ofrecen los resultados necesarios y de vez en cuando envenenan la atmósfera. La presión de la base siempre es más aceptable, menos irritadora que la presión directa de las cúspides.

Díganos algunas palabras sobre su salud y sobre la de Marguerite. En cuanto a mí, estoy un poco fatigado. Incluso he querido marchar de vacaciones al campo. Pero ese plan no es nada realizable. Me decido pues a permanecer aquí con un trabajo un poco reducido. Nuestra correspondencia puede, por tanto, proseguir regularmente. No podría desear mejor ligazón con la comisión.

### ***[Balance sobre los reproches]. Carta a Lev Sedov***

(29 de mayo de 1937)

Continúo recibiendo notas bibliográficas y extractos de periódicos. Hay que pensar en que en el otoño volveré de nuevo al libro sobre Lenin. Por tanto, me resulta muy importante tener una bibliografía sobre Lenin. Los materiales que me has enviado contienen una parte de ellos. También habrá que pensar en ello en el futuro.

Los testimonios y documentos que me han llegado recientemente son magníficos. La carta que te escribí durante mi viaje de Dinamarca a Francia, en particular, es muy importante. Sin embargo, ¡es una lástima que reciba todo eso con tanto retraso!

Te quejas de que no reacciono a determinadas cartas que envías. Pero me es imposible (por falta de tiempo, de resistencia nerviosa y vista la espantosa distancia que nos separa) intervenir en cada cuestión práctica en vuestra polémica y en vuestras aclaraciones interminables. Sin embargo, quiero sacar algunas conclusiones sobre los malentendidos de estos últimos tiempos para demostrar que no estoy tan equivocado como dan a entender tus cartas.

<sup>149</sup> La edición en cuestión apareció bajo el título *The Stalin School of Falsification* con un contenido ligeramente diferente. [en estas mismas OELT-Edicions Internacionals Sedov: *La revolución desfigurada*]

<sup>150</sup> Marguerite Thévenet (1879-1962) era la compañera de Alfred Rosmer desde la Primera Guerra Mundial.

<sup>151</sup> El Comité de Defensa de Trotsky en los Estados Unidos había organizado un gran mitin el 9 de mayo de 1937 en Nueva York en el templo de La Meca (Mecca Temple). 3.5000 personas escucharon el informe de los trabajos de Coyoacán presentado por Jhon Finerty, Ben Stolberg, Suzanne LaFollete y el doctor Dewey.

Desde mi primer día de reclusión en Noruega he afirmado que la cuestión sería resuelta por la comisión internacional y que, en consecuencia, era indispensable ponerse *rápidamente* a hacer búsquedas en los archivos, recoger testimonios y reunir todo el resto de documentos. No he recibido más que vagas promesas. Cuando he insistido con fuerza, se me ha respondido más o menos esto: “no hay que dejarse dispersar por la comisión (literalmente); el trabajo literario es más importante”, etc. Además, aquí en México, cuando estábamos en pleno trabajo de puesta en pie de la comisión, he seguido recibiendo promesas de una gran imprecisión y lecciones de moral: “es poco probable que la comisión pueda llegar a cualquier conclusión”, etc. (puedo citar los términos exactos). Entonces yo esperaba la llegada a México de subcomisión. Como te apoyabas en Naville<sup>152</sup>, que daba muestras de una criminal negligencia, no veía ninguna salida. Sugerí poner todo el asunto en manos de Henri<sup>153</sup>. Comprendo perfectamente que esta era una medida desesperada. Pero tras seis meses de requerimientos y vana espera, la situación no dejaba lugar a ninguna otra solución. Comprendo que Naville y los suyos no quieren trabajar con Henri. Pero, en la medida en que no hayan hecho nada tampoco sin él, me hice el siguiente cálculo: a) por espíritu de competencia, Henri y los suyos harían todo lo que pudiesen; b) estimulados por ese “knut”, Naville y el resto se pondrían a trabajar. En respuesta han afluido interminables cartas de reproches y aclaraciones sobre qué era Naville, qué era Molinier y sobre las relaciones que mantenían (como si yo no lo supiese).

Cuando, ante la exigencia de pasarle el asunto a Henri, nuestros amigos (entre los cuales notablemente el destinatario de esta carta) comenzaron a alterarse, pedí que se le confiase a Henri las cuestiones concernientes a su grupo. Más protestas. Más objeciones. Más aclaraciones sobre el carácter de Molinier y la imposibilidad de utilizar sus testimonios. Quejas sobre Frank<sup>154</sup>. Rechazo a confiarle el trabajo. Nuevo intercambio de telegramas, nueva pérdida de tiempo, nuevo desgaste de nervios. Solamente tras todo esto logré obtener que Henri y sus amigos fuesen integrados al trabajo. Tras lo cual he recibido una nueva carta explicándome que todavía se podía, aunque a regañadientes, aceptar los testimonios del grupo de Molinier, pero que mi tentativa de confiar el conjunto del trabajo a Henri era de una criminal ligereza. ¡Como si no fuerais vosotros, queridos amigos, quienes me habías obligado a tal actitud! ¡Y como si esta medida no os hubiese puesto seriamente al trabajo!

Este trabajo demostró enseguida que se podía reunir documentos valiosos *in situ*. Habría sido necesario ponerlos en circulación algunos meses antes a fin de actuar sobre la opinión pública. La investigación en México habría ofrecido así muchos mejores resultados si la opinión pública, y los mismos miembros de la comisión, hubiesen sido preparados por la publicación de esos documentos extremadamente importantes. Pero ni yo mismo los tenía. Los documentos esenciales han llegado a nuestras manos en los primeros días en que se reunía la comisión. No pude servirme de ellos en mis declaraciones. Ni incluso tuve tiempo de leerlos. El abogado los incluyó en el dossier por formalidad. Disponíamos de siete meses para preparar el proceso; es, pues, imposible no reconocer que esta manera de actuar era verdaderamente criminal. Sin embargo, París me dirigía reproches y lecciones de moral sistemáticas.

---

<sup>152</sup> Pierre Naville (nacido en 1904), antiguo animador del grupo surrealista, de los estudiantes comunistas y después de la revista *Clarté* convertida en *La Lutte de Classes*, había sido uno de los principales dirigentes franceses de la Oposición de Izquierda (adversario de Raymond Molinier) y dirigía en 1936 el POI, la sección “oficial”.

<sup>153</sup> Henri Molinier (1898-1944), hermano mayor de Raymond Molinier contaba con toda la confianza personal de Trotsky que le había encomendado misiones delicadas. Era del PCI.

<sup>154</sup> Pierre Frank (nacido en 1904), de padres rusos emigrados a París, ingeniero químico, antiguo secretario de Trotsky en Prinkipo, era uno de los principales dirigentes del PCI junto a Raymond Molinier.



Naville me ha escrito enviándome sus testimonios y los de sus camaradas. Le he respondido más o menos que su testimonio era bueno pero que los otros eran en su mayor parte insuficientes y que les pedía a los camaradas que los redactasen atentamente. Ni la carta de Naville ni la mía conllevaban carácter formal. No di, y no pude dar, ningún “mandato” a nadie. Ignoraba los conflictos y fricciones que tenéis en París y no podría, por tanto, hacer depender este asunto de eso. Mi carta a Naville<sup>155</sup>, que tenía un carácter puramente técnico, ha sido, sin embargo, fuente para nuevas lecciones de moral, objeciones y reproches de los que se hace partícipes a terceras personas. ¿Podía yo desde México iniciar una polémica al respecto? ¿Podía yo desde aquí intentar solucionar conflictos de los que no conozco en absoluto el objeto? Naturalmente, he preferido el silencio. Haré lo mismo en el futuro.

Debo añadir a esto algunos factores que han complicado el asunto. La GPU robó 85 kilos de archivos. Ignoro hasta el momento qué ha sido robado exactamente<sup>156</sup>. Para mí es evidente que los archivos habían sido donados para su conservación sin que se hubiese establecido el menor inventario, ni incluso sucinto: si no yo tendría que haber recibido una copia. Es natural que tal actitud no me inspire ninguna simpatía.

He recibido hace algunos días la carta que había escrito durante mi viaje (que he mencionado más arriba). ¡Es el documento más valioso! Pero ¿por qué solamente se acaba de hallar ahora? Tu escribes: “Hasta hoy no he podido acceder a los archivos<sup>157</sup>.” ¿Por qué? Creo que se podría haber accedido a ellos hace ya cinco o seis meses. Si se hubiese publicado la carta entonces habría tenido una repercusión internacional. En el presente es como mostaza servida después de la comida. Supongo que existen numerosos documentos tan valiosos como este entre los papeles de París (los tuyos y los míos); se descubrirán tras finalizar el proceso. Y, sin embargo, ni Naville, ni Gérard<sup>158</sup>, ni nadie está preocupado por los archivos rusos.

En tu última carta planteas de nuevo la historia del “estudiante de 24 años”<sup>159</sup>. No entiendo tu susceptibilidad al respecto. Para mí se trataba evidentemente de la designación por mí de los “terroristas” siguiendo tus recomendaciones. A un hombre de 24 años se le pueden confiar muchas cosas. Pero para escoger “terroristas”, un joven hombre sin mucha costumbre de clandestinidad no tiene una experiencia de la vida suficiente. Si he señalado ese hecho es porque, en interés del asunto, no podía fiarme con los ojos cerrados de las recomendaciones de un estudiante de 24 años... Durante la reunión de la comisión se discutió sobre mi opúsculo *Nuestras tareas políticas*<sup>160</sup>. Mi abogado me ha preguntado “¿Qué edad tenía usted?”; “23 o 24 años”. Todo el mundo se ha reído, yo también. “Con la vanidad propia de esa edad yo exponía una serie de ideas falsas paralelamente a ideas justas”. Todo el mundo se ha puesto a reír. Tu ofreces el ejemplo de la señora Bulba. A buen seguro que sus hijos eran ya mayores. Pero, siguiendo sus recomendaciones ¿se podía nombrar a alguno de ellos para un puesto de mando? Pienso que Taras Bulba no lo habría hecho.

<sup>155</sup> Se trata sin dudas de la del 17 de marzo de 1937.

<sup>156</sup> Nadie lo supo jamás pues Trotsky tenía razón, no se había establecido ningún inventario preciso. Pero parece cierto que entre ellos estaba la correspondencia con Nin.

<sup>157</sup> Sedov había dispersado entre diversas personas que juzgaba de confianza los archivos de los que había obtenido el depósito por su padre. Se trataba sin duda de los archivos rusos. Se sabe que una parte de esos archivos había sido tan bien ocultada que fue imposible encontrarlos tras la muerte de Sedov.

<sup>158</sup> Gerard Rosenthal (nacido en 1903), ligado a Naville desde muchos años, dirigente del POI, era, además, abogado de Trotsky.

<sup>159</sup> Sedov no había aceptado que su padre pareciese considerar que un “estudiante de 24 años” fuese incapaz de dar directivas políticas como él había dejado entender.

<sup>160</sup> *Nuestras tareas políticas*, *Obras Escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov*.

He aquí mis explicaciones para el pecado que he cometido. Podría ofrecer otras, con ejemplos, etc. Pero ¿vale la pena? Lo mejor me parece que es tachar todo esto.

No te ocultaré que tus juicios sobre las personas con las que estamos obligados a colaborar en la práctica y tus querellas con ellas me inquietan. He leído en parte tu correspondencia con los norteamericanos y creo que eres injusto con ellos. Sólo puedo explicarlo por tu extrema fatiga y el enervamiento que te provoca. Deberías parar durante cierto tiempo y descansar a cualquier precio. Habrá que reflexionar sobre los medios para hacerlo. Es indispensable encontrar una solución, a riesgo de tomar medidas heroicas, para que encuentres tu equilibrio y tu resistencia nerviosa. Todavía nos quedan por pasar muchos tipos de pruebas. No hay que desgastarse en conflictos de detalle.

Principalmente hay que instaurar unas relaciones más justas con los franceses<sup>161</sup>. Representan a una organización, tienen sus hombres de confianza y están evidentemente descontentos porque cuestiones prácticas se resuelven a sus espaldas mediante acciones personales y el recurso a relaciones individuales. Las iniciativas personales, los lazos individuales, son, en sí mismos, inevitables e incluso sanos. Sin embargo, si se desea, siempre se le puede dar un carácter oficial a un grupo personal que se ha constituido para un trabajo. Ante una acción a realizar hay que pensar no en términos de competencia, sino en términos de colaboración. Aunque no tengo ilusiones en lo tocante al carácter de Naville y el resto, pienso que esto es realizable.

Debo terminar todavía algunos capítulos de mi libro. Pero estos últimos tiempos no marchó verdaderamente bien. Trato de descansar, pero sin resultados. En el presente mi estado ha mejorado un poco. En cualquier caso, he comenzado a revisar los últimos capítulos y confío en terminarlos lo antes posible.

En lo concerniente a la edición inglesa el asunto está visiblemente en el agua. El editor norteamericano está a punto de examinar el estenograma de la comisión de investigación. Si acepta publicar este enorme volumen lo hará a condición de que también se le confíe la edición inglesa: esto es lo que le ha teleografiado al secretario de la comisión. Como el examen del estenograma ha llevado más tiempo del que Glotzer<sup>162</sup> preveía, aunque él y su mujer han trabajado en él 14 horas diarias, no se ha tomado ninguna decisión definitiva.

### ***Declaración forzada***<sup>163</sup>. ***Declaración a la prensa*** (26 de junio de 1937)

En cierto número de declaraciones públicas, el señor Toledano<sup>164</sup> me ha atribuido intervenciones en la vida interna de México (particularmente, por ejemplo, un

---

<sup>161</sup> Las relaciones eran sumamente tensas entre Sedov y sus amigos del “grupo ruso”, por una parte, y los dirigentes del POI por la otra. Los primeros consideraban a los segundos, los “franceses”, poco serios, y los segundos alimentaban sospechas sobre el entorno de Sedov, M. Zborowsky y Lola Estrin.

<sup>162</sup> Albert M. Glotzer (nacido en 1908), antiguo dirigente de las juventudes comunistas, expulsado en 1928 y uno de los fundadores de la Oposición de Izquierda en los Estados Unidos, también era el secretario estenógrafo de la comisión de investigación.

<sup>163</sup> Declaración a la prensa.

<sup>164</sup> Vicente Lombardo Toledano (1893-1968), abogado y profesor universitario, había hecho carrera en el sindicato oficial de la CROM, después a la cabeza de la CTM que era uno de los principales apoyos del partido oficial. Tras haber sido muy moderado se había radicalizado durante los años treinta hasta el punto de tomar contacto con los trotskistas en 1935 de cara a una visita a Trotsky. Pero volvió de Moscú completamente transformado. Había protestado contra el asilo a Trotsky y preparaba a su organización sindical para participar en la campaña a favor de su expulsión. ¿Era agente de la GPU? Sea como fuere, un agente no podía ser más eficaz ni se hubiera comportado de otra forma.

llamamiento a la huelga general). En estas afirmaciones no hay ni una palabra verdadera. El señor Toledano no puede ignorarlo. He juzgado necesario repetir aquí la promesa formal que hice voluntariamente de no intervenir en la vida interna del país que me ha ofrecido hospitalidad (promesa que mantengo de buena fe), no porque tenga en cuenta al autor de esas insinuaciones, sino por respeto a la opinión pública de México. Cualquier información, proveniente de donde provenga y afirmando que participo directa o indirectamente en la política mexicana (incluso solamente en forma de conversaciones privadas, consejos, etc.), representa una manifiesta y consciente mentira. Inútil es explicar dónde están las fuentes de esa mentira y al servicio de quién están aquellos que las propalan.

El mismo señor Toledano declara que mi crítica al gobierno soviético sirve al fascismo. En este caso se trata de la política interna de la URSS y no la de México. ¿Tendría algún sentido polemizar con el señor Toledano sobre cuestiones en las que no ha demostrado en absoluto su competencia? Lo diré con pocas palabras: la mejor ayuda al fascismo (tanto en Alemania, Italia y España como en el mundo entero) la ofrece actualmente la camarilla dirigente soviética, tanto con la tendencia general de su política como con sus métodos desprovistos de cualquier atisbo de honestidad. Los peores enemigos del socialismo, de la revolución y del pueblo soviético, son los llamados “amigos” de la camarilla dirigente de Moscú. El señor Toledano es uno de ellos. Ni admito lecciones de esos señores para defender el socialismo y la revolución ni estoy dispuesto a responder a esas insinuaciones en el futuro.

### *Las preguntas de Wendelin Thomas. Carta a W. Thomas*

(6 de julio de 1937)

Estimado camarada<sup>165</sup>:

No creo que las preguntas que usted formula guarden relación directa con las investigaciones del Comité de Nueva York, ni que puedan afectar sus conclusiones. Sin embargo, estoy perfectamente dispuesto a responder a todas sus preguntas, para que todos los interesados puedan familiarizarse con mis posiciones.

Para usted, como para muchos otros, el origen del mal radica en el principio de que “el fin justifica los medios”. El principio en sí es muy abstracto y racionalista. Permite las más variadas interpretaciones. Pero estoy dispuesto a asumir la defensa de esta fórmula... desde el punto de vista materialista y dialéctico. En efecto, considero que no existen medios que sean buenos o malos de por sí, o en relación con algún principio suprahistórico absoluto. Los medios que conducen a acrecentar el poder del hombre sobre la naturaleza y liquidar el poder del hombre sobre el hombre son buenos. En este sentido histórico amplio, sólo el fin justifica los medios.

Sin embargo, ¿no significa esto que la mentira, la deslealtad y la traición son lícitas y justificadas si conducen al “fin”? Todo depende de la naturaleza del fin. Si el fin es la liberación de la humanidad, entonces la mentira, la deslealtad y la traición no pueden ser medios apropiados. Los adversarios de los epicúreos acusaban a éstos de rebajarse a los ideales de los puercos al abogar por la “felicidad”. A lo cual los epicúreos respondían, no sin razón, que sus adversarios tenían una concepción... porcina de la felicidad.

---

<sup>165</sup> Wendelin Thomas (n.1884), miembro del bloque comunista en el parlamento alemán (1920-24), participó en la Comisión Internacional de Investigación de los Procesos de Moscú. La carta de Trotsky responde al argumento de Thomas, según el cual existía una identidad fundamental entre el bolchevismo y el estalinismo, como lo demostraba la actitud de Lenin ante adversarios tales como los mencheviques, los insurrectos de Kronstadt y las bandas independientes de Majnó durante la guerra civil.

Usted menciona la frase de Lenin según la cual el partido revolucionario tiene el “derecho” de convertir a sus adversarios en seres odiosos y despreciables a los ojos de las masas. Para usted, esta fórmula constituye una defensa principista del amoralismo. Sin embargo, olvida mencionar dónde, en qué campo político se encuentran los representantes de la moral elevada. Mis observaciones me enseñan que la lucha política generalmente recurre a la diatriba, la tergiversación, la mentira y la calumnia. En todo momento los revolucionarios son el blanco preferido de la calumnia: así sucedió en su momento con Marx, Engels y sus amigos; luego con los bolcheviques, Carlos Liebknecht y Rosa Luxemburg; en la actualidad, con los trotskistas. El odio de los poseedores hacia la revolución; el conservadurismo torpe de la pequeña burguesía; la presunción y la arrogancia de los intelectuales; los intereses materiales de la burocracia obrera: todos se combinan para perseguir al marxista revolucionario. Al mismo tiempo, sus excelencias los calumniadores no se olvidan de indignarse ante el amoralismo de los marxistas. Esta indignación hipócrita no es sino un arma más de la lucha de clases.

El sentido de la frase que usted cita es simplemente que Lenin consideraba que los mencheviques ya no eran combatientes proletarios y, por lo tanto, asumía la tarea de convertirlos en sujetos odiados por las masas. Lenin expresa su pensamiento con la pasión que lo caracteriza y que sale al cruce de cualquier interpretación ambigua o tergiversadora. Pero yo declaro, basándome en la vida y obra de Lenin, que este luchador implacable era un adversario sumamente leal, porque a pesar de las exageraciones y los extremos siempre trató de decirles a las masas la verdad. En cambio, la lucha de los reformistas contra Lenin estaba completamente imbuida de hipocresía, falsía, deslealtad y fraude, disfrazados de verdades universales.

Su apreciación de la *insurrección de Kronstadt* de 1921 es fundamentalmente incorrecta<sup>166</sup>. Los mejores marinos, los más abnegados, se fueron de Kronstadt y desempeñaron un papel importante en todos los frentes y en los sóviets locales de todo el país. Quedó la masa indiferenciada, con grandes pretensiones (“somos los de Kronstadt”), ninguna educación política y ningún espíritu de sacrificio revolucionario. En el país reinaba la hambruna. Los de Kronstadt exigían privilegios. La insurrección obedeció al deseo de obtener raciones alimenticias privilegiadas. Los marineros tenían cañones y acorazados. Todos los elementos reaccionarios, tanto en Rusia como en el extranjero, se apresuraron a aprovechar el alzamiento. Los emigrados blancos exigieron ayuda para los insurrectos. La victoria de esta insurrección hubiera sido un triunfo de la contrarrevolución, independientemente de lo que pensarán los marineros. Pero su pensamiento también era profundamente reaccionario. Reflejaba la hostilidad del campesino atrasado hacia el obrero, la arrogancia del soldado y del marinero en relación con los “civiles” de Petrogrado, el odio que siente el pequeñoburgués por la disciplina revolucionaria. Por eso la insurrección tenía un carácter contrarrevolucionario y, dado que los insurgentes se apoderaron de las armas de las fortalezas, sólo pudimos aplastarla por la fuerza de las armas.

Su apreciación de Majnó no es menos errónea<sup>167</sup>. Este individuo era una mezcla de fanático y aventurero. Se convirtió en la expresión más acabada de las tendencias que provocaron el alzamiento de Kronstadt. En general, la caballería es el sector más

<sup>166</sup> Base naval de Kronstadt, centro de una insurrección de marineros contra el régimen bolchevique en 1921. Los rebeldes exigieron sóviets sin comunistas y se opusieron a muchas de las medidas severas adoptadas por los bolcheviques para salvaguardar a la revolución durante la guerra civil. La insurrección, aplastada por los bolcheviques, condujo a las concesiones de la Nep.

<sup>167</sup> Néstor Majnó (1884-1934), dirigente de las guerrillas ucranianas, combatió a los reaccionarios ucranianos y las fuerzas de ocupación alemanas durante la guerra civil. Se negó a integrar sus fuerzas en el Ejército Rojo y entró en conflicto con éste hasta que el gobierno soviético dispersó sus fuerzas en 1921.

reaccionario del ejército. El jinete desprecia al infante. Majnó creó una caballería de campesinos que eran dueños de sus caballos. No eran los aldeanos pobres y pisoteados, despertados por la revolución de octubre; eran los campesinos ricos y bien alimentados, temerosos de perder sus posesiones. Las ideas anarquistas de Majnó (ignorar el estado, desconocer el poder central) correspondía al espíritu de esta caballería kulak mejor que ninguna otra cosa. Debo agregar que el odio de los seguidores de Majnó hacia la ciudad y el obrero urbano iba acompañado de un antisemitismo activo. En la misma época en que librábamos una lucha de vida o muerte contra Denikin y Wrangel<sup>168</sup>, los majnovistas trataron de aplicar una política independiente. El pequeñoburgués (kulak), tascando el freno, creyó que podría imponer sus posiciones contradictorias a los capitalistas por un lado y a los obreros por el otro. Este kulak tenía armas; debíamos desarmarlo. Es precisamente lo que hicimos.

Su conclusión de que los fraudes de Stalin son producto del “amoralismo” de los bolcheviques es profundamente falsa. En el periodo en que combatía por la liberación de los oprimidos, la revolución llamaba a las cosas por su nombre, no necesitaba fraudes. El sistema de falsificaciones es producto de que la burocracia eestalinista lucha por los privilegios de la minoría, lo cual la obliga a ocultar sus verdaderos fines. En lugar de buscar la explicación en las condiciones materiales del proceso histórico, usted crea la teoría del “pecado original”, que corresponde a la iglesia, mas no a la república socialista.

Respetuosamente,  
L. Trotsky

***[Profundos desacuerdos políticos]. Carta a Angelica Balabanova***  
(6 de julio de 1937)

Querida Angelica,

Gracias por preocuparse por mi salud. No es tan buena como yo desearía ni tan mala como podría serlo. Ahora mismo parto para cogerme un reposo durante algún tiempo y confío en restablecerme.

Recibí a tiempo la carta exponiendo sus posiciones políticas. Si no la he respondido no ha sido en ningún caso por falta de interés. Pero estoy convencido de que nuestros desacuerdos políticos y teóricos son tan grandes que la polémica bajo forma de cartas privadas sólo puede que provocarnos mal, sin contribuir en ningún caso a un acercamiento. Como he conservado hacia usted viejos sentimientos de simpatía, he decidido no lanzarme a la polémica.

Lo que usted escribe actualmente sobre los “trotskystas” norteamericanos me parece vago en el más alto grado. En el comité, como alrededor de la comisión, se desarrolla una lucha inevitable entre los diferentes grupos *políticos*. En tal batalla, siempre se dan excesos, errores y enormes tonterías. He tratado en la medida de mis posibilidades atenuar las fricciones para asegurar el trabajo de investigación bajo las condiciones más favorables. En lo concerniente a la cuestión del partido socialista se trata de otra cosa. No se trata de un problema concreto y separado (la investigación sobre el proceso de Moscú), sino del programa y de toda una política. Diversas tendencias se enfrentan. No luchan por la vida, sino por la muerte. En España, los miembros del POUM expulsan a los trotskystas mientras que socialistas y eestalinistas arrestan a los miembros

---

<sup>168</sup> Anton Denikin (1872-1947), comandante de las fuerzas contrarrevolucionarias del frente sur durante la guerra civil rusa.

del POUM. ¿Es posible que esta lucha deje de repercutir de forma aguda en el interior de todas las organizaciones obreras, incluyendo al Partido Socialista Norteamericano? Escribe usted que las divergencias políticas no le interesan, que está usted indignada por las “intrigas” (ni puedo admitir ni comprender esta forma de plantear los problemas). Lo que usted entiende por “intrigas” y a quienes usted llama “los mejores”, eso no está claro para mí. En su carta no encuentro ningún hecho concreto, ni un solo nombre, ni un solo ejemplo, por no hablar de los principios políticos que usted descarta conscientemente. Escribe usted que la lucha política puede influir en los trabajos de la comisión. Puede ser. ¿Puedo exigirles a mis amigos que renieguen de sus ideas o rehúsen luchar por ellas en el movimiento obrero para no “irritar” a tal o tal otro miembro de la comisión? Confío en que usted no va a exigirme tal cosa.

Añado además una reflexión: las falsificaciones estalinistas se desenmascaran por sí mismas en el presente. Toda persona ligada abiertamente a ellas o no, quedará comprometida. Inversamente, toda persona que, directamente o no, haya contribuido a desenmascarar las falsificaciones, podrá estar orgullosa. No puedo, pues, considerar la participación en el trabajo del comité o de la comisión como “un servicio” prestado a Trotsky o a los “trotskystas”. No pido que Norman Thomas cambie de ideas o métodos. Pero, en cuanto a mí, no estoy dispuesto a sacrificarme a favor de Norman Thomas ni de la más mínima parte de sus ideas o métodos.

He aquí todo lo que puedo decirle al respecto.

Por si sirve de ayuda, adjunto una copia de mis respuestas a las preguntas de Wendelin Thomas pues tienen relación con las cuestiones que usted plantea.

Le estrecho con fuerza la mano y le deseo ánimos y salud.

Natalia Ivanovna le envía sinceros abrazos.

### **[No buscar la perfección]. Carta a Rosmer**

(15 de julio de 1937)

Estimado amigo,

Debe usted haber recibido mi respuesta a Wendelin Thomas. Claro que estoy dispuesto a responder a todas las preguntas oficiales y no oficiales planteadas por la comisión, en su conjunto o por uno de sus miembros en particular. Pero todo ello solamente para facilitar la información y orientación general de la comisión. Mantengo como absolutamente excluido que la comisión se comprometa en la vía de *conclusiones* teóricas e histórico-políticas. La menor iniciativa de ese tipo no podrías más que matar a la comisión, demostrando que está compuesta por representantes de diferentes tendencias políticas que, naturalmente, buscarán cada una de ellas beneficios para su tendencia en detrimento de la tarea concreta para la que ha sido creada la comisión.

Es de temer que, buscando la perfección, la comisión se transforme en una institución puramente científica e histórica, e incluso un poco arcaica, sin enriquecer, sin embargo, la ciencia y dejando las manos libres a los estalinistas durante un período indeterminado.

Modigliani, que es un jurista prudente e incluso pedante, ha creído posible formarse una opinión sobre la base de la investigación parcial de la comisión de París y, además, proclamar su opinión en las asambleas de su partido<sup>169</sup>. El proyecto de enviar

---

<sup>169</sup> De hecho, Modigliani se encontraba en una muy difícil situación pues sus camaradas socialistas no le habían seguido.

ahora emisarios de Nueva York a Europa para realizar allí investigaciones<sup>170</sup> me parece bastante dudoso. Mi inclino más a creer que la comisión de París tiene muchos motivos para enviar a un emisario a Nueva York para acelerar los trabajos de la comisión.

Usted habla de la comisión plenaria. ¿Cuál es, sin embargo, su composición actualmente?

En estos momentos estoy viendo una carta de Sara Weber anunciándonos su posible llegada con la pareja Weber hacia el 6 de agosto. Sobra decir que nos alegraría mucho recibirle tras una interrupción tan prolongada<sup>171</sup>. Natalia ha recibido una carta de Marguerite. Ambos les saludamos calurosamente.

### **[Respuestas a preguntas]. Carta a Lev Sedov**

(16 de julio de 1937)

Querido amigo,

Respondo a tu carta número 30 del 25 de junio,

1.-Es preciso que hagas para la comisión norteamericana un resumen de tus declaraciones y de los documentos presentados, sobre todo sobre la cuestión de Copenhague<sup>172</sup>. La cuestión de tu pretendido viaje a Copenhague puede y debe ser aclarada por la comisión; la conclusión sobre esta cuestión puede ser publicada en primer lugar, es decir antes que todo el resto de conclusiones. Desde este punto de vista es muy importante hacer un resumen, corto pero completo, de todas las pruebas sin excepción que confirman tu coartada (incluyendo los argumentos lógicos que he manifestado en mi conclusión). Para no sobrecargar el texto con largas citas y una argumentación compleja, hay que enumerar en un orden lógico todos los documentos (con cortas citas), todas las declaraciones de testigos y terminar con las conclusiones generales. Tal documento puede tener mucho peso. Podría ser traducido en Nueva York.

2.- Para la invitación de Modigliani, voy a tratar de escribir además a Nueva York.

3.- La correspondencia de Rusia que he presentado ante la comisión parece ser que se interrumpe a principios del año 1931<sup>173</sup>. Este problema ha suscitado, evidentemente, el interés de la comisión. ¿Dónde está la correspondencia de los años siguientes? He respondido que esa correspondencia había disminuido de menos a menos y que pronto se detuvo de hecho. Desgraciadamente no he podido presentar de memoria la curva de nuestra correspondencia con Rusia. De este modo sería muy útil que tu comunicases la estadística, por meses y por años, de las cartas en tu poder. Creo que eso será suficiente. Haré un diagrama parecido para las cartas que tengo aquí. Será difícil presentar un diagrama general ante la comisión.

4.- En lo concerniente a mi libro *Los crímenes de Stalin*, ya he respondido a Pfemfert que pasaba todos los poderes a él y a Serge para efectuar las correcciones de forma necesaria. Me alegraría mucho que tu pudieses participar en ese trabajo. Sería extremadamente deseable ofrecer en anexo extractos de algunos documentos. Me remito

<sup>170</sup> Se trataba de un proyecto de Suzanne LaFollete que deseaba hacerse una idea personal sobre la encuesta en Europa.

<sup>171</sup> Los Trotsky y los Rosmer no se habían visto desde 1930 y, en el intervalo, habían transcurrido largos años de silencio consecutivos a su ruptura política.

<sup>172</sup> Recordemos que las confesiones de ciertos acusados (entre ellos Holzman en el primer proceso de Moscú) hacían intervenir a Sedov en Copenhague. Trotsky pensaba que probando que Sedov no había ido a Copenhague se tiraba abajo todo el edificio de los procesos.

<sup>173</sup> Es la fecha en la que Lev Sedov abandona Prinkipo para ir a Berlín. Se puede suponer que una parte de la correspondencia y de los informes de los "viajes" que Lev Sedov recibió fue destruida inmediatamente allí o perdida con la parte de sus archivos que no pudieron encontrarse tras su muerte.

completamente a vosotros tres para ello. Por supuesto que es deseable que la edición alemana se corresponda de hecho con la edición francesa. Os ruego que resolváis ahí todos esos problemas pues soy completamente incapaz de retomar esa obra. No estáis obligados a integrar en ella mi discurso del mitin del Hipódromo de Nueva York.

Todavía no he mirado lo que me has enviado (he pasado una semana en el campo y volví ayer por la tarde).

5.- Te repito una vez más mis deseos de que el libro de Charles Walker aparezca en Francia. Si es necesario, estoy dispuesto a escribir un pequeño prefacio (si la carta que he enviado al editor no parece suficiente). Walker hace mucho por mí en el dominio de la edición y me alegraría mucho agradecersele, incluso con una pequeña cosa.

**[Más deprisa y más concreto]. Carta Rosmer**

(16 de julio de 1937)

Querido amigo,

Formalmente no puedo intervenir en los trabajos de la comisión. En esto se ve la desventaja de que sólo sea “testigo”, ni incluso acusado. Si fuese acusado, podría exigir que tal o tal otro de mis intereses fuese tomado en consideración. En el fondo, se trata, sin embargo, de dos acusados en los procesos de Moscú, se trata de mí y de León Sedov. Por ello, en esta carta privada, me permito volver a tratar sobre la necesidad de conferirle a los trabajos de la comisión una marcha más acelerada y un carácter un poco más concreto. Incluso si se decidiese opinar sobre las cuestiones políticas en general, hay que comenzar por las cuestiones concretas concernientes a León Sedov y a mí mismo. Le ruego vuelva a leer el discurso de apertura del Dr. Dewey en la comisión de Coyoacán. Las tareas de la comisión están definidas en él de una forma extremadamente restringida. Se trataría de una sola cuestión: ¿Trotsky y Sedov son culpables de los crímenes que se les imputan, sí o no? Creía, y creo, que esta definición de las tareas de la comisión es demasiado limitada. La comisión podrá establecer que no solamente Trotsky y Sedov no son culpables de los crímenes imputados, sino que, además, esos “crímenes” han sido deliberadamente contruidos por los falsificadores de Moscú. Pero, en cualquier caso, incluso si la tarea indicada en los discursos de apertura del Dr. Dewey no agota toda la materia, define muy bien el objetivo más urgente y e inmediato de los trabajos de la comisión.

Para que la comisión responda a la pregunta sobre la culpabilidad de Trotsky y Sedov, no lo podrá hacer sin responder al interrogante: ¿Vio realmente Holzman a Trotsky en Copenhague y Sedov viajó hasta allí? Si, como supongo, la subcomisión llega a la conclusión de que el testimonio de Holzman es falso de cabo a rabo, antes de hacer que la comisión plenaria confirme esta conclusión, debería ofrecerle a la otra parte, es decir a la GPU, a Moscú, la posibilidad de refutar nuestras pruebas y presentar otras. Puesto que la otra parte no participa en la investigación, la única posibilidad de forzarla a pronunciarse es publicar la conclusión parcial y previa sobre Copenhague en la prensa, con la invitación expresa a Vishinsky y otros de tratar de echar abajo esa conclusión. Este procedimiento me parece que se deriva tan claramente de la materia misma que no veo otro posible. Si, a fines de julio o comienzos de agosto, la subcomisión logra llegar a esta primera conclusión parcial y previa, habrá dado un verdadero paso adelante. El mismo procedimiento se impone para otras declaraciones decisivas (Olberg, Romm, Piatakov, etc.), también es la única posibilidad de que la opinión pública participe en los trabajos de la misma investigación, en lugar de imponer al final una conclusión total que podría parecer un *deus ex machina*.



Estoy seguro de que este procedimiento contaría con la ventaja, suplementaria e inapreciable, de limitar las discusiones e investigaciones de orden general (historia del bolchevismo, de la revolución de octubre, etc.) en las que la comisión correría el riesgo de perderse hasta el infinito o, lo que no sería mejor, disolverse en cuestiones de orden teórico, político o moral. Por otra parte, repito, todo esto no es otra cosa más que un comentario al discurso de apertura del Dr. Dewey y a su discurso anunciando un programa de la misma comisión. Le ruego que lo relea.

Existe otra cuestión que me parece muy importante. Hay que hacer todo lo posible para ofrecerme la posibilidad de aparecer ante la comisión plenaria. No creo que el gobierno rehusase fácilmente concederme una visa para dos meses con la visa de retorno a México asegurada de antemano. No solamente desde el punto de vista de la “sensación”, la comparecencia del principal acusado ante la comisión plenaria tendría una evidente importancia (y por esta parte el asunto es casi decisivo, estando dada la necesidad de hacer la mayor publicidad posible a los trabajos de la comisión), sino desde el de la misma comisión que quedaría más asegurada en sus procedimientos y conclusiones teniendo la posibilidad de plantearme en cada momento las preguntas que no hayan quedado claras. Me permito llamar su atención sobre este aspecto del asunto.

¿No se podría insistirle a Modigliani, oficial, oficiosa y personalmente, para que reconsidere su decisión negativa?<sup>174</sup> Su participación en la comisión de Nueva York tendría infinitamente más valor que el envío de Nueva York a Europa de nuevos investigadores improvisados<sup>175</sup>, que no conocen el asunto y corren el riesgo de enredarse y enredar a los demás. He ahí, querido amigo, algunas sugerencias que me permito exponerle.

***[Para la visa de entrada en Estados Unidos]. Carta a Stolberg***

(31 de julio de 1937)

Estimado señor Stolberg,

Gracias por su intervención a mi favor ante la señora Perkins<sup>176</sup> y por su carta. Casi no es necesario decir que observaré todas las condiciones con lealtad absoluta. Además, está claro que no tengo personalmente el más mínimo interés en provocar ninguna campaña de protesta, ya sea de parte de los estalinistas o de la prensa Hearst<sup>177</sup>. Durante mi estancia en Estados Unidos mantendré un incognito todo lo completo que me sea humanamente posible. Al mismo tiempo, sería demasiado absurdo suponer que pueda utilizar de ninguna forma la hospitalidad limitada que se me acordará para intervenir en la política norteamericana. Sabe usted que me he abstenido de parecida intervención incluso con México. Estoy tanto menos tentado de comprometer la ocasión de recibir

<sup>174</sup> La llegada de Modigliani a Nueva York en calidad de representante de la comisión de París se había planteado primitivamente, pero, desautorizado por su partido, Modigliani rehusaba de comprometerse más en el asunto de allí en adelante.

<sup>175</sup> La propuesta de Suzanne LaFollete de enviar “encuestadores” a Europa no seducía a Trotsky.

<sup>176</sup> Frances Perkins (1882-1965) era desde 1933 Secretaria de Estado del Trabajo y una de las colaboradoras más próximas al presidente Roosevelt. Ben Stolberg se había entrevistado con ella sobre los deseos de Trotsky de obtener una visa temporal para Estados Unidos que le habría permitido comparecer ante la comisión plenaria. [Ver más arriba, en la carta anterior a Rosmer del 16 de julio, en el penúltimo párrafo]

<sup>177</sup> William Randolph Hearst (1863-1951) era el todopoderoso propietario de una cadena de periódicos que englobaba al *American* de Chicago, el *Examiner* de San Francisco, el *Journal American*, el *Daily Mirror*, de revistas, de agencias de prensa, etc., de una inspiración violentamente nacionalista y racista (denuncia del “peligro amarillo”) marcada, además, por un gusto pronunciado por lo “sensacionalista”.

tratamiento médico, que me es necesario, con reuniones o declaraciones imprudentes. ¡Queda excluido todo acto de este tipo!

Confío en que esta declaración sea bastante categórica y en que usted pueda usarla como considere necesario.

### ***[Preguntas]. Carta a Stolberg***

(31 de julio de 1937)

Estimado camarada Stolberg,

Incluyo una declaración semiformal sobre las condiciones de mi eventual estancia en Estados Unidos. En esta quiero plantear algunas preguntas informales:

1.- ¿Viajo con mi pasaporte actual (Sedov) o de forma más discreta?

2.- ¿Las autoridades norteamericanas van a pedirme que presente por avanzado una visa de retorno a México? Es completamente posible, pero las conversaciones sobre esto con las autoridades mexicanas no se podrán mantener secretas y todo el asunto aparecerá inevitablemente en la prensa.

3.- ¿No es posible que las autoridades norteamericanas se contenten con un “gentleman’s agreement” [acuerdo entre caballeros] según el cual yo volvería a México tras el tratamiento médico, sin dilaciones o dificultades para la administración de Estados Unidos?

4.- ¿La fecha de mi posible viaje? Estaría bien que mi estancia en Estados Unidos coincidiese con las sesiones de la comisión plenaria. El motivo está claro.

Casi no es necesario añadir que me alegraría visitar los Estados Unidos y encontrarme allí con algunos amigos norteamericanos (un número muy restringido).

Aprecio enormemente el hecho de que usted esté satisfecho con los progresos del trabajo de la comisión. Admiro particularmente el incansable trabajo de la señorita LaFollete. De pasada le diré que mi hijo ha encontrado en la parte de mis archivos que están hoy en día en Francia sus propias cartas manuscritas desde Berlín a Copenhague durante nuestra estancia en la capital danesa. Por sí solas, como verá usted, esas cartas hacen trizas el primer proceso, en particular las declaraciones de Holzman. Hacemos fotostatos de esas cartas y las traducimos.

Espero sus artículos en *The Nation* con gran interés, con mi más sincera estima y mi caluroso agradecimiento.

### ***[A cada uno sus responsabilidades]. Carta a H. Molinier***

(2 de agosto de 1937)

Estimado camarada Henri,

Le agradezco mucho todos sus envíos. Le envío adjunta la copia de una carta que le escribí a usted en vísperas de mi partido de Constantinopla hacia Francia. ¿Tiene usted guardado el original? Sí es que sí, le pido por favor que me la envíe para la comisión. Si es que no, le ruego que confirme con una carta dirigida a mí el hecho de que usted recibió en su momento una carta con ese contenido, es decir que usted no pone en duda que el documento adjunto represente la copia de una carta que le escribí.

Una de las dos películas habladas que se realizaron en Copenhague (mi corto discurso a favor de la Oposición de Izquierda) sería de enorme importancia para la comisión de Nueva York. Sería necesario que dispusiera de ella no más tarde de fines de

agosto pues la sesión plenaria comienza el 1 de septiembre. Naturalmente que, tras el pase, el film sería devuelto a sus actuales dueños. Estaría bien acompañar el envío del film con una corta exposición sobre sus orígenes, debidamente firmada.

Me ha enviado usted algunos documentos cortos con sus comentarios<sup>178</sup>. ¿Qué puedo decir ahora de todo esto? Los consejos que antiguamente di, fueron rechazados. Tras esto, cada uno tomó su posición y asumió sus responsabilidades. No pueden descartarse a gusto de uno las consecuencias de una lucha que dura casi dos años.

A Natalia y a mí nos alegraría mucho tener informaciones sobre su salud y sobre el estado de su familia. Siempre recordamos con placer a sus dos hijas que, mientras tanto, deben de haber crecido mucho.

Muy afectuosamente.

**[Nuevos e importantes documentos]. Carta a S. LaFollete**  
(3 de agosto de 1937)

Estimada señorita LaFollete,

Le agradezco su carta del 29 de julio con la copia adjunta de su discurso a los miembros de la comisión. Veo una vez más que el trabajo de la comisión está en buenas manos.

Estoy de acuerdo con usted en la necesidad o, al menos, lo deseable de la participación en la comisión de un delegado mexicano. Hoy mismo consultaré a Diego Rivera y otros amigos sobre esta cuestión. No es fácil, pero puede ser que se encuentre una solución satisfactoria.

Incluyo de nuevo documentos de una gran importancia. Mi hijo, León Sedov, ha encontrado finalmente las cartas que él había escrito a su madre durante nuestra estancia en Copenhague. Adjunto una breve caracterización y extractos de esas cartas. Llamo su atención en particular sobre la carta del 26 de noviembre en la que comunicaba un detallado plan para telefonar mensajes durante nuestra estancia en Copenhague. Un grafólogo puede establecer cómodamente que esas cartas son auténticas, que están realmente escritas por León Sedov. Pero ni incluso es necesario acudir a la ciencia de la grafología. Es suficiente con establecer la fecha aproximada en que las cartas fueron escritas. Un análisis químico le ofrecerá a la comisión la completa seguridad de que las cartas fueron escritas hace algunos años. Debería estar completamente claro que nadie en aquella época podría haber sido inspirado por una visión profética para escribir esas cartas con el objetivo de los juicios del futuro. Además, el contenido de las cartas es suficiente por sí mismo.

También incluyo tres tarjetas postales de mi hija fallecida, Zinaida Volkova<sup>179</sup>, a León Sedov durante la misma semana. Zinaida y León vivían ambos en Berlín y, al enviar sus tarjetas postales, Zinaida sabía dónde estaba su hermano.

No incluyo la traducción de las tarjetas postales pues su contenido no tiene ninguna relación con el asunto. Deseo solamente señalar, si la comisión lo juzgase necesario, que Zinaida en aquella época ya estaba en un estado psicológico anormal, sufriendo manía persecutoria.

---

<sup>178</sup> Henri Molinier todavía intentaba convencer a Trotsky de los errores del POI y de la corrección de la política del PCI.

<sup>179</sup> Recordemos que Zinaida, hija mayor de Trotsky y Alejandra L. Sokolovskaya, se había suicidado en Berlín en 1933. Antigua institutriz en una escuela del partido, expulsada, se le despojó de la nacionalidad soviética tras haber sido autorizada a salir de la URSS para sanarse.

Envío los documentos enumerados, seis cartas de León Sedov y tres tarjetas postales de Zinaida Volkova, directamente a usted por la extraordinaria importancia de esos documentos que, según mi parecer, son absolutamente suficientes para probar la falsedad del testimonio de Holzman, incluso sin la colaboración del resto de pruebas directas e indirectas, que, como sabe usted, son muy numerosas. Es necesario repetir, mi querida señorita LaFollete, mis consideraciones hacia su trabajo para la comisión, verdaderamente heroico. Confío en que mantenga usted su salud y energías y le quedo sinceramente agradecido.

***[La preparación de notas]. Carta a A. Goldman***  
(3 de agosto de 1937)

Estimado camarada Goldman,

He recibido su carta del 31 de julio. Hemos tratado de ayudar a la señorita LaFollete elaborando aquí breves notas concernientes a los puntos más importantes del asunto: las “confesiones” de Holzman, Olberg y las de Vladimir Romm y el pretendido robo de Piatakov, etc. Cada nota cita el número correspondiente de las “confesiones” y enumera todos los argumentos, pruebas, testimonios, citas de documentos, etc., que prueban que la acusación es falsa... Usted recibirá, naturalmente, una copia de esas notas al mismo tiempo que LaFollete. Incluyo también una copia de mi última carta a la señorita LaFollete, con copias de documentos extremadamente importantes<sup>180</sup>.

He recibido una carta de M. Stolberg y estoy de acuerdo con sus propuestas. Natalia y yo le enviamos a usted y a su esposa nuestros mejores deseos.

***[Disculpas]. Carta a Jan G. Adler***  
(10 de agosto de 1937)

Estimado Doctor Adler<sup>181</sup>,

Le ruego disculpe mi prolongado silencio. Como sabe usted, aquí estamos completamente acaparados por los trabajos de la comisión. Desde el mes de mayo estoy enfermo y he debido cesar prácticamente todo trabajo. Hasta el presente no he enviado los poderes solicitados pues pensaba que era más indicado esperar a los resultados de la comisión de investigación de Nueva York antes de relanzar los procesos europeos<sup>182</sup>. La comisión de investigación internacional debe reunirse en septiembre en Nueva York, de forma que se tiene derecho a esperar una decisión definitiva para septiembre-octubre.

En cualquier caso, le agradezco de nuevo de todo corazón todos los esfuerzos que usted ha realizado.

Con mi cordial saludo.

---

<sup>180</sup> Ver en estas [Edicions Internacionals Sedov](#): “[Nuevos e importantes documentos]”.

<sup>181</sup> Jan G. Adler (1907.1973) era abogado en Praga y el cuñado del dirigente trotskysta J. Kopp. Había comenzado a trabajar, junto al gran abogado F. Bill, en el proceso por difamación que Trotsky trató de entablar en Praga contra los diarios eestalinistas de las IC y del PC checoslovaco. Había perseverado hasta que renunció el gran abogado, impresionado por las amenazas de que era objeto y el asalto a su bufete.

<sup>182</sup> Trotsky tenía decidido desde hacía varios meses no continuar con sus intenciones de entablar procesos en Praga y Suiza y volcarse al completo sobre la Comisión Dewey. Por tanto, había enviado al abogado de Praga las piezas que le hubieran permitido pleitear en su nombre.

**[Alegría y gratitud]. Carta a Erwin Wolf**  
(10 de agosto de 1937)

Querido amigo,

Con gratitud y alegría he recibido los documentos que me ha enviado, así como su última carta del 22.7<sup>183</sup>. Su optimista estado de ánimo me tranquiliza mucho. Todos aquí confiamos en que ese estado de ánimo no sea de origen puramente subjetivo.

En adjunto le envío mi carta al antiguo diputado en el Reichstag alemán Wendelin Thomas a propósito de la cuestión de Cronstadt que le interesa a usted<sup>184</sup>. Mi respuesta es demasiado corta, insuficiente. Pero en estos momentos no tengo otra cosa a mano. A partir del momento en que me sea posible escribiré pronto más ampliamente al respecto. Desgraciadamente a penas si dispongo yo mismo de documentos.

Le haré llegar mi artículo sobre la cuestión de la guerra. ¿Puede que le sea útil?

Tengo la intención de estudiar próximamente los documentos que pueda conseguir sobre España. Puede que escriba sobre esto un largo artículo. Desafortunadamente esto todavía no es seguro.

El trabajo de la comisión se ha puesto en marcha. La comisión plenaria comenzará probablemente a reunirse en septiembre, de forma que se puede esperar una decisión definitiva para este otoño.

Su comentario a propósito de “la muy valiente compañera” nos ha alegrado mucho. Natalia siempre piensa con amor y ternura en la “pequeña Hj(ørdis)”<sup>185</sup>. Por otra parte, yo también.

Todos en la casa le envían sus saludos más cordiales y le desean un montón de buenas cosas<sup>186</sup>.

**[El viaje de Frankel a los Estados Unidos]. Carta a LaFollete**  
(13 de agosto de 1937)

Querida señorita LaFollete,

Incluyo copia de mi carta a la Carolina Political Union.

J[an] F[rinkel] tiene dificultades con su visa y no estoy seguro de que pueda llegar a Nueva York a tiempo para ayudar en los trabajos de investigación de la comisión. Sin embargo, mi otro colaborador, Bernard Wolfe, que tiene la ventaja de ser norteamericano, vuelve a los Estados [Unidos] mañana. Wolfe, al que usted conoce personalmente, no estaba conmigo ni en Prinkipo ni en Francia y no conoce los acontecimientos por propia experiencia. Pero durante los últimos meses ha participado activamente en todo nuestro trabajo y ha estudiado los archivos, creo que puede serle de mucha utilidad a la comisión desde este punto de vista.

---

<sup>183</sup> Erwin Wolf estaba en España a dónde había viajado después de las jornadas de mayo para intentar reorientar a la sección española.

<sup>184</sup> En su carta del 22 de julio, Wolf indicaba que le parecía necesario que Trotsky volviese a tratar por escrito sobre la cuestión de la insurrección de Cronstadt en 1921 pues las concepciones que se tenían en España al respecto constituían un obstáculo para ganar a los obreros anarquistas.

<sup>185</sup> Hj(ørdis) Knudsen, que se había convertido en la compañera de Wolf, lo acompañaba en su peligrosa misión en España.

<sup>186</sup> Wolf nunca recibió esta carta. En el momento en que Trotsky la escribía, su antiguo colaborador ya estaba en manos de la GPU que lo haría desaparecer.

Confío en que haya recibido usted completa la última serie de documentos (cartas de León Sedov a su madre, etc.).

***[Inquietudes...]. Carta a Rosmer***

(17 de agosto de 1937)

Querido amigo,

Hace mucho tiempo que no se tienen noticias de usted. No hace falta que le diga que el hecho de que usted no viniese con los Weber y otros nos ha apenado mucho. Pero comprendo sus motivos: usted ha venido especialmente para participar en los trabajos de la comisión y no quiere dar “mal ejemplo”. Con Natalia, confiamos en que usted nos visite en el otoño.

La respuesta de W. Thomas a mi corta carta concerniente a Cronstadt y Majnó me inquieta un poco. No estaba obligado en absoluto a responder a las preguntas de Thomas. Sin embargo, lo hice. En lugar de aportar contraargumentos o de... callarse, Thomas ofrece una apreciación sumaria y bastante peyorativa de mi respuesta, expresando incluso dudas sobre mi sinceridad. Esto podría ser pasable en el caso de cualquier otro, pero un miembro de la comisión debería ser un poco más prudente en una controversia provocada por él y no por mí. Pero, al fin de cuentas, decidí mantener silencio.

Hemos enviado a LaFollete las cartas de Liova a Natalia y las cartas de Zina a Liova enviadas durante nuestra estancia en Copenhague. Son las *originales*. La importancia de esta correspondencia no se le escapará a nadie. Verdaderamente, la coartada de Liova queda demostrada al 100%. Confío al menos en que esta conclusión la hará la comisión lo más pronto posible y que se hará pública.

***[Documentos y precisiones]. Carta a LaFollete***

(17 de agosto de 1937)

Querida señorita LaFollete,

1.- Siento mucho no haberle indicado en mi carta con la necesaria precisión que las cartas de mi hijo León Sedov a su madre (noviembre-diciembre 1932), así como las tarjetas postales de mi hija a mi hijo durante el mismo período, *no son copias sino originales*. Permítame insistir en que la comisión someta las cartas de mi hijo a un análisis químico a fin de establecer que las cartas que están ahora en poder de usted fueron escritas hace varios años. En aquella época, nadie podía prever las futuras falsificaciones. El análisis químico sería la mejor prueba, irrefutable, de su autenticidad.

¿Por qué se han descubierto esas cartas con tanto retraso? He explicado a la comisión de Coyoacán que partes importantes de mis archivos no están en América, sino en Europa. Mi hijo está separado de nosotros desde 1931, incluso durante nuestra estancia en Francia (nosotros vivíamos en provincias, él en París). Él no conoce tan bien mis archivos como, por ejemplo, Frankel o Van. Los archivos se conservaban en lugares diferentes. León Sedov me preguntó en diversas ocasiones dónde estaban sus cartas desde Berlín a su madre en Copenhague. No pudimos encontrarlas aquí. Insistí para que se hiciese una búsqueda más a fondo en los archivos de París. Este es el motivo por el que se han encontrado las cartas con tal retraso.

De pasada señalo que los archivos de mi hijo (supongo que no muy bien ordenados) fueron ocultados al mismo tiempo que los míos por nuestros amigos franceses, después de que León Sedov abandonase Berlín para ir a París (1933). Por ello,

Sedov ha encontrado con tanto retraso mi carta dirigida a él desde el barco entre Dinamarca y Francia, y sus propios documentos de estudiante.

Todas las cartas y documentos enumerados son originales auténticos. Pienso que son la prueba más decisiva de la coartada que pueda imaginar la mente humana. Confío en que esa será también la conclusión de la comisión.

2.- El chalé que ocupábamos en Copenhague pertenecía a una bailarina. Había partido de viaje a Argentina. Los muebles, sobre todo los cuadros, las pequeñas esculturas y toda suerte de bibelots, indicaban de forma muy convincente la profesión de la propietaria del chalé. Estoy seguro de que usted podrá encontrarlos en la declaración de Naville y otros.

3.- La carta que le entregué a Blumkin<sup>187</sup> no tenía un carácter personal. Estaba dirigida a todos los opositores responsables con los que pudiese reunirse en Moscú. Su contenido tenía un carácter político general<sup>188</sup>: nuestra línea política sigue siendo la misma, es necesario crear centros de propaganda, hay que organizar la entrada y difusión del *Biulleten* ruso en la Unión Soviética. Blumkin tenía un plan para que el *Biulleten* llegase desde Turquía a la Unión Soviética con la ayuda de pescadores turcos que periódicamente viajaban por el Mar Negro<sup>189</sup>.

Mi carta no estaba destinada de ninguna manera a Radek. No tenía la más mínima confianza en las cualidades conspirativas de Radek, incluso en la buena época y, sobre todo, en 1929 cuando abierta y pérfidamente había capitulado. Estaba fuera de lugar para mi mantener con él cualquier relación, fuese la que fuese. Sin embargo, el joven Blumkin no era solamente una personalidad heroica, sino, también, un sentimental. Anteriormente había estado bajo la influencia de Radek. Había estado ausente de la Unión Soviética uno o dos años. No podía imaginar que Radek se había convertido en un traidor al movimiento. Se relacionó con él por propia iniciativa. En su carta sobre esto, usted hace referencia a la “Carta del Viejo-Bolchevique”<sup>190</sup>. Tengo que señalar que esta carta no tiene valor documental. Es más bien una composición de personas y fuentes diferentes: hipótesis y construcciones forman la mayor parte de ella junto a hechos auténticos y rumores. Esta carta sólo se podría utilizar con la mayor prudencia.

4.- Van respondió ayer a las preguntas y ruegos de su carta del 10 de agosto, con toda la necesaria precisión, por lo que puedo juzgar.

5.- Nuestros “resúmenes” son más bien una serie de “resúmenes” concernientes a los puntos más importantes de las acusaciones. Los encontrará usted ciertamente demasiado bastos para su resumen, pero al menos tendrá usted la posibilidad de escoger todas las citas necesarias, etc.

---

<sup>187</sup> Yakov G. Blumkin (1899-1929), antiguo terrorista s-r que había asesinado en 1918 al embajador alemán von Mirbach para provocar la reanudación de la guerra, se había unido a los bolcheviques, convencido en particular por Trotsky, al que había servido en el Ejército Rojo en el secretariado de Trotsky, después en los servicios de información en el extranjero. Visitó a Trotsky en 1929 y a su regreso a la URSS fue fusilado. La carta en cuestión, de la que una copia está entre los papeles de exilio, ha sido publicada en los *Cahiers León Trotsky* n° 6, páginas 83-85. Señalemos que la teníamos fechada en el verano de 1929, pero ahora pensamos que la visita de Blumkin tuvo lugar en noviembre o a principios de diciembre de 1929.

<sup>188</sup> Ver en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov*: “Mensaje entregado a Blumkin”.

<sup>189</sup> Ver en estas mismas *Edicions Internacionals Sedov*: “El asunto Blumkin. Carta a M. y A. Rosmer”.

<sup>190</sup> La “Carta al Viejo-Bolchevique” fue escrita por el historiador menchevique Boris Y. Nikolayevsky sobre la base de las informaciones que había recibido a fines de abril de 1936 en París con Bujarin. Puede encontrarse el texto en Boris Y. Nikolayevsky, *Les dirigeants soviétiques et la lutte pour le pouvoir*, pp. 39-81.

**[Ofensiva en toda la línea]. Carta a L. Sedov**  
(19 de agosto de 1937)

Querido amigo,

Envío el penúltimo capítulo. El último, que está completamente terminado, lo picaremos y enviaremos mañana. Quiero ganar un día para el traductor.

Me inquieta mucho saber dónde te encuentras. ¿Ya has abandonado París, el manuscrito llegará según lo previsto? Confío en que hayas tomado las medidas necesarias.

Ha llegado el *Biulleten*. Es un buen número. Para el número siguiente he enviado un artículo sobre la próxima guerra. El capítulo enviado hoy y el que saldrá mañana pueden también publicarse en el *Biulleten*. Se lo puede editar al lado del artículo sobre la guerra del número siguiente: no corre el riesgo de perder su actualidad.

Confío en que las modificaciones indispensables para el libro las harán Pfemfert y V. Serge con tu participación. ¿Has logrado reunir los documentos para el anexo? El envío del último capítulo mañana me liberará de esta repugnante materia<sup>191</sup>.

*The Stalin Schol of Falsification*<sup>192</sup> se ha publicado en Nueva York, con una introducción y notas de Shachtman. El informe estenografiado (600 páginas) saldrá a principios de septiembre. La comisión realiza un intenso trabajo. La comisión plenaria se iniciará el 17 de septiembre. En una palabra, es la ofensiva en toda la línea.

**[Consideraciones sobre los documentos]. Carta a LaFollete**  
(20 de agosto de 1937)

Querida señorita LaFollete,

1.- Durante las “sesiones” de Coyoacán, el Dr. Dewey expresó sus deseos de que yo presentase a la comisión mi correspondencia durante el período en el Piatakov me hizo la supuesta visita. Este trabajo está terminado y un miembro de la comisión, [Otto Rühle](#)<sup>193</sup>, ha podido examinar mi correspondencia del mes de diciembre de 1935. Permítame usted llamar su atención y la de la comisión sobre las siguientes circunstancias.

Según el testimonio de Piatakov, su reunión conmigo tuvo lugar el 12 o el 13 de diciembre. Las cartas escritas esos días tiene, pues, una importancia particular.

El 12 de diciembre, escribí dos cartas: una en lengua alemana a una figura política noruega, Olav Scheflo, que durante esos días acudió desde la lejana Kristiansand a Oslo. Mis relaciones con Scheflo eran muy amistosas y ambos teníamos ganas de vernos. Anteriormente yo le había prometido ir a Oslo a verlo en su próximo viaje. He aquí lo que escribí a Scheflo el 12 de diciembre.

“¡Querido M. Scheflo! Estoy desolado pues mi estado de salud, como también el de mi esposa, hacen difícil nuestro viaje a Oslo durante esos días.”

Mi antiguo secretario Erwin Wolf y los miembros de la familia Knudsen ya han rendido testimonio del mal estado de mi salud durante el mes de diciembre.

<sup>191</sup> Se trata de esta obra, *Les crimes de Staline*.

<sup>192</sup> *La revolución desfigurada*, en estas mismas [OELT-EIS](#).

<sup>193</sup> Otto Rühle (1874-1943), antiguo diputado socialdemócrata que se unió a Liebknecht para votar en el Reichstag contra los créditos militares en plena guerra había sido miembro del KPD (Espartaco), después izquierdista KAPD y enseguida uno de los jefes de filas de la corriente “espontaneista”. A continuación, se consagró al estudio de Marx (del que era uno de los especialistas mundiales) y a la pedagogía. Se había refugiado en México.



La segunda carta, en lengua francesa, estaba dirigida a la redacción del diario parisino *Révolution*<sup>194</sup>. La carta es larga y consiste en una serie de consejos sobre el método de edición de un diario.

El 13 de diciembre escribí dos cartas en francés: una al buró político de la organización bolchevique-leninista en Francia y otra larga carta a Biline<sup>195</sup>, un miembro de esa misma organización. Esas dos cartas, como la carta a *Révolution* mencionada más arriba, así como toda una serie de otras durante los días anteriores y siguientes, demuestran hasta qué punto estaba yo en aquella época absorbido por los problemas internos de la organización francesa de los trotskistas.

Según palabras de Piatakov, la supuesta entrevista se habría producido a una media hora de trayecto del aeropuerto, es decir alrededor de dos horas de trayecto desde mi lugar de residencia. Se deduce de ello que debí consagrar un día entero para esta entrevista. ¿Puede alguien imaginarse que el mismo día de esta entrevista, completamente fuera de lo habitual, yo hubiese encontrado tiempo y posibilidades para concentrarme en escribir largas cartas consagradas a los problemas corrientes de la organización francesa?

Estoy dispuesto a admitir que estos hechos, tomados en sí mismos, independientemente unos de otros, no tienen una fuerza *absolutamente convincente*. Pero no hay que considerarlos independientemente unos de otros. La iniciativa de presentar esos documentos no me toca a mí, sino a la comisión. Y ello demuestra que cada documento nuevo introducido en el asunto ofrece una refutación factual o psicológica, directa o indirecta, de las falsificaciones de la GPU. Me permito señalarle que pasa lo mismo con el contenido de *todos* mis archivos. Es suficiente con tomar, con los ojos cerrados, uno de los centenares de mis dossiers para descubrir en él series de documentos que refutan o, al menos, minan las falsificaciones de Moscú.

3.- Usted debe saber probablemente que Pionner Publishers ha publicado hace algunas semanas por primera vez en inglés mi libro *The Stalin School of Falsification*<sup>196</sup>. Permítame usted recomendarle este libro, de la forma más persistente, a todos los miembros de la comisión. Suprimirá la necesidad de la comisión de pedir pruebas para toda una serie de documentos y citas, muchas de ellas introducidas en Coyoacán para evaluar mis relaciones reales con Lenin. En mi correspondencia con Lenin durante los años del régimen soviético, no hay prácticamente nada que Lenin haya dicho de mí y de mi actividad y que no se haya visto expresado en sus discursos públicos y artículos. En el libro en cuestión, las citas provienen no solamente de cartas, sino de obras impresas de Lenin a las que todo el mundo tiene acceso. Los hechos y citas más importantes, describiendo las relaciones entre Lenin y yo, están publicadas en mi autobiografía y también en la publicación francesa y rusa de *The Stalin School of Falsification*; que se publicó hace seis años<sup>197</sup>. Jamás nadie en las publicaciones estalinistas ha puesto en duda la precisión de las referencias factuales y la citas, por más que mis libros se hayan visto sometidos a la más desvergonzada crítica por parte de la Comintern. No solamente porque, como saben los estalinistas, siempre me sería posible probar la autenticidad de la mayoría de las cartas y otros documentos mediante fotostatos o copias certificadas, sino, ante todo, porque Lenin no se contentó con expresar esos puntos de vista y apreciaciones

---

<sup>194</sup> *Révolution* era entonces el órgano de la Entente de las JS del Sena y se convertiría en el de la JSR.

<sup>195</sup> Biline era el pseudónimo de Robert Caby (nacido en 1905) que en 1930 fue redactor literario de *L'Humanité* y se había unido a los trotskistas en 1933. Entre 1934 y 1936 mantuvo correspondencia con Trotsky.

<sup>196</sup> Este libro es una especie de edición norteamericana, muy aumentada, de *La revolución desfigurada, Obras Escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov*. De próxima edición también en esa serie.

<sup>197</sup> Se refiere, claro, a la primera edición de *Mi vida*. Señalamos de pasada cómo, de nuevo, Trotsky rehúye el título de *Mi vida* prefiriendo ‘autobiografía’: nunca le gustó ese título. EIS.

de forma impresa una sola vez. Sin duda alguna en Nueva York existen colecciones de *Pravda* de la primera época de la revolución y, en cualquier caso, la colección completa de las obras de Lenin (¡la publicación hecha en vida del mismo Lenin!). Un examen de la exactitud de mis citas no presentaría para la comisión la menor dificultad. Estas citas autenticadas a su vez aclararían suficientemente las de las referencias que son difíciles de verificar.

La mayor parte del libro *The Stalin School of Falsification* consiste en mi [carta al instituto de historia del partido](#) (pp. 1-88) escrita en Moscú el 21 de octubre de 1927, es decir poco tiempo antes de mi exclusión del partido y de mi deportación a Asia Central. Durante los ocho últimos años, esta carta se ha publicado en todas las lenguas de la humanidad civilizada y, repito, ninguna de sus citas ha sido refutada jamás ni objeto de actuaciones judiciales.

4.- Los resúmenes que le han sido enviados sobre las cuestiones separadas de los Procesos de Moscú no los he compuesto yo, sino mis colaboradores, [J. van Heijenoort](#), J. Frankel y B. Wolf. Tras un examen más atento, me reservo el derecho de enviarle si lo juzgase necesario mis propias consideraciones y conclusiones.

**[Mexicanos para la comisión]. Carta a LaFollete**  
(27 de agosto de 1937)

Querida señorita LaFollete,

Su carta del 24 de agosto tendrá respuesta de [J. van Heijenoort](#), con todas las precisiones necesarias. El señor Frankel aclarará la cuestión concerniente a Olberg.

Confío en que usted haya tomado nota con cuidado del contenido de [mi carta del 17 de agosto sobre](#) las cartas de León Sedov a su madre. Repito, le he enviado *originales y no copias*. Permítame insistir una vez más sobre el análisis químico de la tinta, a pesar del hecho que el texto de las cartas hable por sí solo.

Concerniente a la participación de los delegados mexicanos en su comisión, confío en que tenga usted información autorizada por parte de [Rühle](#). Hasta donde estoy informado, existe la perspectiva de que se pueda enviar a dos delegados: el general Villarreal<sup>198</sup>, viejo combatiente de la revolución mexicana y uno de los fundadores del movimiento socialista mexicano, y el señor Zamora<sup>199</sup>, antiguo secretario de la CTM (la Federación Mexicana del Trabajo). Sé que ambos tienen una reputación irreprochable. Ninguno de los dos tiene conmigo contacto político o personal. Vi al señor Zamora una vez en mi vida, y jamás he visto al general Villarreal.

Es muy lamentable que el señor Frankel no haya podido llegar a tiempo a los Estados Unidos. Confío en que el señor Wolf hará todo lo posible para ayudarle con su terrible carga.

---

<sup>198</sup> Antonio I. Villarreal (1879-1944), maestro y profesor ligado a los hermanos Flores Magón, se convirtió en periodista, después en secretario en la emigración del Partido Liberal mexicano y colaborador de *Regeneración*. Había participado en el levantamiento armado desde 1910, fundó la Confederación Nacional del Trabajo en 1912 y se llegó a general en 1913. Fue quien reabrió en 1914 en México la Casa del Obrero Mundial. También había sido Presidente de la Convención de Aguascalientes. Había dado su acuerdo en principio para participar en la comisión, pero no participó por motivos de salud.

<sup>199</sup> Francisco Zamora Padilla (nacido en 1891), nacido en Nicaragua, llegó a México en 1908, fundador de *El Universal*, fue el gran periodista de la revolución mexicana, pero también el primer marxista, profesor de economía y autor de un tratado de economía política que formó a generaciones de marxistas.

**[Acogida a los mexicanos]. Carta a Nock, Abern, Weber e Isaacs**

(31 de agosto de 1937)

Estimados camaradas<sup>200</sup>,

Esta carta es privada. Los amigos mexicanos que han propuesto al general Villarreal y al periodista Zamora como miembros de la comisión plenaria de investigación de Nueva York hacen todo lo posible para asegurar financieramente el viaje de esos dos delegados, que no tienen recursos personales. La cuestión, sin embargo, es saber si se podría acoger a los dos en Nueva York en alguna casa amiga en la que pudieran quedarse durante las sesiones, con el fin de liberarlos de la necesidad de pagar por el alojamiento (habitación y oficina). A los amigos de aquí les gustaría tener noticias de vosotros al respecto por cable.

**[Goldman y la comisión]. Carta a A. Goldman**

(31 de agosto de 1937)

Estimado camarada Goldman,

Me parece que su participación en las sesiones de la comisión plenaria es de absoluta necesidad. Habrá nuevos miembros de la comisión que pueden estar *bonaz fide*<sup>201</sup> recelosos ante mis documentos o testimonios. El señor Finerty<sup>202</sup>, a causa de su posición oficial, puede verter algunas apreciaciones negativas sobre los documentos. En esos casos, ninguno de los miembros de la comisión podrá actuar con el vigor necesario. O bien tengo que estar presente en persona, o bien debo estar representado por mi abogado. La cuestión se reduce a saber, simplemente, si usted tiene la posibilidad material de abandonar Chicago para viajar a Nueva York durante las sesiones. Si es que sí, me permito insistir categóricamente en su participación.

**Para desacreditar al estalinismo a los ojos de los obreros. Carta a****Cannon y Shachtman**

(2 de setiembre de 1937)

J. P. Cannon y M. Shachtman

Estimados camaradas:

La camarada Rae les envió ayer una copia de mi artículo *Bolchevismo y estalinismo*<sup>203</sup>. Hoy les enviamos otra copia del mismo artículo. El problema que se trata en el artículo está a la orden del día en todas partes, sobre todo en Estados Unidos (en relación con la ruptura con el Partido Socialista). Debemos hacer todo cuanto está en nuestro poder para desacreditar definitivamente al estalinismo a los ojos de los obreros. Pero, por su parte, los enemigos del marxismo y del bolchevismo hacen todo lo posible por identificar al estalinismo con el bolchevismo, lo cual compromete a la Cuarta

<sup>200</sup> Novack (nacido en 1905) era el secretario del comité norteamericano para la defensa de Trotsky y Martin Abern (1898-1949) era uno de los tres fundadores de la Oposición de Izquierda y famoso por resolver fácilmente todos los problemas organizativos.

<sup>201</sup> En latín en el texto: "de buena fe".

<sup>202</sup> John F. Finerty (1885-1967), abogado de negocios llegado a la política, defensor de Sacco, Vanzetti, Tom Mooney, era el abogado-consejero de la Comisión Dewey.

<sup>203</sup> *Bolchevismo y estalinismo (con anexos) Clase, partido y dirección; ¿Qué significa la lucha contra el trotskismo?*, en estas mismas OELT-EIS.

Internacional. El propósito del presente artículo y de mi breve respuesta a Wendelin Thomas es demostrar que el estalinismo es el polo opuesto del bolchevismo.

¿Dónde se puede publicar el artículo? Creo que es demasiado extenso para el *Socialist Appeal*; ustedes no tienen revista. Dudo que alguna de las revistas existentes lo acepte. ¿Sería posible que Pioneer Publishers lo publique en forma de folleto? Esa es, a mi entender, la única forma de publicar el artículo inmediatamente. Sería bueno que la aparición del folleto coincidiera con la primera sesión de la Comisión Investigadora.

Con mis mejores saludos,  
León Trotsky

Posdata. Para Eleanor Clark, traductora del artículo, es de interés vital que la presentación del texto sea absolutamente correcta. Concurrirá a la oficina para la última corrección de pruebas. Por favor, pregúntele si desea que se mencione su nombre como traductora del folleto.

**[Algunas directrices]. Carta a Sedov**  
(2 de septiembre de 1937)

Querido amigo,

Te adjunto un gran artículo, *Bolchevismo y estalinismo*<sup>204</sup>. Esta cuestión reviste hoy en día una gran importancia. Van traduce el artículo al francés, muy pronto lo enviaremos a París. Creo que convendría imprimirlo también en el *Biulleten* ruso, no como editorial, sino o bien como segundo artículo o por entregas. El *Sotsialistichesky Vestnik (El correo socialista)*<sup>205</sup> anuncia algún artículo polémico dirigido contra mí, aparentemente a propósito de una respuesta a Wendelin Thomas. No vale la pena polemizar directamente con esa gente; pero este artículo será una respuesta clara a los sofismas de Dan y compañía.

Estoy verdaderamente apenado por tener que alterar tus cortas vacaciones con mis cartas, pero hay que reaccionar sin pérdida de tiempo a todas las exigencias de la comisión de Nueva York: es muy severa y puntillosa con todos los detalles. Para el informe financiero, Van o Jan [Frankel] te ofrecerán todas las explicaciones necesarias.

La comisión plenaria comienza sus trabajos el 15 de septiembre. Confío en que participen dos delegados de México, lo que sería muy importante de cara a la opinión pública de este país<sup>206</sup>. El partido estalinista ha adoptado una resolución (secreta) que define como tarea esencial para el próximo período: hacerme callar y obtener si es posible mi expulsión. Visiblemente mis últimas entrevistas sobre el Ejército Rojo decapitado y el asesinato de Nin han provocado nuevos temores en Moscú. A lo que hay que añadir las sesiones de la comisión de Nueva York que impiden dormir a alguien en Moscú.

Debes tomar grandes precauciones. Es cierto que todos considerarían obra de Stalin cualquier intento de asesinato contra ti o contra mí, pero, después de todos los crímenes que ha cometido estos últimos tiempos ya no tiene nada que perder en este sentido.

Esta carta es mi respuesta a tu carta del 15 de agosto que justo hoy, 2 de septiembre, acabo de recibir. He recibido sin problemas el contrato con Scribner adjunto.

<sup>204</sup> Ver en estas mismas [Obras Escogidas de León Trotsky en español: Bolchevismo y estalinismo \(anexas\)](#).

<sup>205</sup> Que los mencheviques editaban entonces en París.

<sup>206</sup> Ver más arriba en esta misma obra páginas 258 y 259 respectivamente. [Edicions Internacionals Sedov: “\[Mexicanos para la comisión\]”](#) y [“\[La acogida a los mexicanos\]”](#).

Aquí ha ocurrido una pequeña catástrofe. Mi colaboradora rusa acaba de casarse de repente y ya ha parado en su trabajo. Dicto esta carta a mi nueva colaboradora inglesa, Rae Spiegel, que ha aprendido el ruso especialmente para ayudarme en mi trabajo (¡qué joven!) Todavía no controla el ruso, pero trabaja mucho y hace rápidos progresos. No obstante, le será muy difícil, seguramente imposible, conciliar el trabajo en ruso e inglés. Mucho más teniendo en cuenta que vuelvo a trabajar con mi libro sobre Lenin. Tengo pocas esperanzas de lograr encontrar una buena dactilógrafa rusa en Nueva York. ¿No hay nadie en Francia? Es indispensable ponerse a buscar en serio pues esta cuestión puede devenir grave.

***[Las negociaciones con Olberg]. Carta a LaFollete***

(4 de septiembre de 1937)

Querida señorita LaFollete,

Se interesa usted por la cuestión de las negociaciones con Olberg sobre la posibilidad de que él trabajase conmigo en calidad de secretario ruso. Recuerdo que se me pidió si podía encontrar mi propia carta proponiéndole, directa o indirectamente, a Olberg viajar a Prinkipo. No hemos encontrado nada de eso. Jamás invité a Olberg. El conjunto de la situación es muy diferente. Mis amigos de Berlín sabían bien que necesitaba un secretario ruso. Todo el mundo buscaba en ese sentido, sin preguntarme. Olberg tomó contacto con los Pfemfert, mis amigos de Berlín, sugiriendo que podía servir en calidad de tal. Ese fue el origen de las cartas de los Pfemfert en la primavera de 1930.

En nuestros archivos hemos encontrado dos cartas y un telegrama de Marguerite Rosmer, la esposa de Alfred Rosmer, a mi esposa, del 1 y 9 de abril y el telegrama del 6 de abril (1930), concernientes a la misma cuestión y confirmando el hecho de que mis amigos se oponían a la aceptación de la propuesta del “alemán”. Adjunto las cartas y el telegrama.

La explicación necesaria está dada en la carta de [van Heijenoort](#) a los Rosmer del 29 de junio de 1937. Se adjunta una copia. Puede usted presentar todo ese material a Alfred Rosmer que reconocerá seguramente la escritura de su esposa.

Creo que todo el asunto se hará más comprensible para la comisión si se hace referencia a mi situación actual: mi secretaria rusa ha decidido casarse súbitamente y ya ha abandonado su trabajo. Ahora estoy sin colaborador ruso. Todos mis amigos en Nueva York y mi hijo en París conocen esta situación y discuten la posibilidad de encontrarme una nueva secretaria rusa, sin que yo participe directamente en el asunto. En cualquier momento puedo recibir una carta de Shachtman o de Weber, o de mi hijo desde París diciendo: “X, un joven ruso, propone sus servicios. Pero puede que ya le haya escrito al respecto; sin embargo, me opongo completamente a su candidatura”. Estoy convencido de que eso es lo que pasó en 1930.

***El propósito de la comisión investigadora. Carta a Goldman***

(5 de septiembre de 1937)

Estimado camarada Goldman,

Me preocupa en grado sumo la posibilidad de que Wendelin Thomas publique una declaración especial contra el bolchevismo como raíz de todos los males de este mundo y, específicamente, de los procesos de Moscú. Semejante declaración rebajaría el valor del veredicto de la comisión y, durante un tiempo, se convertiría en el tema principal de

la polémica pública. Wendelin Thomas no tiene el menor derecho jurídico ni moral para hacer semejante declaración en su carácter de miembro de la comisión.

1.- La comisión fue creada para un fin muy específico, formulado en forma concluyente por el doctor Dewey en su declaración de apertura. El doctor Dewey me preguntó si estaba yo dispuesto a responder a las preguntas de la comisión con ese fin. Mi respuesta fue afirmativa y resuelta. Si alguien me hubiera dicho que la comisión se arrogaba la autoridad de pronunciarse respecto del valor del bolchevismo, el estalinismo, el trotskismo, etcétera, yo hubiera renunciado inmediatamente a participar en la misma. Ninguna persona seria puede aceptar que una comisión heterogénea, integrada por miembros de distintos partidos, se pronuncie respecto de la filosofía, el programa y la táctica una personalidad política.

2.- En las sesiones jamás se abordó seriamente el problema de los principios morales del bolchevismo. Si algún miembro de la comisión hubiera planteado que el estalinismo es resultado del bolchevismo, yo hubiera respondido, primero, que la cuestión no hace al caso y, segundo, que esa posición es falsa, demostrando por qué.

3.- Una declaración sobre un programa político no puede ser imparcial, debe desprenderse de una posición específica. Wendelin Thomas puede, independientemente de la investigación y como individuo, decir lo que quiera sobre el bolchevismo; pero si expresa sus posiciones personales en calidad de miembro de la comisión, comete un abuso de sus funciones y de la confianza depositada en él por los demás miembros y por mí mismo.

4.- Ayer escribí un artículo donde desarrollo estas mismas ideas en forma muy tajante. El artículo va dirigido contra Wendelin Thomas, sin nombrarlo. Puede pedirle el texto a Vanzler.

5.- Escribí también [un artículo importante sobre el problema teórico de la relación entre bolchevismo y estalinismo](#). Espero que se publique lo antes posible. Sea como fuere, léalo.

Reciban ustedes dos los mejores saludos de Natalia y míos.

### ***[La misión de la comisión]. Carta a LaFollete***

(11 de septiembre de 1937)

Querida señorita LaFollete,

1.- Le envío copia de [mi carta a Albert Goldman](#)<sup>207</sup> sobre los posibles intentos de emitir juicios personales o partidarios al amparo de la comisión.

2.- Permítame usted citar, además, mi declaración ante las audiencias de Coyoacán. Acepté de antemano y completamente cualquier juicio de la comisión, con todas las consecuencias prácticas (y no carecen de importancia). Creo que de esta forma he expresado la mayor confianza moral en la comisión en su conjunto y en cada uno de sus miembros. Pero esa confianza viene determinada, naturalmente, por *la tarea* de la comisión: verificar todos los tipos de documentos, declaraciones y testimonios sobre *acusaciones concretas* contra personas precisas. He puesto a disposición de la comisión todos los materiales concernientes tanto a mi vida pública como privada. Pero todo ello, y de acuerdo con la declaración de apertura del Dr. Dewey, con el mismo objetivo: facilitarle a la comisión la posibilidad de formarse su propio juicio sobre las acusaciones concretas contra personas definidas. Nadie, y yo menos que nadie, podría suponer que miembros de la comisión pudiesen invitar a ésta a pronunciar un juicio general sobre mi

<sup>207</sup> Ver más arriba en página 259. [Edicions Internacionals Sedov](#): “[Goldman y la comisión]”.

trabajo literario o político o sobre mi comportamiento individual, por no hablar de mi filosofía general, el marxismo, el bolchevismo.

Naturalmente que cualquier miembro de la comisión, en tanto que individuo privado, puede expresar en su nombre su opinión personal sobre mi actividad o mi personalidad, pero hacerlo en calidad de miembro de la comisión sería, lo digo francamente, el peor abuso de la confianza que he depositado, abierta y plenamente, en la comisión. Sería la mayor inmoralidad política, inspirada por objetivos puramente fraccionales. Confío en que nadie tratará de yuxtaponer a la auténtica tarea de la comisión una apreciación católica romana de una doctrina o de un sistema político y que no será ni incluso necesario comunicarles a los miembros de la comisión esta carta y la copia de mi carta a Goldman. Pero si llega a ocurrir lo impensable, entonces sería necesario no solamente comunicar estos documentos a la comisión, sino, también, hacerlos públicos.

3.- La cita que usted presenta en su carta del 3 de septiembre de la declaración de Smirnov<sup>208</sup> es notable. No menos notable, sin embargo, es el hecho que nadie, incluyéndome a mí, se haya dado cuenta de esta notable contradicción en el informe.

4.- He cableado a Balabanova insistiéndole para que se asocie a las audiencias, pero no he recibido ninguna respuesta hasta el momento y, por lo que puedo juzgar según carta del señor Rosmer, sería difícil que pueda viajar a Nueva York.

### **[Sobre la comisión plenaria]. Carta a Rosmer**

(13 de septiembre de 1937)

Querido amigo,

A Natalia y a mi nos ha impactado penosamente su última carta: usted está enfermo y no está muy satisfecho por el tiempo pasado en Nueva York. Esto es verdaderamente triplemente triste. Habíamos creído que, aparte de la alegría de volver a reunirnos una vez más juntos durante algunas semanas, usted podría haberse aprovechado de la altitud de México: creo que la altitud siempre le ha sentado bien. Ahora hay que renunciar a todo eso. Es cierto que Nueva York está menos cerca de lo que parece de México que de París, pero, ¡por desgracia!, París está todavía más lejos. Confío en que al menos la semana de completo reposo en el barco le ayude a restablecer el equilibrio físico antes de su llegada a Francia. Sobra decirle que la tristeza de Natalia es ahora igual a la alegría que sintió pensando en volver a ver a Marguerite a usted en nuestra casa.

Le adjunto copia de mis cartas a Goldman y a LaFollete. En los dos casos se trata del plan de Wendelin Thomas de utilizar las falsificaciones de Stalin para condenar el bolchevismo. No creo que pueda imaginarse plan más indigno. Thomas tiene el honor de participar en la comisión únicamente gracias al hecho de que Zinóviev y Kámenev han sido fusilados, de que se me ha calumniado, etc., etc. Confío en que no solamente la comisión rechazará por aplastante mayoría su propuesta, sino que rehusará hacerla constar en acta, igual que ha rehusado transmitirme oficialmente su carta y recomendado que le conteste por vía privada si lo considero necesario.

---

<sup>208</sup> Suzanne LaFollete había reparado en que en la última declaración de I. N. Smirnov en su proceso una frase había pasado desapercibida, la frase refutaba la acusación de alianza entre Trotsky y la Alemania hitleriana. El informe oficial le hacía decir: "Trotsky, que envía directrices y ordenes sobre el terror y considera a nuestro estado como fascista, en un enemigo." Evidentemente, si Trotsky había sido fascista y había considerado a la URSS como un estado fascista, no habría sido enemigo de la URSS. Por el contrario, Smirnov ¡dibujaba a Trotsky como enemigo de un estado fascista! La vigilancia del procurador y redactores del informe había sido pillada en un renuncio...

Desde aquí sólo irá Zamora (partió el sábado). Desgraciadamente no habla ninguna lengua extranjera, aunque comprende el francés y, creo, también el inglés. Está considerado como el mejor marxista del país y como un hombre muy honesto. Confío en que encuentre a alguien conocedor del español para familiarizarse con la investigación. Es un periodista renombrado de *El Universal*, uno de los diarios más importantes de México. En cuanto al general Villarreal, parece que no ha podido ir por motivos personales. También se le ha propuesto un mandato al presidente de la asociación de los abogados socialistas. Tenía intención de ir, pero los abogados estalinistas lo han impedido. Comunico todo esto por si acaso se dijese que la selección ha sido parcial o unilateral.

Al menos es un consuelo, y no de los menores, que usted haya tenido la posibilidad de observar el nuevo capítulo del movimiento obrero en los Estados Unidos. Es muy probable que el centro de gravedad del movimiento revolucionario se desplace hacia este lado del Océano Atlántico. Al menos podrá usted seguir e interpretar la evolución norteamericana con pleno conocimiento de causa.

Natalia y yo le enviamos nuestros saludos más cordiales. ¿Podríamos tener una de sus últimas fotos y, si es posible, también de Marguerite? Sobre todo, las pide Natalia.

**[Nueva campaña]. Carta a A. Balavanova**

(21 de septiembre de 1937)

Querida camarada Angelica,

Le he escrito que había perdido mi mecanógrafa rusa y que este es un duro golpe para mí sobre todo cuando voy a trabajar ahora con mi libro sobre Lenin. Puede que usted conozca por azar a una dactilógrafa rusa (no necesariamente taquígrafa) digna de confianza. Es imposible encontrar otra en México y hasta ahora mis amigos de Nueva York no han tenido suerte.

En la prensa de la IC acaba de desatarse una nueva terrible campaña contra los “trotskystas fascistas, terroristas”, etc., estoy seguro de que esta nueva campaña está dictada por Moscú y en íntima relación con las sesiones de Nueva York de la comisión de investigación. Es muy posible que la GPU esté a punto de preparar una nueva amalgama, esta vez en Francia o Checoslovaquia, con el fin de manchar el veredicto de la comisión de investigación.

Saludos amistosos.

**Sucesos terroristas en Francia. [Carta a LaFollete]**

(29 de septiembre de 1937)

Mi querida señorita LaFollette,

Los recientes sucesos terroristas en Francia me resultaron sospechosos desde un principio. Arrasar las oficinas de las empresas capitalistas es, a la vez, insensato y peligroso. ¿Un caso de desesperación? Pero, en primer lugar, hubo muchos atentados; en segundo lugar, de acuerdo con la policía, las bombas son de calidad excepcionalmente buena. Sólo un laboratorio estatal puede producir semejantes bombas. Pero, ¿qué estado? ¿Alemania? ¿Italia? No veo claramente cuál es el objetivo. ¿Acaso los fascistas franceses fabrican bombas en los laboratorios militares franceses con el fin de comprometer a los izquierdistas? Es posible, pero no muy probable. ¿Qué puede demostrar de la Rocque con estas bombas? Es más probable que esto sea obra de la GPU, quizá no en forma directa,



sino a través de agentes intermediarios de segunda o tercera categoría. En este caso, el objetivo podría ser comprometer a los “trotskystas” franceses. Esta era mi hipótesis. Ahora, en la edición del 22 de septiembre del periódico ruso *Novoye Russkoye Slovo* [*Nueva palabra rusa*], publicado en Nueva York, encontramos un artículo enviado desde París y firmado por Andrei Sedij, quien es también corresponsal del periódico parisino de Miliukov *Poslednoye Novosty* [Últimas Noticias]<sup>209</sup>. En este artículo analiza vagamente distintas hipótesis concernientes a los atentados terroristas y enfatiza enérgicamente una, a saber, la que concierne a los trotskystas. Leamos:

“Tampoco debemos olvidar que la influencia de los ‘trotskystas’, cuyos métodos de lucha política distan de haberse cristalizado, ha crecido enormemente en Francia. Es absolutamente indiscutible que los trotskystas pescan en aguas revueltas, fomentan los conflictos sociales por todos los medios, tratan de provocar incidentes sangrientos y complicar lo más posible el régimen interno de Francia. ¿Quién puede decir cuál fue el papel preciso de los trotskystas en la época de los sangrientos disturbios de Clichy?<sup>210</sup>

En el periodo anterior, muchos trotskystas y anarquistas complementaron su obra [trabajando de] ‘lanzadores de dinamita’ (*dinamiteros*<sup>211</sup>) en España, con objetivos propios y especiales. Ahora los obreros deben prestar estrecha atención a los elementos extremistas de sus filas y expulsar de su seno a los provocadores que conducen a las masas a cometer todo tipo de excesos.”

Es difícil dudar de que el artículo fue inspirado por la GPU, sobre todo porque Andrei Sedij, en su calidad de periodista, está vinculado a distintas fuerzas policiales y, por eso mismo, está en perfectas condiciones de recibir semejante “inspiración”. Este hecho es una confirmación muy importante de mi primera suposición. Todavía no estoy seguro de que la suposición sea cierta, pero se vuelve muy probable. Sea como fuere, debemos prestarle la mayor atención al problema. Es posible que la neoamalgama esté dirigida no sólo contra los trotskystas franceses, sino también, inclusive en primer término, contra León Sedov. Si Stalin “descubriera” en suelo francés la confirmación de su acusación de terrorismo contra los trotskystas, esto sería para él un hecho de valor inmenso.

Envío esta carta a la comisión con el objeto de que mi suposición, si los acontecimientos la confirman, pueda llegar al público.

He recibido nuevos informes acerca del arresto de mi exsecretario Erwin Wolf, quien participó como testigo en la investigación con sus declaraciones juramentadas. Trabajaba en Barcelona como corresponsal de un periódico británico, el *News Chronicle*. Su primer arresto duró unos días. Durante los interrogatorios se proyectaba sobre su rostro una luz potente: es uno de los métodos técnicos que emplea la GPU para hipnotizar al preso y arrancarle la “confesión voluntaria” necesaria (método ya descrito en los escritos y testimonios de Víctor Serge, Ciliga y Tarov). Luego Wolf fue puesto en libertad para darle una falsa impresión de seguridad y descubrir sus vinculaciones y relaciones. Fue arrestado por segunda vez el 1 de agosto, en vísperas de su partida. Parece que ha desaparecido totalmente. El cónsul checoslovaco le ha respondido a la señora de Wolf

<sup>209</sup> Pavel Miliukov (1869-1943), dirigente del partido cadete liberal, fue Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno Provisional ruso entre marzo y mayo de 1917 y un destacado adversario de la revolución bolchevique.

<sup>210</sup> Disturbios de Clichy, estallaron en marzo de 1937 cuando el Partido Social Francés, fascista, trató de realizar una exhibición cinematográfica en una barriada obrera y los trabajadores lo impidieron. Se levantaron barricadas y hubo disparos de armas de fuego. La CGT decretó un paro general de medio día. El PC se negó a plegarse a la movilización y la atribuyó a provocadores fascistas y trotskystas. El representante fascista en la cámara de diputados, la prensa del PC y la prensa del partido radical responsabilizó a los trotskystas por los disturbios.

<sup>211</sup> En español en el original.

que él no puede hacer nada al respecto porque la policía le da la siguiente respuesta: “¿El señor WoIf? No sabemos nada de él.” Eso es todo.

Tales éxitos en España lógicamente alientan a la GPU y posibilitan la organización de atentados terroristas en Francia, y mañana en Estados Unidos.

Con mis mejores saludos,  
León Trotsky

### ***Por una reunión pública de la comisión Dewey. Carta a Pearl***

(6 de octubre de 1937)

Estimada camarada Pearl:

Gracias por su carta del 1 de octubre, que me trae informes muy importantes. Me apresuro a comunicarle mi impresión acerca de la reunión a celebrarse próximamente. Creo que la reunión no debe ser una asamblea política general, sino un mitin donde la comisión presente un informe público. Es incomparablemente más importante desde el punto de vista político, que se haga esto último. La comisión plenaria no sesionó en público. Este hecho es sumamente desventajoso. Nadie sabe cuándo aprobó su veredicto la comisión ni por qué lo hizo en sesión cerrada. Este problema se presentará, una y otra vez, en el curso de la actividad futura. Sólo existe una posibilidad de superar esta dificultad: darle a la comisión la oportunidad de rendir cuentas de su actividad y defender su veredicto públicamente. Los miembros de la comisión, empezando naturalmente por el señor Dewey, deberían hablar en la reunión. También deberían hacerlo el señor Finerty y el camarada Goldman. El mitin debería ser el último acto público de la comisión como tal.

Considero que sería un error realizar un mitin político público, en lugar de una reunión oficial de la comisión, aunque algunos miembros de la comisión participaran en el mismo. En esta cuestión debe primar el criterio puramente formal y jurídico. En caso contrario, se perjudicarán nuestros intereses *políticos*. En este mitin no debe haber un buen discurso de Cannon, Shachtman, u otro camarada, sino un informe oficial detallado, que explique los pasos esenciales de la investigación, enumere los documentos, cartas, declaraciones juradas, etcétera, con el fin de aplastar a los falsarios del *Herald-Tribune* y compañía. Solo los miembros de la comisión, su asesor jurídico y mi abogado pueden hacerlo con la necesaria autoridad. Y sólo este acto de cierre puede proporcionar las bases necesarias para la agitación política.

Estoy seguro de que cualquier otro método que los camaradas puedan proponerle a la comisión sería incomparablemente menos eficaz desde el punto de vista del propio partido. Coincidiría con la realización de un mitin puramente político si la comisión hubiera sesionado en público. Pero, dadas las circunstancias, debemos darle a la opinión pública general, [que] desconoce por completo los sucesos, la posibilidad de conocer “serenamente” la última etapa del trabajo de la comisión.

No puedo darle consejos a la comisión, pero apelo con estas consideraciones a nuestros camaradas con el fin de evitar un gravísimo error. Por favor, póngase en contacto inmediatamente con los camaradas responsables del mitin.

Envío copias de esta carta simultáneamente a los camaradas Goldman, Cannon y Rosmer (espero que Rosmer tenga la oportunidad de hablar en el mitin, que considero que tiene gran importancia para Francia, sobre todo)

Con mis mejores saludos,  
León Trotsky

## ***El futuro del Comité de Defensa de Trotsky. Carta a Cannon***

(14 de octubre de 1937)

Estimado camarada Cannon:

Desde luego que usted sabrá mejor que nadie qué corresponde hacer con el Comité de Defensa, en vista de su composición y del estado de ánimo de sus integrantes. Pero es una pena disolver semejante organización después de casi un año de existencia. Lo considero un gran fracaso y una consecuencia de la política fundamentalmente errónea de nuestra organización con respecto al comité. Discutí el problema en decenas de ocasiones con distintos camaradas (Novack, Shachtman, etcétera), aquí y también por carta. Insistí en la necesidad de rodear al comité con delegados de grupos obreros, con el fin de crear vínculos entre el movimiento de masas y el comité y, a la vez, de crearnos una palanca para ejercer presión sobre el mismo. Los camaradas Novack, Shachtman y otros declararon concordar plenamente conmigo a este respecto. Analizamos juntos las posibilidades prácticas de realizar este plan. Repetí mi posición a los camaradas que me visitaron antes, durante y después de las audiencias de abril. Cada uno de ellos me respondió amablemente, “sí, sí”. Pero luego, a pesar de mi insistencia, jamás pude obtener información al respecto y sólo supe por casualidad que el camarada Shachtman se oponía. ¿Por qué? No lo sé. Pero, según me informaron el camarada Lankin y muchos más, no se hizo el menor intento por crear un vínculo regular entre los obreros y el comité. Al principio, nuestros camaradas en el comité tenían una actitud de sumisión absoluta hacia los liberales; luego iniciaron un periodo de conflictos personales con La Follette y los demás, sin poseer absolutamente ningún medio para ejercer presión organizada sobre el comité como organismo político.

Conozco muy bien el gran trabajo realizado por el comité, sobre todo por nuestros camaradas dentro de él. El éxito es indudable, pero es un éxito político general, no un avance de la organización partidaria en este terreno. El hecho de que, tras un año de trabajo, se deba disolver el comité es una prueba flagrante de la falta de una política organizativa justa en este terreno. En el futuro se nos presentarán instancias de actividad análogas y considero necesario expresarme al respecto en la forma más clara posible.

No busco un libro sobre la huelga de Pullman que ya conozco, sino algún buen libro que contenga información sobre uno de sus dirigentes: George Sendern (quien ahora se llama George Selders).

La dactilógrafa rusa (de París) que teníamos en vista era una *verdadera rusa*, perfectamente apta para desempeñar el trabajo en todo sentido. Desgraciadamente, le resulta absolutamente imposible salir de Europa para venir aquí.

No estoy seguro de que el informe sobre la discusión china, en lo que respecta a mi intervención, deba reproducirse en el boletín. Creo que bastaría que los camaradas que se ocupan de la cuestión china leyeran el informe. Pero debe decidir usted, junto con el camarada F., qué uso le darán al informe.

Con mis mejores saludos,  
León Trotsky

**[Recuento de las cuestiones]. Carta a L. Sedov**

(14 de octubre de 1937)

Querido amigo,

He recibido su carta número 3 del 28 de septiembre.

La cuestión de la mecanógrafa todavía no se ha resuelto. Seguimos a la espera de noticias de Nueva York, donde hacen lo que pueden. Por descontado que no podemos mantener nuestra propuesta<sup>212</sup> estando dada la situación de Lola.

La bibliografía de *Pravda* mantiene todavía su importancia. Si es posible, hay que continuar con ella. Sin embargo, hay que prestar atención a los materiales concernientes a Lenin pues voy a volver a trabajar en su biografía.

En 1925 publiqué en *Pravda* un artículo necrológico sobre el poeta Yesenin<sup>213</sup>. Me gustaría mucho tener una copia. Pero no es en absoluto urgente y se puede hacer de paso que se haga otra cosa.

Estaría bien contar con la experta de Nikoleyevsky, incluso con la condición de la discreción. No hay ningún motivo para hacer de esta cuestión un *casus belli*.

Sería verdaderamente excelente hacer un trabajo sobre la historia de la oposición. Mi colaboración está completamente asegurada.

Mi carta a la mujer de Ludwig<sup>214</sup> se la he enviado a usted en copia. Confío en que usted haya recibido mi primera carta en inglés al respecto.

Ha llegado el último número del *Biulleten*, 58/59. Careciendo de mecanógrafa, no podré entregar nada para el próximo número. Puede usted servirse de dos capítulos al menos de mi libro [sic] “Stalin habla de sus propios fraudes” y puede que como artículo de fondo “La teoría del camuflaje” [sic]. Es necesario que dé usted información de la señora L. y la continuación de la correspondencia interrumpida en el precedente número.

Creo también que Miller<sup>215</sup> ha sido secuestrado por la GPU. El objetivo está claro. Estoy de acuerdo con usted. En las brigadas internacionales en España había varios centenares de rusos blancos (según información de la prensa mexicana). El ruso blanco, Kondratiev<sup>216</sup>, ha participado directamente en el asesinato de Reis. Se puede estar seguro de que los asesinatos en España se han llevado a cabo con la participación de semejantes Kondratiev: es menos peligroso. Desde este punto de vista, la GPU tiene el mayor interés en adueñarse directamente de lo quedaba de la organización militar blanca. Creo que debería tratarse este tema de pasada. No es cuestión de tratar el secuestro de Miller como cuestión independiente, sino hablando del papel de los rusos blancos en el asesinato de Reiss y en España<sup>217</sup>, se puede hacer una anotación sobre Miller. Debe quedar claro que

<sup>212</sup> Lila Ya. Ginzberg, esposa Estrin (1898-1981), abogada que pertenecía al medio menchevique y trabajaba para Nikolayevsky, había sido ganada por Sedov y militaba en el grupo ruso. Pero *Lola* (a veces también se hacía llamar *Paulsen*) tenía a su cargo a toda una familia y no era cuestión de hacerla viajar a Coyoacán a vivir como había pensado Trotsky.

<sup>213</sup> Sergei A. Yesenin [o transliterado como Esenin también] (1895-1925), poeta de origen campesino, s.r. de izquierda en el momento de la revolución, decepcionado por la evolución política se suicidó el 27 de diciembre de 1925.

<sup>214</sup> Ludwig era el pseudónimo de Poretzky en la GPU cuando desertó.

<sup>215</sup> Eugenio K. Miller (1867-1937), general del ejército blanco durante la guerra civil, Presidente de la Federación Rusa de Antiguos Combatientes, fue secuestrado el 2 de noviembre de 1937 en París y había desaparecido sin dejar rastro. Pero el objetivo práctico de su secuestro había sido, sin dudas, dejar las manos libres a los agentes del GPU a la cabeza de esta organización blanca.

<sup>216</sup> Vladim Kondratiev (1896-1940), antiguo oficial blanco, verosíblemente había dirigido el equipo de reserva para el asesinato de Reis; la prensa del PC había anunciado que estaba en Alemania; en realidad, estaba en la URSS donde moriría de tuberculosis.

<sup>217</sup> Cyrille Henkin (nacido en 1916) evoca en *El espionaje soviético* sus recuerdos personales de numerosos de esos blancos, miembros de los equipos especiales de asesinos del GPU, como N. Pozniakov, uno de los

el secuestro de Miller no es un episodio de la lucha contra los rusos blancos, sino un medio para dominar mejor a los rusos blancos para servirse de ellos contra los revolucionarios.

Desde diferentes partes me piden que escriba un artículo detallado sobre la insurrección de Cronstadt y la represión. Yo también creo que un artículo así tendría una gran importancia política. Pero no puedo ocuparme de ello. Le propongo que lo escriba usted lo antes posible. Sin embargo, hay que estudiar bien los respectivos materiales, los de los anarquistas Emma Goldman, Alejandro Berkman<sup>218</sup>, etc. Sería preciso responder a todos los argumentos, incluyendo los de Victor Serge. El artículo podría incluso tener forma de opúsculo. La cuestión es muy importante para poder atraernos a los obreros anarquistas. Respóndame usted inmediatamente su puede y quiere ocuparse de ello.

No dice usted nada sobre sus intentos de publicar en francés el libro de C. Walker sobre Minneapolis<sup>219</sup>. Le repito que este sería uno de los mayores favores que podría usted hacerme.

### ***[Hay que escribir sobre Cronstadt]. Carta a Wasserman***

(15 de octubre de 1937)

Estimado camarada Wasserman,

Para tener la posibilidad de abordar a los trabajadores anarquistas ciertamente es importante y necesaria una clarificación de la historia de Cronstadt. Sin embargo, por muchos motivos, yo no puedo escribir un artículo sobre esta cuestión. Le he propuesto a León Sedov que lo haga de forma detallada y documentada. Si acepta, escribiré un prefacio a su opúsculo. En ese caso, usted, naturalmente, enviará el material reunido no a mí, sino a León Sedov.

### ***Dictadura y Revolución. Carta a Margaret Silver***

(23 de octubre de 1937)

Mi querida camarada Margaret de Silver:

Me encantó leer su carta, tan fraternal y al mismo tiempo tan franca. De más está decir cuán grato me resultó el hecho de que mi libro le interesara tanto, hasta el punto de dedicarle mucho tiempo a su lectura. Los lectores atentos son muy escasos, casi tan escasos como los autores serios, pero por eso mismo son tan valiosos.

Las objeciones que usted formula revisten gran importancia teórica y política. En mi último trabajo [*Bolchevismo y estalinismo*] intenté referirme a esta cuestión en forma por demás concisa y (lo reconozco) demasiado insuficiente. No sé si usted ha recibido ya mi folleto. Le adjunto una copia. Aquí trataré de formular algunos puntos suplementarios en apoyo a mi posición.

---

asesinos de Reiss, o, también, Sergei Efron, antiguo oficial blanco refugiado en París y marido de la poetisa Tsvietayeva.

<sup>218</sup> Alejandro Berkman (1870-1936), nacido en Polonia, anarquista muy conocido, había sufrido catorce años de prisión por un atentado contra el capitalista Henry Clay Frick durante la huelga de la Homestead Steel. Fue encarcelado de nuevo por su acción pacifista durante la guerra, junto a Emma Goldman (1869-1940). Ambos se encontraban en la URSS durante la represión de la insurrección de Cronstadt y sus reacciones fueron decisivas en el giro de la opinión de los anarquistas frente a la URSS. Berkman se había suicidado en Francia el año anterior.

<sup>219</sup> Se trata de *American City*, publicado en 1934.

Para mí, la dictadura revolucionaria de un partido proletario no es algo que uno pueda aceptar o rechazar libremente: es una necesidad objetiva que nos imponen las realidades sociales: la lucha de clases, la heterogeneidad de la clase revolucionaria, la necesidad de una vanguardia revolucionaria seleccionada para asegurar la victoria. La dictadura de un partido, como el propio estado, pertenece a la prehistoria bárbara, pero no podemos saltar este capítulo que puede abrir (no de un solo golpe) la auténtica historia humana.

Los dirigentes de la CNT española renunciaban en todo momento a participar en “política” y renunciaban a tener algo que ver con el estado, pero la realidad social es más poderosa que cualquiera de esas negaciones abstractas. Durante la guerra civil, los dirigentes de la CNT se hicieron ministros burgueses, pero, ¡ay!, ministros secundarios e impotentes. En mayo, los obreros anarquistas iniciaron una poderosa insurrección. De haber contado con una dirección adecuada seguramente hubieran podido conquistar el poder en Cataluña y, con su ejemplo, levantar a las masas trabajadoras de España entera. Pero renunciaron a dirigir la revolución. *Solidaridad Obrera* dijo en centenares de ocasiones: “La acusación de que nosotros provocamos el movimiento es totalmente falsa. Si lo hubiéramos provocado, o simplemente orientado, seguramente hubiéramos logrado la victoria. Pero no queremos una dictadura y por eso renunciamos a dirigir la insurrección.” ¿Cuál fue el resultado? Al renunciar a la dictadura para sí, los dirigentes de la CNT dejaron el campo libre para la dictadura estalinista: la naturaleza social, como la física, no tolera el vacío.

El partido revolucionario (vanguardia) que renuncia a su propia dictadura entrega a las masas a la contrarrevolución. Tal es la enseñanza de toda la historia moderna.

Hablando en términos abstractos, sería muy bueno que la dictadura del partido pudiera ser remplazada por la “dictadura” del pueblo trabajador en su conjunto, sin partido, pero eso implica un nivel de desarrollo político de las masas tan elevado que jamás se puede alcanzar bajo las condiciones creadas por el capitalismo. La razón de la revolución proviene del hecho de que el capitalismo no permite el desarrollo material y moral de las masas.

La dictadura no puede resolver todos los problemas ni impedir nuevos reveses (reacción, terror, contrarrevolución). El desarrollo de la humanidad es muy contradictorio, pero no podemos renunciar a dar un paso hacia adelante con el fin de impedir medio paso hacia atrás. A pesar de la dictadura deshonesto de la burocracia terrorista en la Unión Soviética, la revolución de octubre en su conjunto significa un progreso inmenso en la historia de la humanidad. Inclusive ahora, bajo el talón de hierro de la nueva casta privilegiada, la URSS no es lo mismo que la Rusia zarista. Y gracias a la revolución de octubre la humanidad es incomparablemente más rica en experiencia y posibilidades.

Me encantaría reunirme alguna vez con el camarada Carlo Tresca. Lógicamente, no con el fin ingenuo de convertirlo (los viejos revolucionarios somos gente testaruda), sino con el fin de discutir las posibilidades para la acción conjunta contra la gangrena estalinista. Zamora, el miembro mexicano de la comisión [Dewey] volvió muy satisfecho con la comisión y totalmente cautivado por Tresca.

Mi esposa y yo guardamos un gratísimo recuerdo de su breve visita a México y esperamos que esa visita no sea la última.

Mi más cálido agradecimiento por su carta y por su amistad en general.

Fraternalmente,  
León Trotsky

**[La editorial y Cronstadt]. Carta a Wasserman**  
(14 de noviembre de 1937)

Estimado camarada Wasserman,

1.- No necesito decirle cuánto aprecio la actividad de Pioneer Publishers. No sería exagerado decir que ahora es la única editorial de literatura marxista revolucionaria en el mundo entero. Pioneer Publishers tiene una importancia internacional. Si queremos educar a nuevos cuadros marxistas y construir una nueva internacional, hay que desarrollar la empresa a todo coste. No hay sacrificio grande si lo es para sostener y desarrollar Pioneer Publishers.

2.- Comprendo muy bien su insistencia en la cuestión de Cronstadt<sup>220</sup>, pero, vuelvo por segunda vez sobre esta cuestión<sup>221</sup>, debería hacerse de forma absolutamente exhaustiva. En estos momentos no tengo ni los materiales ni el tiempo necesarios para tal artículo. He aconsejado a mi hijo que prepare un folleto sobre esta cuestión que contenga los hechos y documentos necesarios<sup>222</sup>, etc. Sobre la base de ese material, escribiré con gusto un artículo para *Socialist Appeal* o *New International*.

**[Es preciso escribir sobre Cronstadt]. Carta a L. Sedov**  
(19 de noviembre de 1937)

Querido amigo,

Es absolutamente necesario escribir un pequeño folleto sobre Cronstadt<sup>223</sup>. Confío en que se le haya enviado la documentación anarquista. No obstante, haré averiguaciones al respecto. He aquí cuáles pueden ser los puntos esenciales:

1.- Cronstadt había quedado completamente vaciada de los elementos proletarios. Todos los marinos que pertenecieron a los “machinnyia kommandy” se habían convertido en comisarios, comandantes y presidentes de sóviets locales. Cuando a fines de 1919 o durante el año 1920 telegrafiaba: “Envíen un grupo de marinos de Cronstadt a tal o tal otro punto”, se me respondía “nada que enviar”, e incluso los diferentes ejércitos comenzaban a rechazar los nuevos envíos de Cronstadt (en parte también los de Petrogrado). No sé si habrá muchos documentos al respecto, pero este punto debe ser sacado a la luz con fuerza.

---

<sup>220</sup> La campaña llevada a cabo contra el “bolchevismo” a consecuencia de los juicios de Moscú, orquestada a menudo por elementos anarquizantes y presentando a Trotsky como el verdugo (junto a Lenin) de Cronstadt y del levantamiento campesino de Majnó, contribuía a aislar a los trotskistas, muchos de ellos le pedían a Trotsky una respuesta que barriese todos los argumentos hostiles. Wolf había escrito desde España en el mismo sentido que Wasserman.

<sup>221</sup> Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#) la primera carta sobre el tema a Wasserman: “[[Hay que escribir sobre Cronstadt](#)]”.

<sup>222</sup> Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#): “[[Recuento de las cuestiones](#)]”. Carta a L. Sedov.

<sup>223</sup> La cuestión de Cronstadt la había provocado las preguntas de uno de los miembros de la Comisión Dewey, Wendelin Thomas [Ver en estos mismos anexos página 41 y siguientes]. Trotsky le respondió a Thomas por carta del 6 de julio de 1937, carta que Michel Dreyfus en el libro *La lutte contre le stalinisme* presenta equivocadamente como “una entrevista”. La discusión pronto llegó a los medios parisinos. En *La Révolution prolétarienne* del 25 de agosto, la libertaria Ida Mett escribía “Trotsky habla de Cronstadt y Majnó”. Después entraría en liza Victor Serge. Había que responder. [Por su parte, Wolf, desde España y en carta del 22 de julio, también le indicó a Trotsky la pertinencia de un texto sobre Cronstadt, ver más arriba en esta misma obra: [Alegoría y gratitud], página 253].

2.- Hasta donde entiendo, Victor Serge<sup>224</sup> dice: “Pero Cronstadt quería el comercio libre y los bolcheviques tuvieron que introducir la Nep durante la misma insurrección. Por tanto, Cronstadt tenía razón. ¿Por qué, pues, aplastarla?”<sup>225</sup> Esta argumentación es doblemente, e incluso triplemente, falsa: a) Cronstadt representaba las tendencias del campesino propietario, del pequeño especulador, del kulak. Nos vimos obligados a hacer algunas concesiones a esas tendencias burguesas. Ello no significaba en absoluto que nuestro programa, en el que el obrero hacía concesiones a las tendencias pequeñoburguesas., fuese idéntico al programa pequeñoburgués. Existe un abismo entre ambos; b) haciendo concesiones económicas, el proletariado, a causa de ello precisamente, tenía que mantener el poder político en sus manos con una redoblada energía. Por ello, no se tenía el menor derecho a ceder la fortaleza a los pequeñoburgueses en rebelión; c) Los marineros campesinos, guiados por los elementos más antiproletarios, no habrían podido hacer nada con el poder, incluso si lo hubiésemos abandonado en sus manos. Su poder sólo habría sido un puente, y un puente muy corto, hacia el poder burgués.

3.- Victor Serge parece que dice que, si el partido hubiese aceptado mi propuesta un año antes, la insurrección de Cronstadt no se hubiese producido. Admitámoslo. Pero tampoco con ello se podría haber abandonado la fortaleza a los marinos para castigar una falta cometida por el partido dirigente.

4.- La insurrección se vio precedida por discusiones, negociaciones, etc. No se empezó pegando tiros. Pero el descontento era muy grande. Los elementos anarquistas y mencheviques, los contrarrevolucionarios camuflados (había, y no pocos) hicieron todo lo posible para llevar a la insurrección. Lo lograron. Por tanto, no quedaba más que la lucha armada.

5.- Los obreros que marchaban sobre el hielo contra la fortaleza representaban a la revolución proletaria, a pesar de todas las faltas cometidas por el partido. Los marineros en rebelión representaban al temidor campesino.

6.- Durante el mismo congreso del partido, discutimos qué se tenía que hacer con la fortaleza. Stalin propuso (sin insistir mucho, por otra parte) abandonar a los rebeldes a su propia suerte: en dos o tres semanas, hambrientos, se rendirían. Me opuse a esta propuesta. Desde Finlandia ya habían llegado algunos trineos con aprovisionamientos. Algunas semanas más tarde el hielo se habría derretido y podrían llegar los barcos desde Europa<sup>226</sup>. En ese caso, hubiéramos padecido una nueva intervención extremadamente peligrosa a causa de la fortaleza y los barcos de guerra. Se decidió atacar la fortaleza inmediatamente.

7.- Dan<sup>227</sup> también tomó a su cargo la defensa de la fortaleza, como, por otra parte, la vieja comadre Kuskova<sup>228</sup>. Esto es muy instructivo. Solamente hay que recordar la

<sup>224</sup> Victor Serge publicó, antes de la fecha en que Trotsky redactó esta carta, al menos dos textos en *La Révolution prolétarienne*, en la crónica “Les Idées et les Faits”, en los números 10 de septiembre y 25 de octubre. Es evidente que Trotsky responde aquí sin haberlos leído aparentemente.

<sup>225</sup> Serge había escrito: “Las reivindicaciones económicas de Cronstadt eran legítimas de tal forma, tan poco contrarrevolucionarias en realidad, tan fáciles de satisfacer, que en los mismos momentos en que se fusilaba a los últimos amotinados, Lenin satisfacía sus reivindicaciones haciendo adoptar la “nueva política económica”.

<sup>226</sup> El deshielo habría ligado a Cronstadt al mundo exterior y privado a Rusia soviética no solamente de los medios para recuperar la fortaleza, sino de su propia armada.

<sup>227</sup> Fedor Y. Gurvich, llamado Dan (1871-1947), viejo menchevique que se alineó a la derecha de ese partido en la revolución rusa, colaboraba con el *Sotsialistichesky Vestnik* y apoyaba en conjunto la misma tesis que los anarquistas.

<sup>228</sup> Ekaterina D Kuskova (1869-1958) había militado en el grupo de La Emancipación del Trabajo, después redactó el programa conocido con el nombre de “Credo” y que fue el manifiesto de los “economistas” a principios de siglo [XX]; había colaborado después con los cadetes y se exilió en 1922.



actitud de los mencheviques ante Cronstadt en 1917, cuando Cronstadt, dirigida por las masas obreras, estaba verdaderamente a la cabeza de la revolución<sup>229</sup>.

He aquí las consideraciones que puedo hacer de memoria. Pero lo que sobre todo es importante es movilizar los hechos para que hablen por sí solos.

Me alegraría mucho que me pudiese enviar el manuscrito, e incluso las citas más importantes, a medida que progrese su trabajo. Yo tal vez podría hacer un corto artículo para nuestra prensa<sup>230</sup> y serviría de prefacio a su folleto.

### ***[Comentarios sobre Cronstadt] Carta a John G Wright***

(6 de diciembre de 1937)

Estimado camarada Wright<sup>231</sup>,

Con gran interés y placer acabo de leer ahora mismo su artículo sobre Cronstadt<sup>232</sup>. Es un trabajo excelente. No tengo ninguna objeción que plantear, ni tampoco nada que añadir a su exposición e interpretación. Hay muchas faltas de mecanografiado y, en particular, las comillas, que juegan un gran papel en la exposición, no en todos los casos están bien puestas: pero seguramente usted mismo hará las correcciones necesarias.

Puede que sepa usted que L. Sedov trabaja con el mismo objeto. No estoy seguro de que siga siendo necesario tras su artículo. En cualquier caso, le envío su artículo a fin de que le ahorre trabajo paralelo.

Sólo me acude a la mente un comentario. En 1921 los mencheviques estaban abiertamente a favor de la restauración del sistema capitalista. Tomaron la defensa de Cronstadt, en substancia la misma posición que Miliukov, como un paso hacia la restauración del capitalismo. Ahora los mencheviques están, más o menos, a favor del socialismo en un solo país, pero se mantienen fieles a la bandera del motín de Cronstadt.

El artículo de Victor Serge sobre Cronstadt es escandaloso<sup>233</sup>. Creo que es completamente necesario, al menos en una nota a pie de página, rechazar severamente su forma superficial, puramente literaria, de tratar las cuestiones serias. Por más que Victor Serge sea un hombre con coraje y un autor brillante, necesitamos enseñarles a nuestros camaradas que no es un teórico ni un hombre político marxista, sino un ecléctico y un diletante.

Una vez más, mis felicitaciones por su excelente artículo.

### ***Declaración a los periodistas sobre el veredicto Dewey***

(13 de diciembre de 1937)

Primero que todo, permítanme expresar mi caluroso agradecimiento por su bondad y atención en responder a la invitación a esta reunión privada concerniente al

<sup>229</sup> En octubre de 1917, los marinos de Cronstadt, en tanto que punta de lanza de los bolcheviques, eran la diana favorita de los mencheviques igual que, por otra parte, de todos los antibolcheviques.

<sup>230</sup> Ver en estos mismos anexos página 93 y siguientes.

<sup>231</sup> John G. Wright era el pseudónimo de J. Vanzler (1904.1956), de origen ruso, estudiante de química cuando se unió a la Oposición de Izquierda en sus inicios en 1928. Fue él mismo quien tomó la iniciativa de trabajar sobre Cronstadt tras que se lo pidiese Wasserman.

<sup>232</sup> John G. Wright acababa de enviarle a Trotsky un artículo que había decidido redactar: "La verdad sobre Cronstadt", este artículo se publicaría en *New International*, n° 2, febrero de 1938.

<sup>233</sup> Verosíblemente se trate del segundo artículo publicado en *La Révolution prolétarienne* del 25 de octubre de 1937, "Los escritos y los hechos", con el título de "Cronstadt 1921".

veredicto de la comisión. La prensa tiene no solamente el derecho, sino también el deber de formarse una opinión clara de si una persona que está disfrutando de la hospitalidad de este país es en realidad culpable de crímenes tan terribles y despreciables como los que sus adversarios políticos le imputan.

Segundo, permítanme disculparme de mi español. Mi gran maestro Carlos Marx observó a su discípulo alemán Wilhelm Liebknecht<sup>234</sup>. “¡Qué! ¿Usted no sabe español? ¡Qué lástima! Usted no puede leer a Don Quijote en el original.” Caballeros, esta es precisamente mi situación. Hasta ahora, solamente he leído a Don Quijote en traducción.

Mi español es muy rudimentario. Esta es la primera vez que trato de hacer una declaración pública en la lengua de este país.

Preparé mi declaración con la ayuda de mis amigos. Por supuesto, la responsabilidad por mi pronunciación, especialmente por mi acento, no la asumen ellos. Mis errores lingüísticos me pertenecen.

No quiero abusar de su paciencia. Mi declaración consta de dos partes: primero, un corto comentario general sobre la importancia y el significado del veredicto. Segundo, mis respuestas a preguntas de periodistas y amigos.

Ahora la declaración.

Ustedes conocen la decisión de la Comisión Internacional sobre los Juicios de Moscú. Permítanme por consecuencia limitarme a unos pocos comentarios.

Primero que todo doy las conclusiones definitivas de la comisión. Son breves, dos líneas en total:

“(22) Por lo tanto decidimos que los Juicios de Moscú son un fraude.

“(23) Por lo tanto decidimos que Trotsky y Sedov son inocentes.”

¡Dos líneas en total! Pero hay pocas líneas que tengan tanto peso en la biblioteca de la humanidad. Si la comisión se hubiese limitado a estas palabras: “Trotsky y Sedov son inocentes” existiría la posibilidad formal de admitir un error jurídico.

La comisión se ha encontrado lo suficientemente armada con el fin de cerrar las puertas de una vez por todas a tal interpretación. “Por lo tanto decidimos,” dice el veredicto, “que los Juicios de Moscú son un fraude.”

Con tal declaración la comisión tomó sobre sí una enorme responsabilidad moral y política. Debió tener evidencia no solamente convincente y suficiente, sino irresistible y aplastante con el fin de llegar a esta conclusión ante el mundo entero.

Les pido, caballeros de la prensa, estudiar atentamente la lista de los miembros de la comisión en Nueva York y París. Esta lista está en sus manos. Habla por sí misma.

La lista contiene 17 nombres. Con la única excepción de Rosmer, representante de Francia<sup>235</sup>, nunca tuve relaciones personales con ningún miembro de la comisión. Ustedes encuentran entre ellos científicos de fama mundial, dirigentes de la Segunda Internacional y del movimiento de los trabajadores en general, juristas y publicistas eminentes y el representante autorizado del pensamiento anarco-sindicalista.

Pero entre los 17 nombres no hay un sólo miembro de la Cuarta Internacional. Puedo hasta decir que todos son, en grados diferentes, mis adversarios políticos, y algunos de ellos han demostrado públicamente su actitud negativa hacia los llamados trotskystas aun durante la investigación. Todos los miembros de la comisión tienen docenas de años de actividad política, científica, o literaria. Todos tienen nombres sin tacha. Si hubiera

<sup>234</sup> Wilhelm Liebknecht (1826-1900), en 1869 fue uno de los fundadores de la socialdemocracia alemana, y miembro del Reichstag desde 1867 a 1870 y de 1874 hasta su muerte. Fue encarcelado durante dos años por oponerse a la guerra franco-prusiana.

<sup>235</sup> Alfred Rosmer (1877-1964), amigo de Trotsky desde antes de la Primera Guerra Mundial y miembro de la Oposición de Izquierda hasta 1930, año en que se retiró debido a diferencias políticas y organizativas con la mayoría. En 1936 se reconcilió personalmente con Trotsky.

existido una persona susceptible de ser comprada, lo habría sido hace mucho tiempo. Mis enemigos tienen millones a su disposición para este propósito y no son avaros.

En cuanto a mí y a mi hijo, no teníamos ni aun los medios necesarios para cubrir los gastos técnicos de la investigación. El modesto fondo de la comisión ha sido suministrado por colectas entre los trabajadores y donaciones personales.

La comisión invitó insistentemente a los representantes del gobierno soviético, la Comintern o sus secciones nacionales en los Estados Unidos y México, los “amigos de la Unión Soviética,” finalmente individuos íntimamente unidos a Moscú como el señor Pritt, abogado inglés, el señor Lombardo Toledano y otros<sup>236</sup>, a participar en su trabajo con derechos iguales. La comisión ha buscado, cirio en mano, un estalinista autorizado o un simpatizante que no se limitara a las maquinaciones en los sótanos de la GPU, o a calumnias e insinuaciones en publicaciones sin responsabilidad u honor, y tuviera el valor de someter abiertamente las acusaciones de Moscú al control de los críticos. No encontró una sola persona excepto el antiguo empleado de la agencia telegráfica oficial soviética TASS, el señor Carleton Beals<sup>237</sup>. Pero poco tiempo después pareció que Beals fue empujado a la comisión solamente con el fin de sabotearla desde adentro. Cuando las preguntas de Beals impregnadas con el espíritu de provocación de la GPU, recibieron una respuesta adecuada, huyó del campo de batalla.

La comisión ha trabajado más de nueve meses sin interrupción en Nueva York, México, París, Praga, y otras capitales europeas. Ha estudiado miles de documentos originales, cartas, minutas, artículos, libros y declaraciones verbales y escritas de numerosos testigos.

Ustedes también recibieron un breve resumen del trabajo de la comisión el cual contiene solamente 24 páginas. El veredicto completo se publicará pronto en un libro de 80.000 palabras. Contiene el análisis más meticuloso de todas las confesiones de los desgraciados acusados y las afirmaciones del abogado fiscal Vishinsky, lugarteniente de Stalin en toda su falsificación jurídica. Permítanme decirles por anticipado que es imposible esperar ninguna respuesta articulado de los falsificadores. La única contestación que ellos sostienen y que usan bastante a menudo es el disparo de un revólver o el golpe de un cuchillo. Con tal argumento uno puede aniquilar un adversario, pero no asesinar la voz de la conciencia mundial. La decisión de la comisión no puede ser afectada por un revólver o un cuchillo. No puede ser ahogada.

Está hecha la tarea más importante. Se pronunció el veredicto, Stalin y la GPU fueron marcados para siempre como los ejecutores de los más grandes crímenes de la historia.

Ante el fallo de la comisión, ninguno de los agentes lacayos será capaz de escapar a su responsabilidad.

Los charlatanes de salón disfrazados de revolucionarios, los hombres y mujeres que siguen a los solemnes aniversarios de la burocracia soviética, los abogados que hicieron sus carreras sobre los hombros de los trabajadores (¿es necesario dar sus nombres?) y todos los demás intrigantes y charlatanes que se han permitido jugar con mi honor político y hasta hacer un capital de esta manera, todos estos caballeros, uno tras otro, serán llamados al orden por la opinión pública. Sus grandes protectores no serán

---

<sup>236</sup> Denis N. Pritt (18WI972), abogado británico y miembro del parlamento (1935-50), fue un ferviente admirador de Stalin. Vicente Lombardo Toledano (1893-1968), dirigente estalinista de la Confederación de Trabajadores Mejicanos, la mayor federación sindical de México. Fue un activo participante en la campaña difamadora emprendida por los estalinistas mejicanos contra Trotsky, cuyo propósito era el de preparar a la opinión pública para su asesinato.

<sup>237</sup> Carleton Beals (n. 1893), periodista y publicista norteamericano. Fue miembro de la Comisión de Investigación y renunció después de la undécima sesión.

capaces de salvarlos de un desprecio merecido, más de lo que han sido capaces de salvarse ellos mismos.

Ha sonado la hora de la verdad. Nadie podrá hacer retroceder la rueda de la justicia. Toda nueva revelación reforzará el veredicto aplastante y ampliará su radio de acción.

Con el presidente de la comisión el doctor Dewey podemos repetir una vez más la excelente frase de Emilio Zola: “la verdad está en marcha y nada puede detenerla”<sup>238</sup>.

Caballeros de la prensa, tienen la oportunidad de participar activamente en la marcha triunfal de la verdad. No dejen escapar esta preciosa oportunidad.

Recibirán copias del texto verificado de la declaración en español y en inglés.

Mencioné que recibí un número de preguntas acerca del veredicto antes de esta reunión. Escribí mis respuestas a las más urgentes e importantes. Con su permiso les daré mis contestaciones.<sup>239</sup>

*P:* Si admitiéramos que los Juicios de Moscú representan un fraude, entonces ¿cómo pudo Stalin decidirse a tal crimen?

*R:* Tenemos que distinguir en este asunto dos aspectos, el social y el individual. La burocracia llegó a fraudes judiciales no de un golpe sino gradualmente, en el proceso de la lucha por su dominio. La mentira y el fraude residen en la esencia misma de la burocracia soviética. De palabra, lucha por el comunismo. En la realidad lucha por sus ganancias, sus privilegios, su poder. Con el miedo y la malicia de un advenedizo social extermina a todos los opositores. Para justificar ante la gente este terror loco, se ve obligado a atribuir a sus víctimas crímenes aun más monstruosos y fantásticos. Tal es la base social de los crímenes de Moscú.

Sin embargo, no es por accidente que Stalin se ha convertido en el dirigente de la burocracia moscovita. Sus cualidades personales corresponden a sus necesidades políticas. En marzo de 1921 Lenin había dado ya el consejo de no elegir a Stalin como secretario general, pues como lo dijo, “este cocinero preparará solamente platos picantes”. En su testamento (enero de 1924) Lenin aconsejó la destitución de Stalin del puesto de secretario general, explicando el hecho de que Stalin es inculto, desleal, y tiene tendencias al abuso del poder. Estas cualidades personales se han desarrollado inmensamente en Stalin en proporción a su elevación y al apetito de la burocracia. De este modo “el cocinero” del Kremlin llegó a los “platos” más picantes con los Juicios de Moscú.

Se podría objetar: Pero un fraude de tales dimensiones no podría menos de descubrirse finalmente; ¿cómo pudo entonces el “cauteloso” Stalin decidirse a acciones tan arriesgadas? A esto yo respondo: a) no tenía otra alternativa; b) de fraudes pequeños pasó gradualmente a grandes; e) con toda su perspicacia y astucia política Stalin es muy limitado y cree en la omnipotencia de la violencia policial; d) Stalin no conoce ni las lenguas ni la vida extranjera. Toma seriamente las opiniones de sus agentes y de toda clase de amigos pagados en el extranjero, por la voz de la opinión pública mundial. De este modo al final llega a ser la víctima de su propio sistema.

*P:* Usted dice que Stalin llega a ser víctima... pero al mismo tiempo las víctimas parecen ser otras.

*R:* Completamente correcto. Stalin todavía tiene la posibilidad de exterminar a sus oponentes y no solamente en la Unión Soviética sino también en el extranjero. Durante el año pasado los agentes de la GPU han cometido una serie de crímenes en España, Suiza y Francia. Se pueden esperar tales acciones en una serie de otros países. Estos crímenes, como lo demuestran recientes revelaciones, son también una empresa muy arriesgada; sin

<sup>238</sup> Emilio Zola (1840-1902), novelista francés, autor de *J'acuse* (*Yo acuso*) en defensa de Alfred Dreyfus, oficial del ejército víctima de una campaña contra los judíos.

<sup>239</sup> Hasta aquí la introducción de Trotsky en castellano. EIS.

embargo, Stalin no tiene otra alternativa que añadir nuevas víctimas a las anteriores. En ese sentido su observación es correcta. Sin embargo, en un sentido más amplio, Stalin es la víctima de su propio sistema. Las ideas contra las cuales lucha, ganan más y más defensores. Los oponentes calumniados y asesinados por Stalin se rehabilitarán ante la opinión pública mundial; en cambio para Stalin no hay rehabilitación. No es un problema de la severidad de sus medidas sino de su falsedad y putrefacción interiores. Su sistema está condenado. Stalin dejará el escenario cubierto de desgracia.

*P:* En su opinión, ¿cuáles son las posibles consecuencias políticas del veredicto de la comisión?

*R:* Se entiende que no espero que el sonido de una trompeta, aunque sea la de la verdad, haga caer inmediatamente los muros de Jericó. Pero considerada desde una perspectiva más cuidadosa, la decisión de la comisión tendrá consecuencias políticas tremendas con relación a la Comintern y a la burocracia soviética.

En primer lugar, sufrirá la Comintern. Es necesario entender claramente que su maquinaria se compone de gente exactamente opuesta al tipo revolucionario, pues un verdadero revolucionario conquista su opinión por sí mismo, y en su nombre está listo a hacer sacrificios, incluyendo aun el de la propia vida. El revolucionario se prepara para el futuro y por eso le es fácil sufrir toda clase de dificultades, privaciones y persecuciones en el presente. En contraposición a este, los burócratas de la Comintern no se preocuparán de otra cosa que de su carrera.

No tienen ningún tipo de opinión y se subordinan a las órdenes de la autoridad que les paga. Puesto que son los agentes del omnipotente Kremlin, cada uno de ellos se siente un pequeño “superhombre”. Todo les está permitido.

Calumnian ligeramente el honor de otros, puesto que no tienen uno propio. Esta organización, degenerada y desmoralizada hasta el tuétano, se mantiene en la opinión pública radical incluyendo la de los trabajadores solamente a través de la autoridad del Kremlin como el supuesto constructor de la sociedad socialista. El desenmascaramiento del papel de la oligarquía del Kremlin asestará un golpe irreparable a la autoridad de la Comintern.

Por otro lado, el poder de Stalin continúa no solamente a través de la violencia y la inercia burocrática sino también a través de su autoridad artificial, como supuesto “dirigente del proletariado mundial”. Para sostener esta reputación ante los ojos de los trabajadores soviéticos, la Comintern es necesaria para Stalin. La caída de la Comintern asestará un golpe severo a las posiciones de la oligarquía dentro de la Unión Soviética.

*P:* ¿Quién, en su opinión, puede remplazar a Stalin?

*R:* Primero que todo responderé a esto negativamente: de ninguna manera la democracia burguesa. Ante nuestros ojos la democracia burguesa se tambalea aun en aquellos países donde tiene tras ella una larga tradición. No se puede hablar de su resurgimiento en la Unión Soviética. Si la burocracia estalinista fuese derrocada desde la derecha, entonces su lugar lo tomará el fascismo más salvaje y desenfrenado, al lado del cual incluso el régimen de Hitler parecerá como una institución filantrópica. Un vuelco tal es posible solamente como resultado de largas conmociones, caos económico, la destrucción de la economía nacionalizada y el restablecimiento de la propiedad privada. Si por el contrario Stalin es derrocado desde la izquierda, es decir, por la clase trabajadora, entonces la democracia soviética tomará el lugar de la burocracia. La economía nacionalizada se preservará y reformará de acuerdo a los intereses del pueblo. El desarrollo hacia el socialismo recibirá un nuevo y poderoso impulso.

*P:* ¿Cuál de estos dos es más probable?

*R:* A este respecto prefiero no dedicarme a hacer conjeturas. El resultado se decidirá en la lucha. El veredicto de la comisión se vuelve de ahora en adelante uno de

los elementos de ésta. Es difícil presuponer su significación. A los ojos de todo el mundo este veredicto limpia a la Oposición de Izquierda de la Unión Soviética de estas repugnantes calumnias y con esto ayuda a la clase trabajadora en su lucha contra la burocracia. De este modo el veredicto mejora las posibilidades de un levantamiento progresivo, en lo cual reside su mayor aporte histórico.

*P:* Se deduce del comunicado taquigráfico de las sesiones de Coyoacán y del veredicto de la comisión, que una serie de incongruencias y contradicciones ocurrieron en los Juicios de Moscú. Si Stalin mismo, el principal juez de la corte, Ulrich, el fiscal Vishinsky, el director de la GPU, Yezov, y sus ayudantes se ocuparon de organizar el fraude jurídico, ¿cómo pudieron entonces permitirse errores tan obvios?

*R:* Toda esta gente, comenzando por Stalin, se ha depravado a través de la impunidad y la falta de control. En los artículos y discursos de Stalin encontramos a cada paso no solamente contradicciones políticas sino también las más crudas deformaciones de los hechos sin hablar de los errores gramaticales. Puesto que nadie se atreve a criticarlo, Stalin ha perdido gradualmente la costumbre de controlarse. Lo mismo se aplica al resto de los burócratas. No aprenden ni piensan; solamente ordenan. Un régimen totalitario asegura el éxito aparente de las órdenes. El juez principal de la corte, el fiscal, el acusado, los defensores, los testigos, todos ejecutaron una lección fijada. Los periódicos se subordinan al timbre del teléfono. No hay discusión ni crítica y la gente tiene el derecho solamente de dar las gracias. Bajo tales condiciones el estímulo para un buen trabajo se derrumba, aun en la esfera de los fraudes.

A esto se añade otra circunstancia no menos importante. La fabricación de un proyecto de supuesta conspiración que compromete cientos de personas, y no personas nombradas por primera vez, sino gente conocida en todo el mundo, con su propio pasado, con su carácter político definido, con sus intrincados lazos y relaciones personales, la construcción en una oficina policial de tal proyecto, sin contradicciones burdas, es un problema completamente insoluble. Por supuesto, si asignamos esta tarea a una docena de personas del tipo de Shakespeare, Cervantes, Goethe, Freud, entonces llevarían a cabo la tarea de una manera mucho más competente que Stalin, Vishinsky, y Yezov. Pero la gente de genio como regla general no se ocupa del fraude. En todo caso, ni siquiera gente capaz continúa a disposición de Stalin. Vishinsky y Yezov son nulidades miserables. Stalin mismo es solamente una grandiosa mediocridad: la grandiosidad se debe a su posición histórica y la mediocridad a su propia personalidad. No es sorprendente que esta gente evidencie una doble impotencia ante un problema que es insoluble en sí mismo.

*P:* ¿Cuál es la posición del embajador soviético Troyanovsky con respecto a la comisión de Nueva York?

*R:* Su posición no es envidiable. Diego Rivera me dijo el sábado: “Troyanovsky perdió su carrera, y al mismo tiempo tal vez su cabeza.” Creo que mi amigo tiene razón. Es verdad que Troyanovsky tiene una gran ventaja: durante la revolución estaba en el campo de los blancos. Pero esto no es suficiente. El problema más importante que afrontó Troyanovsky el año pasado fue obligar a la opinión pública norteamericana a creer en la justicia de Stalin. Sin embargo, no resultó nada de esto. Stalin, como siempre, necesita un chivo expiatorio. No deberíamos sorprendernos si a Troyanovsky lo invitan a Moscú para “dar explicaciones”.

Incidentalmente, si publica la respuesta a su pregunta, puede hacerle un gran favor a Troyanovsky puesto que no será fácil para Stalin actuar estrictamente de acuerdo con la predicción de Diego Rivera.

*P:* ¿De los Juicios de Moscú y del veredicto de la comisión no resultan conclusiones pesimistas con relación al socialismo?

R: No, no veo ninguna razón para el pesimismo. Es necesario tomar la historia como es. La humanidad se mueve hacia adelante como lo hacían algunos peregrinos: dos pasos adelante, y un paso atrás. Durante la época del movimiento regresivo todo parece perdido para los escépticos y pesimistas. Pero esto es un error de visión histórica. Nada se pierde. La humanidad se ha desarrollado desde el mono hasta la Comintern. Avanzará desde la Comintern hasta un socialismo real. El juicio de la comisión demuestra una vez más que la idea correcta es más fuerte que la más poderosa fuerza policial. En esta convicción yace la base inmovible del optimismo revolucionario.

**[Nuevos comentarios sobre Cronstadt]**

16 de diciembre de 1937)

Estimado camarada Wright,

Si no fuera ya demasiado tarde, estaría bien que introdujese en su artículo sobre Cronstadt las siguientes consideraciones. ¿Cuál era el objetivo de los amotinados? La suposición de que los soldados y marinos pudiesen arriesgarse a una insurrección con la consigna completamente política de “sóviets libres” es absurda en sí misma. Es absurda por partida doble teniendo en cuenta el hecho que el resto de la guarnición de Cronstadt estaba compuesto por hombres atrasados y pasivos que no podían ser usados en la guerra civil. Esa gente sólo podía verse arrastrada a una insurrección por profundas necesidades e intereses económicos. Se trataba de las necesidades e intereses de los padres y hermanos de esos marineros y soldados, es decir de los campesinos, mercaderes de productos alimenticios y materias primas. Con otras palabras, el motín era la expresión de la reacción de la pequeña burguesía contra las dificultades y privaciones impuestas por la revolución proletaria. Nadie puede negar el carácter de clase de los dos campos. Todo el resto de cuestiones no pueden tener más que una importancia secundaria. Que tal vez los bolcheviques hubiesen cometido errores de carácter particular o general no cambia el hecho que defendían las conquistas de la revolución proletaria contra la reacción burguesa (pequeñoburguesa). Por ello, toda crítica debería examinarse desde el punto de vista del campo en el que se sitúa. Quien cierra los ojos ante el contenido social e histórico del motín de Cronstadt, ése es él mismo un elemento de la reacción pequeñoburguesa contra la revolución proletaria (éste es el caso de Alejandro Berkman, de los mencheviques rusos, etc.)

En una huelga contra los granjeros, un sindicato, pongamos de obreros agrícolas, por ejemplo, puede cometer errores tácticos. Podemos criticarlo, pero esa crítica debería apoyarse en una solidaridad fundamental con los sindicatos obreros y nuestra oposición a los explotadores de los obreros, incluso si esos explotadores son pequeños granjeros. No está descartado del todo que el comisario Kuzmin cometiese errores<sup>240</sup>; no era un hombre muy serio. Lo habíamos dejado en Cronstadt porque necesitábamos a todos los buenos revolucionarios y combatientes en el frente. Creo que puede usted admitir, de forma general, que los errores de las autoridades locales pudieron ejercer un papel. Según mi parecer, puede usted admitir incluso la afirmación de Victor Serge de que la Nep (es decir una concesión limitada a las exigencias burguesas ilimitadas) se introdujo demasiado tarde<sup>241</sup>. Fue un error político importante que el mismo Lenin reconoció muy claramente en la primavera de 1921, pero nunca pretendimos que nuestra política fuese

<sup>240</sup> Nikolay N. Kuzmin (1883-1939), miembro del partido desde 1903, era comisario en la fortaleza. Parece que las amenazas que se permitió proferir durante un mitin fueron un factor de la colera que se apoderó de los marinos del *Petropavlovsk* hacia la insurrección armada.

<sup>241</sup> Esta era una idea que Victor Serge había avanzado en su primer artículo de *La Révolution prolétarienne*.

infalible. Pero, con todos esos errores parciales, nuestra política siempre estuvo al servicio de la revolución proletaria y los amotinados de Cronstadt representaban a la reacción burguesa. La consigna de “sóviets libres” significaba, en principio y esencialmente, material y prácticamente, la abolición de la dictadura proletaria representada por el partido comunista.

El deber elemental de un análisis histórico científico no consiste en considerar las consignas abstractas de diferentes grupos, sino en descubrir su contenido social real y, en este caso, tal análisis no presenta ninguna dificultad.

Creo que un suplemento de este tipo reforzaría su análisis y conclusiones.

PD. Siento mucho que mi “conflicto” con *New International* esté ligado a su traducción de mi artículo<sup>242</sup>. Sus traducciones son por lo general muy buenas. Casualmente, la traducción de mi artículo *Manifiesto* contiene algunos errores importantes: esto es normal en todo trabajo. Lo que no es normal es la dejadez de los editores de *New International* a los que enviamos una copia seriamente corregida de la traducción.

### **[Por un debate público]. Carta a Wendelin Thomas**

(17 de enero de 1938)

Estimado señor Wendelin Thomas,

1.- No veo ningún interés en una correspondencia privada a propósito de Cronstadt. Es una cuestión de hechos y puntos de vista. Sólo la opinión pública puede juzgar las divergencias. En el segundo número de *The New Internacional*, está previsto que se publique un artículo de J. G. Wright<sup>243</sup> concerniente al aspecto factual del motín reaccionario de Cronstadt. En los próximos días publicaré un artículo sobre la misma cuestión desde un punto de vista más general<sup>244</sup>. No veo otra forma de elucidar una cuestión histórica y política que no sea mediante una discusión escrita.

2.- La comisión de investigación tenía una tarea completamente concreta: verificar el veredicto de Moscú. La tarea de la comisión fue definida por el presidente al principio de las sesiones. En tanto que testigo, he participado en la encuesta sobre esta cuestión *concreta*. La comisión jamás pretendió expresar, en tanto que comisión, su punto de vista sobre cuestiones históricas, teóricas o políticas. Tal pretensión hubiera entrado en contradicción no solamente con el objetivo de la comisión, sino también con el elemental sentido común. Cualquier miembro de la comisión puede extraer de la encuesta, bajo su propia responsabilidad, todas las conclusiones filosóficas, históricas y políticas que desee. Pero la comisión en su conjunto no tiene más competencias para pronunciar un veredicto sobre cuestiones políticas de las que tendría la Corte Suprema sobre la astronomía o la estética. Si de un combate entre dos escuelas literarias resultase un crimen, el tribunal debería conocer todos los hechos pertinentes, incluyendo las características de las dos tendencias en lucha, pero su veredicto sólo podría versar sobre el crimen y no sobre el valor de esas escuelas literarias o estéticas.

3.- No respondo ni a las afirmaciones ni a las expresiones que no tengo inclinación a tolerar en la correspondencia privada. Tiene usted todo el derecho del mundo a

<sup>242</sup> El artículo “[A noventa años del Manifiesto Comunista](#)” había sido traducido por John G. Wright. [El lector puede ver [El Manifiesto del Partido Comunista con amplios anexos](#) en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#)].

<sup>243</sup> Un resumen del estudio de Wright se publicó bajo el título “The Truth about Kronstadt” (La verdad sobre Cronstadt) en *New International* de febrero de 1938.

<sup>244</sup> Ver en estos mismos anexos página 93 y siguientes.



caracterizar como le plazca a Lenin y a mí mismo en sus artículos públicos. No voy a atacarle al respecto por ello en mis cartas privadas.

### *Los traidores en el papel de acusadores*

(22 de octubre de 1938)

Los despachos de prensa nos informan de que *Solidaridad Obrera* censura al proletariado mundial porque no ha concedido a la revolución española un apoyo suficiente. ¡Qué hipocresía! La acusación proviene de los mismos caballeros que no sólo se han negado a sostener la revolución proletaria, sino que, además, han contribuido indirectamente a su liquidación. Se puede pensar que se trata de una auténtica ley: toda revolución desarrolla un potencial de atracción proporcional al programa social realizado por las masas sublevadas. Todo el proletariado mundial ha seguido el curso de la revolución española conteniendo la respiración, en tanto que constituía un auténtico movimiento de masas por el socialismo. La simpatía de los obreros se ha transformado en extrañeza, indignación y peor aún en indiferencia, cuando Stalin, Negrín, y sus aliados han empezado a ahogar la revolución española con el apoyo de los anarquistas de *Solidaridad Obrera*.

La hipocresía de las acusaciones lanzadas contra el proletariado mundial aparece particularmente clara a la luz de los procesos de los poumistas en Barcelona<sup>245</sup>. No nos extenderemos sobre las acusaciones según las cuales los dirigentes del POUM tenían relaciones con los fascistas. Ningún ser pensante, en todo el mundo, creería una falsificación tan repugnante. La única acusación *seria* en boca del fiscal es que el POUM, por su conducta revolucionaria “extremista”, *ha comprometido la revolución española a los ojos de la democracia extranjera*, es decir de Inglaterra y Francia. Esto es lo que dice, textualmente, el acta de acusación<sup>246</sup>. Esto quiere decir que el gobierno de Barcelona

---

<sup>245</sup> El asesinato de Andrés Nin y el escándalo que había supuesto salvaron, sin duda, de una suerte análoga, a sus compañeros de dirección del POUM, detenidos en la misma época. Andrade, Pedro Bonet, Julián Gorkín y Jordi Arquer habían sido detenidos a la noche siguiente en su “refugio” ocasional; José Escuder y el veterano David Rey lo habían sido en los locales de redacción de *La Batalla*. El 23 de julio, los detenidos sufrían su primer interrogatorio, en el que se les preguntaba sobre Stalin, sobre su actitud frente a Trotsky, sobre la política actual de la URSS y si preferían al gobierno Negrín al de su predecesor Largo Caballero... Una segunda ola de arrestos, en abril de 1938, había decapitado la dirección de recambio del POUM, sobre todo con las detenciones de Rodes, Solano. Los militantes detenidos durante la primera jornada estaban siendo juzgados en Barcelona desde hacía de diez días, en el momento en que Trotsky redactaba este artículo. Las primeras informaciones sobre este proceso no iban a aparecer hasta el 25 de octubre.

<sup>246</sup> El acta de acusación se había conocido en el extranjero gracias a la actividad de los militantes del POUM y a la campaña de solidaridad con los encarcelados. Durante el proceso, las acusaciones referentes a las relaciones de los acusados con los fascistas, basadas en groseras falsificaciones. Tuvieron que ser abandonadas. Los resultados del juicio daban plenamente la razón a Trotsky sobre el carácter político del proceso, al declarar “los acusados... persistieron en su línea revolucionaria, intentando implantar lo más rápidamente posible su ideología particular, sin considerar los perjuicios que su actuación, en tales momentos, podía causar a los intereses supremos de la defensa del régimen que representaba las aspiraciones inmediatas de los otros sectores de la vida nacional [...] Los acusados [...] quebrantaron la disciplina colectiva tan necesaria en los graves momentos por los que atravesaba la república, pusieron en peligro su prestigio delante de la opinión internacional, cuya reacción favorable a la causa popular reforzaba al gobierno, favorecieron indirectamente los deseos de los rebeldes”. Tras tales conclusiones, los dirigentes del POUM fueron condenados a largas penas de prisión: Gorkín que había sido durante el proceso el portavoz del grupo, Andrade, Gironella y Pedro Bonet a quince años, Jordi Arquer a once años de prisión. David Rey y José Escuder fueron absueltos ya que la acusación no pudo probar su participación en la dirección del POUM. El primero de éstos fue sin embargo internado; consiguió evadirse y ocupar un lugar

quería hacer una revolución... con permiso de los imperialistas ingleses y franceses. La labor de la GPU era impedir que las masas sobrepasen los límites de lo que era aceptable para el rey Jorge, para Chamberlain, el presidente Lebrun, etc. Pero no se podía alcanzar un objetivo de tal importancia más que liquidando el movimiento obrero y campesino, destruyendo el partido revolucionario y poniendo en pie los tribunales de excepción. El proletariado mundial puede responder a sus acusadores de *Solidaridad Obrera*: “¡Callad traidores!”

### **[Respuestas a preguntas]. Carta a Estrin**

(14 de noviembre de 1938)

Estimada amiga,

He recibido su carta nº 34 así como las informaciones concernientes a Ciliga<sup>247</sup>. La acusación lanzada contra Ciliga de ser el responsable de la sección balcánica del centro trotskysta de París es uno de los mayores absurdos. Como sabe usted, Ciliga no es en absoluto trotskysta. Ni mi hijo, León Sedov, ni yo, lo hemos considerado nunca como tal. Poseo al respecto una abundante correspondencia. Incluso he rechazado que sus artículos se publicasen en el *Biulleten* a causa de su total desacuerdo con nuestra línea<sup>248</sup>. Por otra parte, el libro consagrado a la Unión Soviética que ha publicado en Francia contiene, notoriamente en su segunda parte, una serie de comentarios extremadamente hostiles con la organización a la que pertenezco<sup>249</sup>. Los autores del artículo aparecido en *Inprekorr* no solamente son unos deshonestos, sino también ignaros. Por supuesto que hay que ayudar a Ciliga a desmontar esta acusación. Las cartas que Liova escribió en esa época serían muy útiles pues demostrarían sin dificultad alguna que él no estaba en Yugoslavia. Sin embargo, temo que no tengamos tiempo para reunirlos. ¿Sería posible pedir el informe del proceso con este motivo<sup>250</sup>?

Las citas sobre Cronstadt que usted me ha enviado (sacadas a la luz por Souvarine<sup>251</sup>) necesitan una investigación complementaria. La orden de reprimir el levantamiento la firmé evidentemente yo y se publicó en Leningrado.

Es incluso posible que tales rumores fuesen lanzados deliberadamente a fin de asustar a los amotinados. No recuerdo en absoluto haber viajado a Leningrado el 5 de marzo. Pero eso carece de la menor importancia. La represión del movimiento comenzó

---

en las filas de los últimos combatientes de Cataluña. Los cinco condenados fueron liberados en el último momento por los *guardias de asalto* que los custodiaban, consiguieron escaparse de los franquistas y pasar clandestinamente a Francia, donde les esperaban los militantes del POUM.

<sup>247</sup> Ciliga (nacido en 1896), yugoslavo, pero de nacionalidad italiana, dirigente del PCY en 1929 se había unido en la URSS a la Oposición de Izquierda clandestina. Arrestado en 1935, probablemente por su nacionalidad italiana.

<sup>248</sup> Ciliga tomó contacto con Frankel en Praga, después ofreció diversos artículos al *Biulleten Oppositsii*: Trotsky puso final a la relación cuando se enteró de que Ciliga colaboraba también con publicaciones mencheviques a principios de 1936. [Ver en estas mismas [Edicions Internacionals Sedov](#): “[[Diversas cuestiones sobre ediciones](#)]” y “[[Problemas a propósito de la URSS](#)]”].

<sup>249</sup> Se trata de *En el país de la gran mentira*. Trotsky había apreciado muy poco en particular las punzadas lanzadas contra sus camaradas encarcelado en la URSS, como Solntsev o su yerno Nevelson.

<sup>250</sup> El boletín de prensa de la IC (*Correspondencia internacional*) había publicado un ataque en el estilo estalinista habitual en su número del 18 de junio de 1938. Ciliga lo había llevado ante los tribunales y el proceso estaba fijado para el 28 de noviembre.

<sup>251</sup> Boris Lifshitz, llamado Boris Souvarine (1893-1984) era un emigrado ruso que había sido uno de los pioneros del movimiento comunista en Francia y partidario de Trotsky, expulsado de la IC y del PC en 1924. Había roto con Trotsky en 1929 y resaltado la responsabilidad de este último en la represión de la insurrección de Cronstadt.

efectivamente el 16 de marzo. Entonces yo estaba en Moscú, lo que puede probarse con las actas del congreso y los diarios moscovitas. En consecuencia, la afirmación según la cual yo habría participado personalmente en la represión es una mentira, independientemente del hecho que yo hubiese o no hubiese estado en Petersburgo el 5 de marzo. Incluso cuando el asalto de las tropas del Ejército Rojo comenzó el 8 de marzo (incontestablemente en mi ausencia) no se produjo nada, ni represión ni “brutalidades”. La represión que comenzó el 16 de marzo se llevó a cabo sin mi participación. La única cuestión que queda por saber, por tanto, es si yo pasé o no por Leningrado *durante mi viaje de los Urales a Moscú* y si yo firmé la orden de rendición de Cronstadt en Moscú o en Petersburgo. Esta cuestión carece de toda importancia política. Pero está por verificar. Es completamente posible que el comentario citado se apoye en un malentendido (en caso de necesidad, puede usted publicar esto en el *Biulleten*).

Tal vez la primera parte de esta carta le sea de utilidad a Gérard<sup>252</sup>.

### Central Committee of the Communist Party in 1917

<http://marxists.org/>



*La dirección bolchevique de la revolución proletaria de 1917, diezmada por el estalinismo*

<sup>252</sup> Gérard Rosenthal, del núcleo de la Oposición en Francia y dirigente del POI, también era abogado de Trotsky.

**Edicions Internacionals Sedov**  
**Serie Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)**

Edicions internacionals Sedov



Consulta las publicaciones de nuestras 18 series

- *01. Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas*
  - *02. Obras Escogidas de León Trotsky en español*
  - *03. Obras Escogidas de Rosa Luxemburg en castellano*
    - *04. Obres escollides de Lenin en català*
    - *05. Obres escollides de Rosa Luxemburg en català*
      - *06. León Sedov: escritos*
      - *07.a Liga de los Comunistas*
  - *07.b Primera Internacional. Asociación Internacional de Trabajadores (AIT)*
  - *08.a Segunda Internacional (Internacional Socialista): resoluciones y otros materiales*
    - *08.b Internacional de Mujeres Socialistas*
- *09. Tercera Internacional. Internacional Comunista. Cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista y otros materiales*
  - *10. Cuarta Internacional. Años 30-40: Materiales de la fundación y construcción de la IV Internacional*
- *11. La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1921 (decretos revolucionarios et alii)*
- *12.a Marx y Engels, algunos materiales. Correspondencia, artículos, obras, textos de la Liga de los Comunistas y I Internacional.*
  - *12.b Obras Escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*
    - *13. Eleanor Marx y Jenny Marx*
    - *14. Lenin: dos textos inéditos*
    - *15. La lucha política contra el revisionismo lambertista*
  - *17. Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal*
  - *18. Escritos de León Trotsky 1929 - 1940, Editorial Pluma*
- *16. Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España*

Consulta también las publicaciones de las 29 series de nuestro sello hermano  
(enlace desde imagen)

**Alejandro Proletaria**

